Alberto Fuguet

CIERTOS CHICOS

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

CIERTOS CHICOS

colección andanzas

ALBERTO FUGUET

CIERTOS CHICOS

TUSQUETS
EDITORES

1ª edición: mayo de 2024

Diseño de la colección: Guillemot-Navares Imagen de portada: © María Jesús Contreras Reservados todos los derechos de esta edición para © 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile ISBN: 978-956-9961-99-1
ISBN digital: 978-956-6368-00-7
RPI: 2024-A-2895

Diagramación digital: ebooks Patagonia www.ebookspatagonia.com info@ebookspatagonia.com

A esos ciertos chicos que combatieron
a la represión con afectos
y que resistieron a la resistencia

We are all going forward.
None of us are going back.

RICHARD SIKEN, *Crush* **Samantha Mathis:**

It's OK, you don't have to talk. You don't have to say anything and you don't have to do anything. Unless you want to.

Christian Slater:

You are so different. You are so fearless. I wish I could be like you.

Samantha Mathis:

You are.

Christian Slater:

I wish I could say things to you.

Samantha Mathis:

You do.

Christian Slater:

Everything's so strange. Maybe we're just crazy.

Samantha Mathis:

So be it.

Pump Up the Volume (*Suban el volumen*) escrita y dirigida por Allan Moyle, 1990

LADO A

Un chico y su cuarto **Tomás abre los ojos** en medio de la oscuridad de su pieza, sube el volumen de la radio y aspira una colilla de marihuana que le robó a Aníbal, su hermano mayor. Tomás lo detesta y le teme, pero sabe que Aníbal, con sus bíceps y poleras apretadas color pastel, consigue la mejor hierba con sus amigotes de la joven camada asesina de la CNI. Las ondas de la radio Eclipse ingresan al cuarto y el pop inglés encuentra un lugar que lo acoge. La luz azulina del cigarro se refleja en el espejo de cuerpo entero que está frente a su cama de una plaza. De inmediato, se siente más suelto, más libre. Empieza su modo conexión-con-el-mundo con aquello que le gusta y no conoce y le atrae. Hay tanto mundo allá afuera, piensa. Tantas revistas, películas, discos, libros, ciudades, chicos.

Le gusta cómo el humo de la marihuana lo obliga a explorar las partes secretas de sí mismo.

Tomás está desnudo y semierecto, sentado en posición de loto. Sus piernas le parecen demasiado peludas, pero igual le gustan, las siente firmes, musculosas. La escena se ve linda. Es como si estuviera posando para una cámara. Le seduce la poca luz. Parece moderna, como una polaroid o la carátula de un disco de chicos debutantes que no tienen nada que perder.

A veces la vida puede ser como uno quiere que sea, así debería ser siempre.

La banda sonora de un joven despierto es clave, piensa.

El primer video de un grupo establece la estética futura y nunca podrá borrarse.

Es diciembre, hace calor, no corre brisa ni de noche.

El silencio en el barrio es sospechoso. Es la quietud enervante del toque de queda, cuando en apariencia todo se detiene excepto las fuerzas del mal, que recorren las calles como cocodrilos arrastrándose por los pantanos humeantes en noches de luna llena, al igual que esta dominical de fines de diciembre. En la parte de atrás de la casa, una doble puerta da hacia un inmenso parrón y un patio de media cuadra de profundidad plagado de árboles frutales (caquis caen al suelo estallando como suicidas). Calle Rómulo Peña casi esquina Gaspar Banda, El Llano Subercaseaux, donde comienza el sur.

Su cuarto, lleno de recortes y afiches, monos de peluche y juguetes que ha sido incapaz de donar, está caldeado y huele intensamente a Tomás Mena. A su esencia profunda: a tronco expulsado por el mar que ha pasado demasiado tiempo al sol, a yerba mate seca, a limón de Pica recién exprimido, a canela molida y, más abajo, a harina tostada. El cubrecama de verano (rayado, de algodón ligero), las sábanas celestes húmedas, los pies sucios. En el piso de madera recién encerado, los shorts de jeans cortados con tijeras, los calcetines de algodón deportivos transpirados, y los calzoncillos manchados expanden el aroma a chico en celo constante.

Ahora está erecto, duro.

Tomás, de dieciocho años (cumplidos en septiembre, virgo), entrará a la universidad en marzo. Ya pasó la Navidad, es casi 1986. Pasará el Año Nuevo, cree, una vez más, como dicta la rutina y la costumbre, junto con sus padres y su hermano repelente, su abuela intensa con sus batas-vestidos floreados ligeros y sin mangas, más esa cierta parentela facha ligada a los rangos bajos del mundo militar actualmente en el poder. El guion lo conoce al dedillo: papas duquesas, pollo frío con ciruelas y manzanas (una receta del programa de TVN *Cocinando con Mónica*), bavarois de lúcuma con leche Ideal. Sorberán champagne moscato, comerán uvas del mismo parrón y tragarán cucharadas de ensalada de lentejas con cebolla en cuadritos y huevo duro molido. Todo mientras escuchan la canción nacional, que se escapará desde el televisor del living a través de los ventanales abiertos hasta el generoso patio trasero de la casona trizada por el terremoto de marzo pasado. Luego de unas lágrimas derramadas por la madre, que todo lo ha aprendido de las telenovelas, folletines y series americanas, comenzará la puta música tipo Cubanacán que Tomás detesta y no sabe cómo bailar. La visión de su abuela y su madre algo prendidas contoneándose al son de Giolito y su Combo lo altera, deprime y asusta, pues la idea de brindar por un nuevo ciclo le parecía un rito hermoso, pero ahora la tradición le huele a crucigrama

rayado y a ideas impuestas por Cema Chile a través del bombardeo mediático.

Hasta hace poco, Tomás se disfrazaba en medio del calor con chalecos verdes-y-rojos estampados de venados y monos-de-nieve y llenaba los botines de felpa falsa comprados en Meiggs con bastones de anís importados. De un tiempo a esta parte, eso sí, todo lo que le parece semejante al ideal de familia que muestra la televisión le causa odio. Algo pasó, algo interno definitivamente cedió. Antes no sentía ira, antes no estaba alerta ni paranoico. Pero, después de que rindió la Prueba de Aptitud, además, está más caliente. Tomás siente que su familia, que este país, que este gobierno, que esta moral que oculta y reprime, no da para más. Todas esas tías perras, esos primos desechables del norte, lo repelen. Su misma abuela, que veneraba y era su cómplice, ahora a veces lo aterra con sus comentarios. Toda esa parentela facha que admira al ejército (siempre vencedor, jamás vencido) ahora le provoca una profunda vergüenza que lo deja paralizado y rendido.

No hay nada que hacer: su familia, su mundillo, ese círculo vicioso y viscoso, ese orgullo de ser de clase media, ya no le sirve, no lo libera; solo lo invade y lo aprieta. Tomás siente que tiene clase de sobra y que no es para nada del medio. Nadie lo puede definir, es mucho más que un concepto sociológico que ya no mide nada. Su hermano es de «clase media», pero él es de otra clase y nunca le servirá estar al medio de nada. Antes no le importaba mucho lo que sucedía allá afuera, pero ahora siente que sí: hay una dictadura que lo oprime, lo castra. Marchar los lunes, cantar el himno nacional completo, la violencia de la camaradería escolar. Perro come a perro. No deliberar, no escuchar, no debatir. Saber cumplir órdenes es ser masculino, repetía Aníbal. Los hombres deben cumplir órdenes, sino no son hombres, insistía su hermano mayor diciendo consignas aprendidas en sus paseos nocturnos de la cofradía de los que portaban salvoconductos en los bolsillos de sus apretados pantalones.

Tomás odia todo eso: no lo deja ser y, aunque no lo persigue, no se siente seguro. Se siente vigilado. Había ojos, sapos, cómplices, gente que copuchea, que opina, cahuinea, inventa, cuentea, delata. Aunque también reconoce que lo viril le atrae. A veces sueña con ser de una familia del barrio alto: disfuncional, quebrada, donde nadie se habla y a nadie le importa nada excepto cuando se juntan para los funerales, impecablemente vestidos, austeros, sobrios, estilosos.

La vida tiene que ser mejor, debe ser mejor que «esto».

Tomás está consumido por ser quien es, no vivir más en tono menor. No es que desee ser otro, no. Quiere ser el que sabe que es y vivir a mil, tener una vida menos predecible. Pero no puede seguir así: viviendo a medias, mirando de lejos, escuchando la fiesta de otros.

Puede ser más. Debe llegar a su potencial, no quedarse ahí, vivir a full. Necesita experimentar y tiene claro que no le basta vivir creativamente en su cabeza, sino que necesita piel, conexión, juego.

Se ha vuelto un experto en esconderse, en tapar lo que siente; ha aprendido a encubrirse, mentir, inventar cómplices guapos como amigos inexistentes, juntarse con chicas asustadas a las que convierte en casinovias para resguardar la integridad de su familia. De alguna manera, el colegio se lo exigió. Puros hombres encerrados, compitiendo, olfateando al más débil, haciendo la camotera al que osaba ser distinto. Ha sido un estudiante ejemplar, un chico bueno, pero ese disfraz ya no le queda. No sabe todo, pero sí sabe pasar piola, invisibilizarse. Es un experto en el sutil arte de la fuga. A veces siente que no cambiaría nada de sí mismo y otras veces quiere ser como Aníbal. Pero no, no. Ya no: es hora de aprovechar el mundo, aunque esté bajo dictadura. No podía esperar la historia, sino que debía hacerse cargo de la suya. Es un chico complicado, enredado, siente envidia de los otros, los supuestamente normales, que le parecen cada vez más extraños e incomprensibles, además de aburridos, obvios, fomes. Tampoco le gustaría, como ocurre en esas comedias de cambio de cuerpo, transformarse en algunos de sus aterradores y predecibles compañeros del Instituto Nacional a quienes, por suerte, nunca más volverá a ver.

Lo que Tomás necesita –lo que lo calienta, por eso está como piedra– es ser quien realmente es. Florecer, salir de su capullo, estallar. Vienen tiempos mejores, cree, aunque la verdad es que también intuye que llegarán tiempos peores. Aun así: Tomás quiere apostar por sí mismo. Ser joven es creer en todo y en todos, pero también es ser egoísta y confiar en uno mismo. La vida es demasiado corta para solamente vegetar, para no hacer lo que uno quiere ni ser quien sabe que es. Entre arriesgarse a vivir peligrosa e intensamente y quedarse aburrido en su pequeño cuarto, no hay por dónde perderse.

Está dispuesto a correr el riesgo.

Me debo salvar, se dice, mientras se baja el prepucio humedecido.

Quiero ser parte de algo mayor e inmenso (¿una hermandad cósmica?), piensa; florecer en un sitio fresco donde pueda sentirme a mis anchas y cómodo, no observado ni menos criticado. Quiere –además– un amigo: un cierto chico con quien pueda reírse, caminar, compartir el universo, contárselo todo, que termine cada una de sus frases, que se rían sin parar.

Neón lo dijo hace un rato en la Eclipse: «No siempre tu casa es tu casa, no siempre ahí te acogen; esta casa que flota en el éter, mientras no la cierren, es la guarida, el espacio seguro con buhardilla de todos ustedes, mis chicas y mis chicos perdidos».

La voz de Neón calma a Tomás, le gusta cómo le habla, lo erotiza,

incluso.

«Durante la última semana del 85, todo puede pasar. Todo. Así es: excéntricos auditores insomnes, todo debe pasar, ¿no creen? Estamos solo yo y Lucas con sus ojos de zombi esta noche de toque. Nuestros mecenas y aliados en esta causa guerrillera patriótica del pop están concentrados en las Termas del Flaco, complotando ideas para lo que viene. Estamos los dos y, claro, ustedes. Ustedes, sí, que nos sintonizan, que nos buscan entre los poderosos del dial. Ustedes: la minoría silenciosa que nos escucha atenta. Somos casi piratas, independientes, afuera del sistema y la norma. Como todos ustedes, ¿no? De lo contrario estarían sintonizando la Concierto, la Galaxia, la Carolina o la puta Infinita. ¿Qué es el infinito? Yo sé que hay música en otras radios, pero solo nosotros, los piratas, decimos la verdad y tocamos lo que nos gusta. Abrir los oídos. Todos estamos bajo el peso de esta noche. El amor, dicen, nos puede destrozar. It will tear us apart, pero el pop es el pegamento que nos va a permitir unir todo lo que ha sido dañado», improvisa Neón, el irónico y misterioso locutor y conductor-estrella-nocturno, frente al micrófono.

Entonces, se emiten una seguidilla de temas emotivos.

«Acá, desde el control descontrolado, sin camisas, transpirados, con piscolas, los apañamos, cómplices atentos. Para que se toquen o lloren o piensen en esa persona en que no deberían pensar. Como estamos en confianza, melómanos onanistas, chicos viriles con sentimientos líquidos y viscosos, chicas con el corazón partido y afiches pegoteados en sus piezas caldeadas, les confidencio que estos próximos cuarenta minutos que armó nuestro Lucas, este chico guapo y travieso que me mira atento desde el otro lado del vidrio, son para otro tipo de rebeldía. Para aquellos que saben que los verdaderos subversivos son aquellos que son capaces de conectar, de ser sensibles. Eso nos diferencia de los que nos consideran enemigos. Así que prepárense para grabar o cierren los ojos. Fumen lo que quieran. Pueden sumergirse en la tranquilidad de sus tinas o, quizás, tumbados, con un poco de crema Nivea, en sus sudorosas camas, pueden abrirse y dejar que la música ingrese hasta que los deje con los ojos blancos. Acá, en el fin del mundo, cuando hay toque, todos se pueden tocar con estos temas de fondo».

Entonces algo sucede, algo estremecedor y vital.

La canción que se vuelve, de inmediato, un himno.

Un tema pop aparece –suena, se esparce por todo el valle aplastado por las botas militares– a través de las débiles ondas de la Eclipse, una emisora que se vuelve más potente cuando hay menos interferencia en el aire nocturno (que es cuando casi todas las radios se despiden y cierran sus transmisiones). «En toque de queda sonamos más fuerte», insiste Neón.

«Nadie en Dinacos sabe inglés o tiene buen gusto».

Tomás toma su miniradio que parece *walkie-talkie*, una Sanyo RP 5050 que cabe en su mano. Sube el volumen. Piensa: el minicomponente IRT lo tiene Aníbal que, de un tiempo a esta parte, anda grabando los discursos de Pinochet y los comentarios y programas políticos de la radio Agricultura.

El tal Lucas, desde el control «capitalino» de la calle Praga, donde la comuna de Providencia se funde imperceptiblemente con la de Ñuñoa, sintoniza una canción que remece a Tomás Mena. Luego duda si seguir fumando, pasar el Año Nuevo solo en Valparaíso o masturbarse pensando en algún actor de cine de moda, como el chico de *Gremlins* o el mayor de *Los Goonies*.

Se acerca al espejo y besa con la lengua el vidrio mientras escucha el tema. Es tarde, demasiado tarde, sobre todo en época de toque de queda semanal que ahora dura «solo cuatro horas», de domingo a jueves, pero es la manera que tiene el gobierno de dejar claro quién manda y subrayar eso de «nada de andar usando la noche para cualquier cosa». Pero, como dice Neón con su voz áspera que evoca licor, cigarrillos, pitos y trasnoches, «la mano puede ser dura y es posible controlar casi todo menos lo que uno siente, ¿no es cierto, chicos? El pop unido jamás será vencido». Así es, reflexiona Tomás. No se puede dominar lo que siente un chico de dieciocho años desnudo y sudado dándose su primer beso con lengua a sí mismo en medio de la oscuridad y el silencio absoluto de la ciudad donde lo único que suena afuera, como un latido del corazón, son las cajas que controlan los semáforos.

Tomás Mena, en ese sentido, es indomable.

La canción, que empieza lento, repite como un mantra: «When you look at boys».

When. You. Look. At. Boys.

Se mira.

Eso lo entiende Tomás.

Eso es lo que está haciendo: mirándose.

Se gusta.

La saliva chorrea y baja por el vidrio pulido, igual que ese líquido pegote que parece baba de caracol levemente dulce (mucha papaya con crema, mermelada de alcayota, dulce de membrillo hecho en casa en moldes en forma de pescados, dulces que trajeron de La Ligua, leche batida con nísperos del jardín trasero, helados de chirimoya con cáscara de naranja confitada, manjar con nuez) que a veces se pasa por los labios como brillo transparente. Mira sus ojos verdes, su cara alargada, su pelo algo crespo y castaño claro que huele a hinojo por ese champú nuevo que compró su madre. Mira y se toca las axilas frondosas, salpicadas de gotitas de transpiración.

Sonríe: no está nada mal.

Perfectamente podría posar para *Visado* o *MENsual*. De inmediato piensa en las fotos que se tomó, en los dibujos que le envió a ese chico desconocido en Sevilla. Sí: era un posible modelo para esas revistas. Pero era mucho más también. Tomás tiene la mirada traviesa, la mata espesa de vello púbico, no está circuncidado. Posee, cree, la inocencia justa, el cuerpo esbelto que nunca ha ido a un gimnasio, los dientes casi perfectos que no han sido amoldados por frenillos. Es virgen, pero no del todo inocente. Cree que está listo para la calle, para la ciudad, para barrios nuevos, para países lejanos donde la vida se vive de otro modo.

¿Cómo encontrar la letra de una canción que ni sabe de quién es?

Tomás Mena absorbe un rato la melancólica, íntima y ambigua canción. Siente la letra, entra por su cuerpo, lo mismo que esa voz triste de abandono, de chico dubitativo. Tomás no la entiende del todo, pero la melodía sin duda lo penetra. No conoce la canción ni menos el grupo: nunca lo ha visto mencionado en las revistas que lee, pero, claro, todo lo que se lee no se puede escuchar.

¿Quiénes son?

Tomás se angustia, intenta grabarla, pero ya es muy tarde, demasiado tarde, y siente que ahora, en este instante, está enamorado, aunque no sabe de quién. De sí mismo, quizás.

The Lotus Eaters, que nunca habían escuchado hablar de Chile o de Santiago o de Pinochet, suenan e invaden decenas de casas y se cuelan en los oídos de adolescentes que se niegan a ser los hijos del régimen. «When You Look at Boys» se escucha entonces por toda la ciudad, por todos los barrios. No se puede censurar, controlar. Se percibe en los cités de Santa Isabel y en las mansiones del cerro San Luis, en los altillos de las casas de Vivaceta y en los departamentos de la Villa Olímpica, pasando por las casitas de Colón 9000. El tema, romántico, triste, lleno de anhelo, masculino y a la vez suave, se escapa por las ventanas de los chalets de El Bosque y de los blocks de Cerrillos, se cuela por las villas con nombres de próceres en Maipú y por los condominios cerrados con rejas de La Florida, para envolver las casas rodeadas de militares armados de la población La Pincoya hasta sumergirse en las DFL 2 de la parte baja de La Reina, donde nunca parece que pasara mucho.

Tomás se duerme mientras escucha como Neón lee una traducción porteña de *Diario de un ladrón*. Cuando despierta unas horas más tarde, sigue oscuro. No ha descansado suficiente, su mente no se ha apagado, sigue duro. La canción seguía sonando dentro suyo. Debía conocer el tema, necesitaba volver a escucharlo atento. ¿Podía ser un himno, uno de los top tres de su banda sonora? Debía saberlo. Le parecía clave que la canción ingresara nuevamente a su torrente

sanguíneo. El tema que sonó en la Eclipse hacia las 12:45 a. m. debía volcarse en su memoria. A la memoria se accede, es un acto de voluntad. Pero aún es joven. La meta vital de Tomás es tener la mayor cantidad de experiencias posible, tanto tangibles como virtuales. Por ahí lo había leído o subrayado: uno es lo que escucha, ve, lee, conversa, ama. Era de esos chicos especiales y libres que querían una vida mejor que la de su familia, una vida más intensa, más arriesgada, menos predecible, distinta.

El país quizás estaba tocando fondo, pero él recién empezaba.

Cola de mono

En otra parte de la ciudad, por el distinguido barrio Condell de Providencia, Clemente Fabres está a punto de quedarse dormido. Mientras ve por enésima vez en su videocasetera, con el volumen en mute, la muy estilizada película francesa *Diva* de Jean-Jacques Beineix, tiene sintonizada la Eclipse. Neón lo entretiene, intriga, apesta, seduce. Lo siente, de alguna manera, competencia y a la vez cómplice, aliado.

Acaba de sonar «When You Look at Boys».

Sonríe y al hacerlo no parece un chico tan denso, huraño, a la defensiva.

Tiene casi veintidós (marzo, piscis) y cursa su último año de Periodismo en la Universidad de Chile. Está en su cama y mira la luz argentada de la luna que ingresa a su cuarto, baña su cuerpo como si fuera un modelo de perfume. El ambiente está impregnado de ese aroma tan adolescente de testosterona joven mezclado con sudor fresco.

Escucha la Eclipse, de manera atenta.

Clemente piensa: este tema ingresó en los oídos de decenas o centenas de chicos y chicas alternativos que, por algún misterioso motivo, sintonizaban la Eclipse (*Quédate conmigo* se llama el programa nocturno «de toque a toque» de Neón) en vez de leer, dormir, escuchar sus casetes. Ese era el público en que confiaba, que quería, incluso, por el cual estaba dispuesto a mucho. Para ellos escribía Clemente: para esos desconocidos de este país que de alguna manera era y no era el suyo. Por eso hacía un fanzine y era su razón de ser, su salvavidas, lo que lo mantenía con cierta calma entre tanta locura sórdida y extremista. Algún día debería conocer a Neón, saber más de la Eclipse, *una radio opuesta, no de oposición.* ¿Cómo será Lucas-Fuera-de-Control?

Clemente sonríe.

Incluso nota una cierta erección bajo su pantalón corto del piyama.

Neón y compañía lo leen, lo leen atentos, su prosa remece y

contamina a los chicos de la Eclipse. Ya no le cabe duda. Apostó por The Lotus Eaters, tradujo la letra, se sobregiró con Ritalin escribiendo de ellos y los de la Eclipse picaron el anzuelo. Programaron el tema en pleno toque de queda. Se siente más que pagado. No todo es inútil, su apuesta quizás no es del todo en vano. A veces piensa: si los de la Eclipse lo conocieran, ¿habría complicidad, los atraería, le darían el visto bueno? Quizás no podría hablar tanto en spanglish brit. Ese crimen que en Periodismo nunca le perdonaron. A veces se le escapaban comentarios en el inglés de la reina. Indeed, My God, Ghastly, Mawkish, Thrilling. Pero esos eran detalles: en la radio lo leen y programan la música de la que escribe y a veces hasta comparten las letras que él publica como poemas. Neón le parece pretencioso, pero de la manera correcta. Son sin duda aliados. Su fanzine *ropa/americana* (en bajas, con slash) es, se imagina, coloreado con destacadores. ¿Y si les escribiera, si se ofreciera como colaborador?

Clemente está en su casa donde vive solo. Sobran cuartos, baños, espacio. Está sudado, solamente con bóxer a rayas. Sus dedos huelen a perineo y sus axilas a hojas de boldo y pimienta blanca, el resto de su cuerpo exuda notas de pomelo y semen seco, chocolate bíter y roquefort (en sus pies, que a veces lame). Desconecta el VHS. Todo se vuelve más oscuro. De pronto, se siente desvelado.

Apaga la radio y enciende el deck Sony.

Inserta un casete con diversas bandas irlandesas que a veces escuchaba cuando aún vivía en Inglaterra y era un lad con uniforme escolar y pensaba que Chile era el país de donde venía y no al que iba a regresar. En Birmingham, después de clases, escuchaba la música de la cual escribe en su fanzine cuando se regresaba caminando y se perdía por las calles y parques del barrio de Moseley.

Clemente Fabres lo tiene claro: en Santiago son pocos los chicos menores de veinticinco que viven solos. Son francamente escasos. Es, sin duda, un privilegiado del materialismo cultural, como dicen sus compañeros de Periodismo que lo detestan, aunque ellos (a los que desprecia y teme en igual medida) no saben que a él no le parece para nada así: ¿de qué le sirve vivir sin nadie en una casona si está ubicada en un país como este? ¿Qué hace aquí?, ¿por qué aceptó venirse, en qué estaba pensando, por qué no se escapó antes? ¿En qué momento se subió a bordo del inexplicable plan de su madre: *regresar*? Pero nada: no siempre uno tiene claras las cosas, a veces el destino entra a opinar. Estará acá hasta terminar su carrera, aunque siente que no ha aprendido nada a excepción de cómo sobrevivir y resistir.

Se irá en diciembre del 86, post cuarto año, duda que haga una tesis. O quizás sí, de lejos. Doce meses más acá. Suficiente.

Enrola un cigarro con tabaco.

Sí, había algunos chicos jóvenes que vivían solos, pero se salían de la norma. Todos, además, tienen una razón aceptada y validada por la sociedad vigilante. Básicamente es gente de provincias que se instalan en pensiones, ciertos internados, o que se allegan a parientes. A los más afortunados la parentela les arrienda departamentos cerca de la universidad, aunque casi siempre son con hermanas, primos, amigos, compañeros de curso. Los más organizados intentan compartir un piso: así, además, pueden ayudarse en la cocina, el aseo, los gastos.

Los que estudian en Santiago, viven en Santiago. Punto.

Así es al menos en Periodismo. Poncho Ríos, por ser de Chonchi, vive en el internado de los pacos en Pío Nono. Es cierto: la Rossana Lazo vive con el guapo Pinganilla Ruiz y el depresivo del Anderson Ramírez en una de las torres de la Remodelación San Borja, pero nadie habla o piensa siquiera en un trío. Quizás los chicos son pareja y la Rossana Lazo está ahí porque le excita o porque aún no se ha enfrentado a sus pulsiones lésbicas o porque detesta a los hombres y le caen bien ciertos chicos. Las cosas no eran así en esa época, todo era uniformado, recto, dentro de la norma, estuvieran del lado que estuvieran. Clemente, que de alguna manera venía desde el futuro, se imaginaba cosas y le intrigaba el arreglo de la Lazo con el Pinganilla (siempre de abrigo blanco invierno) y el robusto Anderson con su acné. Ese departamento de Marcoleta le generaba mucho morbo. Pero, sobre todo, le daba risa lo provinciano y puritano que eran los ultraizquierdistas y guerrilleros-en-formación de la Escuela. Querían la revolución, pero dormitorio afuera, incluso puertas afuera. No les entraba en la mente un mundo afectivo distinto al de sus padres.

«Cómo están tus roomies», le preguntó una vez en el patio. Rossana Lazo no tenía idea lo que era un roommate, a pesar de tener dos en su propio departamento.

–Podríamos juntarnos los cuatro, no sé. Ver una película o se vienen para la casa.

–Para qué. No tenemos nada en común, Fabres.

Esto, claro, no era del todo cierto, aunque Rossana Lazo no lo sabía aún. Su departamento era, quizás, un microcosmos piloto de lo que vendría. Con los años, terminó, en distinto orden, dirigiendo una radio feminista, siendo concejal, poeta a ratos, asesora de prensa de una diputada de Convergencia Social y escribiendo una novela, *La torre 11*, incomprendida y ninguneada, acerca de sus experimentaciones sexuales con dos chicos. Además, firmó el acuerdo de Unión Civil con una dirigente del territorio. Ahora vive y escribe de comida vegana para distintos medios desde Puerto Saavedra. Su novela experimental *Esquirlas* fue publicada por la editorial Kindberg y ganó el premio del Consejo del Libro del 2019, justo antes del estallido social.

Pero eso es después, mucho después, y todo esto ocurre ahora.

Rossana Lazo, que luego asesoró a Iguales y fue libretista en los programas de sexo de Tati Penna, en ese momento depreciaba todo lo que hoy denominan «disidencias» y evitaba a Clemente como si tuviera tiña. Al final, con el paso de los años y el desgaste de los prejuicios, se supo que el Pinganilla sí fue novio del Anderson, que eventualmente terminó saltando de otra torre de la Remodelación San Borja. Renato Ruiz, a su vez, dejó su apodo de Pinganilla y viviendo en Buenos Aires apostó todo por una editorial indie queer.

Pero eso, insisto, fue mucho, mucho después.

A fines de 1985, todos los que no vivían con sus padres tenían algo en común, eran de lejos.

Rossana Lazo era de Coquimbo, el Pinganilla de Quillota, Anderson de Chiguayante.

Estaba instalada la idea de que acá, en Chile, no se cocían habas y que lo único raro es que vivíamos bajo una dictadura que era, a su vez, una excepción. Clemente dudaba de este mito, tal como se resistía a aceptar la idea de que los chilenos eran los ingleses de Sudamérica. Lo único que tenía Santiago en común con Birmingham eran ciertas calles pavimentadas con huevillos y la mala calefacción de las casas.

¿Birmingham acaso no estaba lejos?

En marzo, Clemente cumplirá años y, como siempre, irá al hotel City a cenar («mesa para uno, por favor»). Dependiendo del día y del ánimo y si estaba nublado o no, a veces sentía que su casa era un orfanato, una cárcel, un castillo o un refugio antinuclear. Era un huacho temporal, sus padres tenían otras agendas. Sí, esta casa era suya, pero, lamentablemente, estaba ubicada en Chile. Preferiría vivir en una diminuta pieza oscura en París o Londres o San Francisco, sin toque de queda, sin represión. Tener otro tipo de vecinos. Estaba chato de los histéricos de la Escuela que deseaban quemarlo todo con tal de vencer. Y también de los putos cómplices pasivos con sus rituales de oncecitas con torta de huevo mol.

A veces miraba a los repelentes estudiantes de Periodismo y pensaba: ellos van a tener que vivir para siempre acá. Estaban, al final, malditos. Él no: tenía una fecha de expiración. Podía largarse y no echar de menos. Chile no era un país para chicos que no querían tomar una posición; acá la ambigüedad se aniquilaba. Disentir era lo mismo que traición.

Por el simple hecho de vivir solo en una casa, Clemente se difumina en la bruma de la leyenda. Pasa a ser un factor mítico, legendario, salpicado de un misterio que él no consideraba que tuviera y por lo que lo transformaron en un freak. Clemente se daba cuenta de que llamaba la atención: cómo se vestía, cómo pensaba, cómo bailaba, incluso cómo caminaba. Que usara gel, que tuviera un tatuaje

pequeño en el brazo (los dos peces de los piscis), que usara rímel.

Todo lo que hacía a todos (del lado que fuera) les parecía raro. *Rarito.* Nada de eso lo controlaba, sin embargo: no podía vivir ni con sus padres (ambos lejos, separados, ambos obsesionados con no ser quienes fueron) ni con sus abuelos (todos muertos excepto la que vivía en Montevideo). Compartir un departamento con alguien le parecía demasiada cercanía y no confiaba realmente en nadie acá. Su casa en la calle María Luisa Santander tenía algo de set, lo sabía. Un set donde se rodaba un corto experimental acerca de la vida santiaguina alternativa con un único actor. El decorado no necesitaba decoración. Tenía colchones en el suelo, en distintas piezas, para dormir donde quisiera.

Para qué negarlo, le gustaba la libertad, y por qué no admitirlo: tampoco le molestaba, era mejor ser un raro que uno de ellos.

Los dedos de Clemente son como los de un pianista, le insistían, pero sus uñas comidas, sangrantes, todas mordidas, delataban más su ansiedad (o «locura» según le dijo la maldita perra de la doctora León) que su desinterés o incapacidad para tocar instrumentos nobles. Clemente no tiene sentido del ritmo (lo que lo hace bailar a su ritmo propio) y carece de cualquier motricidad fina. En ese sentido, el look no terminado, raw, industrial, de su fanzine se debe a su incapacidad para cortar de forma decente cualquier ilustración de una revista. Se siente torpe, clumsy, pero tampoco eso es tan malo. No toca música, no es un chico de una banda, pero escribe de ellos. De alguna manera, lo intuye, está ayudando a la escena, al mito. Algún día, cree, este horroroso período será material de series de televisión, de películas, de novelas. ¿Serán todas políticas con Pinochet al centro? ¿Todo será en efecto explotación y aprovechamiento de las víctimas? ¿Para eso se estaba luchando? ¿Así, de verdad, lo iban a recordar?

Mejor irse, virarse, huir, fugarse antes de que fuera demasiado tarde.

A Clemente no le gusta que lo miren ni menos que lo critiquen. Odia los camarines, las duchas públicas, los baños de vapor donde no le interesa volver a entrar desde que ingresó a uno de la calle Arturo Prat: los infames y legendarios Baños Prat, que, antes de que fueran remodelados y ratificados por la guía *Spartacus* como «imperdibles» y a la par de los mejores de São Paulo, eran más un antro de «obreros y chacales y maestros de la construcción». «Al abordaje, muchachos» eventualmente fue su eslogan. Aún existen más clubs con noches temáticas como Twinks & Daddies, además de los Fin de Semana de Osos + Nutrias, que en la actualidad promocionan por todas las redes sociales. Antes era otra cosa, nada de publicidad, nada de orgullo.

Daba entre miedo y asco bajar a los Prat.

Clemente se topó ahí, entre el denso humo blanco, con uno de sus profesores de la Escuela (Massimo Pavone, el de inglés, el que se teñía rojizo el pelo), desnudo, arrodillado, mamando a un chico regordete (gordito, fofo, mantecoso).

–Join us –le dijo, antes de que Clemente lo mirara con odio, algo de asco y un poco de pánico.

Dos meses antes de que se lo topara, Pavone le propuso a Clemente que no fuera a sus clases porque su acento era mejor que el suyo.

Era tal el pánico que provocaba la feminidad y cierta «locura de loca» en la Escuela, que cada vez que llegaba Massimo Pavone le silbaban o gritaban el infame «uuuuyyyyy». Massimo tenía esa edad indescifrable de ciertos hombres amanerados que intentaban demasiado no envejecer. Hoy, quizás, su look sería apreciado: pantalones anchos, pañuelos al cuello, echarpes, abrigos piel de camello, mocasines argentinos. Era un tipo viajado que se escapaba cada vez que podía. En todo caso, por esa época debía tener más de cincuenta. Era ronco y delgadísimo. Sidoso, decían. Coqueteaba descaradamente con algunos chicos que, con tal de pasar, se sentaban en primera fila y abrían sus piernas y se tocaban el paquete (el Suave Saavedra, el Turco Jadue, Edison Cabaña). El mito urbano era que los invitaba a su oficina a clases particulares. ¿Qué pasaba ahí? ¿Quién se aprovechaba de quién? A lo mejor conversaban. Decían que les pedía a los chicos que le grabaran sus fantasías sexuales o lo que hacían con sus pololas. Al parecer, lo que a Massimo le interesaba era la atención y estar rodeado de machos alfa en su momento de máxima toxicidad y calentura. Massimo les respondía con tallas corporales extraídas de sketches de burlesque y se dedicaba a cosificar a los chicos tontos, pero bien dotados. «Veo que fue a la feria, Saavedra; ¿pagó esa berenjena que escondió en sus jeans, mijito?».

A Clemente no le molestaba que Massimo fuera gay, pero sí que siempre pareciera estar caliente y en plan depredador (como si eso fuera lo único que lo separaba del resto). Y que aceptara sin problema las bromas, tallas e insultos de la platea. «Maaaaa-simo (zaz)», gritaban al unísono los chicos guerrilleros rojos y todo el resto se reía. ¿No era mejor que Massimo intentara pasar más piola? A lo mejor no podía. ¿O quizás este trato o roce con chicos que lo detestaban lo prendía? Clemente se acordaba del radioteatro que escuchaba Petronila: *Hogar dulce hogar*, en la Portales. Toda la pensión se reía del personaje de Tereso por ser afeminado, loca, cola, mariposón y maricueca.

Massimo quizás entendía que esa era la manera de pararse y que eso era mejor que esconderse. Ahora Pavone sabía de Clemente. Conocía su secreto, tenían algo en común además del amor por el

idioma inglés. Tampoco le importaba. Lo que le molestó es que lo invitara a chupárselo y que, por haberlo encontrado en los Prat, sentía que dejaba de ser su profesor. Clemente se dejó tocar por un viejo calvo que quiso besarlo. El local le pareció que tenía mal olor y todos los hombres mayores lo miraban como una presa. Le manosearon el trasero sin permiso e intentaron meterle sus dedos con uñas filosas. Clemente decidió nunca volver. No le servía el vapor ni el sexo anónimo. Quería otro tipo de lazos, de encuentros. Massimo nunca se lo comentó, excepto una vez, en el pasillo, que le dijo: «I hope you are playing safe, dear boy».

Massimo Pavone murió al llegar la democracia del virus del que todos se reían en la Escuela.

A Clemente le gusta subir el San Cristóbal para luego bajar a pie. A veces asciende en el funicular, como hoy que paseaba por Pedro de Valdivia Norte. Había ido a una exposición acerca de Luciano Kulzcewski en Lo Contador.

Sube al teleférico. A un huevito color rojo.

Siente un leve mareo, un atisbo de vértigo.

No hay casi nadie, la ciudad está sin esmog por el calor de diciembre.

La razón por la que lo acosaban es simple: su belleza. Clemente perturbaba. Entendía que era distinto a los demás. No tanto por su pasado en Inglaterra o por ser bilingüe o venir de una familia de la élite, pero progre. Lo miraban en la calle: parecía una estrella de pop inglés. Era, en efecto, más bello que guapo; delicado, con ojos expresivos resaltados por el negro del rímel –a veces iba a clases o salía a la calle con los restos en sus ojos– y con facciones delicadas y simétricas que lo alejaban de todos los demás y que de inmediato provocaban mareo y envidia en partes iguales. Algunos estimaban que era cool y misterioso, porque pasaba solo, usaba abrigos largos y leía novelas en inglés frente a todos. Pero lo cierto es que no era como los demás, era mejor. Había sido bendecido genéticamente. Era, en muchos sentidos, distinto al resto. En Santiago, en el Reino Unido, en cualquier parte. Al menos en esa época.

Anda con su walkman. Escucha a los Echo and the Bunnymen: *Ocean Rain*. Tiene un crush con Will Sergeant, el guitarrista. En esa época, la Orange Crush era más popular que la Fanta. No se usaba el vocablo extranjero para referirse a la persona con la cual tienes un amor platónico. Tu crush, me dicen, es aquel que te gusta y te da algo de plancha. Viene del inglés crush. De estrujar tu corazón, como a una naranja. Fascinación por alguien que parece inalcanzable. Clemente, entonces, idolatra y está fascinado por la onda de Sergeant. Le gusta su pelo, su actitud, aunque los que miraban al chico que distribuía su

ropa/americana sostienen que poseía algo de Ian Curtis, pero más estilizado.

Clemente mide un metro setenta. Siente que le falta altura. Pasó de ser del montón a ser casi el más bajo. Al parecer, todos en Chile tomaban Milo y Nido y Fortesán de frutilla y comían mucho pan con palta. Estaba cansado de escuchar: te falta cuerpo, estás muy flaco, no te dan de comer. No quería ser gordo ni macizo ni tener un look deportivo ni menos comer tanta marraqueta ni arroz con huevo. Acá había que ser perfecto, como los chicos rubios de los comerciales de Milo-te-hace-grande. La estética aspiracional era norteamericana, todo lo yanqui les fascinaba. Clemente no era como los jugadores del equipo de la UC. No era como ese chico rubio de nombre Guillermo Armstrong, hijo de unos amigos de sus padres, que leía y jugaba todo el día al fútbol y que ahora era un ídolo cruzado. Una vez el Memo le dijo: juego para que no me molesten, pero soy sensible; es muy duro no ser siempre duro. Acá no te puedes aislar, necesitas un grupo de pertenencia.

¿Pero cuál?

No era capaz de destacar en nada, sentía. No estaba programado para los deportes. ¿Gimnasia olímpica? Se desnucaría. ¿Natación, clavados triples? No, jamás usaría un Speedo en público ni en privado. Ni siquiera en la piscina temperada de Cocks Moors Woods. No, no era como los demás. Tampoco quería ser como uno de *ellos*. Sus pantorrillas tan desarrolladas se debían a que caminaba mal: como la pantera rosa. Como un bailarín de ballet. Una caminata exagerada. Caminaba con la punta de los pies, casi como si estuviera prohibido usar los talones. De ahí sus pantorrillas. No eran por ser un ciclista. En Birmingham usaba la bicicleta como transporte, además remaba en el Edgbaston Reservoir. Pasaba las tardes y los fines de semana en el club de Cocks Moors Woods. Ahí practicaba esgrima con Naseem, deporte que amaba porque estaba totalmente vestido y además de blanco. Pero nadie practicaba esgrima, remo o criquet en Santiago. La sola idea de mencionarlo acá, lo tenía más que claro, sería un motivo de escarnio.

Clemente mira la inmensa piscina pública desde lo alto. La cabina del teleférico flota arriba de los pastos y bosques, del agua celeste con cloro.

Decide bajar en la estación Tupahue.

Casi no vienen turistas a Santiago, reflexiona. El teleférico pasa vacío, esperando quizás una época mejor, más de paseos. Mira a los chicos en traje de baño. Uno le esparce bloqueador al otro, en la espalda, una práctica poco común. Clemente no sale de la ciudad en los meses en que la gente aprovecha para irse de vacaciones. Estos

meses de calor los pasa encerrado. Nunca toma sol ni menos se echa bronceador. Es –y quiere ser– un chico pálido.

A pesar de ser muy delgado, su cuerpo le parece distinto, a veces hasta deforme. Siente que le falta dureza, abdominales, fibra, pero le repele la idea de ser duro. Tiene algo femenino. Intuía que se veía mejor vestido que sin ropa, aunque ahí se equivocaba. Clemente dudaba a veces de su cuerpo o quería cambiarlo y otras veces le parecía bien y hasta se gustaba. Era un tema y eso lo complicaba, pues sentía que para todos los hombres el cuerpo era su aliado y no algo con lo que había que negociar. Sus piernas son más largas que su cuerpo, siente. Tenía algo de chico asiático, como su compañero de curso nipón en el King Edward's School que se duchaba cerca suyo. Cuando estaban en Fifth Form, Hitoshi Ishikawa se quedó a alojar un par de veces en su casa y se exploraron.

La madre de Clemente una vez le dijo: –Tienes lindas piernas, lindas pantorrillas, no muy peludas para que te den asco. Me cargan los hombres demasiado peludos, me bajan la libido.

De lo que Clemente no se daba cuenta, eso sí, es que, en el futuro, de haberlo querido, quizás, pudo haber sido un modelo para Larry Clark. Su look aún no era un look. Faltaba mucho para que se lanzara CK One con todos esos chicos ambiguos de los avisos de las revistas. Le gustaba su color blanco tiza. Sobre todo, el contraste de la piel lechosa con sus pelos negros que cada vez iban en aumento, sobre todo entre el ombligo y más abajo, y entre sus inexistentes pectorales. Era de esos ciertos chicos que no se sacaban la polera. Le parecía impúdico y sentía que los que lo hacían, los que incluso andaban con esas poleras sin manga, eran una tropa de tipos básicos. Odiaba a los hombres seguros porque les temía, los envidiaba, porque a pesar de despreciarlos profundamente a veces quería ser como ellos o estar con ellos. Sí, los deseaba. Se excitaba con las fotos tomadas por Bruce Weber y esos paraísos de chicos rubios, libres, con perros, deportistas, bañándose todos desnudos en lagos. Esto, lo tenía claro, eran fantasías de viejo verde y, sobre todo, era mentira. Los chicos normales (uf, odiaba esa palabra) podían bañarse en lagunas sin nada y tocarse y olerse y jugar como perros. Ninguno se calentaba ni quedaba erecto por el roce. Esto le parecía algo más bien imposible. Por eso Clemente prefería evitar todo lo ligado al cuerpo y las duchas y camarines *playas* dormir-en-casas-ajenas por un temor básico: se le podía parar y, peor, se podía mojar y eso lo delataría.

En Inglaterra se encerraba en el baño. Intuía que quizás lo más conveniente para todos, y para él que era un hijo del exilio, era no crecer del todo. Por algo había pasado todo un día en una escapada a Londres caminando por Kensington Gardens, el barrio de Peter Pan. Clemente, a esa edad, quería, por un lado, transformarse en adulto y a

la vez no sexualizarse, evitar ese tema. Cuando se acercó a los doce, tenía claro que venía un cataclismo. El reloj biológico le hacía tic. Lo esperaba con terror. Era un presentimiento de que algo malo iba a suceder. Lo iban a abducir. O, al menos, se iba a evidenciar lo que ya sabía: que no era igual a los otros, que iba a tener que hacer un esfuerzo enorme para tener una novia, que sentía más conexión con todos esos chicos de Chile y Uruguay e Inglaterra con que había quedado fascinado y que, por momentos, idolatraba (Octavio, Jonás, Ignacio, Simón, Fede, Leandro, Gustavo, Liam, Stephen, Benedict, Hitoshi y Naseem, por cierto).

No, definitivamente no, no quería pasar por eso y no le interesaba tener que crecer.

Era como abandonar su ser y convertirse en otro. Él sabía que ahora su curiosidad se transformaría en calentura destilada, pulsante. Iba a explorar todo lo posible. Pasaría en celo, ardiente. Quería aplacarlo, reprimirlo, mantenerlo a raya, acaso controlarlo, desecharlo. Suppress all that, si era posible. Desarrollarse. Odiaba el término en español: *desarrollarse.* Clemente deseaba potenciarse, saber más, ser más adulto, pero no entendía los beneficios de transformarse en un ser con hambre, curiosidades y zonas oscuras.

¿Para qué *desarrollarse*?

Miró con algo de pavor y asco cómo se fue llenando de ciertos cañones que indicaban que iban a aparecer pelitos. Ya eyacular le parecía algo animal, complicado. Cuando un día al salir de la ducha se divisó en el espejo, el reflejo no fue algo grato. Sabía que tenía vellos, pero al verlos en contexto toda esa piel blanca, ese cuerpo de niño alto, parecía mancillada por esa aparición selvática incontrolada. Intentó, de todos modos, atajarla. Se llenó de crema de afeitar en tubo Yardley. Solo tenía abajo, pero se puso crema donde sabía que eventualmente iba a brotar lo que no quería que sucediera. ¿Era posible atajar el proceso? Logró afeitarse todo, intentó no dejar huella del pecado o lo errado o lo bestial, y volvió a ser niño por unos cinco días.

¿Qué pasaría si lo vieran?

¿Lo iban a querer así peludo, grasiento, hormonal?

Intuía que, siendo niño, sin ganas ni erecciones, era más controlable y querible. La testosterona lo llenaba de libido y lo iba transformando en un lobo que debía ser capado. Si no, la culpa podía botarlo. Suprimir sus ganas: esa era la meta. Pero no era tan fácil.

Su padre una vez entró a su pieza en Birmingham. Es probable que hubiera golpeado, pero Clemente no lo escuchó pues tenía puestos unos inmensos audífonos que cancelaban el mundo exterior. Estaba escuchando el álbum *A Day at the Races* de Queen. Lo sorprendió masturbándose, con las piernas abiertas, los pantalones abajo y el

pene erecto totalmente a la vista. El semen justo saltó sobre el pecho de Clemente y el respaldo de la cama. Pensaba en el actor Mark Hamill y, cuando abrió los ojos, vio los de su padre. En ellos había terror, asco, decepción. Sintió más rechazo que vergüenza. Pensó que quizás su padre había visto las revistas que compró en el quiosco de la oscura e inmensa New Street Station. Pero no. No era que estuviera mirando chicos. Incluso, pensó, podría estar mirando chicas. Su intuición había estado en lo cierto: el rechazo de su padre era porque no quería que creciera. Porque no quería perderlo. O quizás no sabía cómo relacionarse con un adulto. Pero había algo raro, molesto, que los incomodaba a los dos. Los padres de sus compañeros celebraban que sus hijos crecieran; a su padre, por el contrario, le parecía que el hecho de que su hijo creciera era, de alguna manera, una desobediencia. A él, un sociólogo con muchas publicaciones, le gustaba enseñarle, darle pequeñas lecciones, tratarlo como un adulto en la medida en que fuera un niño. Manteniéndose chico, su padre podía darle lecturas, consejos, explicarle temas políticos, contarle anécdotas de la historia. El hecho de que Clemente fuera de verdad un adulto o, al menos, un ser con pulsiones, le parecía una forma de traición. Por eso no le pareció curioso que su padre no le comentara nada: ni lo retó ni le explicó las cosas de la vida ni le hizo una broma.

Fue como si nunca hubiera sucedido.

Esto, sintió Clemente, era lo que imaginaba que iba a suceder.

Su padre quería a un niño, no a un adolescente.

Lo único que cambió desde esa tarde fue que nunca más le dijo baby boy, sino hijo.

«Mira, hijo, esto es lo que creo que está sucediendo con la Alianza Democrática».

Quizás por eso lo dejó irse sin oponerse.

Quizás por eso no hizo nada por retenerlo cuando se vino para acá.

Acaso lo prefería lejos. Su padre funcionaba por teléfono. Era distante pero cariñoso. Atento. Por carta era aún mejor. Daba consejos, proponía análisis. A veces cuando hablaban por larga distancia, Clemente se bajaba los pantalones y se tocaba o encendía un video porno gay de los estudios Falcon que compró en el local de revistas usadas de Alonso de Ovalle, mientras lo escuchaba hablar de las estrategias adoptadas por la oposición.

Desciende el cerro. Le gusta la vista, la sombra, lo inclinado del camino.

Entre los arbustos detrás del jardín Japonés encontró a Vicente Díaz Ovando. Estaba tan aterrado como excitado. Vicente tenía el cierre abierto. Se miraron fijamente, se acercaron mucho. Vicente le pidió que le encendiera un cigarrillo. Ambos fumaron. Clemente intentó besarlo. Aceptó. Vicente preguntó: «¿Tienes casa? Acá no. Me da

miedo que nos pillen». Dale, le dijo Clemente.

Bajaron caminando. Conversaron. Armaron un vínculo.

Clemente mira para ver si hay hombres. Ve a un tipo mayor.

Decide seguir bajando, ahora por los senderos, entre los árboles.

Clemente tiene todos los diarios del día alrededor de su cama, incluyendo *El Clamor* y *Las Últimas Noticias* con sus sensacionalistas y homofóbicos titulares respecto del doble parricidio que sucedió durante la Nochebuena en esa casa vieja de Lo Ovalle. El episodio bautizado por la prensa como «La noche de la cola de mono».

Clemente devora de forma compulsiva el caso del chico degollado por su madre. Hojea *La Tercera*. Tiene, incluso, *El Mercurio*, que evita hablar de temas policiales, y *La Nación*, que se niega a tocar nada que pueda herir al gobierno. «La Nochebuena para la familia Díaz Ovando no fue para nada buena: terminó en sangre». La madre, una robusta funcionaria de «una conocida AFP», degolló a Vicente, su hijo mayor. Según *El Clamor*, el joven dio rienda suelta a «sus oscuros deseos reprimidos» y «salió a putear a orillas del Mapocho, por el parque Uruguay, en la acomodada comuna verde de Providencia, donde las mariposas se juntan con los murciélagos». El diario estableció que Vicente Díaz, de veintidós años, estudiante de Arquitectura de la Universidad de Chile, había salido «aprovechando que ya había pasado el Viejo Pascuero, a dejarse llevar por el morbo marica y desviado que invade a ciertos perversos de la urbe. Vicente, al parecer algo inocente en estas lides de rufianes de doble vida, partió de su casa en el sector Lo Ovalle de la Gran Avenida (específicamente la calle General Freire) para salir de “caza”».

Clemente abre dos ventanas para ver si entra algo de brisa.

Tenso, nervioso, incluso con algo de frío interior, se sirve una piscola con demasiado Control de 35º. Mira *Las Últimas Noticias* que se concentró en lo que pasó después del paseo navideño de Vicente.

Lo tituló: «Navidad roja: orgía de sangre, parricidio, incesto y violación».

La última vez que se juntó con Vicente Díaz Ovando, fue para el feriado del 8 de diciembre, recuerda.

El diario *El Clamor* se dedicó varios días a estrujar la noticia.

«Mucha cola de mono despierta sentimientos colizas en parricidio de familia de Lo Ovalle» fue uno de los titulares firmados por Saúl Faúndez y Alfonso Fernández, compañero en la Escuela, un chico tímido sin mucho cuento. No todo estaba claro en el parricidio. En algunos detalles los diarios se contradecían, pero lo que sí era incuestionable era lo siguiente: Vicente, según la autopsia, fue violado «analmente con muestras de distintos sémenes» a la orilla del río «por malandrines con pinta de efebos». Al llegar Vicente a su casa, y según

la declaración de su hermano menor, Borja Díaz Ovando, dieciséis años, ambos se enfrentaron a combos. «Yo estaba borracho, me había tomado dos botellas al seco de cola de mono», dijo, mientras lo internaban en el servicio de menores. Luego de hojear los libros de Stephen King, que recibió de regalo, logró abrir la puerta con llave del cuarto de su hermano y quedó «impactado y estimulado con todo el material pornográfico que tenía escondido el Vicente. Yo no sabía que era maricón», declaró el hermano menor de la víctima. «Yo sí sabía que yo era, obvio; pero no quería serlo. No quería que se me quemara el arroz, pero el morbo es más fuerte. Es muy difícil reprimir lo que uno siente. Me tocaba en ciertas partes, pensaba en ciertos chicos. Sabía que era peligroso, ilegal, sancionado, pero lo hacía igual. Al comprobar que Vicente también lo era, esto fue como una revelación y una bendición y quedé extasiado. Sentí que había renacido. No era el único, aunque me duró poco: mi mamá prefirió matarlo que tener un hijo así».

Pero todo «parto es con sangre», como sugirió *El Clamor*, que había empezado a usar el eslogan: *La verdad del crimen* en sus avisos radiales, donde se leían los principales titulares del día. Según la prosa sobregirada del tabloide, al llegar a su casa el «ultrajado estudiante de Arquitectura» se duchó «lavándose la sangre y la esperma ajena que brotó de su avasallado recto». Luego entró a su pieza para encontrarse con la «ingrata sorpresa de que su hermano Borja lo había sacado del armario». *Las Últimas Noticias* habló de «revistas degeneradas con sexo entre hombres de razas distintas» y «lubricantes, consoladores y videos» y «un afiche de *La jaula de las locas*». Esto provocó un enfrentamiento «entre machos», una riña «cuerpo a cuerpo» entre los dos hermanos, «uno totalmente desnudo» y el «otro con un sujetador de gimnasia de uso poco frecuente en nuestras clases de educación física».

El pugilato, que provocó caídas de libreros y el ruidoso destrozo de un espejo «salpicado», despertó «a la matriarca». Ella, drogada con un «abundante cóctel» de pastillas de Mogadon, «vio cosas que no quiso ver y escuchó cosas secretas que mi hermano me dijo acerca de mi padre desviado», supuestamente declaró el joven Borja a *La Nación*. Luego, ningún diario se puso de acuerdo. Tergiversaron a gusto. El tema «sangraba y coagulaba», como decían en el medio cuando un hecho policial da para una semana de portadas y cada información o detalle aumenta aún más el morbo de los lectores. Borja, para vengarse del degollamiento de su hermano Vicente, acuchilló con la misma arma a su madre asesina. El parricidio fue doble. *La Segunda* quiso hablar lo menos posible del asunto. *El Clamor* insistió en que el refrigerador «estaba atestado con docenas de botellas de cola de mono, trozos de pan de pascua y largos *salames* enteros».

Daba lo mismo los inventos, proyecciones o fantasías de la prensa: era un festín sensacionalista. Más allá del mal gusto y la homofobia desatada, lo cierto es que todo terminó mal o todo, quizás, estalló esa «aciaga» noche del 24.

Clemente odiaba las fiestas impuestas. Entendía lo que pudo haber pasado, pero eso no lo hacía menos traumático de procesar. Es cierto: no todo puede mantenerse en secreto, pero no por eso la culpa debe alzarse ni la sangre debe brotar y deslizarse por los suelos de parqué impregnados de cera Virginia. Había algo intrínsecamente local, chileno, en la masacre.

Por suerte, su madre no tuvo problema cuando supo, pensó Clemente.

«Ahora entiendo todo», le dijo al enterarse de lo de Clemente y Naseem. Lo peor fue la reacción de la familia Ahmed que armó un escándalo y sacó a Naseem no solo del colegio, sino que lo envió de inmediato a Paquistán. No lo mataron, le echaron la culpa a occidente y al chico «comunista sudamericano».

Lo de Vicente Díaz lo había remecido, aterrado, pero más que nada le había confirmado algo: estas cosas podían pasar. Acá pasaban. Como insistía Neón en la Eclipse: aquí no se aceptaba disentir de ninguna forma. No es que en otros países el asunto fuera algo banal, pero al menos se enfrentaba. O había dónde escapar.

Santiago era la capital y todo era represión.

Según los relatos contradictorios y, a la vez, complementarios, la madre, al ver a los dos hijos desnudos, abrazados entre ellos, degolló a su primogénito. Esto hizo que el menor agarrara el cuchillo y, ya sea para defenderse o vengar la vida de su hermano mayor, apuñaló a la «voluptuosa y puritana señora». Años antes, su marido, el padre de los hermanos, un respetable crítico de cine, se había suicidado en un hotel de la calle Meiggs. Esto fue luego de ser aprehendido en un incidente con «con un menor de edad en un cine triple X».

Todo al final era una historia. Pero Vicente Díaz Ovando fue algo más, aunque no mucho más, pero claramente algo más. Clemente conoció a Vicente. Lo conoció cuando estaba vivo. En septiembre. En el cerro, detrás del Jardín Japonés.

Clemente a veces piensa que Vicente quería más. Buscaba intimidad, le dijo. No quería solo roces entre las plantas.

Quiero saber cómo te llamas. No solo chupártela.

Clemente Fabres.

¿Como la calle?

Como la calle.

Me gusta esa calle. Una amiga vive cerca.

Cuando Clemente vio los diarios, reconoció a Vicente al instante.

Antes del cerro, se miraron fijamente una vez en el parque San

Borja, que estaba cerca de la universidad de ambos. Vicente se dio cuenta de que Clemente era universitario, que era otro tipo de chico. Del San Cristóbal caminaron a la casa de Clemente. Hablaron de arquitectura, de Europa, de libros, de cine. Almorzaron dos veces. Vicente le prestó *Historia de Mayta*. Lo vio desnudo, lo olió y succionó. Tenía ojos lindos, cejas grandes, brazos largos y un trasero pequeño. Se habían masturbado mutuamente e incluso besado. Había tragado su semen. Lo había hecho reír. Bebieron jugo de melón tuna, se escupieron, fumaron desnudos arriba del sofá, escucharon todo el álbum *Boys and Girls* de Bryan Ferry.

Los dedos de Clemente quedaron impregnados del chico que ahora estaba muerto.

Vicente siempre estaba nervioso, aterrado, la culpa lo dominaba.

Todo fue tensión y miedo. Vicente contagió a Clemente con su angustia. Trataron de conversar o escuchar música. La tercera vez terminaron en la cama, no solo en el sofá. Vicente no fue capaz de tener una erección y se quiso ir. Luego se dieron una tina. Más tarde, Clemente le enseñó palabras en inglés: rimming, foreskin, precum. Vicente quiso probar cosas que nunca había hecho. Clemente de pronto le dijo: me gustas. Vicente fue el primer chico local al que Clemente invitó a su casa. Olía a pistachos, a anís, a piedras al sol. Tenía el pene levemente curvo. Vicente le dijo que su casa estaba «genial» y que tenía «vestigios del Bauhaus».

Nadie se puede enterar, le dijo.

Quédate a alojar.

No puedo, no entiendes. No vengo de Londres.

De Birmingham.

Es lo mismo. No eres de acá, no cachas.

Pero sí: algo entendía.

También entendió, la última vez que lo vio (nunca le dio su número), que Vicente era boyfriend material. Que era algo más.

Vicente, cree, se dio cuenta también.

Por eso no regresó.

Clemente busca una camiseta blanca que a Vicente se le quedó. La usaba bajo su camisa. Se la pone. Siente ganas de llorar, de pronto lo echa de menos. Su aroma sigue ahí y eso lo contiene y, a la vez, derrumba.

Apaga la radio y tira los diarios al suelo.

Se dice a sí mismo: nada más de exploraciones, nada de conocer gente. Acá todo es más complicado. Este no es un país para afectos. Me pudieron degollar, tal como a Vicente, tal como a los tres que dejaron al borde del camino cerca del aeropuerto.

Esa noche, luego de apagar la radio, Neón habló del caso y de Vicente «que solamente andaba buscando conexión, ¿acaso eso es

mucho pedir?». Le dedicó un tema nuevo: «Este es un demo, pero me lo pasó Fonseca, que sigue dudando de nosotros. No importa. También dudamos, siempre. Acá, dedicado a Vicente, víctima del odio de su propia madre. Dios, qué mundo. Hay que ser fuerte, hay que tener paciencia. Como dijo una vez el autor inglés E. M. Forster en la dedicatoria de su novela póstuma: *To a Happier Year*: “A un año donde seremos más felices”. Este año ya no, ¿pero el otro qué pasará? Vendrán tiempos mejores, sí. Pero no aún. Hay mucho por hacer para cambiar las cosas. Solo el pop nos puede salvar».

Luego puso «Ausencia» de Nadie.

Clemente dormía profundamente, pero Tomás escuchó el tema atento.

La Lado B

Ya salió del Nacional, ya dio la PAA, fue el mejor de su curso. Es un chico bueno que quiere probar ser un poco malo, rebelde. Tomás está seguro de que va a sacar un buen puntaje y no tiene dudas de que va a quedar en lo que pretende que sea su primera postulación: Letras en la UC.

Ahora, caminando por el parque El Llano, piensa en los resultados de la prueba. En cómo va a postular. No está preocupado del puntaje, pues sabe que le ha ido muy bien. Sus notas del Instituto, además, aumentarán su ponderación. Su duda es qué hacer y dónde o si se atreve a estudiar algo menos intenso en una ciudad más atractiva o arriesgada como Valparaíso o Valdivia. ¿Cómo será vivir lejos y solo? Había escuchado lo que sucedía en Valpo, en la isla Teja, fiestas y anarquía sin parar. Había reducido el dilema a Letras o Periodismo, aunque sabía que Teatro lo electrizaba.

¿En la Chile (como quería su padre) o en la UC (como soñaba su madre)?

Amanda Burgos, su madre, lo vio aburrido deambulando por la casa con nada más que unos shorts Fila. Cambiaba la radio Grundig del living tratando de sintonizar la Eclipse. Su madre le comentó sobre el veraneo y su futuro universitario. «Tantas decisiones claves, Tomazo; qué nervios». Su madre tomaba cursos de repostería, iba al Cema, compraba revistas, experimentaba las recetas de la tele. «No me hables del futuro tú que apostaste por el pasado. No eres moderna, mamá», le dijo mientras ella le pasaba Brasso a las lámparas y los jarrones.

–Disculpa lo pesado, lo directo, pero es verdad. Tú te casaste con mi padre, yo no. Yo, al menos, tengo buen gusto.

–No hables de cosas que no sabes.

–Tú me contaste *todo*.

–Entonces olvídalo, amor.

Su madre, que tenía recién cuarenta y dos años, se aclaraba el pelo

con rayitos y usaba Coppertone. Estaba siempre a la moda: le gustaban los estampados, los chalecos tejidos a máquina, lo dorado. Tomás le comentó: «Necesito tiempo a solas para crecer». Luego agregó, serio: «He tomado la decisión de al menos pasar unas semanas a solas vagando como los de *En el camino* de Kerouac, pero con carpa. ¿Me entiendes?». «Obvio que sí», le respondió su madre, algo obnubilada. Los éxitos, viajes y planes de Tomás le parecían propios. Él la llevaría, con sus confidencias y triunfos, con sus fotos y suvenires e imanes para el refrigerador, donde ella solo lograba llegar a través de la televisión y las películas.

–No –le respondió Tomás, serio–. Nadie me entiende. No puedo seguir veraneando con ustedes en el lugar de siempre. Ir a la casa de la abuela es como ver capítulos repetidos de series gringas antiguas.

–Pero siempre lo pasamos bien, Tomazo. Cómo nos reímos en Cartagena, en los juegos, en la lotería. ¿Acaso no te gusta cocinar postres conmigo?

–Ya sé lo que va a pasar, mamá. Son predecibles. Debo aprender a vivir sin ustedes y hacer lo que ustedes no se atreven –le dijo, tirado sobre el sofá.

Ella estaba orgullosa de sus notas y sabía que Tomás no solamente no era como su hijo Aníbal, sino que sería el primer universitario de la familia. Se sentó a su lado y comenzó a acariciarle el pelo.

–Me parece regio. A ti, amor, te va a ir bien porque saliste tincudo y habiloso. La casa en la playa siempre estará en la playa y eres bienvenido. Lo importante, amor, es que te hagas amigos. No tienes amigos, Tomazo.

Luego puso la radio y sonó Pandora: «Cómo te va mi amor». Su madre se puso a cantar como si estuviera en *El festival de la una.* Tomás le dijo: –Es buena esa letra: «Fue una chispa en mi equilibrio, dinamita que estalló».

Amanda se sentó al lado suyo y comenzó a jugar con los pelitos de la axila de Tomás.

–Basta. Déjame. No soy tu crush.

–Me vas a dejar. Eres mi chico. Siempre lo serás. Debes ser dinamita, guapo. Debes estallar.

–Lo haré y lo sabes.

–Lo sé.

Ella entonces le hizo cariño en la pantorrilla a su hijo preferido. Tomás quería pasar el primer verano del resto de su vida explorando el mundo «ancho y ajeno», como le recalcó, «no rodeado de parientes» en la casa a pasos del mar en San Carlos, entre San Sebastián y Las Cruces. Pero era cierto lo que le dijo su madre: necesitaba amigos o, al menos, amigos nuevos. No estaba ni aquí ni allá.

Había *salido* y ahora iba a *entrar*.

Tomás estaba en el limbo, entre paréntesis.

Por eso mismo, debía aprovechar su estado liminal, como decía uno de los locutores de la radio.

Hola, soy Liminal y tenemos mucho de que hablar.

En el Nacional, tenía algo parecido a aliados o conocidos, nada cercano a un amigo. No se sentaba cerca de aquellos chicos gorditos, nerds, afeminados o con anteojos. Con ninguno pudo hablar de cosas que él aún prefería hablar solo consigo mismo. No estaba dispuesto a compartir, por ejemplo, su correspondencia-intensa-hot y las fotos que le enviaba el chico de Sevilla. Eso era algo entre Manolo García Barroso allá y él acá, con la excepción de Camila Matus, quien estaba al tanto de todo y hasta lo hizo posar desnudo para dibujarlo al carbón y enviarle algo osado a su amigo-por-correspondencia. Tomás deambulaba entonces entre los que sobraban o eran expulsados del círculo de hierro, ese del cual él podía entrar y salir con una facilidad asombrosa, pero que tenía claro que era un grupo al que no pertenecía. No porque sacaba buenas notas o parecía un buen chico: lo era. Era virgen, pero no sin fantasías y deseos y ganas. En su colegio, famoso por haberle dado tantos presidentes al país, entendía que debía ser discreto, parecido a todos, ser igual, no destacar. El Instituto era un colegio de chicos donde no aceptaban a los chicos que les gustaban los chicos; excluían a las mujeres y todos se referían a sí mismos por su apellido. Mena gradualmente iba transformándose en Tomás. Era un camaleón, como cantaba Culture Club. Sabía desaparecer o usar camuflaje o fundirse con los chicos campeones. Pero ahora empezaba una etapa nueva. En el colegio prefería a los otros: esos ciertos chicos raros y mal diseñados que manejaban información, que alteraban en algo su uniforme con chapitas o ganchos de colores. Pero ninguno le abrió su corazón. No pedía una aventura, solo un cómplice. Aunque debía admitirlo: no quería estar rodeado de feos impopulares.

Tomás había visto suficientes películas gringas para entender que ser popular tenía sus beneficios, eran los protagonistas de todo, pero había un inmenso universo de secundarios que brillaban por sí mismos y él se veía entre ellos. ¿Cómo no podía haber chicos inteligentes, sensibles y no violentos, con ideas y llenos de información y trivia? No tenía realmente a quién preguntarle. Camila vivía muy lejos y todavía no le habían instalado teléfono. Estar fuera de clases tenía su bendición, pero a la vez lo tenía sumido en una soledad tan inabarcable que no sabía que existía y por momentos sintió miedo. No era un colegial, no era universitario. Tampoco era su hermano con sus malas amistades. Era Tomás: pura potencia, puro futuro. Por eso escuchaba la Eclipse. Aportaba el tipo de información y trivia que los amigos cercanos (en caso de tenerlos) te pasaban. La Eclipse lo

calmaba, lo hacía viajar, lo llenaba de ideas. Neón aún no mencionaba el fanzine de Clemente, pero sí la disquería.

«Es una suerte de canje. Pasando y pasando, ¿ven? Todo lo que tocamos está ahí», deslizaba. «Mis amigos y aliados de la Lado B nos hicieron llegar este álbum donde viene este tema que me tiene obsesionado».

Tomás entendió entonces que esa disquería posiblemente surtía a la Eclipse.

Abrió las páginas amarillas en la categoría disquerías y ahí estaba: avenida Providencia 2546, local 77.

«Este temazo lo conseguimos en la Lado B. Porque todos deberíamos tener un lado B, ¿no?», decían sus locutores favoritos: Neón, Liminal, LonelyBoy, DJ Blast.

Para allá iría entonces.

No había tiempo que perder: el futuro debía llegar cuanto antes.

Tomás toma el metro en la estación El Llano.

Había sobrevivido a la fiesta de graduación en el Hotel Galerías de la calle San Antonio. Lo pasó mejor de lo esperado, la realidad superó sus expectativas. Quiso invitar a Camila Matus, su mejor amiga. Ella era su cómplice y sabía toda su vida secreta; con ella intercambiaba libros y casetes e iba al centro a ver programas dobles a los rotativos. Amaba bailar, sobre todo frente a la tele, pero ya se había ido a Antofagasta. Camila había sido su vecina, se conocieron en la plaza Artes Gráficas e iban juntos a la biblioteca San Miguel. Ella era del Liceo 1 y viajaban juntos al centro hasta que a su padre lo trasladaron a la base aérea de Cerro Moreno, meses antes de la graduación.

Su madre le recomendó una chica que no conocía.

–No vas a ir solo, Tomazo, no vas a «danzar» a solas. Qué plancha. Las graduaciones son una sola vez. Como en las películas. Me acuerdo de que fui con un chico llamado Juan Carlos Barraza. Altísimo. Demasiado mino. Casi tan guapo como tú. Era de las mejores familias de La Cisterna.

Tomás aceptó el plan y fue con la hija de una amiga de su madre, una tal Ghislaine Solís, que estaba feliz de ir a bailar temas de KC & The Sunshine Band («lo amo, me parece hot») en un hotel del centro. Ghislaine tenía su edad, pero ya había egresado del Trinity College de Maipú. Ahora estudiaba Secretariado Ejecutivo en el Manpower. Olía a Coral y tenía el pelo escarmenado, además de las uñas pintadas de pistacho, pero la chica era divertida, usaba botas altas blancas y aun así no alcanzaba el metro sesenta.

En un momento, Ghislaine decidió ir al «tocador» y Tomás subió a la terraza al aire libre del Hotel Galería donde había una piscina, un moái falso y se veían los edificios del centro. Tomás cree que el hecho

de que el gordo Narciso Dávalos lo haya besado (borracho) en la terraza fue algo revelador. No porque haya sido con lengua, no. No porque él también estaba borracho, no. Tampoco porque sonaba insistentemente «María Magdalena» de Sandra, no. Ni siquiera tuvo que ver con que Tomás reaccionara con una erección inmediata, no. Cree, más bien, que tiene que ver con que Dávalos le dijo: –Siempre lo sospeché, eres de los míos, pero te lo negabas. Como no se te nota... Yo siempre me di cuenta; eras demasiado sensible para ser un puto hetero, amiga.

A Tomás no le interesaban los chicos como Narciso. Le parecía demasiado amanerado y a él le gustaban rudos-pero-sensibles como Manolo-de-Sevilla que le enviaba polaroids explícitas de sus músculos y genitales. Entendió ahí, mientras sentía la brisa tibia de diciembre secarle el sudor del pelo, que su fascinación por los chicos no podía seguir siendo platónica. No quería que su primera vez fuera con Narciso Dávalos. Además, le mataba cualquier pasión el ambo celeste con la camisa con vuelos tipo Raphael. El chico con que iban a pasar cosas le tenía que gustar y debía ser algo para compartirlo detalladamente con Camila Matus, aunque fuera por carta ahora que ella estaba lejos.

Cuando apareció Ghislaine, en vez de enojarse o escandalizarse, les dijo: «¿Trío?». Para luego agregar: –Me calientan los chicos con chicos. Me gusta mirar.

Pero a Tomás no le interesaba Narciso Dávalos y menos intimar con Ghislaine Solís. Quería carne, pero también quería ojos, secretos, ternura, confesiones, inteligencia, onda. Ghislaine se quedó bailando, besándose con los labios cerrados con Narciso mientras no paraba de sonar ABBA y el tema ese de Pia Zadora y Jermaine Jackson. Tomás bajó el caracol anexo al hotel corriendo. Había luna llena y quedaba algo de nieve en los picachos de la cordillera. Era diciembre, era joven, era lindo, era distinto, era especial y ya nunca más iba a usar uniforme.

Decidió devolverse caminando, era sábado y no había toque de queda.

En el vagón, sentado, pensaba en su apetito insaciable de absorberlo todo. Andaba con una libreta pequeña anillada marca Torre. Miraba los objetos, la gente, pero, principalmente, los productos, las marcas, los avisos, la ropa y los anotaba. Le gustaban, sobre todo, los chicos con walkman. Los que andaban por la calle o en metro con sus Sony Walkman o con otros de marcas más baratas (Aiwa, Toshiba, Panasonic), pero que cumplían la misma labor: transformaban la realidad, le daban una banda sonora propia, una playlist, alteraban el ruido ambiente y lo reemplazaban por el que querías, dependiendo de

tu ánimo y gustos. El mundo era un casete, se podía rebobinar, grabar; el vinilo ya era un asunto del pasado. A Tomás le parece lindo que ahora, en esta era moderna, casi todos los chicos (las chicas aún no, por una razón extraña) anden con audífonos. Prefiere los blancos o grises, y que cada auricular ingrese en el oído como una suerte de aro. Los audífonos de metal, con esponja naranja, de los Walkman originales, le parecen un disfraz, algo de *Los Supersónicos*, muy setentero.

De pronto, en Franklin se suben dos chicos con pinta de universitarios. Nada new wave, pero con peinados estilosos. Uno anda en shorts de jeans negros y tiene las piernas velludas. Los mira atento. Siente algo, una vibración, su radar se enciende. Es, cree, una señal. Ambos van muy cerca, sus dedos casi se rozan en el pasamanos. Comparten música, por eso están tan cerca el uno del otro. ¿Qué escuchan? Usan unos audífonos negros: uno en la oreja derecha (el de la polera azul que dice *remera*), el otro, con los shorts, escucha atento y con la cabeza ligeramente ladeada, casi tocando la de su amigo, mientras la música le entra por la oreja izquierda. Tomás siente algo como pena y nostalgia por lo no vivido. Le impacta el gesto de intimidad. Sean o no sean novios, al menos son amigos. Tienen algo en común: la música. Pero más que eso: tienen una vida hacia atrás o quizás planes para adelante. Tienen una historia, un cuento. Son un par, son dos. Uno quiere que el otro lo escuche. El otro, más tímido acaso, más guapo sin duda, desea escuchar, ser parte del otro. Están ahí, cómodos, tranquilos, lindos, entre todos los pasajeros del carro, justo al lado de una señora mayor de pelo corto teñido que mira atenta los zapatos del resto. Uno debió pasarle el auricular al otro, deduce. O quizás se lo colocó con delicadeza en el mismo oído, tocando su piel. ¿Habrá sido un casete comprado en el persa? Tomás los mira atento, fascinado, envidioso, impactado. Le parece una foto; quiere el afiche, la polera, el disco, el libro. ¿Qué estarán escuchando: un mixtape, un disco específico, un tema en particular?

El metro avanza, sale a la superficie y se ve la ciudad.

Estos ciertos chicos con sus audífonos son una señal.

Así lo siente.

Sabe que en lugares oscuros y subrepticios hay sexo y vértigo y que en los parques de noche no solamente se riega. Pero lo que lo erotiza y ruboriza es la intimidad, acaso el cariño, la cercanía. La normalidad con la que viajan en metro estos dos: como si fueran amigas embriagadas por un chico pop famoso que sacó un álbum nuevo, como si fueran una pareja de chico + chica en el Día de San Valentín. No sentían miedo a los afectos, no eran disléxicos en eso.

Los chicos se bajan en Toesca.

De pronto, entiende: había un mundo para él allá afuera y daba un

poco lo mismo la violencia de sus pares y sus padres, del bando que fuera. Existían zonas, tecnologías, ritos, lugares donde era posible no tener miedo y dejarse llevar por las emociones. Fue quizás esta ansia y mareo lo que llevó a Tomás a tener la confianza para ir a la disquería Lado B. Y quedar impresionado con el universo que se asomaba como la punta de un iceberg mayor en un fanzine del cual no sabía aún: *ropa/americana.*

Pero me estoy adelantando.

Cambió de la línea 2 a la línea 1 en la estación Los Héroes y siguió más allá de Salvador, más allá de donde nunca había subido. Por un instante, a Tomás le dio un poco de miedo; me van a mirar raro, pensó, no correspondo, sabrán que no soy de aquí. Pero al instante se dio cuenta de que era parecido a todos y que esa traba era mental e incluso sintió que era el más mino del carro y sin duda aquel con más look.

El vagón del metro se detuvo en la estación Pedro de Valdivia con sus lindos mosaicos.

Tomás miró su reflejo en la ventana: podría ser una estrella.

Casi se bajó, pero mantuvo la calma.

La estación era Tobalaba y hacia allá se dirigía con el corazón palpitando y la sensación de que este día no era uno cualquiera.

El local lo decepciona. Se parece a esos espacios minúsculos de las galerías-tipo-caracol que hay en la Gran Avenida. Y a esos que están debajo del sobrevalorado edificio hexagonal bautizado creativamente como Santiago Centro. La galería al aire libre huele a cera depilatoria. Pero la música que suena (Howard Jones, «Things Can Only Get Better») y los afiches originales y la esquina dedicada a The Smiths + The Cure lo cautivan. Le dan confianza. Parece que estuviera en otra parte del globo; se asemeja a los locales a los que van los personajes de sus películas favoritas. Ingresas y ya no estás rodeado de costureras y fotocopiadoras: la cantidad de colores, carátulas, información lo hacen sentir en casa.

El chico que atiende es distinto a los que podrían estar en los otros locales, incluso en las disquerías del centro que, por lo general, son atendidas por chicas con pestañas muy grandes y chalecos demasiado apretados. No parece de acá. ¿Habrá vivido afuera? El que está a cargo de la Lado B (no hay nadie más) usa el pelo castaño oscuro teñido rubio como Andy Fletcher de Depeche Mode. Tiene los dos dientes del centro separados, lo que le da un toque extra, además de un bigote grueso desordenado. Debe rondar los treinta años, deduce. ¿O menos? Si es viejo, se ve joven; sino se ve maduro, con carrete, experiencia. El chico-no-tan-chico es bajo y menudo. Da la impresión de que se compra la ropa en una tienda de niños. Talla S, piensa. Un

chico Calpany, un mino Opaline. Anda con unos pantalones apretados de cotelé color zapallo, botas negras con taco, de gaucho, y una camisa verde botella. Josué Nilo, se llama el dependiente y que hace un poco de administrador, es muy pálido, como si no supiera que afuera es pleno verano. Lee atento *South American Journals* de William Burroughs. Lo subraya cada tanto con un destacador naranja. Josué luce unos inmensos anteojos de marco grueso como los de Salvador Allende, piensa. Tomás cree divisar la palabra *Chile* en la portada, pero Josué, con su pelo mal teñido, da vuelta el libro y lo mira directo a los ojos.

–Tell me.

–Me vas a tener que ayudar –le responde Tomás transpirado.

–¿Qué buscas? –le dice Josué, sin alterarse.

–Chuta. No sé aún. Pero es una canción. La escuché. Deduzco que es parte de un disco o es un single. No sé. Nunca la había escuchado antes.

–Cacho. Veamos. Haremos lo posible.

–No quiero pelar el cable.

–Tú tranqui: has venido al lugar adecuado. Confía.

Josué Nilo quería ayudar, aunque entendía que en esta historia no tenía más que un rol secundario. También era cierto que sería un secundario clave. Aquel que mueve los hilos. «Me gusta complacer», se dijo una vez saliendo de la fiesta fetish mensual de toque-a-toque en El Sótano de Carlos, un club privado subterráneo ubicado al frente de la disco Catacumbas 2000, a un costado del Bellas Artes. Josué Nilo salió del sótano a la calle transformado. Ahora se sentía un cachorro y, por eso, debajo de su camisa, colgaba un hueso de cobre que decía «Puppy Boy». Entendió en esa orgía coordinada que no necesitaba ser activo: había poder en su pasividad. Mejor estar más a la sombra que friéndose al sol. No era sumiso, pero le gustaba agradar y ayudar. Ya no intentaba adecuar el mundo a su estilo: dejaba que todo fluyera. Se sentía agradecido de estar rodeado de cosas lindas cuando creció rodeado de horror. Mejor anotar, mirar, gozar de lejos.

Este chico que acaba de entrar a la disquería era perfecto para ser uno de los protagonistas de su novela imaginaria: *Meet cute*. Josué entró en modo Cupido, se puso creativo, pensó en las fotonovelas que miraba en las tiendas de libros usados de Maipú y Freire en Conce, recordó las telenovelas que veía a ratos en los almacenes, lo transportó a las radionovelas que escuchaba a escondidas en el campo. Josué tenía unos cuadernos Clairefontaine que le regaló la Coqui Egaña, una amiga demasiado flaca que no comía y que tenía a todos sus primos exiliados en París. En uno, escribía los nombres de los chicos con que había tenido sexo y anotaba detalles, cosas al azar,

todo lo que recordaba. Eran unas bitácoras.

Se arrepiente de no haber empezado antes.

Hay tipos de los que no recuerda nada, solo el lugar.

«Talcahuano, gordo, mayor, chofer colectivo».

Otras entradas, en cambio, son puro detalle, rozando lo porno, lo poético, lo barroco, lo histérico.

#Pablo-22: me habla de su novia *se recorta* aroma a té verde *uñas largas* voz ronca, quebrada *estaba sucio y áspero adentro al tocarlo con mi dedo* lunar en forma de hexágono, cerca de la ingle *lame como un gato* se sabe todos los temas de UPA! de memoria.

#César-29: bizco, bello, inseguro *repite dos veces palabras, como poeta borracho* quiere que le pegue en el trasero *le complica la ternura* orina en la ducha, pero no de manera erótica *pezones insensibles* aroma a mandarina y cardamomo *le gusta The B-52's* calcetín con un hoyo / infectado de hepatitis - me contagió!

Más que ser escritor, lo que Josué quería era hacer series o novelas gráficas.

Texto, dibujos, mangas, cómics, algo así.

Tenía planes pop: si no concretaba algo tangible, al menos juntaba estos cuadernos sagrados que atesoraba y llenaba a mano con una cuidada caligrafía. Quizás alguien eventualmente podía leerlos como un documento de una era para otra.

Josué de inmediato supo que nunca probaría a Tomás ni se pondría en cuatro con la lengua afuera como un puppy boy.

Pero sí podía ayudar.

Quería ayudarlo.

Tenía algo que lo conmovió, que le recordó a algo propio cuando aún vivía en el sur.

Tomás no era tan guapo como creía, pero era mucho más de lo que estaba dispuesto a confesar. Eso le atrajo. Era de esos que aceptarían feliz el rol del nerd y que nunca se podría imaginar que tenía lo necesario para ser un héroe. Con la luz y la pose adecuada, incluso podía modelar para un diseñador alternativo. Josué coleccionaba fotonovelas y revistas, hacía collages con ellas. Creía en el pop y en las historias de amor y en las cintas de adolescentes y sentía que él quizás podría escribir una o, al menos, hacer el guion de una telenovela joven que no se centrara en el hijo del patrón y la mucama o el marido que se enreda con la secretaria. Por eso, en parte, le gustaba la teleserie *La torre 10* y los personajes más jóvenes. Estaba orgulloso de haberle vendido dos álbumes a Martín Portales Balmaceda, que hizo

un pequeño rol de chico cuico tonto con moto llamado Alberto. Llegó un sábado a la Lado B con pantalón de buzo, una musculosa sin manga, el pelo todo mojado y sin afeitar. Martín, a todo esto, fue un actor guapo «del barrio alto», nacido en 1962, y que, por unos años, fue fetiche de cineastas y dramaturgos gays. Los dos discos que Portales Balmaceda compró fueron *Upstairs at Eric's* de Yazoo y *The Age of Consent* de Bronski Beat.

Con Tomás, tan abierto e inocente, pero a la vez confundido y ansioso, Josué Nilo ahora tenía la mitad de un universo que estaba estallando en su corazón y rumiando en su cerebro y que anotaba en sus libretas fluorescentes. ¿Quién podría ser el otro chico, la otra media naranja?

Boy meets boy.

Chico + chico.

¿Podrían regresar las fotonovelas ahora que todo era tan visual?

Josué se dijo: es mejor ser Cupido y siempre ganar que ser galán y que luego te pateen y te rompan el corazón.

–Primero, respira –le dice–. Todo va a estar bien, te voy a apañar.

–Macanudo.

–Viniste al lugar correcto en el momento correcto. Todo, insisto, va a estar bien. ¿Dale?

–Gracias.

–Calma. Sin nervios, ¿dale?

–Dale.

–Entonces: ¿qué buscas, chico extraviado?

–No sé y no sé y no sé, pero lo necesito.

–A ver –le responde Josué, sonriendo–. Sucede. Me ha pasado.

–No soy el único, entonces.

–Para nada, guapo. Uno nunca es el único. Lo que es atroz, pero, a la vez, tiene algo reconfortante, ¿no crees?

–Supongo, sí.

–Puedes sentirte el único, puedes sufrir creyendo que nadie ha sufrido como tú, pero no: no eres el único y eso es bueno. Somos muchos.

–Gracias por cuidarme.

–No te estoy cuidando, te voy a ayudar a buscar un disco. En todo caso: me gustan estos desafíos. Ahora dime: ¿es un tema que escuchaste en la radio?

–Sí. ¿Cómo lo sabes?

–Entiendo el negocio. Ofrecemos recuerdos.

–¿Dónde estabas antes?

–Aquí. Lo que pasa es que tú no estabas listo para explorar. ¿Saliste recién del colegio?

–Estoy esperando los resultados de la PAA.
–Todo claro. Te voy a ayudar.
–Eres un duende.
–¿Por lo bajo?
–Por lo Disney.
–No vas a salir de aquí sin respuestas, guapo.

Tomás le contó su vida a Josué.

Le ofreció su teoría de que las canciones pop eran como poemas, minicuentos.

–El pop une, conecta. Cierta gente emana cierta energía.

Josué hizo el gesto ocular de rolleyes, aunque al rato se arrepintió, porque todo lo que Tomás le decía no estaba contaminado con poses o ironía, ni siquiera con gestos que él ya comenzaba a odiar por cliché, como el camp, la sobre exageración y el veneno envuelto en parodia.

–La escuchaste quizás en la Eclipse o...

–En el programa de Neón.

–Ok, esta info me ayuda mucho.

Tomás necesitaba confiar en el extraño con el pelo teñido, los dientes separados y el bigote setentero porno. De pronto entendió que las cosas se alineaban. Lo importante era ver si era de fiar, si tenía la virtud de escuchar.

–Otra cosa: yo nunca me he enamorado.

–Aún –le replicó Josué sin mirarlo.

–Cierto.

–Yo creo esto, guapo: a veces los temas son grandes *a pesar* de sus letras. Si quieres poemas, guapo, no le pidas al pop lo que no te quiere dar.

–Sí, aunque creo que todo arte puede ser pop.

–También, pero no te sobregires. ¿Eres bipolar?

–Chuta. No sé lo que es eso.

–Lo vi en una revista. Algunos artistas lo sufren. Es manía con depresión.

Por los parlantes sonaba Eurythmics: *Be Yourself Tonight*, el disco entero.

–Ahora, dime, ¿cómo puedo aplacar tu ansiedad, chico intenso?

–Necesito escuchar un tema de nuevo. Lo más probable es que tenga boys en su título. Boys, bla bla, y boys de nuevo.

Luego Tomás trató de tararear la melodía.

–¿Es lenta?

–Parte lenta, sí. Y dice a cada rato boys.

–¿Hay una voz o...? ¿Hay voces femeninas como en un coro eterno?

–No. Casi siempre canta un chico y es un tema como triste y va repitiendo... boys... pa-pa-boys. Y ya en el tercio la guitarra se pone

más histérica y es como de…

–¿Amor?

–Añoranza. Porque al final igual como que termina abajo. Es como un mantra, creo. No es bailable, para nada. No es «Boys Don’t Cry».

–¿Triste?

–Provoca tristeza, sí, pero quizás ese miedo que da la confusión. Ese mareo que se provoca cuando las ganas se estrellan con el miedo. Dan ganas de enamorarse al escucharla.

–¿De una chica?

–De un chico. Definitivamente.

–Espera.

Josué se fue a una de las cajas de madera blanca que decía «británicos» y miró unos álbumes y sacó uno de The Lotus Eaters.

–Creo que lo hemos encontrado… Pero, primero, ¿cómo te llamas?

–Tomás. Tomás Mena.

–Josué Nilo. Como el río.

–Qué ganas de tener un nombre bíblico. Es un gran nombre Josué. Tienes suerte.

–Y tú tienes buen gusto, Tomás. Eres sensible. Delatas cosas, mandas signos, confundes en buena. Se te da el arte de engrupir.

–Siento que tengo un amigo nuevo.

–De a poco.

–El próximo año será una nueva etapa para mí. Va a ser una era atómica.

–Eres joven, se nota.

–Voy a entrar a Letras. Depende del puntaje, claro. Pero confío. Me prepararon bien. Soy institutano. Fui formado para triunfar. Somos los hijos elegidos de familias normales. Esperan mucho de nosotros.

–Qué agote. Qué responsabilidad. Hay que ser uno no más, da lo mismo lo que la familia piensa.

–¿Tu familia no te admira por todo lo que sabes?

–Mi familia me echó de la casa por… Es todo *muy* Dickens. Uno arma su familia, ya lo vas a entender. ¿Así que Letras?

–Quizás sea poeta, no sé.

–Va a estar lleno de poseros*,* ojo. Cuídate. Debes estar alerta, guapo.

–Lo haré. ¿Por qué me dices guapo si me llamo Tomás?

–Porque lo eres y transmites una energía que me gusta y tienes una cosa linda interna que potencia tu sonrisa y tus ojos verdes. Además, a toda la gente que me cae bien le digo *guapo*. ¿Te incomoda?

–No, me gusta. Me gusta ser guapo. Sentirme así.

–Tú eres más un chico-protagonista, Tomás. Yo miro historias, no las vivo.

–Eres más un personaje secundario. Es verdad. Eres atómico, Josué.

Te admiro.

Josué ya tenía un plan y ahora tenía un protagonista (un personaje dispuesto a todo, vacío, posible de exfoliar y alterar). Pero faltaba el otro. ¿Quién? No podía ser cualquiera. Josué pensó, por un segundo, en Vicente Díaz Ovando, el chico degollado por su madre que se pasaba horas mirando discos británicos sin hablar, sin mirarlo, sin comprar nada. Pero Tomás era de otra estirpe. Tenía algo de chico de una *sitcom*, pero de una que aún no han producido. No tenía miedo, parecía no entender el contexto ni las leyes secretas. La culpa le parecía ajena. No era sigiloso, como el pobre de Vicente que no miraba a los ojos, que se sentía observado, pura paranoia. En cambio, Tomás le parecía un chico de una cinta de Spielberg, pero con carisma y morbo, además de hormonas y sentimientos. Tomás era de otra época: no medía las consecuencias.

Lo iba ayudar.

Tomás podía ser un personaje.

Claramente *era* un protagonista.

–Los sintetizadores son el alma del futuro. Nuestra banda sonora será al son de Tangerine-Wet-Dream. Acuérdate.

–Yo quiero más, Josué. Quiero coleccionar cosas bellas, quiero vivir creativamente.

–Lo tengo claro, pero no siempre se puede. Estamos en medio de una dictadura. Acá han proscrito los colores y la alegría. Así que «no sense of sin» –le dice, mirando el álbum de The Lotus Eaters, intentando cambiar de tema–. Estos chicos son unos adelantados.

–Como yo –le responde coqueto y, por un instante, Josué quiso pegarle, lanzarlo contra la vitrina.

–¿Vas a las fiestas por Santiago poniente, Tomás?

–Tengo ganas. Comenzaré a ir. Deambulo, doy vueltas, miro atento. El otro día fui al velódromo. Estuvo atómico, lleno de chicos pop. Es importante ser parte de lo que está pasando.

–De. Lo. Que. Está. Pasando.

–Exacto.

–Tampoco hay que ponerle, guapo. Son hueones que se hacen los interesantes, que bailan, y otros a los que les gusta hacer obras para exhibirse en pelotas. No es algo tan nuevo. He leído a Isherwood. Berlín en los treinta fue más subversivo que Santiago en los ochenta.

–Yo recién estoy comenzando, Josué.

–Como ese tema de The Carpenters.

–No los cacho.

–Te amo, hueón. ¿Nunca has escuchado el espacio *Kitsch* FM en la Eclipse?

–No, ¿a qué hora, qué día? Josué, ¿qué es el kitsch?

–Es no tenerle miedo al mal gusto o a los sentimientos intensos.

–Chuta. Veo. Ah, ahora entiendo, creo. Debería saber más inglés, eso sí. La Ghislaine dice que me falta mundo y roce –le comenta Tomás.

–¿La Ghislaine? ¿Tu novia...?

–No tengo novia. ¿Por qué dices eso? Fui con ella a mi graduación. Le gusta la onda disco.

–Eso habla bien de ella.

–Es la hija de una amiga de mi madre. Se cree la muerte. En todo caso, no ando buscando novio.

–Novia.

–Eso dije.

–¿Puedo darte un consejo?

–Please.

–Ser piola puede ser piola. No te olvides dónde estamos. No creo para nada que estemos en los descuentos. Es la calma antes de la tormenta. Nadie deja el poder sin quemar, sin derramar sangre, sin vengarse como despedida.

–No sé. Estamos en los ochenta, Josué. Ahora hay videos.

–Puede ser. Anota más las letras, Tomás. Ve más películas, mejores. No te compres todo. Cuestiona la moda. Huye de los consensos. El roce se logra con el roce. Nunca le digas no a la experiencia que sea.

–¿Seguro?

–Seguro. ¿Quieres volver a escuchar tu tema perdido?

–Sí, Josué. Eso quiero, es lo que deseo.

–Deja de decir deseo. Esta es una disquería, no una boîte.

–Dale, sí. Deseo dejar de decir deseo, ¿captas?

–Deja de decir capta. Odio esa palabra.

–Chuta.

Josué caminó lento con sus botas rumbo a las tornamesas: la cabina de pilotaje de la disquería. Mucho cable, mucho aparato sonoro. Sacó el vinilo y lo puso en el lado B y contó las pistas. Dejó caer la aguja en el penúltimo track. Tomás miró la portada del disco: una foto en blanco y negro de un chico pálido con ojos negros grandes y un peinado moderno.

–Escucha, guapo.

«When you look at boys / What do you feel *When you look at boys* Do you look in detail».

De pronto, la pequeña disquería se volvió un lugar sagrado.

–Ese era, sí. *Este*. Uf, concha-de-tu-madre, lo siento acá dentro. Duele.

–Te toma la mano. Te acoge. Te entiende. Es íntimo.

–Debo traducir la letra. Quiero escucharla en el pasto, en el cerro, en un bosque. Lo llevo, pero... no tengo plata.

–Este vale el doble, además. Es made in the UK.

–¿Puedo quedarme a escucharlo? ¿O quizás puedo volver con mi grabadora y, no sé, grabar este tema y...?

–Mira, vamos a hacer esto, Tomás Mena.

–¿Qué van a hacer exactamente, Josué? –interrumpió Lucio Galdames, al entrar por la puerta de la Lado B como si fuera el dueño, como Pedro por su casa. No era el dueño, pero sí el administrador y el que movía todos los hilos y la razón por la que Josué estaba ahí.

–Ampliando la base, Lucio. Este chico es uno de los nuestros. Un aliado. Escuchó algo en la Eclipse.

–¿Qué?

–Una canción.

–Sigan. Me parece alucinante. Esto es, al final, un apostolado. Hagan como si no existiera. En esta disquería no se mueve una hoja sin que yo lo sepa.

Tomás miró el pelo lleno de gel de Lucio y sus grandes ojos negros. Intentaba pasar por guapillo y ondero, pero no lo era. Era alto, sí, y Josué, a su lado, con tanto color, parecía su llavero.

–Vuelve más tarde, Tomás, y me traes un TDK para reponer este que tengo aquí y yo te grabo el disco entero. Así lo tienes y lo puedes escuchar donde sea. Pero serían quinientos pesos.

–Te doy trescientos y un Maxell.

–Trato.

–Hecho.

Clemente va a terapia

Clemente sube por Providencia, a pie, sorteando las grúas y el polvo de todas las construcciones. Chile crecía al 5,6% el año 1986, el neoliberalismo era abrazado hasta por la oposición; al parecer funcionaba, se colaba en todos los aspectos y rincones de la sociedad. No se paraba de hablar de globalización, ya se estaba instalando la TV por cable, que debutaría el año siguiente. Por otra parte, las protestas, el ruido subterráneo, el descontento y la rebeldía crecían a pasos agigantados. Clemente mira las revistas de oposición en un quiosco: todas sin fotos, manchas de tinta negra. Le gustan los «pies de monos», como le dicen los periodistas, que describen o acotan lo que no sale en las fotos.

Chicos con zapatillas nuevas, shorts de colores pasteles a lo Wham!

Escucha *Stop Making Sense* de los Talking Heads.

Stop. Making. Sense.

Pero no puede: nada le hace sentido, le sigue dando vueltas. No para de analizarlo todo, de criticarlo todo, nada vale si no lo transforma en algo para el fanzine. La luz dura que cae del sol andino lo ciega. Piensa en ideas para cuentos que quizás podrían ser parte de *ropa / americana,* pero no. Anda desconcentrado. A la altura de Los Leones, que desaparece por debajo de la poco glamorosa avenida Providencia, hay un edificio habitacional con una galería comercial oscura abajo. Ahí se encuentra la Liga Chilena contra la Epilepsia. Ese es su destino de hoy, postsesión con Bernardo Riquelme. Sabe que para poder conseguir su dosis de Ritalin deberá hacer fila en la Liga. Y para que le vendan, debe pasar primero por una sesión y conseguir una receta. Clemente consume Ritalin (siempre lo necesita para enfocarse o escribir, a veces lo mezcla con vodka o pisco cuando quiere ir a bailar, a veces muele la pastilla y la inhala con una bombilla), debe ir a la Liga y hacer la eterna fila. Solamente la expenden ahí (o en otras sucursales). Y no con cualquier receta, debe ser de la Liga. Por eso va rumbo a la consulta, a una tediosa sesión.

Clemente detesta a Riquelme, pero al menos lo conoce.
Antes fue donde la doctora León y no la toleró.

La vez que se atendió con la doctora María Esther León, Clemente casi no habló. No tanto porque no quisiera deslizar nada personal, sino porque ella no paró de hablar, casi como si tuviera varios gramos de Ritalin en la sangre. Clemente pensó: «¿Los doctores se drogan? ¿Pueden autorecetarse?». La doctora le lanzó teorías sobre Santiago y el país que podían ser ciertas, pero que a Clemente no le interesaban. Tampoco quería terapia verbal ni conversar, ni siquiera desahogarse. No es que no tuviera rollos, como decían acá, pero ya había entendido algo: no se podía confiar en nadie en Chile. No es que no quisiera, no sabía cómo entrar. Aunque en su caso no encontraba a nadie que le hiciera bajar la guardia. Los chilenos eran curiosos, sobre todo los hombres, los heteros, con sus juegos de patio y de plaza. Se tocaban y pegaban, pero no se hacían cariño. Preferían estar solos, en pandillas, en grupos, tomando, pero su terror a todo tipo de intimidad y compromiso era feroz y bastaba mirar mucho a uno para que te empujara contra la pared: «¿Qué te pasa, hueón?, ¿algún problema?». No paraban de hablar de mujeres, pero las veían como enemigas. En Inglaterra, Clemente se llevaba bien con los chicos rugbistas, con los que jugaban fútbol, con los hinchas del Aston Villa, con los que se sabían de memoria *Star Wars.* Acá no era fácil.

Además, daba un poco lo mismo: se iría al terminar su carrera.

Le quedaba poco.

–Mucho abuso, por acá –recuerda que le dijo la doctora hundida en su sofá de cuero turquesa–. Padres con hijas, abuelos, todo está alterado, cabrito. Ahora los padres están pasando a agarrarse a los hijos, Clemente. Así son las cosas. Acá el incesto no es una fantasía, es una costumbre venida del campo, oiga. Insisto: acá todos creen que el jurel puede ser salmón. Esté atento –le decía sin mirarlo.

La León no paraba de fumar Advance Ultra y comer Vizzio que no convidaba. Atendía en la calle General Holley, arriba de una boutique de ropa de mujer frecuentada por vedetes.

–Son un vicio, lo sé, pero soy humana, llena de contradicciones. Estoy cada día más gorda, además. Soy muy ansiosa, pero no adicta, que no es lo mismo. Así que necesita concentrarse. Me parece. Crear es una forma de escape, ¿lo sabía?

Clemente decidió no develarle nada personal, pero sí hablar. Contarle historias, venderse como víctima, huérfano. Intentó armar una narrativa. Optó por usar su bilingüismo como la semilla de todos sus males.

–Es un trasplantado. Ojo, que no es el único. Debemos explorar el tema de las raíces. Sus raíces.

–Ok.

–¿Lo molestan por su acento?

–No tengo acento.

–Sí, tiene. No habla como un británico. No tiene esa cosa gringa. Habla como peruano pituco. ¿Se lo habían dicho?

–No.

–Conozco a su madre. Y a su tía, la torturada. Sé de su familia. No es su culpa.

–Lo sé.

–Las proles que están brotando en el exilio van a ser feroces. Ojalá no regresen. Por el bien de ellos más que de nosotros. No nos haría mal una sacudida.

Clemente tenía algo claro: nunca contaría algo que intentaba no contarse a sí mismo. Menos a los sicólogos y siquiatras. Sabía mentirles, desviarlos. Afuera, quizás, algún día podría abrirse. Con alguien. ¿Con quién? En Birmingham hablaba. Con Naseem hablaba mucho. También le gustaba escucharlo: sus miedos, las contradicciones entre el islam y la vida británica, las presiones por ser hijo de inmigrantes, el delirio de ser primera generación. Acá, en cambio, le parecía que el secreto era desaparecer. Pasar inadvertido, mutilar su voz, intentar ser transparente o, mejor, invisible. Hablar acá, confesar cosas, emociones, podían usarlo en tu contra. El modo de protección local era ser un erizo. ¿Por qué no había un erizo en vez de un huemul en el escudo nacional? Los erizos sabían cómo cuidarse. Y eran blandos y resbalosos en su interior. Clemente no confiaba en nadie aquí. La traición «la tenían en la sangre». Aquí todos eran capaces de traicionar, matar, delatar, hablar por detrás. El odio era el motor que lo movía todo, pero la represión era lo que hacía que el país fuera como fuera. Para que no los asqueara tanto le decían «la repre». Hasta la puta izquierda de la Escuela decía: «Viene la repre, ojo con los sapos, no hay que confiar en los tiras, los pacos culiados se venden a todos». Todo pasaba por algo, nadie era inocente, por algo pasaba lo que pasaba. ¿Qué pasaba?, pensaba Clemente, y sabía, lo tenía claro, no se contaba cuentos.

–¿En qué pensaba? –le preguntó esa única tarde la doctora León.

Clemente recuerda que llovía mucho y había una gotera en el techo y las gotas caían sobre un gomero.

–«Mejor no hablar de ciertas cosas». Es un tema de Sumo.

–¿De rock?

–Rock argentino. Luca Prodan era un italiano posando de argentino. O sea, es italiano, pero fue criado en Inglaterra. En Escocia, en rigor. Es un chico dark lleno de mezclas y con demasiado mundo y tiene esta banda.

–Se suicidó, ¿no?

–No, está vivo.
–No creo que dure mucho. Usted se proyecta en él, veo.
–¿Lo conoce? ¿Lo ha escuchado?
–No me hace falta.
–Mejor no pensar ciertas cosas. Mejor no sentir ciertas cosas.
–¿Eso cree?
–A veces. De noche. Necesito Ritalin para escribir.
–¿De qué?
–Tengo un fanzine. Escribo de música, películas, libros.
–¿Artista?
–No.
–Sensible, dañado.
–¿En qué sentido?
–Eso: dañado. Trasplantado, como me dijo usted. Le hago la receta, pero no lo tome pasadas las cinco de la tarde, si lo hace puro insomnio.

Ya lo había conversado con su padre: terminaba la carrera y «se viraba». Podía hacer la tesis desde allá, aunque no hacía falta licenciarse en algo como Periodismo. En Inglaterra, o en Europa, podría convertirse en quien quería ser o en quien era. Chile no era el sitio y menos bajo una dictadura que no tenía para cuándo terminar. Al despedirse de la sesión, la doctora León le regaló unas calugas de un local del centro llamado Las Escocesas, que tenía en un bol de vidrio.

–Así no se siente tan lejos –le dijo.

Clemente le había contado que le decían Tofi en la Escuela. La doctora León insistió en los sobrenombres y la idea del matonaje. Clemente comenzó a hablar, a abrirse, a comentar y relatar y reconstruir episodios ambientados o ligados a la Escuela de Periodismo.

–La Chile es feroz. Siempre lo ha sido. Ahí estudié. Empatizo con usted, joven.
–Pero representa al país real. No es una burbuja.
–No me queda tan claro. Podrían decirle cosas harto peores. Tofi es hasta simpático. Y ojo con ese rímel que usa.
–Lo uso casi siempre de noche, cuando voy a bailar. Se me olvidó.
–Acá no es costumbre que los hombres se pinten. Puede pasarlo muy mal. No porque esté mal, sino porque acá hay un terror rojo a lo raro y a todo lo anal. Respecto de eso, ¿qué opinan sus padres de su homosexualidad? ¿Cómo lo han tomado? ¿O lo han negado? ¿Está en una fase platónica-onanística-narcisa o ya está asumiendo sus impulsos?
–Hace rato.
–El sida no es broma y existe. Tengo un paciente plagado de

sarcoma de Kaposi que infectó a un ejecutivo casado del Opus. ¿Es activo o pasivo? No me va a escandalizar. Estos desvíos no son para nada nuevos. Yo he visto todo tipo de perversiones.

–No es un desvío, no es una opción.

–Eso es relativo. Conozco a un colega cerca del Omnium que hace terapia de conversión. ¿Desea ir a verlo?

Clemente nunca más regresó a la consulta con gotera de la doctora León.

Bernardo Riquelme era el siquiatra/dramaturgo joven/columnista-de-moda que se las da de médico cosmopolita. Habla en la radio Infinita (*Música & terapia*) y escribe de salud mental (qué término) en la revista *Paula*. Ahí intenta aggiornar a la provinciana clase ilustrada y las filas de «los izquierdistas más pasados a naftalina» insistiéndoles en que la política ahora es global. Es, además, mino, guapo, estiloso. No parece local. Es pecoso-pelirrojo de barba-controlada, ojos-verdes, guapillo-artístico-renovado y eso lo hace destacar. Riquelme se viste como los profesores de Birmingham de Clemente: mucho tweed, parches en las mangas, demasiado cotelé, chalecos con botones, sweaters shetland. Tiene un inmenso cuadro de Samy Benmayor detrás de su silla Valdés. Bernardo Riquelme Ojeda (no O'Higgins, como creía Clemente) se llama realmente así. Lo comprobó al ver su título con estampillas de la Universidad Católica enmarcado en vidrio al lado de su Roser Bru. Clemente le tiene recelo: cree que es demasiado público para dedicarse a temas privados. En la *Mundo Diners*, además, escribe de discos. Clemente lo lee siempre y nunca está de acuerdo con sus opiniones. ¿Qué sabe Bernardo Riquelme de Dire Straits o de The Proclaimers? Riquelme le habla de contingencia en la consulta. Cree que, si cae Pinochet por las armas, llegará una debacle. Confía en unas posibles elecciones trazadas en la Constitución-del-clóset de Jaime Guzmán. E insiste en que «nos empinaremos hacia el centro» y que debemos elevar a Aylwin como «el abuelo que nos contenga más que un nuevo padre que nos aterre». Todo esto se lo ha leído. No lo habla en terapia.

BRO: Te has quedado mudo.

CF: No tengo nada que decir. Estaba pensando dónde voy a repartir los nuevos ejemplares de mi fanzine. Es raro: quiero que me lean, pero no todos. ¿Eso es esnob? Tú que escribes, ¿quieres llegar a todos?

BRO: A todos con los que puedo generar un vínculo. Con los que están esperando mi voz.

CF: ¿Tu voz?

BRO: ¿No crees que tienes una?

CF: No aún. Hay cosas que me interesan, claro...

BRO: ¿Escribiste algo que deseas compartir?

CF: No. O sea, no contigo. Con mis lectores. Si es que me leen.
BRO: ¿No crees que te leen?
CF: Sí, creo que lo hacen.
BRO: Este es un sitio privado. Sagrado, agregaría.
CF: No creo.
BRO: ¿Estás bien?
CF: Bien.
BRO: ¿Cuán bien?
CF: ...
BRO: ¿Cómo estás durmiendo?
CF: ...
BRO: ¿Hay algo que te está angustiando por estos días?
CF: El contexto, yo, mi lugar en el mundo.
BRO: ¿Sí?
CF: ...
BRO: Estás poco comunicativo hoy.
CF: ...
BRO: Tu silencio dice cosas, lo sabes, ¿no?
CF: ...
BRO: Hablemos de eso.
CF: ...

Clemente sabía que Bernardo Riquelme era gay. Le irritaba verlo bailar frente a todos en las fiestas alternativas o en la Fausto. Quizás por eso él no iba más. Algo no lo convencía de esa disco: mucha supuesta libertad en esos pocos metros cuadrados y luego casi todos volvían a sus casas, donde sus madres, esposas, hijos. Todos los que iban a la Fausto eran fachos, decían. Y mayores. Era mejor ir a Matucana, a El Trolley. ¿Era ético eso de ir donde iban sus pacientes? Quizás tenía derecho, pero ¿por qué lo saludaba, por qué frecuentaba los mismos círculos under que él? Sí, era del mundo del teatro, pero Clemente quería un terapeuta que no existiera fuera de la consulta. ¿Acaso era mucho pedir? Lo otro que lo incomodaba era el cero interés de Riquelme por tocar temas sexuales. No exploraban ese frente: ni su dislexia con los afectos ni sus trancas y miedos relacionados con la intimidad, sus rollos sexuales. A veces le contaba cosas y Riquelme cambiaba de tema o le respondía: no debes sentir culpa. Una vez le dijo: «Creo que soy distinto»; a lo que Riquelme le respondió: «Todos lo somos». Insistió: «A veces dudo si me gustan las chicas», le inventó. Riquelme le dijo: «El amor es el amor, el deseo es el deseo, no es tema». También le molestaba la creciente fama mediática y artística de Riquelme. Clemente era un purista y creía que un verdadero artista no debía intentar triunfar en otra profesión. Ante la idea de que el arte no daba de comer, Clemente creía que comer era

optativo. ¿Por qué no hacer pizzas o ser mozo o ganarse la vida en algo de más bajo perfil? Pero acá todos querían ser bohemios y parte del sistema. Famosos, pero piolas, de la élite, pero de clase media. Riquelme quería ser artista, pero vivir como terapeuta caro.

En su consulta –la misma que apareció en «Vivienda y Decoración»– se sentía entre observado y humillado. No podía ser transparente con él sin poder explicitar su opinión acerca de sus obras: *Picnic* le parecía pedestre, *Disco* demasiado ligera y *Techo/estrellas* demasiado romántica/engrupida. No había chicos así, pensaba. Su ego enorme le parecía peligroso; su seguridad, aplastante. Clemente le contaba poco a Riquelme, porque intuía –cual paranoide, cual egocéntrico– que podría usar parte de lo que le conversaba como material para sus extrañas obras de teatro.

BRO: ¿Qué hiciste esta semana?

CF: Cosas.

BRO: ¿Te dieron placer?

CF: ...

BRO: ¿Has sabido de tu madre?

CF: No.

BRO: ¿Sigue en el norte?

CF: Sí. Ahora hace pan. De masa madre, curiosamente.

BRO: ¿Tu padre?

CF: A veces me llama. Antes escribía. Siempre se esmera en ser calmo, en dar consejos. No le gusta hablar de verdad. Le interesa la sociedad, pero no la gente. No yo. Dice que sí, pero sé que no.

BRO: ¿Deseas elaborar?

CF: No.

BRO: ¿Cómo ves el futuro?

CF: No acá. Lejos.

BRO: ¿Tienes planes?

CF: Repartir mis fanzines.

BRO: ¿Tienes uno para mí?

CF: No.

BRO: ¿Te molestaría que lo leyera? Me interesa.

CF: No soy un personaje tuyo, Bernardo.

BRO: ¿Estás alterado?

CF: Me aburrí. ¿Me vas a dar la receta? ¿O acaso me quieres salvar?

BRO: ¿Necesitas salvación?

CF: Necesito Ritalin. Eso es todo.

Todo chico merece un fanzine **Tomás se va a caminar por Providencia**. Le pregunta a una señora delgada, con arrugas y aspecto de bailarina de ballet jubilada, dónde está el Drugstore. Ella le dice: «Siga al poniente, por esta vereda, no más, mijito. Me gustan sus ojos, le va a ir bien, anda con su propia estrella». Tomás mira libros, vitrinas, tiendas de ropa. Mira camisas como las que todos usan ahora: de un color, pero con el cuello cerrado. Había de esas en Bandera, en el Persa, aunque no tan caras. Pasa por Fusión, no se halla. Se siente en un lugar ajeno, hostil, exclusivo. Hay un grupo de chicos altos, rubios, de buzos Adidas, preguntando por bandas de metal. Compra el casete virgen sin mirar a los ojos al vendedor que se cree cool bajo los focos del oscuro local negro-con-verde. Respira al salir, siente su sudor frío, se recompone. Compra un helado de bocado-y-canela en un local llamado Sebastián. Se acuerda de un niño en el jardín infantil Cuncuna cerca de su casa. Le gustaba ese chico, lo miraba dormir siesta, le transpiraba la frente. Tenía una camiseta del Chapulín. Se llamaba Sebastián.

Tomás camina hasta el parque que está al lado del río.
Hace calor.
Es 30 de diciembre de 1985.

Toma sol, mira a las parejas de pololos besarse y siente cosas. A lo lejos, ve los carritos de colores del teleférico flotar por sobre el cerro.

Ve la hora en su reloj digital Seiko: son cerca de las siete de la tarde.

Apura el paso y entra al segundo piso de esas galerías que están entre Holanda y Luis Thayer Ojeda, por Providencia. Observa a un chico pálido, no muy alto, delgado, liviano, con pómulos pronunciados. A pesar del calor del verano, anda todo de negro: cuello alto, bototos militares. Se parece a Baudelaire, procesa. ¿O quizás a Rimbaud? Se acuerda del taller literario del colegio: los poetas malditos. No, decide. Es un galán a lo Jane Austen, la autora favorita de Camila Matus. Quizás debería escribirle y contarle todo lo que le ha pasado, todo lo que le va a pasar. Hace tiempo que no sabe de ella, deben ponerse al día. El chico de negro mira hacia abajo y sujeta con su mano un maletín-bolso de cuero oscuro, como esos que tienen los visitadores médicos; se queda un rato meditando frente a la disquería. Luego se pone sus audífonos y mira hacia los dos lados, como si fuera a cruzar una calle inmensa. Entonces mira al cielo y traga saliva. Y luego muerde una gomita Merello. Tomás se fija en su manzana de Adán y lo que siente son diversas emociones: ternura, dureza, morbo. Es, cree, la manzana más bella del mundo y, alguna vez, entiende, deberá lamerla o, al menos, verla de cerca, para que todo cobre sentido. La mira entrar y salir, bajar y subir debajo de la piel con la barba rasurada. Desaparece y vuelve, como un trozo de plumavit que se ha desprendido de una tabla flotadora y está a merced del mar.

Entonces decide caminar en dirección opuesta a Tomás.

Desaparece por la otra escalera como si fuera un videoclip.

Tomás lo mira hasta que sale del cuadro.

Es él, claro, Clemente Fabres.

Josué Nilo ve a Tomás entrar y antes de que esté del todo adentro le dice: –Te demoraste. Pensé que no ibas a regresar.

–Acá: de regreso.

–¿Te puedo confesar algo? Grabé tres casetes. Conozco gente, ciertos chicos, ciertos posibles fans del grupo.

Chico estuvo cerca de chico.

La oscuridad y la luz.

El daño y la ingenuidad.

El montaje con la canción top, la mejor parte del videoclip.

Josué le dice: –Todo lo que necesitas saber del grupo lo encontrarás en este fanzine.

–Buenísimo –le responde de manera automática Tomás, sin enterarse del complot-en-ciernes de Josué.

–Recién se fue uno, de hecho. Es un fan.

–Ah.
–Un fan de tu nuevo grupo favorito.
–¿Sí?
–Sí. Hablamos de eso. De hecho, escribió de ellos. Ahora andaba buscando un disco vintage: The New York Dolls: *In Too Much, Too Soon*.
–Buen título, me gusta.
–¿Sabes inglés?
–Voy al cine, escucho música. Era el mejor en inglés, siempre.
–Too much information.
–¿Qué?
–No siempre cuentes todo, Tomás. Debes saber retirarte a tiempo. A veces puedes agotar. ¿Puedo seguir con mi historia?
–Sí, sorry.
–No tenía el disco. Nunca lo hemos tenido. Acá traen puras novedades o cosas que venden. Acá somos más pop británico, ¿me explico? No somos especialistas en glam, guapo. Este país es muy poco glam y no solo ahora, para dejarlo claro. Vio que estaba con el disco de The Lotus Eaters. Entonces conversamos del grupo. Clemente los conocía, obvio. Son de Liverpool, me dijo. Los vio una vez en vivo. En Mánchester.
–¿Clemente?
–Clemente Fabres de *ropa/americana*. Se llevó el disco. ¿Sabes lo que significa The Lotus Eaters?
–¿Comedores de lotos?
–Según este chico wave, en la mitología griega los lotus era una raza de gente que pasaban comiendo los frutos de un árbol llamado lotus o loto.
–¿Cómo el loto de la lotería?
–No, nada que ver. Los frutos del árbol del loto son una droga, guapo. Un narcótico.
–Ah, ya. Dale. Veo. Creo.
–Vino a dejarme unos fanzines. Esos. El número seis. Hace tiempo que no sacaba uno. El chico es prejuicioso y no le gusta dejarlos en cualquier parte. Odia Fusión.
–¿Odia la disquería Fusión?
–Sí. Acá se van de una. También los deja, creo, en la librería Altamira y en el Red Phone Box Pub. En el teatro Ictus, por Lastarria. En Bellavista igual. En El Trolley, obvio. Es como una revista, porque no está dedicada a una sola banda sino a una estética. Clemente me dejó como treinta.
–¿Puedo llevarme uno?
–¿Quieres el número anterior?
–¿Tienes?

–Tengo.

–Sí, por favor.

–Y si no tuviera, se hacen copias. Hay una fotocopiadora dos locales más allá, al lado de la costurera. Un fanzine que no se fotocopia no provoca o divide.

Tomás se agacha y mira el fanzine. Es de papel roneo y está impreso en tinta lila. Es del tamaño de medio cuaderno universitario. Mira el logo: *ropa/americana.* Entre paréntesis: «El underground no siempre está en el subterráneo. Crónicas y polaroids de disidencia cultural urbana». Fecha: verano 1985/86.

–Esto es atómico. Es... increíble. ¿Es de acá? ¿Esto lo hizo ese chico?

–Todo lo hace Clemente. Admirable. No tiene ayuda. Es un hombre orquesta. Todos lo odian porque es medio inglés. Olvídate cómo pronuncia. Su padre vive allá, le manda revistas, lo mantiene. Está acá, creo, por un tiempo. No quiere quedarse. Eso me dijo una vez. Igual habla poco.

–Y es lindo.

–Obvio. Si no, no podría fijarse en cosas lindas.

Ambos callaron un instante.

–Es de esos como yo que no tenemos familia, Tomás. Da más libertad, igual. Tienes menos lazos, no te pescan. No tienes que ir a putos cumpleaños o asados fomes con primos a los que les gusta solo el fútbol.

Tomás trató de procesar toda la información. Tomó el fanzine y lo hojeó.

–Se ve... Es precioso.

–Tienes mucho por leer. Escribe cosas rarísimas. Maneja información.

–Número 5, Vol. 1, SCL. ¿Qué es SCL?

–La sigla aérea del aeropuerto de Pudahuel.

–¡Quiero el número uno!

–No existe. Se agotó, dicen. Tengo desde el número dos. Veamos. Te puedo hacer unas copias de los que te faltan.

–Haces copia de todo.

–A mucha honra. En el futuro, nada será original. Todo será una copia o un remix.

–Este tal Clemente entonces es el... ¿dueño?

–Más que dueño, que sí lo es, aunque lo hace por amor al arte, no gana dinero, Clemente es el creador. El cerebro, el corazón, el motor. Siempre viene, aparece. Me trae ejemplares, los deja ahí y los clientes con más onda se los llevan o yo se los paso si compran algo que me parece jugado. Estudia Periodismo en la Chile, pero escribe esto porque no lo dejan escribir así en ninguna parte. Mira, lo lindo. Lo

diseña y todo, toma las fotos. Es un trabajo de joyería.

–¿Es caro?

–Es gratis. Es un fanzine. Es para los fans.

–¿De qué va?

–De todo lo que nos gusta, guapo. No entra nada que él odie. Es muy él la revista, la verdad. Clemente es el fanzine y el fanzine huele a él.

–¿Cómo huele?

–Rico. Distinto. Foráneo. Cítrico. A cuero y a metal. Mira, lee esto.

–«Sin estética no hay ética» –Tomás lee con el fanzine en las dos manos–. «Una editorial en tiempos violentos», por Clemente Fabres.

–Me cae bien. Es un raro. Un muerto de miedo, un freak. Autista total. Pero sensible. Morboso también. Se toma fotos nudes y las pega, creo.

–Osado.

–Adelantado. Acá pasan ene cosas de las que no todos se enteran porque no se fijan. Leen la *Hoy*, el *Fortín Mapocho*. ¿Has leído la sección cultural del *Fortín*? No cachan nada, nada. Aterrador. Clemente eyacula todo en su fanzine, es su vida. Quiere escribir acerca del ahora y, no sé, me gusta. Se niega a creer que Santiago no tiene arreglo.

–Tiene razón: depende de nosotros cambiarlo. Lo quiero conocer. ¿Tienes su número?

–No, pero en el fanzine debe estar toda la data que necesitas.

–Él y yo debemos ser amigos.

–Lo sé. Clemente me contó que los primeros ejemplares los fue a dejar a una tienda de ropa americana usada en la calle Bandera y a la casa de la calle Praga desde donde transmite la Eclipse.

–¿Praga?

–Por Salvador para adentro, pasado Marín. Él cree que a los de la radio les tincó su recomendación y por eso tocaron el tema que te gustó. De hecho...

–¿Qué?

–Tadeo Aznar mandó a uno de sus chicos el otro día para acá. Entre los préstamos estaba este álbum que el Lucio justo mandó a pedir. El fanzine está influyendo.

–¿Lucio?

–Lucio Galdames. El tipo alto con mucho gel que entró antes. ¿Recuerdas?

–Sí.

–Lucio conecta todos los puntos. Influye. Lucio lee este fanzine.

Tomás mira la estética, las letras tipeadas, pero otras letras dibujadas, hechas a mano. Hojea las páginas. Mira un titular: «Chicos que miran a otros chicos». Hay fotos de chicos sin camisas. Mira más

abajo, un recorte: la letra en inglés, la letra traducida al español, de «When You Look at Boys» y al lado la portada del disco, pero al revés.

–¿Él hizo todo esto?

–Obvio. Clemente es medio freak, obsesivo. Artista, igual.

Entonces suena New Order: *Brotherhood* y su «Bizarre Love Triangle».

Josué sonríe para sí mismo.

Estaba claro, era obvio, se sentía. Clemente era el doble opuesto de Tomás, la parte que faltaba. Es el coprotagonista, el posible aliado y compañero de Tomás.

–Me dijo: «Busco colaboradores, no lo puedo hacer todo» –confabula Josué.

–¿Tú crees que yo podría escribir acá?

–Demás, pero no aún. Entra a Letras primero. Debes leerlo antes. ¿No crees?

–Por supuesto. Hablé sin procesar. Deseo...

–¿Apoyarlo?

–Sí. Y... así que esta crónica hizo que los de la radio pidieran el disco y...

–Exacto.

–La escuchamos al mismo tiempo entonces –le comenta con los ojos brillantes Tomás.

–Seguro. De más. Sincronía. Conexión.

–Se ve cool ese chico.

–Es cool. Aunque raro. Distante. No digas cool: es poco cool.

–Chuta.

Tomás saca su dinero y el casete nuevo Maxell que compró en Fusión.

Josué le pasa un TDK grabado.

–Genial. Otra vez, quizás compre el disco. Mil gracias, Josué. Esto aplacará...

–Tu ansia.

–Eso, exacto. Es mejor ser ansioso que fome.

–Depende.

–Otra vez vengo con plata y... Prefiero mil veces los vinilos, tengo un tocadiscos muy retro, un CPU 2000, color naranja. Era de mi mamá. Es lindo y práctico.

–Compacto Portátil Universal. «Como para uno» decía la publicidad en las revistas *Eva*, *Ercilla*, *Paula*, *Paloma*. Me acuerdo. «¡Como para usted...!».

–Exacto, Josué. ¡Como para mí!

Velódromo

Tomás y Clemente casi se conocieron una semana antes, el 21 de diciembre del 85, bajo el solazo sin sombra del Velódromo del Estadio Nacional. Ambos se rozaron y estuvieron cerca el uno del otro, pero no se miraron, no se dieron ni cuenta. No era el momento, no aún. Mientras sonaba Pie Plano, sus zapatillas (las de lona cuadriculadas de Clemente y las negras de Tomás) se rozaron.

Estuvieron uno al lado del otro.

Ya al caer la noche, cuando todos se acercaron más al escenario, Clemente se ubicó detrás de Tomás y quizás se fijó en su casaca de mezclilla porque él solo andaba con una polera negra con el logo de Echo and the Bunnymen y el calor de la tarde de pronto se transformó en ese frío seco que baja de la montaña. Algunos dirán que sus energías no estaban alineadas y puede ser. Fueron dos de entre los casi mil chicos que asistieron el festival organizado por Fonseca y la disquería Fusión y al que *El Mercurio* hundió titulando: «Poco público en Primer Festival Pop Chileno». De hecho, la señora Rosario Larraín en el diario de Agustín escribió esto:

> Mucha paciencia y un grave accidente fueron los ingredientes principales del Primer Festival Pop Chileno, realizado el sábado en la tarde en el Velódromo del Estadio Nacional. Aunque la cita era a las 19:00 horas, solamente a las 20:10 subió el primer conjunto al escenario. El poco público presente –estimado en menos de mil personas– y la gran demora para armar equipos entre cada grupo enfriaron los ánimos del encuentro de música urbana.

Entre los que tocaron esa jornada merece destacarse a la Banda 69; Paraíso Perdido; Emociones Clandestinas que pasó por el improvisado escenario sin destacar, pero que terminó tatuando su tema «Un nuevo estilo de baile» en el corpus patrio; Aparato Raro que, a pesar de ser

recordado como un one-hit-wonder con su «Calibraciones» que merece al menos un par de papers académicos; y Hentai, la banda favorita de la Eclipse, la que tocó, según el diario, «sus hits, como "Chicos que se pintan las uñas de negro" y "¿Por qué siempre vas a los Delta solo?", ambos de gran impacto radial, que fueron coreados por todos, al igual que sus canciones nuevas de conexiones con la extraña cultura popular nipona».

Mil personas no son tan pocas si hay alguien ahí que te puede remecer, alterar, que encuentres atractivo, pero Tomás nunca vio a Clemente. Estaba distraído: el chico morbo de Sevilla (Manuel García Barroso) le había enviado un cuento erótico además de unas polaroids explícitas que Tomás quería estudiar atento.

Clemente, por su lado, no tenía ninguna antena parada y su radar no era capaz de descifrar señal alguna debido a una discusión intensa y desagradable que había tenido con sus compañeros de curso, quienes censuraron el afiche que él había diseñado y colgado en el diario mural de la Escuela de Periodismo anunciando el festival. Clemente no estaba en un buen día y no había desayunado. El sol caía sin tregua y se sintió calcinado, débil, con sed. Casi nunca miró hacia el escenario, porque estaba en esos períodos de paranoia social. Odiaba la idea de que alguien notara que estaba solo, sin amigos. En Chile, ya lo había aprendido, andar a solas no era una decisión ni una excentricidad, sino un padecimiento, un fracaso, una letra escarlata que anunciaba vergüenza, tristeza y exhalaba la fetidez de aquellos incapaces de conectar. Clemente pensó escribir del festival para su fanzine, pero al final decidió dedicarle el próximo número a Katashi de la Torre, vocalista y alma de Hentai. Iba a tratar de entrevistarlo para hablar de su nuevo disco. Le gustaron los temas inéditos. Quizás durante el verano. Seguro que Katashi no se va de verano, igual que él.

El festival terminó de noche con nada menos que una tocata de Los Prisioneros, cuyos casetes, tanto originales como piratas, los habían convertido en una banda de culto. Después del atardecer color Kodak, Los Prisioneros adelantaron algunos temas del disco nuevo. El álbum sería, claro, *Pateando piedras*. Ese 21 de diciembre ofrecieron dos temas del álbum-in-progress: «Muevan las industrias» y «Por qué no se van».

Al escuchar este último tema, Clemente anotó en su libreta: «Serán clásicos y serán amados siempre + le dieron beat al resentimiento local + el populismo anticultural + la envidia desatada; seguro que serán, eventualmente, ricos y vivirán en Nueva York». El pegajoso cántico binario le daba miedo: «¿Por qué no te vas?». Pregunta que Clemente se había estado haciendo todos los días desde fines de 1981.

Quizás tenían razón: mejor irse.

«Muevan las industrias» le pareció, a su vez, un tema perturbador,

inspirado, mítico. Se le hizo curioso que dos temas tan distintos fueran parte de un álbum. Quería escuchar *todo* el disco. *Pateando piedras* era, sin duda, un gran título. ¿Era todo calculado? ¿O eran, como creía, chicos que no se daban cuenta de lo que estaban haciendo? ¿Acaso buscaban desesperadamente ser queridos?

A Tomás, que conocía el fenómeno bien y era de la misma San Miguel, aunque despreciado por ser de El Llano Subercaseaux, le gustó más el tema «¿Por qué no se van?», porque nombraba países y lugares de los que había escuchado, aunque nunca había ido al mítico cinearte Normandie de plaza Italia. A Tomás le pareció que los tres no transmitían erotismo ni onda alguna y que quizás el más guapo era Miguel Tapia, pero tenía esa típica culpa de clase media de «esas cosas no importan» y por eso se dedicó más a mirar a los chicos de las otras bandas que ahora estaban en el público tomando cervezas.

El aroma en el velódromo cuando bajó la temperatura era a adolescente hetero masculino: pitos de San Felipe, cerveza tibia, pelo mojado, rastros de Speed Stick de Mennen, zapatillas viejas, shorts salpicados con Fanta, nucas recién quemadas, pasto recortado, polerones pasados a humo de cigarrillos Hilton, además de Denim Musk Verde para hombres que lo consiguen todo, fácilmente.

Tomás Mena y Clemente Fabres fueron solos porque no tenían con quién ir. Además, en esa época prelocura del rock chileno, nadie confiaba en un recital de bandas locales. Era una apuesta y a ambos les gustaba jugar en el casino cultural del pop.

Belgrado 11

«Los reaccionarios hacen pop», le escupió la Pola Zañartu Correa, liderando la fanaticada que era la horda de sus sobregirados compañeros de curso maoístas. Habían tajeado y pintado encima del afiche que Clemente diseñó con papel lustre para publicitar el Primer Festival Pop en el velódromo. Destacó a Los Prisioneros, pues sabía que tenían sus fans, sobre todo entre los menos militantes. Sus compañeros gritaban contra la censura, pero no tenían problema en acallar la voz de quien osara alterar sus sensibilidades. Predicaban con tal pasión desde la tarima de su supuesta superioridad moral que salpicaban con su saliva a las primeras filas de mechones extasiados. Clemente ya los conocía, pero aun así le afectaba el odio destilado y la ceguera.

Era fin de año, verano, había pasado los exámenes. Pensó que podía meter el gol con su afiche, pero la Escuela tenía buenos arqueros y nadie mejor quizás que la Pola Zañartu que, desde su cité pintado-de-colores-pasteles en el barrio Matta Sur, había engañado a sus ingenuos compañeros haciéndoles pensar que ella era más del pueblo. Clemente conocía a su abuela y la Pola era, en rigor, la Paulita. Al final, daba igual: la insistente censura progre lo angustiaba. Se sentía persona non grata, como Jorge Edwards en su libro. Al autor de *Los convidados de piedra* –y dueño de las dos librerías Altamira– no lo dejaron ingresar al auditorio «por ser dueño de *El Mercurio*». No importaba que el escritor fuera «de los Edwards pobres» y que el más acérrimo detractor del diario era un barbudo de metro noventa y seis de apellido Miller Edwards (alias El Chico Miller). Tampoco era tema que un tercio de la Escuela escribiera o hiciera la práctica en el diario del verdadero Edwards, algo que Clemente no iba a hacer. No iba a caer en la trampa. Podía tener distancia con la izquierda-caviar de sus padres, pero no se iba a pasar al otro lado por mucho que lo despreciara la fauna de la Escuela. Clemente pasaba curándose de las esquirlas del fuego amigo, de los lanzazos y burlas de los que por

ideología eran sus aliados, pero que estéticamente eran sus enemigos.

La Escuela, por lo tanto, no era para él lo mismo que para ellos: el centro del universo. Clemente podía vivir cerca, y a solas, pero ya no abría su casa a nadie. No invitaba porque no confiaba. Al último que ingresó, Vicente Díaz Ovando, mal que mal, lo mataron. No convidaba a nadie. Pocos habían entrado a su casa y eso que nadie lo vigilaba. Excepto él mismo, claro. Clemente se perseguía, no se daba permisos. No se sentía del todo parte para andar quebrando reglas en casa ajena. Su casa era eso: grande, extraña, con historia, pero ajena. Como el país. Acá se sentía menos libre que allá. La represión era el estado natural de las cosas. No solo se reprimía a los subversivos. Se reprimía pensar distinto, ser distinto, se reprimía sentir ciertas emociones y desear lo indeseable. Los servicios de inteligencia no tenían que ser tan numerosos pues contaban con casi toda la población como cómplices.

Había algo que era intrínseco de la idiosincrasia: el no desbandarse. Eso fue lo que sucedió el 73, le insistió su padre, la última vez por teléfono. «Nos desbandamos. Todos creen que el pueblo se sublevó, no. Fuimos los hijos los que nos desbandamos. Siempre pensamos que contábamos con la complicidad de los padres, de los hermanos mayores, pero no. Les colmamos la paciencia y ellos luego actuaron como cuando éramos chicos: con látigos, con sangre, con abuso. Todo muy de campo, Clemente, todo muy ancestral. El problema es que les pidieron a los inquilinos hacerse cargo de ordenar el caos. Y ahí están».

A la gente de la Escuela le daba lo mismo el color, las fiestas, el eros, las drogas. Ellos también creían en la mano dura, sentía Clemente. Por eso era clave subvertir desde la periferia y las emociones. Había algo prusiano en la posibilidad de reprimir a los demás y de intentar, de paso, dominar. ¿Este era el mismo país colérico-desatado-barbudo-sicodélico de cuando era chico y salía con su padre a las marchas? Buena parte de los que ahora estaban en contra callaban, intentaban no inmiscuirse. Mejor no meterse era el eslogan.

Clemente sentía que el puro acto de acarrear un libro en el morral era político, con mayor razón era leer lo que los otros no querían. O no conocían. En Belgrado 11 miraban con sospecha que leyera *Azul casi transparente* de Ryū Murakami al sol en el patio de Periodismo. ¿Por qué leer a un japonés si se podía leer a Galeano y sus venas abiertas? Clemente tenía claro que estaba de invitado, que los extranjeros que opinaban eran callados o expulsados o peor. Como el periodista americano que desapareció para el golpe y cuya muerte se transformó en un libro que su padre leyó al publicarse: *The Execution of Charles Horman: An American Sacrifice* de Thomas Hauser que fue la

base de la película *Missing*. O el bullado caso de la doctora británica Sheila Cassidy. Amiga de sus padres («la tía Chila»), fue torturada por ayudar a curar a otros que cayeron en las manos de los militares. Su papá la conoció mucho antes, cuando estudiaba en Oxford. Durante la UP, los Fabres mantuvieron lazos con toda la colonia británica en Santiago (Tadeo Aznar, Joan Turner, Derek Ashmore). Clemente recuerda a la tía Chila cenando bangers con puré de arvejas en la casa de Birmingham luego de ser expulsada de Chile. Por este hecho casi se quebraron las relaciones diplomáticas entre ambos países. Cada gobierno retiró a sus respectivos embajadores por varios años y cada embajada quedó al mando del encargado de negocio.

Aprendió a costalazos que no era uno de los de la Escuela de Periodismo de la Chile. Entendió durante el primer semestre que no era del todo bienvenido, que realmente no formaba parte. Eran mayoría y se comportaban como matones. Había algo racial, sanguíneo, en el resentimiento. El odio de los estudiantes lana se desparramaba a todos los que osaban ingresar a su pequeña parcela humanista sin mostrar el carné que probara su militancia. Cuando Clemente postuló a la Jota, lo hizo para acceder a los cursos que el Tato impartía. El mito aseguraba que su ayudantía era infalible para así poder pasar Redacción I.

¿Pero por qué quiso ser parte de un grupo que lo despreciaba?

Para no estar solo, para pertenecer, ser aceptado, se decía.

Una vez, cuando la Jota estaba armando un malón para juntar plata que usarían en diversas estrategias (miguelitos, panfletos, enviar a la Myriam Kovacs a Cuba y Nicaragua, vía Ciudad de México, para recibir adoctrinamiento), Clemente dijo: yo pongo la casa.

Eso fue a fines del año 82.

Era nuevo y aún quería «ser parte» de la Escuela.

Hacía cosas que ya no haría. Como ir a una función clandestina, en una sala adyacente a la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús en la calle Crescente Errázuriz, Ñuñoa. Recuerda la proyección de una pésima copia llena de nieve y tracking de la cinta *Missing* de Costa-Gavras, prohibida por el Estado y que había sido internada por los servicios culturales de la embajada norteamericana.

Para la fiesta, Clemente quería lucirse con la izquierda y hasta sacó de un cajón una foto de su padre con Salvador Allende, Orlando Letelier y José Tohá. Compró ampolletas de colores y garrafas de vino para hacer el infaltable navegado. Incluso se consiguió una cartulina dorada donde dibujó la hoz y el martillo que daba la bienvenida a los invitados junto a las guirnaldas rojas que tapizaban la puerta. Así y todo, la fiesta fue un desastre, un fracaso. Todos se fueron al rato, aburridos de escuchar música inglesa y nada de cumbias, salsa o, por último, rock argentino. Lo tildaron de imperialista (¿por tocar mucho

a Diana Ross?). Mearon en el suelo del baño.

Se fueron todos a la vez luego de decir que «vive como un cuico culiao, pero solo».

La intensa de la Pola Zañartu le dijo humeando: «Quizás deberías ceder todas esas piezas para que vivan militantes de confianza».

El lunes ya lo sabían todos: la fiesta del mechón inglés había sido una debacle.

Escuchó los comentarios: medio maraco, totalmente hueco, gringo culiado.

No tenía sobrenombre aún.

Pero todos tenían claro que no era uno de ellos. Clemente Fabres había entrado por cupo especial («beca para extranjeros», como si fuera un alien; aunque el Chico Miller insistía en que «se había colado por la ventana» y «que si no fuera por el puto cupo diplomático estarías en el Arcis»).

Para los estudiantes provincianos sin onda, adoctrinados en aceptar todo lo que salía de las mentes calculadoras de El Tato & la Iris (agentes de los partidos más radicales, ambos insertados en las aulas de Periodismo), en la Escuela era clave no destacar. Todo partía por «el no look», fundirse con la masa. Ser original era, entonces, para ellos en su lógica militar, transformarse en un blanco y, por otra parte, una suerte de acto de subordinación. ¿Para qué intentar separarse del resto?

El Tato & la Iris rozaban los treinta y eran pareja. Tenían experiencia de sobra. El Tato curiosamente siempre repetía lo que ayudaba en su vocación de adoctrinar a los incautos: siempre era mechón. Iris Blanco, también conocida como Arcoíris, había vivido en Europa durante su exilio. Tenía la expresión de estar siempre comiendo limón. Era particularmente despreciativa de «todo lo moderno». Para ella, la militancia era su equipo, su familia, su país, su identidad, y eso implicaba «no alterar las tradiciones». Los rumores sostenían que era parte del VOP, el grupo que asesinó a Pérez Zujovic, el de la rotonda, durante la época de Allende. Sin embargo, Clemente creía que eran inventos de ella para quedar como mítica, porque más allá de salir en la tele durante velorios de caídos, Iris no tenía la imaginación para ser parte de una guerrilla. Lo que a ella le gustaba era obedecer y reclutar chicos para la Jota. Las Juventudes Comunistas (JJ.CC.) era la secta secreta a la que todos querían pertenecer, incluso los que no pensaban como ella. En una escuela como Periodismo, ser de la Jota era ingresar al equipo de fútbol o ser una cheerleader. Las JJ.CC. no te aseguraban mucha juventud (ni sus ideas capitalistas, incluyendo sexo, drogas ni menos rock and roll), pero sí te aseguraban asientos de primera fila en las tribunas de la popularidad interna. Ser de la Jota «la llevaba». Se decían cosas en

susurros y a veces se trataban con otros nombres, chapas, algo que en ese momento a Clemente le pareció curiosamente adelantado y libre. Así, el latero de Hernani pasó a llamarse Bastián y la intensa de la Pachi a veces andaba por la vida como Valeska. Algún día, escribió Clemente en su fanzine, reseñando un par de películas «digitales» como *Electric Dreams* y *Juegos de guerra,* «todos tendremos una identidad elegida por nosotros a partir de nuestros nombres».

Iris Blanco se creía más inteligente de lo que era y llevaba su extrema delgadez como un acto de carácter más que una fortuna genética. Tenía tesón y disciplina, pero cero humor y nada de imaginación. Curiosamente, su paso por Suecia, Austria y hasta Holanda la hicieron retornar más provinciana y reaccionaria, además de sospechosa de la cultura imperialista. La Blanco usaba su maternidad (un hijo preadolescente que se quedó en Estocolmo con su padre) como arma de reclutamiento. Junto con su madre, la célebre y temida señora Begoña (nombre de chapa Antonieta), Iris manejaba la pensión que tenían en su casa de la calle Alfredo Rioseco, a pasos de Seminario. La vieja Begoña Armas era de armas tomar. Durante años fue la encargada de vigilar el Edificio de los Chilenos en La Habana, como llamaban sus vecinos a la construcción donde el MIR decidió criar a los hijos de los guerrilleros que regresaban a Chile para luchar contra el dictador. Fue «un experimento de laboratorio» con seres humanos reales. Qué importaba más: ¿la familia o la causa? Begoña Armas manejaba su casa como un internado militar. Los alumnos más pobres e incautos de los puntos más perdidos del país eran invitados a vivir ahí sin costo, pensión completa, a cambio de ingresar (decían) a las filas del Frente Patriótico.

Para Clemente, lo repelente de la dupla Tato & Iris era esa falta de curiosidad en lo que podría existir más allá de los rayados muros de la Escuela. A veces se decía: no seas duro con ellos, han pasado por mucho, se les vino abajo el mundo, vivieron el trauma en carne viva. Pero los padres de Clemente también: al menos su padre y todo el mundo de sus amigos, colegas, compañeros y primos que apostaron por el proyecto socializante. Su padre puso todas sus fichas en esa utopía, partiendo por su identidad. Al llegar el golpe, Juan José Fabres pasó de ser un soñador ligado al poder a un desclasado viviendo en el anonimato, lejos de todo y rodeado de la neblina inglesa. ¿Por qué Iris regresó y su padre no?, se preguntaba en sus momentos de insomnio. Su padre quedó tan asqueado con el país que no podía caminar por sus calles. No le interesaba transformarlo en algo mejor ni menos salvarlo. Una vez le comentó: «Tuvimos una oportunidad y la arruinamos de por vida. Nos jodimos, la despilfarramos, nos cagaron y humillaron para siempre».

El canto/eslogan era «y va a caer», sí, pero qué sucedería cuando

cayera, pensaba Clemente. A él le asqueaba la dictadura, pero le daba pavor imaginar a estos rufianes de la Escuela en puestos de poder y en Modo Operación Venganza. En la Escuela no había espacio ni siquiera para el centro. Quizás lo peor era la bancada de la derecha recalcitrante, pero como estaba formada solo por Mariella Beaupain, una chica campeona de esquí, verdaderamente nadie la tomaba en cuenta. Eventualmente, la niña facha con la nariz respingada demostró que era menos tonta de lo que todos insistían y dejó de competir en la nieve para dirigir revistas para hombres de negocios. Fue directora de *Capital* y luego del *Diario Financiero*, además de ser ministra de Minería cuando la derecha llegó al poder sin el apoyo de los militares.

¿Qué habrá sido de Ernesto Carrión, el desabrido y delgadísimo chico ciego de lentes oscuros Ray-Ban que llegaba con bastón a estudiar? Carrión chocaba con las sillas que le ponían enfrente para que se tropezara. Clemente no se atrevió a hablarle a Ernesto por miedo a entrar en la mira y generar sospecha. Todos querían ser «parte del pueblo unido». Disentir era visto como traición y tener gustos propios era «egoísmo neoliberal» pues «somos más que un individuo». Carrión era eso, quizás: no parte de todos, un ser distinto y, al ser no vidente, de inmediato fue considerado «un tullido». Se decía que Carrión quedó ciego cuando su nana se enojó con el chico por gritón y sucio y le tiró cloro a la cara. Pero él nunca contó nada. Le gritaban «¡Bellavista!» y, por ser progobierno e hijo de un oficial de la Fach, lo insultaban y hueveaban. El acoso pasó a imitar las tallas de *Locademia de policía.* A Bellavista Carrión le gritaban de todo («aprende a mirar la realidad, facho ciego culiado»; «abre los ojos a la realidad, cuico miope»; «vas a morir virgen y nunca vas a encontrar el hoyo, Casimiro saco de huea»). Incluso le pegaron con neoprén un libro de Borges a la mesita de su silla. Al final, luego de hacerlo tropezar y caer por una escala, Carrión desapareció de la Escuela.

«No era de fiar, yo creo que era sapo, se quedaba pegado mirando. Escuchaba demasiado y se interesaba de cosas que no eran de su incumbencia y que seguro se las transmitía a los agentes de seguridad», le comentó una vez la Pola Zañartu, como intentando excusarse.

Todos marchaban al son de las canciones de Silvio y se aferraban a la esperanza de una Nicaragua Sandinista Libre de Exportación. Estaba claro: la Internacional Roja triunfaría por sobre todo lo reaganiano que era el mal a combatir. Odiaban a los uniformados, pero creían en el orden, en los géneros, que todo quedara prístinamente claro. Nada de ambigüedades ideológicas o de otro tipo. Todo era y debía ser binario, estructurado. La disciplina era parte esencial del orden

natural de las cosas. Se vestían todos iguales: jeans, chalecos chilotes, ponchos y pañuelos al cuello. Lo raro provocaba sospecha, por no decir pavor y asco. En efecto, era habitual rotular con el adjetivo descalificativo de burgués (como si algunos de ellos no lo fueran) e imperialista. Creían que aquellos que venían de Maipú o La Florida eran «cuicos conspiradores». Los de la Escuela querían ser jóvenes combatientes, pero detestaban la cultura joven. Su meta era cumplir y ampliar los sueños avasallados de sus mayores. Lo épico era el antes, se vivía –y combatía– para restablecer y honrar el pasado. El futuro solo valdría la pena si llegaba a ser como era antes.

Clemente se cortaba el pelo como los soldados más guapos del Imperio austrohúngaro, descontando el bigote. Nadie en esa época usaba bigote excepto Josué Nilo. O era todo o era nada. Los peinados raros no eran comunes en Santiago e incluso escandalizaban, por no decir que eran francamente provocadores. Rasurarse a los lados era una declaración de guerra. Una vez, deambulando por la calle Thorp en Birmingham, compró un libro de segunda mano llamado *Hot Victorians* y le asombró lo parecidos que eran los chicos británicos de hace más de cien años a los cantantes, artistas y jóvenes bohemios que recorrían la ciudad. Él quería ser uno de ellos. Clemente creía en la ética de la estética y supo que verse de otra manera (y, sobre todo, bien) podía ser un arma. En la Escuela abundaban las barbas no cuidadas y el pelo largo, donde rara vez pasaba una peineta y donde casi nunca se usaba una caluga de bálsamo.

Belgrado 11 era el centro de la Facultad de Humanidades para la llamada Operación Razzia Pop. Clemente lo olía y se aterraba. En la Escuela había códigos, normas, formas de enfrentar la vida. Había un rechazo por casi toda la música inglesa pos The Beatles. Solo los más refinados cambiaban a Pablo Milanés o Schwenke & Nilo por Pink Floyd, Jean-Michel Jarre o Led Zeppelin. Todo lo norteamericano era tabú y lo que llegaba de Inglaterra era mal procesado como thatcheriano y peligroso. Los chicos que deseaban ser comunicadores eran incapaces-de-comunicarse. Estaban dispuestos a todo con tal de no tener a Pinochet en el poder.

Belgrado 11 se ubicaba irónicamente en un excentro de tortura. Todo lo que no era útil a la causa era frivolidad y estudiar Comunicaciones entregaba las herramientas para desinformar. Insólitamente, el hecho de que la Escuela ocupara las antiguas oficinas y cuartel general de la DINA a nadie le importaba mucho. Para acallar sus conciencias se consiguieron una machi de la UFRO que hizo un sahumerio. A ningún estudiante se le ocurrió negarse a entrar, quemarla, tomársela o irse a estudiar a otra parte. Los jóvenes que pasaban largas horas en el abandonado recinto-de-tortura, a escasos

pasos de plaza Italia, vivían bajo dos dictaduras severas: la de Pinochet y la del PC. El Pato Donald seguía siendo un enemigo, pero ahora estaba el peligro de los videos de MTV, las revistas *Rolling Stone* que a veces llegaban al patio (Mariano Fagnola estaba suscrito, obvio) y las sagas revisionistas como *Volver al futuro*. Tanto Steven Spielberg como Stephen King eran motivo de mofa, mirados en menos, desechados como pop reaganiano. Donde comenzaba una realidad, se iniciaba la otra. Una se alimentaba de la otra. La intolerancia era la norma. El mundo real, el de la tele y la radio, el de los centros comerciales y el consumismo, el de los supermercados y las señoras que iban a la feria, no tenía acceso a esa suerte de embajada rumana ubicada al final de una calle sin salida que daba a Vicuña Mackenna.

En la Escuela, el hecho de que Clemente tuviera un peinado a lo bacinica era peor a que anduviera con un chaleco Penguin o una polera promocionando *Rambo II*. Todo lo que no entendían pasaba inmediatamente a ser tildado de facho. Para los más académicos, el corte era de fraile, pero no se atrevían a expresarlo. En algo tenían razón: era un poco benedictino. Clemente se veía espectacular. Nadie de ese mundillo se atrevía a reconocerlo y a varios les provocaba algunas dudas sobre sus propias orientaciones.

¿Era posible encontrar atractivo al enemigo?

Los de la Escuela se convencieron de que Clemente era medio ridículo y que pintaba el mono. Jamás reconocerían que para poder lucir un peinado así, sin que la gente se riera al verlo, había que ser bastante espectacular y tener un cuello largo de cisne. De seguro, Fabres nunca se veía mal, ni siquiera cuando lo intentaba. El corte, realizado cada tres semanas en la Peluquería Francesa del abandonado barrio Yungay, implicaba estar casi rasurado desde un poco más arriba de las orejas hacia abajo, pero, a diferencia de los religiosos, el resto era liso, negro, largo, suelto. Esto le servía para poder modificarlo a su manera: con o sin gel o peinado hacia atrás. Clemente tenía dos hoyitos en cada lóbulo de su oreja que se hizo en un local punk del barrio chino de Birmingham. Acá te podían arrestar por andar con aros o ser thrash o punk o medio fleto o new wave. «La moda mata», como cantaba el grupo Nadie a través del programa de demos de la Eclipse. Generalmente, se colocaba un aro, tenía muchos que heredó de su abuela y unos más piolas que compró en el Portal Lyon de Providencia. Clemente también se había hecho un tatuaje en la cicatriz que le dejó la vacuna de la viruela en su antebrazo derecho: se lo hizo sin permiso, en Liverpool, y era algo sutil: el signo de piscis, dos peces intentando alcanzarse, cada uno nadando para su lado. El tatuaje desaparecía bajo la ropa. Cuando estaba rodeado de enemigos no se colocaba ningún aro. Trataba de pasar inadvertido, a pesar de sus abrigos, guantes sin dedos y bototos Dr. Martens. El tema capilar y

todo lo ligado a su vestuario no pasaba desapercibido en la Escuela del Sendero Neblinoso.

A comienzos de 1985, ingresó a Periodismo un chico que tenía rasgos de ser pariente de Bela Lugosi. Tenía los elementos necesarios para alterar: cejas gruesas y oscuras, un lunar en la nariz, ojos saltones negros y labios excesivos que eran incapaces de esconder su ensalada de dientes. Era de estatura media, huesudo, con mucha frente y dedos largos. Dependiendo de la luz, podía alterar o seducir. No era un chico bello, de comercial de cerveza o de jeans, pero sin duda tenía su propia estética. Venía de la dinastía de los Andreani de Concepción. Era el vástago de una familia de músicos, poetas, actores, profesores y fotógrafos ligados a la impresionante Universidad de Concepción. Se llamaba Juan Pablo. Álvaro, su hermano, ya era parte indispensable en la movida new wave y acaso, sin saberlo, el encargado de registrar el presente under para poder analizarlo en el futuro.

Juan Pablo había viajado por Sudamérica y vivido en São Paulo donde estudió Arte. Era amigo de los integrantes de la banda Emociones Clandestinas. Al llegar a Santiago para entrar a Periodismo se instaló, primero, en una casa del siglo XIX de la calle Herrera, para luego, junto a su hermano Fabián, el pintor Joaquín Gorriti y el actor Martín Portales Balmaceda, armar su propia «mansión gótica». En otro ambiente, los pergaminos vitales de Juan Pablo Andreani lo hubieran disparado a la crème de la crème o, sin mediar análisis alguno, lo hubieran alzado como el más popular. Pero eso sucedía en las películas norteamericanas que estaban proscritas en la Escuela. Belgrado 11 era tierra del nuevo cine alemán y de copias prestadas de lo más denso de la nueva ola francesa (Resnais, Godard, Jean-Marie Straub). En esos metros cuadrados, el nuevo estudiante penquista recibió todo el desprecio circulante.

El ingreso de Juan Pablo Andreani fue como un comercial de moda o de un clip muy bien hecho, recuerda Clemente. Antes de que cruzara la puerta, fue apodado el Punk, cuando de punk o anarco tenía poco. Sin duda se debía a su peinado: un corte mohicano con el pelo teñido de azul que ayudaba a destacar no solo sus aros sino un tatuaje de una escala que subía desde su cuello hacia el cráneo. Se veía atrevido, jugado. También, hay que reconocer, horrible. Aterraba. Quizás con el pelo crespo negro, una barba de unos días y lentes de nerd, el Punk Andreani habría podido pasar por un militante del PS, pero no: esa era su pinta y se hacía notar. Su cuerpo estaba enfundado en un impermeable verde petróleo, apretados pantalones amarillos, un chaleco negro con rombos rosados y botas de cocodrilo tipo Elvis. Era lo más cercano a una estrella de rock que había pisado la Escuela, dejando los experimentos estéticos de Clemente en un quinto plano.

Para ingresar a la Escuela no solo se necesitaba un muy buen puntaje, sino además una visa de buen comportamiento otorgada básicamente por la Jota. Melanie Bayer, una chica flaca, desabrida, que era pura ambición y cuyo olfato la llevaba siempre a rodearse del poder, dio las primeras alarmas. Ella iba a perseguir a todos aquellos que fueran contra las buenas costumbres de Belgrado 11. Melanie se sentía culpable por su piel, por el Deutsche Schule, por sus exilios dorados en México y Múnich, por haber sido campeona de patinaje en hielo y presidenta del club de Andy Gibb cuando vino a Viña el 84. Pero, a diferencia de Clemente, ella entendió cómo moverse y supo que liderar mediocres que la temían no era mala estrategia. Por algo, al final terminó de editora de un conglomerado sin que hubiera nada que le gustara. Ella fue la que vio en Andreani algo alarmante. No se escandalizaba, pero supo que podría alterar a la joven izquierda casta. De hecho, Soraya Carrasco, al ver al Punk, entró en pánico, y la verdad es que muchos estudiantes quedaron entre aterrados y nauseabundos. Algo estaba cambiando.

¿Esto era el futuro?

¿Esto era visto sin sanción por Occidente?

¿Esto era normal?

Se citó, como era de esperar, a una asamblea. El tema: el chico del pelo azul. Nadie de la dirigencia quería tocar el tema de frente.

«Hay mechones que alteran el orden», comentó el Chico Miller, cuya estética visual se adelantaba al muñeco asesino Chucky versión colegio Saint Gaspar (jardineras de jeans, chombas andinas, barba desatada). Era distinto y por eso odiaba de paso a todos los raros. Miller vivía debajo de una nube de marihuana, pero fumar lo hacía menos sociable. Se volaba para olvidarse de lo alto que era. Miller y Soraya (alias Yaya) intentaron arriar al grupo congregado en la cafetería (alias la cafeta), entre el que estaba Clemente intentando leer el diario.

–Debemos hacer algo –vociferó la Yaya parándose arriba de una mesa.

–No podemos tolerar la caída de nuestras costumbres –opinó Melanie.

Clemente se fijó en que la Yaya andaba con un jumpsuit o enterito de bambula de algodón apelotonado color azafrán.

–La libertad es un derecho, pero tiene sus límites.

–Los límites de la libertad –comentó en voz alta Clemente–. Las rejas, los muros, las zanjas. Te escucho. Sigue.

–Déjala hablar, Tofi. O vete a tu casa –le gritó Melanie enfundada en su poncho comprado en el mercado de Temuco, cerca de su fundo.

–Debemos respetar los símbolos –siguió la Yaya como si estuviera en el podio de una iglesia hablando en un funeral–. Es menester

abrazar y deconstruir qué significan ciertos símbolos y estéticas, compañeros. Hay formas y esas formas deben ser respetadas. No seamos ingenuos. La reacción se cuela en todas partes. La universidad no es un pasadizo para la moda. Cada uno puede vestirse como quiera… siempre y cuando…

–¿Siempre y cuando qué? –preguntó Clemente.

–Un estudiante de Comunicaciones, un proletario comprometido con el lenguaje no puede vestirse como… no pueden comenzar a entrar y vestirse así y ocupar nuestros espacios… Optar por lo austero no solo es un tema económico. Es querer ser un mismo pueblo. Es celebrar lo que nos une: que todos somos iguales.

–¿Todos somos iguales? ¿De verdad crees eso? Podemos tener los mismos derechos, pero…

–Mira, no te hagas. Me entiendes perfectamente, Demente. Este recinto académico no es una disco de homosexuales desatados.

–Eso –comentó El Chico Miller.

Miller Edwards era tan alto que se pegaba en las entradas de las casas. Su cuerpo delgado no lo acompañaba, ni menos las marcas de acné. Nadie en Santiago medía tanto. Tenía algo deforme y eso lo hacía muy atento a todo lo que él consideraba monstruoso.

–Disculpa: estamos evitando el tema de fondo, compañeros –gritó Iris, que se juraba la Susan Sontag de la Escuela (aunque no sabía quién era la Sontag)–. Digamos las cosas como son: están ingresando elementos sospechosos, reaccionarios. Que traen ideas y costumbres de afuera. Sí: estéticamente pueden dar risa, pero a mí me aterra lo que traen dentro de sus cráneos rapados. Este chico Andreani viene de otro país, de otra cultura. Su moral es americana.

–Lee a Copi –comentó la Sole Vivanco en plan delator–. Anda con revistas en inglés.

–La pregunta es: ¿qué vamos a hacer con el Punk?

Clemente levantó la mano y dijo, muy tranquilamente:

–Lo podemos hacer desaparecer. Lo podemos fondear. Es la mejor manera de acallar la disidencia, ¿no creen?

Por un momento, todos lo analizaron.

Cavilaron la posibilidad hasta que entendieron las consecuencias, las implicancias, la broma de Clemente.

–Tofi culiado –le dijo con odio el Chico Miller.

El tono de Miller le recordó lo que, una vez, le dijo en una fiesta en la población Huemul donde ahora vivía la Myriam Kovacs (sandalista a la vena, recién arribada de Nicaragua). Clemente lo recordaba perfecto: «Me he fijado, Tofi, que tú nunca estás con chicas, nunca llegas con minas, nunca las mencionas».

Debió responderle: tú tampoco.

–Hay que buscar otro modo. Hay que concientizar al joven –opinó

la estratega de la Arcoíris–. Debe venir de una familia sin valores.

Clemente se levantó, dejó la asamblea y la cafeta y se preparó para ir a la clase de ética de Sergio Contardo. Bajó al patio donde Juan Pablo Andreani fumaba un pito mientras leía *La máquina de follar* de Bukowski.

–Bienvenido a Varsovia. Te van a hacer la vida imposible.

–Gracias, hermano. Pero peor que en la calle, no creo. Acá al menos podemos escandalizarlos. Te he visto por las fiestas. Circulas, te cacho. Tenemos que unirnos. Instalar el consulado acá en el gulag.

–El under unido, compañero, jamás será vencido.

ropa/americana
(la movida new wave) **El televisor proyecta una película** en francés. Escuchamos a los actores galos semidesnudos. Clemente la mira como un zombi. ¿En qué piensa? ¿La está viendo? ¿Está drogado o sin sangre? El televisor emite un azul catódico que ilumina el cuarto y hace que Clemente se vea sin sangre. Deja la cinta con-demasiada-onda ambientada en París en mute y camina hacia el equipo. Inserta un casete que le pasaron del disco debut de los Electrodomésticos, a los que hace poco vio en vivo y le volaron la cabeza. Se lo pidió a Alejandro Salazar de la EMI. Estaba en todas las tocatas, conciertos, fiestas, lanzamientos. Salazar era parte del mundillo, siempre con esas camisas del atelier Carlos Pérez y el pelo con gel peinado hacia atrás. Tenía una gillette colgando como aro. Siempre usaba botas. Cree –está seguro– que una vez jalaron en un baño del Teatro Moneda. Quizás Salazar se la chupó. ¿O fue al revés? Alguien le chupó algo a alguien sin duda.

Clemente esa noche andaba con un vestón negro de la ropa usada. Era de lino con forro de seda verde con estrellas y lunas menguantes. Lo amó al tocarlo, tenía la etiqueta de Rifat Ozbek. Había visto su foto o nombre mencionado en *The Face.* Pensó que la chica de Bitter Lemon le iba a cobrar mucho al ver el tesoro que encontró, pero la chaqueta le costó menos que un abrigo de gabardina vintage de Los

Gobelinos. Esa noche se drogó mucho. O aceptó mucha droga. Estaba ansioso. Terminó con semen seco en la solapa de su vestón nuevo. Tuvo que mandarlo a la tintorería. El recital en el Teatro Moneda fue a inicios de diciembre, cuando ya habían terminado las clases. Tomó decisiones: menos drogas, menos vida social, más fanzine, más reporteo. Iba a comenzar a hacer su práctica en la revista *Cauce*. Se sentía un infiltrado ahí. No lo molestaban, apenas tenía que ir a dejar sus notas a Merced con Mosqueto, lo dejaban escribir de lo que quería y no lo pauteaban, porque no entendían nada del mundo cultural pop.

Fue esa noche, en el teatro, que Clemente vio a los Electro en vivo. Salazar le dijo: «Trabaja para mí, tengo olfato, los cacho a todos». Clemente le respondió que quería escribir de los Electrodomésticos para *ropa/americana*. «Dale», le contestó Salazar. «Me gusta la idea: no quiero solo el apoyo de la tele». Salazar estaba con Gerardo Lopehandía, un tipo de cejas juntas y muy delgado que parecía un alumno en práctica recién llegado de provincia. Lopehandía de la EMI estaba pasado a Agua Brava y pestañeaba poco. Le acotó: «Soy el encargado de prensa, hueón; manejo hilos, poder». Salazar interrumpió: «Soy tu fan, Fabres; me guardan el fanzine en la Fusión». «Imposible, no lo dejo ahí», le dijo. «Puta, quizás en la Lado A, Demente». «Lado B», le aclaró Clemente. «Y no me digas Demente». «Acá a los Clementes les decimos Demente». «Me carga», le respondió, y luego jalaron en el camarín y quizás ahí se besaron. «Mi polola te encuentra mino», le comentó Salazar. «Supiera». ¿Pasó algo entre Salazar y Lopehandía? ¿O entre él y el chico impregnado de sudor y Agua Brava? De repente recuerda unas pajas, un pene circuncidado, una camisa estampada de seda mojada, unos ojos castaños-con-amarillo. «El mundo es otro –le dijo Salazar–. Lo gay la lleva, el poder hacer lo que quieras también. Ahora es todo vanguardia, Demente; todo es moderno». «Clemente, dime Clemente». «Te voy a decir Demente, Demente». Lopehandía le lamió el cuello y se lo dejó pasado a perfume. Al final le envió el casete a su casa. Una semana o diez días después. Llegó ayer. O antes, no recuerda. El disco se llama *¡Viva Chile!* Entiende que es una ironía, que nada en Chile está realmente vivo y que debería escribir algo a la altura, porque sabe que serán famosos, que serán un clásico.

Se sienta en la butaca para escuchar el disco y comienza a mover la cabeza. Clemente fuma un cigarrillo con hierba antes de ir a una fiesta en la Casa Constitución 80. La última fiesta del año se celebra cada 30 de diciembre. Tocarán los UPA! Le caen bien, confía en ellos. Quizás debería escribir algo positivo para defenderlos de los que los atacan por ser burgueses. Le gusta mirar a Sebastián Piga, el saxofonista. Le parece cool, seguro, misterioso, alucinantemente guapo.

Aspira el cigarrillo. Aún es 1985.

Debo ducharme, se dice.

Tomás una vez lloró en las catacumbas del Instituto Nacional y lo vieron. Se supo, todos supieron, hasta en su casa (les enviaron una notificación a sus padres). Los chicos lloraban, a cada rato, sí, aunque escondidos, debajo de sus camas, protegidos por las sábanas, en el fondo del clóset, bajo la ducha. Lloraban en el metro, paseando al perro, en la última fila de la micro, sentados en bancos en miles de plazas bajo los árboles de noche. Existían chicos que querían algo más que golpes y agarrarse minas, o pegarse combos entre ellos y mirar fútbol y hacerse la camotera o jugar al caballito de bronce. Había historias, discos, películas, libros hechos por gente aliada acerca de chicos como Tomás o sobre otros con los que él podía empatizar, identificarse, sentirse parte de la historia. Tomás nunca lo había visto de ese modo y –de pronto– se sintió más acompañado, menos solo, más acorazado.

Leyendo los ejemplares del fanzine de Clemente se le abrió un mundo y, a la vez, vio el mismo mundo de otra manera. No solo existían historias de policías, detectives y asesinos a sueldo, de boxeadores y soldados. Santiago de pronto le pareció más habitable y acogedor. *ropa/americana* se lo dejaba claro: existía otro mundo allá afuera. Uno mejor, más raro, intenso. Y no solo lejos sino cerca. Lee atento los números que le pasó Josué. Le llaman la atención una entrevista corta al poeta Claudio Bertoni; una reseña del video *Videodrome* («la cinta parece decirnos: haz lo que quieras, ve lo que necesites ver, pero luego no vengas a reclamar si manchas la cama o te pasan cosas traumáticas o inexplicablemente asquerosas»); una crítica al disco debut de Aparato Raro; un texto acerca de Luca Prodan; una crónica dedicada a Madonna y la cinta *Desesperadamente buscando a Susan*; además de un ataque a la película *Brasil*.

Todo firmado por CF, Clemente F. y C. Fabres.

Tomás se estaba dando cuenta de que había rincones («el underground, el under, lo subterráneo») y persona que podían ser sus pares. No era el único. Eran muchos y se sentían parecidos. Era una cierta sensibilidad, un cierto morbo, una cierta intimidad. Era una hermandad y era cósmica. No todos eran enemigos ni tenían que ser como su padre, menos como su hermano Aníbal, cuyas únicas emociones (rabia, asco, frustración) las soltaban a través de la violencia o apostando por «el modo muro», como opinaba su madre. «Se guardan todo detrás de esas paredes, como si escondieran algo».

Todo lo que Tomás intuía (lo que quería, lo que aspiraba) acerca de la vida y de sí mismo estaba condensado en el fanzine que salía directamente desde adentro de Clemente. Tomás leyó los ejemplares de *ropa/americana* esa misma noche tres veces. El corazón le palpitó,

los ojos se le humedecieron, las palmas le transpiraron y comenzó a dañar el papel en que el fanzine estaba impreso. Hacía calor, pero le gustaba. Era el penúltimo día del año.

Las cosas iban a cambiar, Tomás iba a cambiar.

Lee un artículo en la *Apsi*: «El tarot del año que viene»: **¿Habrá guerra civil en Chile?**
No habrá guerra civil. La carta anuncia un entendimiento.

> **¿Cómo ve el tarot a Chile para el año que viene?**
> 1986 marca el fin de un ciclo. No habrá cambios, pero en el año que se inicia los chilenos tendrán la certeza de haber tocado fondo. Se tendrá la sensación de presenciar el desastre hasta el fin. Aparece la carta del Patriarca que se queda solo con sus perros. En 1986 la atmósfera será de fin y de comienzo. Se generaliza profundamente el sentimiento de que vendrá el cambio. Será un año de desesperanza y oscuridad. En medio de las tinieblas muchos llegan a las certezas de que en ellos también habita un tirano. ¿Cómo desarticularlo? Entonces nace la esperanza.

A la mañana siguiente, Tomás caminó hasta la Gran Avenida y en una paquetería fotocopió tres veces el fanzine de Clemente. Compró destacadores flúor (verde, naranja). En la farmacia de al lado, un gel New Wave de Wella, además de un nuevo producto tipo que era un champú y un jabón (Hair and Body) que tenía un comercial sexy en la tele.

Tomás estaba tomando una decisión.

El Trolley, Matucana 19, la Casa Constitución 80: los lugares que citaba Clemente.

Año Nuevo, vida nueva.

¿Habría fiestas ahí para recibir el 86?

¿Cómo poder enterarse?

Daba lo mismo: Tomás pasaría el cambio de año a solas o quizás en una fiesta a la que nunca se pudo imaginar asistir. La ciudad era grande, no todos eran militares ni parientes ni compañeros de curso ni fachos ni karatecas del Apumanque. En la botillería de don Erasmo compró una botella de champaña Valdivieso Brut y la guardó en su mochila.

Mañana saldría, al caer el sol, con otro look y con otra forma de enfrentar la vida.

Clemente teclea en una máquina de escribir eléctrica IBM Selectric II color naranja. Al lado tiene dos frascos de Liquid Paper. Deja de teclear. Mira y mira el papel. Hace calor, suda. La ciudad parece vacía. Desde Salvador escucha la molesta música de un organillero. Clemente

le saca punta al lápiz. Le saca otra punta a otro lápiz. Le gustaría tener uno de esos sacapuntas con manilla o de esos eléctricos. Con cuidado les saca punta a todos sus lápices Staedler HB 2, negros. Enrola el tabaco y abre la puerta que da al pequeño balcón. Fuma un cigarrillo recién liado. Le gusta el olor dulce del tabaco mezclado con su aroma natural, crudo, pasado. Entra y toma un sorbo de una botella de aguardiente Quinta Normal. El mate está frío, amargo como le gusta, sin agua para una última chupada.

Lee lo que ha escrito.

Saca la hoja y la arruga y la transforma en una bola.

La lanza al basurero.

Viste una bata de toalla azul, shorts New Balance de algodón gris y unas chalas condorito verdes.

Clemente se levanta y camina hacia la cocina.

Prende el gas, coloca la tetera.

En el mesón hay un quesillo largo, algo seco, rodeado de suero. Le gusta freírlo con mantequilla y que quede latigudo. Abre el refrigerador, pero nada le atrae. Hay puré de manzana con damasco, duraznos peludos y maduros, jarras de vichyssoise de puerro, apio picado con muchos rábanos. Crema de choclo con albahaca. Pie de jalea-de-sandía con masa de harina tostada. Dulce de membrillo. Sopa fría de zanahoria y calabaza con semillas de sésamo. Humitas, ensalada de porotos granados, tomates limachinos, paltas chilenas molidas y pasadas por cedazo con el cuesco al medio para que no se coloque negra. Delicias turcas de naranja con azúcar flor, ceviche de cochayuyo con algas, charquicán con avellanas del sur. Lentejas con almendras molidas.

En Montevideo, Clemente estaba acostumbrado a vivir en una burbuja donde todos hablaban inglés y usaban uniformes lindos. En Santiago, recuerda cuando con su abuela entraron a una carnicería del barrio Italia y vio cosas que nunca había visto: cabezas cortadas de cerdos colgando, criadillas, guatitas, patitas de chancho con pelos, tripas, sangre en los mesones, moscas. Había retornado el día anterior de Uruguay: su padre dejó el mundo de los organismos internacionales para apostar por la revolución a la chilena. Tenía casi siete años. Todo este espectáculo lo hizo vomitar. Desde ese día había optado por ser vegetariano o, al menos, no comer nada con sangre, nada de animales. La sangre fresca, los animales tirados y trozados, le traían malos recuerdos de la ciudad. Luego, unos años después, el asco de ese local se le confundiría con la sangre en las esquinas y en el río, esa carnicería al aire libre de septiembre, todos esos cuerpos masculinos amontonados en carretones impulsados por caballos, los cadáveres desnudos dejados en esquinas entre la niebla, esa mujer tajeada flotando en el Mapocho a la altura del puente del Arzobispo.

Nada de eso lo olvidaba.
Sabe lo que vio.
Recuerda los comentarios celebratorios de su abuela Leticia.
Pero eso fue antes, antes de que partieran a Birmingham.
Cuando regresó, ya no comía carne. Era complicado. A todos les parecía curioso. En la Fuente Alemana pedía un «queso fundido completo». En el Dominó, un «dinámico sin vienesa». Cuando le llegaban libras esterlinas, iba al recién inaugurado Japón, cerca de la Escuela, a comer sushi y sashimi en la barra. Le pedía a la Mirta que le hiciera fish and chips, sopa de choritos, merluza a la plancha.
Llena el mate, se toma un vaso de gazpacho al seco, sube a segundo piso y pone un disco.
Suena «The Perfect Kiss», de New Order.
Regresa al escritorio.
Hace calor, lanza sus shorts lejos.
Abre la ventana.
Vuelve a su escritorio.
Hojea la novela *Christine* de Stephen King.
Se saca la bata, la deja en el suelo.
Queda en boxers a cuadritos.
Se levanta, sigue sonando el álbum. Toma un lápiz e intenta batirlo, moverlo como si fuera una varita mágica o unos palillos de tambor. Solo lo hace con la mano derecha. El lápiz se mueve, atraviesa el aire, la mano y el brazo van tan rápido que parecen desaparecer hasta que el lápiz se quiebra, se parte en dos.
–¡Damn! –se dice Clemente sudando, recuperando su respiración, sin aliento. Se sienta y, más calmado, teclea, concentrado. Se detiene. Lee en silencio.
–Pico. Pésimo. Siútico. Aprende a escribir, hueón. Lengua es cambio. *Cambia*.
Respira.
Sorbe.
Fuma.
Muele un Ritalin y lo aspira con un billete de cinco libras.
Piensa.
Una nueva hoja de papel: comienza a teclear.
Vemos cómo las letras tipean sobre el papel: *Matucana 19/Cauce/C. Fabres, 86.*
Comienza a transpirar, el sudor corre por su espalda.
De una casa vecina escucha música bailable.
De pronto, estallan los fuegos artificiales desde el Hotel Sheraton, al otro lado del río.
Va al bar y se sirve Anís del Mono con hielo.
Ve los colores en el cielo entre los árboles.

Se baja los boxers.

Tomás salió a las siete de la tarde del 31 de diciembre de 1985. No había nadie en casa y se preocupó de cerrar bien. Estaban todos en la playa. Hacía calor en el metro y había poca gente. Andaba con una mochila. En el baño del Burger Inn de Ahumada se cambió la ropa y se puso gel. Caminó por el centro, viendo como la gente compraba pavos o jamones y fruta fresca de verano en el Mercado Central. Luego cruzó el río y siguió caminando/conejeando por Bellavista hasta llegar al Venezia, donde compró un sándwich de lengua-con-palta.

Llegó al funicular que estaba casi vacío excepto por unos turistas canadienses que criticaban el esmog. Arriba, en la cumbre, leyó un libro bajo la sombra. Después le pidió a la señora del quiosco (que estaba ahí en la terraza de la cumbre bajo la Virgen) que le pusiera su botella de Valdivieso Brut en el freezer junto a los helados Chamonix. Cuando ya era de noche, ella cerró su local y le pasó la botella. «¿No tiene a nadie usted? ¿Es huérfano? ¿Cómo va a pasar el Año Nuevo solo? Yo iré donde mi vecina».

Tomás fumó dos cigarrillos de hierba y miró todas las luces de la ciudad de Santiago que invadían lo largo y ancho del valle. Quedaba una lonja de cielo naranja y púrpura detrás de los cerros, hacia el poniente. Un avión despegó desde Pudahuel. Pensó en los lugares que quería conocer: más que ciudades, paisajes raros o países perdidos. Se visualizó en selvas y cataratas y en las islas de los mares del sur. En las montañas del Tíbet y en Polonia, Paraguay, Albania y Zanzíbar. Se vio en Creta y las Galápagos, en Estambul y Tulsa y en todo Arizona. Se imaginó recorriendo desiertos al anochecer y a la hora del calor. Y caminando por el norte de Finlandia, donde están los lapones y el sol que no se va nunca en la época de verano y se pueden ver las auroras boreales. El mundo estaba ahí y se enteraba de toda su redondez por las revistas, por los discos, por la tele, por las gloriosas películas que parecían condensarlo todo. La vida podía ser un viaje permanente: había formas de escapar.

Esta noche habían suspendido el toque de queda.

Tomás escuchó el especial de fin de año de la Eclipse.

A la medianoche, estallaron fuegos artificiales desde el Sheraton.

Descorchó la champaña y se la tomó entera. Ya no estaba tan helada, pero no estaba tibia. Luego, medio mareado, algo volado, sintiendo cosquillas en las extremidades, comenzó a descender hacia la ciudad a pie. Era mucho más de lo que esperaba y el cerro era en extremo oscuro y el camino angosto. A veces flotaba. Se sentía liviano. Tanta vegetación emanaba frío y humedad. Le daba miedo tropezar, rodar hacia abajo. Cuando llegó al plano, a Pío Nono, había ambiente de fiesta. Se escuchaban cumbias, había mucho borracho intoxicado

con esos terremotos con helado de piña y chorros de granadina. Tomás estaba transpirado: era una noche tibia, pero la caminata hizo que el gel se le comenzara a deshacer. Sentía su camiseta blanca (con la cara de Duchamp fumando) mojada en su espalda.

Siguió caminando, entre el parque con sus sombras y el centro silencioso, casi evacuado, hasta que llegó donde quería y necesitaba: a la fiesta 1986 de El Trolley. Antes pasó por la cárcel desde donde salía el ruido de presos bailando al son de rumbas. Las putas viejas de las casas de San Martín le tiraron besos: «Guachito lindo, blanquito, durito». En la entrada, dos chicas con vestidos de los años cincuenta del mismo color lo dejaron entrar. Le escribieron sus números de teléfono en la palma de la mano. «Llámanos o acaba pensando en nosotras; eso es bonito igual».

Nunca había entrado al célebre y mítico Trolley. Las puertas eran viejas y todo olía a grasa, a bencina, a madera, a llantas y a metal. El techo era inmenso porque antes guardaban ahí los trolleybuses. Ahora escondían a los chicos perdidos, a los que se alteraban con lo nuevo, los que eran devorados por la curiosidad.

Sonaba The Cars, The Human League, The Motels.

Tomás se sintió mareado.

Busco con su mirada a Clemente, pero no lo divisó.

Un chico con una camiseta sin mangas negra lo invitó a bailar. Tomás le dijo no. Una chica le habló de la movida de Madrid y le pasó una pastilla de menta que no sabía a menta. Un chico con bigote retro y terno a cuadritos le dijo: «Este año será decisivo, ojo; acuérdate, lindo». Tomás bailó a solas el tema «Always Something There To Remind Me» de Naked Eyes y luego se sentó a recuperar fuerzas en un sofá de felpa viejo. Se durmió (se fue a negro, se le apagó la tele) de inmediato.

Despertó con el sol que se colaba a través del alto techo del galpón.

Una mujer mayor, actriz, parece, que barría botellas de ron Silver le dijo: «Mejor te vas, toma agua, cabro».

Tomás salió a la angosta y decrépita calle San Martín y el sol le taladró los ojos. Buscó sus lentes oscuros, pero los tenía en la playa. Quería vomitar, quería dormir, quería desencajar su cabeza y partirla en trocitos. Pero daba igual: era un nuevo año, era 1986. Iba a ser universitario, moderno, wave, poeta incluso.

Era un nuevo chico y había pasado su primera fiesta lejos de su familia.

Clemente está aburrido, lateado, tumbado en el sofá, en su cuarto de cine, tocándose.

En el segundo piso, al lado de su dormitorio, está el «cuarto de cine», como lo llama la Rosa Zúñiga, a la que Clemente le dice que no

entre y que no es necesario limpiar. Pintado de oscuro, casi negro. Ahí tiene la tele Sony y el reproductor de VHS y su colección de videos. El equipo de música está sobre una mesa baja, al lado del baño grande, por lo que los dos parlantes se conectan directamente por cables instalados arriba del botiquín. El baño tiene un trozo de neón celeste en forma de ampolleta que mandó a fabricar en un local de la calle Lira al llegar a Coquimbo. Logró convencerlos y les dibujó el concepto. Debía ser del tamaño de un vaso grande. Un día el dueño lo llamó y le dijo: «Mira, cabro, rojo no puede ser; tenía verde, pero lo usamos todo. ¿Te sirve un trozo de neón azul que nos sobró de North Star? Te puedo hacer un precio, pero el transformador es lo caro, sí».

El baño entonces brilla azul, como en las películas y en los videos.

Clemente va a su pieza y se desnuda con calma, dejando toda su ropa colgada en sus dos racks con ruedas.

Pasa por el cuarto de cine y busca entre sus discos.

Escoge *No Sense of Sin.*

Lo pone en la tornamesa.

Regresa al baño y apaga el agua.

La tina se ve azul.

Enciende la pipa que se trajo de Birmingham y fuma sentado en el bidé.

Por los parlantes sale «The First Picture of You».

Baja a la cocina, donde el frío se nota, agarra una bolsa de sal de mar y sube la escalera desnudo entre las sombras. Ve la luz azul asomarse por la ventana. Tira un montón de sal dentro del agua. Luego, regresa a la pieza de al lado, da vuelta el disco y deja caer la aguja hacia el final.

Vuelve al baño y se mete, lentamente, a la tina.

Se hunde en el agua.

Suena «When You Look at Boys».

Canta, se sabe la letra, tiene el mismo acento que Peter Coyle, y se vuelve a hundir en la humeante agua azul.

Tomás amaba la playa, todos esos perros, el viento, el mar bravo y gélido en el que es imposible bañarse, incluso en verano. Le gustaba huir a San Carlos, la parte desangelada de Las Cruces. Arrancarse como en una aventura literaria a la casa de dos pisos de su abuela Berta. Ir a solas, hacer sus cosas. O ir con su abuela y su mamá, los tres. Berta pasaba mucho tiempo en Santiago y su madre pasaba mucho rato en la costa con ella. Al padre no le interesaba nada: ni ellos, ni la playa (aunque a veces iba para salir a caminar o dedicarse a escuchar la radio con sus audífonos), ni menos Tomás. Lo dejaba ser. Lo miraba como si hubiera sido el hijo de un vecino que perdió sus llaves y tuvo que quedarse esperando a que sus padres llegaran. Lo

miraba como si no lo conociera y, sobre todo, como si no le interesara. Lo que era de alguna manera cierto: él no quiso tenerlo, fue un accidente, ideas de su madre. Como un perro: si tú lo quieres, tú lo cuidas.

Madre e hijo se arrancaban al litoral central y armaban un grupo aparte con la abuela dejando «a los hombres en la ciudad». Jugaban dominó, bachillerato, canasta, *Metrópoli*, veían tele y leían revistas. Tomás las acompañaba a la peluquería de Llolleo donde se dedicaba a leer todas las revistas y a mirar ropa usada en San Antonio. A veces iban todos, su hermano Aníbal incluso, y hasta su amigo Leo, que era puro músculo y que le apretaba a Tomás el cuello hasta dejarlo rojo y le decía: «¿Crees que no sé lo que te gusta, hueón?».

Las Navidades («no digan Pascua») casi siempre se celebraban ahí, en la playa, donde supuestamente fabrican los chocolates Costa, como escribía Papelucho en su diario. La casa de la abuela quedaba en esa urbanización con nombres de calles de países centroamericanos, más allá y al norte de la playa larga de Cartagena, de la misteriosa casa de Vicente Huidobro, pasado San Sebastián. El 85 se celebró la Navidad en El Llano como si nada hubiera pasado, como si no se notaran las fisuras culturales que los iban a separar para siempre. Pero el hecho de que Tomás no fuera a San Carlos para la cena del 31 les pareció mal y y curioso a todos, excepto al padre que comentó: «Así hay más camarones para todos». Aun así, no discutieron el tema porque ellos eran así: los temas importantes se tragaban.

Tomás regresó de la fiesta de El Trolley de día a su casa y el hecho de que no hubiera nadie lo hizo sentir aún más libre. Durmió desnudo, en el living, con las puertas de vidrio que daban al patio abiertas. Durmió todo el 1 de enero. Antes de que se hiciera de noche, despertó con unas ganas ansiosas de tomarse un litro y medio de Canada Dry y mascar la cubierta de chocolate de un Danky Nogatongamegalosomanjarchafafrinilofo: «No es fácil pedirlo, pero vale la pena». El 2 de enero partió en bus rumbo a la playa. Allá almorzaron en el patio, bajo la carpa. Tomás les contó que había ido a una fiesta en un sitio lleno de trolleys. No les dijo que pasó las doce en la cumbre del cerro. Comieron palmeras salpicadas de azúcar y arena, cuchiflíes de Melipilla, tortilla de rescoldo, huevos duros con sal. Todos se prepararon para regresar el día 3. Tomás le preguntó a su abuela si podía quedarse solo en la casa pues necesitaba leer. Les dijo: «Debo leer toda la obra de Octavio Paz y de Carlos Fuentes. Nos hacen un examen en marzo». Esto no era cierto y tampoco sabía si había quedado en Letras, pero Tomás lo sentía en su estómago: las cosas comenzaban a soplar a su favor.

Tres días después, la señora Matilde de una casa más allá, bordeando el mar, y que tenía un almacén en su garaje, le golpeó la

puerta. Le avisó que lo estaban llamando de Santiago. Corrió a pie pelado por la calle de arena caliente. Era su madre.

–¿Estás preparado? Tengo novedades, hijo mío. Buenas nuevas.

–Tell me.

–Quedamos. Quedaste en la Pontificia Universidad Católica. Letras. En el puesto siete. Toda la familia va a quedar verde de envidia.

–¡Bien! –gritó Tomás y le pidió un néctar Watt's de durazno a la señora Matilde que escuchaba atenta.

Luego su madre le dijo: –Tienes que ir a inscribirte y conseguir el pase escolar, hijo mío, te conviene.

Tomás pensó que le iba a tocar recibir la agenda de cuero de la UC y podría lucirla en el metro.

–Me van a dar mi agenda, Amanda.

–Debes lucirla, amor, que te la vean y sepan que no eres como ellos.

Su madre pronunciaba demasiado la N y con ciertas palabras destacaba la S final, algo considerado «como de profesora normalista». *Principiantes, convidados, tablas, disfraces, feriados, espárragos*. Todo eso le daba a Tomás pudor, vergüenza ajena, le molestaba, incluso. Ese afán de pretender, simular, procurar ser más. Con unos pisco sours, Amanda se volvía pretenciosa, como si nada malo ocurriera y todo fuera un capítulo de *Dinastía*.

A Tomás le molestaba que hablara exageradamente, que abusara de ciertas palabras, que adquiriera el tono de voz de la masa femenina-facha-dictatorial-ochentera que, como en un coro, salía de los centros de madres e intentaba copiar el tonillo de las mujeres de los milicos. Su abuela amaba todo lo castrense. Insistía en que «por fin tenían el poder, pero seguían siendo miradas en menos». Su madre pronunciaba como los ricos de la tele. Una fusión de Pilar Cox y la actriz Ana María Palma (tan odiada en *La madrastra*).

–Te ves regio, lindo.

También le gustaba usar palabras relamidas o importadas que aún no habían ingresado al léxico y que, en otros sectores, hubieran sido tildadas de siúticas: *muestra de cariño*, *malestar*, *vehículo*, *pernoctar, virar*; *en composé*; *bungalow; comentario mal intencionado* y *tensa calma*.

Tomás colgó, firmó el vale del almacén y se fue caminando hasta Las Cruces donde se metió al mar y flotó hasta que el sol se puso todo naranja y rojo. Ya era oficial: era universitario, entraba en marzo a Letras. Iba a estudiar la literatura del mundo. Ya estaba inscrito y todo. Cuando volvió a Santiago y fue a la Casa Central a hacer sus trámites, preguntó si había talleres creativos como en su colegio. No, le respondieron; esta no es una carrera creativa.

Clemente reposa en un sofá largo, de felpa color verde botella, que

está en medio de la sala como si fuera una nave. El living en el primer piso da a un gran ventanal y luego a un jardín minúsculo que no tiene luz porque mira hacia el sur. Es la parte más fresca de la casa, pero un freezer en invierno. La hiedra cubre el alto muro de ladrillo. El sofá está cubierto con una sábana celeste. Duerme ahí, durmió ahí, lleva días instalado ahí. Empapado de sudor, ola de calor capitalina. Clemente anda con lentes, lee *Brideshead Revisited* de Evelyn Waugh, pero no se concentra. Ha visto la serie de la BBC que le envió Derek Ashmore, el cónsul del Reino Unido. Eran varios VHS en una caja. El consulado y la embajada lo cuidan. Tiene claro que es un ciudadano inglés. Piensa: soy británico. Un súbdito de la monarquía. Se siente un poco más seguro: dos nacionalidades, dos identidades. Lado A, lado B.

Anda con el pelo sin lavar, desordenado, grasa y restos de gel. No se ha afeitado en diez días, aunque no tiene mucha barba, le sale poca, pero se ve (y huele) rancio. Le da lata bañarse. Odia el verano, no tener una rutina a la cual enfrentarse. Anda con unos pantalones sueltos japoneses como los que usa Katashi de la Torre y una polera sin mangas que jamás usaría en público.

¿No ha salido a la calle?

Poco, hace días, al almacén.

Enclaustrado, autoconfinado.

Ha ido al quiosco de la calle Seminario, al Almac, a la panadería, a la paquetería Los Nietos. En el muro de su escritorio hay un afiche pegado con scotch de un boxeador de la fotógrafa Paz Errázuriz robado de la galería de Carmen Waugh. Al lado de un cuadro pequeño de su tía Enriqueta Petit llamado *Techos de Calbuco* que puede valer mucho y el cual piensa llevarse a Birmingham. Le gusta su óleo, tipo cómic, de Pablo Barrenechea, porque aparece un chico con peinado wave, camisa abierta floreada verde con rosado, sacando su lengua roja teñida por unos jugos en polvo. A su lado, en el suelo, una grabadora y un micrófono con cable que sale de la Panasonic RQ-2309 VTG 1.

Busca una revista entre muchas que están en el suelo, al lado de una bolsa de papas fritas.

Toma la *Apsi* y busca la nota de Claudia Donoso que había leído anoche fumando.

Deja la novela en el parqué.

Lee la crónica en voz alta, sin preocuparse de que alguien escuche su acento.

Se graba.

A veces desea hablar sin preocuparse de alcanzar los tonos y la cadencia y los subrayados de la tonada local.

Detiene la grabadora.

A veces el castellano podía ser simple y noble.

Pero no: Ricardo Manzur Chautt, alias Chucre Manzur o Chucrut, el profe de redacción, el MIR encubierto, el experto en Saussure y todos los pensadores del lenguaje en lingüística, premiaba a los que armaban sus torpedos luego de revisar el puto diccionario amarillo de sinónimos y antónimos. *Dice, sostiene, declara, manifiesta, señala, advierte, opina, expone, explica, afirma, asegura, enumera, propone, asevera.* ¿Qué ministro o político es capaz de *aseverar*?

Toma una libreta Torre.

Vuelve a leer la crónica «Ni militares ni militantes: nuevo pop chileno» de *Apsi* en voz alta y graba. Stop. Detiene la grabadora.

Clemente se levanta y va hacia la ventana. Con su pulgar se saca la grasa de la nariz y marca su huella digital en el vidrio que luego limpiará Mirta o quizás no.

Enciende la grabadora y escucha su voz.

Comienza a tipear todo lo que va escuchando.

Tomás lee. Lee en el parque de la rotonda, sentado en un banco, frente a la entrada del estadio Luis Barros Borgoño. Escucha a los niños gritar, a adolescentes haciendo piruetas en skate, el ruido del agua salpicando en la piscina municipal, la brisa de los eucaliptus. Piensa en los camarines, en los trajes de baño, veranos eternos impregnados de cloro con su madre leyendo revistas y mostrándole los artistas. Anda con un polerón Champion azul que huele a Soft y unos shorts rojos. Sus piernas velludas están bronceadas. Usa calcetines cortos blancos y zapatillas Adidas Gazelle con rayas verdes compradas a cuotas.

Tomás lee la misma *Apsi* que Clemente.

Tomás lee la crónica de Claudia Donoso acerca de los Pinochet Boys.

Tomás abre su mochila y extrae una grabadora de periodista con esos microcasetes que pidió para la Navidad pasada.

–Patotas de amigos –repite antes de reírse–. Patota. Amigos. Círculos.

Comienza a grabarse leyendo la crónica: ... tribus de pelos pintados (mohicanos de noche, juniors de bancos en el día), madonas sanmiguelinas y madonas de colegios particulares vestidas con abrigos de los depósitos de la ropa/americana...

Tomás se saca el buzo y se queda sin camisa. Siente el sol en su espalda y bíceps. Tiene músculos, hizo bien jugar vóley en el colegio, fue bueno entrenar, se siente fuerte, admirado. Aprieta el botón rojo.

Ropa usada. Apuntes para una novela futura. O cuentos como canciones. O al revés, también. Cuentos pop, cortos, simples. Mi

vida como novela, como aventura. ¿¿Chico conoce chico?? Chico conoce mundo!!!!! Cuentos como canciones + canciones arman novela-álbum /// Se vestían como si los estuvieran filmando... *Iban al cine. Iban mucho al cine. Se prestaban videos. Recortaban todas las revistas...* Repensar lo que sentí + pensé en la obra *Techo/estrellas.*

Tomás aprieta stop y guarda la grabadora.

Sentía cosas por un delgado y frágil actor de nombre Gianluca Solís que no aparecía en la tele. En cambio, hacía danza, performances, monólogos y obras raras que montaba en lugares inesperados. Tomás lo vio la semana pasada en el teatro del Chileno-Norteamericano en una obra acerca de dos amigos. Martín Portales era el otro actor (más peludo, más claro, más lindo, más belleza clásica), pero toda la energía la expelía Gianluca.

La obra es de dos amigos que pasan la noche en el techo de una casa en un lugar del norte durante una ola de calor. La única acción es que miran las estrellas y conversan de forma muy íntima, tal como Tomás quería hablar con algún chico alguna vez. Gianluca hacía de Ariel y Martín interpretaba a Ivo. Hablaban del cometa Halley, del futuro, de la represión y la censura, de sus afectos. Uno tiene novia. La obra es de dos amigos del liceo y uno va a alojar a la casa del otro y no pueden dormir por el calor. Ambos quieren decirse lo que sienten por el otro, pero los padres están en la casa.

Los dos actores hacían de estudiantes de tercero medio, pero era teatro y a veces la luz era azul y a veces de un violeta intenso. El techo estaba en pendiente, como en cuarenta y cinco grados. Parte de la gracia era que los actores no se cayeran y que miraran desde el techo, que fue diseñado para que, frente a la pequeña sala, los actores observaran el cielo imaginario que estaba supuestamente detrás o arriba del público. Tomás estaba solo, en la segunda fila, y los actores en calzoncillos (ambos blancos, los dos con intensos caminos a la felicidad que desaparecen bajo la tela) debían sujetarse con la fuerza de sus pies y pantorrillas. En un momento sonó de una radio a pilas el tema «Pleasantly Surprised» de The Soup Dragons. Ariel e Ivo lo bailan muy punk y luego se toman la mano y fuman marihuana. Se sentía el olor de la marihuana en la pequeña sala. Ambos, se notaba, estaban duros. Casi se besan, pero no lo hacen.

Tomás lloró en esa parte.

Vio el afiche unos días antes en la cafetería del Norteamericano y lo robó. Ahora estaba en la puerta de su clóset, pero por dentro. El afiche era lindo: como un cómic, pero más real, dibujado por Karto. Se veía la silueta de dos chicos en el techo de una casa A (como las de Guaylandia) y un cielo inmenso azul lleno de estrellas, cometas, planetas. Escrita y dirigida por Bernardo Riquelme, decía en letra

chica. ¿Quién era? ¿Dónde podía acceder al guion? Se arrepintió de no esperarlos en la puerta de la calle Moneda.

El estreno de la obra fue un día jueves, a las 19:00 horas.

Fue solo.

La obra se llamaba *Techo/estrellas*.

Dos días después, Tomás vio a Gianluca a la salida del metro UC al lado de los milicos que cuidan con sus metralletas el edificio Diego Portales. Quiso preguntarle por la obra, por el texto, quiso ser su amigo o conocerlo más, pero lo miró a los ojos, se puso rojo y chocó con un poste.

Siete tazas **Tomás se fija en el árbol** de Navidad del living: hay que desmontarlo, sacar todos sus brillos, luces y adornos. Ya es enero, pleno enero. Deberá hacerlo él, para variar. En la tele ve un reportaje de Alipio Vera. Domingo en la tarde, programación de verano: parque Siete Tazas. Molina al interior, explica. Río Claro. El salto La Leona. Parque Inglés. Aníbal y su padre regresarán pronto. ¿Cuándo? Se fueron a la playa. Hoy no cree. ¿Qué día es? Es verano. Le gustan los veranos: siempre parece sábado. Los dos volverán a Santiago el lunes, martes. Algo así. No tolera estar con ellos dos. Cuando en su casa solo hay hombres se siente desprotegido.

El padre de Tomás tiene algo de nerd, palabra de moda, nueva, un neologismo. Es un ganso, un pánfilo, uno de esos hombres que nunca se sacan la camisa ni menos se pasean en calzoncillos por la casa. «Se quedó en la edad del pavo el muy huevón», pelaba su abuela a su yerno. «Se cree mejor que nosotros. Como si no supiéramos quién es su parentela».

Juan Mena Salas es geólogo de la Chile, hijo de empleados públicos. Su padre fue un funcionario del Banco del Estado (jubiló como jefe de la sucursal de La Ligua), su madre era parte del Ropero del Pueblo y trabajó para el gabinete de Graciela Letelier de Ibáñez. La familia del papá de Tomás fue radical cuando los radicales eran radicales. Su abuelo fue de los que elevaron al poder a don Pedro Aguirre y a Juan Antonio Ríos. La crítica de los otros hacia los Mena es que, justo cuando González Videla prohibió al PC, ellos mismos dejaron de ser radicales, dejaron de ir a los clubes donde se comía tan bien y, de manera calculada, se acercaron al Partido Nacional y se volvieron alessandristas para luego celebrar, como casi todo el barrio,

el golpe del 73. Sus padres murieron mucho antes en un choque con un Andes Mar Bus rumbo a Papudo el año 1962 durante la época del mundial. Juan Mena se sentía inferior, intercambiable, no se hallaba en su cuerpo. Se vestía como si estuviera apurado por jubilar. No parecía tener cuarenta años. Nunca sonreía del todo y esquivaba la mirada cada vez que podía. Era un tipo que se hizo a sí mismo, pero no se completó. Le faltaron esos últimos detalles para poder sobresalir del resto. Juan Mena no quería destacar.

«Baja el volumen», decía. «Cambia esa estupidez», insistía cuando estaban frente al televisor.

No creía en la modernidad y sospechaba de todo lo ligado a lo artístico. Para los Festivales de Viña, se iba a caminar o a dormir o a jugar partidas de ajedrez a solas. Juan Mena no tenía empatía, no le interesaba para nada el mundo exterior. Creía en la mano dura, no toleraba la falta de respeto o aquellos que lo quieren todo y lo quieren ya. Le atraía lo simple, pero acaso era el más complejo y oscuro y silencioso de todos los integrantes de la familia. En otro escenario de sitcom, Tomás ha pensado, su padre odiaría a Aníbal, su hermano, que es un deportista natural, posee seguridad de sobra y es capaz de atraer a las mujeres que van a una heladería cercana. Le gusta ducharse largo, colocarse esas poleras con cuello y ahogarse en Brut. El padre tiene claro que su hijo mayor es poca cosa.

A veces le decía a su esposa: «Aníbal es un básico, un perdedor, un desastre».

«Al menos no es de izquierda», le comentó una vez. «Tomás hasta salió más blanco. Me pregunto de quién será».

Pero Tomás era suyo: los mismos ojos verdes, la misma frente. Tenía todo para ser su favorito, pero no lo era. Jamás lo sería. Cómo podría serlo. Es cierto: padre e hijo tienen cosas en común: una cierta tranquilidad, el gusto por leer. Actualmente, el padre lee, subraya y anota *El shock del futuro* de Alvin Toffler, que está ya algo pasado de moda pues apareció en el mercado el año 1970. Pero Juan Mena se sentía un intelectual: compró la *Enciclopedia Salvat*, lee *La Tercera* los domingos, le gustan los libros de Simenon. Se esfuerza por no usar el espacio de los demás.

El padre sospecha del hijo. Hay dudas fundadas, no hablan con la verdad, hay espacios incómodos. Ambos desconfían del otro. El padre se agota, intenta ocultar la rabia, asco, irritabilidad que le produce Tomás. No lo entiende ni desea hacerlo. Desde muy pequeño cuando empezó a dibujar, con unos crayones hizo una casa al lado del mar con su madre y su abuela, los tres de la mano, en la arena. Más allá, su padre y Aníbal estaban en un bote en alta mar al lado de la aleta de un tiburón.

Juan sabe o cree saber quién es Tomás. Y no le gusta. Eso lo altera,

lo incomoda, lo paraliza. Es decepción, además, aunque eso no se lo permite sentir. El padre le tiene miedo a los deseos del hijo. Por eso no hablan. En cambio, Aníbal era celebrado por sus conquistas, por sudar, por dejarse llevar por la carne. Aníbal no necesitaba ser especial ni ir al Instituto Nacional para ser querido. Su atractivo era que se parecía al resto, que era capaz de ser uno más y no uno distinto que pudiera provocar burlas, cotilleo.

Haber quedado en Letras avergüenza a su padre, lo deja expuesto. «Capaz que te conviertas en un poeta o algo peor. Quizás ya lo eres».

Padre e hijo dejaron de conectar, se repelían. Desarrollaron una manera de no mirarse, de imaginar que no existían. Entrar a la universidad significaba, también, que los del colegio dejaran de mirarlo. Eso le gustaba a Tomás. El colegio pasaría a ser un pie de página, una línea del currículum. No un destino ni un puerto de llegada. Era el punto de partida desde donde se huía y escapaba.

Una vez, a los doce o trece, Aníbal le dijo: –El papá dice que cuando te duches te bajes el prepucio y te jabones. Sobre todo, después de gimnasia en el colegio.

Eso fue todo y, para Tomás, fue suficiente para entender: su padre le mandaba recados. No podía contar con él, pero tampoco era su némesis. Ese rol le venía mejor a Aníbal, que se creía un galán y no lo era. Su hermano se negaba a usar anteojos para no arruinar su look, por lo que usaba unos lentes de contacto carísimos. Tomás vivía con el diablo. Aníbal le enseñó desde temprano lo que era el bullying, aunque aún nadie usaba la palabra y todos sentían que, de alguna manera, el rol del hermano mayor era enderezar al menor. Tomás era la bolsa de arena que tenía Aníbal para practicar sus golpes, pero tanto entrenamiento también lo ayudó a ser más ágil, esquivar los combos y estar siempre alerta y preparado.

Su padre se preocupaba de ampliar las distancias. No mirar a los ojos, no tocarse, no besar, no alentarlo con «sus cosas de poeta». Juan cerraba todo con llave: su pieza (ahora que había separado habitación con su madre), su baño, su cariño.

¿Su padre quería a Tomás? ¿Era capaz de querer a alguien o incluso a sí mismo?

Lo innegable es que era ordenado, pulcro, trabajador, serio.

¿Lo quería? Creía que no. Era recíproco, en todo caso. Ambos se sentían incómodos con el otro.

El silencio iba en aumento. Su padre podía despreciar intelectualmente a Aníbal (qué hacía, a qué se dedicaba, a quién le cobraba arriendos, por qué a veces tenía dinero de sobra), pero lo hacía sonreír y le gustaba su presencia, lo pasaban bien vitoreando los logros del gobierno.

–La adolescencia es un invento de los publicistas –comentó una vez

Juan Mena durante un domingo familiar en la parrillada Los Buenos Aires de Paine de la Panamericana Sur–. Yo fui joven y siempre fui igual. Es una etapa, Tomás, nada más. No es una ideología. Pasé de pantalones cortos a largos. Nada de andar cometiendo locuras, esas son cosas de pijes. Nosotros somos clase media. Acusamos recibo. No se te ocurra ponernos en ridículo. No vamos a permitir que nos sintamos pasados a llevar. ¿Entendiste?

Tomás quería hacer locuras, equivocarse, tropezarse. Quería ser más que del medio y quería tener más clase, ir a clases, tener mucho estilo. Le parecía que ser del medio era conformarse con la mediocridad. Quería destacar.

–¡Por el mejor puntaje humanista del Instituto! –brindó su mamá entre las longanizas y las prietas–. Mira dónde nos vas a llevar, bello. Lo sabía, sí. Desde que mirabas el silabario. Espero mucho de ti y lo sabes. Hice todo lo correcto y eso me parece muy hermoso y me llena el alma.

Tomás se fijó en que Amanda, su madre, estaba con los ojos lagrimosos y que lo miró con amor, orgullo, hasta con un poco de deseo. Notó su sensación de que hizo algo bien, misión cumplida o, al menos, de que la primera etapa estaba lista.

–Eres el orgullo de la familia, amor –insistió frente a todos, frente a su padre que no lo miraba, frente a Aníbal que cortaba un pedazo de chuleta en la misma parrilla humeante que había en la mesa.

Tomás ahí lo supo: fue un error entrar a Letras.

¿Por qué no postuló primero a Periodismo o Historia?

Circula por el patio trasero de su casa. Camina debajo del parrón. Debe decidir si viajar solo antes de ser universitario. Mira las marcas de la poda a las dos higueras que su padre hizo durante la primavera. Su padre está regando en silencio. Nunca sale de la casa excepto para ir a trabajar. La última vez que lo hizo, recuerda, fueron a la casona del Club San Miguel donde lo único que dijo durante los veinte o treinta minutos que estuvieron ahí fue: «El hielo tiene sabor a refrigerador». No quiso tomar más de su néctar Nobis. Tomás le preguntó si conocía Siete Tazas, que era una maravilla, sostenían. Su padre le dijo que no y que tampoco le apetecía «lo precordillerano», que prefería las termas.

Su padre no era un ser social y lo más probable es que no se habría casado si no hubiera conocido en la micro a Amanda Burgos. Ambos trabajaban por el barrio Dieciocho. Jorge Alessandri aún era el presidente y todavía no demolían los viejos palacios art nouveau para dar paso a la Panamericana. Ella, que se bajaba más allá, más al sur, en el paradero 19, supo que el de Juan era el 3 de la Gran Avenida. Ella estudiaba Secretariado y trabajaba unas horas en un garaje por

San Isidro donde arreglaban Volvo, Lada y otros autos raros que estaban llegando. Ella lo vio varias veces almorzar a solas en el jardín del Palacio Cousiño. Leía. Le pareció confiable. Un día lo siguió y vio que ingresaba al viejo Instituto Geográfico Militar y después de esperarlo tres horas comiendo sustancias rosadas decidió jugar a la comedia romántica. Lo siguió casi cuatro cuadras por el parque Almagro hasta la calle San Diego. Ahí ambos subieron a una micro Ovalle Negrete. Juan, poco caballerosamente, se sentó en el único asiento que estaba vacío. Ella se puso a su lado y abrió a propósito su cartera, haciendo que todo su contenido cayera sobre él, incluyendo la novela *La tregua*. Amanda no quería trabajar ni menos ser una secretaria dactilógrafa. Ella quería otra cosa. Quería una familia, una casa y sueños posibles. No le importaba ser dueña de casa. Comenzaron a salir. A veces iban al centro con sus futuros suegros. Juan nunca la tocó más de lo necesario. No era amor, no era pasión, pero era una forma de crecer. Además, Amanda lo apoyó cuando sus padres chocaron camino a Papudo. Juan no tenía hermanos ni mucha parentela. Se casaron. Ella quería pasar de La Cisterna a El Llano Subercaseaux y tener una casa vieja propia con parrón. Lo logró. Juan quiso que ella no trabajara, criara a los niños y manejara lo doméstico. Él ganaba suficiente y, además, hacía alarde de su austeridad. Hasta la crisis del 82, tuvieron una nana puertas afuera, pero a medida que los niños crecieron fue necesitando menos ayuda. A veces se sentía sola, pero tenía a su madre y, por cierto, a Tomás: su verdadero compañero y aliado.

Algo pasó al salir del colegio, al lograr ese puntaje, al ingresar a la Católica. Lo sienten otro, lo miran con sospecha o, peor, como un corresponsal extranjero. Alguien que está ahí observando, tomando notas, despachando. No estar rodeado de su familia: no es que él no los quiera, no los quiere cerca *siempre*. Los quiere lejos. Necesita no depender. Menos ahora que empieza su primer acto como universitario. Estaban en el patio de atrás tomando jugo de sandía y comiendo sándwiches de pan de molde sin orilla con huevo molido. Tomás les dijo: –Debo viajar en febrero.

–¿A dónde?

–Me pidieron un capítulo de una novela. Mi primer libro. Estoy lleno de ideas.

Todo era mentira, pero sonaba a verdad.

–¿No vas a escribir de nosotros, ah? Nosotros solo te hemos consentido como el regalón que eres, Tomás –le dijo su abuela Berta algo alterada mientras desgranaba porotos.

–Tiene que ser en tercera persona plural. Debo tomar distancia y viajar a un lugar literario.

–¿A Valparaíso?

–A Siete Tazas. Organizaron un paseo de curso, una investigación en terreno: la poesía naturalista. El profesor es un poeta surrealista que cree en la importancia de vivir la naturaleza antes de escribirla y que fue parte del grupo Arica en los setenta.

–Qué gente esa. Ten cuidado. Puros artistas.

–Y de izquierda. Mi general debió despacharlos a todos –acotó Aníbal.

–Vamos a conectarnos con el espacio y con nosotros. La idea es que lleguemos a marzo como un equipo, como un grupo cohesionado. Y con una nueva forma de ver la vida.

–Ten cuidado, sí. No me tinca nada ese paseo –le comentó su abuela.

Todo esto era invento, salía de su imaginación. La Escuela de Letras no era un lugar creativo donde cada alumno debía escribir poemarios o cuentos semestrales y asistir a talleres donde debían adelantar sus primeros libros. Letras no era Arquitectura en la Universidad de Valparaíso. Tomás mitificaba la carrera ante su familia como un lugar donde «se iba a escribir, a crear, a explorar».

Se lo creyeron.

Su madre le comentó:

–Te vas a perder el Festival de Viña, Tomazo, va a estar atómico. Viene la Paloma San Basilio infiel y ese niño mexicano que se toca tanto el pelo... Luis Miguel.

Se estaban acostumbrando: Tomás ya era un intelectual y, por lo tanto, un excéntrico. Ya no le avisan ni lo invitan ni le informan cuando parten. Le dejan unas notas: estamos en la playa, descongela el pastel de choclo. Ya se sabe, ya lo sabe: Tomás ya no es *tan* de la familia. Ahora quiere quedarse solo o «tiene algo». Necesito leer, concentrarme, pensar, dice. Lo escuchan. Puede salirse con la suya. Su hermano mayor Aníbal ahora decidió estudiar Contabilidad en el vespertino, por ahí cerca. Tomás sabe que ser universitario es algo como una suerte de visa o pasaporte a otra vida mejor, ¿pero a dónde?

Están todos ellos en el litoral central, incluso el asesino tóxico-y-limitado de Aníbal. A Tomás ya no le afecta. Siente que lo ingresó a una procesadora de alimentos y ya no le duelen tanto sus ataques. Él sabe que es mejor. Cada día el odio y el desprecio de Aníbal hacia él le afectan menos. Ese escarnio, esa tortura ejercida por el que huele las debilidades del otro. Aníbal sabe sus secretos, sospecha, está siempre atento. Es dos años mayor, pero a veces parece que tiene treinta y a veces catorce. Es una mezcla muy chilena de celos desatados y un resentimiento feroz, además de un servilismo a toda prueba hacia los que considera que merecen su respeto. Ahora se junta con tipos de su exliceo, del barrio, además de sus nuevos amigos tontos del servicio de

inteligencia. Aníbal lo observa, se da cuenta; lo intimida.

¿Era eso? ¿O es odio?

Su hermano sabe que Tomás es un ser superior. Al menos, superior a él. Distinto, sí, pero por sobre todo mejor. La envidia de Aníbal agarra distintas formas e intensidades dependiendo del ánimo y la cantidad de drogas o alcohol que ha ingerido. Tomás sospecha que él anda en malos pasos. Esas cobranzas, esos amigos, esas fiestas.

¿Vendían, movían, tenían contactos?

¿Por qué nunca estudió nada?

¿Por qué lo sacaron del colegio?

¿Qué pasó con esa tal Mireya Gaete, la novia crespa de Cerrillos que tuvo?

¿Quién era exactamente su grasoso amigo Leo Sanhueza?

¿Por qué no lo dejaron ingresar a la Escuela Militar ni a la Aviación?

Aníbal era de las tinieblas, del toque de queda, un vampiro informante; por eso dormía todo el día, por eso iba a clases de taekwondo en el dojo en la calle Don Bosco. Tomás borró a Aníbal de su vida. Tal como inventó amigos imaginarios cuando necesitaba compañía y contención. Era capaz de cercenar de su vida a la gente que lo hería. No enganchaba, como se decía ahora. *Filo contigo.*

No lo pesques, le dijo una vez su madre. No le queda otra, agregó. Es *poca cosa*.

Sí, lo era. Pero era de esos capaces de hacer *cosas*.

El sol del mediodía es fuerte si estás quieto.

Tomás enciende la radio, se saca el pantalón del piyama corto, queda desnudo, se echa bloqueador. Bebe una Canada Dry con un poco de pisco y hielo molido. Ama tomar sol, quemarse, sentir la energía. Siente que le pusieron Tomás porque desea tomárselo todo. Es de esos que considera que el cuerpo es el depósito de su alma y no le da vergüenza porque él no lo hizo (lo creó Dios a su semejanza). Al revés: estar desnudo lo erotizaba y purificaba. Es cierto: había chicos feos y al verlos desnudos en el camarín eran más feos aún, pero quizás no, dependía. Cuando alguien le caía bien, siempre le parecía lindo. Tomás los encontraba a casi todos lindos, aunque no se lo dijera a nadie. Lo mismo le pasaba con las chicas lindas: había algunas a las que no quería ver sin ropa para no tener que mentirles o por miedo a no excitarse. Pero tampoco lo tenía tan claro: lo que sí sentía en su centro era que el cuerpo era un aliado, podía ser divertido. Le gustaba mirarlo. Se gustaba más ahora que de niño y le atraía que lo miraran. Para él la ropa no era para esconderlo, sino que para usarlo como un maniquí para crear looks originales. A Tomás lo mareaban las playas, los cerros, el campo, los bosques, los ríos, los lagos. No conocía la

nieve, pero ya subiría. Tampoco el desierto: quería quedarse ahí un buen tiempo escribiendo algún día. La meta a mediano plazo era San Pedro de Atacama porque no era un lugar turístico. Quería experimentar con drogas y caminar sin ropa por las dunas.

Tomás abre la silla de playa de lona. Revisa la gastada y tosca tela color Bilz desteñida por el sol. La observa, se queda mirándola, la toca. Desayunó esos cereales Nesquik y una leche-con-frutilla que se hizo en la batidora. Mira el vaso: al fondo se depositan como arena las pepitas negras de los fresones.

Se baja el short.

Dato extra: se comió ese trozo de queque-con-marihuana envuelto en papel alusa que se preparó con cacao en polvo Gourmet y nueces tostadas y mucha margarina Krona. Está tieso, mojado, alterado, inmerso, volado, horny. Recuerda el olor de ese bosque, de ese pasto, de esa playa secreta entre Las Cruces y El Quisco donde iba a bañarse solo. En una película gringa cómica que vio en el Cervantes dos tipos hacían queques con marihuana. Tomás se consiguió la receta en la biblioteca del Instituto Norteamericano. La vida real, lo cotidiano, no era su mundo, concluye. Prefería estar volado o, si no, fantaseando, subrayando, imaginando cosas.

Cuando Tomás sale a la calle lo que siente es que ingresa a otro país que no tiene nada que ver con la challa y el confeti de la tele. Ni con el glamur de las discos ni con las boutiques de la calle General Holley. Y menos con los sombreros ridículos y los abrigos de piel de la «vieja Lucía, la olla está vacía, vieja culiá, la olla está pelá». Quizás es cierto: si uno no salía de la casa, si uno no paraba de ver los estelares, la vida parecía tranquila.

Había dos mundos: el de la *Cosas* o la *Vanidades* (con sus recetas donde escribían melocotón en vez de durazno, fresones en vez frutilla, nata en vez de crema) y el que pasaba por debajo (lo que estaba oculto, pero que igual salía a flote por las alcantarillas).

Tomás pasó su enseñanza media leyendo la *Tú* y la *Coqueta* con todos esos chicos lindos sin camisa mostrando sus ombligos, todos esos ídolos teen, esos pop boys que fascinaban a su madre.

–Mira qué chico más guapo, Tomás. ¿No te gustaría ser como él cuando crezcas?

Su madre le enseñó a amar los supermercados. El Unimarc (al que en su casa todos le dicen aún Unicoop), el Almac, el Marmentini Letelier, Las Brisas, el Jumbo allá arriba donde todo parecía moderno.

La era moderna.

Tomás se acuerda de su madre mirando embelesada en la pantalla a color esos ballets de los estelares dirigidos por una australiana-con-acento y con esos chicos afeminados de rasgos nativos imitando los

shows de Broadway con esas calzas con las que se les nota todo.

–Tú podrías ser bailarín, Tomás. Lo harías estupendo. Leí que hay una academia por la plaza Brasil. ¿No te tincaría?

Recuerda cuando lo llevaron a la Fisa a ver las novedades del futuro: pelotas saltarinas, bolsas de M&M's, cajas de cigarrillos, el carro lunar del stand de USA, el pabellón pasado a incienso de la India con kilos de pañuelos. No hay que exprimir naranjas, Tomás, Zuko viene con su propio jarro con tapa de plástico. La mayonesa ya no se corta, sale de los frascos, por fin. Malloa dame kétchup. La leche ahora viene en caja, nada de bolsas que se derramaban. AFP Unión: unión para un futuro mejor.

¿Él ya estaba en el futuro?

Sí, los zapatos de hombre ya eran de colores y eran para taquillar («Pluma viene, Pluma va»), pero todo parecía en el fondo igual. Sus compañeros del Instituto (¿qué será de ellos?, ¿los verá de nuevo?) lucían sus North Star compradas en cuotas en Gala (ex-Sears) o Almacenes París cuando se juntaban para esas convivencias feroces en ropa de calle y hablaban de tele, fútbol y minas.

Desde el año pasado los terroristas cortaban la luz.

Tomás amaba los apagones, el ruido de las cacerolas de las protestas, los panfletos empapados entre las hojas secas y la lluvia. A veces sentía que su madre y su abuela estaban de su lado, que eran de su equipo, presidentas de su fan club. Ellas lo habían entrenado. Al escucharlas, sobre todo cuando cocinaban, Tomás sentía que había otro mundo posible que el de los patios de los colegios para hombres. Odiaba el rito de «la mocha en la plaza» donde siempre el más fuerte le sacaba la chucha al otro hasta humillarlo. Su madre y su abuela le habían trazado un mapa, pero más que nada le habían abierto puertas que a otros chicos no les dejaban abrir. Con ellas, entró en el mundo de las revistas y las novelas de Corín Tellado, las telenovelas brasileñas y los programas de la tarde. Los almuerzos en la tele con Marina de Navasal. *Cocinando con Laurita Amenábar*. Tomás absorbía todo: *La moda al día* con Beatriz Vicencio. *Estudio abierto* con la Coneja Serrano y sus botas altas y sus pañuelos de seda al cuello. Los tres esperaban en la tele el comentario de cine de María Romero cuando hablaba acerca de películas que no eran para orejitas chicas. Su abuela era adicta a los radioteatros y fan de las adaptaciones radiales de cintas para mayores a cargo de Elba Gatica en la radio Nuevo Mundo. Su madre era más pop, adicta a la revista *Paula*. Se sabía los nombres de los actores gringos de las comedias y todo lo que era tele, música, radio FM, el Festival de la OTI, Viña, la taquilla, la copucha, las series nocturnas con villanos millonarios, todo lo que daban en el cine, los videos, los malls, las tiendas, los comerciales y los créditos a plazos.

Los superpoderes de Tomás radican en saber en quiénes podía

confiar: intuición a toda hora, radar para detectar a iguales, detector de mentiras, colon alerta e infalible, olfato para detectar miedo o furia o desprecio, una alarma para escapar raudo y limpio cuando huele peligro.

Los días estaban contados, se estaba cerrando una época, un nuevo ciclo llegaba de la mano de la cola del cometa Halley.

Tomás era el protagonista de la serie a color que su madre y su abuela devoraban por las tardes. Era una estrella y le gustaban los aplausos, las miradas, los focos. Ellas preferían lo que llegaba de California. Sony aún no fabricaba *contenido* sino apenas tecnología, pero daba lo mismo. Querían saber qué iba a pasar con Tomás. Gracias a ellas, él se enteraba de actrices nuevas. Eran devotas de Michelle Pfeiffer: confiaron en ella desde el momento en que la vieron en esos comerciales de jabón Lux. Tomás sería un artista, un poeta, un chico distinto, mucho más sofisticado y complejo que todos aquellos primos lejanos. Necesita su espacio, su vida, sus metros cuadrados, sus propios discos y series. Amanda lo echa de menos.

¿Qué pasó?

Ella pensó alguna vez que, tal como sucedió con Aníbal, Tomás se alejaría de ella, como era natural quizás, a medida que se acercaba a los diez-once-doce años. Él no. Es más: quizás nunca fueron más comparsas, socios, amigos, que cuando comenzó a crecer y a interesarse en su propio mundo. El mundo pop desechable que todos despreciaban, partiendo por su marido que se negaba a ser parte de su insaciable ansia por todo lo mediático. Su madre se dio cuenta de inmediato: Tomás era su cómplice. Los dos tenían un universo en común.

Hasta hace poco.

–¿Te gustó *Flashdance,* amor?

–No me gustó nada, me pareció pésima, mamá, y no me digas amor. Tu marido debería ser tu amor –le dijo, seco.

Desde que comenzó a prepararse para la PAA, a volver más tarde o a leer más o colocarse esos audífonos, la distancia entre los dos se extendió como una placa tectónica. No todo se podía compartir. Algo le incomodaba. Necesitaba estar solo. No pasar tanto tiempo con su madre. Necesitaba amigas, quizás, pero no una mamá amiga. Su madre se aburría rodeada de los otros hombres de la casa, pero como dijo Neón por la Eclipse una noche: «Eso es problema de ellos, no de ustedes. Es tu vida, querido. Tienes solo una. A veces para avanzar, necesitas saber despedirte».

Tomás emprendió una odisea literaria para explorarse. Optó por Siete Tazas para no tener que mentir a la vuelta. Además, le parecía poético. Según leyó en el *Turistel* que había en su casa, Radal Siete

Tazas poseía un bosque inmenso, a los pies de las montañas, donde el río formaba siete tazas o lagunas y que era considerado un rincón mágico plagado de árboles nativos como roble, raulí, hualo, coigüe y avellano. Siete tazas fue creada en 1981 como Área de Protección Turística. Está ubicada en la comuna de Molina, Provincia de Curicó, a doscientos setenta y cinco kilómetros al sur de Santiago de Chile.

Viajó con una copia de *Cien años de soledad* y otra de *The Buenos Aires Affair*. El calor era polvoriento en el parque. Había poca gente y armó su carpa. Era la primera vez que veraneaba o viajaba solo, sin su familia. Calculó su presupuesto e intentó ahorrar lo más posible. Aprovechó el carné de la Secretaría Nacional de la Juventud para acceder a descuentos en los trenes y la entrada a Siete Tazas. Pensó en alojar en los Albergues Juveniles controlados por los chicos de ultraderecha de cada localidad, pero optó por ir en modo mochilero, a pesar de que nunca fue scout. Usó la carpa guardada en el garaje. Tomás tenía una cuenta de ahorros del Banco del Estado con algo de dinero que usaba para sus gastos de chico adolescente engrupido. Ahí depositaba el dinero de mesadas, regalos de cumpleaños y de sus trabajos pasados: envolviendo regalos, armando las canastas navideñas que una empresa textil le entregaba a sus trabajadores y vendiendo paltas de casa en casa por el barrio, que se las consignaba al por mayor un vecino de origen griego que tenía un puesto en la Vega Chica.

Se fue en tren, desde la Estación Central. Iba vestido con shorts claros y bototos con cordones rojos-con-verde. Se instaló al lado de la ventana. Le pareció curioso que al frente suyo se sentara un tipo mayor, de unos cuarenta o cincuenta años, considerando que el vagón estaba casi vacío. Vestía traje y llevaba un maletín. ¿Era viajero ambulante? El tipo usaba lentes y parecía tener calor, pero nunca se sacó el vestón. Tampoco leía. Lo que hacía era mirarlo fijo, tasarlo. Le miraba las piernas. Esto calentó a Tomás, lo erotizó de manera inesperada. Comenzó a jugar con los pelos de sus piernas. Cruzó una arriba de la otra. Se fijó que el visitador médico (¿eso era?) estaba casado, tenía una argolla. Se levantó para ir al baño, ahí se sacó los calzoncillos. Volvió y se sentó con las piernas abiertas. Estaba duro y se le notaba. El hombre no paraba de mirar el espacio entre su piel y la tela de sus shorts. Se miraron directamente a los ojos por unos segundos, pero el tipo se puso rojo y esquivó la mirada. Luego se levantó.

Al rato, el tren llegó a Curicó, donde tenía que bajarse.

No tenía apuro en llegar a Molina ni al parque Siete Tazas. Era mediodía y era verano, sobraba luz. No pudo evitar recorrer la ciudad vacía ese domingo de febrero. Caminó cuadras y cuadras por Curicó. Subió el cerro Condell y vio a un chico meditando con los ojos

cerrados entre la sombra de los árboles. En la plaza San Francisco había un grupo de chicos sin camisa haciendo piruetas en skate al son de una radio. Sonaba A-ha. Anotó todo lo que veía. Pasó por la fuente de soda Polo que le pareció muy moderna con una barra muy larga y unas butacas individuales redondas. Pidió un sándwich de lengua con extramayo y una leche con plátano que estaba heladísima. Caminó por Yungay (¿Yun-gay?) y entró a un caracol doble llamado Paseo, pero los locales estaban todos cerrados, lo que le dio pena. En el inmenso teatro Victoria miró los afiches de *Comando* y *Rambo II.* Eran tantos los estímulos que se sintió en una capital europea y deambular por estas calles nuevas lo llenó de una sensación épica. Deseaba compartir la aventura con alguien y tomarse una foto, pero no quiso posar para el señor de la plaza.

Estaba empezando a conquistar el mundo.

Luego de caminar por la Alameda llena de niños llegó a un parque de árboles frondosos. Comió dos empanadas de queso frente al inmenso velódromo de la Unión Ciclista Curicó (amó el logo y lo dibujó con sus lápices de carbón). Miró al equipo prepararse bajo el sol para la Vuelta Ciclística de Chile. Les miró las piernas afeitadas, los traseros perfectos y los bultos que se veían bajo las apretadas mallas de lycra azul. Incluso vio a Fernando Vera entrenar. Le pareció lindo. Le hubiera gustado tomarse una foto, pero en cambio abrió de nuevo su cuaderno de croquis y lo dibujó a su manera. No era una rendición perfecta ni realista de la figura del Lobo Solitario.

Del terminal de buses de Curicó tomó una liebre a Molina, desde donde hizo dedo a una familia con muchos niños manchados con sandía que le ofrecieron subirse en la parte de atrás de una pick-up. En Siete Tazas se dedicó a escribir poemas sobre su cuerpo desnudo en contacto con distintos elementos de la naturaleza. Se excitaba con los pastos altos, las ramas, las piedras calientes ardiendo bajo el sol, el viento seco pasando por entre sus piernas. Tomás cree que vio dos pudúes, una familia de colocolos, un halcón peregrino y varios cóndores.

Dos días después de estar totalmente solo (y haber sido picado por un bicho), Tomás conoció a la Pocha Ibáñez, que recorría la zona con sus amigas Javiera e Isidora. Andaban en un jeep Yagan color naranja intenso que fabricó Citroën en Chile durante un tiempo. El auto pertenecía al latero de Germán Roca, un empresario cejudo que importaba marshmallows y disfraces de Halloween a pesar de que nadie en Chile celebraba esa fiesta yanqui. Germán estaba obsesionado con la Pocha. Tomás, por un rato, también. Ella llevaba consigo una polaroid y le tomó una foto a Tomás leyendo sobre las rocas. De la mano de la Pocha Ibáñez Santa Cruz, Tomás ingresó al mundo de la UC, de Letras, del Campus Oriente. Ella tenía acceso a lo

wave, a lo alternativo, a lo high/abajista y a todo lo que era considerado raro o decadente o indigno por su familia y por el mundo que lo había rodeado hasta entonces.

–Conozco a todos los artistas que valen la pena, darling. Los que hacen arte y no política. Somos pocos, lo que, por un lado, es bueno. Vamos a ser muy cercanos, lo sé. Aférrate a mí.

En Siete Tazas, Tomás besó a la Pocha. Ella le devolvió el beso y le enseñó unos tips. La Pocha casi logró que perdiera su virginidad, pero entendió que no, que él era muy chico aún, que no tenía nada claro y que le excitaba más la idea de tener sexo y sentirse deseado que estar con ella. Pocha era experta en esos ciertos chicos que le contaban todo. Ella, además, se sintió profesora, lo que le pareció poco sensual. En la excursión también estaba el hermano menor de una de sus amigas. Un adolescente colorín de nombre Augusto que estaba por iniciar cuarto medio.

–¿Como Augusto D'Halmar? –le preguntó.

–Me cae mal ese hueón. Me caen mal los rugbistas en general.

Augusto Blanchard andaba con un telescopio que le regalaron para la Navidad, porque «mi cumpleaños es el día 26». Había cumplido dieciocho, le dijo. También le comentó que se le había quedado el desodorante y por eso pasaba dentro del agua en una de las siete tazas. Germán Roca se peleó con la Pocha y partió unos días a Santa Cruz a ver a unos primos que tenían un viñedo. Augusto les habló mucho del cometa Halley y todos quedaron de ir juntos al Elqui en abril. Tomás se bañaba en pelotas en el río y las chicas, que estudiaban Arte, le pidieron que posara para ellas. Él lo hizo. Se acordó cuando posaba para Camila Matus. Al principio se le paró, porque se sintió deseado, pero luego se le bajó cuando comprendió que para ellas era más un objeto. Una noche, bajo las estrellas de la cordillera, tomaron mucho y cuando la fogata se apagó terminó atracando con la Isa y la Javiera al mismo tiempo.

Tomás cree que Augusto Blanchard se pajeó entre unos arbustos mirando. Quiso acompañarlo, pero al poco rato las que comenzaron a agarrar fueron las chicas, por lo que no le quedó otra que masturbarse observando las estrellas, pensando en el vello púbico naranja de Augusto. Su orgasmo fue tan intenso que se mareó y se metió al agua, en medio de la oscuridad, donde ya estaba Augusto desnudo. Casi le dijo «estaba pensando en ti». Augusto le habló de su polola que estaba con su familia en Bahía Inglesa.

–Quiero mear –le dijo Augusto–. ¿Puedo?

Ambos mearon en el agua y luego sobre cada uno, sin decirse nada, sin permiso ni excusas. Tomás se sorprendió de lo tibio e íntimo del acto.

–Algún día tendré un telescopio –le dijo Tomás–. Los poetas

chilenos miran mucho hacia abajo y poco hacia arriba.

–Demás.

Esa noche, frente a una fogata, Tomás les contó a las chicas que le había ido muy bien en la PAA. Lo bueno de ser un institutano, dijo, es que salimos bien preparados, aunque no me interesa ser presidente de la república.

–Lo más probable es que sea poeta o profesor o crítico de cine o guionista o director. Tomé una clase de cine en mi colegio.

–¿Qué edad tienes? –le preguntó la Pocha.

–Cumplí dieciocho en septiembre, soy virgo. Perdí un año porque lloraba y no quería ir al jardín Cuncuna.

–Eres un pendejo.

–No creas –le respondió, aunque tenía claro que sí lo era.

Otaku **Antes de tocar el timbre** del departamento de Katashi de la Torre, Clemente decide subir la escalera espiral del oscuro y angosto edificio. Cuando una anciana elegante salió de las puertas ovaladas del edificio rosado con una bolsa estampada con un dibujo de Miró, Clemente aprovechó para entrar. No tuvo que tocar el citófono. Quiere ver la gárgola del último piso de cerca. Le da miedo subir en el oxidado ascensor de reja Schindler, porque cruje y le parece demasiado viejo. ¿Y si se queda atrapado? ¿Si se viene abajo? Debe subir unos pisos (seis) hasta llegar a la azotea.

Ahí está la gárgola rosada como una pantera esperando saltar a la calle.

El edificio debe haber sido lindo, extraño, envidiable.

Es, sin duda, curioso y literario, concluye.

Si pudiera ver algo escribiría en su crónica que «el inmueble gótico es distinguido, tiene onda y transpira estilo». Necesita una linterna, pero anda sin una. No ve casi nada. Jamás pensó que venir a entrevistar a Katashi, el líder, vocalista y alma de Hentai, su grupo pop local favorito, la única banda nativa cosmopolita y «con mundo», se volvería una aventura.

Le llegó una nota de Katashi a su casilla del Correo Central.

Estaría dispuesto a hablar.

No con la *Clip* o la *Super Rock*. Menos con *La Bicicleta.*

Si te interesa lo que hago, feliz. Me gusta tu demencia.

Llama y coordinamos.

K.

Aceptó, claro. Era fan y era una exclusiva. *ropa/americana* al final de cuentas existía. Hentai entiende: era mejor llegar a pocos bien que a muchos mal.

Clemente nunca fue scout, nunca ha estado preparado para nada, cree. No tiene, en efecto, una linterna ni menos una navaja ni una cantimplora. Pero sí lleva siempre una libreta. Está a oscuras. ¿No cobran gastos comunes en el edificio diseñado por Kulczewski o el abandono es superior a pagar las cuentas?

Decrépito. Eso: más que decadente, palabra que puede atraer a algunos chicos abajistas que leen su fanzine en los barrios acomodados hacia el oriente, el edificio de Merced 84 está sin dudas decrépito. En franco estado de abandono. Desangelado. Triste, da nervios, cosas, julepe, quizás, un poco de miedo. Pero es urbano, es metropolitano, es wicked (tanto mejor que insistir en que las cosas son cool, tan obsesionados con todo lo gringo que son los locales). Es art decó, anterior a la Segunda Guerra, estilizado y arbitrario.

Debe escribir de este mundo que alguna vez fue privilegiado y tamizado con un cierto garbo, piensa, porque sabe que no todos sus lectores son chicos bilingües o viajados o de los ocho colegios caros o hijos de diplomáticos como Katashi, que habita el espacioso y cavernario departamento del piso tres y con el que habló por teléfono: «Ven y, si hay onda, hasta podemos hacer una sesión de fotos, pero no las típicas».

Clemente ha ido entendiendo a su público, el ansia que tiene, sus necesidades vitales, su lujuria consumista por todo lo cultural: discos, canciones, libros que no llegan, ropa distinta, revistas inglesas, películas que ningún distribuidor estrena, los VHS de cintas independientes, que logran destilar el mundo e infiltrarlo en esta isla carcelaria, rodeada por el mar y por una cordillera infranqueable de la cual –cree– es casi imposible escapar. La mayoría de las cartas dirigidas a *ropa/americana* que le llegan a la casilla de correo son de los suburbios, de chicos que iban a liceos, lectores ávidos de la provincia cercana, de ciudades medianas y pueblos rurales que rozan lo metropolitano: Talagante, Peñaflor, Buin. Sus lectores son de lugares donde no pasa nada y de pueblos chicos donde todo se sabe. Por ejemplo, un cierto chico de nombre «Camilo Manga» de Talagante comenzó a mandarle fotos de su pene erecto al lado del fanzine. El pene de Camilo era más largo. A veces había semen en la tapa. Eran fotos en blanco y negro reveladas por él. «Estudio algo artístico en Santiago, pero lo duro es volver, volver acá a Talagante. No hay escape».

Eran ellos sus lectores: intensos, raros, dañados, liminales. Accedían a copias de copias del fanzine y devoraban cada línea; idolatraban la capital o, al menos, las partes donde «pasaban cosas». Le escribían

pidiéndole más información sobre Santiago poniente o el barrio Yungay, el centro, plaza Italia y Bellavista, Providencia, como si fueran el SoHo o Chelsea o el East Village o Le Marais o San Telmo o la misma colonia Roma del DF con sus vampiros putos. En el fanzine de fines del 84, Clemente transcribió un trozo (sin permiso, como se estilaba) de una novela mexicana que lo conquistó por la colorida y moderna portada: *El vampiro de la colonia Roma* de Luis Zapata. Estaba dedicada por su autor. *A Gerardo, mi peluche chileno. Por esas noches. Acuérdate de Acapulco y de Cuernavaca. Luis /*DF *1981*. Clemente encontró la novela en una librería de segunda mano llamada Castro, ubicada cerca de la plaza Manuel Rodríguez, en la angosta calle Teresa Clark. Estos barrios y zonas de la capital, en todo caso, quizás no tenían la onda de esos otros lugares, pero por escrito definitivamente podían mitificarse. Era posible narrarlos para que quedaran mejor de lo que eran. Era posible teñir y gentrificar esos sectores con la pintura de la ficción. O, al menos, con el color de la crónica.

Clemente entiende que Santiago debe quedar mejor de lo que es.

Le parecía necesario que, por momentos, fuese misteriosa, más laberíntica, secreta. Era su deber mitificar, agregarle glamur a la capital, transformarla en lo que algún día podría ser y no mostrarla como el engendro aldeano y militarizado que en efecto era.

Sigue. Sube la escalera con cuidado.

¿Por qué no hay luces?

¿O acaso son demasiado antiguas y funcionaban a gas o con otro voltaje? El edificio entero está impregnado de un aroma que no puede precisar. No es azufre ni ajo ni comida casera. No es solamente eso. Alguien, en efecto, había hervido coliflor. El casco de la escalera huele a mármol frío, a metal oxidado, a tierra seca, a remedios vencidos, a gelatina de limón y prótesis dentales. Clemente sube. Piso seis, siete. La escala es como un tirabuzón, como el campanario de *Vértigo,* pero sin luz.

Piensa cómo transformará todo este ambiente en una crónica para su fanzine.

Clemente reflexiona: Katashi es una anomalía, un ser tan raro (tan libre) como el arquitecto Luciano Kulczewski, quien, por los años veinte, se obsesionó con las curvas y los detalles, e intentó rendir culto a masones y vampiros. Trabajó para elevar las historias oscuras de las grandes familias con mansiones y edificios de departamentos como los de Europa, y les dio dignidad y estética a las poblaciones obreras, creando espacios públicos alucinantes. Kulczewski provocaba murmullos por la urbe en expansión, mientras trató de diseñar un nuevo Santiago a la altura de sus sueños y fantasías.

Clemente sube otro piso, se acerca a la azotea, siente el frío fresco

del exterior colarse por las innumerables fisuras de la puerta metálica. Si hubiera habido algo de luz, todo sería (o se hubiera visto) gótico y acaso triunfal: un ejemplo vivo de cómo una aproximación al art decó puede estirar sus posibilidades hasta rozar lo vampírico. Clemente sabe que este edificio, el primer rascacielos de Santiago, elevándose ocho pisos hacia el cielo andino, fue hecho para maravillar y aterrar.

La luz fluorescente pestañea y chirría.

Una pequeña ventana de vidrio biselado en la puerta de lo alto de la caja de la escala le confirma que la azotea está unos pisos más arriba, al final de la escalera espiral.

Algún día, quizás, pensó Clemente, este inmueble tenebroso no dará miedo.

Clemente respira profundo: huele a vejez, a falta de ventilación, a decrepitud.

Da un paso hasta que el eco se detiene.

Clemente llega a la puerta que da a la azotea, al lado de la caja del ascensor. La abre empujándola con su cuerpo. Parece un sitio eriazo: vegetación que crece sin pasto, una tina de baño, fierros oxidados, basura, escaños, una estatua de mármol de un efebo trizada. Respira el aire fresco del atardecer. No le importa el humo que escapa de las micros que pasan por la calle.

Mira hacia la cordillera, que está curiosamente despejada, sin nieve, pero cercana, sin el filtro del esmog.

Decide bajar. Toca el timbre del departamento del tercer piso.

Camino al edificio la Gárgola, Clemente pensó en la crónica. Katashi, en japonés, significa joven firme, serio, de una línea, de fiar; extremadamente disciplinado. El chico, con sus facciones niponas y su delicado acento criollo es, sin duda, serio. Katashi tiene algo de otaku (un friki, un tipo obsesionado con la cultura pop under, con los submundillos) y como una vez le confesó a Liminal en la radio Eclipse: «Es medio Hikikomori» (aquellos chicos que se retiran completamente de la sociedad para encerrarse en sus cuartos). Katashi de la Torre Kotondo es una estrella, cree Clemente. Él insiste en que no, pero lo es. Parece una, vive como una, tiene las fobias de una y, desde hace unos meses, vende como una. Pero no desea ser una. Es lo que provoca algo parecido a un ansia, siente Clemente. Y se identifica. Le atrae eso: crear, pero estar en las sombras, no exponerse.

El departamento es sombrío y helado, pero él brilla y habla de modo tan intenso que suda. El grupo provoca morbo, intriga y curiosidad.

Hentai es Katashi, a veces toca con otros, pero siempre está solo.

Hentai es Katashi y cada vez toca menos en vivo.

Katashi de la Torre no es como todos. Es, le admitió, un «extranjero

en todas partes». Esto «puede ser atroz, duro, demente y, también, claro, es la media oportunidad si no quieres formar parte de una manada». Su padre es un diplomático chileno. Ahora está en Canberra. Pero antes, cuando estaba partiendo, era subsecretario en la embajada chilena en Japón. Su madre, oriunda de Osaka, tenía un local de mochi (unos pasteles algo gomosos multicolores, muy ricos) cerca de la Embajada de Chile en Tokio. Katashi, de hecho, nació en Oslo.

–Pasa –le dice. Le hace sacarse los zapatos y dejarlos afuera.

Las paredes son blancas, hay un tatami en el suelo de madera, cuadros inmensos de Bruna Truffa, Rodrigo Cabezas, Ciro Beltrán y Francisco Smythe.

Le ofrece té verde, galletas Amor y un par de líneas de coca pura que Clemente no acepta.

Entonces le ofrece marihuana mientras enciende su tocadiscos y coloca, con sumo cuidado, el primer álbum de Alphaville. Clemente acepta y fuma, tirándole el humo en la cara, cerca. Katashi anda con un kimono de lino y a pie pelado. Sus uñas están pintadas, tal como se lo imaginaba, de negro. Tiene tatuajes en los brazos y en la parte posterior del cuello uno del sol naciente. Clemente de inmediato comienza a redactar en su cabeza: «La música de Hentai divide, fascina, aterra, asquea y desconcierta. Lo mismo se podría aplicar a su líder, que no cree en colectivos ni amigos. Es una banda sin grupo. Katashi no tiene alma de funcionario público ni de político, tampoco ha sido succionado por la academia internacional supuestamente progre que al final no desea que nada cambie porque ellos ganan en dólares».

Clemente se sienta en el sofá de felpa viejo. Está fresco adentro, pero igual se siente el calor burdo de la calle. El departamento parece una galería de arte, aunque hay pocos cuadros, todos de artistas que admira.

–Ese se lo compré a Keith en Nueva York antes de que se transformara en Keith Haring. Me encanta, resume todo mi credo: sexo inocente, arte naíf, no pensar al crear.

El chico mitad japonés mitad chileno lee libros de Murakami y Mishima en el idioma original en que fueron escritos, se fija. Tiene muchas cintas de animadas tipo hentai.

–¿Te gusta el yaoi?

–Obvio. Me calientan.

–También. Pero igual son románticos.

–Eso es lo que me calienta.

Le muestra una pared entera de mangas.

–¿Listo? –le pregunta Clemente para romper el hielo. Se fija en lo liso de su cabello. Le parece andrógino, animado, distinto.

–Listo –le dice Katashi–. Tampoco tengo todo el día.

–Claro. Lo que puedas.

–Y lo que quiera, gaijin. Yo te inventé. Invité, digo. Ando sensible, raro. No me gusta hablar.

–Entiendo. Podemos no hablar. Puedo escuchar.

–¿El disco nuevo?

–Sí.

–Ando aterrado.

–Demás. Te entiendo. Me imagino.

Clemente de pronto siente cómo el letrero de neón de Philips se encendió en la azotea. Un ruido eléctrico, un chirrido, un ruido blanco incesante que lo mareó. Miró sus manos: se veían azul cian. Se sintió en un video, en una película. Le parece imposible estar tan cerca de Katashi. Le atrae, lo asusta y lo admira, al mismo tiempo.

–¿Es off-the-record o puedo decir lo que quiero?

–Como quieras. Mejor on-the-record, ¿no crees?

–No, para nada. On the record, todo va a quedar impreso. Es cierto: off the record es decir lo que me da la puta gana, pero tú no puedes usar nada. Siempre se pierde. Nunca hay que hablar de más ni menos, decir lo que uno quiere. Ahora dime: ¿qué buscas?

–Tener material para escribir acerca de ti. Que me cuentes cosas, secretos. Confesiones.

–¿Eres fan?

–Sí. Siempre había querido entrar a este edificio. Es mítico.

–Este edificio es una mierda. Cruje y está fétido. Uno se empala.

–Hablemos de tu disco.

–Prefiero que lo escuches. Soy un otaku. Eso soy. ¿Sabes lo que es eso?

–Sí.

–Pocos lo saben. Soy obsesivo en cuanto a mi música, pero...

–Viví en Birmingham. Tenía amigos de todas partes.

–Es lindo tener amigos en todas partes. Amigos especiales que gatillan tu creatividad.

–Sí, ahora me doy cuenta de que estaba en el cielo. Tuve algo con un chico llamado Hitoshi que leía mangas sin parar y jugaba cricket. Poco, pero algo. Y tuve algo importante con un chico cuyos padres venían de Pakistán.

–Gracias por abrirte, Clemente. Por compartir cosas tuyas. ¿Tomas té verde?

–Y sake.

–Puta, no tengo, pero me queda sushi del Japón.

–Genial. Acepto feliz.

Clemente se asoma por la ventana y ve los árboles iluminados, el parque oscuro y dos soldados en una esquina con metralletas.

–No todo es público –le subrayó Katashi.

–Lo sé. Pero ¿no sientes que tienes que denunciar el estado de las cosas?

–No.

–¿Crees que tu arte es político?

–Sí, pero no de manera chanta. Político es abrir ojos, tus oídos, que te veas. Ese es el arte que me interesa. ¿Quieres que escriba que Pinochet es malo? ¿No a la tortura? Mi nuevo disco se va a llamar *Hikikomori* y será sin la banda.

–Mejor, buena idea, me gusta.

–Ya no tolero las bandas. Tengo una maqueta. Quiero que la escuches. Acá o en tu casa.

–Acá.

–¿Ahora?

–Dale.

Katashi se saca la camiseta vieja.

–Calor.

–Calor, sí.

–Prefiero que me bailen a que me canten. Bailar es algo físico, erótico, te mueve. Es un honor hacer mover a otro, ¿me explico?

–El disco se explica solo, sí.

–¿Te parece político?

–Sí, pero a los otros les parecerá reaccionario.

–Antes todo me daba culpa. Pensaba que era el motor para crear, pero ahora estoy entendiendo que lo que me provoca es, por un lado, mostrarme, quizás porque durante tanto tiempo me escondía, y, por otro, lo que me empalma mucho es simplemente narrar, contar historias, crear mundos.

–Es puro futuro, mezcla, hibridez. ¿Por qué *Hikikomori* como título...?

–Me pareció inspirador titular de manera oscura y nublada un disco más luminoso. Pensé por un momento titularlo *Toque de queda*, pero luego pensé: ¿no es acaso darle al dictador la razón? No todo es Pinochet. Yo soy más.

–Sin duda.

–No todo es angustia, aunque a veces me arrastra como un río a un árbol caído. Anoté un día en una banca en el parque: qué temas están en el aire, qué temas les interesan a los otros artistas. Cruces, represión, muerte, el concepto de desaparecer, la idea de la cárcel, la injusticia y la impotencia. Y me dije: todo eso lo siento, entiendo de todo eso, pero no por ser de acá, sino porque lo siento desde antes. Está dentro de mí. ¿Me explico? Yo tampoco lo entiendo, solo entiendo esto: si sigo con discos oscuros, algo en mí estallará. No

puedo seguir celebrando la muerte, siendo cómplice. No quiero ser resentido sino sentir. La represión dejó de ser mi cómplice. Necesito crear con algo de humor, sexualidad, vida, cariño, conexión.

–Te entiendo.

–Estaba esperando la democracia, pero mi cuerpo necesita alegría. No puedo esperar a los otros, mi vida no puede estar condicionada por los demás. Además, ¿qué pasa si nunca llega? Uno debe ser capaz de superar su contexto histórico. Uno debe ser capaz de crear el contexto privado que te sirva para vivir. Porque uno está acá una sola vez.

Quedan dos nigiris de salmón en un plato de metal.

–Tengo pena hoy. ¿No te quieres quedar esta noche?

–No puedo –le miente Clemente, dudando, lubricado.

–¿Te puedo abrazar?

–Sí.

–Escucha mis latidos –le dice.

Así estuvieron cinco minutos. Clemente sintió que Katashi estaba duro. Él también.

Luego se sentaron en la mesa con su té verde.

–¿Sabes lo que es bukake? –le pregunta Katashi mientras fuma hierba.

–Sí. Soy curioso.

–No me gusta exponerme, Clemente.

Katashi olía a limón y almendras.

–En unos años ya no te voy a gustar y te vas a dar cuenta de que no soy parte de Devo, sino que soy el puto líder de Hentai, una banda en el fin del mundo, y que usarán su hit para comerciales de estufas.

–¿Podría usar esto para el fanzine?

–No.

Pero sabe que sí. Lo que lo prendió fue la idea, la historia. No porque fuera off the record no iba a informar. No porque nadie lo iba a saber implicaba que no lo iba a pasar bien. A veces Clemente siente que no experimentaba suficiente, que se guardaba, que esperaba que su temporada en Chile pasara para volver a vivir. Era un error. No estaba preso, estaba en libertad condicional. Debía aprovechar lo que se podía aprovechar. Katashi le manda señales obvias. No es acoso, es diversión. Pero el que va a mover los hilos es él.

–Para dejar todo claro: tu música me erotiza. Y eso hace que me atraigas –Clemente se saca su chaleco tejido negro. Tenía las tetillas duras, se fija.

Katashi abre la boca y usan sus lenguas.

–Eres lindo, eres tierno, me gustas. Hay una conexión.

–No la hay, pero quizás sí. Escribe una canción acerca de mí –le dice Clemente antes de levantarse y caminar hacia el baño.

–Se va a llamar «Chico wapo».
–No, se va a llamar «Novio por un rato».
–Buen título.
–Parezco tonto, pero no lo soy.
–No pareces tonto.
–¿Puedo pajearme?
–¿Quieres quedarte a dormir?
–No, Katashi.

Clemente abre la puerta con vidrio biselado del baño. Hay una tina negra larga de mármol en forma de ataúd. Prende el agua caliente que sale de los grifos en forma de dragón. Clemente comienza a desnudarse. Katashi lo mira de lejos, sorprendido.

–¿Vienes, Katashi? No seas tímido, no te viene.

Enciende la vela que está arriba del estanque y apaga la luz del baño.

Clemente se desliza sus bóxers y le sonríe: –Ven. El agua está tibia. Nos quitará el calor.

La fiesta del otoño

(ciertas chicas) **Cruzamos el umbral del penthouse** y lo primero que vemos es cómo estallan los colores de neón del inmenso letrero publicitario de champaña Valdivieso (está en la azotea del edificio del frente, al otro lado del oscuro parque Bustamante). El espacioso living tiene un gran ventanal de ocho paneles, sin cortinas, que da a una espléndida terraza apenas iluminada con lucecitas, de esas para los árboles de Pascua. Qué recibimiento. Esto no parece Santiago, el olor a canela y caramelo parece ser de otra parte, todo es distinto, novedoso, cautivador. Así también se vive y celebra en tiempos oscuros. Un asunto es la calle, otro es lo que sucede puertas adentro, sobre todo en esos codiciados últimos pisos con terraza. Acá estamos, felices, nos arreglamos top. Ahora nos toca a nosotras. A todas nosotras. Queremos opinar, fisgonear, mirar, pelar sin filtros, comentar, analizar de cerca. Somos buenas para ser personajes secundarios que desmenuzan todo lo de los demás. Dicen que es mejor mirar a que te miren. Todas somos un poco cheerleaders, nos conocemos de toda la vida, nos odiamos y soportamos, somos una trenza, cero grados de separación, y acá estamos. Obvio: algunas de nosotras estamos en el team Clemente. Otras somos del equipo de Tomás, aunque este chico es juguete nuevo, no lo cachamos, pero nos gusta, ya lo amamos, nos parece libre, lindo, un cachorrito sin rollos ni contactos, estiloso a pesar de venir de un lugar que no conocemos, mientras que Clemente… Clemente es Clemente: inalcanzable, un erizo con abrigos viejos, impenetrable, inexpresivo, siempre escondido, el

objeto de las fantasías de nuestras primas, vecinas y compañeras de curso. Es el chico que siempre anda solo o sale por su cuenta y que, supuestamente, pololea con chicas de cuellos largos, espigadas, del tipo artistas, intelectuales, liberales, lectoras, de lentes o que optan por su propia moda.

¿Pasarán cosas entre Clemente y esas chicas estilizadas?

Ellas como que lo adoptan, sostiene la Rosario, aunque la Chantal insiste que él provoca entre piedad e ilusión en las que se enamoran de él, porque Clemente las escucha y opina. Una vez, medio curada, la Ignacia –¿o era la Isidora?– nos dijo que fueron a la playa juntos, a Cartagena, que es linda pero decadente, fueron en invierno, que es más poético. Nos contó que Clemente le pintó las uñas a la Isidora y luego tejieron y él le mostró un libro de fotos de chicos sin ropa y ambos se masturbaron con esa crema rosada Hinds, pero nosotras pensamos que es puro grupo porque las chicas como la Ignacia –¿o era la Isidora?– jamás harían algo tan asqueroso y menos con esa crema, ella obviamente usa Ponds. Pero todas sabemos que los hombres se lo pasan en eso y de ahí que sus manos siempre huelen.

Todas –sí, todas– estamos a favor de que los dos se junten. Queremos alterar en grado siete el statu quo de los Chicago Boys juniors que nos rodean y ahogan. Todos esos tipos que juegan a la pelota, suben a esquiar y no paran de golpearse, qué lata más feroz. A veces los odiamos, qué aburridos, predecibles y básicos son. Además, ni nos toman en cuenta. ¿Les interesamos de verdad? Queremos que Clemente se abra a Tomás. Que se conozcan, se besen, hagan cosas románticas y sí, calentonas, ojalá frente a nosotras. Obvio que sí. ¿Por qué no? Nos gustan los chicos y qué mejor que ver a dos chicos lindos comerse, agarrarse, atracar, darse patos, olfatearse, sonreír, mirarse, hacerse cariño. Nadie lo dice, pero todas lo saben: ver a dos chicos atinar es ultracaliente, nos desata las ganas y nos da incluso ideas. ¿Muy de puta? Los hombres pueden ser bellos. A veces más que

nosotras, sí. Por algo los modistos lo dicen: esta mujer tiene el cuerpo de un adolescente, el poto de un chico, el peinado garçon. Tanta curva, tanta exuberancia, es como de mina vulgar y por eso a los fotógrafos les gusta captar a chicas planas que al final parecen chicos.

Entendemos cómo se mueven las tramas que hacen palpitar el corazón. Son las historias que nos gustan, pero siempre ocurren lejos. Coleccionamos la *Coqueta*, la *Tú*, la *Intimidades*, la *19,* la *Miss 17*, la *TV Grama*. Le robamos la *Paula* a las mamás, incluso la *Clan* a las tías más progres. Sí, amamos el rosado, los monos de peluche, le echamos gotas de Coral a nuestras almohadas. Creen que somos menos, inferiores, tontas, light. Nos hacemos. Así agarramos más poder. No somos como las feministas con sus faldas hindúes y sus uñas de los pies sin pintar. Amamos las cremas, rellenamos diarios-de-vida, coleccionamos esquelas, lápices de colores y esmaltes de uñas, amamos leer novelas inglesas antiguas y románticas, creemos en unicornios. Aún tenemos nuestros muñecos Porotín y nuestras Barbies y Kens en unas cajas de zapatos. Soñamos y nos sometemos con cariño a todo lo que viene de Oriente, partiendo por Hello Kitty. Leemos devotamente la *Caras* para estar al día. Recortamos con mucho cuidado los despachos del beau monde de nuestro Guy Burgos tan bronceado y jet set desde la mismísima Nueva York. Nos interesan las andanzas de Estefanía y Carolina de Mónaco y encontramos regias a las Miss Chile, aunque, no sabemos por qué, siempre hemos sentido predilección por las Miss Paula. Queremos tanto a Paulina Naso y Sandra Rider, que es hija de esa reina que fue Gloria Legisos. Nos encanta la Josefa Isensee que parece tan de Malibú. La misma Jenny Purto que es más dije que estupenda, pero que no se cree para nada la muerte. Respetamos (veneramos) a la Marta Montt y tenemos guardadas sus fotos de los sesenta cuando era musa y atrevida. Coleccionamos ejemplares viejos de la *Eva.* Rosita Parsons, creemos, nos guía. Una vez vimos de cerca a Dominique Raab en El Gato Viudo. Todas defendemos a Soledad Hurtado que es estupenda y alta y a la que todos descueran, porque dicen que es demasiado morena o tiene sangre mestiza. Ninguna de nuestras madres tiene el garbo de la Marianne Müller o el misterio de la Consuelo Fernández.

¿Irán a los mismos lugares que ellos?

¿Cómo será un inminente lazo entre Clemente y Tomás?

¿Hablarán horas y horas por teléfono como nosotras?

¿Acaso eso no es lo mejor de la amistad?

Nosotras hablamos poco con nuestros novios, pololos, pinches. A veces los escuchamos. Siempre parece que hay un tercero entre los dos: su mejor amigo, nuestra mejor amiga. Casi nunca fluye, eso sí. Eso nos da pica. Eso es lo que nos emociona y envidiamos de ellos dos: tener a alguien con quien hablar. Alguien que te escuche y sea

cómplice y se ría contigo. Mejor casarse con un cierto chico que latearse toda la vida con un tipo normal. A veces, con demasiados pisco sours, nos decimos «lo normal es anormal».

Queremos una historia de amor, no un escándalo para entretener a los que están dispuestos a hablar y exigir detalles y propagar rumores. Jamás nos atreveríamos a ir a esas fiestas, a esas obras o a esos barrios. Supimos de ellos porque la gente comenzó a hablar. Hablar mal, sí, pero eso indicaba algo: algo pasaba entre ellos. Si el río suena, es porque piedras trae, dicen. Nuestros novios comenzaron a pelarlos y a reírse. Les dan asco, los aterran, les parecen engendros. Por ellos supimos. Quizás por eso queremos tanto a Clemente y a Tomás: porque no son como nuestros novios. No, no lo son. Son capaces de querer, ser tiernos, fascinarse con ellos mismos y no temerle a la intimidad.

Los astros se alinearán y estarán de nuestro lado, nos ayudarán.

Lo que queremos ver es a ellos dos juntos.

¿Cómo serán piluchos? ¿Dormirán abrazados? ¿Se ducharán juntos?

Cuando más chicas nos enamorábamos todos los días de uno distinto. A los once, doce, a los trece. Toda nuestra existencia giraba en torno a chicos, chicos, chicos. Chicos lindos por todas partes. Esos crushes que te aplastan, esas fotos en esas revistas de papel cuché, esos afiches desplegables, esos chicos lindos que salían en la tele y en las películas y en los comerciales. Pero casi todos eran lejanos, de otras latitudes. Los locales andaban en jaurías y asustaban por violentos. Eran fotogénicos pero intercambiables. Recorrían las playas con sus shorts o subían a la nieve o jugaban en sus ligas de fútbol. Llegaban a la universidad en un mismo auto escuchando rock y vestidos iguales: pantalones amasados color pastel, polerones Palta o Maui, buzos Adidas. Más fascinados con ellos mismos que con nosotras. Aterrados de conversar o de abrazarse o de hacerse cariño. Con ellos nos vamos a casar, es cierto, nos van a dejar embarazadas. No nos acompañarán a abortar. Todos esos proyectos de hombres nos mantendrán, nos darán hogares, nanas e hijos. Intentarán no cambiar nada, porque no hay nada que cambiar. Todos ellos son parte de nuestros destinos y lo tenemos claro: nos darán cierta estabilidad, pero poco drama. Aparecerá la soledad, el silencio. Nos vamos a aburrir y nos vamos a aterrar con la rutina. Van a decir cosas como «yo los mataría a todos» o «es feroz, pero dudo que sean inocentes» mientras toman cervezas y picotean la pichanga.

Tomás y Clemente, en cambio, son de otra estirpe.

Pedimos poco: que se unan y que el destino haga el resto, porque, aunque nos traten de brujas, lo cierto es que no lo somos. Para nada. Ojalá. Sabemos que debemos manejar nuestros hilos y transformar esta posible historia en el melodrama, el musical o la comedia

romántica que queremos. Ya tenemos a los chicos, que es lo principal. Ambos se completan, de eso estamos seguras. Verlos acá en esta fiesta del otoño fue como presenciar la escena favorita de una película que nos encanta. El invierno será menos frío ahora que sabemos que conectaron. De eso se trata, ¿no? De conectar. Si ellos pueden, entonces hay esperanza para todos de que la vida puede ser menos gris, chata, mediocre, predecible.

¿De quién es este departamento de dimensiones inauditas?

¿Ellos conocen a los dueños?

¿Qué hacen aquí?

¿Vinieron juntos? Al parecer, no. No, no: ojalá.

¿Quién invitó a Tomás? ¿Se habrá colado?

Quizás este piso –es linda esa palabra: piso– le pertenece a esa modelo que se fue con el peruano billonario o también, según la Olivia, puede ser de esa actriz ya madurona y pasada de moda que estuvo saliendo con ese polero que no dejaba de aparecer en las fotos de papel cuché con la crème de la crème internacional. La Rocío sostiene que nada que ver, que estamos pésimamente informadas, que en qué mundo vivimos. Es, insiste, de ese pintor hiperrealista de muchachos árabes piluchos que antes vivió en Marruecos, pero la pesada de la Sofía asegura que no.

Otra teoría: esta es de la Virginia, que es tan fantasiosa. Ella jura que este lugar les pertenece a esos mellizos de esa familia de Talca, un chico y una chica, que se visten con la ropa del otro. Puede tener razón. Es cierto: este es el departamento de los míticos hermanitos freaks Ossandón Ossandón. Es cosa de mirar las fotos en los pasillos. Ambos se hicieron célebres en el pelambre local cuando el padre, que era para el otro lado, se mató. Edmundo Ossandón Silva estaba casado con la Tere Ossandón Egaña, una tipa regia que, además, hace los mejores pasteles y mermeladas de toda la zona oriente. Pero el padre de estos niños raros no pudo resistir más la locura de su doble vida y abrió todas las llaves del gas en un departamentito que tenía en la calle General Bueras.

Sí, este departamento tan lindo tiene que ser de esos dos hermanos malditos. ¿Serán amantes los hermanos? ¿Ella hace de él y él hace de ella? Puede ser. Quién sabe. Demás que sí, hueona. Ella, dicen, se cree chico o quizás es un chico y él se cree chica o es una chica. Fedora y Federico, eso. Así se llaman. Los Ossandón Ossandón. Es confuso y raro, es muy nuestro al final, como siempre, comenta la Piti, porque tanta locura reprimida necesita salir por alguna parte.

¿No están acá esta noche?

La madre de estos espléndidos ejemplares perversos, según la Pía, era hija de otra mujer fabulosa que impuso por acá la moda de los caftanes, lo que es bien osado, entre tanta pollera escocesa. La abuela

de los hermanos incestuosos ilustró portadas de revistas americanas y europeas y hasta fue como la musa o amiga íntima de Raymundo de Larraín que se casaba, como tantos, con viejas feas y ricas a las que les gustaba mirar. Da lo mismo, lo importante es que estamos todas en el living y en eso vemos –¡ay!, dios, galla, hueona, mira, me puedo morir– a los dos hermanos, cuál más bello: ella, masculina, espléndida, con el pelo corto engominado y él de beatle negro y pantalones tan anchos que parecen un vestido, las uñas pintadas de marengo, con aros y unos zapatos altos con taco color marfil, los labios rojos carmesí, de la mano, besándose en la cocina al son de The Art of Noise.

El esplendoroso parqué está decorado con hojas de papel crepé y toda la comida es en tonos otoñales: pie de zapallo con crema, zanahorias acarameladas, calugas con nueces, galletas con trozos de naranjas, ponche de algo amarillo, brownies de varios colores, incluyendo unos claros con macadamias que no sabemos de dónde sacaron, y hasta los sofás están tapados con linos ocre. Todo parece una puesta en escena a orillas del parque Bustamante, que quizás algún día vuelva a ser el cotizado barrio que fue antes, porque lo cierto es que los departamentos con vista son casi todos envidiables y son mucho mejores que los del parque Forestal, donde todos esos ancianos decrépitos se juran que están frente al Central Park, como siempre acota la Rocío, cuando lo cierto es que están al lado del Mapocho que a veces ruge y se sale de cauce, se desborda y arrastra todo como hace unos años. Vivir acá igual tiene algo peligroso, jugado, creemos. Quizás por eso la gente joven, estudiantes o artistas, están obsesionados con todo lo que parece vintage y retro. Los chicos y las chicas, ese plural new wave, están fascinados con todo lo que está al poniente de Manuel Montt. Decir: «Vivo por plaza Italia, vivo por el Bustamante, por Lastarria, por el Forestal» provoca un poco de envidia, como acota la Pilar. Vivir por acá sugiere que ellos sí son urbanos, metropolitanos, liberados, jugados, capaces de dejar sus hogares, vivir de una manera más intensa que nosotras. Para qué decir de los que osan vivir en barrios más abandonados y hasta peligrosos: Italia, Santa Isabel, Beauchef y Blanco, el decrépito barrio Dieciocho/República y, por cierto, todo lo que está al norte de la Alameda hasta la Usach con su planetario recién inaugurado.

Estamos en la calle Ramón Carnicer 81 al llegar a Rancagua, en un último piso. Es la fiesta para recibir el otoño, repite como un mantra la Francisca. Un rito que los hermanos celebran cada tres meses para darle la bienvenida a la nueva estación. Clemente está en la cocina (que es toda celeste, linda) y, en el pasillo que va al baño, Tomás conversa con una chica rubia con lentes cromados que de inmediato odiamos. Están cerca, pero no por eso vamos a asumir que están

juntos. Y esa chica, además, se cree la muerte porque estudia Literatura Inglesa. La chica con gafas retro ahora le sonríe a Tomás y, sabiendo lo que hace, le roza el brazo.

Clemente y Tomás. Tomás y Clemente.

Es viernes 21 de marzo y ya hace frío afuera. Abajo, los árboles del parque Bustamante estallan con los colores café y ocre, amarillo, naranjo y hasta rojo por ahí, como las bufandas que nos tejemos de lateadas mirando películas románticas de adolescentes, que son las mejores. El cine es siempre mejor que la vida, y nunca la realidad se cuela tanto en el día a día a no ser que sea de guerra e incluso en ellas el amor al final triunfa y supera todos los escollos. Nos gustan esas películas por la ropa, la moda, los peinados. Podemos sacar ideas, copiar, ver las tendencias del mundo real, civilizado. Acá, por Dios, estamos tan lejos, la última parada, el fin del mundo en todos los sentidos y quizás por eso pasan estas cosas atroces, porque nadie las ve, a nadie realmente le importan. En las cintas-para-chicas nunca falta la buena banda sonora que sale del corazón con hits ingleses que te quedan impresos en la mente. Las protagonistas son estupendas, delgadas y sutiles, y todas queremos ser como ellas. Lo mejor, claro, son los chicos: a veces salen sin camisa o en calzoncillos. Hasta aparecen piluchos, pero nunca es vulgar, a lo más se les ve algo, se les divisa un trasero duro y redondo, pero no muy peludo, nada de gorila, digno, simpático. Ni siquiera los más minos del Verbo o del San Ignacio tienen ese físico y menos se atreverían a mostrarlo. El cine que nos gusta nos conmueve, pero, lo sabemos, es ficción.

Clemente y Tomás, en cambio, son de verdad.

¿Pueden existir chicos como ellos y pueden existir historias reales que parecen ficción?

Ahí están los dos. Ni siquiera saben que están en la misma terraza mirando el letrero de neón luminoso que se mueve. ¿O lo saben? No importa, ya se van a conocer. Tienen que conocerse. Estamos seguras, en todo caso, de que tanto Tomás como Clemente están pensando en lo mismo que nosotras: que la vida debería ser más burbujeante y colorida como el letrero de Valdivieso. No se conocen, pero ya están conectados. Están muy conectados. Estamos todos aquí y ellos medio aburridos, parece, «parqueados» como se dice ahora. Esta es una de esas fiestas modernas, donde nadie baila. O cada uno baila solo o todos bailan con todos. En medio de toda esta gente, algo así como la escoria decadente de la más alta burguesía, Tomás y Clemente destacan como botellas de cerveza en una tina de hielo.

¿Quiénes son estos chicos?

Mejor dicho, ¿quién es Tomás? ¿De dónde salió?

Es curioso, nos comenta la Rosa, que Clemente Fabres ande por acá, nunca lo vemos, no se aparece en ningún evento social. También

es cierto que nosotras no vamos a esos antros donde nos imaginamos que recae. Quizás deberíamos ser más osadas y aventureras, porque cada vez más chicas como nosotras bajan a explorar lo que nos ofrece esta época, tan curiosa, a la que le dicen la «era moderna». Hay tantas cosas nuevas, es cierto. El mundo es bastante más amplio y complejo que aquel donde nos tocó la suerte de nacer. Clemente es «medio conocido», es uno de los nuestros. Es «gente como uno», aunque él considera que no es uno de nosotros. Es de esos que han estado afuera, vivió una suerte de exilio y eso lo alteró. Toda su familia, de alguna manera, pagó duro por creerse el cuento de la reforma agraria, primero, y luego la revolución de la UP, que todos saben cómo terminó, aunque, como dicen nuestros papás, ¿de qué otra forma iba a resolverse?

Clemente ahora paga por las locuras de sus padres.

Se sabe que una vez, como insiste en volver a contarnos la Tere, apareció en un cumpleaños en Zapallar. Llegó con unos pescadores borrachos y se lanzaron todos en calzoncillos a la piscina. Luego insultó a la dueña de casa a quien, con toda razón, no le gustó esta invasión de gente desconocida y del pueblo. Era el cumpleaños del hijo de una familia con apellidos ingleses o escoceses. Clemente les dijo: «¿De verdad creen que esta mierda insular es la Inglaterra de Sudamérica?». Esto, claro, provocó la ruptura definitiva de Clemente con aquellos que podían protegerlo para toda la vida. Por su propia voluntad, renunció a su casta y, de paso, la insultó. Por eso los hombres de su edad lo desprecian, temen u odian. Nosotras creemos que es un «chico bien» algo perdido, con una historia que algunas dicen que es algo «gótica» o «neorromántica» o hasta de Dickens, porque al final tiene algo de huérfano, como subraya la intensa de la Elena. Somos fans, nos intriga desde lejos y admiramos lo valiente que es. Acá en el fin del mundo no respetar ni beneficiarte de tu cuna es al menos osado y, sin duda, demente. Por algo todas le decimos Demente, pero sabemos que le carga, aunque a nosotras nos parece moderno, diferente, un buen apodo, de chico artista.

Clemente Fabres Ovalle es piscis, como el hermano de una de nosotras, la Tere que es tan pecosa. Está entrando a cuarto año en Periodismo de la Chile, lo que debe ser un calvario. ¿Cómo lo deben mirar?

¿Qué edad tiene Tomás, a todo esto?

Debe tener diecinueve o veinte, no más.

Una de nosotras se le acercó cuando estaba intentando sacar un trago de la ponchera y le preguntó: «¿Qué estudias?». «Letras –le dijo–, recién entré, Letras en la PUC. Primer año, quizás me transforme en escritor y escriba novelas románticas». Luego se perdió entre la gente y las hojas de colores otoñales hechas de papel que decoraban las

paredes.

Siguen ahí, en esa terraza, mirando algo extasiados este inmenso letrero de colores que repite su movimiento sin parar, un ciclo eterno, infinito: la botella que se descorcha, el champán que brota, salpica y cae en una de las dos copas flauta. Quizás no todas lo pensamos o a lo mejor algunas sí: esa botella de neón estalla chorros de líquido y es como cuando un chico expulsa sus secretos al acabar arriba de nuestros vientres o en la cama para no arriesgarnos y, por un instante, las que han tenido la oportunidad los ven como los niños que son. Quedan felices, saciados, dichosos y con risa, sin culpa, calmados por fin, lejanos, idos, con una cara de ángel, vulnerables, sin máscara, con los ojos algo muertos pero transparentes.

Miramos el letrero moverse mientras tomamos el mismo champán, aunque tienen un barman (¿de dónde lo sacaron?, ¿de L'Etoile del Sheraton?) que sirve cócteles con base de gin, que nos carga, o vodka e, incluso, esos amaretto sours que están tan moda. El letrero ha estado ahí hace siglos. Ojalá no lo saquen nunca, pero quién sabe, ahora están demoliendo todo para construir puras cosas nuevas. Antes nevaba más y había menos autos y muchísima menos gente. La palabra esmog era una forma que delataba la siutiquería, ahora hasta la usan en los noticiarios y en el informe del tiempo. Sí, es altamente probable que el letrero siga ahí, en la misma azotea del edificio, incluso si la empresa Valdivieso quiebra o sea absorbida por un conglomerado como sucede ahora con todo. «Y hoy, ¿por qué no?», dice el letrero al encenderse.

«Y hoy, ¿por qué no?».

Por qué no, cierto. ¿Por qué no?

Uno vive solo una vez. Por qué no, sí.

Es 21 de marzo de 1986, el equinoccio de otoño, se termina el verano, qué pena, ¿no? Ambos chicos, en distintos lugares de la terraza, toman piscola y, a diferencia de los demás, no fuman.

¿Apagan el letrero a la hora del toque?

Tomás y Clemente (¿Clemente y Tomás?), sin saberlo, miran cómo el ritual se repite y repite. Ellos dos, ahí, tan lindos, masculinos, sin ostentarlo. Finos, atentos, moviendo sus cabezas; juntos y solos, cercanos y lejanos, distantes, misteriosos, delicados, pálidos, delgados, elegantes a su modo retro, de otra era, de otra época. Ellos dos miran absortos: «¿Por qué no?».

A veces la gente se mira y conecta y caen rendidos.

Pero estos dos no se miran.

¿Por qué será?

Clemente se come las uñas, Tomás mira su reloj digital.

Creemos que fueron hechos el uno para el otro y terminarán juntos, aunque ya sabemos el posible final: uno de ellos se irá, por lo que es

necesario que se fundan lo antes posible. El tiempo avanza y sí, cuando uno es joven, como dicen en esa película en blanco y negro que les gusta más a los chicos que a nosotras, le sobra el tiempo. Aunque ellos dos no tienen tanto para estar juntos porque Clemente se regresa a fin de año. Lo cierto es que no hay tanto. No sobra. Siempre no es para siempre. Ni ahora ni menos antes.

¿Qué pensarán ellos?

¿Sabrán que estamos complotando?

¿Qué sentirán si llegasen a saber que a lo mejor vamos a escribir de ellos o, al menos, intentar transformarlos en mito? Dos chicos en la ciudad. Ciertos chicos. Nos gusta esa palabra: chicos. Pocos la usan. Es más porteña, quizás. ¿Se usa en España? Es cierto: nadie usa la palabra chico. A la Gloria le carga, pero es una amargada y, ahora que estudia Letras, pasa con el diccionario de la RAE en su mochila.

Tomás hace un momento fue al baño y, al salir, nosotras entramos. Olía a chico, pero no en el sentido intenso y burdo. Estamos convencidas de que el aroma que se impregnó en las toallas era el de Flaño, aunque algunas insistieron que era 4711, porque sus madres lo usan para el diario, y eso nos impactó más: que fuera lo suficientemente hombre para oler a una chica. Nos fijamos, también, que la tapa de la taza no estaba salpicada y solo quedaba algo de la espuma del jabón en el lavamanos. Estaba claro que se preocupaba de los demás o fue bien criado. ¿Cómo será su madre? ¿Serán cómplices? ¿Seremos así nosotras con nuestros hijos? Otra posibilidad es que simplemente sea de esos que entienden que no es el único y eso lo hace único.

Luego, más tarde, cuando ya sonaba Prince y ese tema «1999», vimos a Clemente, con esas pestañas que tiene, con sus ojos oscurecidos como mapache por el rímel que usa, acercarse a la mesa y buscar algo. Eligió un tapadito de pollo-pimentón y, al acercarlo a su boca, se cayó el pancito que estaba arriba. Lo que hizo a continuación nos conmocionó: se agachó con sus jeans negros apretados y recogió el pan. Con una servilleta importada de papel con hojas de otoño limpió el piso. Luego, sin pensarlo, lo sopló y se comió el minisándwich.

Queremos un meet cute, lo admitimos.

Llegaron separados, pero ambos dejaron sus bufandas (una oscura, otra roja) en la entrada y no se sacaron sus largos abrigos. Lo entendemos: está fuera de lugar ir a presentarlos porque, entre otras cosas, no nos conocen. Quizás debemos confiar en el destino, aunque se ha portado tan mal con chicos buenos como ellos. A veces, incluso la fortuna parece estar del lado incorrecto de la historia. Está ese virus que castiga, que aterra y asusta y, lo que es peor, mata a chicos que solo quieren vivir. Rock Hudson, esperamos que estés en el cielo.

Lo sabemos: toda gran historia merece un tráiler, un prólogo.

Esta noche es la noche en que no se conocieron.

Se acerca la hora del toque y es hora de irnos.

Todos bailan otra música. Aparecen más botellas de vodka ruso, aunque está prohibido. Los más zafados fuman pitos, unas chicas con el pelo corto se besan bajo las hojas secas de papel. La música se vuelve más rara, suena Kraftwerk, «Radioactivity», seguido de «Computer Love», que es tan moderna y liminal, gusto de esa gente que hace tesis y duerme desnuda de día y se inyecta y toda esa movida de Berlín. De pronto aparecen los chicos del grupo Viena junto al productor Hernán Rojas que anda todo de negro y se nota que vive en Hollywood y no en Pedro de Valdivia norte. Todos bailan Japan, «Adolescent Sex», o quizás Depeche Mode. Una chica redonda, de lentes, con labios carnosos que dan miedo y el pelo lleno de canas, dice: «Ciudadanos, estamos en toque, tóquense lo que quieran», y nos sirven ron con Free.

Salimos a la terraza y el viento ahora está tibio, raro, de tormenta. Mueve los árboles otoñales del parque. Nos fijamos en el letrero y justo se apaga, todo parece quedar en negro, silencioso, excepto la voz de los Talk Talk que cantan «It's My Life».

No hay autos y hasta las luces del parque parecen apagarse. A lo lejos se escuchan grillos.

Miramos y no, no están: ni Tomás baila ni Clemente toma.

Vemos que no están sus bufandas.

Ninguno está.

Afuera, desde la terraza, todo se ve terriblemente oscuro y nos tomamos las manos, nos da miedo y la fiesta comienza a degenerarse, algo se ha soltado.

Entonces los vemos, allá abajo, con sus abrigos, caminando, separados.

Clemente por Rancagua hacia el oriente.

Tomás, entre los árboles, rumbo a plaza Italia.

Toque de queda

No bajaron juntos en el ascensor cuando el toque estaba por iniciarse y la fiesta del otoño comenzó a agarrar vuelo. No fue planeado, pero quizás fue mejor para los dos no quedarse atrapados de toque a toque. La posibilidad de seguir con la celebración les dio a los asistentes que se quedaron un vértigo especial. Estaban violando flagrantemente la norma que prohíbe el derecho de reunión. Para Tomás y Clemente, cada uno por su lado, esa particular sensación de siempre estar quebrando una norma, de no ser supuestamente normal, era algo de todos los días.

A los dos les pareció que todos los de la fiesta eran unos poseros. Por eso no se quedaron y eso fue algo que de inmediato tuvieron en común. Ambos entendieron que no podían quedarse ahí toda la noche, a lo largo de todo el toque de queda. Para el resto, en cambio, la idea de seguir con la fiesta era una suerte de compensación del terror, el miedo y la culpa. Ese extra que los hacía distintos era, justamente, lo que les aceleraba la adrenalina de no obedecer. Eran rebeldes, forajidos y vivían sus existencias con una velocidad incontrolable que, a veces, alcanzaba la prisa de la huida y, otras, la pausa del que regresa. Tomás quería hablar con los de la fiesta de temas interesantes, pero lo cierto era que resultó más fascinante la puesta en escena que los asistentes. Sí, iban a infringir la norma, pero solo por un par de horas desde el piso ocho. Por un momento, Tomás creyó que Clemente, el chico delgado, pálido y no tan alto, con ojos como mapache, podía ser uno como él. Leyendo su fanzine sentía que tenían un lenguaje secreto y un pozo de oscuridades en común. Al rato entendió que no era el momento de presentarse ni hablar del fanzine. Parecía menos mítico que en la galería donde estaba la Lado B, se veía más vulnerable, humano. Quizás por eso no se acercó. Clemente tenía más miedo que él. Nadie los presentó, es cierto, no se dio la oportunidad. Lo observó atento. No habló con nadie, no era capaz de conectar, siempre parecía listo para huir sin avisar. Nunca estuvo del

todo cómodo en la fiesta. Nunca hay que forzar las cosas, se dijo. Clemente le pareció misterioso y bello. Frágil. Era de esos que no sabían de sus atributos y que dudaban de todo partiendo por sí mismo. Nunca se sentó ni menos bailó. Se quedó con la espalda pegada a las distintas paredes tapizadas con un papel mural de astros y planetas.

Es raro, concluyó, antes de irse de la fiesta. Raro como yo.

Tomás miró el reloj de la pared y comprobó que faltaban cinco minutos para el toque. Apretó el botón de su Seiko y vio que faltaban solamente cuatro. No bajó en el ascensor sino por la escalera, a toda velocidad. Salió a la calle y, por un momento, entró en pánico. Observó los arbustos por si podía esconderse debajo de alguno de ellos hasta que se acordó de que cerca de ahí vivía la Pocha Ibáñez. El frío le secó la cara. Sacó del bolsillo de su abrigo la bufanda de Clemente. Cuando la vio ahí colgada al lado de la suya, supo que debía llevársela. ¿Robarla? Quizás se la podría devolver algún día. Clemente ya se había ido, lo vio desaparecer. ¿La bufanda la dejó ahí a propósito? La olió en medio del parque. Se demoró un rato en separar los distintos aromas, pero fue capaz de distinguir al menos cuatro, excluyendo el de la lana escocesa. No le llamó la atención que se erotizara, lo que no tenía contemplado fue la sensación que lo invadió: ternura. O, acaso, algo parecido a un hogar, a estar en casa, a retornar. Sintió calma, seguridad. Eso lo hizo emocionarse. La calentura surgía de la avalancha de emociones que el aroma de Clemente le provocaba.

Tomás toca el timbre y por el citófono escucha la voz ronca de la Pocha que vive en los edificios Turri, lo que provoca la envidia de toda la Facultad de Teatro y acaso del Campus Oriente. Su departamento da al parque Bustamante y no a la Alameda, pero lo bueno es que es más silencioso y está en plena plaza Italia.

–Aló, quién es. ¿Te conozco?

El departamento de la Pocha es diminuto, para una persona, para «personas solas» como dicen, y eso que fue remodelado por su primo arquitecto. Ahora la cocina parece sacada del set de una cinta de la nueva ola francesa hecha a pulso. Casi todo el espacio da a un patio de luz y a los otros departamentos donde vive mucha gente que anda desnuda y que les da lo mismo.

–Sí, obvio. Soy el Tomás. Me pilló el toque. Mal.

Según la Pocha, hay un vecino que es modelo y diseñador. Es el chico protagonista del comercial de Atkinsons y del video «Wabi Sabi» de Hentai. Enzo, según la Pocha, no tiene cortinas y se pasea en pelotas y es pecoso y siempre está con chicos salpicados de pintura, aunque a veces con chicas, porque es de vanguardia.

–Qué atroz. No deberías andar deambulando durante el toque, Tomás, ya sabes cómo son estas bestias incultas.

La Pocha Ibáñez se cree moderna «como todo el mundo», pero es más parte del pequeño «todo el mundo». Se puede permitir hacer lo que quiera, entre otras cosas, estudiar Teatro, a pesar de que se niega a ser actriz porque le «parece una rotería sin nombre».

–¿Puedo subir? No quiero que me maten.

–Nadie quiere morir. Eres demasiado joven y adorable para caer.

–Sálvame entonces –le dice, porque sabe que la Pocha, que puede estar rondando los treinta y sigue ligada a la Escuela de Teatro, tiene «corazón de mamá». Ella es la ayudante de Paz Irarrázaval, la actriz vieja y católica, profesora de voz, alias la Condesa de la tele, de esa teleserie de Moya Grau, que le gustó tanto a su mamá y a su abuela.

–A eso me dedico: a salvar a ciertos chicos. Sube, darling.

–Entonces abre.

–Está desordenado. Estaba reescribiendo unos textos. Ensayaba.

Tomás siente una brisa helada que baja por el río y se ajusta la bufanda de Clemente al cuello.

–Pocha, por fa. Abre, hay unos pacos cerca.

–Avanti, baby.

Tomás respira al escuchar el sonido metálico que abre la puerta. El viejo edificio parece un palacio abandonado. Casi no hay luz y los tubos fluorescentes alumbran poco y suenan como ratas ahogándose. La puerta metálica se cierra. Respira algo aliviado. El ascensor de reja está en el primer piso, esperando atento. Entra y aprieta el siete. Dicen que en este edificio casi todos son artistas, que incluso hay un taller literario, que aquí comienza el barrio bohemio. La puerta marrón del número 73 se abre. Aparece la Pocha, con su pelo miel escondido en un turbante crema y su cuerpo envuelto en un kimono negro con dragones.

–Hola, guapo. ¿Dónde estabas, chico rebelde? Es hora del toque. No se camina con el toque. Los vampiros duermen de noche.

–Duermen de día.

–Entendiste perfectamente lo que quise decir. No te hagas. Hay reglas y hay que aceptarlas.

–Las reglas fueron hechas para romperlas. Pareces un restorán chino, Pocha.

–Estaba leyendo Mishima. Me queda algo de sushi del Japón. ¿Quieres?

–No sé lo que es.

–Hay tanto que debemos enseñarte. Me atrae eso. Entra, darling. Me encanta ese abrigo.

–De la ropa usada: Bandera.

–Très chic. ¿Por qué dos bufandas? ¿No hace tanto frío o sí?

–Se la robé a un chico de la fiesta en la que estaba. O sea, se le quedó.

–Es shetland, inglesa, cara. ¿Lo conozco?

–No sé. No creo.

Tomás entra y siente un olor a incienso, a vainilla, a marihuana y a cera depilatoria.

–¿Estás sola?

–Vamos a ser tres. ¿Te importa?

–Chuta, no quería molestar.

–Nunca.

Tomás entra al pequeño estudio y ve a un chico demasiado delgado y demasiado alto para su cuerpo que hace lo posible por no parecer feo, pero sin duda lo es. Compensa. Tiene mordida de caballo y nunca usó frenillos. Su pelo está casi rapado y anda con unos shorts deportivos verdes, de esos con borde blanco, y nada más.

–¿No tienen frío? –les dice Tomás, pensando que quizás podría vestirse.

El chico feo con las costillas a la vista está en la cama de la Pocha hojeando una revista *Interview* con Annie Lennox en la portada. La pose es imitada, la conoce. El chico se jura divino, pero no lo es. Tiene las uñas pintadas de verde oliva. Tomás se fija que tiene las axilas recién depiladas.

–Este es Nelson, va a ser un dramaturgo feroz. Va a ser muy famoso. Acuérdate.

La apuesta de la Pocha, al final, falló. Nelson Castaño no llegó tan lejos. A fines de los ochenta, llegó a su tope comentando cine en el *Extra Jóvenes* y siendo columnista de la radio Galaxia. Su única obra, *Esso Market*, fue masacrada por Hans Ehrmann, a pesar de los esfuerzos que hizo el director John Knuckey por darle espesor.

–Se peleó con el Víctor del frente –le dice la Pocha mirando al chico feo tirado en su cama–. Y yo lo rescaté.

–No fabules, hueona. Te vine a entretener, cahuinera.

–Tienes suerte de que está aquí Nelson. Te sacaste la lotería, Tomás.

–La polla, perra. Ahora que todos andan leyendo Bukowski y viendo VHS de Almodóvar.

–Déjame seguir, ingrato. Controla tus orígenes. Te mueres su mente, Tomás. Tienen que ser amigos. Nelson, te cuento, viene de muy abajo y va a llegar muy arriba. Salió de unos bloques por Grecia, pero sabe todo lo que sucede en el mundillo alternativo, y está ultra al día con todo lo que es MTV.

–Uno hace lo que puede, Pocha. Igual el teatro ahora es la tele, se sabe.

–Pero entra, hueón, entra. Ponte cómodo. Qué quieres, Tomás.

Dime.

–Nada, gracias.

–Tenemos Campari. Y un vino que hacen mis tíos de Linares que no está nada mal, te diré. ¿Qué más? No sé qué más tengo. Qué pésima anfitriona. Pero bueno: peor sería que te mataran allá abajo o te llevaran detenido.

–Me carga esa palabra: detenido –comentó Nelson, que se demoró en hacer la posición de loto.

–No quiero nada, Pocha. Gracias. Dormir. Necesito dormir.

–Odio Chile y odio más Santiago –le dice Nelson a la Pocha evitando a Tomás –Yo te puedo contar más. Sosiégate. ¿Qué te pasa hoy?

–Debemos irnos de este valle infecto. Hay que escapar. Me conformo hasta con Buenos Aires, Pocha. Ya no me interesa Nueva York, menos ahora con lo del sida. Me aterro, me muero de miedo. Nunca he sido capaz de controlarme.

–Yo en cambio adoro Nueva York, pero no podría vivir allá ni en ninguna otra parte. Me voy a quedar como una señora conservadora como mis tías, pero, para serte bien franca, necesito un poco de represión y orden. Si llego a vivir en Manhattan: ¡me hago amiga de todos! Me volvería putaza. Liza Minnelli se volvería mi confidente, lo tengo claro, sería la nueva Felicia Montealegre de Bernstein, pero gorda. Y loca. Más radical que chic, te informo. No me bañaría, me raparía el pelo como tú, querido, saldría a esas delis en bata y pantuflas.

–Me gusta, hueona.

–No entiendes nada, Nelson. Sería como esa vieja loca que bailaba en la Studio 54 antes de que pasara de moda, ¿te acuerdas? Chile tiene sus límites, pero es bueno establecerlos. Creo yo. Yo libre me desato y no es bueno desatarse.

–No sé. Déjame meditarlo. Quizás por eso somos amigos, amiga.

Entonces Nelson se levanta, sirve dos copas de vino tinto, mira a Tomás como tasándolo y le dice: –Hola, ¿qué tal?

–Hola.

–Es lindo, sí, tienes razón, Pocha, pero habría que pulirlo.

–Te dije.

–¿Te podemos depilar? Estamos lateados.

Tomás se saca el abrigo y lo tira en un sofá color mandarina y les dice: –No. Tengo sueño. Fui a una fiesta del otoño. Estuvo atómica.

–¿Qué otoño?

–Hoy es el equinoccio del otoño. Es 21. O era, fue. Estaba por acá cerca. Iba a estar Osvaldo Menéndez.

–¿El traductor de Ovidio? –pregunta la Pocha destilando veneno y copucha.

–Ese nunca va a ninguna parte –le replica Nelson de inmediato–. Ese solo lee latín. Odio a los que leen latín. Ese putea con Jaime Guzmán. Por la plata, porque le conviene. ¿Eres amigo de ese perno?

–Parece. Me lo contó en la cafetería. Me dijo: hay mansa fiesta en el parque Bustamante, va a estar llena de artistas.

–«Mansa». Qué gente más cuma. Todos se creen artistas ahora que no hay arte y todo es tele.

–Estaba llena de exiliados, artistas, actores.

–¿Quién?

–No sé.

–¿Estaba Lucio?

–Tu odias a Lucio, yo cacho, Nelson.

–El Lucio sin gel es la nada. Lo he visto. Se de dónde viene. Se hace el new wave y antes era un pavo. ¿Estaba Lucio, Tomás? Te apuesto que sí.

–No sé. Estaba plagado de gente rara, rica, minas.

Tomás se sacó los bototos y se sentó en un cojín hindú.

–No sé. Llegué y me dejaron entrar. Igual, rico el departamento. Estaba frente al letrero de la champaña Valdivieso.

–Podríamos tomar –propone Nelson–. Pocha, hueona, ¿qué tienes?

–Me acordé. Tengo aguardiente Quinta Normal, amiga.

–Igual. Acuéstate y nos cuentas todo, guapo –le dice Nelson–. Qué ganas de depilarte, en serio.

–Le falta experiencia, Nelson. Déjalo.

–Mejor remecerlo nosotros que otros. Estamos en los ochenta. Muy fin de siglo. ¿No es cierto, Tomás?

–Capaz.

–¿Qué conocido-conocido estaba en esta fiesta? Yo ni supe. ¿Tú, Pocha? ¿Te enteraste?

–No, para nada.

–Unos que salen en la tele. En TVN. Unos viejos mayores, de esos que hacen de papás o abogados.

–Me cargan esos hueones, hueona.

Pocha y Nelson se miran al mismo tiempo.

–Hay que guardar esa cera en el baño. Este departamento es demasiado estrecho ahora que estoy de moda.

Tomás se fija que las ventanas que dan al patio de luz no tienen cortinas. Al otro lado del ventanal todas las luces están apagadas.

–¿Y ustedes de dónde se conocen? Tú no eres actor, intuyo.

–No, ¿por qué debería querer ser actor y usar las palabras de otro? No. Soy poeta. Estudio Letras, recién entré. Me gustaría escribir de cine. Estoy partiendo. Estoy descubriéndome.

–Debes conocer a su hermano, entonces. Se cree crítico.

–Es crítico –lo defiende Nelson–. Escribe en *Plano general*.

–¿Sí? Leo esa revista. ¿Cómo se llama?

–Ramiro Castaño.

–Lo leo. Es denso.

–Sí. Odia lo yanqui. Le dicen Godard: es medio espeso y posero, lo sé, pero es mi hermano y lo quiero, aunque tiene ene rollos mentales. Ya pues, Pocha: ¿dónde puta se conocieron?

–En un río –responde Tomás.

–En un parque, en las Siete Tazas. Conocimos a Tomás desnudo en un río y nos encantó.

–Me estaba lavando, estaba pasado. Miramos las estrellas.

–Fue solo con una mochila, el pobre. Como un pililo. Obvio que lo adoptamos.

–Uf, tengo sueño. ¿Les da lata que duerma? Gracias, Pocha, por salvarme.

–Me debes la vida, Mena –le dice la Pocha sacándose su kimono y quedando solo en calzones con dibujos de Hello Kitty.

–Medias tetas que te gastas, hueona. Perfectas. Tienes que posar para el Manuel y el Francisco. ¿Posarías, Tomás?

–¿Pagan?

–Es para un proyecto poético: foto y poesía.

–Puede ser. Si es arte. Me gusta el arte, un amigo de Sevilla posa y... He posado también para una amiga. Tomé mucho, estaba nervioso, en la fiesta.

Tomás se saca los pantalones y su suéter oscuro y queda en calzoncillos Chiteco celestes y una polera café usada con el logo de la aerolínea Braniff en naranja con las axilas humedecidas.

–Nos vemos mañana –y se tapa con una almohada–. Parece que tomé mucho pisco. O quizás fue todo tan fome que me dio demasiado sueño. Sorry. Tengo tuto.

–«Tengo tuto» –repite Nelson y estira su brazo hasta su cuaderno de tapa dura y anota: «Tuto».

–Lo amo. Es material como para muso.

–Pero es mío, hueón. Yo lo encontré primero. Se mira, pero no se toca.

Nelson levanta las cejas y se pone histriónico.

–Me encanta tu departamento, hueona. Cualquiera puede llegar a cualquier hora. Es muy urbano.

–Todos circulan por acá.

–Me encanta. Todo. El color, esos detalles, esa cortina kitsch de carnicería sesentera. Y me encanta él, te digo. Y sí: mejor no depilarlo. Me declaro fan.

–Bienvenida al club, amigo –y se ríen mientras Tomás duerme y comienza a roncar.

Extranjero en todas partes

Clemente notó a Tomás al llegar a la fiesta del otoño. Supo quién era de inmediato. Era el de la disquería. Recordaba caras y, en un ambiente tan pequeño como el que convocaban los hermanitos freaks para sus cuatro fiestas anuales, alguien nuevo siempre destacaba. Tomás le pareció disfrazado, sobreproducido. He tries too hard, pensó. Le pareció que intentaba parecer wave. Estaba claro que no era uno. Quizás él tampoco. Clemente vio a Tomás ahí recorriendo el departamento y mirando el letrero de neón buscando con quién conectar. No conocía a nadie. Le pareció un chico solo, aunque con un corazón no contaminado. Destilaba virginidad, pureza. Debe oler a leche, a leche de vaca, pensó. Le pareció, además, guapo, con unos ojos demasiado grandes, como los de los dibujos animé japoneses que daban en el canal UCV. Le pareció distinto, ansioso. Inocente y, a la vez, seguro, pensó.

Anotó mentalmente: «Es inseguro y seguro a la vez; no conoce el medio, por lo que no mide las consecuencias». Tomás les habló a unas chicas rubias. Odió cuando las hizo reír. Eran, cree, amigas de sus primas por el lado de su tío o de su tía. Le importaba poco. Su meta era no ser pariente de nadie acá, algo que descontrolaba por completo a casi todos, fueran de la clase que fueran, porque acá saber quién es, de dónde es, si es o no es, si es del barrio o del colegio o del pueblo o de la población, era clave. La fiesta, le pareció, no tenía onda y, a pesar de la idea temática del otoño, no había un tema en común, excepto escapar o creer que no estaban en Santiago. Clemente supuso que nada bueno podía salir de una fiesta organizada por unos burgueses huérfanos y ricos que juegan al incesto. Despreciaba a los hijos de agricultores, les parecían tan vulgares en su sueño de pertenecer. Pasó mucho tiempo en el baño revisando unas *National Geographic*, además de intrusear en los botiquines, de donde se robó unos Valium que luego dejó caer en los vasos de algunos.

Observó a Tomás como un espía que debía rendir un informe.

Seguro era gay, porque las chicas lo amaban. Luego lo vio coqueteando (¿o dejándose admirar?) por un viejo canoso con pañuelo al cuello que tenía una empresa de enmarcados para todas esas naturalezas muertas pavorosas que colgaban de las paredes de los supuestamente sofisticados.

Miró el reloj de pared con su péndulo ostentoso.

Antes de que lo pillara el toque de queda, se fue por la puerta de servicio de la cocina.

Bajó a pie cada uno de los pisos.

Al llegar al parque, lo miró en silencio y vio una patrullera pasar.

Recuerda esa vez que lo detuvieron caminando por el parque al otro lado del río, por el puente Lyon. Decían que por ahí había acción. Pero no: era en los autos, al otro lado, Nueva de Lyon, General Holley, Santa Magdalena, Bucarest, Suecia. Los autos bajaban la velocidad, encendían las luces. Luces a luces, no era para peatones. Se seguían o se cambiaban de autos y se iban lejos. El cruising era por el parque Uruguay, al lado del río, sí, pero a la altura de Antonio Bellet, para no ir al Santa Lucía, al Forestal.

–Documentos –le dijeron–. ¿Qué hace aquí?

Mostró su pasaporte británico. Sintió el cañón en sus costillas.

–Ya, váyase, antes de que le pase algo. Deberíamos detenerlo. ¿Sabe lo que les pase a los que detenemos?

Se fue, temblando. Ahora camina rápido las pocas cuadras que lo separan de su casa en la cercana calle María Luisa Santander.

Siente el frío del otoño.

Ahí se da cuenta: se le había quedado la bufanda colgada.

Ya sabe que es y será un extranjero en todas partes, que es un nativo que a la vez viene de lejos o que lo ven como un alien. Da lo mismo: no entiende ni comparte las extrañas formas de interacción ni los miedos y pavores sociales de su país de origen.

Clemente se sentía cerca de todos los pocos chilenos bilingües, errantes, hijos de exiliados o de empresarios o gente «viajada». Se sentía afín a los chicos retornados que deambulaban por el mundo y que no eran ni de aquí ni de allá y que no tenían entre sus opciones regresar, porque nunca fueron realmente de acá. Y no ser de acá era grave por dos motivos: por un lado, te transformaba en paria a los ojos de aquellos que nunca habían salido. Por otro, no ser de acá te daba un superpoder maldito: veías todo los errores, trabas y provincialismo.

De hecho, y tal como lo escribió en *ropa/americana*, admiraba mucho la figura de Gordon Matta-Clark y le parecía superior el trabajo del hijo al de su padre. Su casa, de hecho, creía, le hubiera gustado a Gordon, un semichileno maldito al que admiraba mucho por la forma de entender el arte callejero. Clemente tenía una foto de Matta-Clark

pegada en su escritorio sacada de un artículo de una vieja revista *Life* que encontró en el mercado callejero de Bullring Open Market. Gordon, le parecía, era un iluminado porque tenía el daño de Chile en la piel. Haber sido hijo del pintor Roberto Matta ya era, por cierto, una maldición. Gordon, en vez de pintar, destrozaba aún más lo que ya estaba destrozado: las partes de las ciudades abandonadas. Gordon le parecía, además, angelicalmente bello, aunque, como decían acá, algo «tocado». ¿Tocado? ¿Por los curas, por esos primos, esos tíos, esos profesores de gimnasia, esos hombrecitos que iban a hacer el jardín, a limpiar los vidrios, a reiniciar la Comet o destapar la chimenea?

Para los que no tenían, Clemente era un privilegiado, un hijito de papá. Para los que tenían mucho, «el hijo de los Fabres» les parecía un descarriado, un demente, un exiliado que no debió volver, un chico perdido y no de fiar. Su papá, Juan José Fabres, es sociólogo de la Católica. Sigue en Birmingham. Trabajó asesorando al ministro Gonzalo Martner padre en ODEPLAN durante el gobierno de Allende. Retornó al Reino Unido pues ahí estudiaron sus doctorados tanto su madre como su padre. Alumnos de Oxford, luego parte de la revolución de las humanidades de la Universidad de Birmingham. Su padre siempre ha creído que Pinochet no se irá y que es imposible que caiga (como dice el irritante cantito callejero). De caer, le insiste a Clemente, correrá mucha sangre, por lo que la idea de un Chile pos-Pinochet neoliberal y tranquilo le parece, quizás, la mejor salida. «Menos épica pero más concertada». Sí cree en la posibilidad de un eventual pacto si se llega a 1988 sin grandes sobresaltos. El padre de Clemente intenta conectar con su hijo editorializando como si escribiera en *Mensaje*. «Los chilenos prefieren más el pasado que el futuro. El futuro los paraliza», le dice cuando hablan por teléfono el último domingo de cada mes, evitando de paso entrar en temas más personales o emocionales.

Lo tiene claro: vuelva o no vuelva, siempre va a escribir sobre Chile, esté donde esté. ¿Escribir de qué? ¿El fanzine seguirá cuando esté de vuelta? Podrá irse, pero va a seguir atado. El español se le ha colado en su inconsciente, usa diminutivos, ya es capaz de empatizar con el chaqueteo, con eso de hacerse los lesos, entiende la inseguridad atávica y la necesidad desesperante por el orden. Por mientras, cuenta los días como un preso en una celda. Debe llegar hasta fin de año. Faltan nueves meses. Una eternidad. Por ahora, debe quedarse quieto. Ansía volver entero a Birmingham. Escapar. Regresar. Y olvidar.

¿Chile se olvida?

Clemente no utiliza todas las habitaciones, pero le tiene nombres a cada una de ellas. Dentro de su desorden, hay un orden. *El orden de las no familias.* Sabe que nunca más tendrá una casa así de grande para él solo ni veintidós años otra vez. Tampoco será nuevamente estudiante de Periodismo ni vivirá en un país así, bajo toque de queda. Nunca más su alquiler costará cero. Quizás nunca vuelva a vivir bajo «un régimen militar», como insiste en nombrarlo su tía Alejandra Fabres en su columna de *La Segunda*.

No hará otra vez un fanzine.

No volverá a tener una mesada así, en libras esterlinas que se transforman en muchos pesos, más de los que necesita.

En el cuarto que tiene el techo más alto están sus discos, la tornamesa y un colchón tapado con una piel de llama que compró en el persa. Y, en el segundo piso, su escritorio de caoba y un sofá, en la que es la mejor pieza, y que seguro fue pensada como dormitorio principal, porque tiene orientación norte, con sol en invierno. La casa, de hecho, arrastra artefactos y muebles de otra gente, incluyendo muebles de su madre y de sus abuelos. Regaló todas las alfombras a los Traperos de Emaús. No necesitaba adornos o seguir tendencias. A Clemente le gustaba pensar que la casa ahora tenía su estilo. Que no se parecía en nada a las casas y departamentos de los nativos. Algunas piezas estaban, en efecto, vacías y heladas, con el parqué gastado. El living tenía algo de esas películas modernas francesas: se podía patinar en la casa.

Con el dinero que ganó de un concurso literario de la AFP Habitat (salió segundo, con un cuentito llamado *Strangers in the Night*, medio donosiano, porque Donoso estaba en el jurado), Clemente compró unas pinturas Ceresita y sacó lo viejos papeles murales y dejó casi todas las partes que iba a usar o por las que podría transitar de color hueso y su pieza la pintó gris carbón. El baño lo pintó a verde menta como el de *El resplandor*.

La casa la heredó su madre después de todo lo terrorífico que pasó con sus abuelos maternos cuando Clemente y sus padres estaban en Inglaterra. Su tía Inés no quiso la casa, no quiso saber nada de sus padres. Menos de su madre delatora. Ubicada en María Luisa Santander, la había comprado su abuela Leticia Valdés por una suma ridícula. Los antiguos dueños quisieron huir a Venezuela luego de que les expropiaron su fundo y les bajó la paranoia anti-Allende. Sus abuelos se enteraron de que los vecinos de los Del Solar estaban desesperados por «huir antes de que fuera demasiado tarde». Eran tiempos de miedo, paranoia, locuras refundacionales. Los abuelos de Clemente tenían unos dólares guardados en una caja fuerte y decidieron invertir. La abuela Leticia decía: «Son unos cobardes, estos

upelientos van a caer pronto y nos quedaremos con la doña casa a precio de huevo». La decisión fue: mejor tener una casa a una cuadra que comprarse algo lejos o al lado del mar. A los pocos días cerraron la compraventa con el dinero que entregaron en una caja metálica de galletas Hucke. Su madre heredó la casa y, cuando quiso retornar, dejar a su marido y traer a Clemente de vuelta al país que dejaron el 74, la casa de los griegos le vino como anillo al dedo.

«Es tuya mientras vivas en ella. Si te quieres mudar a no sé dónde, puedes arrendarla, pero insisto: siempre y cuando vivas acá. Si decides irte de Chile, pierdes la casa. La vendo o la arriendo. Ahí veré. ¿Te queda claro? Que te pase la casa gratis es motivo extra para demostrarte que conmigo se puede negociar. Pero si te vas, si decides arrancarte, Clemente, te quedas sin nada. Tan simple como eso. Yo no te voy a dejar nada porque venderé lo poco que tengo para donarlo a la Fundación para la Apertura Mental», le dijo mientras fumaba en el comedor.

Sentía que la casa era una suerte de recompensa por haberla acompañado en su locura desaforada de regresar, «a pesar de lo que estaba sucediendo». Todo se paga, decían acá con insistencia, como un mantra. En Birmingham, los Fabres Ovalle no pertenecían a la clase privilegiada. No eran ni siquiera exiliados, solo extranjeros. Ella se lo repitió varias veces: «Yo, a diferencia de tu padre, prefiero ser alguien en mi país, aunque sea una dictadura, que nadie en una monarquía bajo el gobierno de esa mujer feroz». Clemente, por ser quién era, por vivir ahí, por su apellido y sus rasgos, era, en efecto, alguien.

«Mejor ser cabeza de ratón y no cola de león, disculpa», decía su madre ante los incrédulos que no entendían la razón de por qué ella había retornado. «Regresado, no digas retornado, te lo ruego. No somos retornados, jamás lo fuimos, nunca nos expulsaron. De hecho, Juan José quiso irse y él quiso quedarse en Inglaterra. Cree que no se puede vivir acá. Se puede. Ser errante me parece una verdadera maldición».

¿Era cierto lo que sentenciaba su madre?

¿Tenía raíces? ¿De dónde era realmente?

¿Qué hacía aquí?

Pasó la Unidad Popular acá en un colegio tipo Montessori. En enero de 1974 llegó a Birmingham, tenía casi doce. Ahí estuvo hasta los diecisiete en el King Edward’s School, que estaba cerca de la universidad donde enseñaba su padre y de la fría y angosta casa donde vivían. El 81 retornó a Chile. Lo trajeron de vuelta, la madre lo sacó de un brazo, huyeron después del episodio Naseem y la debacle del matrimonio. Clemente estaba por entrar a Cambridge.

Se imaginaba conversando en el futuro con amigos. En un pub, un restorán, una fiesta o en la terraza de un departamento en Hong Kong

con vista a la bahía. «I studied journalism in Chile, of all places. And during the core Pinochet years, mind you. It was ghastly but, in a certain way, quite cosmopolitan and exciting. A total adventure, I must confess».

Tenía un pasaporte británico y uno chileno que no estaba marcado con la L. Con sus padres se hablaba todo en español. Siempre se miraba hacia Chile, incluso cuando vivieron en Uruguay. Eso fue antes, mucho antes. Durante más de tres años, del 68 a comienzos del 71, vivió en el barrio de Pocitos, en Montevideo, cuando su padre trabajaba en la ALADI. Entró al prekínder de The British Schools, así en plural, por lo que el inglés siempre estuvo cerca o dentro de Clemente y la noción de estar de paso siempre fue parte esencial de su bagaje. Luego Chile: a vivir la Unidad Popular, esos años intensos, gritones, divertidos, épicos, en que sus padres se sentían los héroes que iban a salvar el destino de todos. Estaban locos, pero al menos era una fiesta continua. Estaba lleno de hippies y color y a Clemente le gustaba que lo miraran en el colegio como un miembro de la élite revolucionaria. Era, sentía, uno de los hijos de los hombres del presidente. El propio Allende lo invitó junto con otros niños ligados al gobierno a tomar once con café helado y cuchiflíes al lado del río, en El Cañaveral, allá por la precordillera, con un show infantil del propio Pin Pon. Luego: escapar de Chile cuando su padre entendió que había fracasado el experimento y él corría peligro.

Ir, venir, irse, regresar.

¿Ahora volvía o se iba?

Cada dos o tres días, sin aviso, aunque nunca los fines de semana, aparecía por la casa Rosa Zúñiga. Tenía su juego de llaves con un jarroncito de greda de Pomaire. La Rosa era la costurera/dama-de-compañía de la tía Elena Petit que vivía en la casa de al lado. La tía Elena era la anciana viuda del escritor Hernán del Solar y la Rosa la cuidaba. Rosa pasaba algunos días a vigilar al «joven Clemente», como le decía. Le daba «no sé qué» que viviera «solo como un perro, huacho, abandonado, no es normal, joven». La Rosa era de Ercilla, del sur, pero ya entendía cómo funcionaba el mundo de los artistas burgueses y por eso no le complicaba hacerse cargo del chico de la casa de al lado. Llevaba décadas cuidando artistas incapaces de enfrentar del todo la realidad cotidiana. A Clemente lo trataba de «don Clem», pero usando el tú y, cuando estaba enojada, de «vos» o de «pituquito malcriado».

En la casa de la viuda de Hernán del Solar vivía puertas adentro una mujer de nombre Mirta que le cocinaba platos sin carne («ideas de gringos. Mire que comer sin carne, ni que fuera pobre, muchacho»). Rosa Zúñiga entonces le llevaba comida hecha por la Mirta. «Usted me

preocupa: sin nadie en una casa tan grande y con tantas piezas vacías, pero bueno, chico leso, yo siempre he trabajado con artistas y gente sola». Rosa vivía en la pieza de una pensión por la calle Santos Dumont, era muy baja y encorvada por pasar tanto tiempo frente a una máquina de coser. Juan José Fabres le enviaba dinero a la Rosa Zúñiga, que votó siempre por Alessandri y sospechaba de la Unidad Popular. Aun así, su padre confiaba en ella. A veces hablaban por teléfono.

«No tienes que cuidarlo, solo vigilarlo. Tú sabes todo lo que está pasando».

Rosa, en efecto, sabía lo que estaba ocurriendo y no le gustaba, pero sabía callar.

En la ordenada calle María Luisa Santander, entre Condell y Salvador, todas las casas son blancas o color cáscara, todas están escondidas-y-a-la-vista detrás de sus pequeños antejardines con sus delicadas rejas que delimitan más que esconden. Entre ellas, la mansión de la Editorial Universitaria donde editan los *Papelucho* que Clemente ha coleccionado en sus distintas ediciones a lo largo de tantos años. Clemente siente que es una calle literaria, culta, distinta, cercana a todo lo que le interesa y necesita, y por eso se quiso quedar ahí a toda costa cuando su madre fue a instalarse al norte con su novio «hippie new age de alta alcurnia» (heredero de unas viñas de pisco) y nueve años menor de nombre Dauno Cobo. Consuelo Ovalle, su mamá, se instaló en las afueras de un pueblito en el valle supuestamente mágico del Elqui: tomaba fotos, tenía cabras, cultivaba una granja, miraba las estrellas y se bronceaba al sol mientras fumaba marihuana. Ella (apenas veintiún años mayor que Clemente) lo dejó solo en la casa de Santiago.

Llevaban años no hablándose o esquivando los temas complicados.

Se lo trajo porque necesitaba vivir en Chile «aunque hubiese una dictadura; total a mí no me va a pasar nada».

Su madre, al parecer, tampoco quiso entender lo que sucedió con su propia hermana, con su prima y su marido médico y con sus dos sobrinos.

Consuelo ahora sentía que era posible vivir algo «intenso» y no lo iba a desechar «por intentar querer ganarme el premio a la madre del año». Esta frase no era de su madre, sino de su terapeuta letona «de moda» entre la burguesía de izquierda y progre de la época. Fue justamente la célebre y mítica Lola Hoffmann, ciega de un ojo y con su prendedor en forma de flor de lis como talismán, quien le recomendó «cercenar» sus lazos y «no perder su vida por algo tan circunstancial como un hijo».

Su madre comenzó a follar con la puerta abierta, por lo que

Clemente conocía el peludísmo y delgado cuerpo desnudo de Dauno Cobo tan de memoria que una vez lo dibujó con carboncillo. Lola no creía en la culpa ni en la monogamia. Un día su madre le dijo: «Mira, me voy. Dauno es más importante o, al menos, la idea de la aventura. No puedo no ceder a mis apetitos primarios. Algún día me entenderás. A ti, en todo caso, no te hará mal convertirte en adulto. Uno en esta vida está solo. Y tienes una sola vida para preocuparte del qué dirán o de Dios que, como ya te quedará claro, no existe o se fue de Chile hace rato».

A Clemente le pareció una bendición que se fuera. Su madre lo incomodaba y hastiaba. Le parecía débil, perdida y manipulable. Lola Hoffmann, de seguro, la usaba como conejillo de indias. «¿Tú crees que tu hijo se sacrificaría por ti?», le preguntó una noche en su fría consulta de su casa en la calle Pedro de Valdivia al llegar a Irarrázaval.

La Rosa insistía en que la madre de Clemente lo había «botado como a un quiltro» y «que esas cosas no se hacen en las familias decentes». Sus abuelos maternos no pudieron recibirlo, porque ya no estaban. Después del golpe comenzaron a llevarse peor que durante la Unidad Popular, convirtiéndose en enemigos acérrimos y de bandos opuestos. Sus hermanos decidieron separarlos. A la abuela Valdés, que le dio por coleccionar *memorabilia* militar, la llevaron a una casa que tenían unas monjas en El Paico, luego que ella intentara envenenar a su marido porque no lo soportaba. Además, se dedicó a denunciar a la Dina a los vecinos del barrio. Y a su propia hija: la tía Inés, que era del MIR. Su abuela lo decía claro y lento: cuando te empujan, uno tiene derecho a vengarse; la revancha es humana. En su casa tenía el recorte de una portada de *El Clarín*: «Momios al paredón, momias al colchón». La abuela de Clemente pasó del miedo paralizante al odio recalcitrante. Una mañana amaneció muerta. La sospecha es que fue sofocada por una enfermera o una cuidadora infiltrada. El abuelo médico, que votó por Tomic, tuvo que curar las heridas visibles de su hija torturada. Sebastián, el hermano del medio, que tenía un campo en Peumo, le arrendó a su padre un departamento en el centro, en la calle Tenderini, al lado de un «sauna» donde traficaban drogas. Nunca volvió a ser el mismo luego de lo que le hicieron a su hija Inés. Un 30 de agosto de 1977, el abuelo tomó barbitúricos que le dejaban los visitadores médicos y se metió a una tina caliente, incapaz de terminar el mes más helado.

Clemente siente que el barrio entero roza lo gótico, acaso triste, frío, habitado casi solo por ancianos, sin niños, colmado de añosos plátanos orientales como un bosque frondoso y maldito a la vez. Clemente había investigado a todos sus vecinos. Estaba la vieja pituca que salía

todas las tardes a misa para terminar en el Hotel Carrera tomando Tom Collins; la familia de científicos de origen croata con los hijos gemelos que parecían modelos; y los dos señores mayores amanerados que escribían la columna de socialité del vespertino («son marcianos», le dijo alguna vez su abuelo para esquivar el tema).

Una vez Clemente debió ir a vacunarse al añoso Hospital del Salvador contra la rabia. Lo había mordido un guarén negro. Una noche había bajado a los cuartos subterráneos de la casa que había transformado en un estudio fotográfico con la intención de revisar unas tiras-de-prueba. Estaba oscuro y, al mover la puerta, un guarén que, al parecer, estaba arriba de ella, se asustó o perdió el equilibrio y cayó desde el cielo en su brazo desnudo. Clemente solo andaba con unos shorts de piyama. El inmenso roedor lo arañó y mordió. Sintió su peso. Pesaba mucho, como un puma. Encendió la luz y se miraron: tenía los ojos amarillos. Era una rata inflada, un jabalí pequeño.

«Son los guarenes que han salido por las excavaciones del metro en el parque Gran Bretaña», le dijo la Rosa al ver al día siguiente los arañazos y la sangre seca y el púrpura intenso de la mordida en el delgado brazo color leche de Clemente. «Sobraron habas y milanesas donde la señora Elena; menos mal que pasé», le dijo. «Cuando lo ataque una rata con rabia, avise, pues». Rosa lo curó con agua oxigenada antes de enviarlo a la otra cuadra al hospital donde tuvo que ponerse tres dolorosas vacunas de tétano a lo largo de un mes.

Le cinéma du look **Clemente, con look más** estudiantil que new wave, levemente perno/nerd, pero igual cool y misterioso, avanza por la noche. Anda con un abrigo verde jaspeado y zapatos cafés con cordones amarillos, algo de vello facial, pero estilizado, con lentes de carey parecidos a los que usa el joven y ambiguo ministro Francisco Javier Cuadra. ¿Por qué usaba gel el ministro? El mino facho de La Moneda con pinta de modelo de Milán siempre parece recién follado. ¿Por un tipo, su mujer, algún militar? ¿Se lo habrá recomendado Jaime Guzmán a Pinochet?

Decide pensar en otra cosa, dejar de mirar a los putos con zapatillas caras que deambulan frente al Prosit de plaza Italia.

Clemente sigue por la Alameda, bajo los neones.

Compra su entrada e ingresa al cinearte Normandie.

Se sienta a solas en un asiento del inmenso y ártico cine.

Clemente se fija que más adelante está Tomás. Anda con un abrigo y pantalones de pana estilo príncipe de Gales. Entonces reconoce su bufanda roja. Lo recuerda de la fiesta del otoño y de la entrada en la disquería durante el verano cuando lo miró como si fuera un actor de un drama juvenil emotivo. Quizás Josué Nilo le pueda dar información, puesto que él todo lo sabe.

Los dos están solos.

Ambos se reconocen y hacen como que no se conocen.

Tomás se dice a sí mismo mientras come una almendra confitada que Clemente es complejo. Clemente medita mientras hojea la revista limeña *Hablemos de cine* y piensa que Tomás es demasiado engrupido.

Clemente siempre está solo, concluye Tomás.

Algo oculta este chico o está de verdad solo como un dedo o tiene

mucho mundo interior, piensa Tomás. Se percata además de que siente envidia de él. Le gusta saber como se llama, le gusta pronunciar su nombre, le gusta más anotarlo en un cuaderno y escribirlo con todas las tipografías que se le ocurren.

Clemente miró a Tomás antes de que se apagaran las luces: parece un nerd que podría ser el chico más guapo de un pueblo chico. En el milieu del arte local, Tomás puede pasar desapercibido. Pero no pasa desapercibido para él: se intrigan. Le intriga. Sabe que Tomás está fascinado con él y eso, lo admite, lo hace sentir bien.

Juntos ven (por separado y a solas) una película.

Diva de Jean-Jacques Beineix.

La aman.

Clemente no recuerda cuántas veces la ha visto.

Tomás la está viendo por primera vez.

Es acerca de «todo y nada, pero principalmente es de los barrios y las esquinas de una ciudad de la que te apropias». En *Diva*, todo parece mágico y soñado, demasiado romántico y sobreestilizado. Está esa cantante de ópera afroamericana –la diva de las divas– que no acepta las reproducciones de su voz; está ese chico ligero de cuerpo e inmenso de alma que es cartero y recorre un París nocturno y azul en una moped, esas Vespas italianas que le parecen tan lindas. Está la chica vietnamita que pesa como doce kilos y patina por un loft como los que podría haber por el barrio Italia si se fueran todos los viejos y las fábricas de cecinas. Hay un tipo mayor, el bohemio con pasado, que se da tinas en medio de un living con pinturas pop. París siglo XXI, mestizo, multicultural.

En el segundo número de *ropa/americana*, Clemente escribió de esta película.

Tituló la nota: «Dale, dale con el look: el despreciado cinéma del look».

Hacia el final escribió: «En definitiva, la trama importa poco, aunque importa más que en muchos thrillers. *Diva* no es una cinta acerca de escapar, sino de llegar. La verdadera historia de amor no es entre Jules y la diva (que no permite que graben su voz en ningún formato) sino que es sobre cómo Jules conoce mejor la ciudad y se conoce a sí mismo. Es, en este sentido, un boy meets boy. Jules se descubre. *Diva* necesita del look, del humo y toda la luz azul, porque, uno, es contemporánea, tributa de los videos y la publicidad, y, dos, porque es una cinta joven. El París de siempre no es la ciudad que descubre Jules al momento de decidir transgredir las normas. Sí, roba un vestido, graba un casete sin permiso. Pero eso le permite ingresar al París secreto, el que no conocía y el que, gracias al cariño de Beineix a su protagonista, sin duda lo acoge y lo abraza».

Mientras ven la cinta, Tomás piensa: ¿es posible enamorarse de una

voz o del arte que produce alguien? ¿Es necesario consumar físicamente el amor? ¿Qué dura más: una obsesión o una relación?

Clemente medita más allá: Jules, el cartero delgado y pálido, se parece un poco a mí.

Ahí se da cuenta: su fan/stalker robó su bufanda tal como el cartero se robó el vestido de la diva interpretada por Wilhelmenia Wiggins Fernandez.

¿Quién es el actor Frédéric Andréi?, ¿habrá hecho otra cosa?, ¿le gustó su rol en la película?

¿Tomás olerá su bufanda?

Ambos quieren más, mucho más.

No les basta lo que tienen y no les gusta de dónde son.

Es cierto: por momentos sienten miedo, pero, sobre todo, lo que los paraliza es la falta de vida, el aburrimiento, estar solos. Ambos desean conocer a otro y formar un team, contar con un par. A los dos les gustaría tener un amigo (un socio, un colega) con quien ir a ver películas como esta. *Diva* legitimaba el fetichismo: Jules se roba el traje de la cantante y lo toca.

¿Tomás tocará su cuerpo con su bufada?

Le gustaría verlo, fotografiarlo frente a un espejo grande con nada más que su bufanda roja comprada en la tienda Lewis de Corporation Street. Clemente inesperadamente recuerda que una vez se robó una polera y unos calzoncillos de un amigo llamado Liam que era irlandés y siente una erección dentro de su apretado pantalón al recordar cómo los olía al masturbarse en Birmingham. Tomás también se erotiza, pero con lo estético, con la música, con la chica oriental y sus patines. Los dos aman todo: el aria *La Wally* de Alfredo Catalani, la música de Vladimir Cosma, quieren leer la novela del tipo llamado Delacorta, así sin nombre o quizás es su apellido.

«Basada en la novela de Fabres», piensa Clemente.

Durante la función, cada uno está pendiente del otro, aunque no lo reconozcan ni hagan nada para llamarse la atención. La posibilidad de acercarse al otro les parece casi ilegal, podría ser muy mal interpretada y hasta podría llevar a consecuencias violentas.

Ninguno, además, quiere ceder.

Por ahora.

El que pestañea pierde.

Ambos entienden que, de suceder algo así, sería alucinante, romántico y literario.

Tomás piensa: todos en Letras me idolatrarían, sería el Ginsberg local. Aunque acá no existe la amistad intensa entre dos hombres. Ambos piensan: sería operático conocerse a la salida de la función y discutir la cinta comiendo gordas con mostaza en el Bierstube y luego salir a caminar hasta Ñuñoa por sus calles oscuras y raras.

Las luces se encienden.

Tomás lee los créditos atento y anota algo en una pequeña libreta verde.

¿De dónde la habrá sacado?, se pregunta Clemente.

De pronto, ve que Tomás anda con una grabadora de mano, con micrófono insertado, de esas de periodista, chicas, las más compactas del mercado, y ve que el chico graba algo, graba el sonido de la música que aún suena, pero también se fija que le dice cosas a la grabadora.

Tomás se levanta y camina a la salida.

Se miran.

A los ojos.

Es la primera vez que se ven los ojos.

Verdes, Tomás; pardos, Clemente.

¿Cómo se llamará?

Lo decide sin pensar: Divo.

Divo, sí, por ahora, aunque el personaje se llama Jules y el actor Frédéric Andréi.

Tomás tiene claro que Clemente se llama como una calle. Ya la ha recorrido: desde Manuel Montt hasta Julio Prado.

Clemente suelta la mirada y busca su mochila en el suelo.

Cuando vuelve a mirar la platea, Tomás o Divo o el-chico-del-abrigo-que-lo-obsesiona que se robó su bufanda roja de Lewis ya no está.

Cameos
(Lucio, Blas, Josué & Valeria) **El verdadero dueño de Lado B** no era Lucio Galdames, sino un tal Franco Botto que odiaba la música y el pop e incluso todo el cine que no era de época. Botto vivía en Buin en una parcela inmensa llena de perros y niños de todas las edades. Heredó el local de Elio, su hermano menor, que sí era fanático, pero de la música clásica, sobre todo los réquiems y las óperas.

Botto conoció a Lucio cuando quiso poner en venta la disquería La Scala. Lucio justo pasó un día por esa galería buscando un costurero que hiciera pantalones copiados de revistas. «Liquidación por cierre», leyó. Pensó que iba a encontrarse con un botín de discos new wave o punk, ahora que ya no le interesaba el heavy metal. Pero se topó con miles de discos de la Deutsche Grammophon.

Franco estaba ahí, alterado, obtuso. Escuchaba la radio Agricultura y comentaba las noticias. Lucio se dio cuenta de que era facho, promilitar, antiizquierda. Lucio de pronto le dijo: –¿Vas a vender los discos y luego cerrar el local o vas a cambiar la onda musical?

–Cerrarlo y quemarlo. Tuve que destapar hasta las cañerías. Mi madre compró este local como inversión. Vivía arriba, en ese edificio. Le pasó el local al beato de mi hermano que lo dejó botado para ordenarse sacerdote.

En efecto, Elio Botto, hasta entonces había sido numerario del Opus Dei. Vivió «casado con Dios», con argolla incluida, en una casa de la calle Lyon con puros hombres castos. Recientemente había optado por irse a México y ser parte de la Doctrina de la Fe del padre Maciel. A Elio no le bastaba vender discos o rezar, necesitaba ser cura.

Lucio miró la rabia y ahogo de Franco y le dijo: –Tú necesitas

ayuda. Esto no es lo tuyo.

–Para nada. Tengo familia, campo. Esto es un cacho.

–Yo puedo transformar esto. Pero la música clásica no vende. ¿Confías en mí?

–Depende. Hazme un plan de negocios. ¿Qué pretendes?

–Vender discos. Otros discos. Fijamos una meta para que ganes algo. Y el resto es mío. Este local no vale nada. Y tenerlo cerrado es una mala idea. Yo creo en el capitalismo. Creo en el sistema.

Tres semanas después de leer su propuesta, Franco optó por hacerle una oferta. La nueva disquería debía ser lo contrario a La Scala.

–Se tiene que llamar Lado B. Confía. Todos, además, tenemos un lado B.

–Yo no.

–Pero los futuros clientes, sí. Dame un año. Si no, la cierras.

–¿Qué gano yo, Lucho?

–Lucio, Franco. Es Lucio. No Luis, menos Lucho. Lucio.

–Raro tu nombre, como tú.

–Más raro es querer ser cura del Opus a los cuarenta, en todo caso. Vamos a llegar lejos. Confía en la clase media baja. Soy ambicioso, neoliberal, posmoderno y contracultural. Soy aspiracional. Aspiro a más. ¿Eso me hace arribista? No creo.

Lucio Galdames conoció a Josué Nilo en la Casa Constitución. Ambos estaban viendo *Tommy,* la adaptación de Ken Russell de la ópera rock de The Who. Josué iba vestido igual que Elton John en la cinta. Con unos anteojos redondos inmensos y un gorro de lana tejido por él mismo. A Josué le gustaba destacar. Esa noche andaba con Blas Forttes, que en ese entonces estudiaba Comunicación Audiovisual en el Arcos, alias El Ojo. Lucio se les acercó y terminaron fumando pitos en la calle. Luego hablaron de pop inglés, de cintas donde había participado Jim Henson de los Muppets, además de quedarse pegados con los elementos queer de la extinta serie *La hechizada*. Blas les dijo que iba a regresar a la Casa Constitución 80 para ver, por enésima vez, a los Pink Floyd en vivo en Pompeya. Lucio le preguntó si Blas era de fiar. Josué le dijo que sí, que, para ser hetero, era friendly y totalmente geek. Lucio no sabía lo que significaba geek por lo que Josué le explicó: –Es virgen, ninguna chica lo pesca, no juega fútbol, la música es su vida, es obsesivo con las nuevas tecnologías y las subculturas ñoñas. Es buena gente, de fiar. No tiene onda exterior, pero sí por dentro. Me admira y me respeta. Somos como una dupla, aunque aún nos falta un negocio donde poder explotar lo que sabemos.

–Tengo una idea –le comentó Lucio, con los dedos pasados a marihuana.

–Puedo trenzar redes, si lo necesitas. Me encanta la gente, amo las historias. ¿En qué andas, Lucio? Noto que exudas ambición. Tú me ayudas y yo, por cierto, te voy a ayudar.

–Manejo una disquería, entre otras cosas.

–¿Manejas?

–Coordino, vigilo, asesoro.

Lucio lo citó para que fuera a la disquería ese mismo lunes. Lo invitó luego a Elkika, una fuente de soda alemana que quedaba cerca, a la salida del metro Tobalaba. Lucio le contó su sueño de usar la disquería como centro de un universo de cultura paralela.

Josué le dijo: I'm your man, citando a Wham!

Luego le aclaró en forma lenta: –Es clave no ser sectarios, excepto con los que son sectarios, Lucio. Confío en tu histeria y sentido arbitrario. Odiar es otra forma de amar. Debemos ser una alternativa disidente.

El martes ya estaba en Lado B y, a las pocas semanas, era Josué el poder en las sombras y el asesor musical y sociocultural de Lucio Galdames. El trabajo en la disquería le dio la ansiada estabilidad a Josué para poder vivir de manera caótica y dar rienda suelta a su cruzada pop. Partió tiñéndose el pelo blanco para destacar. En un edificio afrancesado al lado del Diego Portales, ex-Unctad, en pleno barrio Lastarria, rodeado de militares con metralletas, Josué arrendó un departamento que tenía poca luz, pero que estaba al lado del metro y de muchos lugares donde comer, como el Torremolinos. Blas, por su parte, pasaba en el departamento de la tapiada calle José Ramón Gutiérrez escuchando discos, hojeando revistas y fumando hierba con la ventana abierta para que la olieran los milicos. Blas le pedía libros prestados, videos de películas europeas, mangas; el chico de zona central tenía talento y una memoria envidiable para acumular trivia. A veces se quedaba a alojar en el sofá turquesa del living, aunque, con el tiempo, dormían juntos sin tocarse en el futón japonés que el dueño anterior dejó al tener que regresar de vuelta a Seúl.

Blas Forttes sentía a Josué Nilo como a un hermano. Comenzó a llevarlo a cumpleaños del Arcos para tasar y conocer el mundillo audiovisual del futuro. Josué conquistó a buena parte de los chicos cinéfilos y melómanos. Blas, una noche, después de una función de *Blade Runner* en el Normandie, le dijo que deseaba ser DJ. Y que, si bien no sabía bailar, sí podía hacer que otros lo hicieran. Josué le confidenció que Lucio Galdames («the big boss, el que abusa del gel») estaba organizando fiestas alternativas-a-lo-alternativo. «Para lograr ser un as de la tornamesa», le subrayó, debía comenzar a trabajar en la disquería y, al mismo tiempo, quitarle compradores claves a Fusión.

–Estamos –estoy– apostando por el futuro, Blas. ¿Te unes o te quedas atrás?

Blas, que eventualmente pasaría a llamarse DJ Blast, le dijo obviamente que sí. Lo que no sabía ni pudo predecir es que, unos meses después, no solamente iba a tocar discos en fiestas y venderlos en la Lado B, sino que sería uno de los locutores/controles más apreciados de la radio Eclipse. Ahí, frente al micrófono, toda su timidez e incapacidad de hablar ante los demás se esfumaba una vez que la luz roja del estudio se encendía. En el diminuto locutorio tapizado de espuma en forma de cajas de huevos, Blas Forttes entendía que estaba al aire y que debía hablar fuerte y desde adentro y todo lo que le parecía imposible en la vida real se volvía fácil, natural, cotidiano y sensual.

Lucio siempre olía a betún Nugget y coleccionaba botas, bototos y zapatos con taco. En su primera etapa, que ahora intentaba erradicar, había sido fanático de las cintas de terror y las películas B, además de todo lo relacionado con la ciencia ficción. Andaba de negro, sí, pero rozaba lo metalero y su pelo largo nunca había sido intervenido por la viscosidad del gel. No sabía quién era, pero deseaba ser, a comienzos de los ochenta, parte de una tribu urbana. Cualquiera, lo importante era pertenecer a una y tener un gran grupo de hermanos expeliendo testosterona. Pero, claro, el mundo del rock progresivo y el metal pesado no era el suyo. Tenía las botas, tenía los jeans rotos, tenía la altura, pero odiaba el look. Hasta que un día encontró el gel de su madrina Vero y vio un video de Nomo en el programa de Rodolfo Roth. «Red Lipstick» se llamaba el tema del álbum *The Great Unknown*. Nomo al final resultó ser una banda que nadie conoció, unos ilustres desconocidos, algo que Lucio se negó a ser. Le iba a torcer la mano al destino, no iba a aceptar así como así las cartas que le habían tocado. Miró el video absorto. Los tres chicos de la banda no tenían nada especial excepto por su ropa (mucha chaqueta negra, mucha camisa blanca) y la copiosa cantidad de gel que transformaba sus pelos en algo que se acercaba a esculturas modernas. Los amó, los entendió, se sintió representado. Fue como un terremoto. Vio el futuro, vio limpieza y orden. Nunca lo había escuchado antes, pero entendió: debía usar gel, debía usar ropa linda, debía cortarse el pelo. Ahí se dio cuenta: el negro era su color y amaba estar cerca de chicos, pero no podía ser metalero porque, en el fondo, lo aterraban. Quizás por eso ni se acercaba a la salida del metro Los Leones ni a las hordas de thrashers de pelo largo que se congregaban los sábados entre el paseíto Las Palmas y el recién inaugurado Portal Lyon del frente. Lucio quería influir y deseaba ser una alternativa a la alternativa.

Clemente conoció a Lucio Galdames el año anterior para el estreno de una obra llamada *Ugghht Fassbinder*, que se promocionaba en los

flyers pegados por la ciudad como una «mezcla de las mejores escenas de la obra del cineasta alemán», que ya había muerto y que ahora era de culto. El afiche de *Querelle*, robado, copiado e impreso por los pillines del Normandie, era el más vendido del cine. Clemente detestaba la onda de Fassbinder, le parecía fría y lejana. Pero reconocía que alrededor de la sala El Trolley y del dramaturgo y director Ramón Griffero pasaban cosas. Cuando no quería salir o no le apetecía algo social, Clemente se acordaba de que era el reportero estrella de su fanzine y así, asumiendo un rol, podía acceder a sitios a los que, de otra forma, no podía entrar debido a su fobia. No es que deambulara por la ciudad, no. Lo que sucedía es que siempre andaba reporteando. Esa noche gélida salió con una chica que estudiaba Arte. Fedora lucía un abrigo de terciopelo color azul-paquete-de-vela que paraba el tráfico y que los actores pobres que circulaban por la sala intentaban tocar. Lucio Galdames vio a Clemente que intentaba convencer a Griffero de que le permitiera dejar ejemplares de su fanzine en una mesita a la entrada. Pero este le dijo que no, que eso era material impreso subversivo, que no podía arriesgarse. Lucio se le acercó con unos guantes sin dedos color naranja Fanta y le comentó: –Conozco tu fanzine, hermano. Me interesa, somos de la hermandad cósmica.

–No me digas hermano.

–Dale.

Clemente escondió los ejemplares en el bolsillo de su abrigo negro.

–Debes repartirlos en las disquerías, quizás en un café. Incluso en el cinearte Normandie, obvio. ¿Tu fanzine acepta avisos? Podríamos hacer un canje. Coordinemos una reunión de negocios. Tú me ayudas, yo te ayudo. Puta, nos ayudamos. Debemos ser aliados. Quiero arribar, ser alguien, colarme entre los elegidos. Creo en la revancha como motor existencial. La venganza es un plato que siempre se sirve frío.

–Yo trato de pasar piola.

–Error. Quiero organizar fiestas, también. Poner en escena la escena. Un fanzine es un arma. El odio se cultiva como el amor. Si no lo riegas, te olvidas por qué detestas al hueón. Mejor unidos que separados. Estamos en la misma, cacho. Cada vez que no ayudas a tus amigos, le pavimentas el camino a tus enemigos.

–Pero no somos amigos.

–Eso se puede arreglar. Necesitas un mánager. Griffero es un pedante. ¿Remixear a Fassbinder? ¿De verdad? Igual yo capto que puedo escribir. Tengo cosas que decir. Podría destrozar esta obra, por ejemplo. Yo feliz la sepulto como se merece. ¿Te tinca? Dame tu fono. ¿Tienes teléfono? Me llamo Lucio. Lucio Galdames.

–Clemente, Lucio.

–Clemente Demente. Me gusta. Ya confío en ti.

Clemente le pasó un fanzine nuevo y anotó su número.

–Buena portada, Demente. ¿Conoces la disquería La Scala? Está por Providencia.

–¿Debería?

–No. Ahora está cambiando. Se va a llamar Lado B. Estamos remozándola entera. Yo estoy a cargo. Y dominaré el mundo. Al final se arrodillarán ante mí. Mi disquería será tu disquería y será el sitio para que tu fanzine llegue donde tiene que llegar. La vamos a romper.

Josué Nilo decía que era de Concepción y que tenía amigos en regiones donde Clemente nunca había estado, ni tenía intenciones de ir. No era penquista, solo había estudiado ahí, pero Josué había leído lo suficiente, había visto las películas correctas y estudiado las letras de las canciones que le gustaban, para tener claro que, si no tenía el pasado que quería, la opción más válida era inventarse uno. O, al menos, usar la narrativa para sacar lo malo como si fuera maleza y subrayar las partes buenas o que no te alteran. Josué, además, no le había explicitado a Clemente que no solo era su fan número uno, sino el mejor relacionador público de *ropa/americana*. Josué consideraba que atender en la Lado B era parte de algo mayor y más una estación que un puerto de llegada. El nombre Josué Nilo no era un invento tipo seudónimo, para nada. Era real y suyo: así aparecía en el registro civil. Josué nació en una familia canuta que no creía en «la producción del diablo», es decir, todo lo que no salía del libro sagrado. En la casa amarilla de los Nilo, no había espacio para la televisión ni la radio. Tampoco para las novelas ni para las películas (aunque no había un cine en el pueblo) ni nada que no saliera de la palabra sagrada. Incluso las cintas bíblicas que exhibían en Semana Santa eran consideradas obras de satán por venir de Hollywood o Cinecittà y por estar realizadas por judíos, comunistas y homosexuales. Los Nilo eran de la localidad de Vilches, al interior de Talca, cerca de San Clemente (otra coincidencia). Formaban un clan de hermanos a lo familia Von Trapp, religiosos y humildes, cantaban las canciones del templo, inventaban juegos y sacaban sus propios crucigramas. No compraban los diarios, partiendo por el odiado *El Clamor*, que había sido condenado por un pastor como «los fluidos del demonio». Sus padres eran dueños de un almacén y de una fuente de soda colindante a la plaza de San Clemente y, para fin de año, cantaban el Mesías al aire libre.

Josué estudió Diseño Industrial en la Universidad de Concepción y se dedicó a ponerse al día con toda la cultura pop disponible y, de paso, aprendió inglés a la perfección y, gracias a las películas de Adriano Celentano y Ornella Muti y los discos de Rafaella Carrà, su italiano tenía un dejo de acento genovés. Tiempo después, durante el

septiembre duro y vengativo posatentado al dictador en el Cajón del Maipo, Josúe le contó a Tomás y Clemente la historia de su liberación. Era una noche de lluvia y estaban en la fuente de soda Costa Brava, frente al Diego Portales. Decidió cortar todo lazo con su familia «tipo amish». Vilches fue «mi propia Colonia Dignidad», les dijo comiendo una porción de papas fritas grande. Aunque supo de muertes y enfermedades, optó por olvidarlo pues «una madre que no te deja cantar ABBA es, al final, la encarnación de Lucifer, la muy perra».

Quizás por eso uno de los tesoros más preciados de Josué era el afiche de *Testigo en peligro*, la cinta de Harrison Ford, que tenía un lugar destacado en su dormitorio (viviera donde viviera) y que se lo compró a un aliado de Damián Townley, Juan Pedro Norambuena, un chico algo huesudo del barrio Buzeta que siempre vestía con buzos, polerones y zapatillas North Star. Norambuena tenía una moto Kawasaki y traficaba afiches de cine que compraba a los acomodadores y proyectistas de casi todos los cines. Por las tardes, Juan Pedro, que era cejudo, trabajaba como masajista en los Baños Prat, por lo que tenía acceso a muchos clientes cinéfilos u obsesionados con el cine y los discos.

Ya establecido en Concepción, se le abrió el mundo. «El mundo es pop», repetía como un mantra. Todo lo que era radio, televisión, discos, libros, arte, diseño y cine se volvió su nueva religión. «Me salvé», insistía y a veces hasta cuando lo decía elevaba su mirada al cielo y los ojos se le tornaban blancos. Josué se volvió un evangélico del pop rozando el fanatismo. Así, pasó por una etapa Bowie intensa. Cada ídolo que aparecía, Josué lo veía como un santo. Experimentó sexualmente con todos los chicos y chicas que llegaban a las pensiones del Barrio Estación y olían siempre a madera y a lana. Conce era el sitio donde los hijos australes de familias tranquilas se desataban. Josué los reclutaba con discos, revistas y programas dobles. Nilo se hizo amigo de la movida rockera penquista. Ostentó un look punk antes de pasarse al new wave al conocer al grupo Emociones Clandestinas y a la dinastía de los hermanos Andreani, que lo fotografiaron vestido dentro de la laguna San Pedro.

Josué Nilo era bajito, compacto y claro, con la piel como quesillo. Odiaba el deporte, pero bailaba mucho solo y es probable que tuviera el mejor trasero del Biobío. Quizás por eso solamente usaba pantalones de colores o jeans que no fueran azules. Incluso se atrevía con pantalones de cuero. Se caracterizaba por sus dientes frontales separados (el codiciado tooth gap que luego con la llegada de los frenillos dejó a todos como clones) y por probar raros peinados nuevos yendo más allá y hasta tiñéndose a veces. Se hizo adicto a los paseos al atardecer y de noche por las húmedas laderas del Cerro Caracol, el Mirador Alemán y, más allá del campus, todo lo que sucedía cerca de

la cascada UDEC (Universidad de Concepción, alias, Unión del Cruising). Una noche, de paseo por Valparaíso, junto con unos marineros británicos que conoció en una fiesta travesti, se tatuó un platillo volador en su antebrazo izquierdo en un local infecto, cerca de la plaza Echaurren. En Conce abandonó al mes la pensión de unos croatas que le pagaban sus padres y se fue a vivir a una casona vieja por el parque Ecuador, no lejos del campus, plagada de chicas incontrolables y desheredadas ligadas a las fortunas madereras de la región. Eventualmente, Josué dejó la carrera y se vino a la capital. Luego de varias peripecias, crisis de pánico y cesantía, logró sobrevivir en la gran ciudad bajo toque de queda. Durmió en sofás de pintores, músicos y coleccionistas de memorabilia. Y, cuando le faltó dinero, se le ocurrió vender su cuerpo. Si pagaban bien, arrendaba su alma, daba besos y ofrecía la «experiencia pololo».

Josué se enamoró perdidamente de Blas. A pesar de encontrarlo poco atractivo e insufriblemente hetero («nadie tan fome y perno podría ser otra cosa»), Josué se resignó a que nunca iba a poder tenerlo. Esta castidad emocional y física, en vez de disipar la pasión, la encendió. Lo quería cerca porque nadie en Santiago era como Blas. Menos aún en los círculos disidentes, liberales, artísticos o pop donde todos se entregaban de una, sin pensarlo. Blas, como los ángeles, como las estrellas de rock, como los actores de las películas, era inalcanzable. Blas, que olía a tierra húmeda y a fritanga, nunca se dio cuenta de que la complicidad y el apoyo de Josué hacia él podía ser por razones ajenas a lo platónico. Blas quiso demostrarle que podía ser un buen soldado. Entendió que la sedición al régimen y al statu quo conservador partía con los gustos. Observando la cantidad de abrigos largos (y la sorpresiva cantidad de aros que aparecían en los lóbulos de la casi totalidad del alumnado masculino del Arcos), Blas supo que su misión de espiar y reclutar no solo era posible sino fácil. Josué se lo explicó: –Acá el enemigo es Fusión, pero porque son mejores, es la competencia, son la mejor disquería por ahora, tienen más espacio y capital, sí, pero estamos en el mismo lado. El sello Alerce es lo que debe caer para que el pop pueda llegar donde debe. Como chicos de provincia, no podemos olvidar lo que nos hace tic y la necesidad desesperante de pertenecer. No todo es la Jota, Blas. Hay otras maneras de ser joven. Eso lo sabes. Los nerds, ya es público, pueden vengarse. Eres capaz de todo. Tú todo lo puedes lograr.

Nunca nadie había querido o confiado en Blas. Entre otras cosas porque, más que feo, era inseguro y rechazaba todo lo que estaba ligado a su físico y emociones. Quizás por eso Blas Forttes era un chico prematuramente calvo, pálido, de lentes gruesos como ojos-de-mosca y una piel que parecía una pizza-con-anchoas de Il Successo.

Era en extremo delgado, sin panza, un cuerpo atlético con cero porcentaje de grasa que insistía en tapar con jeans sin forma y poleras estampadas. De a poco, comenzó a usar buzos Adidas. Tenía ojos verdes deslavados, casi grises, y dientes perfectos que nunca mostraba. Vivía con dos tías solteronas en una casita fría de la calle Alcalde Dávalos, a pasos del cerro, en la parte más aburrida y helada de Bellavista. Blas era de Santa Cruz, Sexta Región, y nunca le contó a nadie en Santiago que tenía un caballo de nombre Astuto en el pequeño campo que poseía su padre. Le gustaba cabalgar al son de temas progresivos.

Una vez compró en el persa una porno gay para ver cómo era, qué hacían, pero más que darle asco, le pareció poco probable que dos tipos hicieran lo que hacían. Miró la porno como si fuera una clase de cocina en la que insistían que el arroz con maní y ciruelas picantes con pescado frito en azúcar y salsa de chocolate con alcaparras y pimienta blanca era un plato ideal para Navidad. Le parecía poco probable. Blas veía el sexo como algo de gente torpe, ansiosa. La pura idea de penetrar a un chico o a una chica le parecía antihigiénico, pero, más que nada, antiestético. Lo físico y lo emocional no eran lo suyo. Sí, nunca había besado a alguien, y fantaseaba con el tipo de chica rubia de comerciales que nunca se fijaría en él. Tampoco había tocado a nadie, ni siquiera a las prostitutas de San Fernando donde lo llevaron a los quince. Con los hombres se sentía a salvo, porque con los más artísticos compartían torpezas y trancas. Además, no lo deseaban.

Las chicas le provocaban pánico. Quizás en algo lo afectó su cercanía con Fátima, una joven campesina que, de niño, fue su nana y cuidadora y que lo usaba como juguete sexual cuando sus padres lo dejaban por meses abandonado cuando viajaban o se quedaban en Santiago. Ella tenía diez años más y había sido recogida a la entrada de la iglesia de Cutemo. Fátima le enseñó a hacerle sexo oral y a usar sus dedos. El padre, cuando los pilló, le dijo: «Debes ser la envidia de toda la cuenca del Tinguiririca. ¿Qué niño de siete se agarra a una china como la Fátima?». Al ser despedida, Blas lloró seis meses seguidos. Luego dejó de hablar y nunca comentó nada de esto con nadie. Por eso prefería escuchar que hablar. Sentía un cierto orgullo secreto de ser casto, de no tomar y que nunca nadie hubiera visto su cuerpo desnudo lleno de pelos. Toda la carne rosada escondida bajo la piel le parecía obscena. La idea de que alguien de voluntad propia quisiera ingresar dentro de otro o, peor, un chico preso de una pasión mal procesada quisiera que alguien ingresara dentro suyo le parecía un despropósito. Una vida sin sexo le parecía lo natural. Por eso le gustaba vivir con sus tías. No menstruar, no estar duro, no preocuparse de esas cosas biológicas y apostar en cambio por las

canastas, el tejido y las novelas de la tarde era habitar el mundo de una manera más calmada.

En un círculo donde todos cuestionaban su sexualidad, Forttes era severo en defender su asexualidad y su pureza. En un mundo donde todos eran promiscuos, Josué comprendió que Blas iba a serle fiel e hizo de todo para transformarlo en un DJ apreciado. Al no masturbarse, Blas podía ser en extremo pajero y creativo al momento de enfrentarse a la tornamesa. Años después, en Ámsterdam, una chica ucraniana le dijo: «Te gusta complacer, agradar, mirar y hacer felices a los otros». Blas le pidió matrimonio sin haberla besado o haberla visto desnuda. Ella le dijo que no. Él se fue a comprar discos.

Dos años antes de toparse con Tomás Mena, una tarde lluviosa durante las vacaciones de invierno del 84, Clemente Fabres, con un impermeable Burberry y una gorra negra, llegó a la Lado B a dejar una docena de ejemplares de su fanzine. Josué le dijo: –Mejor aquí, al lado mío. Cuando les pase la boleta, les paso el fanzine.

Clemente se asustó e intentó irse.

–Calma, no muerdo. Soy un aliado.

–Es que soy tímido.

–Mejor. ¿El fanzine es gratis?

–El dinero llegará después. Más adelante, en otra era.

–Lo voy a leer. Se ve que tiene su onda. ¿Fan de quién eres?

–De todos de los que no odio.

–Eres de los míos.

–Ojalá te interese. Hay cosas de cine y hasta de la tele, videos. Música, entrevistas. Algo de la escena local... Escribo sobre libros... Hay textos que no sé exactamente qué son. La idea es contar lo que no se cuenta, lo que no aparece en los diarios.

–Es más una revista, entonces.

–Es una tabla de salvación.

–Es tu religión, Clemente.

–Es lo que me mantiene a flote, Josué. Tampoco exageres.

–Yo todo lo exagero. Bryan Ferry en la portada. Bien, jugado. *La Bicicleta* tiembla. Adiós portadas con Schwenke & Nilo.

–¿Qué?

–Es la banda de un primo lejano. Uno no escoge la familia. Uno debe armar una nueva por su cuenta.

–Cierto, lo sé. Vivo solo. Extranjero en todas partes. De paso. Tengo dos nacionalidades, pero a la vez no tengo ninguna.

–¿Bisexual?

–Ya no. Ya no exploro. Aunque... acá cuesta encontrar pares, chicos, amigos, aliados. Todos son...

–Traidores, sí. Es que igual pasó todo lo que pasó. Un golpe no se

fragua solo porque la cosa está desordenada y… Basta de política.

–Sí.

–Título audaz: *ropa/americana*. ¿Eres wave?

Clemente no le respondió y se puso tenso, transpiró frío. No toleraba que lo acosaran. Por un momento, sintió que Josué, con su polera de la película *La historia sin fin* y sus pantalones de felpa con lunares gris-con-amarillo podía estar flirteando con él. Eso pudo haber sido cierto. Blas aún no aparecía en escena. Josué se enamoraba de todos los que luego serían sus amigos. Lo cierto es que sus cercanos habían partido primero como amantes o «ligues», como decía él.

Josué financió sus primeros vagabundeos por Santiago «cobrando sus caricias» para suplir sus escasos ingresos. Gracias a los contactos de Juan Pablo Norambuena, quien tenía una libreta de posibles clientes, sobre todo ligados a la derecha, a veces no le alcanzaba el tiempo entre chico y chico. A Josué le calentaba que pagaran por él pues lo «cosificaban». Le parecía algo liberador no tener que elegir, sino que lo eligieran. No tenía rollos de meterse con viejos si le daban lo que a él le parecía que valía. También aceptaba regalos. Algunos «pretendientes» le compraban sus calzoncillos usados Calvin Klein y él se los enviaba muy bien envueltos por correo. Otros lo fotografiaban con polaroids, por lo que Josué cobraba extra porque «se quedaban con una parte de uno». Al confesarle de qué vivía, un amigo de Concepción reaccionó con algo de violencia moral. «Trabajo solo para mis fans», le dijo. «Al final, es una performance». Poco a poco, algunos banqueros se lo recomendaron a sus mujeres. La energía femenina lo centraba. Además, ellas pagaban más. Eran generosas y exigían menos. Las muy mayores le daban comida y ropa cara y no le pedían piel sino oído o que las acompañara al teatro o al ballet o a lanzamientos y exposiciones. Cuando una chica se fijaba en él en la calle o en las fiestas, Josué se transformaba y casi siempre las seducía a pesar de estar mirando a los chicos borrachos que no se atrevían a más.

Josué quedó fascinado con el fanzine de Clemente. Ese número de *ropa/americana* tenía treinta y seis páginas.

–Así que tú eres el director, autor y distribuidor, Clemente.

–Y el que escribe todo. Y lo diseño, ilustro. Lo hago todo, Josué.

–Quizás necesites ayuda.

–No confío en nadie.

Esa tarde, cuando cerró el local, Josué colocó diez ejemplares en un sobre y a la mañana siguiente pasó por el correo. Se las envió a sus amigos sureños de la casona de Concepción. Ellos a su vez lo fotocopiaron y enviaron copias a Chillán, Valdivia y Temuco, también a los pueblos de Victoria, Freire y Cabrero. Sin tener muy claro cómo,

aparecieron copias en Puerto Varas, Frutillar, Loncoche y Ancud. Sin que Clemente lo supiera, el fanzine estaba convocando fans y llegando a lugares inesperados con gente ansiosa de información y de una forma de mirar la vida y el arte desde otro ángulo.

Tomás siguió viendo a Josué después de que este le grabó el casete de The Lotus Eaters. Josué era un paréntesis para respirar aire pop lejos de las densas y poseras salas de Letras donde debía leer textos que no le interesaban (ni entendía) y donde todos se sentían destinados a trascender. Se encerraba entonces en la disquería y miraba carátulas, hojeaba las revistas importadas con dos años de retraso mientras Josué cantaba las letras y perfeccionaba su inglés. Se sabía todas las canciones nuevas. Los de Letras se tomaban demasiado en serio y les faltaba humor. Se mentían a sí mismos descaradamente. Coleccionaban libros de segunda mano y usaban hojas de otoño como marcapáginas. Josué no. Josué Nilo le decía: «Afuera ya todo es un desastre, es hora de replegarse y usar el color como escudo, guapo».

Josué leía lo que nadie tocaría en el Campus Oriente. Además, lo hacía en inglés con un diccionario al lado. Amaba a Anne Rice, Joan Didion, Jackie Collins y a Sidney Sheldon. Los conseguía baratísimos en esa librería de expatriados ubicada al fondo de la Galería El Patio. A diferencia de tantos, no pedía nada a cambio. Solo buscaba reírse. Hacer reír y que lo hicieran leer. «Es un latero» era su peor insulto. «Por qué tan parco el hueón. ¿Qué le hicieron?», sentenciaba siempre.

Tomás aprendió con Josué el fino arte de pelar. Sus dardos iban dirigidos al mundillo de los actores engrupidos, a ciertas bandas («odio a los Bandhada», «los padres de algunos Pinochet Boys trabajan para Pinochet») y a la fauna que recorría los antros new wave. Juntos comentaban lo que habían escuchado en la Eclipse.

Un día Josué le contó que en El Trolley iban a remontar *Historia de un galpón abandonado* y si quería ir.

–Además, un chico de la troupe sale toda la obra pilucho. Aunque hace de muerto.

–¿Martín Portales?

–Sí, el que sale en *Cinema Utoppia.*

–Y en *Techo/estrellas* de Bernardo Riquelme.

–No la cacho.

–Es linda, Josué. Es acerca de la amistad.

–Acá todos los creadores cuando muestran a alguien desnudo es porque están muertos o los van a matar o torturar. Raro, ¿no? Para psicoanálisis. ¿Viste *99 La Morgue*?

–No.

–La misma cosa, Tomás. Odio la escena local. El apagón se aniquila con la luz, compañero. Se resiste viviendo, follando, esperando

tiempos mejores. La alegría ya viene.

–¿Sí?

–Es clave fomentar, cultivar, formar células de aliados.

–Estás intenso.

–Estoy enojado. Me dan miedo las protestas. Vamos el jueves a ver al chico desnudo.

–Feliz. ¿Crees que vaya el editor de *ropa/americana*?

–Ni idea. No controlo su agenda.

Josué le dijo que lo esperara frente al Hotel City, bajo el neón curvo, en la calle Compañía, a eso de las 19:00 horas para comer algo antes. Tomás llegó a las 19:02.

–Nunca hay que llegar tarde. No seas local.

–Soy local.

–Imagínate que no lo eres, entonces.

–¿Vamos al Portal? Hay buenas pizzas, completos gigantes.

–Vamos a comer algo acá, Tomás.

–¿No es caro? Nunca he entrado a un hotel. Nunca he alojado ni menos cenado en uno.

–Deduzco, por lo tanto, que nunca has follado en uno.

–¿Por qué usas la palabra follar?

Entraron. El City estaba vacío, casi como si hubiera estado cerrado o fuera un hotel de verano al lado de un lago, en la temporada equivocada. Estaba frío, oscuro, pasado a alfombra vieja y se colaba el viento. La luz que apenas ingresaba por las ventanas delataba todo el polvo que flotaba en el ambiente. Josué pidió dos piscolas al bar («con rodajas de limón») y se robó las dos varillas de plástico para revolver pues decían City Hotel.

–Me gusta la onda. El diseño es muy vintage.

Luego, sin preguntarle a Tomás, Josué pidió dos paltas reina («las cardenal son muy caras») y dos Pap. Se comieron todo el pan con mantequilla que venía en bolitas con ciboulette picado.

–Luego de la función hay fiesta. Te ves bien. Estás mejorando tu look. ¿Ese corte es de...?

–La Peluquería Francesa.

–Bien. Amo ese impermeable de cuerina rojo, Tomás. Muy mod.

–¿Muy qué?

–Moderno.

Eran los únicos en el comedor. Sonaba un disco de hits brasileros pasteurizados por Ray Coniff. El añejado mozo les trajo la orden: una palta (dos mitades por plato), rodeadas de ensalada de apio con rabanitos, más un pocillo extra de mayonesa.

–Estamos bien de tiempo. Luego nos vamos caminando. No es tan lejos. Veo que te interesa Clemente. Me encanta la idea. Dime, ¿qué quieres saber de él?

–¿De Clemente?

–Uf, qué agote. Mira, Tomás: Clemente pasó el otro día por la disquería. Se llevó todos los discos de Tangerine Dream y uno de Brian Eno que nos llegó por error y que es ambient. Es música para no hacer nada. O para matarse.

–Chuta.

–Me apresuré. Según Blas, *Thursday Afternoon* es el tipo de disco para pensar en cosas malas, oscuras. Es música sin ritmo, atmosférica. Drogado te altera aún más. Me preocupa el chico.

–Quizás es muy sensible. La atmósfera política no ayuda. Es cosa de leer lo que escribe. No se siente del todo parte, creo. Es como un foráneo, pero local.

–Igual me dijo que quizás hay un fanzine nuevo para junio. Anda obsesionado con Titín Moraga y La Banda del Pequeño Vicio. Yo prefiero mil veces a su hermano, Francisco Moraga, que también es parte del mundillo.

–Ah.

–Hace teatro-rock y pone en escena a Vicente Huidobro. Es pretencioso y experimental, como su hermano, pero es más musculoso, como actor porno español. Aún no me lo como. Lo tengo pendiente. Ojalá me resulte.

–¿Tú crees que algún día terminará la dictadura?

–La rata se tiene que morir, eso sí. ¿Cuánto le queda? Treinta años, por lo bajo, Tomás. Quizás veinte. Después puede pasar cualquier cosa. Aunque acaso la pregunta es ¿podremos vivir sin mano dura? ¿Qué pasará cuando no tengamos un enemigo común?

–No sé. Va a ser raro igual.

–Yo igual creo que somos de la estirpe de los que siempre serán perseguidos, condenados al ostracismo de la mayoría hegemónica conservadora. Dictadura o no dictadura, el país es el malo.

–¿Sí? Andas denso.

–Sí, obvio. Estos son tiempos de andar con extremo cuidado, Tomás. No creas que todo es apertura. Por algo le dicen under: está bajo tierra. La banalidad del mal hay que enfrentarla con la banalidad del pop.

–Qué lindo eso.

–Formas de defensa, no más. Parezco frívolo, pero cacho.

–¿A qué hora es la obra?

–Puta, tenemos que apurarnos. Estaba rico, ¿no? Amo los hoteles, aunque estén vacíos.

El barrio poniente parece caerse de viejo, y las calles con adoquines brillan con la lluvia de la tarde. Las casonas del siglo pasado dan un poco de miedo: pareciera que nadie vive en ellas, lo que no es del todo

errado. Los que todavía siguen ahí sostienen que todos los jóvenes han huido, pero no. Los chicos de negro con los abrigos de los muertos-vivos de la ropa usada aparecen de noche rumbo a sus fiestas secretas. Van a juntarse en esos palacetes derruidos y en esos altillos sombreados, desafiando la autoridad. Pero los chicos, como las ratas y los murciélagos, aparecen de noche. Nunca de día. Llegan caminando o en micro o en el metro desde otros sectores: de la inmensa zona sur y de la cercana Chimba y Vivaceta, al norte. Mientras los hijitos-de-papá que odian-a-papá descienden como hordas desde los faldeos del oriente buscando experiencias nuevas.

El Teatro Novedades está en la calle Cueto. A pesar de haber sido un cine de barrio parece uno de esos templos monumentales donde las estrellas del cine mudo estrenaban sus filmes. Desde el interior del teatro se escapa una pegajosa música compuesta con sintetizadores. Se nota que es en vivo, pues se detiene y a veces parte de nuevo. El grupo Emociones Clandestinas está dentro del teatro, ensayando.

Una chica de unos dieciséis años, en jumper del Liceo 4, con un chaleco rosado tejido por su abuela, regresa de comprar pan. Al pasar frente al teatro, ve a unos tipos llegar en una camioneta que empiezan a bajar cables, parlantes, trípodes.

Lucio fuma marihuana con unos guantes verdes al que le faltan los dedos, mientras devora una hallulla con queso y mortadela. Anda con bototos negros con cordones verdes y calcetines amarillos.

Su pelo es más un jopo que otra cosa. Usa una bufanda a rayas con los colores del chaleco de Freddy Krueger.

El suelo del Teatro Novedades está tapizado de flyers rosados, del mismo color que el chaleco de la liceana. Estos le llamaron la atención a Valeria Rosas.

En el frontis hay un afiche con dibujos naíf que anuncia una fiesta: «Divas de la noche: fiesta new wave para combatir la nada».

–¿Cuándo es?

Lucio Galdames la miró a los ojos y decidió que la chica se tenía demasiada confianza y le respondió: –Es el sábado, pero no tienes edad.

Valeria Rosas siguió caminando y llegó a la esquina. Miró las calles vacías y las ventanas cerradas. Decidió regresar hasta el frontis del teatro y se acercó a Lucio, que seguía fumando marihuana.

–Maquillada me veo mayor. Y no me gusta tomar. ¿Va a ser acá?

–No, acá a veces hacemos tocatas. Esta fiesta va a ser en El Trolley. ¿Lo cachái?

–No.

–Es el epicentro new wave.

–Cada generación cree que es nueva. ¿Hay algo más añejo que los novísimos? ¿Dónde queda?

–San Martín, entre San Pablo y General Mackenna.

–Lindo el barrio. Me van a tajear. Puta, ese sector está lleno de putas.

–Pero por ahí también está la cárcel y el cuartel de los tiras.

–El terminal de buses norte es infecto. Mucha maraca, mucho lanza. ¿Por qué tan torreja?

–Esa es la idea: apropiarnos de las ruinas. No vamos a organizar una fiesta en el Apumanque.

–¿Por qué no? Amo El Faro.

–Necesito chicas que bailen sobre un cubo.

–¿Pagas?

–No, pero entras gratis y luego te invito a salir y puedes tomar lo que quieras. Debes tener un look de los años veinte. ¿Cachái la revista *Ecran*? ¿O la *Zig-Zag*?

–Mi abuela tiene ejemplares de esas, pero del año del ñauca, sí. No bailo arriba de cubos. Leo. Soy intelectual.

–Dile a tu abuela que te haga parecer como una de ellas. Ese look ahora la lleva. Mata.

–Eres patudo, hueón. ¿Has hecho fiestas antes?

–Es mi primera.

–¿Eres mánager de ese grupo que tocaba?

–No. Estaba conversando con el viejo que arrienda el teatro. Me dejó colgar el afiche.

–¿Tienes DJ?

–Obvio. Un freak llamado DJ Blast.

–Me carga el nombre.

–La idea es cobrar y vender trago, a la mala. Ganar plata y crear espacios. Anda, en serio. Es importante que vayan chicas. Además, conmigo no vas a correr riesgos.

–Ah, ya cacho. ¿Qué edad tienes?

–Veinticuatro.

–No pareces cola –le dice Valeria–. Relax, puedes contar conmigo. Soy liberal. Amo a Bowie, Boy George, Oscar Wilde. Me atraen los raros, pero como amigos.

–Estoy explorando.

–Ah, como todos supongo. ¿Eres empresario de la noche?

–Algo así, pero no soy parte de la mafia. Debo infiltrar el mundo de los actores, pero esos caen fácil. ¿Estás en el liceo?

–Por ahora, obvio. Yo me dedico a leer.

–Ya me lo dijiste.

–Eres pesado.

–No, soy sincero. No soy como el resto de los locales.

–A mí también me carga este país. Detesto a los milicos. Mi familia era de la UP. Allendistas de toda la vida. Se creen superiores y no lo

son. Me cargan.

–Baja la voz.

–No pasa nada.

–¿Entonces no bailas?

–Leo mucho. Anoto mis comentarios. Creo que me voy a convertir en una temida crítica literaria. Necesito unos anteojos con onda, eso sí.

–Sé dónde podemos comprarlos. Chinos, baratos. Es importante el look. Destacarse. ¿Qué lees?

–Todo lo que nadie respeta, lo que no te dan en el colegio. Me la paso en la calle San Diego, el viejo Rivano me hace descuentos. Me recomienda obras de minas: la Geel, la borracha de la Bombal, la Gertner, la Marta Brunet. Quiero unos lentes como los de esa vieja. Llegaré lejos. Destrozaré a los hombres y apoyaré a las minas.

–¿Y si escriben mal?

–Da lo mismo. Tenemos que apoyarnos. En Chile, hueón, todos los críticos son hombres y maricones. Disculpa.

–Sé lo que soy.

–O curas. ¿No les basta escuchar las confesiones de esos pedófilos indecentes? ¿Por qué usan seudónimos como Alone? Yo firmaré: Sicaria. Voy a matar por encargo. Defender a las mías. Seremos importantes.

–¿Quiénes?

–Las minas, po.

–No creo.

–Deberíamos unirnos contra el patriarcado.

–Qué lata. De hecho, los milicos son ultraminos, sobre todo los pelados reclutas que salen a disparar. Es raro que puedan ser tan lindos y malos.

–Un primo mío es paco. No es malo, es penca. Y sigue órdenes de gente desquiciada. ¿De dónde eres?

–Soy de San Be-K.

–Me latea San Bernardo. Tan lejos. Dime: ¿es un pueblo o un suburbio?

–No sé, no me interesa. Por eso me fui. Ahora vivo en una pensión acá por Brasil. Esto es ciudad, lo otro es provincia. ¿Tú?

–Cerca. A dos cuadras.

–¿Quieres ir a la fiesta con una amiga?

–No tengo amigas. Desprecio a mis compañeras. Deseo amigos hombres, pero de esos que no me toquen, como tú. Me da demasiada lata. Pero sí necesito urgente tener a alguien con quien conversar.

–Anda sola. A estas fiestas se puede ir solo. A todos les da lo mismo.

–Iré entonces. Ahí me presentas a tus chicos.

–Soy virgen.
–También. Pero tiene solución.
–En eso estamos.
–Por suerte no tengo un padrastro que me trate de tocar. Pasa en el norte. A mi madre la atropellaron en Lo Valledor. Igual era chica. Está enterrada en el Metropolitano, pero me da lata ir.
–Trágico.
–De teleserie, sí. Te veo el sábado entonces.
–Usa harto rímel.
–Soy moderna, imbécil. A todo esto, me llamo Valeria. Valeria Rosas. Como la calle, como las flores.
–Lucio. Lucio Galdames.
–¿De verdad?
–De verdad.
–Me gusta Lucio. Es como de teleserie brasileña.
–Depende de nosotros inyectarle color a esta mierda, Rosas. Si no atinamos, nunca nos dejarán entrar.
–Noto cierto resentimiento, cierta necesidad de venganza.
–Resentimiento significa «re-sentir». Y sí: deseo colarme, entrar, hacer justicia. No soy de la clase social patrona, pero eso puede cambiar. La inteligencia y el gusto son mis aliados.
–Te apoyo. Qué bueno que pase algo porque por acá no pasa nada.
–Ahora va a pasar. Estas fiestas van a dar para tesis en el futuro. Los intelectuales densos y la tropa de izquierdistas van a haber querido bailar con nosotros en vez de estar tocando guitarras y tomando vino navegado en esas peñas.
–¿Eres hijo de milico?
–No seas binaria, Rosas.
–No cacho lo que es eso. ¿Es malo?
–O sea, sí, algo. No todo es blanco y negro. El secreto y la verdad están en el gris.
–Dale, sigue. Tienes mi full atención.
–Binario es creer que todo o es blanco o es negro. Algo así. Igual me salí de la carrera de Comunicaciones. Y, sí. Soy hijo de militares.
–Qué asco.
–Igual aviadores, más digno, pero sí. Formación castrense.
–Mi papá era paco. Pero lo mataron unos hueones del Frente en un atentado. Pero no lo veía hace años. Lo despreciábamos. Así que me da lo mismo. Estoy rodeada de uniformados. Aborrezco esa palabra: u-ni-for-ma-dos.
–Igual.
–¿Por qué tanto color, Lucio? Me gusta tu propuesta.
–Hay que hacer ruido. El silencio es igual a la muerte. Si nadie grita, nadie sabe. Si nadie reclama, nadie se entera.

–Bueno conocerte, Lucio. Me están esperando para la once.
–¿Vas a ir?
–¿Qué crees?

Circular **Hay poca gente** en el foyer del teatro del Instituto Goethe. La luz está encendida. Hay una exposición de un artista de Bavaria que pinta vacas con colores y las fotografía en blanco y negro. Al ingresar, Tomás se fija que Clemente, que anda con algo de rímel y vestido como un modelo japonés, todo de negro, pantalones muy anchos y una chaqueta tipo kimono, está unas filas más adelante. Anda con una chica que luego se enterará que se llama Isidora. Siente una clavada en el estómago y hace un esfuerzo inmenso para no tener que ir al baño. Tomás decide inmediatamente odiarla. ¿Por qué anda con ella? ¿Por qué ella lo mira con esos ojos como queriendo devorarlo? La chica, de piel muy blanca y ojos verde menta, anda notoriamente producida: guapa, cool, sin culpa de vestirse como en una comedia romántica de principios de los sesenta con Doris Day.

Tomás mira a Clemente a los ojos.

Le guiña uno.

Clemente mira el suelo: se siente invadido, provocado. No quiere lazos, no le gusta que lo joteen ni acosen, no quiere tener nada que no sea esporádico y menos con este chico que, ya le queda más claro, lo anda siguiendo. Unos días atrás llamó a Josué y le dijo: «Hay un chico que circula y tiene mi bufanda. Creo que es cliente tuyo». «Tienes un fan y busca sexo, pero algo más», le contestó Josué, sonriendo, anotando en su cuaderno algunas frases. «¿Algo más?». «Sí, busca lazos, vínculos. ¿Sabes lo que es un vínculo?». «Me parece un

engrupido –subrayó serio Clemente–. Como tú», acotó. «Se llama Tomás Mena –le dijo Josué–. Estudia Letras». «Ahora me interesa menos», le comentó Clemente, alterado. «No me mientas: ahora te interesa más. Quizás podrían hablar o algo más». «No creo –le dijo–. Circula por todas partes ahora».

Clemente no le dijo que pensaba en Tomás (se llama Tomás, así se llama) a veces.

No le confidenció que escribía ciertas notas en *ropa/americana* imaginando que Tomás las iba a leer.

Tomás entra al teatro casi vacío. Clemente siente que se demora una hora en llegar a su butaca. Qué pausado camina. ¿Cree que lo están filmado en cámara lenta? Hay gente mayor del barrio sentada. Tomás anda con un abrigo viejo gris y un chaleco con motivos lapones y anteojos marco-caparazón-de-tortuga que le recetaron para leer de cerca. A veces los usa para caminar o para momentos donde tiene que ver de lejos, lo que es un error porque ve todo borroso. Se marea. Una vez se tropezó. Debe caminar muy lento. Quiso usar lentes luego de ver lo intelectual que se veía Clemente con los suyos. La Pocha se lo dijo almorzando en El Huerto el otro día: –Pareces estudiante de Letras, ojo. Ten cuidado. Uno puede transformarse en poser sin querer. No debes intentar impresionar a nadie, sino que todos se impresionen al verte. ¿Me explico, cariño?

Clemente con Isidora entran y se sientan.

Se dicen cosas al oído.

Tomás decide cambiarse de asiento: se va más para adelante, para que no pueda dejar de verlo. Se saca su abrigo y lo deja en una butaca vacía. Se sienta. Saca *Excesos* de Mauricio Wacquez en una edición de bolsillo.

Apagan las luces.

Tomás pone sus pies en la butaca de adelante.

Parte *El el curso del tiempo* de Wenders.

Escuchamos el alemán y vemos el haz de luz que emana desde la sala de proyección.

Tomás camina con su particular atuendo por las calles del centro. Anda con rímel y gel. En el paseo Ahumada lo miran con algo de asco, curiosidad. Para no provocar tanto, se saca los dos guantes sin dedos (uno verde, uno naranja) y los guarda en su abrigo largo marengo. Pasa por fuera del Hotel City, en la calle Compañía: oscuro, algunas letras del neón rojo quemadas. Lo observa entre la bruma nocturna. Dos o tres habitaciones emiten una luz ámbar desde sus ventanas con cortinas de velo blancas. En la plaza de Armas, Tomás nota una energía extraña: miradas, caminatas, murmullos, autos que se acercan a grupo de chicos, de chicas, de chicos con ropa de chicas.

Deambula por la gótica calle Phillips con sus puentes con arcos que cruzan de un departamento a otro y se asoma a la calle Monjitas. En ese edificio vive, dicen, el expresidente Alessandri que nunca se casó y al que le decían la Señora en las portadas de los diarios de izquierda durante la época de Allende.

Entra al pasadizo de los cines Nilo y Mayo. Se fija en los afiches: *Después de hora* y *La hora del espanto*, en uno; *Fuga al amanecer* y *Rocky IV*, en el otro. ¿Quién programa estas películas que están de salida, que ya han recorrido el país y las playas? ¿No saben acaso que la verdadera acción está en la platea y no en las pantallas zurcidas y manchadas? Los locales de la galería están cerrados, pero hombres con impermeables salen e ingresan de los cines hermanos. Al final del túnel, hay luz: la calle Santo Domingo. Camina unos metros hacia la izquierda para llegar a 21 de Mayo.

Al frente está el local Donde Golpea el Monito, que está cerrado, con la criatura quieta, iluminada de celeste morgue por un aviso luminoso cercano. El monito no es un mono, sino un muñeco metálico de los años veinte. Le parece un niño muerto como de ocho años, con rouge rojo y mucho rímel, pestañas postizas y unas orejas inmensas. Está vestido de conserje o quizás de botones de un hotel satánico. El monito quieto, embalsamado, se ve aterrador, demoníaco, patético. En el reflejo de la ventana ve el portentoso edificio gótico que considera el más misterioso de Santiago y donde viven jóvenes que son mucho más cool, arriesgados y misteriosos que él. Lee la leyenda: «Me voy a emperifollar, nos vemos pronto».

Escuchamos música tipo Giorgio Moroder.

Viento tibio, hojas secas de pantones Marsala y Pumpkin Orange vuelan sin CGI.

Sombras de expresionismo alemán.

La estética gótica manchega de la Posada del Corregidor.

El verde limón de pica del parque Forestal de noche.

El elfo desnudo de hierro azulado que se erecta desde la fuente Rubén Darío.

Tomás llega al Instituto Goethe en Esmeralda.

Siempre el Goethe, el imperialismo alemán cultural.

Hoy exhiben *Fox y sus amigos*, de Fassbinder.

Ve a Clemente.

Sabía que lo iba a ver, que podía encontrarse con él.

Clemente de traje tipo agnés b., negro carbón. Camiseta francesa a rayas, tipo Jean-Hughes Anglade en *Betty Blue* en una foto de la Premier. Bufanda pantone Lemon Tonic. Clemente le parece casi de ficción: frío, estilizado, consciente, con el garbo de un perdido, loser-but-emotional, asustado, frenado, y sin embargo seguro, desafiante,

intenso, siempre solo. Tomás sintió que Chico Misterioso, Chico En Su Ostra, Chico Nouvelle Vague, escondía algo.

Necesitaba ser salvado.

Como él.

Clemente recuerda cuando vio a Tomás de nuevo para una fiesta bautizada como Gran Baile para «juntar fondos» en El Trolley. Tocaban, además, Los Niños Mutantes. Eso fue antes de la fiesta del otoño. Clemente está seguro de que Tomás no se dio cuenta de que él lo estaba mirando y acierta. Esa fiesta fue en enero, cuando no había Teatro a Mil. Luego de la banda sonó mucho pop a cargo de Blas. Clemente andaba esa noche con la Isidora porque habían ido al cine El Golf a ver *El dinero*, una cinta de Bresson. Luego bajaron a explorar la noche y a que los vieran, a reportear. Subieron la escalera caracol del galpón de la calle San Martín porque, en el segundo piso, había un entrepiso VIP. Clemente cree que recuerda que tocó Nadie. Quizás en vivo.

Blas Forttes, alias DJ Blast, con un gorro de lana de marinero del barco Calypso de Jacques Cousteau, se lanzó sin permiso ni culpa con «Raspberry Beret» de Prince and The Revolution. Clemente sabía que Blas era el mismo de la disquería y el de la radio Eclipse y el que oficiaba de disc-jockey en algunas fiestas. Sumó dos más dos. Josué le dijo: sí, pero déjalo ser anónimo.

Clemente estaba volado.

Tomás estaba borracho.

Isidora le dijo a Clemente: «¿Lo secuestramos? Es lindo y no lo sabe».

Luego sonó The New Romantics: «What I Like About You».

Isidora le dijo que se iba a ir a vivir con unos amigos a Barcelona porque Santiago no daba para más, que ellos no eran nada y estaba aburrida de andar con chicos que no la tocaban. Que entendía la conexión, pero le faltaba carne y que la desearan.

Clemente se enojó.

Unos actores de tele jalaron arriba de una foto antigua con unos pintores de moda. Martín Portales estaba con una remera sin mangas, bailaba solo y lo miró fijo en plan sensual. Gianluca Solís, el actor con el pelo ahora rojizo henna, bailaba con el dramaturgo Bernardo Riquelme Ojeda, su psicólogo, que andaba con una camiseta con la portada de un disco de Leonard Cohen.

Clemente se alejó de él como de la plaga.

Tomás bailó solo y saltó.

Por momentos parecía que se iba a caer o brincar del balcón hacia abajo.

Isidora se perdió.

Clemente se fue al sofá y conversó con Griffero acerca de Douglas Sirk y *L'homme Blessé* que había visto una vez en un cine en Liverpool. El dramaturgo le dijo que había unos CNI que estaban infiltrados, pero eran piola y no cerraban el local si los dejaban agarrar en el baño. Clemente bajó la escalera caracol, el calor abajo era intenso. Isidora bailaba con Las Nefertiti y con Francisco Moraga, que estaba sin camisa.

Cuando buscó a Tomás con la mirada, ya no estaba.

Tomás se había ido con unos chicos que estudiaban Teatro en su mismo campus a una fiesta al lado de Las Brujas, allá lejos, en La Reina.

Cuando Clemente vio a Tomás en una función matinal del domingo de *Willie & Phil* pensó: tenemos vidas parecidas. O gustos. Estaba intrigado con la idea del doble, del *doppelgänger*. Esa mañana se fijó más en él: cuando tocó el afiche de *Blow Out* de De Palma o cuando anotó los nombres de los créditos del póster de *La ley de la calle* en una libreta. Clemente pensó que sería genial poder tener un doble con quien compartirlo casi todo. Ser íntimos en lo que realmente importa.

–Hola –le dijo Tomás–. Gran película.

–Hola, sí.

Clemente siguió mirando el afiche y, cuando sintió que sus nervios se habían calmado, se dio vuelta. Tomás ya había desaparecido. Clemente recuerda que un chico en skate, con una radio a pilas, pasó por la vereda y que lo que sonaba era «Town Called Malice» de The Jam.

La cola del cometa (una vez en la vida) Tomás: No lo veo. Solo veo las estrellas, Pocha.

Pocha: Hay demasiadas estrellas, cierto.
Tomás: Sí, ene; millones.
Pocha: Más de las que imaginaba.
Tomás: Sí, sí. Muchas más. Mira, ahí: polvo de estrellas.
Pocha: Polvos de hornear.
Tomás: Sí, la dura. Sí.
Pocha: Cómo se mueven.
Tomás: Son inquietas, sí. Me gusta.
Pocha: Estoy mareada.
Tomás: Tantas estrellas, tan cerca, sí.
Pocha: El universo aquí, rozándonos, Tomás.
Tomás: El pisco, la hierba...
Pocha: ... el agua pura del río...
Tomás: El aire seco. Absorbiste mucho sol, Pocha. Toda esa energía celestial.
Pocha: Sí, puede ser: todo eso.
Tomás: Eso. Esto. Todo. Todo esto.
Pocha: Es como estar volando.
Tomás: Estoy volado, Pocha. Vuelo.
Pocha: Igual bello.
Tomás: Sí. Miremos. Escucha el silencio.
Pocha: ...
Tomás: Oye, Halley, ¡aparece! Vinimos de lejos al valle.
Pocha: Qué bueno que nos decidimos, ¿no?
Tomás: Sí, ¿cierto? Sí. Somos exploradores, somos jugados.
Miran el cielo. Están sobre unas rocas, los dos. Arriba de unos chales, horizontales, como si fueran unas camas. Los dos con suéteres, Tomás además con una casaca de jeans con chiporro.

Pocha: Estoy como conectada a algo superior

Tomás: Igual, Pocha. Ultraconectado. Muy. Esto es como una obra de teatro.

Pocha: Y somos las estrellas, sí.

Tomás: Totalmente.

Se siente el calor del día emanar de las piedras.

El aire está frío, seco.

Pocha: Estamos viviendo algo histórico, ¿no crees?

Tomás: True. Es algo histórico. Único.

Pocha: Irrepetible.

Tomás: Hoy es el día en que vamos a estar más cerca del cometa.

Pocha: Hoy es la noche en que vamos a estar más cerca del Halley, así es.

Tomás: Te siento cerca.

Pocha: Lo mismo, lindo. Tanto que insistió Nelson y al final no vino.

Tomás: Capitán Araya. Nunca se embarca.

Pocha: Mejor, quizás. Él es raro.

Tomás: Igual que tú, Pocha.

Pocha: Yo soy más excéntrica, disculpa.

Tomás: Sí. Y él es más... no sé.

Pocha: Tóxico.

Tomás: ¿Se puede usar esa palabra?

Pocha: Creo que sí. Contaminante, quizás.

Tomás: Contamina a los otros con su locura interior. Sin duda.

Pocha: Más que loco, es intenso. Ansioso, desde luego.

Tomás: Enrollado. Como que esconde algo. No está resuelto, creo.

Pocha: A veces... No sé... me hace reír, pero es oscuro, cierto.

Tomás: Me asusta. Es tóxico, sí.

Pocha: Nelson es como es. No hay que tomarlo en serio. Su familia lo odia. Está piteado Tomás: Chuta. Pero sí: piteado.

Pocha: Como el país.

Tomás: Quizás por eso genera mala vibra, mala onda.

Pocha: Es de esos que se siente desplazado incluso si uno mira para el lado. Agota.

Tomás: Es un inseguro. Le temo a los inseguros, Pocha. Son los que hacen los mayores males. Como mi hermano...

Pocha: Conéctate con las estrellas, con el cosmos. Deja a esa gente limitada atrás, abajo.

Tomás: *Cosmos 1999*. Carl Sagan.

Pocha: Esto es mejor que un planetario.

Tomás: Quiero ir pronto, lo acaban de inaugurar, Pocha.

Pocha: Esto es como conversar con el cielo. Nuestro cielo interior.

Tomás: Me gusta eso.

Pocha: También puedo ser una poeta, Tomás.

Tomás: Igual hay cosas que es mejor vivir a solas o con alguien con quien uno conecta, ¿no crees?

Pocha: Totalmente de acuerdo.

Tomás: No creo en los triángulos, Pocha. Odio sentir celos.

Pocha: ¿Sientes celos de Nelson? ¿Really?

Tomás: De todos. Solo quiero total acceso a aquellos que me interesan. ¿Me explico?

Pocha: Algo. Eres cómico drogado.

Tomás: Tú me interesas. Mucho.

Pocha: Tú también, darling.

Tomás: Es importante para mí este lazo que tenemos. Me siento grande contigo, con más mundo.

Pocha: Aunque te falta, querido. Lo sabes.

Tomás: Lo sé.

Pocha: En todo caso, a las catedrales se entra a rezar a solas, decía mi madre.

Tomás: Mejor estar de a dos. Es cierto. Tres son siempre un atado.

Pocha: No somos nada, Tomás. Mira. ¿No te sientes ínfimo bajo todo esto?

Tomás: No. Somos *algo* en medio de una inmensidad. Soy algo. Soy como una estrella fugaz.

Pocha: Fugaz no. Eterna.

Tomás: Sí. ¿No crees que ellos desde allá lejos ven la luz de nosotros?

Pocha: No.

Tomás: A veces creo que yo brillo.

Pocha: Eso es cierto: siempre brillas. A veces puedes cegar al resto. Ten cuidado con eso.

Tomás: ...

Pocha: Esto no lo voy a olvidar.

Tomás: Cuando nombren al Halley en el futuro, cuando hagan documentales en MTV acerca de los ochenta, pensaré en ti.

Pocha: Lo mismo, Tomás. Haber subido por el camino a Farellones hubiera sido muy masivo. Esto se debe presenciar en silencio.

Tomás: Fue tu idea. Una gran idea en todo caso.

Pocha: No, fue tu idea, Tomás. Todas las ideas locas son tuyas.

Tomás: Son tuyas. Yo te sigo. Soy tu discípulo.

Pocha: «Una vez en la vida».

Tomás: Eso... una vez en la vida.

Pocha: Igual es bueno el eslogan del gobierno. «Una vez en la vida». Saben desviar el tema.

Tomás: Quiero vivir desviado, Pocha. Quiero siempre mirar hacia arriba.

Pocha: Puedes. Si quieres. Si te atreves.
Tomás: ¿Tú crees que es solo una operación política?
Pocha: No. Pero sí lo están aprovechando. Se sabe que pocos lo van a ver y solo quizás acá o desde los observatorios, pero de que pasará, pasará. Aunque no será como en las películas.
Tomás: Armaron un voladero de luces, dicen.
Pocha: Ese Francisco Javier Cuadra me da pánico. Se parece a muchos de los hombres de mi familia. Parece fino, culto, pero no lo es. La represión sexual daña como no tienes idea.
Tomás: Me gustan sus lentes. Usa gel.
Pocha: El ministro del mal. Detesto a los corderos, Tomás. Me quedo con los lobos.
Tomás: ¿Yo soy un lobo?
Pocha: Eres especial, Tomás.
Tomás: No vamos a verlo pasar de nuevo. Qué pena, ¿no?
Pocha: Cómo sabes. Quizás.
Tomás: En la tele don Francisco entrevistó a unos viejos de ochenta o noventa. Tenían diez, doce, quince o quizás siete u ocho cuando pasó por acá en 1910.
Pocha: Lo van a ver dos veces, Tomás.
Tomás: Sí. Dos veces. Como tener dos vidas. Igual dicen que el año del centenario el cometa asustaba. Se le veía la cola, iluminaba las calles, los campos. Había menos luz en las ciudades.
Pocha: ¿Lo veremos?
Tomás: Estamos acá, entre estos cerros, en este valle, en esta oscuridad. Qué cielo, qué cantidad de estrellas. ¿Te da miedo?
Pocha: Algo. Esto fue lo que le dio fuerzas a la Mistral. Nunca tuvo un techo. Esto no es un techo, Tomás. Es una bóveda.
Tomás: Sí. Me siento como un astronauta mirando por la ventana de su nave.
Pocha: Tal cual, bello.
Tomás: Quiero volver aquí a Elqui. Debo vivir acá. Pasar todo un verano. Escribir, dibujar, fotografiar a los chicos locales, a los mochileros rubios. Marearse con los calores, el aire seco, los colores, la bóveda luminosa de noche. Conecto con la energía de acá, la siento.

La carpa está más abajo, en un recodo. Toda la gente peregrina y curiosa, los de la televisión y los artesanos, están mucho más abajo, más cerca de Montegrande. El río Cochiguaz suena fuerte, desparramado, histérico. Tomás le toma la mano a la Pocha.
Pocha: Si no lo vemos, vamos a tener que volver el año 2061.
Tomás: Volvamos igual, juntos. ¿Qué edad vas a tener el 2061 cuando el cometa pase de nuevo?
Pocha: Eh... noventa y nueve años. ¿Tú?

Tomás: Noventa y cinco. Aún seré un pendejo.

Pocha: Yo podría estar viva, si me cuido. Aunque dudo que me cuide. Las mujeres viven más que los hombres, pero envejecen peor. Tú serás cada vez más mino, Tomás.

Tomás: ¿Te gustaría verlo pasar de nuevo?

Pocha: Me gustaría poder estar con un chico que me gustara en medio de un valle oscuro con estas estrellas brillantes, mirándolas un poco volada y cargada de misticismo.

Tomás: ¿Te gusto?

Pocha: Algo. Pero a mí me gustan todos mis amigos. Y amigas. Soy de la teoría de que uno siempre debe tener un poco de onda con un amigo. ¿No crees?

Tomás: Sí, me gusta tu tesis. Es importante estar orgulloso de tus amigos. Y quererlos, sí. Encontrarlos con onda, guapos, jugados.

Pocha: Además, entre nosotros no podría pasar mucho. Sería pedirte cosas que no me podrías dar.

Tomás: ¿Qué?

Pocha: Ya sabes.

Tomás: ¿Qué sé? Quiero saber.

Pocha: Otro día. No acá. Cuando estés preparado.

Tomás: Dale.

Pocha: ...

Tomás: ¿Preparado para qué, Pocha?

Pocha: Para entender quién eres, Tomás. Para hablar desde el cielo mismo.

Tomás: Ah.

Pocha: Sí.

Tomás: Dale, claro.

Pocha: ...

Tomás: ¿Te puedo confesar algo?

Pocha: Tomás, soy tu amiga, confía. Además, yo cacho. No hay que explicarlo tanto. Todo bien. Uno es quien es, eso es todo.

Tomás: ¿Sí?

Pocha: Sí.

Tomás: Sucede que me gusta todo el mundo. La vida es un crush. O sea, la gente que es linda y tiene cuento y corazón. Me enamoro de todos. Soy joven, soy curioso.

Pocha: Pero más de los chicos, creo.

Tomás: Quizás, pero... ¿No crees que me puede gustar una chica?

Pocha: Creo que podrías tener algo con ella, pero algo acotado, pasajero. A ti te gusta la ternura de los chicos más que la dureza de ellos. Andas experimentando.

Tomás: Sí, experimentando.

Pocha: Estás en rodaje, o partiendo. Pero ya sabes lo que quieres.

Tomás: Sí sé. Pero quiero más.

Pocha: Me gustaste altiro, de inmediato. Y ahí supe: este chico debe ser un cierto chico. Yo no soy capaz de enamorarme de un chico al que le gustan las chicas. Me repelen, me latean, me parecen tan predecibles.

Tomás: Lo son.

Pocha: Todo va a ir mejorando, ordenándose.

Tomás: Creo que sí. Soy optimista. Si yo le sonrío a la vida, creo que la vida debería sonreírme a mí.

Pocha: Mira, ¿la viste?

Tomás: Es una estrella fugaz. ¿Pasará el cometa?

Pocha: Pasará.

Tomás: Dicen que las estrellas que vemos ya no existen. ¿Existimos?

Pocha: Estamos partiendo. Mira: esa debe ser la Vía Láctea, Tomás.

Tomás: ¿Tú crees? Veo tanto, tanto, tanto.

Pocha: Sí: están todas las constelaciones.

Tomás: Leche derramada. Una eyaculación de estrellas.

Pocha: Me gusta más en inglés: Milky Way.

Tomás: Milky Way. La vía de la leche.

Pocha: ¿Has comido esas barras de chocolate?

Tomás: Me encantan, más que los Snickers.

Pocha: Yo antes era como gordilla, Tomás. Me hueveaban. Sobre todo las minas. Iba a un colegio de mujeres. Las minas podemos ser muy perras, me consta. Es peor que ir a uno de hombres, te lo aseguro.

Tomás: ¿Lo viste?

Pocha: No.

Tomás: ¿Estás volada?

Pocha: Algo. Me cansó igual el río. Tanta energía que hay acá.

Tomás: Fue sano bañarnos desnudos con esos hippies. Pensé que el río sería más helado.

Pocha: El calor del día, el sol acá es duro, no hay contaminación.

Tomás: Me sentí libre con esos hippies. Me siento mino.

Pocha: Eres mino. Y no eran hippies. Son de la comunidad de la madre Cecilia.

Tomás: ¿Cuál de ellos te gustó más?

Pocha: Ese Alonso. El más peludo. ¿A ti?

Tomás: Igual.

Pocha: Debemos invitarlo a fumar. Es lindo, con ese pelo largo, esa barba, esos ojos. Deberías perder la virginidad con él.

Tomás: ¿Quién te dijo que era virgen?

Pocha: Lo eres.

Tomás: Sí. Por ahora. Aunque me queda poco, lo sé.

Pocha: Ya encontrarás a un chico.

Tomás: Creo que ya lo encontré. Se llama Clemente y él será el primero.

Pocha: ¿Sí? ¿Él que dice?

Tomás: No sabe quién soy. Aún. Escribe un fanzine.

Pocha: Debe ser genial vivir como los de esta secta... meditando, haciendo pan, sin radio o tele. Eso dicen. Después de Nepal. O del Tíbet. Antes la energía estaba allá.

Tomás: ¿Allá donde?

Pocha: En los Himalaya. Paralelo 30 norte. Ahora con el cambio de era, se trasladó al 30 sur. Del Elqui brota energía y se ve desde el otro lado del universo.

Tomás: ¿Ese es el cometa?

Pocha: No, es un asteroide. No sé. Le falta la cola.

Tomás: Sí, cierto.

Pocha: Qué ganas de ir a Nepal a meditar.

Tomás: Yo me raparía, andaría con túnicas color azafrán.

Pocha: Amo el azafrán. ¿Lo has olido?

Tomás: No, hueona. No. ¿Qué es?

Pocha: Es una especia. Para hacer arroz a la valenciana o paella.

Tomás: ...

Pocha: Estos son los cielos más limpios y puros y prístinos del mundo.

Tomás: Me gusta esa palabra, prístino.

Pocha: Es un poco barroca, relamida.

Tomás: Mira: ese es. Ese. Es. Mira.

Pocha: No, calma.

Tomás: Me está dando sueño. Si me duermo y pasa, me cuentas.

Pocha: Te despierto.

Tomás: «Una vez en la vida».

Pocha: Eso, «una vez en la vida». Así es, lindo.

Tomás: Como este paseo, Pocha.

Pocha: Como estar juntos.

Tomás: Como vivir lo que estamos viviendo.

Pocha: Tenemos más futuro que pasado. ¿No te parece genial, Tomás?

Tomás: Me parece histórico. Me parece una gran oportunidad. Me parece una aventura, Pocha, que recién está partiendo. Algún día veré las estrellas con Clemente.

The Buenos Aires Affairs
(*Old England Toffee*) **Clemente conocía** más de lo necesario de Chile: desde Pichidangui por el norte hasta Cochamó en el sur. Uruguay lo había recorrido cuando vivieron ahí e iban a los balnearios de Atlántida (una casita rosada y azul), al inmenso hotel termal de Piriápolis y a Punta del Este, siempre fuera de temporada. Existe una foto de los tres en Cabo Polonio. Clemente conocía buena parte de Inglaterra, incluso la isla de Man, aunque ni Escocia ni Gales. A partir de los quince, dieciséis, el tren fue su aliado. Estaba cerca de tantos lugares. Se escapaba a Liverpool, a Canal Street en Mánchester, incluso a Newcastle. Recitales, bandas nuevas, los bares gay donde te vendían cerveza igual, las primeras raves antes de que fueran eso. Londres estaba a dos horas y había trenes temprano en la mañana para regresar durmiendo. Conoció los hostales de Earl's Court donde se quedaban los chicos latinoamericanos. Ahí se alojó un par de veces. A partir de cierta edad, lo dejaron solo y sus padres, a su vez, querían estar lejos de sí mismos y de la idea de familia.

En el continente, Clemente había asistido con su padre a reuniones y conferencias en Brujas, Bruselas, Ámsterdam, Múnich, Hamburgo y en la costa báltica de Polonia antes del movimiento de Solidaridad.

Viajaban juntos, en camas separadas y, si era posible, se quedaban en piezas distintas. Cuando debían compartir, su padre se iba a cambiar al baño. Clemente entendió rápido: nada de piel; nada de ropa interior. A su padre le gustaba exhibir a Clemente como un trofeo cuando viajaban. Había chilenos de la diáspora de Allende en todas partes. Cruzar la cortina de hierro le fascinaba y le daba miedo porque entraba a un mundo oscuro, atrasado, vigilado: Leipzig, Dresde, Bucarest. Su padre lo había llevado a Suecia para una conferencia con los exiliados y luego habían cruzado en ferry a Copenhague en verano.

Una vez los tres fueron de vacaciones de verano a Sicilia y, durante junio de 1980, fueron a Malta mientras Robert Altman estaba rodando *Popeye* con Shelly Duvall y el actor raro de *Mork & Mindy* que exhibían en ITV. Clemente se escapaba para salir a tomar y otras cosas con un asistente de producción de Sussex –tres años mayor– que debía coordinar los transportes desde el pueblito construido de Sweethaven hasta los hoteles de la ciudad balnearia de Bugibba, donde todo el equipo estaba repartido en varios hoteles. Por esa época sus padres no se hablaban y lo dejaban solo, no le preguntaban nada, incluso les parecía normal que un adolescente explorara, saliera solo y «no se aburriera».

Siempre se preguntaba: ¿sabían en lo que andaba?

Si la madre de Naseem no los hubiera sorprendido en la pieza, si la señora con el sari y el acento imposible no hubiera llamado a su padre, ¿qué habría pasado? A veces se lo preguntaba. Entendió el pudor mezclado con asco que él le producía a su padre, pero le intrigaba descubrir por qué a su madre él le interesaba tan poco. O, mejor dicho, a pesar de la intimidad intelectual, de a veces ser algo así como el consejero o mejor amigo de su mamá, le sorprendía que a ella no le interesara para nada su vida íntima, sexual o afectiva. Muy pocas veces le daba consejos de ese tipo y, cuando pudo dejarlo, lo hizo no como un abandono sino casi como liberándolo. «Tú te las puedes arreglar solo», le decía. «Eres distinto, no eres igual al resto». Sí: quizás sabía que era raro, curioso o artista. Pero, por sobre todo, lo veía como un intelectual adulto para quien lo afectivo no era tema.

–Los musulmanes son unos fanáticos –le dijo–. Pobre Naseem, me da pena ese chico. Esa madre es una bestia. Ustedes solo estaban explorando. Debe ser feroz para esa mujer asumir que tiene un hijo para el otro lado.

–Como yo.

–No digas eso. Tú, Clemente, eres de clase alta. Tú exploras, eres creativo. Desde chico eras sensible. Eso no implica que...

–¿Qué?

–Vienes de un país distinto. No hace falta rotularse. No somos americanos, por Dios. Qué lata más grande. Ni menos islámicos. A este

amigo Naseem quién sabe qué le van a hacer allá en su país.

Lo cierto es que estaban más que explorando. Naseem estaba dentro de Clemente cuando la madre regresó sin aviso desde Bristol. Eran más que exploraciones, pero para Consuelo Ovalle no era tema. Lo único importante para ella era regresar a Chile.

–Mamá, Naseem es importante para mí.

–Lo vas a superar. No me latees, Clemente. Haz lo que quieras, quién soy yo para detenerte.

–Mi madre.

–No me jodas, sé adulto. Crece. Vas a olvidar a este pakistaní simpático color cochayuyo.

–No seas racista.

–Amo el fricasé de cochayuyo. Acá me junto con todo tipo de gente. Eres joven, vas a poder salir adelante, Clemente. Lo que yo no puedo tolerar es estar acá en esta ciudad lluviosa con el lastimado y fome de tu padre. ¿Sabías que está saliendo con una judía argentina a la que le mataron al marido? A tu padre siempre le han calentado las víctimas. Le gusta ayudar. Ahora solidariza con la crespa. Qué tipo más agotador.

Ella, al volver a Chile, quería explorar y vivir lo que no hizo con su marido.

–Compartir ideas, sueños, un proyecto político, no es lo mismo que apostar por una vida en común; la verdad es que tu padre me interesó más que gustarme.

Clemente nunca había viajado a solas, sin sus padres o, lo cierto, sin su padre. Tenía pocos recuerdos de haber viajado con su madre. Cuando recién regresaron, fueron al fundo de los Torres, cerca de San Javier. Le fascinó Alejandro, el hijo mayo de los Torres que tenía su edad. Había sobrevivido a un accidente cruzando la línea del tren. El auto de su abuelo se quedó parado y la locomotora pasó por encima de ellos. A él no le ocurrió nada. Clemente dormía con Alejandro, que se sacaba la ropa dándole la espalda y luego rezaba antes de dormir. Un día le dijo: no me mires tanto, acá no somos como los ingleses. Clemente recuerda a su madre en la piscina con sus amigos de otros tiempos, tomando vino, comiendo cerezas, hablando de gente que no conocía.

El viaje a Buenos Aires, entonces, le parecía iniciático. Su primer viaje por Sudamérica. Sin padre y sin madre. Libre. Sin ellos, que lo arruinaban todo. Debía ir de Santiago a Mendoza en bus, cruzando toda la cordillera, para luego tomar el tren nocturno que atravesaba la pampa hasta detenerse en Retiro. Lo tenía todo preparado. Sería en abril, para la Feria del Libro.

Iba de corresponsal, con credenciales que se consiguió con Ernesto

Saúl, su editor en la *Cauce*, quien lo miraba con cariño y, al mismo tiempo, con una cierta extrañeza y precaución. «Eres demasiado moderno, pareces vivir en el futuro. Esta revista apuesta más por el pasado, muchacho».

Clemente sabía que algunos temas sí les iban a interesar (política, Latinoamérica, literatura) y que aquello que realmente le interesaba a él (música, movida alternativa, cómics, cine) dejaban a su jefe sin repertorio. Ya no estaba bajo el «régimen de una pasantía»: había cumplido con los trámites de la práctica y ahora estaba de freelance.

Había hecho una reserva en el Hotel Iguazú (dos estrellas) de la calle Paraguay. Caminable desde la estación de tren de Retiro, le dijeron cuando llamó a larga distancia. Cerca de Harrod's y a pasos de Palladium, le explicó el chico de la recepción luego de que le preguntara si quedaba cerca de la entonces en boga y ahora mítica discoteca. «Me llamo Federico, pero podés llamarme Fede. Están rebuenas las fiestas ahí». Clemente sabía, por los diarios argentinos, que Palladium «era recopada» y «lo mejor del Tercer Mundo». «Voy a la Feria del Libro», le explicó Clemente. «Ah –le dijo Fede–, podés tomarte el subte, pero quizás te conviene caminar, está por Libertador, pasando la Escuela de Derecho. Es relinda esa feria –le dijo–. Venís solo, veo. Una single, dale. Acá te vamos a cuidar. Te vas a sentir en casa, chileno». Clemente entonces acotó: «Una single sí, pero ¿a veces puedo subir gente?», Fede le respondió: «Claro, todas las chicas que conozcas en Palladium, obvio». «¿Y chicos?», acotó, sin cambiar el tono de voz, un poco para hacerse el cosmopolita. «Solo si son lindos, Clemente Fabres. Dale, sí, todo bien. Debes disfrutar tus vacaciones. Yo una vez fui a Osorno, desde Bariloche, y todo me pareció lindo, pero a la vez feo. Mucho miedo, todos temerosos. Esta es una ciudad intensa, movida, ahora libre. Democrática. Venite y vas a ver que la vamos a pasar bien».

Cruzó los Andes en bus. Al entrar a Mendoza, rumbo a la estación ferroviaria, vio los letreros oficiales y los rayados en los muros. «Las Malvinas son argentinas». Tomó el tren nocturno. En el carro comedor vio a un chico de su edad, en muletas, al que le faltaba una pierna. Se acordó de ese festival de cine argentino que había visto el año anterior en la Biblioteca Nacional. *Los chicos de la guerra,* acerca del conflicto del Atlántico sur, lo remeció.

En los muros de las estaciones de la pampa miró los afiches pegados: «Las islas son nuestras».

Los dibujos de las islas le recordaron el test de Rorschach.

En abril del 82 Clemente fue bautizado como Tofi. Por esas calugas Old England Toffee y por el empalagoso comercial de Ambrosoli con

un doble del actor Héctor Noguera usando el típico acento estereotipado de cómo podría hablar castellano un súbdito británico sin carisma. Ambrosoli le sacaba provecho a la idea de que sus toffees fabricados en Viña parecían importados o tenían una receta secreta, pero eran locales y, por lo tanto, no eran prohibitivos.

Clemente se convirtió en Tofi el día que el Reino Unido hundió el crucero Belgrano durante la guerra de las Falklands («Malvinas, disculpa»). Fue en abril del 82, a un mes de ingresar a la Escuela. No llevaba ni seis meses en Chile. Sergio Saavedra, alias el Suave («te voy a hacer mía de manera suave, suave, suave»), era un altísimo y guapo, pero poco misterioso y básico jugador de rugby, que venía de The Grange School, lo que, en el contexto de la Escuela, era considerado «lo peor». Toda persona de clase media hacia arriba era despreciada y condenada. Al Suave, sin embargo, le importaba poco. Sus planes estaban más ligados a jugar rugby y quizás a animar un programa en la tele.

El comercial dejaba claro que lo que venía de afuera debía provocar algo de sorna.

Era motivo de burla.

Todo lo extranjero tenía algo ridículo: como si, en efecto, los de acá fueran especiales, sobrios, equilibrados.

Clemente cometió el error de ostentar ser de otra parte: leía novelas en inglés en la cafeta o al aire libre. Se vestía más como un dandi de los años veinte o treinta y salpicaba en clases su inglés. Leía revistas que todos tildaron de gay de inmediato: *The Face, NME, i-D*.

Ese día, Saavedra andaba con una bolsa de dichos caramelos. Al llegar Clemente, con un ajustado traje negro y corbata verde, le dijo: –Un amigo me contó que todos los británicos son maricones. Como Boy George. ¿Crees que a Bowie no le gusta la corneta? ¿Te gusta chupar toffee?, Tofi. ¿Te gusta? ¿De verdad crees que unos maracos ingleses van a vencer a los argentinos? Ten cuidado, Fabres. Estamos del lado de nuestros vecinos.

Esto, claro, no era del todo cierto. Por algo el gobierno militar hizo lo que pudo para apoyar logísticamente a Thatcher y a su Armada. Pero el Suave Saavedra admiraba el rugby trasandino y pasaba sus veranos jugando polo en unas chacras de gente rica en las afueras de Mendoza. Daba lo mismo que fuera de derecha y tonto y con lazos directos al edificio Diego Portales. La Jota estratégicamente abrazó a Saavedra por las razones equivocadas. Eran estratégicas, comentó el fofo del Tato. Lo importante era sacar un comunicado y firmar una carta contra el imperio inglés.

–¿Crees que puedes venir a quitarnos lo que es nuestro, Old England? No somos los ingleses de Sudamérica, Tofi culiado, somos mucho más que eso.

–¿De verdad alguna vez te creíste eso? –le respondió Clemente, irónico, aterrado, enojado, ciego.

Entonces Saavedra comenzó a tirarle en la cara varios caramelos.

–Vuélvete a Inglaterra y mariconea allá, acá estamos en Chile y no nos gusta la gente rara.

Clemente sentía cómo los caramelos duros le herían la cara.

Parecían granizos, piedras. El celofán le arañaba su piel.

–Es una dictadura sangrienta la argentina. ¿No lo sabes acaso, pedazo de músculo? Están distrayendo la atención. Están condenando a miles de chicos no entrenados a la muerte segura.

–Pero Argentina es nuestra, puto. Somos vecinos. Siempre hay que cuidarnos entre pares.

Saavedra tenía la costumbre de siempre usar apretadas camisetas-con-cuello Lacoste en todos los colores pasteles. Había ingresado con beca deportiva. Era en extremo despreciado. Todos lo envidiaban un poco porque su padre era un hombre poderoso del barrio alto, cosa que al Suave Saavedra no le importaba nada. Nada. No quería ser como el resto ni menos participar. Cuando le decían facho, respondía: –¿Y? Mira cómo sufro. Mira qué pena me da no ser lana. Qué pena no ser cuma ni marxista. Oh, por eso duermo mal con mis pololas: porque ustedes me pelan.

Saavedra dejó Periodismo el primer semestre y terminó como reportero estrella de golf en una cadena con base en Atlanta. Pero ese día de abril le dijo Tofi a Clemente unas treinta y cinco veces. Se lo dijo en la oreja, gritando, lo rayó en el pizarrón. Y cuando en el patio del edificio los alumnos decidieron quemar una bandera del Reino Unido, Saavedra tomó la mochila de Clemente y le sacó sus revistas.

–Que se quemen, Tofi. Mira cómo arden tus puteríos.

Todos los chicos de bigotes y barbas y ponchos y chalecos de la isla de Chiloé aplaudieron y gritaron: –To-fi, To-fi.

Clemente no entendía nada: ¿no estaban en contra de la dictadura argentina? ¿Acaso el 78 no hubo casi una guerra en el sur con los mismos militares? Este era su bautizo. Entendió que hay odios que logran que naciones se unan, que permiten que enemigos de pronto se vuelvan aliados. Comprendió que este rito de iniciación a lo mejor le otorgaba una cierta libertad. Aceptó conspirar consigo mismo. Pero, tal como decían ellos, no iba a olvidar ni menos perdonar.

To-fi, To-fi, To-fi.

Lanzó sus tres revistas a la hoguera y ardieron.

Miró cómo una página a color con la cara de Pete Shelley ardía azul.

En la noche, en su casa, encontró en los bolsillos de su montgomery varias de esas calugas. Las comió una a una hasta que sintió una náusea profunda e incontrolable. Tuvo que ir a vomitar. Ese año

intentó ir lo menos posible a la Escuela, y todo se le hizo difícil. Eso fue antes de lanzarse con el fanzine y de encontrar el mundo del under. El 82 fue, cree, el peor de los años. Y, para echarle merquén a todas sus heridas abiertas, en diciembre no pudo pasar el ramo de Redacción I. Le explicaron que no sabía escribir en castellano. Pudo dar el examen de nuevo en marzo: repitió. Debió cursar Redacción I todo el año siguiente, pero ya importaba poco. La Escuela era más un centro de operaciones y un lugar de donde sacar ideas. Además, estaba cerca de todo.

El año que debió aprender a redactar, se la pasó escribiendo *ropa/americana.*

En Buenos Aires, leía todos los días *The Buenos Aires Herald*. Los quioscos de la calle Florida estaban repletos de revistas americanas, incluso inglesas. Fue a la Feria del Libro y quedó impresionado. Bailó con dos chicas en Palladium. Sonaba Divina Gloria. Fede, el del hotel, era un histérico y le dejaba notas y lo miraba y luego estuvo libre tres días y no se apareció. Clemente vio *El beso de la mujer araña* en un cine de Corrientes. Todo le parecía más libre, mejor. Él se sentía más libre, mejor. Más completo, acaso. En Buenos Aires, le pareció, existía un lugar para él. Se dio cuenta de que hablaba el idioma secreto de la ciudad. Estaba de turista, sí, pero se sentía un local. No como en Chile. En la plaza San Martín, mirando el bello rascacielos Kavanagh, de pronto pensó que, de todas las partes del mundo donde podía vivir, había escogido la peor. Y en el peor de los momentos. Quizás tener veintidós en Santiago el 82 era vivir la vida tres veces, concentrado, al límite. A lo mejor, algún día, el 98 o, quién sabe, el 2022, apostar por su país y gozar su ciudad y sentir que te daba más de lo que te quitaba era posible. Pero no ahora, no ahora en este fatal año 86. Debían pasar muchas cosas para que Santiago fuera vivible y dieran ganas de crear. En Buenos Aires, vio su futuro y entendió que no podía seguir ahí pasado diciembre. Sentado en el Café La Paz pensó incluso que no debería siquiera regresar. ¿Necesitaba terminar su carrera? ¿Titularse? ¿Tenía algún familiar, una emoción, un lazo, un novio? Nada. ¿Qué lo unía a Chile? ¿Era, quizás, sadomasoquista? Una semana de libertad, de libros, de estímulos le parecía un paréntesis antes de regresar a la boca del lobo. Les dijo a todos los que conoció que se llamaba Martín y que era chileno, pero que se había criado cerca de Chicago. «Che, que feo volver a lo de Pinochet, quedate acá, flaco, le dijo una chica de nombre Fabiana que intentó seducirlo hasta que se dio cuenta de que no podía y caminaron alrededor del Planetario. Del hotel, le envió un fax a Osvaldo Soriano a la revista *Crisis* y este lo citó para que se juntaran en un restorán llamado Edelweiss. Miró en su libreta el fono de Isidora, pero decidió no llamarla. Para qué. No necesitaba ver

chilenos en Argentina.

Había chicos despiertos, lindos, ansiosos, cultos, libres en todas partes. Conoció en el stand de Sudamericana a uno llamado Gonza que estudiaba Psicología y olía a cloro «por la pileta» y tenía barba, aunque abajo estaba rasurado. Vendía libros y amaba al Che. Juntos fueron al parque Chas, que era como un laberinto. Luego se masturbaron y besaron al atardecer bajo los árboles en los jardines de Agronomía. A Gonza le gustaban Los Ratones Paranoicos. Otro día, Clemente compró un casete de Los Redonditos de Ricota. Caminó a solas por San Telmo, por las calles donde se ambientaba *Sobre héroes y tumbas* (La Boca, el mítico parque Lezama) y al otro día esperó dos horas a Sábato para que le firmara una copia nueva en la Feria. Leyó y anotó ideas y miró chicos en bares y en los cafés de avenida de Mayo. Bebió fernet y comió sorrentinos con salsa rosada y un postre de queso y dulce llamado vigilante. Amó las medialunas y el matambre y la ensalada rusa. Vio *El exilio de Gardel* en un cine de Lavalle. Compró *Las aventuras de Miguel Littín clandestino en Chile*, ese error entusiasta de García Márquez, para comentarlo (destrozarlo) en el fanzine y hasta vender fotocopias a los rojos de la Escuela. Estaba caminando por Marcelo T. de Alvear y un auto con un pasajero atrás le dijo: «¿Estás laburando, pibe? ¿Sos taxiboy?». Esa semana sonaba mucho «Un misil en mi placard». Había afiches de Virus en todas las esquinas. En la librería Clásica y Moderna de Callao conoció a Lautaro. Hablaron de Roberto Arlt. Lo invitó al Área, donde tomaron champaña y Cointreau. Lautaro se encontró con Nahuel y luego fueron los tres al departamento de Exequiel en la calle Malabia. Ahí aprendió la palabra pija. En Retro, un tal Leandro que tenía una remera de *Los tres chiflados* le preguntó si era cheto y Clemente le dijo que «tenía algo cuico no más». Leandro era de La Plata y dijo que era dramaturgo. Le pasó su dirección.

En la cafetería Florida Gardens leyó una crónica que decía: «¿Los putos son punk?».

Escuchó música en un muelle frente a Aeroparque mirando el río y comiendo sándwiches de miga.

El día anterior había ido con Facundo, al que conoció en el subte, al Parakultural a ver una obra acerca de cinco chicos que se creen perros. Facundo tenía pegada las palabras tranka, tranki y piola. Facu olía a papas fritas y queso azul. Lo invitó a una casa vieja por Monserrat, donde vivía con amigos y tuvieron sexo con las ventanas abiertas porque hacía calor y luego tomaron mate en bolas, sudados. Sus dedos olieron a Facu por dos días y le gustó. Le regaló una copia vieja de *The Buenos Aires Affair* que había sido de su exnovia. También le pasó unos poemas lindos de amor entre amigos para que publicara en el fanzine. Facu era morocho, como Naseem, y no había diferencia

en el color de su piel entre su trasero y su espalda.

Agustín, el chico tipo nutria que conoció en los vapores subterráneos del Hotel Castelar, le contó que ese era el lugar favorito de Federico García Lorca y que en Buenos Aires casi todos los chicos eran poetas. Un día se fue caminando hasta Palermo y entró a Nave Jungla, un bar con música y enanos en la barra y gente divertida y le pareció estar en un video, aunque no conoció a ningún chico. Esa misma noche, semiebrio pero feliz, terminó en una pizzería Ugi's, cerca del Obelisco. Ahí se topó con Nahuel 2 que comía una fugazza. Andaba en una fiesta y antes estaba en la Facultad. Nahuel 2 estudiaba Comunicaciones y usaba unos lentes inmensos de nerd que lo hacían ver cool. Le regaló los fanzines *Resistencia* y *Rebelión rock*. Nahuel 2 era de Banfield y se quedó a alojar porque perdió el tren. Vieron tele un rato. Nahuel 2 andaba con vaselina en el morral y preservativos. Le dijo que era anarko.

Clemente compró las revistas *Expreso Imaginario*, *Humor* y *Cerdos & Peces*. Su última noche, después de entrevistar a Soriano, fue hasta el teatro Santa María, por barrio Norte, en la calle Montevideo. Tocaban Los Encargados. Vio a Gonza con otro chico. En el baño le ofrecieron merca. Aceptó. Confiaba en todos, no como en Santiago donde no confiaba en nadie. Un chico tenía los ojos pintados. Se llamaba Marcelo y era de Salta. Marcelo le dijo que era amigo de los de la banda. Entonces aparecieron en el escenario. Todos los chicos se sacaron la remera. Era lindo todo. Todo era recopado. Y ahí se puso a llorar porque se sintió feliz y esa sensación era tan rara y poco común que lo alteró, pero también lo hizo sonreír y seguir bailando. Esa noche, esos días en la ciudad puerto, dejó de ser chileno, dejó de ser un exiliado-retornado, dejó de ser de la Escuela, dejó de ser un cuico-progre, dejó de ser hijo de sus padres, dejó de ser parte de aquello de lo que no quería ser parte y solo fue, por un rato, al menos, él.

El videoarte de Adela Necochea (instalación + fiesta/*the red set*) **Una semana antes** de su cumpleaños número cincuenta y seis, Adela Necochea estrenó un videoarte acerca de tres chicos de origen proletario y look mestizo aburridos de la dictadura que deciden exiliarse en una tina de baño de un viejo y decrépito palacete afrancesado. Todo era muy Matta-Clark, pensó Clemente, al llegar a ver la instalación en el Instituto Chileno Francés en la bella casa tipo embajada de Merced con Lastarria. También pensó que era una reverenda estupidez y un claro ejemplo de un arte impostado y maquiavélico que tenía, al menos, dos nortes claros: seducir a la intelectualidad del extranjero y acallar su culpa por no estar viviendo en el exilio. La gran duda de Clemente era si valía la pena destrozar en *ropa/americana* estos videos conceptuales, estas cintas y cortometrajes desechables, todas esas instalaciones y novelas experimentales hechas para sumar fondos comprometidos con la lucha contra la dictadura. Él también quería que cayera el tirano, pero no ponía sus fichas en ese tipo de performances ni menos en futuros héroes cuyos pergaminos fueran su disidencia y no su forma de ver el mundo.

Clemente pensó que toda esta «propuesta basura» podía dar para

una crónica-en-primera-persona: transformar todas sus dudas y el hastío que le provocaba el CADA o los muchos videos de Adela Necochea. Pero tampoco era tonto, sabía que los artistas del under («el ánder subirá como la crema») algún día podían ser oficialistas. A través de su padre sabía que, además de mafiosos, los intelectuales sin intelecto y los artistas burgueses podían ser rencorosos y buscaban de forma ansiosa y constante el poder. Destrozarlos era cerrarse todas las puertas, aunque igual se iba a ir. También sentía que atacar algo que nadie conoce ni ha visto ni verá era un poco contradictorio con su deseo de explorar la cultura de masas. Su fanzine era acerca de lo under, pero también se fijaba en lo que era de culto o aún no estallaba. Se adelantaba. Entonces, ¿este tipo de instalaciones crípticas que se hacían pensando en unos pocos y que despreciaban al resto valían la pena para mancillar las páginas de su revista?

En una gran sala oscura del Instituto, Clemente vio veinte minutos del eterno videoarte de estos chicos bañándose y jabonándose en dos tinas. De pronto, gritaban: «¡El tirano no se baña, la sangre se coagula!». Una mujer de lentes a su lado tomaba apuntes. Aburrido, Clemente se fue a la sala contigua, más pequeña. Se sentó en la única silla y miró atento la entrevista que le hizo una mujer con acento francés a la Necochea. El registro se emitía en un loop eterno en un pequeño televisor. La sala, se percató, olía a anís o a hinojo.

Adela Necochea: Hago arte con la mirada, con la cámara, sin tener que pintar y sin narrar. ¿No te parece genial que pueda existir cine sin argumento o trama o estrellas? Lo que yo hago, lo que hacemos los que creemos en el videoarte, es vanguardia. No es comercial aún, por lo que se tiene que quedar hundido en el subsuelo, como esa novela de Dostoievski. Poco a poco, se está colando en MTV, o sea, MTV es videoarte. ¿Qué son los videos acaso? Arte. Sin duda lo son. Es arte abstracto. No creo en lo narrativo, en eso de contar una historia. Para eso veo las novelas mexicanas, leo los bestsellers de moda. No me interesa nada el público, lo que me provoca es que el público se interese en mí y en lo que hago. Mira, linda, al final deseo provocar a la burguesía. ¿Si me siento la madrina del under? No, para nada. Abuela, menos; no me insultes, querida, nunca tan vieja. Rodearme de juventud me afila los sentidos. Me pareció pertinente representar el deseo de estos chicos que se venden por un precio. Es la expresión del capitalismo. Su fluidez es más una transacción. Buscan padres, buscan dinero, creo. Son un signo que necesité incorporar como un gesto político, ¿me explico? Nadie tenía por qué saberlo, pero a mí me cautivó el contexto no literal. Pude pensar el aislamiento y el impacto de la extrema fobia religiosa ante los prostitutos. El video se llama *Burbujas* porque todos al final quieren limpiar la huella de la

transgresión, aunque para los muchachos que se venden jabonarse también puede ser divertido. No tienen culpa. En cambio, sí la tienen los que pagan. Pero lo más importante fue, desde luego, establecer una poética. Para conseguirlo, tuve que dejar que se cursaran las energías o los flujos de sentido (o de sinsentido) que el rodaje me iba proponiendo...

Clemente se ríe y dice en voz alta: «¿Quién te pautea?, ¿no te da pudor mentir tanto? Bájate del pony, deja de decir nada, deja de copiar catálogos, para de una vez por todas».

Adela Necochea: Acá está atiborrado de gente joven que no volverá a ser joven, ¿qué culpa tienen de nacer durante la dictadura? ¿Eso implica que no van a tener deseos inesperados, que no querrán bailar y experimentar y soñar y creer en otra cosa? Me gusta registrarlos: solo tendrán esos cuerpos una vez en la vida y debemos enfrentarnos al cuerpo. Sé lo que pasa afuera de mis metros cuadrados. Por eso mismo debemos recuperar el cuerpo como un lugar de apetitos profundos. Que una mujer filme jóvenes desnudos es un acto de desobediencia civil. Todo lo ligado al cuerpo es político y, en ese sentido, creo que es clave pensar el cuerpo no solamente como un lugar de trauma, muerte o tortura.

Clemente se levantó de golpe y le pegó a la silla que se dio vuelta. El estruendo rebotó. «Esto es lo peor», le dijo a un señor que ingresaba. «Esto no es arte, es publicidad mala para ganar becas».

Tres días después, un sábado de fines de abril de 1986, Adela del Carmen Necochea Dañobeitia de Van der Vaan cumplía años y celebró su fiesta anual que se había vuelto un hito dentro del mundillo del arte y la cultura desde 1967, cuando aún vivía en la calle Espoz, en Vitacura.

Hay una fiesta y es esta noche.

Es una casa inmensa, modernista, que fue de lujo, pero se quedó a trasmano, lejos, en un barrio infernal del que incluso los árabes han huido: la avenida Perú. Parece un barco que encalló. La extraña casa está a los pies del San Cristóbal. Fue construida y diseñada por sus dueños con el único motivo de crear a toda hora, de vivir la vida creativamente. La construcción posee un interminable techo de vidrio por donde entra la luz de la tarde y que se puede tapar con telas blancas si el sol es mucho. Ahí es donde antes pintaba Enriqueta Petit junto a su marido Luis Vargas Rosas, que murió mucho antes. Era su atelier. Clemente sabe ese dato porque estuvo en esta casa hace unos años cuando ya estaba sola la tía Enriqueta y había al menos dos docenas de gatos y una nana que había aprendido francés para pelear con su patrona pintora. El público es diverso, cosmopolita, distinto,

entrete. Suena Echo and the Bunnymen: «Bring on the Dancing Horses», se fija Clemente. Bien, se dice. ¿A quién contrataron para hacerse cargo de la música? Todos están bailando y, si no lo están, se están balanceando, moviendo la cabeza, sintiéndose en Ibiza, no aquí rodeados de milicos. Clemente acompañaba a su abuelo, el doctor, a visitar a la parentela chiflada. La tía Enriqueta, cuyo busto en bronce realizado por Bourdelle (*La petite chilienne*) estaba en el Louvre, había muerto hace dos años. Ahora la casa era color lúcuma y pertenecían a este grupo de gente que se cree bohemia, sofisticada, radical chic, opositora, liberal. Están dispuestos a desafiar todas las convenciones en la medida que todos sus conocidos se escandalicen y, sobre todo, los pelen. Lo que sucede en la calle Rapa Nui, queda en Rapa Nui. Además, los turcos del barrio no se meten y no entienden del todo lo que sucede fuera de sus clanes. Hay licores exóticos: Drambuie, Courvoisier, Aperol. Clemente mira cómo toman pisco, toman vodka, toman etiqueta negra. A ninguno le importa que el mundo se va a acabar, la bomba nuclear, la guerra fría, basta de tanta política, ¡ay!, qué lata, la vida no es solo eso, ya po, dame una línea, ¿otra copa?, hueón, me atraes y harto, qué ojos, puta que atienden bien acá, vale la pena bajar a este barrio infecto. Algunos bailan (Nina Hagen, Kajagoogoo, Ultravox). Otros fuman (cigarrillos, pipas, Gitanes rubios, pitos). Clemente divisa a Damián Townley revolotear por ahí, todo de beige: anda con un banano repleto de su mercadería, conversa con el cónsul colombiano, con el embajador peruano. Los invitados toman sin dudar y se sienten modernos, del hemisferio norte, agarran/atracan con quien sea, hablan de Milan Kundera sin haberlo leído. Un chico pálido con pantalones a rayas y camisa caqui se besa con dos chicas rubias, unas primas que van a las teresianas. Un chico delgado con una nariz tosca y un parche en el ojo hace de barman. Solamente sabe preparar combinados, pero conoce la letra de todas las canciones que tocan. Era ayudante dental, le confiesa a Clemente. Me llamo Jon, sin hache, como Jon Peters, el productor de cine. Jon escucha música todo el día y les cantaba a los pacientes con la boca abierta. Unos televisores amontonados en distintas partes de un salón están conectados a unos reproductores de VHS escondidos y transmiten los mismos videos de la festejada, repetidos como si fuera una galería de espejos. Todo es, en efecto, avant-garde, muy Soho aspiracional, *Después de hora*. Santiago, está claro, no es Caracas, que sí es sofisticada y moderna. ¿Será cierto que nuestra capital se asemeja a Teherán por tener la cordillera de fondo? Al final, siempre hemos estado bien a la vanguardia para estar tan lejos, ¿no crees?, le comenta la Nena Sarrazín, una vieja adicta a los pañuelos de seda a quien Clemente ha visto en las patéticas páginas de vida social siempre rodeada de gays de cierta edad que se dedican al arte.

Clemente está mareado con Moët. La invitación llegó a su casa a nombre de su madre. El aire huele a Fundación Ford, a la Guggenheim, a demasiadas Fulbright. Clemente anda todo de negro. Sus bototos tienen cordones rojos. Los televisores destellan luz azulina y pasan imágenes paganas sin audio: documentales de Berlín de la era de Weimar, fragmentos del remake de la película *Sin aliento*, videos de MTV con comerciales grabados por alguien en Miami. Clemente baja una escala grandiosa. Llega a una sala donde solo hay un inmenso cuadro de Claudio Bravo y lo cierto es que no falta nada más. La pintura es de un chico árabe de jeans, con botas beige y sin camisa, que duerme la siesta sobre una sensual alfombra roja. Clemente sube otra escalera. Un diplomático dominicano mulato con las huellas de un acné feroz está severamente mareado con ron. Intenta besarlo y le toca el culo en un pasillo con poca luz. Clemente lo empuja y el tipo saca su tarjeta de crédito. ¿Le está ofreciendo jale o quiere pagarle? Nunca ha cobrado, nunca al final ha ido a esas supuestas onces de Jaime Guzmán donde pagan bien, generosamente, dicen, y te regalan copias de la Constitución del 80 firmadas. Clemente llega a una terraza en el tercer piso que da al mismo cerro. Justo ve a Juan Pablo Norambuena conversando con unos chicos con pinta de lumpen recién duchados; seguro que les está dando consejos para seducir y concluir las prestaciones puesto que hay muchos posibles clientes acechantes. Ahí está el anfitrión Daan Van der Vaan, que es neerlandés o belga, de Flandes, algo así. Van der Vaan peina a Basilio Mesina, un chico rubio bajito que parece un juguete Fisher-Price. Clemente los mira y ve cómo Daan le acaricia el mentón. El aire es tibio y se escuchan las hojas secas de los árboles. Aparece la diva, la dueña, la festejada. Con su pelo anaranjado, fumando hierba. Clemente observa atento. Adela Necochea se acerca al chico Basilio y lo besa en la boca frente a la mirada atenta de su marido. Ella se puede dar sus gustos. Concibe todo como una performance. Ella es célebre en el circuito alternativo. Corrección, es la reina de esa otra noche. La meta de Adela Necochea es conocer a todos. Quizás por eso el mito de que chupan sangre. Succionan a ciertos jóvenes simétricos a cambio de regalos, becas, contactos. No tienen miedo del estado de las cosas porque son diplomáticos. La sagrada inviolabilidad de la valija diplomática. Mucho duty free, mucha primera clase, mucho Air France, KLM, Lufthansa, SAS. Todos los presentes viven dentro de las burbujas de los organismos internacionales: la Cepal, la OIT, la FAO. Chicos del BID, chicas del FMI. Ganan en dólares, despilfarran en pesos. Son expertos en no indagar, no preguntar de más, en mirar para el otro lado. Piden delivery, así en inglés, a las rotiserías top: Los Ciervos, el Ambassador, el Oriente en Providencia, el Waldorf en el centro. Empanadas RoySar y hojitas de parra compradas en el Omar Khayyam. Clemente toma

una bolita de kubbe crudo y sigue el recorrido. Recorre las piezas, pero no hay vestigios de hijos. ¿Hay perros? En una pared hay un mensaje críptico en un neón verde (Die Before You Live) donde vemos polaroids de un hombre, gordo y peludo, que vomita en una cocina industrial. ¿Es una instalación? ¿Es una intervención? ¿Arte pop? ¿Es un poeta intentando desesperadamente llamar la atención? Clemente se aleja. Ahora suena: Indochine, The Soft Boys, Wang Chung. La casa está repleta de gente, por todas partes. En las piezas, en los baños, en las camas. Hablan susurrando, no terminan las frases, fuman, se rozan los dedos. Hay colados, artistas proletarios, gordos resentidos y anoréxicas arribistas. Ve una cáfila de agregados culturales ambiguos, cónsules honorarios borrachos, chicos de la academia diplomática impregnados de Drakkar. Abajo se han congregado artistas plásticos de la periferia, poetas con doctorados, académicas densas que hacen comerciales de detergentes, escritoras sin obra y travestis entubados de Chanel. La cara pálida de Derek Ashmore, el cónsul británico, está roja por el whiskey y conversa animado con la embajadora proapartheid de Sudáfrica. ¿Ese chico colorín sin camisa es Augusto Blanchard? Está la retornada cuica que se casó con un obrero de Caldera, está la escritora wannabe con los pechos perfectos a la que le pintan el cuerpo desnudo como si fuera una selknam cuando lo más cercano que ha estado de los pueblos originarios ha sido con sus dos nanas diaguitas. Clemente le guiña un ojo a Josué Nilo que anda con pantalones de cuero y escucha atento al raro y oscurillo del Osvaldo Menéndez, con su bigote tanguero y su traje de lino blanco sacado de una novela de Graham Greene. La condesa Svetlana Butenko, por cierto, habla fuerte y le da consejos a Pedro Mardones, Pía Barros y otros miembros de su taller literario. Un poeta alto se va a masturbar al baño de servicio y deja la puerta abierta para que la hija del alcalde le tome una polaroid. Hay estudiantes pobres de Arte y de Danza, los del ballet de los estelares de la tele, unas chicas de Pedro de Valdivia Norte que hacen performance, unas actrices maduras de derecha, hombres solteros de una cierta edad anestesiados. Por ahí ve a algunos integrantes de los Electrodomésticos, al Enzo, a Vicente Ruiz y sus musas, Jorge Said y su outfit. Está Martín Portales cerca de Raúl Griffero, obvio. Está, se fija, Dauno Cobo, guapo pero despistado, hablándole a Román y Alonso que están de la mano con Gilda Romagnoli, la terapeuta de ambos. Se miran fijo intentando ignorarse. ¿Qué hace en Santiago? ¿Su madre seguirá en Vicuña? Toda la tropa del ICTUS se pelea por los últimos petit bouchées de erizos. Clemente conversa con Alejandro Salazar que está duro y obsesionado con una idea para un posible video para el tema «La moda mata» del grupo Nadie. Cacha, puta que es mina la Jose Levine, se le notan los pezones. A ti también, le dice Clemente a Salazar antes de seguir.

Unos sociólogos de La Reina hablan mal de Carlos Altamirano. Cerca de la cocina está el racimo de judíos trotskistas antisionistas complotando con los árabes del Grange. Más allá, la poeta semiciega sáfica con lentes de sol de espejos jala unas líneas sobre el cuadro de una mujer con un turbante pintada por Carmen Aldunate ayudada por Basilio Mesina que se ha escapado del lascivo dueño de casa. Clemente se topa con Gerardo Lopehandía que huele a Agua Brava y que está con un acuarelista-de-moda. Lo miran con deseo. Los Click intentan jotear a Clemente, pero le parecen viejos verdes obvios. Clemente sale al jardín, huele la tierra mojada, ve a un chico pobre con tacos succionando a un señor calvo de traje de lino y luego entra al que alguna vez fue el estudio principal de la tía Enriqueta. Está lleno de agregados culturales que nada agregan. Entre ellos, el raro y denso del Ramiro «Godard» Castaño y sus esbirros esnobs de *Plano general* exudando el aroma a encerrado que sale del clóset. Han llegado todos los representantes de la noche, incluyendo dealers y los CNI dando jugo y unas putas top argentinas y hasta la mismísima Candy DuBois. Están los que se quedan al amanecer y que luego irán al Mercado Central a comer mariscos, aunque en la cocina hay cajas y cajas de conchas de ostras que ya fueron degustadas. Llegan unos punks por error, mal dateados, pero da lo mismo: esta es probablemente la mejor fiesta esta noche en Santiago y quizás del mes, del semestre. Clemente busca a Tomás. Cree que puede estar ahí, ¿por qué no? A veces se topan o están en el mismo cine o leen los mismos artículos o libros. Están conectados y sincronizados. Josué le dijo por teléfono: Tomás lo único que quiere es escribir en *ropa/americana*. Pero, por otro lado, mejor no darle la pasada. No hay que acostarse con fans, dicen siempre los rockeros. ¿Por qué Katashi lo habrá hecho? Tomás debe ser de esos que se enganchan. La gente dice: fue una atracción, no pudimos alejarnos el uno del otro, pero si uno coloca dos imanes juntos se repelen. Lo atiende una chica sin cejas. Le pasa un gin tonic, pero quiere ponerle un pepino. Clemente le dice que no. Hay algo de disfraz, de actuación en el ambiente. Eso de querer bailar y tomar, comer y charlar, jalar y fumar y tirar en los baños atestados de flores mientras las patrullas de los militares vigilan todo. Todos se creen íntimos de todos, pero nadie de verdad se conoce. Sostienen en su fuero interno que luchan contra un enemigo común. Son la oposición a la oposición, una suerte de exilio interno, de resistencia estilizada. Clemente ingresa a un dormitorio pintado de gris. Se sorprende de ver al Pinganilla Ruiz sin zapatos y sin el Anderson a su lado, pero junto a un chico que hace cómics al que le dicen Grafito que está sin camisa. Ve un montón de televisores en el suelo que están conectados –obvio– al mismo video. En esta instalación se exhibe un montaje de imágenes de la Unidad Popular con episodios de *Música libre*, además de

fragmentos del enervante *Show del correcaminos* y esos monos con piyama de *La familia Telerín*. Clemente baja la escalera y entra a un baño verde donde dos chicos con las piernas muy peludas se duchan. Son las estrellas del video de las tinas del Chileno Francés. ¿Dónde está el tercero? En el mismo baño –filmando todo– está un tal Antonino que siempre baila solo. Es, entiende, una performance. Sale. En la cocina, ve a Adela conversando con Ramiro Castaño que, de seguro, desea escribir una crítica positiva de videos para lograr ingresar a su selecto grupo y escapar de los bloques de la parte más pobre de la Villa Frei que tanto lo trauman. Ella, sin mayor interés, bosteza, se da media vuelta y se aleja arrastrando su caftán. En la cocina divisa a Teo Arroyo, el exactor fetiche de Pepo Martínez Sanz. Está con una chica de nombre Roser. Teo mira a Clemente y se asusta. Se avergüenza. Sus ojos se llenan de una suerte de plancha profunda, de algo cercano a la culpa, y retira su mirada. Clemente le escupe en la cara y ve cómo la saliva se demora en caer al suelo. Teo mira hacia el suelo y abre el refrigerador. Entran los Pinochet Boys gritando junto al Punk Andreani que ahora tiene el pelo todo blanco como Bowie en «Let's Dance». Todos los miran como si fueran rockeros de paso por Santiago cuando la verdad es que nadie los conoce, excepto algunos de los presentes. Clemente sube la escalera y se asoma a la terraza a tomar aire fresco y calmarse. Pasa por el bar y pide un gin doble. Mira el cerro cerca. Ve a uno de los hermanos Ossandón Ossandón (¿cuál?) hablando con Atilio Andreoli que colecciona, le han dicho, su fanzine. Camina y entra a una habitación donde hay un sofá de cuero. Ve al actor Gianluca Solari tocándose mientras mira una Sony Trinitron que emite una porno gay. Se miran firmemente, por diez segundos, sin pestañear. Ven, le dice. Te cacho. Solari está drogado, pero duro. Ven, hueón. Solari se levanta, se baja los pantalones, cierra la puerta y se da vuelta acostándose en el sofá. Clemente duda y se aleja. Pero algo lo obliga a mirar hacia atrás. Gianaluca se masturba con una mano. Clemente se le acerca. Gianluca le baja el cierre. Clemente se baja el resto de los pantalones. Está duro, lo que lo sorprende. Gianluca mezcla cocaína con su presemen y lo succiona. Entran dos académicas canosas y los miran. Gianluca se da vueltas, su espalda luce atlética, brillosa, su vientre roza el sofá. Clemente comienza a *rimear* a Gianluca que huele intenso. Clemente acaba en la alfombra otomana. Baja las escalas y sale por la cocina, hacia el patio. En ese mismo instante, Tomás Mena con la Pocha Ibáñez, más el sobregirado de Nelson Castaño y Lucio Galdames (lleno de gel), estacionan una camioneta Suzuki tipo «pan de molde». Todos se bajan con sus largos abrigos. Caminan hasta llegar a la esquina de la casa tipo barco encallado y tocan el timbre. Daan abre, los mira y les dice: los estábamos esperando. ¿Quiénes son ustedes? Me parecen adorables, en


todo caso. Pasen, pasen, la noche es joven y ustedes también.

Reflejos **Clemente lee** *The Denton Welch Journals*.

Anda con una gruesa chomba de lana negra tipo marinero, con botones a un solo lado, arriba del hombro izquierdo, calzoncillos blancos y zapatillas Converse.

Subraya el libro; lo deja a un costado.

Su casa está helada.

Recorre en un skate el living, de un lado para otro.

Suena Klaus Nomi, suena la banda sonora de *Diva*.

Fuma del cigarrillo que lio al desayuno, mientras tostaba la marraqueta.

Bota el humo mientras hace aros. Eso lo relaja.

Anda con una bufanda azul comprada en 21 de Mayo. Hay una docena de revistas en el suelo: *Trauko*, *La Bicicleta*, *Interview*, que encontró en la librería de saldos de Alonso de Ovalle. Vemos casi un centenar de casetes en un baúl de cuero abierto.

Mira su cuadro nuevo: uno colorido y abigarrado de la Caluga Varas Montt.

Vuelve con un trozo de kuchen de ciruelas ácidas de la cocina.

Busca unos VHS, inserta uno y enciende el televisor.

La luz blanca rebota en el rostro blanco y triste (serio y barbón) de Clemente.

Deja el video en mute y sintoniza la Eclipse.

Comienza a bailar solo «Enola Gay» de OMD.

A medida que baila, se conecta con su electricidad. Es impresionante verlo bailar. Parece poseído. A veces canta, parece un robot, parece que va a tener un ataque de epilepsia. Se desencaja y se libera.

Prende la estufa.

Se saca toda la ropa.

Le gusta fotografiarse desnudo. ¿Es un secreto? No, pero nadie tampoco lo sabe. Le gusta mirarse en el espejo. Piensa: ahora deseo más pelos, me calientan, quisiera tener más en todas partes. A veces se

dice: pondré un aviso en *ropa/americana* buscando modelos. ¿Quién va a querer posar sin ropa para un desconocido? Algo artístico, pero no. No se atreve. Menos después de lo que pasó cuando recién había vuelto a Chile. Intenta borrar de su memoria esa audición. Se enrabia cuando ve los videos de Martínez Sanz en la tele, cuando hablan en la radio de la película que rodó con Martín Balmaceda Portales, cuando lo ve en los diarios o en la portada de *Wikén* anunciando proyectos que nunca materializará.

Se explora entonces a sí mismo con distintos lentes: gran angular, ojo de pescado, el zoom, un 50 mm. Se besa en el espejo de cuerpo entero, con lengua. Llena de saliva el vidrio helado.

A veces quiere que lo toquen.

La gota de su glande embetuna el espejo.

Acostado en el suelo, mira sus bolas, abre las piernas todo lo que puede y ve su reflejo. Se huele los dedos viscosos. Cuando está a solas, como ahora, se gusta.

Clemente prefiere no recordar y a veces no recuerda, aunque sabe que, en el futuro, cuando piense en esta época, en Chile, en Pinochet y la dictadura, también va a pensar en ese interrogatorio y esa película que nunca se rodó.

Sí, a veces se toma fotos a sí mismo, de su cara reflejada en un espejo y sus pies con las uñas mordidas (se las corta con los dientes, mordiéndose, haciendo contorsiones como los chicos pakis que practican yoga). Publica trozos de su cuerpo como si fueran viñetas en el fanzine. Nadie se da cuenta de que es él. Plasma sus largas piernas velludas sobre la madera absorbiendo el aroma de la cera Virginia. O rebotando con la luz que entra por las grandes ventanas que dan al norte y quema el suelo y, a veces, su cuerpo desnudo y tendido. La sensación es rara y embriagadora, levemente caliente e incluso reconfortante. Se parece a la paz y la confianza.

Abre las piernas frente al espejo y se pone un cojín debajo del cuello. Los pies tocan el espejo, siente el frío. Se explora con la mirada. Ve cómo palpita. Se esparce saliva. ¿Y Tomás? ¿Cómo será Tomás sin ropa? Le gustaría posar así con alguien. Play. Explorarse, hacer cosas locas que al final no lo son tanto. Con Naseem jugaban. Roza sus bolas, suave, apenas.

En el verano, a veces se sacaba la ropa en el escritorio que daba al norte cuando había sol. Se tocaba mientras escuchaba música o fumaba marihuana que le compraba al Chico Miller de la Escuela que tenía amigos con campos por Colbún, cordillera adentro. Cuando Clemente requería algo más creativo o fuerte o sustancias controladas llamaba a Damián Townley. Este se robaba las recetas de los padres médicos de sus amistades. Buena parte de las que se conseguía para Valium, Ritalin y anfetaminas eran de su abuelo materno, que estaba

algo senil y distanciado de su hija, la excéntrica cuentista que organizaba un cotizado taller literario en su casa de varios niveles en Lo Curro. Damián despreciaba a los «mayoristas de marihuana» y ahora se conseguía cocaína que era lo que la gente más le pedía. A Clemente igual le caía bien Damián, pero odiaba jalar, le hacía mal, le traía malos recuerdos. Le parecía que tenía algo maldito. Lindo, pero maldito, asexuado casi. Hablaban en inglés, le convidaba pastillas, se quedaba a ver películas a veces. Damián nunca quiso jugar desnudo ni darse tinas ni masturbarse viendo porno o quedarse a alojar. Se besaron esa vez, por las drogas.

–No es bueno meterse conmigo, Demente. Soy de mala alcurnia. Vengo dañado. Mis genes están malditos. Por padre, por madre. Pero yo no soy malo.

–Lo sé.

–Todos creen que asesino gente.

–Sé que no.

Clemente había aprendido que debía fumar lo justo, porque si fumaba mucho no podía crear o escribir y se le iba la calentura. A veces sentía que necesitaba dejar de sentir, alejarse de sí mismo, y fumar en una pipa le hacía bien. Pero a solas, con otros entraba en modo paranoico. No estaba dispuesto a perder el control junto con desconocidos que se podían descontrolar. Algo había en el ambiente, algo monstruoso, sospechoso, que infectaba todo. Santiago estaba lleno de sapos, sí, de gente de doble cara. Volado se sentía menos consciente de su cuerpo. No iba a dejarse llevar con otros que luego podrían reaccionar de manera violenta.

Cuando acaba, le toma fotos a su semen descansando en la luz del sol.

Se fotografiaba duro y también al natural, vulnerable, dormido. Luego las revelaba, pero en su subterráneo, nunca en el cuarto oscuro de la Escuela (había sido una de las salas de tortura por carecer de ventanas).

A veces publica trozos de esas fotos (blow up, blow out) en su fanzine. Parte de sus collages estaban armados con partes de su cuerpo.

La Eclipse programa a Siouxsie and The Banshees.

Clemente se arrepiente de no haber fotografiado a Vicente Díaz Ovando antes de que lo degollara su madre. Le dijo: «Te podría tomar fotos». Vicente le respondió: «Ni cagando, después alguien las ve, hay que pasar piola, tú sabes». A veces soñaba con él y sus ojos, su traste casi sin pelos, su prepucio largo, su espalda. Pensaba: quizás debieron ir al cine primero, a tomar algo, a caminar, a ver libros. Entonces al pensar en Vicente, recuerda a Tomás Mena, que le escribió a la casilla el otro día.

Hola C.

Quizás ya sabes quién soy. Nos hemos visto, sí. Yo te he visto. No somos amigos. No aún. Debo devolverte la bufanda. No la robé, pero me gusta. Huele rico. Si luego me la quieres regalar, acepto. Se te quedó en… tú sabes dónde. Otoño party. Soy fan de tus escritos, del fanzine. Amo la ropa usada. ¿Quién la habrá usado antes? Quiero colaborar, ayudarte, ser parte de r/a.

Josué «Río» Nilo me dijo que necesitas un socio. Todo es mejor de a dos :)

Me llamo Tomás Mena Burgos y estudio Letras, recién, en la PUC. Creo que puedo ser un gran lector. Chile necesita más lectores que escritores. Puedo repartir el fanzine o ayudar a diseñarlo. Me gustan esas viñetas de ese chico pop nude. ¿Eres tú? Yo he modelado para una amiga. También podríamos tomar un helado. Soy virgen, pero no por mucho tiempo, creo.

Eso,

Tomás Mena Le anotó su fono. Duda que lo vaya a llamar. ¿Y si lo llama? ¿Lo invita a una cita?

No, no. Está de salida, le quedan como siete meses.

¿Y si Tomás Mena posara para su lente?

Suena Bowie: «Always Crashing in the Same Car».

Liminal está, al parecer, volado.

Al sentir sus pies tocar el espejo de nuevo, Clemente gime.

Se abre todo lo que puede.

Antes usó una vela con vaselina.

Se mira. Está duro piedra, pero también abierto.

«¿Conocen el tema “Melt With You”? ¿Se han fundido con otro?».

Tomás, dice. Entra, ven.

El semen estalla en su casa, ingresa a su pecho, siente la fuerza de su expulsión.

Clemente se mira en el espejo: mojado, bañado, en paz, tierno.

Meet Cute

Blas Forttes hoy atiende la disquería. Tomás no conoce a Blas, no sabe que ha bailado al son de su tornamesa en El Trolley, incluso en esas fiestas los jueves en la Casa Constitución 80, pero Blas está al tanto de él y de todo lo que debería pasar. Sabe que tiene que ayudar a Josué, lograr que todo funcione de manera natural y expedita. Tiene claro su rol en la trama sentimental. Tomás mira a Blas, aunque no sabe que se llama Blas Forttes ni menos que es DJ Blast, el de la Eclipse. ¿Quién es?, piensa. ¿Por qué tuvo que irse Josué justo ahora? ¿Le debería hablar? ¿Contarle que está esperando a alguien importante y si puede tocar la música justa para que se transforme en parte de la banda sonora de su nueva vida?

Josué Nilo llamó a Tomás hace unas horas, cuando se encontraba en clases de Introducción a los Estudios Literarios. Atendió su hermano Aníbal y anotó el recado en el cuaderno de tapa dura:

Para T/ te llamó José, alerta: director fanzine en Lado B, altamente probable hoy tipo 17:00 horas, el águila va a aterrizar ¿? X ejemplar nuevo. Te espero centro de operaciones discográfica, dijo. Eso.

Tomás descifró el mensaje: Clemente iría a la Lado B. Esta era su oportunidad. Josué, que estaba en Concepción viendo la posibilidad de abrir una sucursal, luego llamó a Blas y le dijo: chico conocerá a chico. El del fanzine debe conectar con corazón-de-poeta.

Tomás corrió al metro. Al cambiar de línea en Los Héroes una chica de lentes leía *Sobre héroes y tumbas.* Andaba con un abrigo que parecía de pelotas de algodón teñido de lila pálido y con una gorra negra de lana. Se subió al mismo carro que Tomás y luego se sentó en esos asientos de a uno. Ella lo miraba como queriendo pinchar o quizás hablar de libros. La chica era Valeria. Valeria Rosas, amiga de Lucio Galdames. Ella sacó un destacador amarillo importado y subrayó un

párrafo. Tomás estaba intrigado. Ella se cambió de asiento, al frente suyo.

–Me debo bajar pronto. No puedo entablar una charla. Tengo una cita.

–Me gusta tu abrigo. Y esos pantalones de tela.

–De trevira.

–Amo la ropa, cariño. Amo tu abrigo.

–Lo sé. ¿Leíste esto?

–No –le dijo Tomás.

–Deberías. ¿Te paso mi número y hablamos de literatura?

Valeria sacó su marcapáginas hecho de cartón liviano y anotó su teléfono y su apodo-seudónimo.

–Me llamo Valeria, pero prefiero que me digas Sicaria. Voy a ser famosa en el mundillo literario. ¿Qué estudias?

–Letras.

–Lo sabía. No ando buscando pololo, ando buscando amigos con quienes hablar de libros. Eres mi primer estudiante de Letras. Ahora voy al Drugstore. ¿Me vas a llamar? Insisto: debemos ser amigos.

–Quizás. Creo. Depende.

–¿De qué?

–Depende de cómo me vaya hoy.

–Él te va a decir que sí.

–¿Cómo sabes que es un él?

–Una cacha. Si algo pasa entre ustedes, veré un arcoíris en el cielo.

–Yaaaa. Mucho cine, parece.

–Leer y amar es el tipo de resistencia imposible de vencer.

–¿Tú crees?

–No, pero suena bien. ¿Cómo te llamas?

Clemente sube al segundo piso de la galería. Al acercarse a la disquería Lado B, Clemente ve que Tomás está adentro del local.

–Fuck –exclama para sí mismo–. Ahora o nunca.

Lo ve por la vitrina tapiada de discos, pero aun así lo distingue claro. Clemente entra y decide mirar hacia abajo. Se dice a sí mismo: está mirando uno de Devo. Se da cuenta de que no está Josué. Clemente conoce poco a Blas. Se fija en que anda con unos jeans negros y una polera azul marino con el afiche de una película que no ubica. Clemente ingresa al minúsculo local. Suena «Absolute Beginners». Tomás hace como que está mirando unos álbumes de los B-52s, pero está atento a Clemente.

Nunca han estado tan cerca.

Clemente se fija en las zapatillas de Tomás. Son entre mocasines/pantuflas/zapatillas. Son de una lona que parece un tablero de ajedrez.

Clemente entendió que debía hablar primero. Le correspondía romper el hielo y dejar caer, de manera casual, un comentario clever que intrigara a este chico algo raro, pero guapillo a su modo. Tomás ya le había enviado esa carta, le había dicho hola, le guiñó una vez el ojo. Debía mostrar su interior, verbalizar cómo quería que lo vieran. Debía verbalizar que era especial/distinto/único. Sí, así, como si fuera una frase radial, un aviso, un eslogan. Sin denotar mayor esfuerzo, nada de transpirar. Nada peor que los chicos lindos tartamudos: como Earl en Birmingham o Federico Federici, el hijo del rector designado que todos odiaban porque estudiaba Danza y no toleraba ser parte de una estirpe lamentable. Clemente debía deslizar un comentario sin esfuerzo. Sin sudor, sin rollo, de una. Algo ligado a la música o, al menos, un tema intrínsecamente pop. Estaban, mal que mal, en una disquería. Se iban a conocer en la Lado B. ¿Quién se conoce en un lugar tan perfecto como ese?

Esto era material de comedia romántica y no debía desaprovechar el momento.

Algún día lo recordarían así.

¿Dónde se conocieron?

En una disquería. Ya no existe. Y luego de nuevo en la misma disquería. Yo lo andaba acosando, pero él se hacía el duro. Yo pensé que no le interesaba. Hasta que me habló esa tarde.

No es lo mismo que conocerse en una fiesta o en un recital.

¿Qué le iba a decir para pasar del silencio atronador a la conexión destilada?

Al menos, Blas estaba atento, pero ¿Oingo Boingo?

No, no estaba dispuesto a hablar de política. Acá todos lo primero que hacían era intentar ver qué cosas tenían en común: de qué colegio venías, tus apellidos, qué ciudad de región, un comentario político para entender de qué lado del muro estabas y ver si eras de confianza. No se le ocurría nada. ¿Entonces qué? Por qué siempre eres así, se dijo. Nunca puedo contar conmigo mismo para las cosas que importan. Le intrigaba. Y sentía necesidad de conexión. No solo piel, no solo adrenalina. Eso: si se convertía en un amigo, igual ganaba. No tenía amigos, no tenía novio, no tenía hermanos, no tenía primos culiados, no tenía padres que sirvieran para algo. La inseguridad no es como sostienen los románticos: no es algo poético. Te paraliza y te deja como un conejo mecánico sin pilas. Pasabas de ser tierno o cute a ser aterrador y desechable. Como héroe de su propia novela existencial, Clemente reflexionó rápido. Debía romper la inercia, mover la primera pieza del ajedrez de la conquista.

Pero era incapaz, no estaba dentro de él, se aterraba. Simplemente, no podía; algo lo congelaba. O quizás no estaba en el guion. No le correspondía hacer nada porque ya tenía claro el tipo de película que

colocaba a gente como él al centro: hombres en sus piezas. Chicos en sus cuartos. Solitarios, lobos esteparios, yakuzas expulsados, pandilleros sensibles, deambuladores eternos. Clemente se podía imaginar violento, vengándose, tornándose alfa, haciendo que corriera la sangre, pero no se imaginaba humano. No se contabilizaba como parte del resto de los mortales: los que iban a los caracoles o a tomar helados de máquina o bailar a las discos. A veces incluso anhelaba ser un integrante de la raza local, de esos que pedían poco; un hijo más de la provincia tullida, tupida, básica.

No, Clemente caminaba solo. No era de acá, vivía acá, intervenía su idioma. Era de otro tipo: de los nerds-torpes, románticos, chicos franceses sin músculos, poco dominantes, mucho lente. Más bufandas robadas que chaquetas de cuero.

Tomás lo miró. Fijo. Con hambre, lascivia y una obscenidad inquisitiva. Es en los ojos donde se refleja el hambre subterránea del otro, dicen. Mirar sin pestañear, sin pena, sin culpa, como un animal que contempla a su presa. No lo estaba observando atento; lo estaba dominando sin siquiera pedir permiso.

Era uno de su tribu.

Entonces, ¿de dónde brotaba el miedo? ¿Por qué tan torpe?

Quizás porque Chile era su criptonita. Afuera no se paralizaba. En Buenos Aires no le pasaba esto. Acá degollaban, incluso pronto iban a quemar a un chico mitad gringo por tomar fotos. Quizás por eso aquí todo tenía consecuencias, aquí sabían odiar y alejarte, nadie cedía jamás; aquí todo era irreparable. La soledad era inevitable, era el desenlace lógico. Por eso quizás era mejor no hacer ninguna movida. No tomar decisiones era una gran decisión. Era coherente con su ser. Ya no tenía edad para volver a confiar. Estaba desarraigado, pero le quedaba poco para volver donde quería estar: su verdadera casa. Al menos allá era lógico que fuera un extranjero. No, no le iba a hablar a este chico con ojos verdes. Le parecía invasivo. Algo superior lo paralizaba y debía respetar esa sensación, su tripa, su gut feeling, su afilada intuición. Las vidas tenían guionistas, sin duda, y a él le tocó uno que no creía en los finales comerciales, románticos.

Los ojos de Clemente eran incapaces de mirar hacia otra dirección que no fuera abajo: donde estaban los discos. Tomás, en cambio, se acercó sin que se diera del todo cuenta. Clemente sintió su energía: se acercaba haciéndose el que no se acercaba. Este chico que intentaba ser new wave no se rendía. Emitía una cierta luz, una embriagadora energía positiva.

Sí: podría ser, al menos, un amigo. Un aliado. Algo.

Quería, debía admitirlo, algo más.

Al menos, miraba discos.

Se rozaron.

Sus abrigos se rozaron.

Tomás mira a Clemente y se dice: es más lindo que todas las chicas que aman el arte. Parece tierno debajo de esa coraza/pose de intelectual. Se ve bien con lentes, muy James Dean. Josué Nilo tiene razón: nadie se viste así en Santiago, menos de día. Esas Vans, ese abrigo verde musgo, ese pelo crespo al natural, sin gel. Cada uno logra oler, aunque sea un poco, el aroma del otro (Barzelatto, Tomás; 4711, Clemente). Hablar o no hablar: that is the question.

Blas cambia el disco: saca *Poland* de Tangerine Dream y coloca sobre la tornamesa el álbum *After the Snow* de Modern English. Deja la carátula de los dos caballos dibujados sobre un papel chino arrugado detrás de la caja registradora. De pronto todo el local, con ellos tres adentro, se altera y se llena de la canción que suena.

–«Melt With You» –comenta, sorprendido, con su perfecto acento británico, Clemente–. I do love this song.

Blas, que lee la NME, queda con la boca abierta.

Tomás entonces deja en su lugar el disco de New Order y lo mira:

–¿Me hablabas a mí?

–Sí. Amo esta canción.

–Por fin. Por fin me hablaste. Está bueno el tema, no lo conocía.

–Es un poco antiguo. Es del 82. A los Modern English no los pescan por acá. Son de Gales. A veces la tocan en la Eclipse.

–Me gusta. Es como triste.

–Melancólica, diría. Son new wave/post punk, ¿no, Blas?

–Definitivamente –responde DJ Blast que sonríe sabiendo haber hecho algo bien.

Tomás queda al lado de Clemente: abrigo con abrigo, mirando discos que no les interesan: jazz y rock sinfónico. El tema sigue y parece que suena más fuerte y sí, Blas ha subido el volumen.

–«Melt With You». Fundirse contigo.

–¿Cómo?

–Eso significa. No es derretirse con otro, es fundirse, que es parecido, pero no lo mismo.

–Queso fundido.

–Almas que se funden. Es romántico.

–Sí. Las canciones pop son como poemas. Son los versos del futuro. Casi nadie se sabe sonetos de memoria, pero todos se saben las letras de las canciones.

Blas, que no se ha perdido ningún detalle del encuentro, no se atreve ni siquiera a cambiar la hoja de la revista por miedo a distraerlos.

–Sabes mucho inglés, veo.

–Es mi segunda lengua –le dice Clemente con un tono pedante que es pura defensa–. O quizás es mi lengua materna.

–Ah, mira. Yo he aprendido inglés como todo el mundo que no va a colegio inglés: viendo películas, sacando letras, ensayando, cantando. ¿Tú?

–He vivido afuera, como dicen acá.

–¿UK? No pareces un american boy.

–En el Reino Unido, sí. Leí tu carta, Tomás. Gracias.

–Pensé que me odiabas.

–No aún.

Clemente entiende que no está quedando muy simpático.

–Te lo concedo: las letras de las canciones son poemas modernos –le comenta Clemente, hablándole directo a los ojos.

«Melt with You» había terminado, pero seguía sonando dentro de ellos.

Tomás lo miró atento, ansioso, esperando lo que Clemente había enunciado y, por las chispas que le vio en los ojos, entendió que se estaban comunicando.

Estos dos chicos se entienden, pensó Blas y levantó el disco de la tornamesa. Todo quedó en silencio.

–Te vistes distinto –le dijo Tomás.

–Tú también.

–Soy distinto.

–Yo me siento así. A veces siento más de lo que debería.

–El primer ejemplar de *ropa/americana* que obtuve me lo pasó Josué aquí.

–Ahora traje un nuevo número. De hecho, Blas, aquí están.

Clemente abrió su bolsón de cuero y le pasó una docena de impresos que olían a tinta y papel barato.

–Eso de «Los Pop Boys» es cierto. Me gustó tu última editorial, Clemente. Conecté.

–De eso se trata, supongo.

–¿Es posible colaborar?

En la disquería comenzó a sonar «Melt With You» una vez más.

–Ahora cada vez que suene este tema…

–Pensaré en ti –le respondió Tomás y le sonrió.

–Igual.

De pronto, Clemente sintió los ojos llenos de lágrimas y una sensación de paz y agradecimiento como nunca había sentido. Lo que experimentó se parecía a las epifanías que veía en el cine cuando los finales eran buenos. Sí, en la disquería Lado B sonaba el mejor tema de Modern English. En efecto, cada vez que escucharan «Melt With You» inevitablemente Clemente pensaría en Tomás y Tomás en Clemente.

LADO B

Casting
(una reconstrucción)

El pasado (de Clemente)
Octubre, 1982

Te enteraste por un flyer. Casting, decía, con letras recortadas de revistas importadas de papel cuché. Era celeste tamaño carta y estaba pegoteado en un poste de luz. Ondeaba como una bandera. En rigor, decía: CASTING. Notaste una onda, una atmósfera jugada. Esas tipografías que te recordaban las portadas de algunos discos que te parecían importantes, claves, intransables. Sentiste una complicidad, te palpitó más fuerte el corazón. Sonreíste. Esto era una señal, un mensaje de alivio y salvación en medio del apagón. De pronto te sentiste en casa. El afiche usaba tu lenguaje, el idioma pop, el esos interesados en lo que sucedía más allá de su acotado círculo. El flyer te pareció que era de gente de fiar, de los tuyos, de ese grupo errante que aún no habías podido encontrar, pero en el que ansiabas infiltrarte, abrazar. Te sentías solo, deambulando siempre con tus pensamientos. El papel celeste era tan osado que destacaba entre las casonas y departamentos grises. No había rastros de la vibra Ramona Parra, nada del look de la Nueva Canción Chilena, cero estética de Vicente Larrea, nada de cobre repujado. No era nada como lo que te enseñaron en el curso de Técnica y Diseño Gráfico I. Esto era moderno, nuevo, juguetón, jugado, barroco, sobregirado.

Ibas caminando por Lastarria, atardecía, la luz estaba mágica, la brisa tibia y atestada del polen de los plátanos orientales. Antes de llegar al cine El Biógrafo, donde había una fila de intelectuales esperando ingresar a la próxima función de *Víctor/Victoria,* divisaste –de lejos– en un poste de luz el papel celeste. El invierno había pasado, todo parecía mejor con la primavera. CASTING leíste, más de cerca. Saboreaste el momento. ¿Esto se sentía al caminar por Nueva York? ¿Casting de qué? ¿De telenovelas? ¿Para un musical de teatro? ¿Para ser extra en un comercial? No, no, imposible. Esto no era Berlín, no era Barcelona, esto no era ni en sueños París o Los Ángeles.

Te acercaste cauteloso, mirando hacia todas partes.

Esto era una oportunidad.

Recordaste lo que te comentó tu madre cuando estaban en el avión: Santiago, mal que mal, es una capital, Clemente; dictadura o no dictadura, acá suceden cosas. Este era el tipo de oportunidades que querías que ocurrieran, que necesitabas *urgentemente* que pasaran.

Ya llevabas casi un año desde que regresaste, pero nunca habías sentido algo así: una suerte de espíritu metropolitano, algo cercano a lo cosmopolita, una puerta hacia algo mejor en medio del desastre. No divisaste militares. Te atreviste entonces a acercarte más al volante. Te llegó el aroma azucarado de una pastelería. Todo, en efecto, te pareció más dulce. De pronto, Santiago se convirtió en una ciudad civilizada, burguesa, levemente distinguida, libre por instantes, del todo misteriosa e inesperada, llena de posibilidades.

Sacaste de tu bolsón de cuero tu estuche de Cutler and Gross donde guardabas tus lentes para leer. Te los pusiste. Todo entró a foco y pudiste leer con claridad la letra chica:

> Connotado y preclaro cineasta (alter)nativo regresa del exterior con premios, becas, presencia en festivales, contactos y apertura mental. Ganas de romper todos los tabúes. Interesado en remecer el apagón cultural. ¿Eres de esos chicos curiosos que necesitan más? Entonces quizás tú debes actuar/participar en mi nueva obra fílmica. Necesito chicos versátiles (modernos, wave, artísticos, sensibles) con una estética global que quieran actuar en mi primer largometraje. No es necesario haber actuado antes pero sí saber de cine (cinéfilos, etc.). Interesados en Fassbinder, Beneix, Almodóvar, Warhol + Joe Dallesandro. Se recomienda buena presencia (para no perder el tiempo). Busco socios para crear. Llámame (call me); no te arrepentirás.

Tal como los flyers repartidos por los callejones y high streets del Reino Unido, debajo del papel celeste había una docena de minipestañas prepicadas con la info para cortar.

Eran doce. Quedaban diez.

> Casting - PMS/ llamar 41195

Tiraste de una y la miraste atento; te recordó los mensajes que estaban dentro de las crujientes galletas de la fortuna de los restaurantes chinos de Birmingham. La guardaste con cuidado en tu billetera. No era un panfleto del Frente, no era un curso que ofrecía la Academia de Humanismo Cristiano. Tampoco eran esas charlas gratuitas que dictaban el Método Silva de Control Mental en la calle Livingstone, al lado de la Escuela.

Acá no tenías amigos, círculo, cómplices. Contabas apenas contigo.

Caminaste por Merced pensando: no eres un actor, pero quizás hay roles más secundarios: de amigo, de uno de los de la pandilla, cualquiera sin mucho texto. Claro: no te van a dar el protagónico, concluiste. Tampoco lo quieres. Algo pequeño, no tan complicado, sin mucho diálogo que memorizar. ¿Podrías? Sí. Debías ser espontáneo, vivir el momento, no pensarla, te dijiste. Te gustaba hablarte mentalmente. Se te ocurrían cosas contigo mismo. Lo bueno de Chile, dentro de todo, es que nunca habías hablado tanto contigo, nunca habías explorado tanto tu mundo interior. Te hará bien actuar, salir de tu zona de confort. Conocer gente más ligada a las artes. ¿De qué podría tratarse la cinta? ¿Harías de hijo? ¿O era una cinta de dos amigos? ¿O quizás iba de un colegio y de unos estudiantes rebeldes? Reconocías la sensibilidad del director. Era, claramente, un artista moderno. Y si no quedabas, si no servías, si optaba por unos chicos de las escuelas de teatro, no era tan terrible. Quizás podrías ofrecerte como ayudante, asistente, *scriptboy*, o incluso proponerles escribir una crónica acerca del rodaje para luego ofrecerla a una revista. ¿Cuántas películas se hacían en Chile? Cero, nada. Esto era una oportunidad y ya postular sería una buena experiencia. El mundo local no podía ser solo la Escuela de Periodismo, no. Así es: puras cosas buenas podían suceder con el casting. A lo mejor podrías traducir el guion para los subtítulos. Tu padre te decía: todo está por hacerse, vivir allá te abrirá los ojos, todo te puede servir, hay pocos chicos tan cultos deambulando por Santiago.

Al llegar a tu casa entendiste que tu madre estaba encerrada en su dormitorio con un chico estudiante de Bellas Artes. ¿Joaquín? ¿Javier? No, Jerónimo. Cuando entraba en sus trances, ella encendía incienso. Decía que la calmaba, aunque tú creías que era una señal para que no la molestaras. La ropa del estudiante, mucho menor que ella, pero mayor que tú, estaba tirada en el suelo del living. Se veían botellas de vino tinto vacías y un cenicero de cristal atestado de colillas de pitos y cigarrillos. En la mesa había un bol con dátiles, almendras y damascos secos. Desde el equipo sonaba la radio El Conquistador: Al Greene, Demis Roussos. El tal Jerónimo Luco tenía pantalones de lino toscos, manchados de pintura. A este no lo conocías, pero tu madre hablaba de él con sus amigas y contigo. «Es un chico libre, intenso, mucho más que tú; no le importan las convenciones», te confidenciaba.

Jerónimo usaba botas de vaquero. Oliste sus calcetines blancos: intensos, varoniles, pasados a brie. El artista en ciernes prefería bóxeres oscuros. Estaban manchados con orina y algo más. Era rubio, notaste. Aspiraste todo el aroma secreto del galán: boscoso, salvaje, terroso, profundo. Te atrajo. Te prendió, como todos los chicos de tu

madre. Ella cumplía años cada octubre. Sus conquistas nunca superaban los veintisiete y nunca bajaban de los veinticuatro. Tenían los mismos gustos, pensaste. Jerónimo te provocaba algo de envidia. Te gustaría tener esas experiencias: dejarte seducir por tipos mayores que te idolatraran. ¿Tu madre lo habría lamido ahí con las ventanas abiertas y el sol entrando? ¿Qué exactamente le hacía tu madre a Jerónimo? Solamente se aprende de sexo con alguien mayor, te acuerdas que discutían en una película francesa que viste en el cine Rex. ¿En cuál? Mayor de verdad: con quince, veinte años más, pensaste. Miraste el teléfono. Sacaste el papel con las señas del cineasta retornado. PE-EME-ESE. ¿Quién era? ¿De dónde venía llegando? De Europa, te respondiste. De París, seguro. Empezaste a marcar, pero viste el reloj de la pared.

Eran casi las nueve.

No: tu futuro podía esperar. Tu vida como actor del mejor film chileno/francés nouvelle vague podía esperar. Debías ser serio, no tan ansioso. Llamarías en la mañana. Era clave ser profesional. Además: no ibas a ser el único. No *podías* ser el único. ¿Con cuántos chicos ibas a competir?

Luego pensaste: debiste sacar el flyer de ese poste.

Aunque quizás había más flyers en lugares estratégicos.

Debías aprenderte una escena de una película. Eso. Un monólogo de una obra de teatro, quizás. ¿De dónde podrías sacar un guion? Le ibas a mostrar a PMS y a su equipo que podías actuar. Mal que mal, toda tu vida lo habías hecho. Sí, no eras actor ni estudiabas Teatro, pero tenías algo. Eras al menos guapillo, tenías tu look, lo sabías incluso cuando sentías que eras horrible. Sin duda podías actuar, podías pasar por quien no eras. No se me nota, te decías. Te gustaba eso: que no se te notara. Aunque a veces te soltabas: cuando bailabas o fumabas o caminabas a solas y te hablabas. Llevabas años pasando como un chico normal. Le gustabas a las chicas, lo tenías claro. Les atraías quizás demasiado. Los hombres, a su vez, no te tenían miedo, no los repelías. Sabías esconderte, ser otro, pasar piola, no ser quien eras, parecerte al resto, ser invisible. Eras capaz de pasar por *normal*. Sensible, ligero, estiloso, pero sin levantar sospecha. Este nuevo largometraje era, sin lugar a duda, una gran oportunidad.

Desayunas despacio. Te saltas la clase de Literatura con Edmundo Concha, alias Conchita. Te detestaba. Era mutuo. Conchita consideraba que todo lo posterior a 1980 era «espurio». Te obligaba a leer a Denevi y quemar los libros de Bukowski. Vas al teléfono. Discas lento, número a número. Hay un clic y de inmediato entiendes que se trata de una máquina contestadora. Qué moderno, piensas, qué contemporáneo.

La voz es de una chica que destila buena crianza y demasiado ocio.

Hola, gracias por comunicarte con Producciones Morbo. Si este llamado es respecto del casting de *Equinoccio de primavera*, por favor graba tu fono, edad y nombre para que un asistente de Pepo Martínez Sanz te contacte y fije una hora para la prueba de cámara. Si es por otros asuntos, déjanos tu recado y te llamaremos más tarde. Mil gracias, suerte y mucha libertad.

Grabas sin pensarlo una respuesta:

Me llamo Clemente Fabres, tengo diecinueve años, soy bilingüe, cinéfilo. Curioso.

Este es mi fono: 222-6393.

Tres horas después, la chica te llama y te dice:

–Pepo puede correr su agenda y hacerte una audición. Este viernes, 19:30 horas, calle Manuel Antonio Prieto. Es por el parque Bustamante, cerca de la parroquia italiana, paralela a Marín. El Pepo dice que lleves cambios de ropa, looks. No hay sala de espera, Clemente, así que sin acompañante. Que todo sea creativo y ojalá seas parte de esta nueva aventura fílmica.

La calle es curva, rara. En vez de una plaza, se ensancha y dobla y deja espacio para estacionamientos. Todos los edificios tienen la misma altura. Cuatro, cinco pisos. Parecen habitacionales. Tocas el timbre, piso cuatro. Una voz ronca, masculina, te dice: pasa. Subes las escaleras, no hay ascensor. De los departamentos se escapa olor a coliflor, lentejas, fritanga. Lo ves desde abajo. Te altera. Te parece demasiado joven, demasiado informal. No es como te lo imaginabas. Anda con shorts, calcetines largos, una camiseta negra con la cara de Klaus Kinski como Nosferatu. Tiene las piernas tan peludas que no se le ve casi la piel. Aún puedes escapar, irte. Sientes cosas en el estómago. Emociones contradictorias. Algo te dice no; otra parte te dice de todas maneras sí.

–Soy Teo –te grita el chico parado bajo el dintel de la puerta–. Teo Arroyo, aquí. Hey.

–Hey.

–Pasa, sube.

Sientes la mirada atenta del tal Teo mientras subes las escaleras. A veces te miran así: con deseo, con descaro, como si fueras un postre.

–Excelente, guachito. Puta, estás perfecto para el rol. Per-fec-to.

–¿Sí?

–Sí. Le vas a gustar. Ene. Te va ir bien, la llevas. Tranqui, vas a quedar. La vas a romper. El rol es casi tuyo, estoy convencido. Puta, eres muy de su tipo. Pasa, pasa, entra. No seas nerd.

Teo cierra la puerta y le pone llave a la chapa y se la coloca en su bolsillo delantero. Teo no es Pepo Martínez Sanz, comprendes. ¿Quién es este chico entonces? Teo te da dos besos, uno en cada mejilla, como los españoles en las películas. Huele a cerveza. Parece un chico malo. No se ha afeitado en días y su barba te pica. Es moreno, pelo negro intenso, corto moderno, ojos de carbón. Sus dientes son inmensos, perfectos, destacan. Debe tener solamente un par de años más que tú.

–Tú eres Clemente, me imagino.

–Sí. Vengo por...

–La película, sí. Obvio. Eres lindo. Ultra cute. Pepo va a alucinar.

Hay un logo en la puerta: dos labios de mujer que envuelven la palabra morbo con letras tipo sicodélicas. Adentro está oscuro. Las ventanas de la productora no se ven porque están detrás de un sinfín gris. Hay luces profesionales apagadas. Te fijas en la cámara de video Panasonic en un trípode. Hay unas sillas, un sofá fucsia, cojines con mostacillas. Suena algo ambient. Miras un afiche enmarcado de *Navajeros* de Eloy de la Iglesia y otro de *Arrebato* de Zulueta. No has visto ninguna de las dos. También hay una gran foto de un chico desnudo, de espaldas, mirando una cama de fierro forjado.

–¿La viste? –te pregunta Teo.

–No.

–Es de *Sueños mojados*, un cortometraje. Se dio en la Casa Canadá. Escribieron de ella en *Plano general*. El corto es bueno, a mí al menos me fascina. Ese soy yo en la foto. Mi personaje se llamaba Ivo.

–¿Sí?

–Sí. Es mi mejor rol. Lejos. Igual salgo ene. Pepo dice que soy su muso.

–Ah.

–Pepo sabe cómo usarme. En la tele yo estaba dando bote, en el teatro de comedias lo mismo. Me ha sacado brillo. Me hizo florecer.

–Entiendo.

–En este nuevo proyecto, te cuento, voy a actuar con más gente. Quizás contigo. ¿De verdad no la viste?

–No he visto nada, pero me tinca.

–No le digas que no la has visto. Le puede doler, alterar.

–Dale.

–Confía en mí: nadie hace cosas así en América Latina. Ni en Argentina. Hay que entregarse de una. Pepo va adelante, no le interesa la política. La superó. No depende de Pinochet para

financiarse en el exterior. Chao, dictadura. Es ultraposmo.

–¿Pos qué?

–Posmoderno. Posmo.

–Ah, claro, entiendo. Obvio.

–Me ha presentado gente del under. ¿Cachái El Trolley?

–No.

–Pepo sabe iluminar. Conoció ene gente en Europa. Vivió en Berlín. Oeste, obvio. Lo becaron del Instituto Goethe. Un agregado cultural perversillo al que le gusta que lo meen. Yo soy open minded. Antes no. Soy del sur. Ahora capaz que me gane una beca. Herbert es generoso con las becas. Uno igual tiene que mear. ¿Quieres pasar al baño?

–No.

–Un actor, Clemente, es como plastilina. ¿Entiendes?

–No.

–No es una frase mía, sino del Pepo. Si el director es bueno y conecta contigo entonces es el que te moldea. Hay que dejarse llevar. ¿De verdad que no has visto nada?

–Nada. Además, no conocía su nombre. Pero quiero verlo todo.

–Es de culto. ¿Sabes lo que es ser de culto?

–Sí. Como John Waters.

–*Sueños mojados* te hace cuestionarte mucho. Te obliga a pensar. Te remueve todo, ¿me explico? Qué es el arte, qué es actuar, qué es la heteronorma. El placer te abre puertas, Clemente. Te conecta contigo mismo.

–Intenso.

–Sí, ene. Impresionante. He aprendido más que la cresta, huevón. Yo soy de Tomé. Fui a un liceo. Jugaba a la pelota. Incluso como actor acá no entendía lo que podía hacer. Hasta que Pepo me potenció. Yo pensaba en la fama típica. Yo he hecho cosas en la tele y no se compara.

–Entiendo.

–Esta cinta que va a hacer ahora es una obra jugada, como todo lo de él. Es un largo. Un largometraje. Personal, de adentro. Un actor autoconsciente, dice, es como una estatua. No sirve. ¿Me explico?

–Sí, Teo. Algo.

–Pepo ya viene, está en su oficina. ¿Quieres algo? Hay pisco, hay gin, hay cerveza.

–Nada, gracias.

–Yo me tomaría algo. Aunque sea un shot. ¿Quieres?

–Ok, dale. Quizás no es mala idea.

–No es nada de mala idea, socio. Igual hay más cosas. Relax. Lo vas a hacer bien. Lo sé. Confío. Ya con llamar traspasaste una valla, Clemente. Todos lo hemos hecho alguna vez. Hay que partir de un lugar, ¿no crees?

–Me interesa el cine. Quiero ver cómo se hace. Tampoco quiero un rol grande.

–No hay roles pequeños en el universo Martínez Sanz. Todo es parte de su estética, su onda, su look. La vamos a pasar bien. Los tres. Confía, confía. Eres bilingüe, nos comentaste.

–Sí. Estudié afuera. En Inglaterra, y en Uruguay antes, de chico. En un colegio inglés.

–Qué cool.

–Puede ser, no sé. A veces siento que no tengo lugar.

–Mejor. Pepo admira eso: para navegar, no debes tener ancla.

–¿Dijo eso?

–Sí. Qué grande, ¿no? Yo me quiero ir a Nueva York después. ¿Conoces?

–No.

–Pepo anoche me contó la trama de la peli. ¿Te la cuento?

–Estaría bueno, dale.

–Quiere rodar una parte en un campo por Melipilla, en una laguna. Caballos, perros, trigo, paja. Luz natural, claroscuros. ¿Sabes de danza?

–No.

–No es malo estudiar danza, Clemente. Te llamabas Clemente, ¿no?

–Sí. Así me llamo todavía.

–Es que estábamos fumando. Y tirando líneas. Uno al final trabaja con su cuerpo. Yo he aprendido más con el Pepo que en la Academia de Fernando González. Cuando hay arte de por medio, no sé, cómo que me entrego. Y me prende más. Obvio. ¿Nervioso?

–Algo. Nunca he actuado.

–No vas a tener que actuar. Es conversar, posar.

–Entiendo.

–Ver cómo funcionas en cámara. Ver cómo te quiere el lente. El lente te va a amar. Nada de nervios, ¿ok?

–Dale.

–Pasarlo bien, dejarse ir.

–Que fluya.

–Exacto, Clemente. Aprendes rápido. Además, estamos entre hombres. Somos todos hombres. Cero pudor.

Teo desaparece hacia lo que debe ser la cocina. Escuchas el ruido de un refrigerador, hielos, vasos. Te levantas y te acercas a un librero. Te fijas en unas revistas porno alemanas, de hombres, que no conoces, que nunca has visto. Ves una *Honcho*, una *Mandate*. Hay una guía *Spartacus*. Hay libros de cine, de fotos. Biografías. De pronto percibes que te miran. Que te huelen. Sientes el vaho de alguien cerca de tu cuello.

–Tú debes ser el joven Fabres.

–Sí. Así es. Encantado, señor.
–Pepo. Dime Pepo o te vas. Y trátame de tú. Soy joven.
Lo miras y no es joven, pero entiendes.
–Pepo, sí. Clemente, acá. Vine por…
–Por mí.
–Para audicionar. Para el casting. Gracias por la oportunidad.
–Perdona la demora. Le leía un cuento de terror gore a mi hija por teléfono. Si no, no se duerme. Se llama Úrsula. Tiene siete. Está obsesionada conmigo. Y yo con ella. Algún día actuará para mí. Será mi femme fatale. Pero ya se durmió. Tenemos toda la noche. ¿Tienes tiempo?
–Eh, supongo.
–¿Supones o tienes?
–Tengo.
–Mejor. Detesto a los que dubitan. Tú no dudas, ¿o sí?
–La verdad es que a veces.
–Yo haré que te segurices. ¿Confías?
–¿En qué?
–¿En mi arte?
–Claro –dices antes de sentir una punzada en el estómago.
–Así me gusta. Gracias por venir, guapo.
–Gracias por la oportunidad –le dices dudando.
–Eres mejor de lo que esperaba. Me gustas. Mucho. Lo sabes, ¿no?
–No.
–Sí, lo sabes.
–No.
–Por algo no me miras. Intuyo que sabes el poder que tienes. Lo que provocas en otros. En mujeres, en hombres, en chicos de tu edad.
–Eh, no. Acá paso solo, la verdad.
–Los chicos peludos son los mejores para fotografiar. ¿Eres peludo?
–No.
–Yo creo que sí. Al menos en las partes que me interesan.
–¿Cómo?
–No le tengas miedo a lo que eres, Beltrán. No tolero a los falsos humildes.
–Clemente.
–Claro, Clemente. Eso, sí. No tolero a aquellos que saben que son lindos y andan por la vida como si fueran regulares, prescindibles, intercambiables. Yo siempre quise ser como tú, pero entendí que debía crear belleza o filmarla. Somos parecidos. Eres ambicioso, no lo niegues.
–Me interesa entrar a este mundo.
–A mí me interesa entrar en ti.
–¿Disculpa?

–Tus fantasías potencian mi creatividad.

–Tampoco pienso que pueda tener un rol muy clave –le dijiste casi susurrando–. ¿Cuánto crees que va a durar el rodaje? Para ver si coinciden las fechas y...

–Eso se ve después. Qué lata el tema calendario. Qué lata fijarse en esos detalles.

–No son detalles, porque...

–Yo deseo trabajar con actores que dejen todo por mí: a sus mujeres, sus hijos, sus familias, sus estudios. Dudo que tengas algo más importante. ¿Lo tienes? Dime.

–Estudio, sí. Periodismo.

–Eso no es una carrera, es un oficio de gente insegura. Conozco a muchos. Me aman. Sé cómo manejarlos.

–Puede ser. La verdad, no conozco muchos periodistas. Estoy partiendo.

–Eso me calienta aún más. Mira, pendejo: conmigo vas a aprender. Estás, de hecho, conmigo ahora. ¿O me equivoco?

–Eh, sí, ahora sí, pero...

–Si pierdes clases, te aseguro que vas a aprender mucho acá. Mucho. Repite: mu-cho.

–Mucho.

–Eso: buen chico. Me gustan los que obedecen. ¿Me explico?

–No entiendo –le dices, aunque ya entiendes y quieres irte y sientes tus tripas moverse. Entiendes, pero haces como que no.

–No me irrites, no me hagas perder la paciencia, pendejo. No quieres verme violento. Te lo aseguro. En todo set hay una jerarquía.

–Entiendo.

–Espero que sí. Creo que lo comprendes todo. *Todo.* Por eso llamaste, ¿no?

–Me interesa lo creativo. Soy creativo. Acá me aburro.

–¿Te puedo tocar?

–¿Cómo?

Pepo se te acerca y, con sus dedos, revisa la piel de tu cara. Con sus manos, te mueve la cabeza buscando ángulos. Sus yemas están tibias.

–Creo que me sirves. Eres lo que necesito. Sin duda. Me provocas cosas.

–Yo nunca he actuado –le dices.

–Necesito carne fresca.

–Pero...

–Quiero verte entero. Acércate a esa luz que entra del pasillo.

Te mueves un poco, alejándote. Respiras por fin. Ahora puedes ver a Pepo de manera más clara. Se ve como de cuarenta, cuarenta y cinco, quizás más. Lentes retro, de carey arriba, transparentes abajo. Ojos achinados, pardos, labios mezquinos. Tiene algo asiático,

multicultural. ¿Un pariente polinésico? ¿Pascuense? Un aro discreto, una argolla en el anular. Pepo viste un vestón verde oscuro con hombreras. Polera negra sin logo. Panzón, robusto, bien alimentado. Muy afeitado, aunque te fijas en que no le sale barba en todas partes. Tiene una melena larga, negra, con algunas canas, la que se peina hacia atrás, sin gel. Se ve algo creepy. Parece el baterista de una banda de heavy metal en el día de la primera comunión de su hijo menor.

–Partamos altiro, ¿te parece? Amo tu nombre.

–Gracias.

–Dame tu clemencia, señor. Benevolencia, compasión. Con pasión. Interesante. Todo al final es pasión, ¿no crees? Te adelanto, estrella fugaz, no tendré clemencia.

–¿Cómo?

–No tendré clemencia, Clemente. ¿Trajiste más ropa?

–Sí.

–¿Jockstrap?

–No, no tengo.

–¿Sabes lo que son, entonces?

–Sí.

–Bien, moderno. De los míos. No te preocupes. Teo tiene. Eres más menudo, creo. Ya veremos. Me gustan los chicos delgados y velludos. ¿Eres una nutria? Seguro que sí. Están de moda. Pero ven. Ven. Partamos.

–Pepo, yo pienso...

–No me interrumpas. Estoy en plan creativo, embalado. Cuando me siento estimulado, me amo. Te voy a estimular.

–Me parece una gran oportunidad poder participar en una película, sobre todo acá en Chile. Con mayor razón con una propuesta...

–Silencio –te dijeron–. Basta. Calla.

Pepo te agarra el mentón y lo aprieta.

–Hablas demasiado. A mí me gusta hablar. Me gusta el actor que escucha. ¿Queda claro?

–Sí.

–Di: «Fóllame más duro; hasta el fondo».

–¿Es parte del guion?

–Todo es un guion. La vida también lo es. No te me pongas rebelde. Te dije: no te viene. Habla guarro cuando estés por acabar.

–¿Cómo?

–El cine es luz, pero es luz que rebota en el cuerpo. No todos son fotogénicos, Clemente. No todos son como tú.

–Comprendo –le dices, casi rendido.

–Tú eres de los elegidos. ¿Sientes la conexión?

–No aún.

–Yo sí. Acá en el pecho. Y más abajo. Toca.

–Prefiero que no.

–Estudié con los Salesianos. Te voy a cuidar, no te va a doler. Sabes que estás seguro conmigo, ¿no?

–Eso espero.

–Espera y verás.

Entonces aparece Teo con una bandeja rosa con varios vasitos de gin. ¿Vendrá más gente? Los deja en una mesa. Enciende cada uno de los focos. El sinfín se ilumina, aunque no del todo. Notas que tu polera está húmeda. Intentas no pensar: no pensar en lo que puede pasar sino en aprovechar la oportunidad de hacer cine en Santiago. Eres moderno, te dices; te sientes a veces superior. Ahora debes demostrarlo, dejarte llevar, actuar, no pensar en nada más que en el ahora.

–Este es nuestro set, Clementito. Coge esa silla y siéntate. Sobre la X que está en el suelo.

–¿Aquí?

–Exacto, ahí. Buen chico. Teo hoy nos ayudará. Estará a cargo del video. Apaga el deck, porfa. Así el sonido directo funciona mejor. La cámara tiene micrófono. ¿Lo ves?

–Sí –le dices.

–No tienes que actuar. Ni menos recitar. Es más para tener un registro. Es para romper el hielo. Ver cómo respondes, cómo te ves. Luego podemos quizás pasar al otro set si te sientes cómodo.

–Estoy cómodo –mientes, sin mirarlo.

–Pero nervioso.

–No.

–¿Algo?

–Algo.

–Teo, pásale una toallita para que se seque la frente. ¿Deseas que te maquillemos?

–Tiene una piel perfecta –comenta Teo.

–Es cierto. Mira aquí al lente. Mira el lente como si coquetearas con él. ¿Sabes coquetear?

–No mucho.

–Eso se puede aprender. ¿Te gusta posar?

–Nunca he posado así.

–¿Así cómo?

–En un estudio. O sea, para fotos familiares, tipo Kodak, sí. En la Escuela voy a tener el próximo año Fotografía. Estoy en Periodismo, primer año.

–Ya me lo dijiste. No pareces lana. No hueles a vino. Sácate esa casaca horrible, ¿dale?

Te quitas tu chaqueta de jeans.

–Mira hacia la cámara, al lente. Así, así, con deseo, pensando en cosas que te erotizan. Dame ganas. Demuéstrame que quieres ser parte de mi universo. Teo estará atrás, ¿ok? En las sombras. Yo me quedaré aquí. Cerca. Cerca de ti.

–Entiendo.

–Luego si estamos todos cómodos pasamos al set de la suite imperial.

Miras el lente y, con tal de que Pepo se calle, te mojas los labios y los abres.

–Eso, muy bien. Perfectamente podrías ser portada de *The Face*. ¿Conoces *The Face*?

–Sí.

–Es importante que te iluminen bien, como ahora. Tu lado derecho no se ve del todo. Me gustas mucho. Me empalmas, me tienes duro, pendejo. ¿Te puedo preguntar cosas?

–Sí.

¿Lo tienes enfocado?

–Sí –le responde Teo–. Plano medio.

–Perfecto. ¿Cómo se ve?

–Mino. Comible. Rico.

–¿Crees que es virgen?

–No del todo –le responde Teo.

Entiendes que esto lo han hecho antes, que es una rutina, hay un modus operandi. Eso, de alguna manera, te tranquiliza a la vez que te aterra. Saben lo que están haciendo. Te fijas en la puerta y recuerdas que la chapa está con llave.

–¿Es tan inocente como se vende?

–No estaría acá, Pepo. Es un chico morbo.

–Le damos entonces. ¿No lo vamos a traumar?

–Más de lo que está, no creo.

Se ríen fuerte. Las risas rebotan.

–La zorra, hueón. Me gusta crear contigo, Pepo. Es la raja.

Luego hay silencio. ¿Habrá más gente en el edificio?, piensas intentando que no se note lo que estás pensando. Tratas de disociarte. Lo has hecho antes, sabes cómo hacerlo.

–Muéstrame tu manzana de Adán, Clemente. Estira el cuello, la cabeza un poco hacia atrás. Eso. Ahora, dime, ¿cuándo fue la última vez que culiaste?

–¿Cómo?

–El rol para el cual estás postulando es el de un chico con ganas, con poca experiencia, pero caliente, prendido. Con su parte secreta. Con deseos que a veces se apoderan de él. ¿Puedes identificarte?

–Claro. Conozco chicos así.

–¿Tú eres así?

–Algo, supongo. Todos somos complejos.
–Eres complejo entonces.
–Creo.
–Interesante. Me gusta, me atraes. ¿Sabes cómo se llama la película?
–No.
–*Miradas furtivas, lenguas cotidianas.*
–Ah.
–Jugado, ¿no?
–Jugado.
–Así es, como yo. Como nuestro Teófilo Arroyo de Tomé. Quizás como tú. ¿Quieres una línea? ¿Se nos acabó la hierba?
–Solo queda jale –comenta Teo–. Está rica, sí, Pepo.
–Lo sé. ¿Quieres, muchacho? Creo que deberías querer, ¿no?
–Nunca he jalado. No sé.
–¿Qué no sabes? No entiendo: ¿quieres o no quieres?
–Drogarme.
–Eres divertido. ¿Sabes a lo que viniste o no?
–A una prueba. A un casting.
–Así es. No eres un niño, no te comportes como tal. Ya eres legal. Puedes votar.
–Acá no se vota.
–Da lo mismo. La coca a veces te pone duro y otras.... Ustedes están llenos de leche. ¿Te lubricas rápido?
–No.
–¿Estás mojado?
–No.
–¿Duro?
–Algo.
–Eso, justo ahí. Ojos hacia el lado. Quiero explorar tus ángulos, lindos pómulos, pendejo. Las drogas abren las puertas de la percepción. Teo, prepara el espejo. A ver, dónde íbamos. Ah, sí, sí. ¿Cuándo fue la última vez que te masturbaste?
–No me acuerdo. Aunque...
–¿Aunque qué?
–Es íntimo.
–Quizás debas masturbarte en escena. No creo en los trucos. ¿Te parece obsceno?
–Me parece privado.
–Sí, por eso me provoca morbo filmarlo. ¿Nunca te has pajeado, Clemente?
–Creo que todos lo hacen.
–Te pregunto a ti.
–Me incomoda un poco, la verdad. Es mi privacidad.

–Ese es justamente mi material: lo privado.
–¿Puedo leer algo del guion? –le preguntas para ganar tiempo–. Si hay que leer, puedo ensayar una escena con...
–¿Entonces se la puedes mamar a Teo?
–¿Eso sucede en la película?
–Todo lo que pasa en mi vida lo llevo a mis guiones. Hay desnudos en la película, Clemente. Frontales. Transcurre en el verano, en el campo. Es acerca de los lazos entre primos, entre patrones e inquilinos. Son mis recuerdos rurales sensuales de Chillán al interior. Hay mucho erotismo en el campo. Ñuble es una zona muy caliente. Hay mucho morbo. Hay menos trancas. ¿Eres un trancado?
–No se trata de eso.
–De qué se trata entonces.
–De...
–¿De qué?
–No sé.
–¿Crees que me gusta perder mi valioso tiempo?
–Claro que no.
–¿Supongo que entiendes que el desnudo puede ser artístico?
–Sí.
–Mira, Teo, nos llegó un monaguillo a un casting de una película libre, desprejuiciada, pulsante. Quiere transgredir y tiene pudor. Curioso. Raro. Histérico. ¿Una línea, chico casto?
–Una, nada más –dices.
–Así sí.
–Para probar.
–Para probar. Hay que probar todo, ¿no? Pero una no es nada. Ya verás.
Pepo toma la cámara y te enfoca. Te acercas a la mesa y jalas. Sientes cómo tus ojos se llenan de lágrimas. Deseas huir, deseas quedarte, probar todo, probarte. Mejor te vas, pero la llave. Sientes la garganta amarga.
–¿Puedo tomar algo? –preguntas.
–Teo, dale uno de tus gin tonics. ¿Tienes miedo?
–Algo.
–Mejor, eso te sirve.
Te tomas el gin con tónica y mucho limón.
–Tienes algo misterioso. Se nota que has vivido afuera.
–Sí. Inglaterra.
–¿Otra línea?
–Por favor, sí.
–Relajan, liberan.
Te jalas dos líneas. Mejor no saber, mejor anestesiarte.
–He estado en cuartos oscuros en Londres. En Brighton. ¿Conoces?

–No. Es una playa, eso sé.
–Se nota que eres caliente. ¿Lo eres?
–Cuando se da. Supongo. Depende.
–¿Depende de qué?
–No sé, en rigor.
–No sabes. Interesante. Curioso. Me parece curioso que un chico de dieciocho años no sepa si es caliente.
–Diecinueve.
–¿Tienes novia?
–Polola.
¿Cómo se llama esta chica tan afortunada que tiene un novio tan guapo e inteligente y viajado como tú?
–Javiera –mientes.
–¿Y este tal Javier dónde te lame? ¿Usa sus dedos? ¿Te lame ahí este tal Javier?
–Javiera. Y no. No haría eso.
–¿Porque es una buena chica o porque te da miedo que te guste?
Pepo toma un sorbo de gin y con el dedo húmedo por la transpiración del vaso lo unta en el polvo blanco y lo esparce por su encía superior.
–¿Otra línea?
–Me quiero ir, le dices–. It's not what I expected. De verdad: necesito irme. Prefiero llegar hasta acá. Perdón por haberlos hecho perder su valioso tiempo. No soy el tipo de chico para esto. Me complica. No tengo tanta experiencia. Esto me asusta. No fui criado así.
–¿Te parecemos cumas, Clemente? –te pregunta Teo, alzando la voz.
–Para nada. Pero tampoco soy actor.
–Te voy a contar algo, pendejo: el lente capta tus ojos, tus secretos, lo que sientes. ¿Comprendes lo que te explico?
–Sí.
–Además, estás duro. Excitado.
–Algo.
–Esto te calienta. ¿O me equivoco?
–No sé qué responder.
–Funcionas, Clemente. Funcionas, pendejo culiado. Lo vamos a hacer parir. A ver: sácate el chaleco, la polera. ¿Tienes vello axilar?
–Algo.
–¿Te da plancha o pudor o...?
–Ya no me gustó esto. Hay límites.
–Sácate la polera.
Sin pensarlo y sin entender, lo haces. Le haces caso. Sientes el trago, la droga, el deseo, el miedo.

–Abre los brazos. Huélete esas axilas. ¿Qué te parece, Teo?

–Mejor de lo que esperaba. Amo esos pelos que bajan del ombligo. Tiene una linda minipanza. No es un deportista. Está perfecto, Pepo.

–Lo sé.

Recuerdas poco y, sin embargo, cada detalle lo retienes.

Te escindiste.

Comenzaste a hablarte en segunda persona. Era como si no estuvieras ahí, como si estuviera otro. Pepo no paraba de hablar.

Pepo deja su chaqueta en el sofá. En el antebrazo izquierdo tiene un tatuaje de escorpión.

–Este chico no es para nosotros. Todo le da miedo, Teo.

–Se hace el moderno, pero no lo es.

–Sé que estás duro, caliente, aturdido de miedo y ansias. ¿Te quedas o te vas?

–¿Puedo aspirar otra línea? –preguntaste.

Aspiras. Te sacas el reloj y lo guardas en el bolsillo de tus jeans.

–¿Quieres seguir?

–Quiero que esto termine.

–¿Te puedes bajar los pantalones?

–Si eso quieres, sí.

–¿Crees que soy malo?

–No.

–¿Estás haciendo algo que no quieres?

–No sé, Pepo. Tengo miedo.

Pepo se te acerca y te comienza a acariciar el pelo. Huele a gin, a tabaco, a sudor rancio, a cocaína amarga.

–Miedo. ¿Tienes miedo? ¿De qué?

–No sé.

–¿De que te pueda gustar?

Pepo te mete los dedos en la boca.

–Succiona –te ordena.

Pepo comienza a tocarte los pezones con tu saliva.

–Mira cómo se te endurecen. ¿Te das cuenta de cómo responde tu cuerpo conmigo? ¿Otra línea?

–Quizás sí.

Teo se saca la camisa y los pantalones. La cabeza de su pene se le asoma por los calzoncillos oscuros. Se te acerca.

–¿Has besado a un chico, Clemente? –te dice tranquilo, pero de forma seca mientras te limpia el polvo blanco de la nariz.

–Sí.

–¿Acá en Santiago?

–Acá no. Aún.

–Aún –comenta Pepo–. ¿Te puedo besar?
–No.
Teo te besa suave, sin lengua.
Pepo se lanza al sofá y mete una mano en sus pantalones mientras deja una pierna colgando y la otra sobre los cojines.

Pepo se baja los pantalones. Está rasurado. No está duro. Eso de alguna manera te alivia.
–¿Te gusta que te peguen? ¿Te gusta jugar duro?
–No.
–Insisto: ¿quieres jugar o no quieres jugar?
–Deseo actuar.
–Esto es actuar. Tomar un rol.
–Roleplay –comenta Teo.
–Sabes inglés, ¿no? Uno juega un rol. Uno siempre juega un rol. Ya sabes cuál es el mío. ¿Te gustan los daddys, los maduros? ¿O te atrae lo rudo que es Teófilo Arroyo? ¿Te gustan los cumas? Teo, muéstrale lo que tienes.
Teo se baja los calzoncillos.
–¿Hay más cocaína? –preguntas.
–Sí, huevón. Acá. Ven.
Te acercas al espejo al lado del sofá. Te miras en él. Ves tu reflejo. Sientes la mano tibia en la piel de tu hombro. Los dedos de Teo huelen a demasiadas cosas.
–Quiere vernos, eso es todo. ¿Lo has hecho antes?
–Su resto. No del todo. No todo. No así.
–Sácale toda la ropa –ordena Pepo.

Sientes los dedos de Pepo untados de vaselina explorando dentro tuyo de manera violenta, tosca. Sientes sus uñas.
–Sigan, sigan –grita Pepo.
Está de pie, su pene oscuro al lado de tu cara.
Pepo eyacula en tu espalda. Luego cae en el sofá y se tapa los ojos con las manos.
–Listo –te dice Teo–. Te puedes ir. Se va a ir a negro, se duerme altiro, siempre. Igual, sorry.
Teo busca sus jeans, encuentra la llave y abre la puerta.
–Puta, sorry. Me pagan bien. Y... es una larga historia. Es complicado.
Corres a la cocina y vomitas en el lavaplatos el gin, los nervios, la coca, el asco. Regresas donde está tu ropa.
–¿Nos pajeamos? ¿Para acabar? Sigues duro, veo.
–Esto lo va a pagar. Supongo que lo sabes. Ambos lo van a pagar.
–No creo. Esto lo hace cada tanto. Siempre hay chicos. Sobran. No

te creas que eres tan especial. Pepo, además, es hijo de militar.

–Me humillaron, me hicieron sentir frágil. Me usó.

–Tú te lo buscaste.

–¿Eso crees, culiado? Eres cómplice.

–La pasamos bien y te apañé. Capaz que Pepo te dé un rol chico si consigue la plata.

–Voy a escribir de esto algún día.

–Cuéntame una nueva. Bienvenido al club, hueón.

Nota:

Este largo texto/cuento se publicó parcialmente en mayo de 1987 cuando *ropa/americana* ya estaba a cargo de Tomás Mena y era parte del Conglomerado Eclipse Total. Lo firmé con mi nombre, Clemente Fabres, pero con otro título: «Humillación». El texto ocupó casi la totalidad de un fanzine con el triple de páginas de lo acostumbrado. Tomás me convenció de narrarlo y optó por cambiar todos los nombres. Yo lo escribí tal cual. Con los años, puesto que la memoria es frágil, todos, partiendo por mí, nos olvidamos de algunos de los nombres reales y ahora recordamos los literarios.

A Tomás le costó convencerme de incluir este texto, que tituló «Casting», en la antología *La era moderna* (1992), pero luego de un par de faxs, le dije: «Dale, pero solo si me dejas ampliar y contar el comienzo, usar la tercera persona, explicar mejor lo del flyer y el contexto». Reescribí lo que sería «Casting» en Mánchester, el año 1991, entre rave y rave.

Un chico y su cuarto (parte 2) (El Llano Subercaseaux, en llamas) **Interior, pieza de Tomás,** pocos metros cuadrados.

Un chico y su cuarto: aroma a calcetines sucios, franela, lápices grafito; a betún de zapatos en cajita-redonda-metálica.

La cara de Tomás, en su cama, iluminada apenas por la luz del velador.

Es la hora de la once, pero ya es de noche, poca luz. Cambiaron la hora, atrasaron las manillas, se volvió al pasado. En el verano pareciera que hubiera más libertad, menos mano dura, menos agentes de inteligencia, menos sapos, menos horror. La casa es tan helada que, incluso en otoño, Tomás se pone un grueso chaleco de lana con bolsillos, que cuelga en el zaguán de azulejos junto a los abrigos y los paraguas.

¿Por qué llegó el frío del otoño tan rápido? ¿Por el cometa?

Está en su cama de una plaza con frazada a rayas.

Apaga el walkman y lo deja bajo la cama.

Enciende la Eclipse. Suena «She Blinded Me With Science» de Thomas Dolby.

Está al aire DJ Blast que improvisa: «Esto es del disco *The Golden Age of Wireless*. O sea: La era dorada sin cable. Des-enchufados. Algún día todo será sin cables, llegará por el aire, como la radio. Como nosotros ahora. Me gusta una frase de este temazo: *poetry in motion.* Poesía en movimiento. Eso es, al final, bailar. Y cada uno puede bailar como quiera. Por eso, dicen, la coreografía no es baile, es arquitectura».

En el suelo alfombrado, unas fotocopias de textos para Introducción a la Lingüística que detesta y que no entiende. Vemos sus afiches: *Idénticamente igual* de Carlos Flores. Uno del grupo chileno-español Nadie, el logo amarillo de la banda con el chico y su peinado modernillo dibujado con lápices grafito. Hay un corcho en la pared

lleno de recortes de revistas y fotos: Bukowski, Ginsberg, Robert Smith, Rimbaud. El afiche de *Rendez-vous* de Téchiné y uno de *Gremlins*. En la puerta otro de Blondie, el de Warhol, su pelo pintado de amarillo, sus párpados de un intenso celeste, que encontró en la feria de las pulgas en San Antonio.

Tomás baja la escalera circular, cruza el living sombrío, llega al patio, abre las puertas, siente el frío, ingresa al parrón, saca el telescopio del garaje, lo desenfunda y lo arma. Enciende el deck del comedor y corre un parlante para que la música suene afuera.

«Eclipse, 99.9 FM. Tu parte oscura», susurra DJ Blast con su voz de volado.

Comienza a sonar OMD, «Enola Gay».

Tomás sube de nuevo, regresa a su pieza, busca su grabadora en el velador entre trozos de papel confort secos. Luego se pone su parca inflada, recuerdo no solo de su era escolar, sino de antes que encontrara su look. O que comenzara a destilar su esencia, como le dijo la Pocha, que a veces lo asesora o lo obliga a probarse ropa como si él fuera su maniquí personal. Le gusta cómo ella lo mira: con una suerte de fascinación, como un work-in-progress.

–Realmente eres un diamante en bruto, darling, solo hay que pulirte e inyectarte mundo, sacarte esa cosa provinciana –le sentenció una vez media borracha con menta frappé.

–No soy de provincia, soy de Santiago.

–Eres provinciano por dentro. Créeme.

En su clóset, entre los zapatos, encuentra una caja de zapatillas North Star que dice *Poemas & voces & música*. La abre: busca un casete de poemas grabados por un chico actor con el pelo rapado y un tatuaje en el cráneo: «Todos actuamos», se acuerda que le dijo Sal-de-Frutas, su compañero en la Escuela de Letras. «Es el futuro, la lleva. Es poesía recitada, pero es improvisación, y tiene algo de teatro. Me gusta».

Mira el Maxell, lee: *Poemas vocales* y la caja está forrada en papel lustre amarillo con dibujitos sicodélicos realizados con un lápiz Bic, tinta roja. «Selección y voz: Gianluca Solari».

Baja las escaleras, pasa por la cocina, se sirve un vaso de leche, encuentra un Mantecol en la despensa. Sale de la cocina al patio y al frío seco.

La noche está estrellada y no hay nubes.

Enciende un pito que encuentra en el bolsillo de su parca con unos fósforos Los Andes. Hay una concha marina que usan como cenicero. Termina el pito y lo apaga en la tierra debajo de un guindo. Mira por el telescopio. Enfoca. Busca las Tres Marías. Las encuentra.

Regresa al salón, apaga la Eclipse, coloca el casete.

«Este es un poema del libro *La ciudad* y es de Gonzalo Millán», dice

Gianluca y comienza a hablar, no a recitar, a conversar el poema. Tomás mira el cielo a través de su telescopio. Intenta enfocar Saturno. Se queda pegado, allá lejos, entre los anillos. De pronto regresa del espacio exterior y lo remece la voz de Solari.

Tomás para el deck.

Corre a su pieza y toma su libreta verde que dice, con plumón: *Cosas mías (top secret)*.

Baja la escalera, se tira en el sofá y enciende una luz. Rebobina y comienza a transcribir el poema en su libreta. Su caligrafía es barroca, potente, suya.

El poema, sin que lo sepa del todo, ahora parece suyo.

Regresa a su pieza. Corre las cortinas y abre la ventana. Ve que está escarchada. Estira su cama. Apaga la estufa a parafina en el pasillo. Siente que hace demasiado calor en el cuarto.

Tomás se saca toda la ropa.

El buzo, el chaleco, el calzoncillo.

Arde, gotea.

Se deja unos calcetines gruesos.

Saca la bufanda roja de lana inglesa de Clemente. La huele. Se conmociona, se prende. Pasa la bufanda por ciertas partes de su cuerpo.

Se tira a la cama.

Ahora está Liminal al aire.

«¿Qué están haciendo? ¿Qué quieren hacer? ¿Necesitan inspiración?».

Se levanta con la bufanda roja al cuello y abre la puerta.

Prende la estufa de nuevo y la mete a su pieza.

Cierra la ventana.

Sus axilas están húmedas. El aroma de la bufanda lo marea. La estufa desprende olor a cáscara de naranja. El cuarto de Tomás arde.

Tomás intenta seguir el ritmo con su mano mientras comienza a tocarse. Mira las paredes, el papel mural, el afiche de Siouxsie and the Banshees, la foto de Rodrigo Lira, el cartel de Joy Division, la carátula del disco *Low* de Bowie.

Suena «You Might Think» de The Cars.

Huele a muchos chicos, huele a él.

Tomás abre sus piernas peludas y se toca suave debajo de las bolas.

Siente la bufanda en sus tetillas.

«Clemente», gime.

Vemos su cara de niño mojada por el semen que saltó.

«Ahora quizás están algo más tranquilos, chicos y chicas del futuro. ¿Conocen el tema «Melt With You»? ¿Se han fundido con otro?».

Tomás, con cara de inocente, se duerme sujetando la bufanda.

Locaciones **Cuando salieron** de la Lado B, ambos sintieron que ya nada era igual y no se dieron cuenta de todo el tiempo que estuvieron juntos. Les pareció que había pasado mucho tiempo, pero solo estuvieron un poco más de dos horas. Ambos lo recuerdan bien, casi al detalle. No pararon de hablar, de sonreír, de reírse, de completarse las frases. Blas pensó que hubiera sido buena idea grabarlos, pero no tenía cómo. Le pareció que podría ser material para una comedia romántica, aunque ¿existían comedias así si ambos protagonistas eran chicos? Daba lo mismo: todo era muy como en las películas que daban en los cines y luego repetían en la televisión. Josué podía quizás usar esas conversaciones para algo. ¿Para qué? Algo radial, sonoro. ¿El borrador de su novela? Blas entendió que ambos chicos encontraron al otro mejor de lo que esperaban. Les gustó el tono de la voz del otro. Sintieron una conexión. De pronto todo se empezaba a conjugar en plural.

–Voy a escribir de música. Para tu fanzine, Clemente.

–¿Sí?

–Sí. Deseo analizarlo todo, además de traducir las letras.

–¿Escribes?

–Leo. Y dibujo. Pero a veces, como todos, anoto mis cosas. Narro. Cuento mis cuentos. Sí, escribo, aunque no creo que me atreva a publicar. O que me quisieran publicar, Clemente. Escribo igual raro, a

mi manera. Tengo mi estilo pop publicitario. ¿Publicarías mis cosas?

–Quizás. Si escribes como hablas, si tienes esa seguridad, quizás sí.

–¿Te parezco seguro?

–Atrevido.

–No tolero bien la fama.

–Ni yo las críticas, Tomás.

–Te he leído.

–Lo deduje.

–Te he subrayado, recortado, fotocopiado.

–Qué intenso eres.

–Chuta. Soy curioso, Clemente. Todo a la vez y nada es suficiente. Quiero más. ¿Acaso es mucho pedir?

–Acá sí. Aunque el acá no existe. Este es un paréntesis oscuro, pero terminará. Uno inventa su país.

–No te entiendo del todo.

–Deseo democracia, Mena. Libertad.

–Puede ser. Dime Tomás. Ya salí del colegio. No hables como militar. Deseo ver todo de cerca, en primera fila, nada de plano general. Quiero mirar, tocar, oler, lamer. Para qué ver todo de lejos, Clemente Mejor estar muy cerca que quedarse atrás.

–Te acercas sin pedir permiso. ¿Nadie te ha enseñado que las cosas acá se hacen de cierto modo? No mides las consecuencias, veo. Tienes cero distancia, Tomás.

–Me gusta eso: no tener distancia. ¿Te molesta?

–Estar muy cerca igual confunde tu punto de vista, Tomás. Porque escribir no es lo mismo que contar. O sea, es contar, pero de otra manera. ¿Estás en primer año de Letras?

–Sí.

–Se nota.

–El profesor Zablowski dice que lo importante del poema no son las palabras, sino los silencios. Es como lo que queda entre las cruces de Lotty Rosenfeld... ¿Has procesado sus acciones de arte?

–Las cacho, sí. No las he procesado, no. Tomás: trata de hablar menos retorcido. No te engrupas con las contingencias. No le compres todo a tus profes antes de saber quiénes son.

–Dale.

–En buena: puedes caer mal. No es por ser pesado, pero....

–Puedes serlo, lo sé. Dime. Quiero pulirme.

–No cites lo que no entiendes. Y no intentes imitar a tus profesores. No hables como si estuvieras leyendo un pie de página. Odio a los académicos, a los que se esconden detrás del arte. El arte es para mostrarse.

–Desnudarse.

–Depende.

–¿De qué?

–Hay que saber leer todo. Leer entre líneas, Tomás; leer por debajo. Acá te dicen *querido* y es otra cosa, casi siempre es lo contrario. Estamos bajo un estado de excepción.

–Somos la excepción.

–Debes llevarte ese álbum de los Talking Heads. Te lo puedo prestar, si quieres. Te va a volar la cabeza, Tomás.

–Sí, quiero. Préstame lo que quieras.

–¿Tienes tiempo?

–Tengo tiempo para compartir, sí.

En estos siguientes lugares, en estas locaciones específicas, Clemente y Tomás (¿Tomás + Clemente?) pasaron esa tarde juntos: **Heladería Coppelia C:** No me digas que además escribes novelas. O peor: cuentos. ¿También vas a un taller?

T: No, relax. Soy de fiar, Clemente. No seas paranoico.

C: Lo soy. No me interesa ser un personaje de algo tuyo. Para nada. Me gusta más mirar a que me miren. Ojo.

T: Yo creo que me gusta más que me miren, pero, claro, me gusta mirar. ¿A quién no?

C: ¿De dónde saliste?

T: De mi casa. Se me antoja escribir para ti. De música, de repente.

C: Me lo dijiste, sí.

T: No escribir si una película es buena o mala, sino lo importante que fue para ti.

C: Un poco subjetivo, ¿no crees?

T: Todo es subjetivo. Ahora, si no quieres que escriba para *ropa/americana* igual podemos ser amigos. O algo más.

C: ¿Algo más?

T: Ser ultraamigos.

Galería Dos Caracoles/Nueva de Lyon T: ¿Puedo acceder a los números pasados? He fotocopiado mis dos números de *ropa/americana* para regalar.

C: ¿A quién?

T: Aún a nadie. Pero a algunos de mi Escuela.

C: No quiero que me lean los de la UC.

T: Calma. No he encontrado a nadie digno que quisiera que lo lea. Pero debe haber alguien. Quizás Vicuña, quizás Sal-de-Frutas. Debe haber más gente como nosotros.

C: ¿Es decir…?

T: Raros, distintos, adelantados.

C: Ok, sigue.

T: Cuando uno lee tu revista, tu fanzine, uno se entera de cosas. Es

como si estuviera lleno de secretos. No es para todos.

C: Gracias, es un gran compliment. ¿Cómo se dice eso?

T: Piropo. ¿Halago? Elogio. Cumplido.

C: Ahora estoy con el número nuevo, Tomás. O sea, en eso ando. Quizás podrías...

T: ¿... colaborar?

C: En *ropa/americana* cuidamos a nuestros colaboradores. No cualquiera puede escribir.

T: Me gustaría conocerlos.

C: Encantado. Yo soy todos ellos. Tengo buenos seudónimos.

T: Lo sospechaba. Eres como Fernando Pessoa. Heterónimos: gran idea. Me gusta. Yo creo que tengo otros yo.

C: Para mí el fanzine es, no sé, mi legado. Es importante. Ahí soy yo. En la prensa real uno tiene que adecuarse, tratar de pasar goles. Lo cuido. Lo hago porque...

T: Lo necesitas.

C: No dejo que nadie escriba ni menos que lo lea cualquiera.

T: Pero eso no se puede controlar, Clemente. Puede caer en manos de chicos que no conocemos.

C: Eso no me preocupa. No me quita el sueño que lo lea un saco-de-huea que ve *Zoom Deportivo*, por ejemplo, y lo bote a la basura. Lo que me alarma es que caiga en manos enemigas. De un seudointelectual que se va a reír o mofar. El fanzine debe ser consistente. Y de número a número. Porque a la larga eso es lo que importa, lo que te distingue. Que tenga un tono, una línea.

T: Una voz.

C: Eso. Puta, tener un punto de vista. Ser subjetivo. Jugar. Estar del lado del margen.

T: Como nosotros.

Drugstore, Providencia (subterráneo) C: Deberías leerlo, Tomás. Te va a servir. Nadie de acá lo ha leído aún, creo. Dentro de sus páginas está todo lo que necesitas para sobrevivir. No necesitas estudiar Periodismo después de leerlo. Y este, este hueón es la raja.

T: Pareces una revista importada que recomienda lo que viene. Me gusta eso.

C: Mi padre me manda libros. Y revistas. Cree que con eso puede aplacar su culpa. Estoy suscrito a varias revistas que me llegan de Inglaterra a la casilla que tenía mi abuelo. Correo Central, casilla 1411. ¿Lo conoces? Me encanta. Debemos ir. Siempre me da nervios abrir la casilla porque no sé qué me llegará o quién aparecerá en la portada de *The Face*.

T: ¿No vas al Chileno Francés? A veces voy, pero yo de francés nada, Clemente. Igual dan buenas películas y videoarte.

C: Creen que la cultura francesa va a salvar Chile. Estados Unidos ya nos colonizó qué rato.

T: Ya, pero becaron a Jorge Said. El de *Extra Jóvenes.*

C: Por eso mismo: no confío en sus gustos. Se creen progres, pero son imperialistas, igual que los gringos.

T: ¿Viste *Cuenta conmigo*?

C: La estrenaron el jueves, lo sé.

T: ¿Vamos?

C: Puede ser. No es el tipo de cine que tiendo a ver...

T: No poses conmigo. Estás con alguien de confianza. ¿Leíste el cuento?

C: Sí, la quiero ver. Podríamos ir, sí. Soy fan de River Phoenix. Desde *Los exploradores*. Va a llegar lejos.

T: Ultralejos.

Librería Altamira Drugstore T: ¿Debería comprarlo?

C: Yo creo. En general, casi todo lo que es de la colección Contraseñas de Anagrama es clave, Tomás. Eso tienes que tenerlo claro. Espero que te guste Bukowski.

T: Tengo su foto. Me la regalaron en Letras.

C: ¿Conoces la Altamira en Huérfanos? Podríamos juntarnos ahí.

T: Es un buen plan.

C: Podemos juntarnos ahí tipo siete y luego pasamos por la inauguración de la muestra de la Caluga Varas Montt, ¿la cachái? La expo va a ser en la Galería Bucci, es un subterráneo, un poco más arriba. En la cuadra siguiente, casi al llegar al cerro.

T: ¿Cuándo es?

C: En dos semanas. Un jueves. Dicen que va a ir Neón y van a transmitir en directo.

T: No creo. Neón no muestra la cara. Es como los del Frente.

C: Es lo contrario a esos. Hay unos flyers por ahí. ¿Vamos? Va a estar todo el mundo.

T: ¿Todo el mundo?

C: Nuestro mundillo. Eso. La escena. Nosotros.

T: Nosotros.

C: Sí. Algunos son unos poseros y otros creen que son artistas, pero al menos no habrá fachos ni lanas y es una colectiva.

T: ¿Colectiva?

C: Una muestra colectiva. De varios artistas plásticos, pero que están como en la misma.

T: Deberías llevar la revista, entonces.

C: No me quedan. Y algunos, creo, quizás la tienen. No los conozco mucho.

T: ¿No?

C: No.

T: Una copia de una copia. Es un evento ideal para que circule, Clemente. Usemos la tecnología.

C: No se ven tan bien, pierden legibilidad.

T: Hazme caso. Yo puedo llevar fotocopias, yo las hago. Hay un quiosco al lado del Campus Oriente que no cobra casi nada.

C: No necesito tantos lectores. Con los lectores atentos, basta.

T: Ese mundillo debe leerte. Leernos. Se los van a devorar. Vamos a llegar lejos juntos.

La tarde les pareció más larga y más corta que una tarde cotidiana. Todo fluyó y de pronto dejaron de estar tensos y torpes. Dejaron de hablar como en una obra de teatro de Bernardo Riquelme. Caminaron callados, mirándose, riéndose. Ambos pensaron que dejaron de actuar o de hablar como si fuera un guion. Podían ser ellos mismos, ya no se sentían observados. Recorrieron sin planearlo toda Providencia y hasta algunas de las callecitas que dan al río y al parque. Se dejaron llevar por las vitrinas, los helados, las librerías. La gente que pasaba no les interesó. Estaban embalados en cada uno. Por un rato, Tomás, primero, y Clemente, después, se olvidaron de que estaban en dictadura. Algo estaba cambiando. Se notaba, por un lado, que algo nuevo brotaba y que no respondía al pasado. También se escuchaba un eco, se presagiaban momentos más oscuros que estaban por arribar. La presencia era ominosa, pero gráfica: panfletos, susurros, golpes de cacerolazos, apagones. Al conectar, el mundo se les amplió y, como sucede cuando se produce un flechazo, el universo se contrajo dejando poco espacio para alguien o algo que no fueran ellos dos.

Ese día de fines de mayo caminaron sin darse cuenta, sin parar de hablar, hasta llegar a los corredores ventosos debajo de las Torres de Tajamar donde miraron las librerías de segunda mano. En medio del parque, mirando los juegos de luces acuáticos de la plaza de la Aviación, se despidieron.

–Ya, yo vivo por acá. Supongo que aquí me despido, Tomás. Es hora de que me guarde.

–¿Vives con tu familia?

–Vivo solo. No tengo familia. Ya no.

–¿Por acá vives entonces?

–Por acá, sí. Por Salvador para adentro, pero yo prefiero entrar por Condell. Es más bonita. Soy vecino de Hernán del Solar. Era... Murió el año pasado, una pena, se fue una parte importante de lo bueno de este país.

–¡El escritor! ¿Sí? *Mac, el microbio desconocido*. Amo *Cuando el viento desapareció.*

–¿Lo conoces?

–Soy fan.

–Fuimos muy amigos. Me quiso, creo. Éramos como parientes. Lo echo de menos. Me gusta hablar con gente mayor, pues tienen pasado.

Los dos entonces observaron la Virgen del San Cristóbal.

–Yo la veo desde mi casa. La diviso.

–Yo también –le dijo Clemente–. La apagan a las doce de la noche.

–Yo una vez vi cuando se apagaba. Deberían dejar la luz encendida toda la noche. Para que cuide o vigile o alguien angustiado rece, no sé. Yo no rezo, Tomás. Yo no creo.

–A mí me bautizaron. Hice la primera comunión. Y tampoco creo.

–Ni he sido bautizado. Me salvé.

–Me gustaría conocer tu cerebro –le dijo Tomás y de inmediato se arrepintió.

Notó miedo o ira y pena en los ojos estilo animé de Clemente. Quizás había dicho demasiado. Clemente andaba con un maletín de cuero. Tomás con un morral de lona azul. Tomás vestía un Montgomery verde oliva muy oscuro. Su gorro era de tela escocesa. Clemente andaba con pantalones de tela, a cuadros, tipo ajedrez, azul marino y negro. Bajaba una brisa tibia desde las montañas, lo que indicaba posible lluvia más tarde. Clemente abrió su maletín y sacó un ejemplar ajado de *El nuevo periodismo,* editado por Tom Wolfe, y un libro de esos de la editorial Bruguera sin ilustración. Se veía nuevo. Tenía un título largo: *Artistas, locos y criminales*. En la franja más oscura, decía: Osvaldo Soriano.

–¿Quién es?

–Un cronista crac al que de seguro lo hubieran echado de la puta y ñoña *Revista del Domingo*. Mira: está firmado por él. Lo entrevisté en Buenos Aires el mes pasado. El tipo es argentino y es fan del cine y la novela negra. ¿Te gusta la novela negra?

–No sé, leí *El cuarto de Giovanni.* A veces me dan ganas de vivir lejos. Tener mi cuarto, mi departamento, aunque sea chico, vivir solo.

Clemente decidió no decirle que a fin de año se iba a ir a vivir lejos. Tampoco le dijo que había leído dos veces *Giovanni's Room.* Ni menos quiso explicarle lo que implicaba que una novela fuera tildada de «negra».

–Tienes mucho que aprender, Tomás; tengo mucho que enseñarte.

–Sí sé.

–Mira: te los presto, léelos. Estos dos. No son un regalo. Yo no regalo, presto. Subraya lo que te guste.

–¿Sí? ¿De verdad?

–Sí. Así te puedo conocer mejor. El otro es un clásico. Es acerca de cómo se puede hacer arte o literatura escribiendo periodismo. Chao, pirámide invertida. Te recomiendo no leer las crónicas en orden y leer el prólogo al final. Te va a servir para el fanzine.

–¿Te veo en lo de la pintora en la Galería Gucci?

–Sí –le dijo Clemente, mintiendo: ya sabía que no iría o, de ir, miraría de lejos, pasaría por el frente, no entraría–. Es Bucci, no Gucci. Esa es una marca de ropa.

–Siempre se aprende contigo. Dale, ahí te veo.

Entonces Clemente abrió la última página de *Artistas, locos y criminales* y le anotó su dirección personal.

–Por si acaso.

Tomás no se atrevió a pedir su número de teléfono ni se le ocurrió pasarle el suyo. Guardó los dos libros en su morral. Clemente no le dijo nada de su bufanda, Tomás andaba con una verde, tejida por su abuela.

–Ya, mejor me voy. Es tarde. Mucho metro. Te veo, Clemente.

–Nos vemos, Tomás.

Clemente se perdió entre los árboles y las sombras. Tomás pensó seguirlo, pero no pudo, el tiempo se había detenido, su corazón se había saltado un par de latidos y sus piernas parecían de lana. Sintió tanto calor que enrolló en su puño la bufanda. No paró de sonreír. Una señora pasó y le preguntó: –Está pálido, parece una estatua, ¿está bien?

–Sí –le respondió–. Me flecharon.

Se acordó de Valeria Rosas y pensó en llamarla.

Alguien en el mundo lo había visto, lo había escuchado y le contó cosas. Alguien en el universo, de nombre Clemente, le prestó libros. Ahora existía, ahora quizás podrían ser dos.

La ciudad se llama Clemente
(El mundo subterráneo) **Tomás tomó el metro** en Salvador. Abrió su morral y revisó los libros prestados. Se fijó en que estaban muy subrayados, con distintos colores. Le gustó la portada de la antología de Tom Wolfe. Fue como haber estado en una película. Recordaba cada una de las locaciones. Pensó: quizás el periodismo puede ser más creativo que la literatura, quizás era más divertido escribir que leer. Sintió el sabor del helado de chocolate suizo del Coppelia: le pareció dulce a pesar de que le dijeron que era amargo. Seguía pensando en todo lo que había pasado (todo lo que le había ocurrido) durante la tarde con Clemente. El aire ahora olía a Clemente, el pasto se parecía a su pelo, la cordillera al atardecer tenía el color de sus ojos.

Se dio cuenta de que se había pasado varias estaciones. Siguió de largo para tener tiempo y armar un plan de retorno. ¿Acaso no escuchó la señal de trasbordo a la línea 2? Iba escuchando su mixtape: Spandau Ballet, Madness, Gary Numan. Juntos, pensó, through the barricades. Los dos entre las barricadas. Se dijo: con él protesto, con él me arriesgo, con Clemente ayudo a que el dictador caiga. Luego agregó: si sigo solo, a la deriva, fluctuando, ¿importa quién está a cargo? Se venía un año duro, eso sí, eso decían. ¿Quién lo decía? Se notaba en el aire, en los muros de las calles, aunque los pintaran de inmediato con cal. Todo se estaba desencajando, las cosas no eran como antes, el centro en efecto estaba cediendo.

Era el año que iban a vivir en peligro.

Tomás quiere vivirlo con alguien.

Andabas pajareando, le diría su abuela si le contara de su día. Le contaba mucho, pero esta tarde no. No deseaba compartirle su historia con Clemente. No quiere contarle mucho de su mundo nuevo. Su abuela un día le dijo, cuando estaba en tercero medio: tu madre cree que no te gustan las chicas. Tomás le dijo: que hable conmigo, por qué me manda recados. Además, cómo no me van a gustar las chicas. Sabe que soy amigo de la Camila Matus, soy fan de tantas actrices y cantantes. Ella cree que… ¿que prefiero sexo con chicos? ¿Eso? Sí, me gustaría besarlos, ducharme con ellos, irme de paseo con ellos. Que me invite al Café Colonia a comer torta y lo conversamos. Todavía no tengo sexo con nadie y eso es tema mío.

Su madre aún no lo invitaba al Colonia, pero él lo notaba: a diferencia de otras madres del mundo, la suya siempre había querido un chico que no la abandonara por otra mujer, que no le fuera infiel con las mujeres del mundo. Su madre quería hablar con él, pero todavía no encontraba el momento. Nunca había tocado el tema con su marido ni con Aníbal, pero estaba claro. Tomás era distinto y acaso mejor. Pero Tomás no cedía, ella era la madre, era mayor y, por lo tanto, a la que le correspondía preguntar era a ella. Él jamás iba a confesarle nada, ni menos armar drama. Tampoco estaba dispuesto a salir de ningún mueble o rincón casero al cual nunca había ingresado. Era, le parecía, parte de la labor de un padre: ¿tienes ropa que lavar?, ¿tienes miedo?, ¿quieres que te lea un cuento?, ¿te gusta ese chico?, ¿me lo quieres presentar? No preguntar, no tocar el tema, hacerse los lesos le parecía, un acto de agresión canalla por parte de los progenitores. La idea de que era responsabilidad del hijo anunciar o sacar el tema del armario le parecía asquerosa e innecesaria. Si ellos, como su padre, no querían ser parte de su vida, perfecto; mejor saberlo cuanto antes.

Además, no tenía nada que informar respecto de Clemente.

Recién se estaban conociendo.

Clemente le parecía de esos ciertos chicos sensibles como solo existían en la ficción. Entraron pájaros (¿canarios?, ¿picaflores?) a su cabeza. Lo de las mariposas era cierto: se siente algo así, en el estómago, no era un invento de los publicistas. Tomás tenía mariposas en el estómago y, como en un libro de realismo mágico, sentía que podía elevarse y volar. Tomás sentía que Clemente seguía dentro de él. ¿Eso se sentiría al ser penetrado? ¿Sentir al otro adentro?

Ahora Tomás tenía un recuerdo clave, imborrable, recordaba cada detalle.

Quizás no había que pedirle más a esta tarde.

Le hubiera gustado tomarle la mano, besarlo, tocarle el pelo.

Clemente pareció sentirse cómodo como si lo hubiera estado esperando. Quería hablar, compartir, prestarle cosas. Quizás Clemente era así. Parecía ser así. ¿Quizás así se conocía a gente desconocida en disquerías en Inglaterra? Sin miedo ni precauciones. Sin esconderse. La Lado B era un espacio seguro.

¿Clemente estaría pensando en él?

¿Clemente pensaba en alguien excepto en sí mismo o en sus escritos?

Tomás se bajó del carro en la estación Unión Latinoamericana. Se arrepintió de cambiar de andén para regresar a Los Héroes y subió las escalas a la Alameda ahí en la ULA, algo que nunca entendió del todo porque en el sector ninguna calle tenía nombre de un país de la región. Tomás caminó hacia el poniente cuando lo que correspondía era caminar por la Alameda hacia el oriente. Llegó pronto a un pasadizo oscuro repleto de locales donde se ubicaba el cine Alessandri. De una tienda de regalos baratos importados de China salía el tema «El payasito de la tele» cantado por el raro de Cepillín, que siempre lo aterró y atrajo al mismo tiempo.

¿Cómo sería Cepillín desnudo y sin maquillaje y de espaldas en una cama?

Miró los afiches del cine. *Birdy: alas de libertad* de Alan Parker, banda sonora de Peter Gabriel. *Weird Science: la mujer explosiva* de John Hughes, con el tema de Oingo Boingo y la chica de rojo, Kelly LeBrock. Películas de amigos, de chicos, de colegas, como decían los españoles. Tomás de pronto se imaginó en un afiche. *Meet Cute, The Movie.* Tomás salía con Clemente en el póster. Género: boy + boy, romance, musical. Una cinta de puros chicos. *Sabían que el vínculo iba a ser para siempre y la atracción fue inmediata.*

Tomás compra una entrada a la señora tosca que se parece a Gladys del Río y baja las escaleras del Alessandri. Desciende y desciende. Ingresa a la oscuridad. Un chico que se parece a Thomas Dolby fuma sentado en un escaño y viste un terno blanco. «Lust for Life» ahora suena en su casete. Nota que el baño de hombres está lleno.

Ve de nuevo el afiche de *Alas de libertad.*

Lee el tagline: «Una experiencia estremecedora como nunca has visto».

Piensa: «Una caminata estremecedora como nunca había vivido».

Desciende más.

Ya están conectados. Están muy conectados. Han conversado, se han reído, caminaron. Eso no es poco.

¿Basta con eso?

No. ¿Es necesario más? Sí. En eso andan: buscando esa mitad que les falta para sentirse completos, uno, finalizados. Es lo que ansía

Tomás. Lo que desea al leer ciertos libros, al ver ciertas películas, al escuchar ciertos discos, al ver ciertas fotografías o avisos en ciertas revistas.

Busca a su doble o algo mejor: alguien con quien ser él mismo. Busca afecto, complicidad, intimidad, alguien con quien explorar sus curiosidades. Debe venir al cine Alessandri con Clemente. Le gustan los programas dobles. Doble, dos, par. Quiere hablar horas por teléfono, pelar, reírse, completarse las frases, adivinar lo que el otro va a decir, pensar lo mismo, intuir lo que al otro le va a gustar: tal chico, tal plato, tal outfit. Buscan el mejor de los amigos, el amigo que no te deja por una novia o por el equipo de fútbol o porque tiene que ensayar, estudiar, entrenar. Aquel al que no le importa tanto su familia y que prefiere estar contigo.

Quiere un *bromance*, aunque esa palabra no existe, no se ha nombrado aún, está en el aire y en lo pop, pero no se ha instalado. *Bromance:* romance entre hermanos, una amistad masculina que es más que amistad, que se arma de cariño y confianza y risas, pero también de tensión, onda, camaradería. Una atracción física cautelosa, pero que no necesita salpicarse con los enredos de un amor y todo lo que eso conlleva. Aunque ¿es posible? No, pero a él le gusta la idea de un romance que no dejará a nadie herido. ¿Cuáles son los límites de una amistad tan intensa, llena de pasión y de estar todo-el-día-juntos?

Tomás quiere (¿sabe lo que quiere?, ¿no le teme justamente al deseo?) un amor de amigos, pero con algo físico. Con mucha piel. No pura amistad, no puro sexo. Pero algo de sexo, sí. Uf, ¿qué quiere? ¿Se entiende? No me entiendo: soy disléxico. ¿O disleso? ¿Debería ir al psicólogo? ¿Clemente irá a terapia? Un hermano necesita, sí. Alguien de fiar, pero un hermano real, que no se compara con uno biológico, que por lo general son los seres más ajenos y distintos (y que en algunos casos te odian y envidian, te desprecian y se asquean de una manera que da miedo); tal como lo hace Aníbal con él. ¿Se entiende? Ellos –¿ellos? – quieren todo, no una parte. ¿Es posible? No. Deberán tener sexo, tendrán que incluir el cuerpo. Sumar todo: cariño + confianza + hermandad + complicidad + eros + calentura + onda. No quiere un amor aburrido, que lo apriete. No quiere nada como lo que unió a sus padres, abuelos, tíos, vecinos, parientes. No: ellos no son así: Clemente + Tomás son distintos.

Se le acerca Thomas Dolby y le dice: –Estoy probando mi nuevo corto. En un rato nos vamos, vamos a ir a bailar. Este cine porno debería ser una disco. Estoy produciendo el largo de un primo. Vamos a hacer un casting pronto. Le pasa un flyer. Anda.

–Buena: *Las hormonas asesinas.* Me tinca.

–No: se llama *Las hormigas asesinas.* Es en blanco y negro.

Thomas Dolby en realidad se llama Ladislao Fernández Vidaurre, se

entera. Le cae bien, tiene onda. El cine Alessandri, con los años, terminó convirtiéndose en una disco alternativa, tal como lo predijo Fernández Vidaurre. Se llamó Blondie. El cine Alessandri cerró a fines de los ochenta. El inmenso recinto se convirtió en un local con mucha música inglesa. Una suerte de oasis para los que eran distintos o no tenían lugar donde bailar los temas que los intelectuales ridiculizaban: temas en español, pop británico, todo lo disco. Clemente, que amaba el Alessandri y su creativa programación, le dio su testimonio décadas después a Rodrigo Fluxá para *Gente común. Una biografía oral de la Blondie*.

Tomás ingresa a la gran sala y guarda su walkman.

Lo que vio esa tarde fue *Ánder,* un corto rodado en 1984 por Luc Fernández, ambientado en 1999. La cinta se rodó en una fábrica abandonada de la calle Carrascal. La trama transcurre en un Santiago a fines del siglo XX en una disco llamada Y2K. Todos están pintados, disfrazados, con camisetas de películas de los ochenta. Se ven chicos que se besan con chicos, chicas con chicas. Todos tatuados, todos góticos, todos con aros. Bailan temas de Blondie. La voz de Debbie Harry no para. Call me, llámame. Mientras pasan los créditos, se encienden las luces. Tomás ve que hay una docena de freaks tipo estudiantes de diseño, arte, letras, arquitectura, quizás. Ve dos alumnos de su escuela (Aura Santelices y Sal-de-Frutas) conversando extasiados.

El corto que Tomás vio estuvo perdido por décadas. Los creadores lo exhibieron un par de veces, entre ellas en el cine arte de Viña y, por supuesto, en el Alessandri. Tomás escribió de *Ánder* en la *Mundo Diners* el año 1990. «El futuro perdido» lo tituló y en la columna insistía que el corto en blanco y negro no era un mito. Eventualmente apareció en YouTube y se volvió de culto. Luc Fernández luego rodó *Las hormigas asesinas*. Clemente vio *Ánder* durante la pandemia y no pudo parar de llorar. Lo que Tomás le había contado esa tarde era cierto. Clemente siempre pensó que Tomás estaba drogado o había consumido ácido y que era imposible que existiera una cinta así. Menos creíble le parecía que la hubieran exhibido en el destartalado y pegajoso cine Alessandri. Clemente vio ahí *Buscando a Mr. Goodbar.* Recuerda a Diane Keaton bailando rodeada de hombres setenteros en una disco alternativa al son de «Don't Leave Me This Way».

Tomás se demora en subir las escaleras.

Piensa en el futuro, en su futuro y si para el cambio del milenio estarán juntos. O si la noche del 31 de diciembre de 1999, Clemente pensará en él. Le gustó el corto. Deben ir a bailar, piensa. Se lo dirá durante la exposición de pintura la próxima vez que se vean. Cuando se encuentren en lo de la galería de arte será el futuro. Debe confiar y que confíen en él.

Sale a la calle, hay diluvio, pero le da lo mismo.
La ciudad definitivamente ahora es otra y se llama Clemente.

Artes y Letras

(El campus al oriente) **El Campus Oriente** de la Universidad Católica estaba igual a como salía en la película *Estado de sitio* de Costa-Gavras, una cinta acerca de un cuasi golpe militar ambientado en Montevideo que filmaron en Chile el año 72. La escena rodada en el campus mostraba una radio pirata universitaria que tocaba y tocaba una pegajosa canción revolucionaria interpretada por Los Calchakis, según le soplaron a Tomás. En la secuencia, la policía (unos pacos de azul, con cascos negros) intentan destrozar los parlantes colgados en diferentes puntos del recinto. No terminaban de destrozar uno para que siguiera sonando el otro, escondidos en árboles, detrás de un poste, en un entretecho.

Era un rito ver *Estado de sitio* en VHS durante la semana novata de Letras y luego se discutía el tema de la represión, la violencia y el derecho a la libertad de expresión. La canción era irritante y llorona, pero el mensaje era lindo, se dijo. La música es más fuerte, nunca se puede detener. «No se puede parar la música», pensó, sin darse cuenta de que estaba, a su vez, citando a los Village People y el tema principal de su película musical que él vio en el cine Central junto a su madre. Tomás se acordó de la radio Eclipse. Mientras más la escuchaba, más se sentía radical, miembro de cierta secta. En un campus con tantos estudiantes de carreras humanistas, Tomás hubiera jurado que al menos era de culto o algo así. Pero lo cierto es que no. Los chicos humanistas no eran tan humanos o, al menos, parecían poco curiosos. No solo la Eclipse era desconocida para casi todos, sino

que al parecer todo les era desconocido. El Campus Oriente parecía un convento de monjas descalzas y hasta había una capilla con agua bendita y un patio con una virgen y muchas cosas así que lo violentaban. Además, quedaba lejos, lejísimo, a trasmano, en la zona oriente, en el adormilado barrio de Ñuñoa. Incluso ahora tenía rejas que lo separaban de la calle.

–Lo penca, lo que no cachan, es que, si cierran algo, cuesta entrar, pero también salir –le comentó un chico de bigotes que parecía un poco mayor–. La Federación de Estudiantes no quiere que ingresen los pacos a apalear y puede ser, pero a mí me aterra que ahora esto parece un colegio de monjas.

Luego el chico de abrigo agregó: –Si yo fuera un paco uruguayo también intentaría acallar ese tema por horrible, básico, panfletario. ¿Cachái que está dedicado al Che? «Seguiremos adelante, como junto a ti seguimos, y con Fidel te decimos: ¡hasta siempre, comandante!». Es de Carlos Puebla. Detestable. Ese es un músico que la Eclipse nunca tocará.

–¿Escuchas la Eclipse?

–Siempre. Tú también, deduzco. Deberíamos ser amigos, entonces.

–Dale. Necesito un amigo acá. Soy novato. En muchas cosas.

–Yo no en tantas. Este es mi segundo año. En el pasado todos lloraron cuando mostraron la película y algunos alucinaron con el temita. Ahora veo que los novatos son menos engrupidos. Se nota que las cosas están cambiando. Antes estudié Filosofía en Valparaíso. Soy de Valdivia. Vivo en una pensión por la plaza Brasil.

El chico tenía la nariz pecosa y ojos negros con ojeras.

–¿Qué estudias? ¿Filosofía?

–No, Letras. Pero no sé. Tú eres de Periodismo, ¿cierto?

–No, no me insultes. Estoy acá en Letras, pasé a segundo. Falto mucho, pero leo bastante. Me interesa Foucault.

–¿Qué curso hace?

–Acá no lo dejarían hacer nada. Yo quizás haga un doctorado para irme de Chile. Por eso estoy aquí. Es fácil conseguir posgrados en literatura y hasta te becan. Me quiero ir a Berkeley.

–¿Eres culto?

–En mis cosas. Cada uno es culto si es fan. Lo malo es que soy tímido. Tú no, veo.

–Depende.

–No me atreví a estudiar Teatro –le desliza–. Se me hizo, aunque me gusta exponerme, me gusta la atención.

–También, creo. Podríamos prestarnos cosas. Es bueno estar parapetado contra la telebasura y el consumismo. Me llamo Tomás. Tomás Mena.

–Danilo Fuentes, pero me dicen Sal-de-Frutas.

–¿Por qué?

–Es mejor que no lo sepas. Yo creo que ya lo he olvidado. Es muy vergonzoso. Si quieres ser mi amigo y, creo que podemos serlo, no debes preguntarme ciertas cosas. Tú decides. Igual me caes bien.

–Tú también. Si escuchas la Eclipse, tenemos algo importante en común. Tú también me caes bien, Frutas.

–Sal-de-Frutas. Ni sal, ni frutas. O todo o nada. Si vas a decirlo mal prefiero Danilo. Mis papás me cagaron cuando me bautizaron así.

–Uno debería poder elegir su nombre, ¿no crees?

–Me estás cayendo mejor, Tomás.

Otro rito de la semana novata era más performático: los hacían leer en voz alta poemas o algo que de su propia autoría. Tomás se acordó de cuando tuvo que elegir un premio nobel y exponer acerca de él para el taller literario del Nacional. Así que recitó un par de poemas de Vicente Aleixandre: «Hacer es vivir más, o haber vivido, o ir a vivir. Quien muere vive, y dura».

Fue vestido todo de negro y con los ojos muy pintados. Antes de subir al escenario, se sacó los bototos y los calcetines. Tenía las uñas pintadas de negro y manchas que parecían sangre. Se llenó de polvo blanco la cara, el pelo se lo peinó hacia atrás.

Provocó silencio, llamó la atención, de inmediato lo respetaron.

Osvaldo Menéndez, que era experto en latín y que estaba traduciendo las canciones de Soda Stereo al idioma de Virgilio, lo felicitó.

–Eres de otra estirpe, otra camada.

Menéndez, usaba gomina Brancato y parecía un alumno de los años cuarenta, lo miró fijo y le besó la mano. Se hacía el fino, pero no lo era. Sus manos tenían callos, su cuello parecía el de un luchador libre.

–Ya eres parte de la hermandad. Bienvenido al olimpo. Acá somos distintos. Supongo que lo sabes.

–No lo sabía.

–Te cuento que hay una fiesta este sábado para celebrar el invierno. Te recomiendo que asistas. Yo no sé si vaya aún, pero creo que es clave conocer gente. Algo me dice que no conoces a la gente adecuada.

–Chuta. A lo mejor. Este es un mundo nuevo para mí.

–Lo sé. ¿De dónde saliste? Nadie te conoce. ¿De qué barrio eres?

–Vengo del Nacional.

–Ah, de esos. Meritocracia. Perfecto, eres una verdadera simpatía. Tomás, ¿no?

–Sí.

–Los chicos de Letras, no sé si lo sabes, son cotizados por un cierto grupo. Pagan bien, Tomás. Es, te diría, un rito de paso. Se aprende, te

regalan lapiceras Parker, tomas licores importados, hay pastelería de primera. La gente cree que acá somos unos salvajes por la situación política, pero mira lo que sucedió en Italia, en Alemania. El fascismo los hizo más fuertes, lo mismo que la derrota. No es malo acceder a tus impulsos más básicos y oscuros. En momentos como estos, creo, se templa la personalidad del pueblo.

–Ah.

–A estos señores, en todo caso, les gusta más que nada mirar. Admiran a los chicos que son lindos y cultos. ¿Has leído a Ovidio?

–No. Aún.

–¿Conoces a Jaime Guzmán?

–El de la Constitución, sí. Es horrible. Esos anteojos me dan risa.

–Hace clases acá en Derecho. Le gusta tomar el té acompañado. ¿Me entiendes?

–No.

–Quiere mucho a su madre. Aún no ha encontrado la mujer correcta. Le gusta leer clásicos.

–Ah.

–Tiene amigos abogados, historiadores. Tú me dices y coordino todo. Podrías repetir tu recital o, no sé, leerle algo de Federico García Lorca. Debes conocer cuanto antes entonces a Juan Pablo Norambuena.

Tomás se imaginó que en Letras los estudiantes se iban a vestir mejor, que todos iban a ser más cultos, viajados, leídos. Que en el campus las carreras se mezclarían más y tendría amigos de Teatro y formaría alianzas con los de Periodismo. La dictadura había logrado cambiar en efecto el país, transformándolo de tal manera que casi no quedaba nada del que existía antes del 73, excepto algunas comidas que, a su vez, estaban camino a la extinción, como el mote con huesillo. Todo ahora era individualismo y nadie quería juntarse con gente que no conocía. Nada era grupal. Letras no era creativo y le faltaba erotismo. La vida, al parecer, estaba en otra parte, como se titulaba uno de los libros de moda que los chicos de la Bloomsbury no paraban de vender.

Había un ramo optativo que, para Tomás, se parecía más a lo que esperaba de Letras. El curso se llamaba «El anticanon y la deformación literaria» y lo dictaba el cuentista Arístides Portugal Capello. Pero solamente lo daba los segundos semestres de cada año y él recién estaba empezando la carrera. Portugal Capello, a pesar de no haber sido un exiliado, se comportaba como uno. Pasaba el primer semestre y todo el verano viviendo en el pueblo cordillerano trasandino de Uspallata, donde trabajaba de maître en el Gran Hotel. Lo importante era no estar en Chile. Cruzar la frontera lo calmaba, aunque estuviera

muy cerca del paso Los Libertadores. Ahí, entre caballos salvajes e hileras de álamos al viento, Portugal Capello aumentaba su obra maldita, volumen a volumen, casi toda inédita. Junto con su madre, una eximia repostera que también trabajaba en el hotel, se encargaba de criar a sus tres hijas, cada una de madre distinta.

«Acá adentro no se puede vivir, y si no se puede vivir, no se puede escribir ni menos leer», les dijo el primer día del segundo semestre.

Tomás estaba en primera fila. Se transformó en su alumno favorito. Cuando decidió cambiarse, el escritor le regaló su única novela (*Litoral central*) y le escribió en la primera página: «A Tomás Mena, que supo escapar a tiempo».

En Letras se pasaban copias del programa de audio amateur *Conversando la noche* y los programas de la Eclipse, y repartían plaquettes y fanzines literarios. Tomás se preocupó de promocionar *ropa/americana*. Todos leían los diarios de un poeta adolescente de la Universidad Austral que se suicidó desnudo una noche de luna en el río Calle-Calle en Valdivia, el año 77. *Llueve todo el día en mi alma: los diarios australes* de Alonso Montegrande era el libro clave en el campus y todos, al leerlo, querían suicidarse.

Edison Huerta estaba en la cresta de su fama con su cuartilla *Guerra Fría/Amor Tibio*. Todos insistían en que Huerta, que era de Melipilla y calvo, era facho y «raro», porque además iba de oyente a varias clases de distintas carreras. En Derecho asistía al curso Teoría Política y se la pasaba con los de Teología. Para poder recitar mejor su vasta e inclasificable obra, tomaba locución y voz en la Escuela de Teatro con la actriz Paz Irarrázaval. Además, era ayudante del ramo Modelos Lingüísticos Contemporáneos. Edison creía que nadie «apostaba o se interesaba en el pueblo sino en las bases que no es lo mismo».

Tomás era uno de los pocos que le hacía caso en Letras y encontraba que se parecía a Timothy Hutton, pero con barba. Edison siempre intentaba lavarle el cerebro.

–Sospecha de lo popular y de lo kitsch.

–Jamás, Edison. Sospecho de ti. Eres un freak.

–Seré leyenda o al menos de culto o mítico.

Estaba en lo cierto.

Antes de hablar de libros para «estar al día» o de confesar proyectos «secretos futuros», en Letras se hablaba de plata y posibles trabajos que podían monetizar los conocimientos de los alumnos. Realizar informes de lectura, guiones para la televisión, redacción de discursos, editar textos, reescribir libros encargados por el gobierno, revisar tesis-en-progreso y trabajar en librerías eran parte del abanico posible. El trabajo más cotizado era ser vendedor en la librería Bloomsbury del

Drugstore, porque era la más ondera y estaba en el lugar con más estilo (al menos según el imaginario y las columnas de Bernardo Riquelme). Se rumoreaba que a Pedrito Mónaco Thompson, dueño de la Bloomsbury, le gustaba contratar chicos lindos y luego intentaba comérselos, pero ninguno, menos los más conservadores y bonitos, contaban el final de la historia. Pedrito odiaba la Altamira y, quizás por eso, se instaló en la misma galería. Tomás creía que no era cierto, porque casi todos en el campus eran heteros, traumados con el tema de la vocación religiosa o castos y vírgenes. Aunque, es cierto, eso no implicaba que no pudieran provocar deseo al estar rodeados de libros y en vitrina para el desfile de viejos cultos que los acosaban sobre todo los fines de semana. Pagaban bien y los favorecidos por el filtro del dueño accedían a feroces descuentos del que, sin duda, era el mejor catálogo de Santiago.

Sal-de-Frutas, que ocultaba algo y siempre tenía que irse y nunca podía ir al cine, le comentó que el próximo sábado estaban «casteando» en la Bloomsbury.

–¿Tú vas a ir?

–No tengo look, me gustan las chicas, aunque no es recíproco, y ya tengo pega.

Tomás decidió ir junto a unos compañeros. Él pensaba que las mujeres de su curso estaban mejor preparadas y habían leído más, pero todos conocían la regla: chicas no.

–Me da lo mismo. No me interesa trabajar ahí. Qué lata. Me parece denigrante. ¿De verdad vas a ir? Es como postular para trabajar en un toples –le comentó la culta de la Aura Santelices Arrieta, que era pariente del crítico Alone que había muerto unos años antes–. Odio esa librería porque discriminan. Los usan a ustedes como carnada.

Tomás fue al Drugstore con tres compañeros: Diego Vilches, Luis Eugenio Lacalle y Emilio Rivas, en orden creciente de belleza y atractivo. Tal como existía un fetiche por las chicas que estudiaban Educación Parvularia, había una fascinación por los varones que leían poesía o ensayos. La Bloomsbury de esos años buscaba a chicos que estudiaran Literatura y que pudieran recomendar lo que estaba de moda. Era importante que supieran de autores que no lo estaban y conocieran los títulos del catálogo secreto (Capote, Leavitt, Novo) que buscaba el público masculino soltero que iba los fines de semana al Drugstore.

–Es un hueveo –le dijo Matías Vicuña a Tomás.

–¿Sí?

Vicuña trabajó ahí un tiempo después de salir de la clínica de rehabilitación y recomendaba a Easton Ellis para poder pagar su terapia.

–Te acosan, pero no te tocan. Te dicen cosas como «¿tiene escenas

muy fuertes?». Te invitan a tomar, a bailar incluso a la Fausto, te dan drogas, te prestan el auto. Te llevan a esos departamentos que tienen en los últimos pisos a mirar sus bibliotecas con libros no leídos. Igual es buena paga y se conoce ene gente.

Los cuatro llegaron a la librería y un chico rubio de pelo casi blanco de nombre Maurizio («con zeta») con una camiseta que decía *I Like To Read Naked* les dijo que subieran al piso 8 del edificio que estaba arriba del local. Lo hicieron. Era una oficina repleta de cajas de libros, una bodega.

–Amo el aroma a libros –comentó Luis Eugenio, que era numerario, estaba casado con Dios y usaba argolla.

–Pero eso es medio homo, con todo respeto. O sea, Dios es un hueón. Y casarse con él no es...

–Es un símbolo, Emilio. Qué básico eres.

Pedrito los hizo pasar a su oficina. Les pasó un ejemplar de *Music for Chameleons* de Truman Capote.

–Antes de que se saquen las camisas, veamos cómo leen.

A cada uno lo hizo leer una página. A Tomás le tocó el inicio de *Hospitality*.

–Listo –le dijo Pedrito–. Estamos. Nada menos erótico que un mal acento. Se nota que no fuiste a un colegio inglés. Eres cute, pero eso acá no basta. Gracias por venir.

Tomás salió junto a Diego Vilches y, para pasar la rabia, pasaron a tomar un helado.

–Yo encuentro que mi acento es sexy porque justamente es un acento. Los otros leían como si fueran nativos ingleses.

–¿Conoces la Lado B? ¿Vamos? Tengo amigos ahí. Aunque no sé si hablan tan bien inglés.

–Odio a la burguesía, Tomás. A todos esto cuicos culiaos.

–Relax: ellos se lo pierden.

Otra de las estrellas literarias de Letras era Dante Zablowski, un ser huraño que usaba guayaberas y escribía en la *Apsi*. Pálido y barrigón, se ponía rojo al tomar (y tomaba en clases, llevaba un termo con algo adentro). Tenía tatuajes en ambos brazos y repartía tarjetas de visita ofreciendo talleres y «lecturas de textos ajenos» en la oscura casona barroca de la SECH en Almirante Simpson, al lado de la Casa de los Boxeadores. Matías Vicuña se había inscrito, entre otras cosas, porque le fascinaba recorrer «esos barrios» y tenía *Farmacia de turno*, el reciente libro de cuentos de Zablowski, todo subrayado.

A Zablowski le gustaban las chicas, algo no del todo común en el mundo literario. Las invitaba a pasar fines de semana a su campo en Ocoa a leer y a ayudarlo a corregir tesis y revisarles sus papers. Casi todas le decían que sí.

Zablowski despertaba más interés entre los chicos de la Escuela porque tenía algo desgarbado, alfa, no pulido, que fascinaba. Estaba a cargo del curso «Grandes preguntas sobre el lenguaje» (o, como sostenía, Diego Vilches, *El libro gordo de Petete*). Leían textos, cuentos, ensayos, fotocopias de revistas de arte, pero lo importante eran las preguntas y las respuestas de Zablowski. A veces los alumnos podían preguntar cosas como «¿es la escritura una forma de sensibilizar al otro, ponerlo en el lugar de uno desde una sensorialidad o una exploración amplia de lo imaginativo», a lo que Dante Zablowski respondía con un rotundo «No».

Tomás preguntó tanto que Zablowski lo expulsó luego de eximirlo con un 6.0.

–Deja de preguntar tonteras, deja de soñar y escribe de lo que sabes.

–No sé nada aún, profesor.

–Ese es un gran tema. Escribe entonces de lo que haces, del ahora.

–¿Del ahora?

–Alguien va a tener que contarlo tal como es. A mí me tocó la UP. Claro que la pasé borracho y no escribí nada. Es complicado narrar una revolución, pero una dictadura avanza lento. Aprovecha de anotar, mirar, transformar esto en prosa.

Tomás estaba destrozado con que lo expulsaran, pero Vicuña le dijo que era un honor.

–Lee el cuento «Fecha de vencimiento». Ocurre todo en un supermercado.

–Qué lata que no haya nada tipo taller literario acá en el campus –le dijo Tomás a Vicuña, que empezó a leer fascinado *ropa/americana.*

–Mejor, hueón. Mejor. La literatura no puede estar dentro de un campus. Tengo un dato, una movida. Quizás me meta. Creo que sufro el síndrome del taller. No puedo escribir si luego no me leen de una y si no me atacan. Me destrozan y me embalo. Se me para mal, hueón.

–¿Te empalmas?

–¿Cómo?

–Un amigo español me dice todas esas cosas. Me manda cartas. Escribe así. Hot, guarro.

–¿Como un libro traducido en Barcelona?

–Sí, coño, polla, fóllame.

–¿Te escribe eso? ¿Así? ¿Quién es?

–No lo conoces. Yo tampoco. Y no es tema tuyo.

–Raro, pero me intriga.

Tomás entonces le contó de Manolo García Barroso de Sevilla. De cómo una vez había respondido un aviso de la sección de contactos de una revista de chicos desnudos y cuentos eróticos llamada *Visado*. Se fijó en uno que decía «Cachondo en Cádiz».

–¿Me estás hueveando?

–Decía: «Busco chico sensible para amistad sincera, necesito un amigo epistolar que parezca mi novio». Empezamos a escribirnos. Yo le conté cosas. Cuando llegó el primer sobre fechado en Sevilla mi madre quería saber quién era. Le dije que era de un compañero que se había ido de intercambio con una beca.

Manolo le contaba a Tomás cosas íntimas, secretas. Su culpa, el colegio de curas, la sensación de que todos en Sevilla te miraban y sabían tus cosas. Le escribía en detalle de sus excursiones a orillas del Guadalquivir, lo que sucedía en la isla Cartuja, los saunas por la Alameda de Hércules.

–Se tomaba fotos polaroids sin ropa y me las enviaba. Yo le pedí a una amiga que era seca para el dibujo que me retratara. Me pidió que me pusiera duro para dibujarme así. Manolo flipó. Allá parece que es más complicado que acá, no sé.

–Allá todo está pasando, dicen.

–Ya, pero cada uno es como es. Sevilla es un pueblo.

–Eso puede ser un cuento, Tomás. «Morboso en Málaga», algo así. «Zafado en Zaragoza».

–«Pasivo en Palma».

–Hueón, eso es literatura.

–Es para pajearse. Pero es... es algo más, sí.

–¿Puedo leerlos?

–No, es secreto. Es como un diario, pero de cartas.

–¿Conoces a Mauricio Wacquez?

–¿Debería?

–Sí. Lee *Excesos*. Hay bastantes copias en las librerías de San Diego. Es tu onda. Es muy buena onda. Está en Chile, se vino. Va a dictar un taller arriba de El Huerto, un espacio bien lindo, donde hacen yoga. Está buscando alumnos. Cierto tipo de alumnos.

Lo mejor de Letras era la idea instalada por los profesores más jugados de que era mejor leer que escribir. Esto, por unos meses, complicó a Tomás, que se veía como un chico creativo, pero, poco a poco, tanto en clases formales como en el patio o en las conversaciones en bares y fuentes de sodas con las incipientes y a veces intensas amistades nuevas, fue entendiendo que leer era acaso más creativo que escribir. Y esto porque, como sostenía la profesora María Ester Martínez, «existían infinitas formas de leer, miles de lecturas, y toda lectura realmente significativa era autobiográfica, personal».

Tomás escucha la grabación de un casete pirata hecho en el living de una casa.

Se lo pasó Matías Vicuña, que tiene cara de ido y a veces parece que se va a poner a llorar de tanta pena. El casete pirata contiene noventa minutos de dos chicos (Pascal y Melchor, así sin apellidos, de la Universidad Austral) que conversan de libros y películas mientras afuera llueve.

–Es como un fanzine –le dijo Matías.

Sal-de-Frutas agregó:

–Es usar lo auditivo para hacer algo trascendente.

–La Eclipse debería contratarlos. O transmitir sus charlas. Me gustan.

–No es mala idea, Matías.

Tomás le preguntó si era algo así como un radioteatro.

–No, se juntan a hablar, a tomar, a fumar y conectan. Es como lindo; lo hacen para ser más amigos, para cultivar el lazo, yo cacho. Es sin guion, improvisado.

–Son dos chicos, de noche, hablando. Eso es todo.

–Y no es poco.

–Funciona, sí.

–Es como *Techo/estrella*. Quiero ver esa obra de nuevo.

Tomás le pasó un casete titulado *Conversando la noche. Volumen 3* como préstamo a un chico llamado Camilo Haddad que estudiaba Historia, aunque le interesaba más el diseño y la moda. Lo hizo porque le gustaron sus calcetines y su look.

Cuando se lo devolvió, Camilo quedó impactado con Tomás y el casete de los chicos del sur.

–Es íntimo. Conectan. Me gustó, gracias. Me gustaría diseñarte algo, quizás un abrigo o unos pantalones. Vengo de una familia dedicada a confeccionar ropa. Me crie entre telas. ¿Conoces la Casa Constitución 80?

–No. O sea, todos hablan de ella, pero no he ido.

–Podríamos ir. Vivo cerca.

–¿Cuándo?

–El domingo es el mejor día.

–Te veo ahí –le dijo, aunque luego pensó que, si llegaba Clemente, lo iba a dejar marcando ocupado. Pero era posible que no asistiera y Camilo parecía más fácil que Clemente, menos raro. No quería herir a Camilo, pero tampoco desaprovechar las oportunidades.

No debía cerrarse a nada.

La dislexia de los afectos
(El futuro)

Verano 2021/22

Hola, Clemente, me llamo SCL y estoy produciendo un doc del Ulises Orrego.

Ah, dale. No conozco a ningún doctor con ese nombre. ¿Me llamas de Santiago? ¿Eso?

Santiago, acá.

Maitencillo, aquí. Paso casi siempre acá en la playa, postodo. ¿Cómo te puedo ayudar?

No, no, no.

¿Qué? No entiendo. Manda un audio. No entiendo del todo lo que me dices. Disculpa. Somos de otra generación.

Sí cacho. Te explico, sí, sí. Mira: me llamo Santiago y soy el productor del cineasta Ulises Orrego, ¿lo cacháı?

No.

Actualmente U.O. está dirigiendo un documental.

Ah, ahora entiendo. Clarísimo. ¿Qué tal, Santiago? Encantado.

Wena. Eso, rey.

¿Rey?

Demás.

Este chico Orrego ¿ha hecho otras películas o documentales?

Sí. Es refamoso, la ha hecho, el pana. Ayudó en la campaña del arbolito. Chico urbano **está en Netflix. Comercial y tópica, lo justo oportunista. Muy Consejo Nacional de TV. ¿Te mando unos links?**

Ya, sería bueno. No he visto sus trabajos.

Queremos que seas parte del proyecto.

No soy actor. Ni libretista.

Guionista, se dice ahora, jajaja. Ulises es un autor, en todo caso. Escribe y dirige, la lleva. Esto es otra cosa. Una serie documental, una investigación al corazón de nuestras tinieblas.

Necesitamos talking heads que lo vivieron, que estuvieron ahí.

¿Ahí dónde?... ¿Te llamas Santiago?

Sí, Santiago Gazmuri. Buscamos gente que vivió el pasado.

¿El pasado? Ya soy parte del pasado, veo. Mal. El pasado pasa tan rápido, muchacho.

De más. Los ochenta, esa época. Pero no como la serie.

¿Qué serie?

Tamara Acosta, Daniel Muñoz, el chico al que le crecen bigotes y luego lo funaron...

Ah, sí, claro. La serie: fuimos-tan-buenos-en-los-80. Entiendo.

Wena. Estamos explorando lo análogo, máster.

Entiendo.

Andamos buscando gente ochentera, hermano.

¿Hermano?

Sí: personas que cacharon la dictadura, que fueron new wave, que vivieron todo eso.

No sé si fui new wave.

¿Usaste abrigos?

Sí.

¿Tienes polaroids?

Podría buscar si me apuras.

Sería bacán que aceptaras. Necesitamos talking heads análogos igual.

¿Qué tienen que ver los Talking Heads?

No, no, nada. Eres muy stand-up. Jajajaja. Así le decimos a los entrevistados: cabezas parlantes. A los que están sentados y cuentan sus testimonios.

Veo.

Estamos coleccionando gente vieja que fue primera línea. Víctimas.

No creo que haya sido una víctima.

Todos fuimos, o sea, yo heredé el trauma. A mi padre le tocó.

¿Tocó qué?

Vivir bajo el dictador. Sobrevivió.

¿Qué hacía?

Exportaban frutas. ¿Conoces Peumo? O sea, mi abuelo tenía este campo y... mi papá estudiaba Ingeniería Comercial en esa época. Le tocaron paros, protestas, censura.

¿En la Chile?

¿En San Joaquín? Peludo, igual.

¿Qué edad tiene?

¿Ulises? Como treinta y cinco, no sé. Milenial de tomo y lomo.

Tu padre. ¿Qué edad tiene tu padre?

Ah. Es muy boomer. Cincuenta y cinco, Clemente.

Dudo que a tu padre le haya tocado tan duro, pero te escucho, Santiago. Es menor que yo, además. Pero sigue. Estoy intrigado. ¿Dónde entro yo en todo esto...?

Necesitamos testigos, vivir para contar, ¿me explico?

Algo.

El resto será material de archivo de la época que, a todo esto, es muy freak y bizarro. Ulises quedó plop con lo del fanzine Ropa usada.

ropa/americana.

Unas amigas los coleccionan. Nos pasaron La era moderna. **Fokin grande. Fluye. Nos inspiró, hermano. Tu testimonio nos serviría demasiado.**

No me gusta hablar y menos con cámara y...

Por eso sería la raja, wachín. Tenemos cámaras reales, no es una hueá de influencers o para TikTok. Esto es pro. Igual es para plataformas. Ulises no cree en lo masivo. Es arty. ¿Te escribo la otra semana?

Ok, me parece.

Y te mando los trabajos del Ulises. Son secos. Igual puedes enviarle un audio, maestro. Te mando al toque su contacto.

Me parece. Gracias por pensar en mí.

Obvio. La era moderna era muy moderna. Bai. Beso.

Queremos hablar con gente del pasado, te dijo. Así empezó todo, inesperadamente, sin aviso. Sin estar preparado, con un mensaje por el teléfono, como todo lo que sucede ahora. Nos interesa *ropa/americana*, el fanzine, los ochenta, te dijo. Las rupturas culturales, la dictadura, «esos años peligrosos», acotó. Puta, el pasado, hueón. Lo vintage. Ahora eres trivia, reliquia de otra era. Memorabilia. Fetiches. Afiches. Lo análogo, wachín, ¿me captas? La era moderna.

Santiago Gazmuri te dijo: nos interesa el pasado como trauma, la historia real como un telón de fondo para ver el hoy. El pasado ahora estaba en streaming, en un estilizado blanco y negro. Todo esto que pasó será una eterna serie. Los chicos nuevos, la hermandad de los arbolitos, aman aquello que no han vivido. Sus abuelos no querían que se leyera el Pato Donald y ahora sus nietos se toman selfis en la Disney Parade. Todo es y será una historia. Engrupo tenía la razón: «Para qué estudiar historia /si nunca me queda en la memoria». Una película sobre el No, una serie acerca de los quemados llamada *Fuego*, un musical sobre la vieja Lucía, una biografía a favor de Gustavo Leigh. Todo se va a trivializar, todo será ese tipo de historia que sirve como telón de fondo para contar otra historia porque saben que les sirve, no porque la vivieron o les interese de verdad.

Strike a pose, there’s nothing to it.

De pronto vas entendiendo que hay algo dentro de ti.

Alguien.

Una suerte de doble (o quizás el destilado de tu ser adolescente) que desea salir de su interior.

También entiendes que Tomás ha regresado. Hace tiempo que no volvía a ti. Ha vuelto, entusiasmado. Hablar de *ropa/americana*, contar cómo era ese 1986 cuando los dos estaban recorriendo la ciudad. Es como una voz que surge cuando te has volado (¿desde cuándo no lo haces?). A veces Tomás regresa, se te aparece, te convoca, ingresa en otros, se apropia de cuerpos ajenos siempre lindos y menores. A veces, ya lo entiendes, basta una playlist de la época cuando sales a caminar por la playa para que no se despegue de tu lado. O cuando decides subir el San Cristóbal en teleférico para bajarlo a pie con una microdosis de hongos en el cuerpo, que vienen en esas botellitas tan ñuñoínas. Entre los matorrales, ahí se te aparece, tal como lo esperabas. Más de treinta años y ahí está, siempre, al acecho, Tomás, el chico stalker. Da igual: algo está pasando.

Comienzas a conectar o a hablarle a alguien que no está presente, que es del pasado y parece presente. Aún te echo de menos, aún te veo en las esquinas, cada tema que suena de esa época me remite a ti. Pensé que te habías ido y aquí estás, acompañándome. ¿Qué onda, hueón? ¿Voy a tener que expurgar por escrito toda esta época para quedar libre?

Tomás Mena se niega a dejarte ir.

Transcripción Celia + Clemente Fabres/

documental ochenta (in progress) ***director: U. Orrego CEINA (Centro de Extensión Instituto Nacional)*** **Arturo Prat 33**

celia:

gracias por querer ser parte de esta investigación. de este documental que desea iluminar el presente con la oscuridad del pasado. hablemos de tu época ochentera, clemente... de lo que no has escrito... de lo que sí viviste, digamos, pero no contaste o no has querido contar, ¿me explico?

clemente:

no del todo. soy periodista, cronista, no escritor. no elijo qué escribir, es más bien la contingencia, aunque hace rato que no escribo en la prensa. a lo más unos informes para la empresa en que trabajo. recientemente colaboro para un sitio digital llamado *hentai*.

celia:

poseros hípsters con posgrados de nyu. los cacho.

clemente:

ah. tienes tu opinión.

celia:

¿por qué no habría de tenerla? ¿porque soy mujer?

clemente:

no dije eso.

celia:

así que te dedicas a la comunicación estratégica: vaya. ¿no te da asco? en extend, para más remate. fuerte.

clemente:

toda comunicación, si lo analizas bien, es estratégica.

celia:

de acuerdo, por eso estamos grabando esta entrevista.

La joven antropóloga se llama Celia y está cableada al igual que Clemente, aunque la joven de melena corta afrancesada y pañuelo verde tiene un airpod sonoro blanco en uno de sus oídos que a Clemente le parece innecesariamente moderno, como de una película de ciencia ficción. Celia, que será la que lo entrevistará, usa pantalones pata de elefante que casi parecen una falda larga y su look es levemente japonés. A pesar de toda la tecnología imperante, le llama la atención que todo a su alrededor le parece una ruina. Sin decirlo en voz alta, piensa: las películas de ciencia ficción de los setenta y ochenta tenían razón. Se fija en el teléfono/televisor pequeño que usa Celia que indica la hora con los mismos números de su Casio digital setentero, aunque la fecha le parece curiosa: 2022. El mismo año de la película de ciencia ficción distópica con Charlton Heston acerca del fin del mundo, de la civilización, bautizada en

América Latina como *Cuando el destino nos alcance*.

clemente:

uf, los ochenta hoy me parecen la prehistoria.

celia:

es la prehistoria, pero define mucho lo que estamos viviendo. son momentos históricos, un cambio de paradigma. es el huevo de la serpiente, el momento cuando se fraguaron muchos de los males que hoy regresan a arañarnos y envenenarnos.

clemente:

ah, este es de esos documentales. veo. quizás debieron llamar a algunos de mis excompañeros de periodismo de la chile. aunque, es cierto, nadie los conoce.

celia:

estás en modo prejuicio.

clemente:

no creo que sea el único, estimada.

celia:

tú optaste por situar tu primera y única novela durante la expo sevilla y usaste el iceberg del hielo. apoyaste la transición, fuiste cómplice, votaste de seguro no el 88 y no me extrañaría que apoyaras con chapitas la campaña del plebiscito del 80 que nos atrapó con la constitución que ahora estamos desmantelando. por eso creo que es interesante hablar contigo. lo viviste, fuiste parte de la transaca histórica y nosotros no.

clemente:

porque no habían nacido y son, claro, mucho más puros, más iluminados. y no voté el 88 porque estaba en mánchester y en esa época no se podía votar en el exterior. hubiera votado, en efecto, que no. ¿hubieras querido que votara que sí? no entiendo tu forma de analizar el pasado.

celia:

háblame de tu novela noventera, entonces, que igual es política.

clemente:

a ver, uno: no es una novela, es una biografía oral, una crónica de los anfitriones jóvenes que representaron a chile en la expo 92 de sevilla, sí. es no-ficción, que es lo contrario a una novela que es pura ficción, pero yo no tengo magísteres ni posgrados. no estudié letras.

celia:

espero tu defensa de la «punta del iceberg».

clemente:

no vengo a defenderme. ¿es un juicio? mira: me propusieron la idea hace siglos y me pareció una buena oportunidad. llevaba ya varios años fuera de chile. la idea fue plasmar algo histórico y, al menos, curioso, y dejar un testimonio. es un libro curioso, adolescente, vivo, con humor, liviano. why so serious?

celia:

es una apología al neoliberalismo aspiracional de la concertación.

clemente:

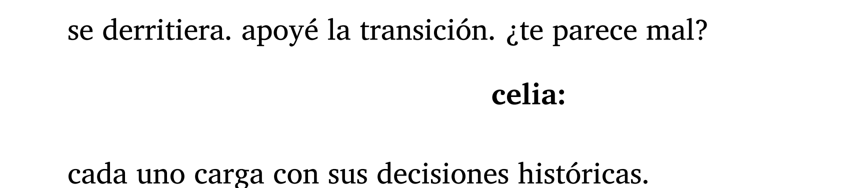
es una crónica de un evento freak, bizarro. en todo caso, fue mi único libro, aparte de *la era moderna*, que es por lo que me imagino que me convocaron.

celia:

queremos saber más del lavado de imagen que fue sevilla.

clemente:

a ver: no pasó mucho. menos de lo que quise. fui acribillado, ridiculizado. el libro fue destrozado por faride zerán y sus huestes de la época. hasta *el show de los libros* lo pichuleó y lo reseñaron dentro de un frigorífico. el libro desapareció y se saldó antes de que el hielo



se derritiera. apoyé la transición. ¿te parece mal?

celia:

cada uno carga con sus decisiones históricas.

clemente:

me siento en núremberg. confieso que no fui trotskista, ni maoísta ni anarko. ¿mal? recién llegado de inglaterra, quise unirme a las JJ.CC. para lograr pasar redacción uno con el guatón manzur, pero ni la irene ni menos el seboso del tato me dejaron ingresar. al final repetí redacción uno y pasé todo el año viendo películas y asistiendo a ese puto curso de nuevo para pasar realmente a segundo.

celia:

hablemos de lo pop. de lo que tanto te interesa. o de la cultura pop, como insistían en el fanzine.

clemente:

la cultura es pop.

celia:

¿por qué no *ropa usada* en vez *de ropa/americana*?

clemente:

era para provocar. ropa usada puede convocar varias cosas. *ropa/americana* era la ropa usada que venía de usa y que fue un furor. tanto para los hípsters o wave de la época como para aquellos que no tenían acceso a ropa nueva. hoy se llama vintage y veo que todos ustedes compran en blue orange.

celia:

orange blue. pero mejor no nos dispersemos. esto es un festín de trivia. ulises se encargará de editar todo esto.

clemente:

ah. ¿ulises?

celia:

el director. entremos en los ochenta. ¿cómo eran esos años? todo era, claro, análogo, lo que hoy es impensable.

clemente:

viví análogamente esa época. me acerco peligrosamente a los sesenta. mal.

celia:

de eso queremos hablar. por eso a ulises le pareció interesante tu testimonio, a pesar de tu ideología y de que seas cis. ¿empezamos?

clemente:

y sí, soy cis. ¿te parece mal? también soy gay.

celia:

no creo en las categorizaciones. el espectro es fluido. creo en lo no binario y lo no patriarcal. me pareces falocéntrico.

clemente:

¿eso está mal?

celia:

sin comentarios. lo que es indudable es que tus textos de la era moderna lo son. el fanzine se fijaba más en los chicos.

clemente:

el fanzine leía todo de manera queer antes de que fuera una moda o una ideología o una camisa de fuerza. los textos eran de los dos y luego de colaboradores esporádicos.

celia:

¿colaboraban voces femeninas?

clemente:

escribían voces de la disidencia. no me analices desde el hoy, celia.

celia:

no te puedo juzgar desde el ayer.

Entonces Ulises grita desde la oscuridad. Dice: «Vamos bien, me gusta. Yo soy Ulises, Clemente. Wena, encantado, hermano; apaño, soy fan, seguimos».

celia:

¿podemos seguir?

Clemente mira al equipo de jóvenes con pinta de revolucionarios que están haciendo un documental de los ochenta: mucho pelo en todas partes. Usan shorts, guayaberas, tatuajes, piercings, zapatillas viejas Converse, barbas de tres o cuatro días con unos bigotes como los que usó Tom Selleck en *Magnum*. Mucho look como los que posaban en las revistas porno de los setenta. Huelen a sándalo y sudor y lemongrass. Todos llevan unas chapitas de un árbol rechoncho verde. Ulises anda con una polera que dice The Criterion Collection y es el director del documental, aunque parece el asistente. Debe tener una edad cercana a los treinta y pico y anda con unos lentes de metal en forma de gotas inmensas sacados de una cinta de los setenta.

celia:

de hecho, los ochenta, lo ochentero como le dicen todos, fue la época donde empezaste como periodista. una época oscura donde, al parecer, leyendo y revisando estas crónicas y cuentos que escribiste… tenías ese fanzine…

clemente:

éramos engrupidos. éramos como ustedes: embalados.

Entonces Clemente le responde entusiasmado. intentando flirtear. A ella parece molestarle esa actitud y se vuelve seca, profesional, burócrata.

celia:

los fanzines están archivados en la biblioteca nacional. ¿lo sabías?

clemente:

no, para nada. no lo sabía. me siento honrado. qué ganas de leerlos. podría darme una vuelta.

celia:

no creo que te guste. han envejecido. mucho. queda claro que no fuiste un activista ni que estabas intentando registrar la historia.

clemente:

la estaba viviendo. y uno siempre registra la historia. es lo que ahora llaman huella de carbono. sucede por osmosis. como revelar tus propias pulsiones.

celia:

eso es discutible. veo que tienes un buen recuerdo de esa época.

clemente:

sí, muy bueno.

celia:

¿a pesar de toda la ferocidad, de la violencia, de ser de las noches más negras de nuestra historia? curioso.

clemente:

sí, tengo buenos recuerdos. a pesar de todo eso. ¿deseas que te mienta? debiste estar ahí y hasta podríamos tildar esa época de épica. chorreaba la adrenalina. pasaban cosas.

celia:

cada uno decide cómo desea presentarse al mundo. es una opción. ahora están pasando muchas cosas. estamos refundando todo y eso es épico.

clemente:

mira, celia, no había instagram. no me presentaba al mundo, estaba en él. veo una diferencia. me recuerdo explorando, me estaba explorando... eran los últimos años dorados de la dictadura, antes de que llegara el horror aburrido de la democracia con sus consensos y censuras y mojigatería. había épica, miedo y calentura, ganas, ansiedad. ¿te violento?

celia:

me pareces predecible.

clemente:

lo mismo digo. mira: esperábamos la movida madrileña y nos llegó la somnolencia santiaguina. ¿te imaginas que luego de todo lo que ha pasado ganara el rechazo ante la futura propuesta constitucional? ¿que luego de lograr un 80% no se refundara nada?

celia:

el pueblo sabe lo que quiere y por eso ha alzado la voz.

clemente:

es importante conocer el territorio bien y a la gente que lo habita. nunca hay que dar nada por hecho. creíamos que, con la llegada de la democracia, todo ardería y solo accedimos a que la iglesia cobrara su peaje e instalara el pánico a la crisis moral. crear bajo la dictadura de pinochet te hacía sentir importante, revolucionario.

celia:

fuertes declaraciones. la dictadura entonces es mejor que la democracia.

clemente:

¿dije eso? ulises, ¿dije eso?

Entonces Ulises grita: «No, igual editamos; Celia, trata de ser más friendly».

clemente:

sé que fue un horror, pero te estaría engañado y engañándome si te

dijera que yo, de alguna manera, lo pasé siempre mal. lo pasé bien también, muy bien. todo era eléctrico. puta, era joven y conocí a alguien y... me enamoré, creo.

celia:

te estamos grabando, te advierto. ulises, ¿estamos grabando todo?

Ulises grita sí y agrega: «Y a tres cámaras, full HD». Clemente ahora mira a Celia, que se ha colocado unos anteojos que la hacen ver mal a propósito y que a Clemente le recuerdan los que usaba la Chilindrina en *El chavo del 8*. Se percata de que la periodista/investigadora/socióloga está algo molesta y de pronto se le vienen a la cabeza casi todas sus compañeras militantes de la Escuela de Periodismo de la Chile, solo que Celia parece más estilizada, cosmopolita y con yoga en el cuerpo.

celia:

ahora existen redes sociales, clemente. se funa, se cancela...

clemente:

lo tengo claro. sé lo que son las redes sociales. tengo, pero no las uso, celia. ¿*scruff* es una red social o una aplicación para ligar? esto es muy 1984.

celia:

quería hablar más del 86 y quizás llegar al 88.

clemente:

me refiero al libro. de orwell. y a ese comercial de apple, ¿te acuerdas? «para que 1984 no sea como *1984*». me acuerdo de la película con richard burton. yo el 84, lo quería todo, era pura ambición y ganas.

celia:

el futuro es de todes y es ahora y no es 1984. es peor. me siento agredida, clemente. ¿has leído *el cuento de la criada*? ¿has visto la serie?

clemente:

¿es una serie?

celia:

sigamos: ¿sabes quién es patricia rivadeneira y su crucifixión por la bandera? ¿dónde estabas y qué hiciste cuando se crucificó por los mártires del vih en la performance de vicente ruiz en el bellas artes?

clemente:

mira: lo del museo de bellas artes fue el 92. estaba en sevilla, para la expo.

celia:

cierto: participaste de esa charada...

clemente:

ya estábamos en democracia...

celia:

¿democracia? los curas pedófilos dictando la moral. transición, quizás; democracia, lo dudo. fue una transaca organizada por pinochet y su constitución...

clemente:

deberían hablar con los de la casa constitución 80. esos tipos tenían un local que al final creo fue como un centro cultural y...

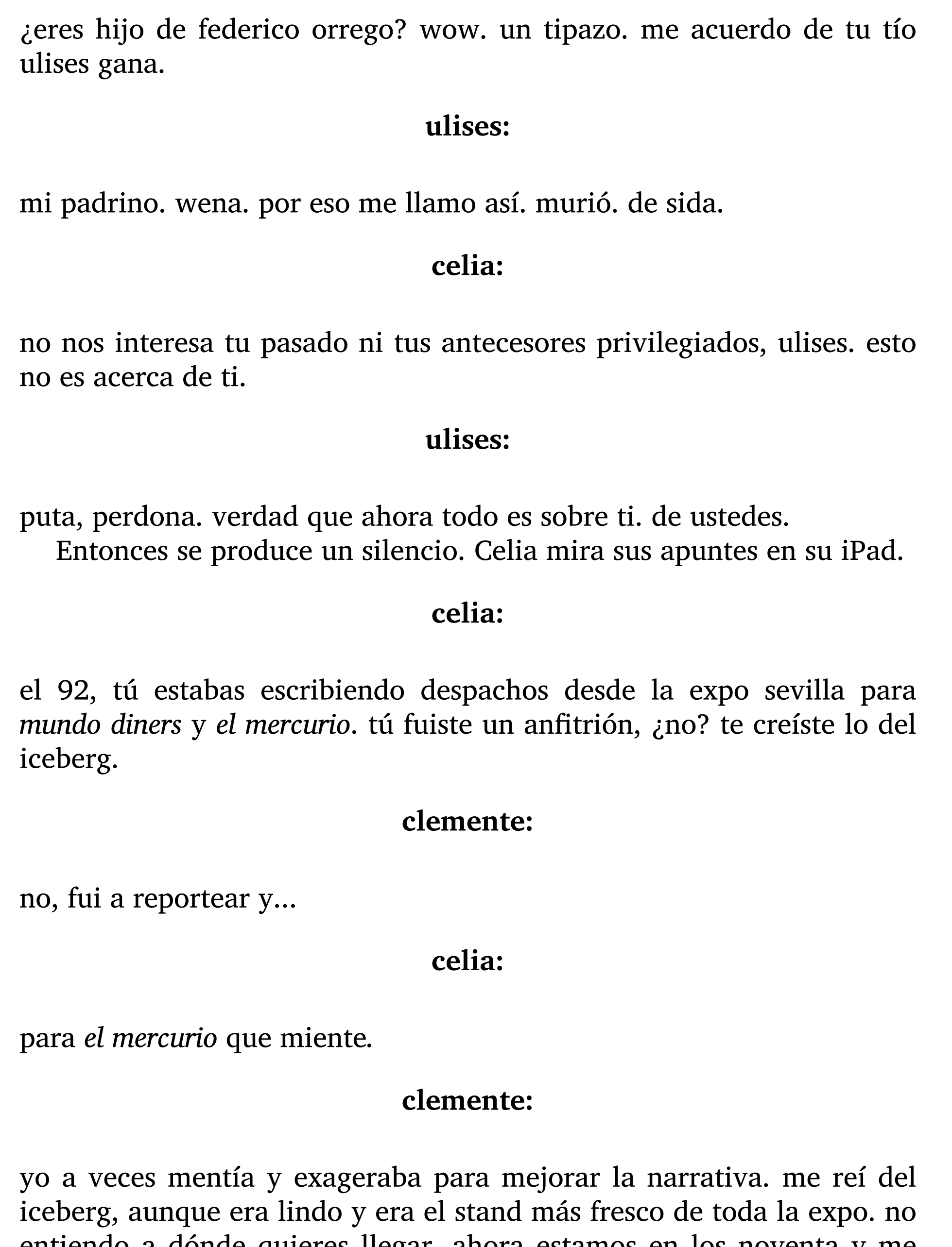
celia:

no te desvíes.

ulises:

mi papá era uno de los dueños y fundadores de esa casa. junto con mi tío hernán. esa casa antes fue de mi abuelo.

clemente:



¿eres hijo de federico orrego? wow. un tipazo. me acuerdo de tu tío ulises gana.

ulises:

mi padrino. wena. por eso me llamo así. murió. de sida.

celia:

no nos interesa tu pasado ni tus antecesores privilegiados, ulises. esto no es acerca de ti.

ulises:

puta, perdona. verdad que ahora todo es sobre ti. de ustedes.

Entonces se produce un silencio. Celia mira sus apuntes en su iPad.

celia:

el 92, tú estabas escribiendo despachos desde la expo sevilla para *mundo diners* y *el mercurio*. tú fuiste un anfitrión, ¿no? te creíste lo del iceberg.

clemente:

no, fui a reportear y…

celia:

para *el mercurio* que miente.

clemente:

yo a veces mentía y exageraba para mejorar la narrativa. me reí del iceberg, aunque era lindo y era el stand más fresco de toda la expo. no entiendo a dónde quieres llegar. ahora estamos en los noventa y me citaron para hablar de los ochenta.

celia:

propongo hurgar en el pasado oscuro, clemente.

clemente:

el pasado siempre es oscuro, ¿acaso no sabes eso? éramos unos fans, unos pendejos. con tomás, éramos parte de la tercera línea. nuestra única gracia era que íbamos y estábamos atentos. queríamos ser parte. pero, a lo más, fuimos espectadores con ventaja, porque todo ese pasado fue en presente, fue todo en vivo.

celia:

es una lectura posible.

clemente:

era importante ser fan para conectar con otros.

celia:

el pasado no se reescribe.

clemente:

¿y ustedes qué están intentando hacer entonces?

Ulises decretó un break. Seguimos al rato, al toque, dijo.

¿Hay catering? ¿Kombucha?

Santiago, que es totalmente distinto a cómo se lo imaginaba, ofrece shots de espresso-con-tónica. Santiago Gazmuri es altísimo, ancho, gordo, panzón, peludo. Los pelos se le escapan sin control de su camisa hawaiana roja. Se esconde detrás de una barba negra tupida y posee unos ojos casi tristes como de galán libanés o de teleserie turca. Le recuerda a Boris Acevedo, pero más alto, más seguro, más vivo, sin miedo y con shorts largos Adidas. ¿Qué será de Boris? Gazmuri tiene en el antebrazo un tatuaje selknam. Los chicos deconstruidos (binarios, femmes, no binarios, nerds, alfas, cachorros, nutrias, tatuados, con piercing, teñidos) le toman unas fotos a Clemente con sus teléfonos.

Celia no se divisa. Los chicos se comportan como si la madre se hubiera ido de vacaciones dejándolos solos. ¿Se ha ido?

Es sábado a media mañana de verano, diciembre. Clemente suspira. Está en el centro, al inicio de la calle Arturo Prat. Centro de Extensión del Instituto Nacional, donde estudió Tomás. No hay clases, cero mamelucos blancos, nada de molotovs ni gases lacrimógenos. Afuera, calor; acá adentro, un frío mortuorio.

Clemente mira por la ventana: barberías, carritos de arepas. Venden frutas, globos, jaleas de tres colores, suero de leche. El Caracas

profundo capitalino, el nuevo Chile multicultural. Santiago Gazmuri le comenta que Celia es una crack y que tiene un magíster y habla en un pódcast.

–Puede ser densa, pero esa es la idea: no ser complaciente con el poder. Yo creo que es seca.

¿Qué opinaría Tomás Mena de estos chicos?

–¿Cómo era la masculinidad antes, Clemente? –le pregunta Santiago, mientras le ofrece un trozo de brownie de weed.

–Depende el tipo de...

–Es mala temporada para ser hombre ahora, hueón. La neta. Sobre todo, yo que soy, disculpen, amigues, cis y hetero. Estoy en minoría. Blanco, además. Medio cuico, mal. Pero, ni modo, ¿no?

Continuamos con el resto de la grabación, explica Santiago que tiene un escorpión tatuado escondido entre los pelos de su pantorrilla. Justo en la puerta de la sala de teatro –entre instalaciones de artistas intrascendentes–, dos sillas metálicas, un par de focos y un equipo de filmación los esperan para seguir con la parte dos del interrogatorio.

Entre las tinieblas, más allá de las luces, están:

a) Nahuel (27), sonidista; tipo pícnic andrógino, pelo teñido.

b) Santiago (28), productor guapillo, tipo oso que por pinta podría hacer comerciales o ser un barista ondero.

c) Nico (23), camarógrafo con bigotes, jeans rajados y una musculosa, uñas pintadas. Teje a crochet.

d) Tobías (25), operador cool del video-assist que al parecer es el asistente de dirección. Anteojos tipo Salvador Allende, piercing en ceja izquierda.

e) Ezequiel (29), guionista barbudo, en extremo masculino, no muy alto; se le notan los músculos de los brazos que se asoman por mi camisa hawaiana. Anota ideas en su Moleskine.

Ezequiel lo mira fijo con sus ojos verdes y se niega a pestañear. Clemente le devuelve la mirada con algo de pudor y cautela. El chico de barba huele a canela, levemente picante.

Tomás olía así cuando empezó a hacer calor ese año 86.

Sentado en su silla-de-director está Ulises Orrego (34), que tiene algo de rugbista y viste con la ropa usada de skaters famosos. Ulises ya tiene una carrera, aunque a veces parece muy nerd para estar a cargo.

Sabe que parte de su negocio es venderse y se vende. Todos son jóvenes y engrupidos; Clemente siente que su fecha de expiración ya pasó.

Estos cineastas parecen demasiado crecidos como para ser estudiantes en práctica y demasiado precarios como para ser profesionales.

Hay unos focos y plumavits para hacer rebotar la luz.

Mira a Celia y ve que tiene los ojos color topacio. Tiene la voz de una profesora jefe de un colegio privado o subvencionado. Destila ira y su meta es no verse bien, pero no lo logra. Es extremadamente guapa, tiene garbo y se incomoda al estar rodeada de todo este grupillo masculino, sean de la orientación que sean.

Los chicos de shorts le caen bien, se parecen a los hípsters de Portland, de Dallas, de La Condesa, de Vancouver o del eje Providencia/Ñuñoa. Mucha ropa usada, mucho pelo facial. Huelen a chicos veganos.

¿Por qué Celia está con ellos?

–¿Crees que la vanguardia era de verdad de vanguardia?

–No me acuerdo, Celia. Fue hace mucho tiempo.

–¿Cuál crees que fue la importancia del grupo CADA?

–Puros premios nacionales. La rompieron. Lo importante, creo, es que estaba Tomás. Teníamos planes, Celia. Hicimos lo que pudimos con lo que teníamos. No superamos todos nuestros miedos y trancas, pero lo intentamos y bailamos.

–Disculpa. ¿De qué me hablas?

Tomás Mena amaría a estos chicos. ¿Son aliados o enemigos? Mucho *Rey león*, mucho *Buscando a Nemo*. Clemente se fija en las poleras (¿por qué ahora dicen remeras o camisetas?, ¿será la influencia de las redes y un efecto inesperado del cable?): Ultravox, México 86, Primal Scream, Tears for Fears, Ladeco, Mr. Bubble, Sailor Moon, Pong. Además de las guayaberas.

¿Cuántos chicos son? ¿Se multiplican como los gremlins? ¿Celia es la madre, la hermana, la novia o la profesora progre no tan buena onda? Todos los chicos le parecen gays. ¿Lo son? ¿Importa? Fluidos, puro flow. Encontrar un doppelgänger. Ciertos chicos. Ese chico.

–¿De qué lado estabas? Durante los ochenta, en la dictadura, ¿de qué lado estabas, Clemente? ¿Fuiste un colaborador? Ganaste un premio del gobierno por un cuento.

–¿Qué hora es? Creo que debemos ir cerrando este interrogatorio.

–A veces hay que tomar partido –le dice Celia.

Clemente sorbe lentamente el agua mineral con gas light y le responde:

–Yaaaaa...

Celia se levanta y se va. Todos se quedan en silencio.

Nahuel le quita el micrófono a Clemente. Al hacerlo le toca los pelos, el pecho, el pezón.

Los chicos de bigotes, sandalias y guayaberas aplauden.

–Buen material, Clemente –le grita Ulises–. Hay momentos que están la raja.

–Esto es mejor de lo que yo pude inventar –le dice Ezequiel, el chico barbudo, tierno, frágil, lindo.

Terminada la entrevista todos los chicos del equipo del documental se van a una fuente de soda venezolana, una picada. La Zulianita, calle San Isidro, cuadra seis, Santiago Centro. Ahí están, ocupan dos mesas que juntaron. Comen arepas con queso llanero y tequeños demasiado fritos y un par de pabellones criollos. Suena algo urbano, como dicen ahora. Están Santiago, Ulises, Nahuel, Nico, Melchor. ¿Existe un Melchor o solo es un nombre de moda? ¿Quiénes son? Clemente está entre ellos. ¿Qué hace ahí? Le cayeron bien, ha conectado. Toman cerveza. La adrenalina del interrogatorio y el brownie lo dejó alterado, mareado, ido, raro. No le queda claro cuántos eran o son ahora. Un pack, una manada, el efecto grupo de los sets. Huelen rico, a orgía en verano. ¿Desde cuándo no tiene sexo? ¿Desde cuándo no hace sonreír a un hombre?

Celia no está.

También está Ezequiel, que se unió tarde porque tenía algo que hacer. No para de mirarlo y lo incomoda. Clemente quiere huir a su departamento, tirarse a la cama, tomarse un Neuroval, encender HBO. Ezequiel tiene la frente sudada y lentes oscuros que pudo usar una tía suya en los sesenta. Le gusta su voz ronca, como si fuera nieto de Tom Waits.

–¿Ezequiel es tu nombre?

–Eze. Dime Eze Varas Díaz.

–Clemente Fabres.

–Lo sé.

Ezequiel se saca los lentes de sol de su tía y los reemplaza por unos de marco reciclado fabricados en Pucón. Tiene las uñas pintadas de negro y una camiseta sudada blanca manchada con el logo verde de dos pacos, uno flaco y el otro rechoncho, frente a un signo PARE de la campaña «Un amigo en su camino».

Ulises le dice:

–Gran camiseta, Eze. Está linda la franela.

En eso suena «Kiss Me» por los parlantes. Sixpence None The Richer. No la escuchaba hace rato, hace años.

–Amo esta canción –comenta Clemente.

–No tanto como yo –le dice Eze, y su mano roza la suya.

Todos responden: la amamos, es clave, sí.

–*She's All That*, sí, pero más *Dawson's Creek* –acota Nahuel–. Queremos tanto a James van der Beek. Dawson es tan sensible. Por eso todos quisimos hacer cine.

Clemente entonces abre su bolso y saca una libreta japonesa Muji y anota:

Ciertos chicos.

Luego escribe: Tomás + C.

Ulises cruza la calle Merced desde el parque Forestal. Camina unos pasos con la scooter al lado y llega al hotel Luciano K. Mira hacia arriba. Ve las gárgolas. Desarma el aparato. Ingresa por el pasillo, le indican el ascensor de reja viejo, sube. Llega al techo. Da la sensación de que queda en el cielo, que flota. Se ven los letreros luminosos y las puntas de los edificios cercanos. Corre una brisa fresca. Hay algunas personas en la terraza sentadas alrededor de pequeñas mesas. Todo con luz leve, romántico. Hay una piscina iluminada, mosaicos rosados, un bar. Es de noche ya. En una mesa está Clemente: polera y chaqueta tipo japonesa de lino.

–Pedí unos martinis sucios –le informa–. Aquí los saben hacer. Gracias por venir, Ulises. Buena tu polera.

–Muy generación X, sí. La encontré en un viaje al festival de Locarno. Gracias por invitarme.

–Salud.

–Igual, salud. Está rico.

–Mira, cuando hicimos la entrevista... Me remeció. Me gatilló cosas. Como que se abrió un dique...

–¿Y?

–Enfrentarme a Celia no fue fácil...

–Ella es brillante, pero... Terminé con ella. Te trató mal porque odia todo lo que me gusta. Me considera básico, penca, cuico.

–Ah, no sé qué decir. No cachaba que estaban juntos. Espero que la pelea no haya sido por culpa mía.

–Para nada. Y todo bien, las relaciones tienen su ciclo. Ahora salgo con un chico bacán que me hace reír y fumamos ene.

–Sucede que de tanto analizar, conversar de esa época, escribí lo que nunca pensé escribir. Llevo todo el verano, un par de meses ya. Creo que es una novela. La terminé el domingo, Ulises. Quiero que la leas. Si puedes. Necesito un lector que no vivió esa época. Alguien joven. No sé si las cosas han cambiado mucho ahora.

Clemente saca un manuscrito anillado de su bolso de cuero. En la portada, bajo la mica celeste, dice: «*Toque de queda* por Clemente Fabres».

–Quizás le cambie el título –le confiesa.

Ulises mira el manuscrito. Lo hojea.

–¿De qué va, Clemente?

–Es de los ochenta. De un chico llamado Tomás.

–Me intriga. Lo leo y te cuento. Gracias por la confianza. Le gustaste a Eze.

–Soy muy mayor.

–Le gustan los daddys. Las hormonas lo ponen horny. Lee harto. Sagas. Es experto en porno tierno.

Toman el resto de sus martinis. Miran los edificios, el parque, el cerro San Cristóbal más allá.

–Este hotel antes no era un hotel. Le decían La Gárgola. ¿Conoces al arquitecto Luciano Kulczewski?

–Lo amo. Vi el documental de Lucio Galdames.

–Acá vivía Katashi de Hentai.

–No lo cacho.

–La mejor banda pop de los ochenta. Adelantada. Tiramos en una tina.

La constitución de cada uno

(Boys don't cry) **Al otro lado del Mapocho** suceden cosas que no pasan al sur de la ribera. Al norte se alzan unos cerros secos, muchos conventillos, los cementerios, el Psiquiátrico, la morgue, el Médico legal, El Quita Penas, el Picaresque, la Vega Central, la Tía Carlina, la mítica Quinta Cuatro, además de la piscina escolar de Kulczewski con sus duchas abiertas colectivas que se cuelan en los sueños urbanos nocturnos de Tadeo Aznar.

A los pies del cerro está el barrio Bellavista, al menos la parte bohemia que no tiene esa pátina culturosa y afrancesada de Lastarria. En corto: al norte del Mapocho se ubica lo que la ciudad prefiere tener a distancia. Algo lejos, al otro lado. La calle –que esta noche de domingo está llena de gente– se llama Constitución, al parecer por la de 1925, porque el barrio no existía para la de 1833. Al final de su última cuadra, justo cuando comienza a girar para hacerle el quite a la falda del San Cristóbal, hay una serie de casonas que se ubican entre la callecita donde está La Chascona de Neruda y la base del cerro donde parte el funicular. Casi todas estas casas eran mansiones (como la de Miss Havisham en *Grandes esperanzas*) y dan al cerro mismo, a la roca viva. Hay olor a elefante que emana del zoológico que está en el cerro. La casa que nos interesa no fue una mansión, sino una cómoda residencia donde vivía gente muy acomodada que fue hecha desaparecer por los militares luego del golpe.

Hay muchos jóvenes sentados en el suelo. Casi todos son hombres: se huele. Es una casa vieja, oscura. Es la denominada Casa Constitución y es uno de los lugares clave de la escena cultural under santiaguina. Algunos irónicos le dicen Casa Constitución 80 (por la de

Pinochet) y queda en el número 275 de la calle del mismo nombre. Décadas después, en los tiempos del Fotolog, los MP3, los cibercafés, el MSN, los Nokia y los Sony Ericsson, la añosa construcción se transformó en La Feria, un club de música electrónica. «Soy electrónico», cantaba irónico el grupo web MagmaMix. «Me subo a la tarima, veo weá, veo weá».

Los tipos congregados ven un video proyectado en una pantalla gigante que es, más bien, un telón. Quizás no vemos la pantalla, pero escuchamos el sonido de una película en inglés con acento británico. En la Casa Constitución 80 exhiben de todo, porque los dueños saben que hay de todo en Santiago. Los martes son metálicos, hay día electrónico, mucho pop. Incluso, tal como queda claro en los avisos con la programación que aparecen en *La Bicicleta* y en la *Apsi*, los lunes y los martes dan solo videos y los domingos, sin que nadie se dé del todo cuenta, son rosa. El cierre de la semana es piola, discreto, curioso. Nadie, obviamente, tiene redes sociales, la era es análoga, no necesitas un avatar. Buena parte de la concurrencia dominical son hijos de exiliados, a los que no les da miedo lo ambiguo o el qué dirán. Por eso se dan el gusto de exhibir videos o recitales de Pet Shop Boys, Erasure, Frankie Goes To Hollywood y hasta Culture Club, que todos dicen odiar por ser demasiado pop, pero que todos escuchan y bailan a escondidas. También los domingos apuestan por películas «ligadas a lo musical» de cualquier época, mientras estén en video, cumpliendo de paso el rol no buscado de ser algo como la cinemateca de la ciudad luego de que los militares quemaron la existente el año 74 por exhibir *El acorazado Potemkin.*

Casa Constitución: tu casa.

Ese era el eslogan. TU. CASA. La casa de los que no tienen casa o no se sienten en casa en sus casas. Se les llenaba de freaks. Freaks era la manera en que se referían los hermanitos Orrego a todos los raros que conformaban sus feligreses. Los dos hermanos partieron usando la palabra de manera despectiva («se está llenando de freaks y huecos y poetas»), pero al poco tiempo entendieron que eran su público y debían honrarlos o, al menos, aceptarlos. De ahí la idea del eslogan: tu casa o, para usar términos contemporáneos, «tu espacio seguro». Freak («un ser deforme, de circo, penoso, que da lástima») se coló al español en su nueva acepción («raro, extraño por opción, distinto, no binario, impredecible, jugado, no igual a todos») a principios de los noventa. Es posible que este cambio de paradigma lingüístico (para citar al profesor Manzur Chautt) se originó con la aparición exponencial de medios «alternativos masivos». Eventualmente, tal como sucede ahora con cringe, freak ingresó al habla local por los consumidores de esos medios.

Los que están a cargo de la Casa Constitución 80 y su movida

nocturna musical son unos chicos perdidos de Lo Curro. Los dos hermanos Orrego Gana y su primo Ulises Gana Moure («medio freak, pero buena onda»). Ellos son los dueños y no se creen ni se sienten más de lo que son: traficantes de emociones. Los nietos botaron algunos muros no estructurales y, basándose en lo que habían visto en Nueva York y en Berlín Occidental, optaron por hacer algo semejante a una casa okupa. Les gustaba la idea de transformar en un espacio de arte una casa violentada de esa manera. Los nietos aun así se consideran apolíticos. Lo más probable es que se declaran de centroderecha, pero lo suyo al final eran las drogas, la noche, la música y «darle onda a esta mierda». Eran, sobre todo, emprendedores y creían en el consumo. No se sentían (o querían verse a sí mismos) como gestores culturales. No eran realmente antidictadura porque les parecía que al menos la cosa funcionaba con orden. Odiaban el Normandie y, sobre todo, a sus dueños y programadores, unos tipos raros (había un crítico severo que odiaba el cine gay, pero salía con chicos tullidos a lo *Crash* de Ballard) que estaban aterrados con el éxito de culto de *La ley de la calle* de Coppola.

La casa había sido del abuelo paterno que era el típico aristócrata de izquierda que escribía, hacía clases y hasta colaboró con dos tomos que nunca alcanzaron a ver la luz de la colección Nosotros Los Chilenos de la editorial Quimantú, joya del gobierno de Allende. Alonso Orrego Ruiz-Tagle, viudo prematuro, escondió militantes y eso lo pagó caro: tanto él como su nana, Dolores Salazar, desaparecieron luego de pasar por Tejas Verdes al haber sido allanados por los militares y encontrar al menos nueve profesores, sociólogos y dramaturgos escondidos entre las varias habitaciones de la residencia. Se los pelara u odiara, lo cierto es que Casa Constitución 80 ofrecía una «alternativa a lo alternativo». Y no les daban miedo los chicos wave, o maquillados, o raros. Lo suyo era el lucro, no luchar por la democracia o la diversidad. Así, los hermanos Orrego Gana (Hernán y Federico) y su primo medio raro veían su local como la casa de unos amigos a los que todo les daba lo mismo, no como «un puto cinearte». Era un club de Toby a donde llegar; un lugar de encuentro, un sitio seguro, un camarín con ropa y sin duchas, un refugio masculino para tipos solitarios. Eso era clave: podías llegar solo y no te miraban raro ni te sentías un perdedor.

Vendían copete a la mala y dejaban que sus asiduos entraran con botellas. Les cobraban un porcentaje a los dealers de pitos, jale y a Damián Townley que vendía diversas pastillas con receta. Gracias a los tipos de la CNI que eran grandes consumidores, circulaba cocaína por kilos. A los agentes-de-negro les gustaba pura, no cortada, blanca, boliviana más que colombiana. En el fondo, era un lugar para estar volado o drogado rodeado de pares. Los hermanitos Orrego no querían

hueveo ni gastaron energía en fundar un bar o instalar una disco. La única decoración eran unas luces de colores y unas cortinas gruesas que heredaron de la casa de campo de una tía a la que le expropiaron el fundo durante la época de Frei. En el fondo, los Orrego Gana eran unos jesuitas esquiadores zorrones. No pagaban derechos a los estudios o discográficas para exhibir sus producciones. Un primo de ellos compraba los VHS originales en la Tower Records de Manhattan, ya que estaba allá estudiando Cine. Les resultaba curioso puesto que Andrés Arrieta, el primo tonto, nunca había ido al cine Tacora con ellos cuando veraneaban en Concón de chicos. Este primo, un ingeniero recién egresado que se las daba de cineasta y ahora estudiaba en la NYU, de alguna manera era el curador de la Casa Constitución.

Pero eso era antes, esto es ahora.

Esta noche la casa está llena. Siempre se llena. Es un viernes. Blas Forttes está ahí sentado en el suelo con un chaleco de Navidad. Josué conversa con algunos estudiantes de Letras a los que desea seducir comercialmente: Vicuña, Sal-de-Frutas y otros chicos que no son del montón. «Está llegando mucho hueón con parka inflada y casaca de jeans con chiporro», comentan. Esto es cierto: bajan atraídos por lo nuevo o lo peligroso desde Lo Curro y El Arrayán, de La Reina y Los Dominicos, incluso bajan de La Parva y Farellones. Aun así, la mayoría se compone de chicos con poca motricidad deportiva. Vemos a Boris Acevedo, estudiante de Teatro del Campus Oriente, aliado (no amigo) de Clemente. Una vez se besaron en el baño de la casa de la Tahía Gómez en Manquehue para un cumpleaños. Acevedo, un chico mucho más tosco que Clemente, usa lentes, anda con demasiado rímel y, debajo de su abrigo, lleva una camisa verde-menta y un vestón de cuero negro. A pesar de su pinta de galán de pueblo, se esmera (se «produce») mucho. Jura que ese bigote le da estilo, pero en definitiva lo hace parecer un matarife junior, que es lo que es, por lo demás. Pero Boris, cuya familia tiene un local en el Matadero Franklin, se siente en medio de Londres y mira, espera, revisa su reloj, escudriña el ambiente y reconoce caras, pero la cara que le importa, la de Clemente, no aparece. Boris le dijo: domingo en la Casa, te veo ahí.

Más allá, al lado de la columna estructural, está Camilo Hasbún, un chico de ojos duros, de aspecto árabe, con un aro y las uñas pintadas de negro. Estudia Historia en el Campus Oriente y se encuentra con Tomás en la misma micro. Tomás le contó de la Casa Constitución donde «siempre te sentirás seguro y puedes ser tú mismo y donde podrás ver cosas del futuro». Quedaron de encontrarse hoy domingo, pero aún no sucede.

Todos están sentados en el suelo frío. Hay un par de alfombras raídas. Olor a lana mojada, a parafina, a gel, a pito. No hay más que

tres chicas entre los ochenta estudiantes, casi todos con morrales o libros o walkmans. Han llegado de todas partes de la periferia. Casi todos llegaron solos. Augusto Blanchard cree que por estar ahí ahora es intelectual. Basilio Mesina mira a los ojos a distintos chicos buscando sexo para después. Ahí está Juan Pedro Norambuena con cara de sueño y resaca. Valeria Rosas mira atenta intentando adivinar qué estudia cada uno. Van a exhibir (de nuevo, sí) *Pink Floyd: The Wall* de Alan Parker y *Prince and the Revolution: Live*, un intenso concierto en vivo realizado un año antes en Siracusa, Nueva York.

Pero falta Tomás.

¿Por qué no llegó Tomás?

Falta, claro, Clemente.

¿Por qué no está Clemente?

Tomás sale de una casa rosa pálida del barrio Matta Sur y camina por Victoria hacia el poniente. Podría irse conejeando hasta su casa, cruzando por el Persa, que debe estar cerrado porque si bien es domingo, ya es tarde y está oscuro; la neblina es espesa y roza y moja las veredas. Decide enfilar al norte. Aún puede llegar al segundo concierto que darán en la Casa Constitución. Sí: no desea ir a su casa, pero ¿quiere ir a la Casa? No sabe. Duda. Camilo, el de Historia, iba a ir, eso dijo, pero no lo llamó. ¿Qué quiere Camilo Hasbún? Le dijo: vivo cerca, por Río de Janeiro, nos juntamos ahí y luego vemos. ¿Qué vemos si ya iban a ver dos recitales en video? Camilo es árabe y, como todos los paisanos, quiere más. Todos quieren más, partiendo por él mismo. ¿Quién sino Narciso Dávalos celebra su cumpleaños diecinueve con unas onces dominicales?

Camina por el parque Matta.

Va de derecha a izquierda, cruzando el plano.

Llega a San Diego y gira hacia el norte, rumbo al centro, quizás la meta sea Bellavista y la Casa Constitución e incluso toparse con Camilo Hasbún. En el antiguo Teatro Esmeralda mira los afiches que anuncian fiestas y obras y performances.

Escucha a Tangerine Dream en su walkman.

Camina.

Mira otro muro: cómics y dibujos en espray y una leyenda: «¿El futuro de Chile dónde está?». Un afiche anuncia un concierto de Electrodomésticos, pero no dice el día ni el lugar. Pasa una patrulla de pacos, un camión con milicos del servicio militar rapados apuntando al cielo y a la calle. Puto país de mierda. País del terror. Degüellan a los padres, van a quemar a los hijos. Yo bailo solo, leo encerrado. El país es una cárcel, aunque nunca ha habido mejor música pop. Las canciones pop son mis poemas. Me siento moderno. Creo que lo soy. Soy de esta era. Soy de esta generación y vivo dentro de un televisor.

Camina.

Recuerda. El olor a queque de plátano, al polvo del Tang, a los planchaditos que hacía la mamá de Narciso Dávalos. El delantal floreado de la tía Irma, tan alto que está, tan perdido que ya no viene, cómo está su madre, tan joven y moderna. Los muebles forrados en plástico, los cuadros de payasos, la reproducción de la última cena traída de Europa por un pariente. Los perros pequineses, las ramitas, las botellas de vidrio de Canada Dry, de Frambuesa Andina, la torta de lúcuma con almendras. La tele Sony Trinitron encendida, el padre ausente, las dos tías peluqueras con peinados B-52's, el papel mural con diseño, el mantel de hule con dibujos de verduras, los duraznos de plástico, las velas de vainilla, la Comet, la estufa extra en el living, al lado de la colección de revistas *Eva* y *Ritmo* y los discos de Gloria Benavides y Las Cuatro Brujas. Conocía esta casa con patio interior de memoria. Iba a hacer tareas, a ver musicales en video, cintas Disney, iba después del colegio. Narciso Dávalos siempre fue gordo, amanerado, desatado de una manera ingenua, nunca le cambió la voz. No le interesaban los chicos sino las cosas de chicas. Todo para él era lindo: el rosado de las Barbies, sus chalecos tejidos con arbolitos verdes, sus poleras a rayas, sus lentes con marcos de color. Narciso Dávalos nunca fue acosado ni insultado porque todos en el Nacional sabían lo que era desde el primer día que llegó con su mochila de Heidi, su lonchera de *El zorro y el sabueso*, su lapicera verde limón, los restos de sus uñas pintadas de plateado. Narciso fue aumentando de peso, nunca hizo gimnasia, nunca se duchó. Tomás estaba intrigado: sabía que le salía barba, pero se afeitaba todos los días. Dávalos iba como una niña marshmallow gordita por la vida y lloraba cuando se ponía contento. Le hablaba de artistas y de radioteatros que escuchaba su madre que fue compañera de curso de Shenda Román. La madre insistía en que una vez Gonzalo Cáceres la peinó, le hizo la permanente y la maquilló. «Trabajaba en una peluquería de la Galería Edwards», le dijo como si fuera un hito histórico. «Él la peinó el día que conoció a mi padre», acotó Narciso. Gonzalo una vez vino a la casa a cenar. «Trajo pavo laminado de un local de arriba». Narciso lo amaba. Luego le dijo: «Él es como nosotros dos, es un guía; nos puede ayudar mucho, debemos seguir su ejemplo».

Esa frase fue suficiente, no hizo falta otra.

Algo se rompió, algo lo paralizó y dolió.

¿Por qué Narciso asumía que Tomás era como Gonzalo Cáceres? No hablaba así, era sensible. Le gustaban las humanidades, el arte, el diseño, la ropa, pero no se vestía de blanco y rosado, de amarillo pato, no usaba nada de plástico ni tenía esquelas floreadas, sus gomas de borrar no olían a frutilla. Tomás pensaba que podía ser distinto, pero no tan distinto. No quería ser como él porque no lo era. ¿No había

otras formas de divergir? Narciso nunca le habló de cantantes masculinos, de películas hot, de chicos protagonistas en la tele que salían sin camisa, no. Le contaba cosas de la Daniela Romo, de la Verónica Castro, lo ponía al día con las teleseries mexicanas con Lucía Méndez y también esos eternos culebrones venezolanos. Tomás lo supo esa tarde: no era como Dávalos, no era parte de esa cofradía. Ese mismo mes se inscribió en clases de esgrima y de judo. Comenzó a salir con los más masculinos, con los que se demoraban en vestirse en el gimnasio, con aquellos que se olían las alas, con todos esos que hablaban de minas y putas y las chupapis del Liceo 1.

Uno de ellos era Julio Haddad.

Camina, se aleja cada vez más de su pasado.

¿Por qué aceptó ir al cumpleaños del cada vez más gordo Narciso Dávalos? Ahora estudiaba Diseño Teatral y estaba vestido con un jumpsuit, un enterito de lana y lycra, color almendra tostada. Tomás pensó: parece un gnocchi. Pero Narciso era tierno, amoroso, curioso. Quería saber de letras, de libros. Le decía a Tomás: «Úsame como personaje, a ver si un día te inspiro. De todos los del Nacional, tú eras el más sensible, el más cool y original de ese colegio horrible. Amo tu nuevo look, Tomás; esos bototos, ese estilo retro». Pero no había nadie de teatro ni nadie new wave en la celebración. Casi todos los invitados eran vecinas y señoras mayores. Además de unas chicas con pinta de Chilindrina de unos trece o catorce que jugaban a las palmas y armaban coreografías. Las chicas primas hablaban de Madonna. Narciso les dijo que él podía hacerles unos tops con encaje.

Tomás recordó los besos que se dio borracho en ese techo de ese hotel para la graduación.

Pensó: mucha agua ha pasado por este río.

El único del Nacional que apareció fue Marcelino Contesse. Antes de pegarse el estirón, todos le decían Marcelino Pan y Vino. Pero luego empezó a tomar pisco y ron y pasó a ser Marcelino, no más, o Lino, si eras de su grupo de bowling. Marcelino llegó tarde, sin regalo, vestido como si viniera de la Antártica. Ahora estudiaba algo técnico en La Serena, en un instituto. Tenía los ojos rojos. La tía Irma le dijo: «Tan hombre, tan macho, tan masculino que me salió». «Sí, tía».

Marcelino se acercó a Tomás: –¿Y esa pinta fleta? ¿Te crees artista?

Tomás le dijo que no.

–¿Qué estudias?

Tomás lo puso al día.

–¿Lees todo el día? Me parece sospechoso. ¿Comunacho?

Dávalos le ofreció una vaina, pero él preguntó: «¿Tienen algo más fuerte?». La tía le ofreció «una piscolita». Marcelino siguió a Tomás al patio interior donde había unos gnomos de yeso y guirnaldas de flores hechas con calcetines de bebé.

–Te crees mejor, Mena. No lo eres. No porque estés en la universidad nos has superado, ¿me explico? Te lo digo: no te hagas el mejor. Sé de dónde vienes, sé tu secreto, sé lo que te gusta. Recuerdo cuando todos te pateamos en el camarín. Te gustaba mirarnos.

Tomás sintió que volvió a segundo medio, a tercero, a la idea constante de tener que huir, de guardar el secreto, de pasar, de ser otro, de tener que parecer más duro de lo que era. Narciso Dávalos podía ser como era y su madre y sus tías y sobrinas o vecinas lo querían. Se fue sin despedirse. Dijo: «Paso al baño, me siento mal». Tenía lágrimas en los ojos. Narciso quiso abrazarlo. Le dijo llora, Tomás, llora, Marcelino es un imbécil, pero Tomás no quiso.

Tomás camina al lado de un muro por la avenida Brasil con unos esténciles intervenidos. De Marilyn, por ejemplo. ¿Quiénes son los que se atreven a rayar estos muros?

Sigue caminando.

Ahora va rumbo a Matucana, pero sabe que está cerrado.

Todo está cerrado menos la Casa, pero no desea ir la Casa y no desea regresar a su casa.

¿A dónde puede ir?

Camina de noche y con cada paso siente que el toque de queda dominical se acerca.

Clemente sabía que quienes no paraban de devorar su fanzine eran los más raros y turbios pues eran aquellos que más detestaban *ropa/americana*. De todos sus lectores, el más nocivo y amenazante era un tipo llamado Jerónimo Maza, que colaboraba en la radio Galaxia y era amigo de los que manejaban el cinearte El Biógrafo. Maza, por cierto, colaboraba con la revista *Plano general* y recortaba las reseñas pedantes recicladas de los *Cahiers* de Ramiro Castaño. Maza siempre andaba rodeado de la corte tóxica de chicos feos, bobos y resentidos del Piedragógico y de Periodismo de la UC.

Jerónimo Maza coleccionaba libros de cine y rondaba los institutos culturales. Daba la impresión de que podría ser un exhibicionista que acechaba en los parques y plazas al atardecer porque no se sacaba un seboso impermeable color ratón ni siquiera en verano. Rozaba los veinticinco, pero se veía de treinta, estaba perdiendo el pelo y tenía caspa. Era un eterno estudiante de Sonido en el Arcis. A Clemente le daba asco. Maza era un gordo ñoño de lentes sucios y zapatillas que nunca era capaz de amarrar. Era un sureño de Arauco que odiaba a los mapuches a pesar de claramente tener litros de sangre originaria en sus venas. Poseía poco pelo facial y muchas camisetas X-Large de *Alien* o *Halloween*. Sus codos lucían costras de psoriasis y, según Lucio Galdames, que sabía toda la información necesaria del bando enemigo, vivía con «padres ultramayores insertados de sondas» cerca

del Hogar de Cristo, por metro Pila del Ganso.

Clemente, obviamente, odiaba a Jerónimo Maza. O, mejor, le temía un poco. Le temía bastante. Cuando lo veía de lejos, escapaba. Temía ir a los institutos culturales por temor a encontrarse con él. Maza no sabía bailar, creía, por lo que nunca iba a las fiestas, al Trolley, a Matucana. Pero circulaba por plaza Italia, por el Instituto Francés, pasaba hojeando libros en la Altamira de Huérfanos. Clemente jamás lo hubiera admitido, pero Maza personificaba el terror que le provocaba Chile.

Los planes de Clemente para este domingo nublado y neblinoso eran ver una película en el Normandie y luego darse una vuelta por la Casa Constitución 80 para ver si andaba Damián o Lucio. Vio *La trucha* de Joseph Losey. Le cargó. A la salida, sin estar preparado, porque siempre intentaba ver si «la costa estaba despejada», Jerónimo Maza, con su impermeable salpicado de caspa, se le acercó subrepticiamente a la salida de la función para increparlo.

–Odio lo new wave, detesto a la gente como tú.

Era la primera vez que hablaban, pero el desprecio mutuo era un peligro inminente.

–Esto es lo que opino de *ropa/americana* y de los cuicos y los invertidos.

En un acto impensado y arrojado, Maza sacó su encendedor verde-lima y procedió a quemar dos números del fanzine frente a Clemente. El enjuto acomodador estaba limpiando la platea. Y los pocos espectadores que ya habían salido del cine no alcanzaron a ver cómo los papeles ardieron rápidamente y el pirómano de Maza casi se quema los dedos.

–Nunca vas a ser parte de nosotros, Fabres. Nunca. Deja de intentarlo. No eres de aquí, exiliado esnob. Inglés culiado, ¿por qué no te vas? No queremos leer tu mierda, Chicago Boy. No queremos que existas cerca de nosotros. Contigo ni a misa. Recuérdalo.

Meza aplastó los restos de ceniza humeante.

Clemente pensó responderle esto: –¿De verdad crees que quiero ser parte de ustedes? ¿De los gordos vírgenes gays reprimidos que tratan de usted a sus madres? ¿De verdad crees que acumulando trivia llegarás a ser más? Lo dudo. Eso espero, Maza. ¿O es Mesa? ¿Mesita? ¿Masita? Gente como tú sirve como guía para no cometer los mismos errores, para no convertirse en el engendro que claramente eres. Mi gran error ha sido intentar cambiar el país cuando no tiene arreglo. Se merece lo que tiene. Y lo que tiene son fascistas que creen que están en el lado del bien como tú.

Pero apenas le dijo: –Cuidado, vas a quemar el cine.

Meza, que era grande, alto y macizo, lo empujó hasta que Clemente cayó en el suelo alfombrado y se golpeó la cabeza en el mesón de la

confitería. Justo al lado había unos estudiantes con abrigos mirando los afiches. Nadie quiso involucrarse, meterse, opinar. Clemente se levantó con elegancia, limpió la sangre de su cabello y miró las cenizas de su fanzine.

–El próximo número sale en tres semanas. Te voy a sorprender con la portada. Viene una crónica que te hará quemar este cine completo.

Meza se le acercó hasta casi besarlo. Tenía ojos amarillos. Olía a queso mantecoso.

–Solo te diré esto, puto. A buen entendedor, pocas palabras. No hagas caso omiso a los mensajes. Soy capaz de hacer que te quemen vivo. Puedes hacerte el cool, pero mi odio siempre será superior a tus párrafos impostados lleno de modismos. No te queremos acá, ni menos tus ideas.

Clemente, de manera inesperada e incontrolable, se puso a llorar. Quería hacerse el frío, distante, pero no pudo. La humillación y el dolor fueron superiores a su estoicismo británico. Partió corriendo al departamento de Josué, pero no estaba. Siguió alrededor del oscuro edificio Diego Portales. Corrió hasta perderse por los vericuetos de Lastarria hasta llegar al Forestal donde comenzó a vomitar frente a la estatua del efebo desnudo dedicado a Rubén Darío. Esa noche Clemente no fue a la Casa Constitución. Al llegar a su casa llamó a su padre a Birmingham y lo despertó diciéndole: –No aguanto más. Rescátame, sálvame. Ya no sé qué más hacer. Sáquenme de este pozo séptico.

Su padre le respondió: –Debes esperar a diciembre. Tú quisiste irte para allá con tu madre. No fui yo el que eligió, fuiste tú.

Ropa usada nueva
(La Bitter Lemon)

Tomás mira abrigos usados, camisas floreadas de los setenta, pantalones de lycra, rastros de la reciente onda disco: love, love to love you, baby, sí. Al fondo, descansan algunos vestigios de la era del jazz: vestidos con lentejuelas, abrigos de felpa rosa, turbantes de seda, batas de raso marfil. Tomás se encuentra en la mítica Bitter Lemon de la calle Bandera entre destartaladas fuentes de soda y oscuros edificios caracoles con aroma a amoníaco. Los cafiches y traficantes, algunos tajeados, esconden cuchillos y miran con desafío a los nuevos inmigrantes andinos. Sin que nadie lo planeara, Bandera ahora es el epicentro de la ropa usada. La ropa americana. ¿En qué momento usar ropa de muertos o prendas desahuciadas se volvió un ítem, una moda, una opción estética?

«Tu vida vintage», dice el letrero del inmenso local de Bitter Lemon.

El galpón huele a incienso, a cuero, a naftalina, a lana. Tomás busca trajes de hombre de los años cincuenta. Hay prendas hippies, mucha tenida soul con colores intensos y primarios como los que usan los personajes negros urbanos en esas series antiguas como *Starsky & Hutch* que veía en la tele cuando todos ya dormían. Se prueba un impermeable largo de cuerina color guinda seca de cafiche de la calle 42. Se mira frente a un espejo inmenso que está trizado en la parte inferior.

–Me encanta –le dice la única vendedora sentada en su puesto que parece la cabina desde donde tocaría un DJ–. Te ves jugado. Está botado, una ganga.

–Busco algo más oscuro. Más... ¿Viste la película *Brazil*?

–Allá, donde dice «new wave». ¿Vas a ser wave?

–Sí. O sea, yo ya creo que lo soy. Soy alternativo.

–No creo. Pareces joven.

–Lo soy, obvio. Quiero experimentar, probar cosas nuevas.

–Viniste al lugar correcto –le dice la chica con los lentes raros mientras vuelve a su novela de Andreu Martín.

–Estudio Letras.

–Ah, de los curiosos. De los que exploran.

–Sí. Obvio, sí. Creativo a full. Curioso.

–Me parece. Mira, hay una sección para hípsters y beats allá bajo el afiche de Tom Waits.

–No, me gusta la onda alternativa. El look The Cure, por ejemplo.

–Tuve un novio que era rockabilly, uruguayo. Otro que era new wave, maulino. Cacho la onda. No nací ayer, guapo. Qué rico tu aroma.

–¿Sí?

–Sí. Soy la Vivienne Westwood local. Me llamo Rebeca Osorio. Rebeca con una C. Recuerda mi nombre, dará que hablar. Sé crear con desechos. Confía en mí. Debajo de Tom encontrarás tu estilo, tu esencia.

Rebeca no para de subrayar lo que lee.

–Dicen que es buena esa novela.

–Cualquier cosa, avisa. Y te puedes probar, cero rollo. Acá somos open mind. Prueba lo que quieras. Si uno no prueba, cómo sabes si te gusta, ¿no?

Tomás camina hacia donde le indica Rebeca. Siente la droga en su sangre. Se siente duro. La música que sale de los parlantes son The Supremes. Está impresionado, está totalmente eufórico. ¿Por qué? «You can't hurry love». Sigue, se pierde en los pantalones de vestir. Tomás huele la ropa para ver si percibe la esencia de los que la usaron una vez, de los propietarios originales: algo de aroma a chico de Arizona en un día caldeado; a pantalones Dickies de un rockero de un pueblo chico que no usa calzoncillos. Pero no: todo está impregnado de algo que parece bencina blanca. Estas prendas desprenden aroma a bodega, a falta de sol, a detergente industrial. ¿Con qué los habrán lavado?

Tomás se pregunta: ¿todos los que usaban esta ropa tan vistosa habrán muerto? Y de qué: ¿de viejos, asesinados, por el virus? ¿O simplemente botaron estas prendas porque pasaron de moda, engordaron, nunca las volvieron a usar porque dejaron de salir a fiestas?

Se fija en un chaquetón tipo marinero celeste bebé, pero no, hay reglas en el mundo alternativo. Además, no desea nada muy de uniformado, porque le parece autoritario (aunque le gusta el look de los matelots, los marinos franceses que parecen modelos y que siempre se colaban en el imaginario azulado del teatro under local). No, si compra algo de un color vistoso, primario, sería para ocultarlo con las

prendas oscuras.

La exposición en la Galería Bucci («muestra colectiva» como vio en un afiche pegado en la calle Merced) ocurrirá en exactamente cinco días. Debe mejorar su look, debe parecer uno de los otros y no un estudiante de Letras confuso. Si llama la atención es porque se va a ver bien, guapo, mino, estilizado, ondero, alternativo, jugado; no porque se note que no pertenece. Tomás quiere ingresar, que lo dejen entrar, está dispuesto a todo. Es la primera vez que desea la aprobación de otros. Necesita –no, ansía– pertenecer a un club, a una movida. Ama la palabra escena. Sí, todo es una performance («el arte del tiempo real», como le dijo Vicente Ruiz a *ropa/americana*). La vida no es un sueño sino un escenario. Todos asumen un rol. Tomás entiende: chico nuevo llega a la gran ciudad, chico de más allá de la línea del tren ingresa en el círculo de los iluminados por el sol. ¿O es: chico conoce mundo?

¿Chico se folla a mundo o mundo se folla a chico?

Está motivado, mucho. Debe verse increíble, pero a la vez no demasiado producido. Necesita parecer frío, distante, distendido, casual. Que no se note que lo calculó todo. Tomás quiere empezar a verse-sentirse-comportarse como siempre ha soñado. Anhela vivir experiencias no comunes, aventurarse aún más. No es que requiera ser otro, no. Necesita ser él mismo: Tomás Mena, pero en su versión mejorada, exfoliada. Ser quien quiere ser y no un bosquejo. Todo ahora podrá fluir y ser un color flúor.

Siente una erección de fierro y emociones raras y comienza a lubricar.

No quiere estudiar Letras ni analizar libros ni comparar nada. Quiere crear, pero no cree en la ficción. Para qué inventar si hay tanto que contar, tanto que no se ha dicho aún, tanto que compartir, revelar, articular. En la exposición, cuando vea a Clemente, le dirá que es clave que él colabore en su fanzine. Incluso, le propondrá la opción de publicar cuentos de otros, de los que sí quieren escribir. Él ya sabe quiénes podrían ser: en Letras sobran los que se la pasan anotando en sus libretas y tecleando en máquinas de escribir.

Le gusta este espacio, este inmenso local destartalado, antiguo, renovado, recuperado.

La calle Bandera y todo este sector le parece portuario, lumpen, clandestino. Café toples, cocinerías de inmigrantes peruanos, masajes, oficinas de detectives privados baratos, bares de mala muerte impregnados del aroma del litreado. Aquí empezaba el centro que ya no era el centro y se transformaba en territorio comanche. Este era el barrio de los tiras de Investigaciones, del Mercado Central, de la terminal norte con sus buses que te llevaban a Papudo vía La Ligua, pero mucho más lejos también. El sector había estado al servicio de la

Estación Mapocho, ahora abandonada, repleta de punks y skaters escapados de los reformatorios. Era el barrio bravo, nuestro Chicago Chico, el material originario de nuestra ficción pulpa, de las ficciones en papel roneo.

Bitter Lemon destaca por su fachada amarilla y acero. Es la mejor de las tiendas de ropa usada de la calle Bandera. Ropa con cuento, dice su eslogan. En Bitter («donde nadie es bitter») no intentan venderla a los que no tienen dinero para comprar ropa nueva, sino a los alternativos que se niegan a usar nada que salga de las tiendas de departamentos ni menos de las boutiques de moda. Tomás mira los cuadros en las paredes, los afiches de viejos avisos publicitarios (brillantinas perfumadas Atkinsons, jabón Olivol, crema dentífrica Esmaltina), las paredes rosadas, los afiches de artistas famosos, los cerros de prendas no seleccionadas a la entrada, los racks con colgadores con los atuendos más cotizados atrás, cerca de los camarines con esas cortinas de plástico como tallarines de colores que por lo general se encuentran en las carnicerías.

Tomás se fija en un chico con cuerpo de bailarín que se saca la camisa y se baja sus pantalones a cuadros: anda con slips azul paquete-de-vela con lunares amarillos. ¿Los venderán acá?

De los parlantes pintados de rosa del techo suena «If You Leave» de OMD.

–Amo este tema –le dice, entre medio de las camisas, una chica delgada. Tiene algo masculino, quizás andrógino. Pinta de punk de Vitacura, con un pelo lleno de gel, rasurado a los lados, como lo hacen en la Peluquería Francesa del barrio Yungay. ¿De dónde apareció?

–Amo esa película. Busco algo especial –le comenta mirándolo fijo a los ojos hasta que Tomás se ve obligado a pestañear.

–Yo también.

–Es raro: cada lugar me recuerda a una canción. Los sitios reales parecen mejores gracias a lo que hemos leído o visto –le dice ella ahora sin mirarlo, errática, tocando con sus uñas magenta una blusa que parece de satín.

–¿Olido?

–También.

Ella entonces inhala la fragancia de la blusa y se aleja entre la fila de colgadores. Se demora en regresar.

–No te cachaba. ¿Eres nuevo en el circuito?

–Sí.

–Genial, me gusta, me encantas. Caluga, bello. Caluga Varas. Encantada. Cacho que hay onda. ¿La cachái?

–Sí –le responde Tomás algo aterrado, sin entender bien las señales, pero sintiendo, en efecto, una cierta onda.

–Es la energía que emana entre nosotros, me gusta. Es fuerte.

Electrifica. ¿La sientes?

–Algo. Me llamo Tomás. Tomás Mena, encantado.

–Te voy a recomendar una peluquería.

–Lo necesito, urgente. Sí, gracias. ¿Cómo te llamabas? Perdona, fumé algo antes.

–Yo también: en los jardines del Congreso que ahora está cerrado. ¿Conoces ese jardín? Mi bisabuela murió ahí rezando en el incendio de la iglesia de La Compañía. Qué pena, ¿no? Murió casi toda la élite de Santiago.

–Casi como quemar El Trolley durante una fiesta.

–Exacto, exacto. Tal cual, chicoco. Uf, la energía aumenta. Se me endurecieron los pezones. ¿Te pasa?

–Sí.

Entonces ella se acerca y le abre la camisa y le toca uno de sus pezones.

–Me gustan –responde al toque–. Me gustas.

–¿Cómo dijiste que te llamabas?

–Caluga Varas Montt.

–Esto es... una señal, ¿sabes? Estoy invitado a tu exposición en la...

–Es una muestra colectiva. Somos amigos. Queremos mostrar nuestro trabajo, apoyarnos, apañarnos. Estás duro.

–Algo. Disculpa.

–¿De qué? ¿De tener sangre que te hierve? ¿De estar ahogándote en leche? Debes ir, Tomás Mena. Debes posar para mí. ¿Has posado?

–Hace tiempo, para una amiga que quería estudiar Arte. Camila Matus. ¿La conoces?

–No, pero tiene buen gusto.

–Me gusta la idea de ser un muso. Yo escribo para un fanzine.

–Escribe de mi propuesta. Es new wave. Creo que lo naíf es lo más subversivo, porque se hace cargo de la mirada inocente. La que mira, pero no participa, ¿me explico?

–Algo.

–Me gusta cuando los chicos empapan sus chitecos de calientes.

–Perdona.

–¿Perdonar qué?

Entonces Rebeca, con sus anteojos tipo Marta Brunet y su peinado Bettie Page, además de su suéter de cuello alto color sopa-de-zapallo, a lo Vilma de *Scooby-Doo*, se acerca y los mira. Ve a Tomás con la camisa abierta y sus pezones duros y su chaleco, abrigo y bolso en el suelo. Ve a Caluga, con sus calzas negras y su camisa larga de seda color mantequilla, tocándolo.

–Debes llevarte algo verde –le aconseja Rebeca–. ¿No crees, amiga?

–Como sus ojos de gato en celo. Va a posar para mí, lo sé.

–Tiene los pezones duros.

–Ella me los tocó –le dice Tomás–. Es que fumé antes, sorry.

–Debe probarse todo.

–Debemos probarlo –comenta Caluga–. Es nuevo.

–I know.

Rebeca le toma la mano a Tomás. Lo lleva al fondo, detrás de unas cortinas de terciopelo rojo que caen teatralmente del cielo a un sector aledaño a los probadores indiscretos. Ahora el chico que parece modelo se mira al espejo. Se prueba unos pantalones de cuero blancos. Tomás se fija en que sus slips están colgando de un gancho. El espacio tras las cortinas es oscuro. Hay tres espejos muy altos.

–Debo cambiar de look.

–Confía en nosotras.

Tomás ve los cambiadores reflejados en el espejo. El chico ahora está desnudo. Tiene el culo perfecto como Baryshnikov. Además, es peludo. Ahora se prueba un beatle negro con rayas blancas. Tomás no puede dejar de mirarlo. Le suena conocido.

Caluga se le acerca con un montón de ropa.

–Tengo unos calzoncillos que te mueres. Empilúchate, amigo. Somos de fiar.

–Me gustaría tener un abrigo verde, pero verde es el color de los milicos.

–Tengo un abrigo perfecto para ti: verde musgo, oscuro, demasiado oscuro. Vuelvo –dice Rebeca.

Tomás se queda paralizado, mirándose al espejo, todos sus reflejos.

El chico sin pantalones, pero con el beatle negro con rayas blancas se le acerca y comienza a besar a Caluga.

–Te vi en una obra, creo –le dice ella–. Eres actor, ¿no?

–Sí. Me llamo Martín. Tienes que ir a ver mi nueva obra, la estamos ensayando. Es acerca de dos tipos que conversan de noche, pero todo lo que hablan se graba y se transmite al mundo. Se llama *Pop Casting*.

–Yo pinto

–Sí sé, Caluga. Todos saben quién eres. ¿Y él?

–Se llama Tomás. Es virgen.

–Algo –le responde Tomás tapándose la cara–. Soy… Yo soy tu fan número uno. El mejor fan. Vi *Techo/estrellas*. Me conmovió. No te reconocí… Te ves distinto.

–¿Mejor?

–Creo que sí.

–Desnúdate, hermano. Todo bien, estamos en confianza, somos todos amigos, todos tenemos eros.

–Hay energía.

–Ene energía.

Rebeca cierra la puerta del local e inserta un casete. Comienza a sonar «La moda mata», un tema nuevo de Nadie grabado del programa

Demos más de la Eclipse.

–A veces uno siente que está en un clip –le dice Martín Portales Balmaceda–. En un corto. En una película. Quiero pasarla bien contigo.

–Lo sé. Igual.

–Te voy a... Explorémonos.

–Uf. No debí fumar antes de venir al centro –le responde Tomás mirándolo coqueto.

–Solo damos una acotada cantidad de veces la vuelta al sol, hermano. Ya te quiero.

–También.

–Te quiero un chingo, carnal. Estuve en México con una obra. Me gustan los chacales. Acércate, chico de ojos verdes. Quiero recorrerte entero.

–Dale, sí. Eso quiero.

Martín le besa la mejilla. Huele a apio y metal. Tomás toca sus brazos y siente todos los músculos duros que están debajo.

–Yo te voy a proteger: todo va a estar bien y rico. Ultra-rico, como tú.

Ahora suena algo disco, femenino, con quejidos, puro beat. Martín se saca el beatle y se acerca a Tomás.

–Te tengo. Respira.

Le desabotona la camisa y comienza a besarle el cuello.

–Uf.

–Sí, uf. Y respira. La idea es que no sea tan apurado. No acabes altiro.

–Dale

Tomás sin querer acaricia el culo de Martín Portales.

–Sigue, hueón. Sin miedo, eso.

–Se ven genial juntos –comenta Rebeca, ya en calzones, y comienza a lamerle un pezón a Tomás.

–Les gustamos, Tobías. Las estamos calentando, parece.

–Todo el rato. Me llamo Tomás.

–Eso, Tomás. Sigue. Eso.

–Preciosos –comenta Caluga–. Qué ganas de tener una polaroid.

–Estoy muy caliente –les dice Tomás–. ¿Sigo?

–Sigamos.

Tomás comienza a lengüetearse con Caluga, sin besarse, lengua con lengua. Martín, duro, le lame las axilas a Tomás.

–Ando sin desodorante.

–Sí sé, hermano. Me gusta. Toca.

–Uf, Clemente, hueón.

–Me llamo Martín, pero eso ahora no importa. Todo vale. Sigue.

Tomás besa a Rebeca con ganas y más saliva de lo necesario.

–Vas a matar, la vas a romper, estás rico, hueón, full mino –le comenta Rebeca mientras se mete un dedo bajo sus calzones y se lo inserta en la boca a Tomás.

Este suspira y acepta un beso total con lengua de Martín cuyo pene lubricado moja su piel cerca de su ombligo. Caluga le abre los pantalones a Tomás y estos caen al suelo. Rebeca le saca los slips y los dedos de los tres juegan con su mata de pelos indomados salpicados de gotas de transpiración.

–Todos te van a querer comer –le dice Rebeca antes de insertar el pene de Tomás en su boca.

Tomás cae al suelo feliz y ve cómo Caluga se saca su camisa y parece un chico: casi no tiene pechos. Caluga besa a Martín mientras él intenta bajar sus calzas negras y juega con su vagina depilada que se abre. Al lado, tiene el tatuaje de un gatito y por dentro se siente distinto a cómo se había imaginado. Tomás nota el pene de Martín al lado de su cara. Es curvo, rojizo y huele a orina y cloro. Se ve distinto sin forro, una gota gruesa brilla. Comienza a succionarlo con curiosidad para luego intentar parecer un experto. Los pelos de Martín están húmedos, recortados, fragantes.

–Wow –comenta Tomás antes de comenzar a lamerlo solo con su lengua–. Es la raja.

–Ahí, eso. Dale.

Mira a Martín y ve cosas que nunca había visto de cerca: la oscuridad de sus ojos, lo delgadas que son sus pestañas, las pecas de su cuello, los lunares cerca de su ombligo. Tomás siente su dedo ingresar en el coño de una que está demasiado resbaloso. Siente ahora la lengua de otra rozar sus nalgas y acercarse a los vellos de su perineo. Alguien le abre las piernas. Siente que palpita, y le da lo mismo que se lo miren, al revés: le gusta. Decide succionarlo más adentro y luego lo suelta. Caluga comienza a lamerle el culo e insertar su lengua dentro. Martín Portales, el actor de *Cinema Utoppia*, el de *Techo/estrellas*, el de la tele, el chico hot del mundillo, acaba dentro de la boca de Tomás sin avisar mientras siente el dedo de una de las chicas muy adentro suyo y no resiste.

–Perdonen –suspira Tomás–. Me fui.

–Hueón, llegaste.

Emotional Rescue
(El dealer emocional) **Ya se han conocido y enganchado**. Esto fue el comienzo. O quizás es mejor que sea el final. Lo que no empieza, lo que no se inicia, no puede terminar mal. Para finalizar, deben empezar. Clemente se da cuenta. Entiende que puede acostarse con Tomás donde y cuando quiera. No cree que sea difícil: Tomás se le está entregando en bandeja. A Clemente le apetece que pase algo. Tomás es un buen chico, algo inocente, sensible. Para qué enredarse emocionalmente si me voy a ir, analiza. Mucho drama. Tomás debe ser de esos que llora, arma atados. Igual le gusta eso de que la memoria de los dos va a tener algo narrativo: «Nos conocimos en la Lado B, pero ya antes nos habíamos topado por ahí, en una fiesta de otoño». ¿Harán una fiesta para el comienzo del invierno? Comprende que hay vibra, onda, fluye, pero ocurre en las peores de las fechas.

–Es mala fecha, Damián. La peor de las épocas. ¿Es un buen momento para conectar?

–No, nunca lo es. Yo no soy como ustedes. Tú te haces el que no pesca, pero pescas. Yo soy asexual, autista. Miro de lejos. Paso.

–This is not about you. Dame consejos, opina.

–No es mi tema. Tengo Zotran. Me los conseguí en una farmacia de Rancagua. Es fácil conseguir de todo fuera de Santiago. Confían en las recetas. ¿Quieres?

–¿Qué es?

–Es Alprazolam. Es mejor que Tricalma.

–Ese nombre me altera. Calma triple. ¿Qué quieren decir con eso?

–A basic name for a basic society, Clemente.

–Tú y yo deberíamos vernos más. Te quiero, Damián. Mucho.

–No me quieres, has tomado, fumado. Nadie debe verme tanto. Tómate este Zotran. Te estoy cuidando. Esto es esto. Estás tenso, alterado.

–Me gusta tu barbilla. Es casi rubia.

–Lo sé, Clemente.

–¿Quieres darte una tina?

–No.

–Can I blow you?

–No.

–Puedes cerrar los ojos. Pensar en alguien más.

–¿En quién voy a pensar, Clemente? Dude, si lo hiciera, abriría los ojos. Eres cute. Quizás me puedo quedar a alojar.

–Por fa.

–Let's see.

Damián Townley Callejas tiene los ojos verdes. Anda con shorts cargo negros, aunque sea invierno.

–Te vistes como gringo.

–Soy gringo.

–True.

Sus piernas son extremadamente peludas, pero parece lampiño por lo transparentes que son sus vellos.

–Me acuerdo del verano. Nos vimos algo en el verano.

–Sí. Nos vimos harto.

–Podríamos vernos más.

–Quizás.

Damián le comentó de un cine viejo que existía en un shopping al aire libre en Fort Lauderdale. Le contó que amaba todas las cintas de béisbol, sobre todo una con Tatum O'Neal y Walter Matthau que «mi papá me envió en copia VHS por correo».

–¿Tu padre te envía cosas? Fuck. Buen reportaje para la *Apsi.*

–Revistas, libros, ropa. Es un buen padre.

–Y un buen asesino.

–Uno no elige a sus padres, Clemente. Eso lo sabes bien. Give me a break.

–True. Tú hablas poco.

–Tengo secretos.

–Lo sé. Secretos públicos. Así que te escribe. ¿Te llama? ¿Viene a Chile de incógnito?

–Paso. Top secret. Hay cosas que es mejor no saber. The less I know, the better, pero claro, sé cosas. No está muerto. Circula.

–Todos circulamos.

Damián tenía dos cicatrices a la altura de las muñecas y usaba un collar de surfista en el cuello. A veces olía a camisetas transpiradas. Cuando se juntaban, hablaban casi todo en inglés.

–This place sucks, dude. It's really the armpit of South America.

–Don't knock armpits, Damian. You smell ripe.

–I know, dude.

En inglés, Damian (Day-me-an) era más suave que Da-mián que sonaba diabólico, maldito, seco, como un reto. Damián se robaba las recetas de los padres médicos de sus amistades. Buena parte de sus recetas eran de su abuelo materno que estaba algo senil y distanciado de su hija, la excéntrica poeta y cuentista que organizaba un cotizado taller literario en su casa de varios niveles en Lo Curro.

–Casi lo que más me piden, sobre todo las minas, son anfetaminas.

–¿Sí?

–Sí.

–¿Te tratan de seducir?

–Sí. Algunas, las más desesperadas, las que toman vino tinto. Mucha mina separada ahora compra Ritalin. Antes era Zotran, para calmarse. Nadie quiere estar calmado.

–Yo sí.

–Tú sí. Algún día espero dispensar más cosas que calman. Lo que importa, al final, es estar chill. To be easy.

–«Easy like Sunday morning».

–You got it.

–¿Abramos ese gin?

–Es malo mezclar.

–Por eso: mezclemos. Somos una buena mezcla. Combinamos.

–Salud.

–Salud. Zotran. Buen nombre. Me gusta.

–Exótico, sí. Aunque ahora todos los jóvenes andan detrás de Mogadon.

–¿Sí?

–Sí.

–La gente acá quiere dormir.

–True, pero también jalar.

¿Hay historias de amor entre chicos con una dictadura de fondo? No. Clemente piensa: pase lo que pase, Tomás es un par, uno que debe cuidar, reflexiona. Parece de fiar, es claramente distinto.

–Parece de fiar. Es distinto, raro.

–¿Quién?

–Tomás.

–Dale.

Tanto chico normal allá afuera y este lo comienza a acosar, analiza.

–Hueón, ese anda detrás de ti.
–¿Quién?
–El chico que te está esperando en la galería. Tomás. Ese.
–Detesto esa expresión.
–¿Cuál?
–«Detrás tuyo». Andar detrás de alguien. Implica que alguno va detrás, te sigue, quizás nunca te va a alcanzar.
–Spanish, dude. Qué te voy a decir. No soy tan fan del idioma, lo sabes.
–Tomás me recuerda a Vicente, el chico cuya madre lo degolló. ¿Supiste de eso?
–Las madres pueden ser raras. Sé de lo que hablo.
¿Cómo será la madre de Tomás? ¿Estará al tanto, lo cuidará de su padre?
–No puedo dejarlo ir.
–Pero debes irte. ¿No te vas a ir?
–Sí. Tengo pasaje.
–No te vas a quedar por nadie, entonces.
–No. Me voy en diciembre.
–Yo quizás me vaya donde mis primos. En Oregón. Es la raja.
Clemente cierra los ojos. No siente su cuerpo, no siente los nervios, la culpa. Tomás y él: deben editar juntos el fanzine. Luego puede quedar para Tomás. Así es: el heredero será este chico que estudia Letras. ¿No es demasiado íntimo dejar que otro ingrese a *ropa/americana*?
–Me voy sí o sí.
–Sí.
Incluso se iría a cualquier lado si no pudiera regresar a Inglaterra. Con Tomás cerca, como posible aliado, se siente menos solo. Aunque apenas han hablado: pero es un lector, acaso un fan.
–Tenemos mucho en común. Al final uno busca eso. Complicidad.
–El resto llega solo.
Ya con Tomás acechándolo, el país le parece más tolerable. Cierto, para qué negarlo. Se ha sentido menos solo. Le da una cierta esperanza. Como escuchar la Eclipse, como ir a los epicentros new wave o a la Casa Constitución 80. Clemente le debe poner fin a esto que está naciendo antes de que empiece. No debe ir a la inauguración de la Galería Bucci.
–¿Debo ir a la exposición de la Caluga? Va a estar Tomás.
–¿Quieres verlo?
–Sí.
–Pero te da cosa.
–Exacto. Igual alcanzo.
–Alcanzas a llegar de más.

–Es temprano aún.

–Aún.

–Agarro un taxi en Salvador y llego en diez.

–Anda. Imagínate la cara de él. Te ve y se emociona. Seguro que pensaba que ya no ibas a ir. Podrías llevarle flores.

–Podría. Pero mucho. Mucho Impulse. Como ese comercial –¿Qué comercial?

–De Impulse.

–No lo cacho.

–Eres un turista, un extranjero. Te falta calle, te falta tele. Debo ir, Damián.

–Puedes, no debes. Si quieres que te acompañe, voy. Aprovecho de vender. Ando con diez gramos de coca. Tengo un sobre abierto. ¿Quieres?

–Ya me siento amarrado, ahogado. Sé que, si voy, deberé cumplir. Agarrármelo.

–Pero me dices que es rico, mino. Anda, te lo traes, te lo comes y chao.

–Sí, pero es clingy, creo. Parece de esos que se quedan pegados. No, no es desechable.

–Todos somos desechables. Needy?

–Como tú, sí.

–I'm fucked up. No soy needy. Ojalá lo fuera.

–¿Sí?

–No. Not really. Lo mío es mirar. Y escuchar. Un dealer debe estar atento –Eres raro, Damián.

–But at least I don't try to pass like normal, like you. Tengo Ravotril de 2.0. ¿Le damos?

–Dale. Eres un dealer emocional.

–Gracias.

–«I'll come to your emotional rescue». Me gusta ese tema.

–Igual.

–Me quiero borrar, Townley.

–I know. Lo vas a dejar plantado. Quedará mal el chico. Me da algo de pena.

–Se recuperará, Damián. Can't take too many risks just now.

–Lo vas a dejar plantado. Como una planta.

–Las plantas no sufren.

–Él sí.

–¿De qué lado estás?

–Del tuyo. Hay lados, eso sí. Think about it: tú lo invitaste a juntarse en la expo.

–True.

–Por algo lo hiciste.

–Me atrae.
–Ah, vaya. Fuertes declaraciones.
–Por eso lo voy a dejar plantado y me voy a quedar contigo.
–Ahora es culpa mía.
–No, pero sí que voy a sentir culpa. ¿Tienes otro Zotran?
–Mejor Ravotril. Confía. Sé lo que muevo.
¿Vale la pena iniciar algo que pueda dañarlo?
Clemente lo sabe: va a herir a Tomás al que ya le tiene una simpatía inmensa.
Aunque estar juntos al menos un rato, no es poco.
¿Qué implica estar juntos?
No: no es una opción quedarse.
–Tengo Valium para bajar.
–Vamos a necesitarlo, sí. Creo que no voy a ir.
–Ya no fuiste. Lo dejaste plantado.
–Se me hizo.
–Exacto.
–Tomás es más que piel. Es un corazón que palpita.
–Te gusta.
–No sé. No te metas.
–No me meto. ¿Más?
–Sí, más. Me dio sueño. ¿Te quedas?
–Quizás.
–Quédate.
–Dale.

Melt With You

(Fines de los ochenta, comienzo de los noventa)

Tomás recuerda con precisión cuando escuchó «Melt With You» ese día con Clemente en la Lado B. No estaba preparado: se le apretó el estómago, sudó como si estuviera bajo la lluvia, se le doblaron las piernas, sintió electricidad en los dedos. Todo le pareció entre mágico y lógico, como esos finales que, según le comentó una vez Vicuña en el casino del Campus Oriente, debían ser inesperados y, al mismo tiempo, inevitables. Le gustaba esa palabra: «Inevitable». No podían evitarse y no debían. Además, ya tenían el single de la banda sonora de su comedia romántica. ¿O acaso podría convertirse en un drama triste? Tomás se fijó en cómo lo miraba. Le gusto, se dijo. Le parezco distinto, de fiar, simpático, mino a mi manera. Blas colocó el tema. ¿Era un tema sugerido por Josué? ¿O tal vez Blas era algo así como un químico que necesitaba ver cómo dos sustancias reaccionan al mismo estímulo? «Melt With You», le dijo Clemente. No lo dijo sorprendido o reconociendo con cierta alegría el tema, no. Lo señaló de una manera matter of fact, como rotulando, constatando. Se lo dijo porque era inevitable y porque sabía que Tomás amaría la canción y que seguramente no la conocía.

Había tanto que no sabía, me acuerdo. Durante esos ocho meses restantes de 1986 en que estuvimos juntos, Tomás aprendió tantas cosas que a veces sentía que no le cabía todo adentro. «I do love this song». Eso le dijo Clemente. El subtexto era claro: si quieres saber más de mí, entiende mis gustos, incluso debemos compartirlos. Si quieres estar conmigo, debes amar lo que me gusta y yo haré lo mismo. Tomás no se atrevió a mirarlo directo a los ojos, por lo que se fijó en Blas que leía, cree, una revista *Spin* con Billy Idol en la portada. «Por fin. Por fin me hablaste», te susurró, casi sin aire, pero no te puso en ridículo, hizo como que no te escuchó o, quizás, entendió que comentar eso era innecesario e incluso podía arruinarlo todo. ¿Qué le ibas a decir? Empatizaste.

–A los Modern English no los pescan por acá –le acotaste–. Son de Gales. A veces la tocan en la Eclipse.

–Me gustan, Clemente, es como triste –agregó sin entender lo clave que sería el tema para él en su corta existencia.

Sí, era como triste.

Y todo iba a ser triste, sí.

Y por eso escribo esto e intento verme como el Clemente que fui y no como el que soy ahora.

Seguiste analizando la canción, como si entendieras que en efecto este tema los iba a unir siempre. «Melt With You». Fundirse contigo, le dijiste y esbozaste una sonrisa. No se lo dijiste como sugiriendo «esto es lo que quiero» o «esto va a suceder» o «eso me calienta» sino que lo tradujiste. Luego incluso continuaste: no es derretirse con otro, es fundirse, que es parecido, pero no lo mismo. Almas que se funden.

–Es romántico –acotó Tomás, y ahí todo se detuvo y a la vez ahí todo comenzó. Ahí comenzó todo y ahora llegó la hora de contar la historia, el romance, el lazo, el vínculo, la época.

Tomás Mena tiene claro todas las veces que la ha escuchado, tanto de manera espontánea en la Eclipse y hasta en la Concierto como las veces que puso el casete rotulado *Canciones que me recuerdan a CF*. Todo había sido gloriosamente romántico e intenso. De alguna manera, también lo fue todo lo que sucedió post ese encuentro meet cute. Tuvieron unos meses juntos, pero el lazo, el vínculo, sería para toda la vida y a ambos les quedó claro, sobre todo a Clemente, una vez que pasó los cuarenta y luego los cincuenta y se acercaba peligrosamente a los sesenta: nunca tuvo un lazo ni remotamente parecido al que generó con Tomás. ¿O era un asunto de nostalgia, de primer amor, de fascinación de lo que en el fondo no fue? Al partir Clemente a Inglaterra, la relación entre los dos no tuvo mucha capacidad de desarrollarse. Las cartas, incluso los faxes, no podían

suplir el contacto real. Clemente, además, nunca quiso viajar de vuelta: le asqueaba el Chile de Pinochet y desconfiaba de la transición. Era demasiado dinero volver a Santiago cuando Berlín ya no tenía muro y Ámsterdam estaba a noventa minutos. Por su parte, Tomás viajó como nunca, pero jamás se acercó a Mánchester. Quizás a los dos les dio miedo retomar lo que fue, para ambos, casi perfecto. No tuvieron la ocasión de destrozarse o implotar. No se odiaron, no se aburrieron, no se dañaron, no se decepcionaron. Les gustaba idealizarse y recordar todo como un mito fundacional. Cada uno siguió con su vida, en distintos hemisferios. Cuando salían con otros chicos, era inevitable que no hicieran comparaciones.

Al dejar Letras y cambiarse a Periodismo en la Universidad de Chile, Tomás entendió que él se transformó o, al menos, ocupó el lugar de Clemente en Belgrado 11, asumiendo algo así como el puesto del chico pop en la república de los panfletos y miguelitos ese año 1987. Tal como declaró unas décadas después la misma Rossana Lazo en un documental de la Universidad de Chile TV (*El golpe a la Chile*), el fin de la ideología dura comenzó «luego del atentado a Pinochet en el Cajón del Maipo, el asesinato de Pepe Carrasco y la llegada de Tomás Mena y su estela pop al campus». De pronto, y sin aviso, Managua y La Habana dejaron de ser sitios de peregrinación y los nuevos alumnos de Periodismo hablaban de CNN, de la Universidad de Columbia y de las becas que otorgaba el diario *El País* en Madrid. Tomás, en efecto, floreció luego de que Clemente partiera y, de alguna manera, sintió que Fabres y *ropa/americana* le habían pavimentado el camino. Seis años después de esa primera vez que Tomás fue a la disquería Lado B y conoció a Josué, ya era considerado como uno de los reporteros que iban a hablar del futuro y mirar atentos el presente.

Los últimos años de la vida de Tomás Mena se podrían resumir como sobreexpuestos, locos, intensos, desatados y mediáticos. En cuanto Clemente partió a Europa, Tomás dejó Letras y se matriculó en Periodismo. Su vida siguió sin él. Pasó de tener un aliado-socio, de tener contención y afectos, a vivir el fin de la dictadura y la promesa de la democracia en medio de un espiral descontrolado.

Tomás buscó compensar la pérdida transformándose, de alguna manera, en Clemente. En Belgrado 11 conoció a otra gente, sacó ocho números más de *ropa/americana*, convocó colaboradores, entre ellos, Camilo «Manga» Fernández de Talagante que era especialista en «erotismo y contraculturas», además de tecnología y todo lo oriental. Tomás comenzó a tomar riesgos: va a castings, Norambuena le ofrece ir a hacer shows eróticos al departamento de Jaime Guzmán. Acepta. Sale del clóset con su familia, se droga, entra al diario decano y estalla su prosa. Con la Pocha arman una dupla y vive la vida que está

adelantándose al fin de la dictadura y a la llegada de la democracia y su movida. Se hace amante esporádico y luego gran amigo de Javier Jara, un publicista promiscuo con una inmensa cicatriz diagonal en la mejilla derecha. Entabla complicidad con dos chicas (Titi & Michi) que diseñan ropa para hombres y son pareja sin esconderse. Apoya a cineastas retornados y poetas arribistas de regiones. Pololea con Gianluca Solari, el actor de *Techo/estrellas*, aunque este dice que son superamigos, porque comienza a participar en telenovelas «y debe cuidarse». Terminan en un viaje a Montevideo. Tomás deja El Llano y deambula por departamentos y roomies que cada uno da para cuento (Javier Jara; el Pinganilla Ruiz; Lucas Chong, el controlador de la Eclipse y futuro productor musical top; Valeria Rosas, cuando aún estudiaba Letras y a la que conoció una vez en el metro). Luego se va a vivir solo al Forestal, a un edificio Kulczewski (Merced 268) que le arrienda Tadeo Aznar. Comienza a vivir promiscuamente, a probar de todo con todos. Se aleja de su familia, su madre se la pasa en la casa de la playa, no los visita, le interesan poco, le parecen unos fachos. Aparece en una foto de *La Segunda* bailando en medio del teatro Esmeralda al lado de un chico disfrazado de Madonna y una chica en toples. Tomás aparecía al centro, besándose con Gianluca. «Orgía gay con apoyo estatal: el escándalo de las Spandex y la degeneración de la Concertación». Su madre lo llamó llorando. Se juntaron a tomar helado. Tú que ahora tienes influencia, haz que se retracten. Tu padre está destrozado. Todos lo comentan. ¿Te estás besando con un chico? Sí, le dijo Tomás. Sabes que soy gay desde los ocho años, te fascinaba. Pero no así. ¿Qué le digo a tu padre? Que te vas a separar, que es un tarado. Opta por mí y déjalo. Y que me pida perdón de rodillas.

Su madre no lo hizo, no la volvió a ver.

Empieza a juntarse con la gente incorrecta, desaforada: losers con onda, cuicos rebeldes, lumpen arribista, artistas fracasados, famosos por un rato, dealers-que-convidan, intelectuales densos, reporteros ambiciosos, actores tratando de entrar a la tele y esos a los que todo «les importa un pico».

Es parte de la movida Spandex. Acceso al exceso y a los que creen que Santiago es Nueva York en los setenta. Tomás se pasea entre todo el puto red set, la aristocracia de la transición y bandas de periodistas engrupidos. Drogas y medios masivos: radio, tele, *Extra Jóvenes*, *Ene* TV, programa en la Concierto, el guion de una peli freak que nunca se rodó. Tomás no duerme, la noche es joven y nunca termina. Columnas, crítico pop, niño mimado de la élite, editor cultural de la nueva revista SCL de la Telefónica y símbolo absoluto de la meritocracia. Del 87 al 91, Tomás vuela muy alto como periodista joven, cuentista esporádico, influencer adelantado, novelista secreto.

El año 1991, la editorial Planeta se contactó con Tomás Mena para pedirle que escribiera un libro. El boom de la nueva narrativa estaba a full, es cierto, pero también estaban apostando por crónicas, reportajes, lo que fuera. El éxito alucinante de *El evento*, de las malvadas Totó Romero y Ximena Torres Cautivo, había demostrado que el olfato periodístico podía producir un tipo de libro que «capturara el zeitgeist» y que fuera muy comercial. Daba lo mismo si era desechables. Tomás, que escribía en varios medios (*Wikén, Mundo Diners,* SCL), además de lo de la radio Concierto, pensó contraatacar y ofrecerles una novela. Pero, aparte de unos cuentos escritos durante su breve paso por el taller de Mauricio Wacquez, lo cierto es que era su firma y sus crónicas y columnas lo que el editor adicto a la cocaína y los trajes de diseño quería.

Tomás Mena contactó por fax a Clemente Fabres en Mánchester, Inglaterra, y le contó su plan. No editar nada «noventero», pues la década estaba recién partiendo, y mirar hacia atrás. Destilar lo que hicieron (juntos y por separado) entre los años 83-88 cuando escribían y editaban el fanzine *ropa/americana.* Tomás pensaba que recopilar el material de esos años era una mejor manera de debutar. Una antología de los dos. Le comentó que era clave, además, usar las crónicas bizarras que publicaron hacia el final del fanzine. *Casting* tiene que ir, le escribió Tomás. Solo sí incluyes *Corazón de poeta*, *Barrio alto* y *Rotar*, le respondió Clemente desde Inglaterra.

Durante los años del fanzine, ambos colaboraron con distintos medios, pero siempre publicaban la primera versión (a veces más larga, sin editar o sin minicensura) en *ropa/americana*. Tomás Mena seleccionó lo mejor o, al menos, lo que le parecía «más freak y digno de recordar» y armó el libro *La era moderna*: *lo mejor de ropa/americana.* Apareció en librerías en junio de 1991. Tomás fue a todas partes a promocionarlo, pero ya hacia el año 92 la editorial tomó la decisión de saldarlo porque el libro no encontró un público lector.

La noche de Año Nuevo de 1990, la Pocha celebró una fiesta en la casa de sus padres en La Dehesa para darle la bienvenida a la última década del siglo. Solo se tocó música de los ochenta. Al lado de la inmensa piscina, Tomás, muy borracho, se enredó con Augusto Blanchard, al que no veía desde que circulaba con Clemente. Augusto le dijo: «Otra vez cerca del agua, esta casa tiene jacuzzi».

Blanchard había crecido y era menos lindo, pero sí más guapo. Lucía una barba rojiza. Terminó Periodismo en la UC y venía llegando de Navarra, la universidad opus dei que tanto le gustaba a la élite local, donde hizo un posgrado. Ahora estaba en *El Mercurio*, en «Espectáculos». «Pensé que optarías por «Artes y Letras» con el raro de Swinburn o el «Cuerpo D» del domingo». «Deseo seguir ligado a las

artes», le contestó coqueto Blanchard. Era una noche calurosa, no había refrescado. Se abrazaron fuerte, lento, compulsivamente, a las doce. Blanchard vivía cerca, con sus padres. «Mi novia está en París, con su familia». «¿No estaba en Bahía Inglesa?». «Buena memoria, Tomás. De hecho, es la misma. La Ceci es conservadora». Los dos terminaron en el jacuzzi, en calzoncillos, comiéndose, como ya se empezaba a decir. Augusto pasó todo el primero de enero de 1990 follando con Tomás en el departamento que este arrendaba con Blas Forttes en lo que ya se empezaba a denominar el Vaticano Chico, en el antiguo barrio de Clemente.

Tomás sale con varios chicos, pero siempre vuelve a Augusto. Estamos en los noventa, ya llegó la alegría y la locura. Todo crece, nada se detiene. Terminan trabajando juntos. Augusto tiene contactos, consigue dinero para *ropa/americana*, se infiltran y se toman *Plano general*. Blanchard tiene santos en todas las cortes, en especial en *El Mercurio*. Juntos logran dominar la parte cultural del poderoso diario. Se hacen amantes, aunque Augusto insiste en «lo cercano que se siente» con su novia, que estudia Economía. Tomás no la pasa mal con él, trabajan bien, y cuando Augusto no puede, busca entre la nueva oferta del Santiago noventero. Pero en la cama, por un tiempo, son dinamita. A Augusto, eso sí, le gusta explorar, pero no abrir la dupla. No por celos, le dice, sino porque esto para él «es una etapa, es temporal», recalca. «No soy gay, soy joven». Tomás le responde, duro, jalado, borracho: «No eres tan joven y eres ultragay, Augusto. Asúmete». Se dejan de ver diez días y luego regresan más apasionados y tóxicos que antes. Augusto no lo presenta en su verdadero círculo (nunca ha ingresado a su fortaleza en San Damián), pero de que son una dupla creativa y ambiciosa, lo son. Los dos viajan, reportean, consiguen exclusivas, junkets, one-on-one. Cine, rock, todo. *ropa/americana* desaparece, pero Tomás agarra vuelo en la radio, la tele, el diario. Se hace amante de rockeros, actores y amigo de chicas top (modelos, diseñadoras, actrices, gestoras culturales). Blanchard siente celos, rabia, dudas. No es gay, insiste, tiene novia, pero se enamora perdidamente. No acepta que Tomás no quiera nada con él. «Me da lata salir con huevones que tienen polola». Augusto se acerca a la jefa, la infame y ahombrada Asunción Ponce de León, cuya meta es una cruzada conservadora antipop en el seno del suplemento de espectáculos «Wikén». La Ponce de León era de una clase media arribista y negaba su sangre de clase alta boliviana, porque sabía que los chilenos despreciaban todo lo boliviano, peruano, ecuatoriano y latinoamericano, excepto a Argentina. Su capacidad de entender las necesidades y pavores de la élite para la que escribía merecía un cierto aplauso. La Ponce entendía en su médula el resentimiento de abajo, pero empatizaba con el terror sexual que sentía la Iglesia por todo lo

nuevo y comulgaba con la necesidad de cerrar las fronteras y sospechar de todo lo foráneo que alterara las mentes de los jóvenes. Por su inseguridad social, física e intelectual optó por parapetarse detrás de ideas, fobias y prejuicios de aquellos que le pagaban el salario y a los que quería servir para sentirse parte de algo mayor. Augusto, por su lado, no solamente tenía daddy issues sino mommy issues. Lo liberal le atraía tanto como lo repelía. Estaba dispuesto a todo con tal de no perder sus privilegios heredados.

Tomás escribe una novela (*Ciertos chicos*, usando además los apuntes y cuadernos de Josué Nilo). La imprime, fotocopia, anilla y decide guardarla. Quizás podría ir a Mánchester a pasar una temporada con Clemente, y así mostrársela, pedirle su bendición.

Tomás huevea en Viña con Josh Remsen y Pascal Barros. Cubre el Festival, reportea en Río de Janeiro, va a la entrega de los Oscar, a recitales y eventos por todas partes. Viaja al Festival de Venecia con Blanchard, van a saunas en París, orgías en Milán. En Santiago, Tomás comienza a hacerse muy amigo del Halcón Osorno, un estudiante nuevo en Periodismo, que desea fama televisiva. Es lindo y no paran de conversar y mostrarse textos. El Halcón Osorno vive solo en un departamento chico en Vicuña Mackenna, que se vuelve la segunda casa de Tomás. Con Javier Jara forman un equipo y viven la vida de la tele, la publicidad, la noche. A veces, Tomás y Javier arman tríos con otros («con los recién llegados de la provincia»), pero comprenden que ellos dos solo pueden ser amigos. Todo comienza a venirse abajo cuando, luego de toparse en el funeral de un veterano crítico de cine amigo, fundador de la revista *Plano general,* Tomás y Augusto se enredan, follan, se curan. Blanchard desea volver. Tomás le dice que fue un remember, que ambos estaban sensibles. Augusto comienza a perseguirlo. Finalmente hablan y Tomás, empoderado, le dice la firme: no desea saber nada de él. Tampoco que trabajen juntos ni verlo de nuevo. Tomás cree que fue duro, pero así son, a veces, las rupturas. Le dice que asuma que es gay, que termine su extraño lazo con su novia-no-novia-amiga.

Al día siguiente de esa discusión, Tomás va al diario a dejar su columna («Vox Pop», sobre la cinta *Punto de quiebre*). Lo convoca Asunción Ponce de León, toda de negro. En su oficina está Augusto Blanchard desencajado, con los ojos rojos. Al instante, llega el subeditor, hijo del dueño. Interrogan a Tomás y ella le dice que ha sabido cosas horribles, intolerables. Que Augusto le contó todo: que son gays, amantes, que usan el diario para esparcir ideas, que Tomás se droga, que le es infiel a Augusto, e incluso le ha pedido a Blanchard que deje el diario. Augusto llora y dice cosas como «soy joven», «estoy confundido», «se ríe de que soy cuico», «desprecia *El Mercurio* y dice

que siempre miente», «es un clasista». Tomás se fija en lo roja que se ha puesto la piel pecosa de Augusto. Se ve suicida, descontrolado, peligroso. Intenta defenderse y negarlo todo. Dice que no es tema su vida privada. Ella insiste en que sí. Blanchard le grita, saca unas polaroids de Tomás desnudo en Buenos Aires con él. Tomás reconoce que sí, que han tenido intimidad, pero que es tema de ellos. No porque «terminen», debe afectar su trabajo en el diario. «La Mariana Santander se acaba de separar del editor internacional y siguen acá», acota. «Ellos tienen hijos», responde la Asunción, que está pálida. Augusto entonces dice: –Yo, además, tengo polola y me voy a casar.

–¿Tú tienes novia, Tomás?

–Tengo chicos, por ahí, por allá. No he encontrado pololo aún, pero cuando lo haga, te lo presento.

Tomás es despedido del diario.

–Tu hijo, a todo esto, es mino, es fan y me lo comí con Josh Remsen en el O'Higgins durante el último Festival de Viña.

Llega a su casa, destrozado. Todos lo miraban. Al rato, lo despiden por teléfono de la radio. Luego, de la tele. Le cancelan su columna. Finiquitan su contrato de editor en la revista de la Telefónica. Decide ir donde su mejor amigo hetero de esa época, José Miguel Osorno, alias el Halcón Osorno, que luego de ser la estrella de Belgrado 11 (a pesar de casi nunca ir), ingresa con toda su ambición a Teleonce donde pronto pasa de producción a frente a las cámaras. Tomás le cuenta a Osorno todo: esto provoca el pánico del Halcón quien no desea verse involucrado en «escándalos mediáticos». Le pide a Tomás que no se junten más, que no puede arriesgar su carrera. Tomás va a su casa de El Llano en su auto y le cuenta todo a su familia. Su padre lo echa y su hermano le pega.

–No por maricón, que siempre lo supimos, sino por poner en vergüenza el apellido y el honor de la familia.

–¿Qué honor? ¿Qué familia?

Tomás se disocia esa noche. Llama a Javier, el chico de la cicatriz, su verdadero amigo, buscando contención. Este le dice que está consolando a Augusto. «Lo supe todo, amigo, pero el colorín está desolado porque Sandra supo del pelambre y rompió con él y además todo Santiago está comentando lo del pobre Augusto».

Tomás entiende de inmediato que se ha quedado solo y no puede contar ni siquiera con Javier Jara.

Va a su departamento, pesca un bolso, su novela impresa, su computador Apple Macintosh que coloca en una caja envuelta en una frazada, además de libros y videos. Parte rumbo al norte, a Tongoy o Los Molles. Pero esa noche hay una fiesta Spandex. Pasa entonces donde un dealer que se cree actriz por avenida Matta y compra jale. Toma vodka Absolut. Mucho vodka. Folla con un chico que estaciona

autos en el parque Almagro. Sin condón. Estaciona cerca del teatro Esmeralda y entra a la fiesta. No lo dejan entrar por conflictivo. Está alterado, grita. Huele, suda. Se agarra a combos con unos cuicos. Uno lo cacha de la tele: este es gay, le dicen. Tomás sangra. Se topa con unos amigos de unos amigos de la Pocha que apenas conoce: Benjamín, Bryan y Moisés. Los invita al norte. Pasan por su departamento frente al Forestal. Follan entre los cuatro. Luego parten, borrachos, jalados. Comienza a llover en la 5 Norte. En la radio de La Calera suena «Melt With You» de Modern English.

En la bajada de la cuesta El Melón, Tomas cierra los ojos, ido.

Piensa en Clemente y en que todo sería distinto si no se hubiera ido.

Choca con un camión. El auto se prende fuego. Se queman todos y todo, incluyendo la novela de la cual Javier había leído un fragmento. Una historia titulada *Ciertos chicos*.

Tomás murió el 22 de noviembre de 1991 con apenas veinticuatro años.

Fue incinerado y esparcieron sus cenizas en la playa de San Carlos.

Ausencias

(¿El futuro de Chile dónde está?) **Tomás escucha una cinta** en su walkman con temas de bandas chilenas nuevas que aún no han sacado su disco oficial. Camina con su tranco largo por la calle Alcalde Pedro Alarcón. De fondo, casas bajas de fachada continua de todos los colores. El TDK es un popurrí de demos grabado directo de la Eclipse que le pasó Sal-de-Frutas. Desde mayo, todos los domingos la radio emite el espacio *Demos más,* conducido por Liminal, donde el locutor intelectual analiza y especula acerca de cada tema «in progress y en camino a la eternidad».

Toda banda que se respete desea que sus demos se emitan en ese espacio para que Liminal opine, comente, analice y hasta haga pronósticos de sus nuevas creaciones.

«Este tema ha nacido para quedarse y ser parte de nuestra banda sonora. Lo tocamos en diciembre pasado, tarde. Este es el demo final antes de entrar a grabar, me comentó Carlos. Estos chicos trasplantados son hermanos y sí, se quieren. Son los Nadie. Me gustan mucho. Este tema me llega. Es triste. Grábenlo».

Muchos lo graban.

Liminal tiene cada vez más poder.

Lo que suena en los oídos de Tomás Mena (y que Liminal adelantó la semana pasada, antes de la «Muestra colectiva 4 cabezas, 8 ojos» de la Galería Bucci) se llama *Ausencias.* Es de un grupo chileno formado por unos hermanos españoles de paso. Hijos de un empresario. Dos chicas, un chico lindo, los tres hermanos, más unos chilenos. El grupo pop se llama Nadie.

Ausencias.

Clemente brilló por su ausencia.

No llegó a la expo.

Lo dejó plantado, lo destrozó por dentro, lo hizo vomitar a un costado del cerro, entre las plantas húmedas, mientras Martín Portales le decía: «Quien sea que es, debería estar honrado, el cobarde; vomitar por amor significa que viene de adentro».

El tema de Nadie con sus ecos, sus gritos desesperados, lo atrapa, estrangula, lo hiere; no quiere dejarlo, lo repite, rebobina. La canción –y Clemente– se ha colado dentro de su sistema y lo ha llenado de una curiosa melancolía celebratoria.

«No estoy *No tengo razón ni fe* No, no tengo motivación / No estoy...».

Tomás siente eso.

Eso era: no estaba, simplemente dejó de existir cuando ya eran las ocho y media de la noche y supo que Clemente ya no había llegado. Ni que iba a llegar. Jorge Said encendió sus focos para la nota para su segmento alternativo «El under al instante» para el programa de panoramas y cultura pop juvenil *Extra Jóvenes* del Canal 11, que conducía la chica del Pepsi Challenge.

«Oh no tengo un corazón / No, no, no, no, no estoy».

No iba a llegar, no llegó.

Tomás se quedó ahí, intentando sonreír.

Saludó a su nueva amiga Caluga que le dio un piquito en la boca.

Estaba, en efecto, todo el mundo, tal como lo pronosticó Clemente, todos menos él.

«Ten un poco, *ten un poco...* Ten un poco de compasión».

Llegaron músicos, pintores, actores de la tele y el teatro. Martín Portales apareció con una bufanda lila y lentes con marcos amarillos. Besó en la mejilla a Víctor, el vecino de la Pocha, que estaba vestido como aviador ruso. Tomás tomó mucho. Miró los cuadros. Uno de Enzo Miranda lo conmovió, era una inmensa pintura donde había dos chicos en el metro, tomándose la mano, que compartían muy de cerca la música de un walkman a través de un solo par de audífonos. Luego conversó, mareado, asqueado, distraído, con Lucio, al que no conocía. Galdames, impregnado de gel, no paró de hablarle: de las fiestas-como-antros-de-oposición y de que Las Nefertiti no se separaban. Una chica llamada Bernie le tomó una foto junto a Los Pinochet Boys que estaban con un punki muy delgado y se reían con Juan Pablo Andreani.

«Solo queda la depresión, *Solo queda, solo queda* Solo queda depresión».

Tomás camina por la noche, procesando los demos nuevos, mirando el humo mezclado con las nubes que refleja el nuevo color

cobre de ciertas luminarias.

Piensa en posibles notas, apuestas, reseñas. Eso es lo que puede hacer el fanzine: adelantarse. Llegar antes que la prensa tradicional. Pero luego piensa: «Qué fanzine sin Clemente».

¿Y si fundara uno con dibujos de la Caluga y los repartiera en la tienda Bitter Lemon?

Dobla al sur por Chiloé, mientras se cuela en su tímpano un tema que Liminal no ha anunciado, simplemente lo dejó caer en las ondas. Sin aviso, las voces de la adivina/mentalista Yolanda Sultana que conversa con Carlitos Sapag de la radio Colo Colo ingresan a sus oídos. No entiende qué sucede, pero sigue escuchando. Se acuerda de su abuela, que era fan de la pitonisa. Una vez su madre fue a la consulta que tenía la Sultana en Alameda cerca del metro Ecuador y no habló en tres días. Tomás cree estar escuchando un programa de esos de predicciones de fin de año, pero luego se da cuenta de que es una canción extraña y experimental y que debajo de esta conversación radial suenan unos sintetizadores y las voces comienzan a samplearse, a repetirse como en un estado febril: ¿El futuro de Chile dónde está?

¿El futuro de Chile dónde está?

¿El futuro de Chile dónde está?.

Tomás mira las panaderías, con sus berlines, marraquetas, dobladitas. Pasa frente a un videoclub que ofrece películas que se estrenaron hace poco y cintas que nunca se emitieron en cines chilenos. Duda: podría entrar a mirar, recorrer los cortos pasillos, pero no, se pone ansioso.

Necesita calmarse, curarse, pensar en una estrategia.

Pasa al frente de un precario restorán chino vacío con una familia oriental dentro mirando la telenovela *La villa* del Canal 7.

Eso fue, comenta Liminal, el primer corte del álbum *¡Viva Chile!*, así no más es.

«El tema se llama igual que el disco homónimo. Qué miedo, ¿no? Dice cosas sin decir, pero yo no he dicho nada. Son los Electrodomésticos, algunos ya los conocen o los han visto por ahí en algún subsuelo de esta capital en ruinas, pero pronto todos podremos acceder a ellos. El disco se lanza en septiembre, pero ustedes lo escucharon aquí primero, ¿no es así?».

Son las ocho de la noche.

Tomás camina, deambula, se pierde hacia el sur, no tiene apuro, no tiene ganas de volver a su casa. Recorrer estas calles que conoce bien de otras caminatas (o yendo a estudiar donde compañeros) lo calman. Ahora que ya no es del todo virgen, ahora que tiene experiencias, ya ha cruzado una línea, siente que está ingresando a otro mundo. Volver

al suyo entonces coloca todo en perspectiva. Pero el otro universo lo llama, lo clama, lo seduce. Es definitivamente algo subterráneo.

Liminal comenta: «Se pueden reír, mofar, levantar las cejas y hacer rodar los ojos, pero el under es lo que une todo y a todos. Una vez que has estado adentro, no es que no puedas salir a la superficial superficie, es que no quieres. No puedes. No puedes volver a subir hacia el aburrido y convencional mundo de los zombis anestesiados que habitan los aburridos y predecibles barrios por donde circulan los otros. Es jueves y luego ya saben lo que tienen qué hacer: escuchar *Quédate conmigo* a las 22:00 horas: radio Eclipse FM, 99.9 del dial, con nuestro Neón».

Tomás sigue vagando sin rumbo.

«Falta mucho para el futuro, lo sé, pero a veces, aquí, en *Demos más* damos en efecto más. Te traemos temas del pasado y del ahora y del casi-presente que van a perdurar. En cambio, lo que tocan los otros, la puta competencia, será recordado como chambonadas aspiracionales y puros one-hit wonders que luego no van a maravillar a nadie. Excepto a esos nerds que van a dar paso a los incels del futuro. Acuérdense de mí. Esta no es Moscow FM transmitida desde la capital del imperio dictatorial del proletariado. En Eclipse creemos en el futuro. Eclipse: tu alternativa pirata».

Tomás se detiene a amarrarse los zapatos. Intenta olvidar lo del otro día. Cuatro cabezas, ocho ojos, pero la única cara, los únicos ojos que quería ver no estaban.

Trata de pensar en otra cosa.

No puede. Todo regresa, se queda en su mente y arde. Conversó con Edison Huerta, el poeta, recuerda. Huerta lucía un abrigo que parecía un búfalo atropellado. Se instalaron en la vereda de calle Huérfanos, a la salida de la Galería Bucci. Necesitaban aire. La galería era tan pequeña que no todos cabían. Lo importante sucedía en el subterráneo.

«Por fin el under se congrega bajo tierra», le comentó Edison con su peinado nuevo de oficinista de los años cincuenta.

Arriba, al aire libre, todos fumaban (cigarrillos, pipa, tabaco, marihuana).

Edison se hacía el que despreciaba lo pop, pero no paraba de mirar a los famosos supuestamente alternativos que en la tele representaban los roles más conservadores.

«Qué distintos se ven», dijo, y luego: «No sabía que esos dos eran pareja. Como siempre hacen el rol de padre e hijo».

Tomás miró el minimundillo que empezaba a conocer: Tadeo Aznar, Derek Ashmore, Augusto Blanchard con su nueva pinta de intelectual que le sentaba, el cantante Katashi de la Torre, ese Lucio

Galdames con tanto gel en el pelo.

La Pocha apareció algo ebria. Andaba con el intenso del Néstor Castaño que lucía pantalones blancos de raso. Llegó con casi todas las Nefertiti que estaban ensayando con Vicente Ruiz esa tarde. También circulaba, algo perdido, Francisco Moraga.

La Pocha le susurró: «El único símbolo sexual de la movida que sabe de sexo».

Excepto, quizás, Martín Portales Balmaceda, pensó Tomás, que lo consoló esa noche de la inauguración. A pesar de todo el episodio horny miniorgía en la Bitter Lemon, Martín lo trató más como un nuevo amigo o alguien muy íntimo más que como un ex o alguien desechable con quien se había involucrado por error o de curado. Lo cierto es que esa tarde en la tienda de ropa usada a Tomás se le había abierto un mundo. Un mundo de emociones nuevas y una sensación de libertad asombrosa que no se comparaba con nada. Todo ese encuentro-inesperado-entre-cuatro fue pura buena vibra. Estos desconocidos pasaron a ser casi familia. Lo más raro, además de quedar con sus dedos impregnados de los aromas de los tres (aunque no sabía cuál era la esencia de cada uno con claridad), es que no hubo intento de tener que consolidar algún lazo con un cierto rótulo ni menos apareció algo de culpa. La Caluga lo dijo perfecto: «Fue algo que fue, pero ya fue y los amo, gracias».

Tomás camina y se fija en los adoquines gastados.

El casete se ha terminado y no quiere darlo vuelta.

Escucha el ruido de la ciudad de noche, en invierno.

Pensó que le daba más culpa masturbarse que tener sexo con desconocidos simpáticos.

Lo de la Bitter Lemon lo dejó caliente de más, con ganas.

Así que esto era vivir, ser libre.

Cuando pensaba en cierta gente (ciertos actores, ciertos chicos, en Clemente), a veces se sentía mal o sucio o confundido.

Esa tarde, cuando todos terminaron, Rebeca encendió un incienso y todos fueron pasándole ropa, prendas, looks a Tomás, que estaba desnudo. Caluga le reservó desde el teléfono rojo de la tienda una hora en la Peluquería Francesa. Cuando ya estaba vestido con un nuevo traje de ropa vieja, pagó (Rebeca le hizo un manso descuento) y se despidió de besos de los tres. Salió contento, relajado, como si lo que hubiera pasado allá adentro hubiera sido un simple juego y no una transacción o algo que muchos consideraban un tabú. Ahora los conocía más y se conocía más. Quizás estaba alcanzando algo de la inmensa experiencia que, se imaginaba, tenía Clemente. Eso lo hizo sentirse mayor, o más seguro, porque ya entendía cómo todo funcionaba.

Las cosas no eran como en los videos porno ni en las revistas y lo

que pensó que no podría gustarle fue justamente lo que le gustó más: la revelación de que era más sensual dar placer a otro. Ver cómo se entregaban era superior a solo recibir. Esta lección le había parecido cercana a una clase magistral.

Antes del encuentro en Bitter Lemon, no sabía nada de Martín Portales Balmaceda, excepto que al parecer le gustaban los roles de chicos mártires o confundidos y que no tenía problemas en desnudarse en escena y que, curiosamente, estaba circuncidado. Habían tenido algo y no fue algo menor. Hubo besos, sonrisas, lenguas. Por eso, cuando se toparon en la Bucci, Martín Portales lo miró y le dijo: «A ti, hermano, algo te hicieron, algo grave te pasó».

–Dime. Te tengo, ¿lo sabes?

–Sí. Gracias, lo sé. Tengo pena, me duele acá el pecho.

–Tomemos aire, necesitas aire.

–Te necesito cerca, Martín.

Subieron entre la fauna new wave que miraba directo a las cámaras de video. Ahí le contó. Y al entender que lo habían «dejado plantado», Tomás comenzó a llorar.

Martín lo abrazó.

Lo hizo caminar.

Le dijo que la vida estaba muy convulsionada.

–Los chicos confundidos en tiempos confusos pueden ser un peligro. Tu chico claramente lo está. Perdido, interferido, mal. Yo viví esas mismas sensaciones en el colegio, incluso en el mundo del teatro. Cuesta entender quién uno es, pero después te permite volar.

–¿Sí?

–Sí. La gente tiene miedo de amar y hay tanto tanto tanto miedo, hermano. Eso es lo que pasa, yo cacho.

Tomás cruzó la calle Santa Lucía de la mano de Martín.

En los jardines del cerro, vomitó.

–Un consejo, Tomás. O quizás dos: la vida es demasiado corta y no te mereces este trato. De nadie, aunque te parezca el más perfecto de los matchs. Herir a otros es algo que no se hace. ¿Cómo se llama el asesino en cuestión?

–Clemente –le dijo.

–Le faltó clemencia, ¿no crees? ¿Es mino?

–Muy.

–Peor. Aléjate de él. Corre antes de que sea tarde.

A la altura del Gimnasio de la Federación de Boxeo, Tomás se detuvo.

El aire tibio, sudado a cuero y a cuerpo de hombre, se escapaba por la angosta puerta.

Ingresó unos pasos y vio a un chico delgado, bajo, peso mosca, entrenando. Su padre y su hermano Aníbal seguían el box y a veces

iban a las peleas. El que entrenaba era Chifeo Mendoza, que siempre se levantaba cuando caía a la lona.

Tomás pensó ahí, en ese instante, dos cosas: que algún día iba a escribir de ese peso pluma y que, tal como Chifeo Mendoza, no se iba a dejar vencer. Se iba a levantar e iba a tomar el destino en sus manos. Quería ser parte de *ropa/americana* y deseaba, aunque fuera por un tiempo, también ser parte de la vida de Clemente.

Nunca lo volverían a dejar plantado.

El guapo de Martín Portales Balmaceda podía ser un ángel y tierno, pero no conocía a Clemente. Tomás no iba a seguir su consejo: no iba a huir ni a alejarse ni a correr lejos. Para nada. Martín era un actor y le pasaban los libretos, lo dirigían. Le dicen lo que tiene que hacer. Él se iba a dirigir a sí mismo. Era un héroe y no podía perder antes de que finalizara todo. Iba a levantarse del ring, iba a cambiar el destino, iba a ganar por knockout.

Clemente tenía miedo, pero todos tienen sus procesos, historias, trancas. Él, quizás, había tenido, dentro de todo, más suerte, una vida más normal. Nunca tuvo que cambiar de continente, costumbres, idioma.

Tomás iba a salvar a Clemente.

Se iban a salvar juntos para lograr cosas importantes.

Eclipse total
(o cómo una radio alternativa iluminó el apagón cultural) **Todos los canales** han terminado sus transmisiones, lo mismo que las otras radios. Eclipse es la voz de la noche. Sus cerebros lo tienen claro: el toque de queda les juega a favor. Es más: la dictadura les da épica. La izquierda no entiende nada y la derecha se hace, como siempre, la que no entiende o no quiere o no puede entender.

«Desde 1984, el año de Orwell, tratando de iluminar el apagón».

Si Pinochet cae, la radio también cae o se volverá irrelevante. Está más que claro y no hay problema. Si la alegría algún día llega, se acaba el proyecto. Si el arcoíris de colores se visibiliza, la apuesta se legitima y el triunfo crece. Si ser raro, puto, freak o torta se normaliza, la emisora se va al carajo, aunque el estado de las cosas mejore. Eclipse es instrumental, táctica. Mientras el país sea provinciano, mientras los hijos de los obreros no estudien, no tengan conciencia y no se empoderen, mientras la misma élite siga en sus puestos clave, la Eclipse crecerá. Su meta es desintegrarse; si esto no sucede, es que todo lo hicieron mal, pésimo. Ellos no quieren ser diversos, quieren que el país lo sea. La revolución se come a sus hijos y entienden que deberán comerse a sí mismos antes de bajar las cortinas. Irse cuando se está arriba. Pero queda mucho por hacer. Eventualmente, deberán irse, volverse irrelevantes, tal como sucederá con las revistas de oposición. ¿Se puede ser resistencia si uno está en el poder? No, obvio que no. Un antagonista transpira, se agita, grita, intenta derribar los muros, es mejor ser David porque nunca hacen películas ni canciones ni cómics de Goliat.

Es cierto: no hay peor tristeza que dejar de ser oposición y pasar a

gobernar, decía Neón mientras sorbía su mate. Lucas Chong lo escuchaba, casi mudo, como siempre, y pensaba en sus dos pololas. ¿Era eso tener doble vida o debía lograr que su vida fuera doble, ampliada, y salir los tres? Liminal insistía al aire con la luz roja encendida: «Como dice el escritor Kurt Vonnegut, el verdadero terror consiste en despertarse un día y darse cuenta de que tus compañeros de curso están manejando el país».

«La radio era más que una estación FM; era una célula, un grupo armado que no aceptaba las reglas y quería cambiarlas», le comentó Lucas Chong, alias Lucas-Fuera-de-Control, el radio controlador jefe, a los autores del libro *Eclipse total*.

El alcance de la radio llega por el norte hasta Colina, mientras que por el sur no logra cruzar Angostura. Quizás por eso algunos chicos de Champa, Hospital y Paine son adictos y organizan bandas de covers pop para el Festival de la Sandía, mientras que en la cercana San Francisco de Mostazal los chicos son aficionados al metal y no saben quiénes son New Order. La Eclipse es de culto en Linderos, sobre todo entre los chicos tipo Forestín que trabajan en los criaderos de árboles y plantas y usan mamelucos sin nada abajo. Dependiendo del viento, las ondas llegan a Melipilla hacia el poniente y se cuelan fuerte en El Monte, Talagante, Peñaflor, y en toda la cuenca del barroso Maipo. Los cerros secos son el enemigo de la Eclipse. El Chena interfiere la señal en San BK, por ejemplo.

A mediados de los noventa, cuando la radio ya no era lo que era y casi no quedaba nadie de la mafia fundadora, fue rebautizada con el provocador nombre de Estallido FM («Tu revolución musical, las veinticuatro horas del día»). Pudo estabilizar y ampliar su frecuencia. Los nuevos dueños, unos venezolanos, invirtieron en antenas, llegando incluso desde Los Vilos a Temuco, pero ya era muy tarde. La Rock & Pop la pulverizó. Eso que antes se llamaba globalización y hoy hiperrealidad los hizo no tener una misión. Querían imitar la moda, no destrozar la mediocridad estancada. Estallido FM dio paso a Port Chili FM («Écouter la musique divine»), una radio religiosa/evangélica en francés y español para el creciente grupo haitiano, que emitía desde unas oficinas ubicadas arriba de una carnicería al frente de la plaza de Quilicura.

Pero a mediados de los ochenta, la Eclipse dependía del viento y del clima y acaso del azar. Era una radio oficial que parecía pirata, capaz de sortear la censura, con sutileza, creatividad, un lenguaje críptico lleno de anglicismos.

«Cada vez que no ayudas a tus amigos, le pavimentas el camino a tu enemigo», insistía Liminal al aire con esa voz de me-importa-y-no-me-importa-y-ando-pajero-y-horny-pero-quizás-no.

«La estética es nuestra ética. Lo verdaderamente inmoral, chicos, es no tener moral. ¿Me entienden?».

Según se constata en el divertido y «copuchento» libro de Allegra Bosch y Javier Correa *Eclipse total (una biografía coral): cómo una radio alternativa y la cultura pop joven iluminaron el apagón cultural de Pinochet y derrotaron el establishment social* (La Pollera Ediciones, 2021), los chicos eclipse «odiaban con fervor» y «hacían de lo arbitrario la norma».

«A los que nos gustaban, les dábamos como caja», les declaró Liminal a los dos autores vía Zoom.

La emisora pasaba sin problemas el cedazo de Dinacos y el resto del aparato de censura. La represión gubernamental se alteraba con la prensa escrita y los noticiarios de las radios. Se encendía la alerta con toda la música de ciertos cantautores temidos y despreciados, específicamente artistas con barba y cubanos. Pero hasta ahí llegaban, porque nadie en el frío edificio de Dinacos sabía inglés ni poseía cultura pop. Nadie en el poder militar entendía que tocar todo el día (sí, todo el día) «Putting Out Fire», el extendido y misterioso tema de David Bowie, la jornada después de que quemaran a Rodrigo Rojas de Negri y Carmen Gloria Quintana, era una forma emocional y enervante de protestar. La canción en efecto sonó más de doscientas veces ese día.

Tomás no tuvo que encender la tele o ver los diarios.

Cuando despertó ese 3 de julio supo que por las protestas del día anterior algo horrible había pasado.

Entre cada emisión del tema, Neón aparecía y repetía la misma frase con algo de reverb, ese efecto sonoro que le daba a su seductora voz un matiz espectral, como si saliera de un búnker.

«Del fuego, brotan cenizas. Esto es Eclipse y no nos van a eclipsar. Señores de uniforme: no jueguen con fuego, que se van a quemar. Esto nunca se va a olvidar».

Luego llamó a Clemente, que ya estaba al tanto y obsesionado con que hubiesen quemado a un chico «por ser gringo».

–Este chico Rodrigo no entendió las reglas. Lo quemaron por ir demasiado lejos. Me quiero ir, Tomás. Hoy tengo miedo y asco. Veámonos. Vente para acá. No quiero estar solo. Debemos estar juntos.

Tadeo Aznar era rechoncho, pero se vestía de lino como si midiera treinta centímetros más. Su familia era de la aristocracia cubana, amigo de Batista, cercano a todos los dictadores caribeños. Su dinero venía del ron y la hotelería. Nació en Londres mientras su madre estaba «de compras en Harrods». Ya en el exilio, Aznar estudió en

Eton y Oxford. Siempre huían del calor tropical y por eso su familia mantenía un piso en Camden Town.

Aznar tenía nueve años cuando Castro arruinó el Año Nuevo de los ricos en La Habana. Volaron directo a Santo Domingo y de ahí a Londres. «Miami era un balneario lleno de gusanos; un Jerusalén geriátrico que se iba a llenar con lo peor de Cuba, con justo aquellos que lo hicieron caer, por lo que mi madre lo evitó a toda costa». Quizás por eso le gustaba ser el príncipe de Santiago y, en vez de pasarse rodeado de «esposas de torturadoras del CEMA» y «numerarios guapos reprimidos», armaba fiestas y fiestas para combatir «más que nada el apagón cultural». Tadeo sabía que la derecha local no tenía afanes culturales y que el cuerpo «Artes y Letras» de *El Mercurio* era «humorístico». También, reconocía, que el «aspecto camp de gente como Ginette Acevedo o la gorda de la Paz Undurraga del programa *Canturreando* le provocaba inesperados placeres kitsch».

Fanático del arquitecto gótico Luciano Kulczewski, tenía como meta comprar el edificio entero de Merced 84. «Ya tengo dos departamentos y uno me lo tienen prometido, pues es de un señor mayor que se contagió con el virus. La Gárgola es la joya de la corona. The absolute jewel of the Santiago crown. Lo transformaría en un hotel. La casa de Kulczewski en la calle Estados Unidos me parece excesiva. Acabo de comprar dos de sus viviendas por Manuel Montt».

Cuando le decían que era un espía, respondía: «A Santiago le falta un cierto componente exótico y de humedad para aspirar a ser el telón de fondo de una novela de Graham Greene, I'm afraid», pero era parte del juego. Tadeo Aznar ya no espiaba, pero seguía recibiendo tarjetas de Navidad del M16. Quizás por ser extranjero y rico y con modales aristocráticos, por ser misterioso y ambiguo y elegante, por ser tan fan de la poesía como del esquí, había podido (sin querer) infiltrarse en todos los ámbitos. Él mismo ni siquiera recuerda cómo se instaló en Chile.

«No vine de vacaciones ni en una misión especial, pero sin duda llegué por acá y, poco a poco, vi la oportunidad». Es posible que, una vez instalado aquí, lo contactaran y reclutaran. Aznar decía que Chile lo conquistó, que fue amor, a pesar de que vino a un matrimonio en una viña en Santa Cruz, en el oscuro y enajenado año 1974. Se casaba una amiga chilena «algo facha pero encantadora». Lo invitaron y llegó, intrigado por invertir en viñedos y porque admiraba a Vicente Huidobro. «El país estaba destrozado, pero todo estaba a precio de huevo». En esa boda estaban algunos de los jóvenes que el dictador iba a condecorar con antorchas nazis en la piscina de Chacarillas, que ahora se llama Antilén. Tadeo fue abrazado por la frágil e insegura élite. Le dijeron cosas muy chilenas: que no parecía «cubano ni tropical», que hablaba un español como «un catalán».

«Acá se podía vivir como rico con muy poco. Estaba Portillo, el hotel Antumalal, Zapallar. Esto era un caos, pero también había bolsillos acotados de glamur y civilización. Esos años fueron como los cuentos de Lucia Berlin», le confesó a Carolina Urrejola a la revista *Blank*, dos años antes de morir de covid durante la pandemia.

Tadeo Aznar conoció gente clave mientras alargaba su estadía en la suite del Hotel Carrera con vistas a La Moneda bombardeada. Nunca quiso ser parte del círculo de Daan & Adela. Esa gente le parecía deplorable. Tadeo vio una oportunidad en este mundillo tan deseoso de validación. Comenzó a invertir y usar la información privilegiada. «Aquí todos pelan, nadie guarda secretos».

Conoció a Regina Sánchez Fontecilla, profesora del Santiago College, en la librería Studio de Andrés de Fuenzalida. Se casaron al mes en una fiesta en el Cap Ducal de Viña. Vivían en una mansión en Presidente Errázuriz. En su casa, hablaban inglés. Tuvo una media docena de hijos, entre ellos el futuro cineasta Gio Aznar. «Comencé a vivir como si hubiera sido hijo de una familia de varios presidentes. Es verdad: en esa época, en Chile amaban al amigo cuando era forastero. Si uno es rico, blanco y con cuento, te abrían las puertas», le explicó en la misma entrevista. «Quizás por eso me quedé: me acogieron porque era rico y tenía contactos afuera. Todos asumían que era de derecha, católico, hetero. Y lo era, hasta cierto grado, ¿te fijas? Nadie en ese círculo podía entender que las cosas tienen sus matices. Les parecía exótico y, supongo, de alguna manera lo era».

«Estuve en el lugar correcto en el momento correcto».

Tadeo Aznar contaba con el don de la ubicuidad. Siempre conocía o estaba cerca de quien debía estar. Inglaterra, como potencia, quería tener información respecto del conflicto con Argentina por el canal Beagle. Londres no confiaba en los militares argentinos y Aznar les pasó data. A pesar de tener las relaciones diplomáticas casi quebradas, antes de que asumiera Thatcher, el embajador de facto fue Aznar. Apoyó al cónsul Derek Ashmore. Estableció lazos claves, sobre todo con la Armada y con el almirante Merino, al que le gustaba invitarlo a tomar escocés on the rocks para practicar y hablar en inglés. Aznar tiene claro que su inteligencia fue clave para el año 82 y fue a través de él, en parte, que Downing Street pudo establecer con certeza que podía contar con «los ingleses de América Latina» y todos sus aeropuertos, bases y puertos patagónicos para abastecerse.

Aznar bromeaba con la idea de que era un espía porque quizás era la mejor forma de negarlo. Llevaba décadas sin pasarle información a Londres, pero entendía que era mejor abrazar el mito que decepcionar con la verdad. Por eso cenó con Daniel Craig en el Club de Yates de Antofagasta, junto a los Luksic, durante el rodaje de *Quantum of Solace*. «James Bond comparte machas a la parmesana con su colega

local», tituló *La Segunda* en sus páginas interiores.

Tadeo Aznar entendía que un edificio viejo vacío no era más que un mausoleo y, por eso, una de sus metas era trasladar la radio Eclipse a la inmensa y redonda casa de Kulczewski de General Salvo con Providencia, una de sus recientes adquisiciones y que había remodelado entera. Era su «casa de soltero». Tadeo se aburrió de su matrimonio, pero no quiso separarse. Optó por vivir «a solas y sin niños» para fumar marihuana y hacer sus fiestas célebres. General Salvo era su fuerte, su castillo, su loft. La posibilidad de tener una radio en su subterráneo lo estimulaba. Decidió sacarlos de la propiedad «sin onda» de la calle Praga. Era mejor que estuvieran cerca. Eso hizo.

Los modelos de la Eclipse eran radio Free Europe y radio Moscú.

Esto queda claro en el libro *Eclipse total*.

La radio arrancó a fines de 1984 y, al principio, contaba con casi cero rating y avisadores que no pagaban, además de mucho canje. Su primera etapa fue a pérdida, pero ganaron igual. Lo económico no era tema porque tenían un mecenas. El énfasis era «subvertir, fidelizar, crear un relato plural surgido de nuevos márgenes».

Antes de ser Eclipse, la señal fue radio Presidente Balmaceda y luego Gloria FM. La Balmaceda estuvo ligada a la DC, que usó la frecuencia en FM para lanzar propaganda antimilitar. Al final fue cerrada por Dinacos el año 1977 y pasó por distintos dueños y apuestas, hasta que la señal quedó libre, sin interesados. Ahí entró Tadeo Aznar y su hombre-de-confianza: Lucio Galdames.

Tadeo tenía el dinero, aunque igual sumó como socio a Derek Ashmore, que ya no era cónsul y se había casado con una chilena aristocrática, quien tenía muchos contactos. Aznar le dio el 5% de la Eclipse a Lucio Galdames y lo hizo la cara visible del proyecto. Además, era importante que pareciera que el nuevo dueño, aquel que firmaba, el representante legal, fuera chileno. La ley lo exigía: ningún extranjero podía adquirir un medio de comunicación en esa época. Tal como se consigna en *Eclipse total*, tanto Tadeo como Derek eran asiduos a la Lado B. De a poco, Lucio empezó a ir a fiestas y a toparse con ellos. Hasta que Tadeo lo invitó a almorzar al Prince of Wales Country Club de la calle Las Arañas.

–Lo importante es empezar cuanto antes, Lucio. Te doy plena libertad y autonomía. Quiero a este país, a pesar de todo. Aún puede salvarse si vamos construyendo una resistencia cultural. Confío en ti. Creo que eres el hombre. ¿Conoces gente?

–Conozco. Y formaré discípulos. Tendremos una guerrilla inesperada.

–No esperaba menos de ti. Tienes hambre. Eso es bueno: eres

ambicioso y arrogante.

–Gracias, Tadeo.

–La idea no es ganar dinero sino conquistar hearts and minds.

–Debemos montar una suerte de Frente Patriótico Pop de Liberación Mental.

–No temas al éxito, Lucio, y nunca dejes de ser paranoico. El próximo mes espero un informe con tu plan fundacional.

Los miopes de Belgrado 11 sostenían que Clemente era agente de la CIA. Aún en 1986, a tres años de la caída del muro de Berlín, los de la Escuela fantaseaban con la Central de Inteligencia y con todo lo ligado a intervención. La CIA seguía infiltrándolo todo, es cierto, aunque ya no era la fábrica de espías del papá de Damián Townley. Lo que sí era cierto es que el embajador Harry Barnes estaba a favor de la democracia y pensaba que el apoyo de los Estados Unidos a los militares chilenos enfrascados en el poder era un grave error, tal como se ve en los libros de Peter Kornbluh y John Dinges, entre otros.

Clemente, en todo caso, no era para nada de la CIA, aunque él sostenía que feliz hubiese sido un agente del M16 británico a lo Tadeo Aznar quien, ya separado y en General Salvo, armaba dinner parties y fiestas y jugaba golf. En verano, Aznar (alias Nuestro-Hombre-en-Santiago) andaba de lino blanco. «En Chile, el lino se usa para los manteles; ningún hombre usaba blanco excepto yo», les comentó a los autores de la biografía oral.

Era verano, enero de 1986, cero esmog. Clemente había llegado a una fiesta en el techo de la casa empujado por Lucio Galdames. Estaban en la terraza iluminada con guirnaldas de luces que daba al parque Balmaceda.

–Esa es, quizás, una de las cosas que más deprime de esta capitanía. Los hombres no tienen estilo, Clemente. Se asustan tanto. Son utterly dull, If I may say so, my dear chap. Voy y vuelvo. I have to mingle, saludar, pelar –el dandi cubano-inglés jugaba con el «¿es-o-no-es?» respecto de todo.

–Tadeo desea contrapesar el poder de Daan y Adela –le comentó Lucio a Clemente–. Los odia. Su meta es quitarles algunas amistades, aunque detesta a casi todos lo que van a los cumpleaños de esa vieja caliente.

–¿Me odia a mí?

–No, por eso me pidió que vinieras. Te encuentra cool. Esta no es una fiesta, es una revancha. Es un meet & greet para hacer contactos, algo así. Queremos conectarnos contigo.

–¿Queremos? ¿Quiénes?

–Detesta a Daan con furia. Nos va a ayudar. De hecho, me está ayudando mucho. Hay cosas que no sabes de mí pero pronto

entenderás.

–Creo que conozco tu secreto, Lucio. No es tan secreto y no es tema.

–Soy más poderoso e importante de lo que crees. Y sí: tengo un secreto que no conoces. No es ese. No todo tiene que ver con la vida privada, Clemente. El mundo se maneja de otras formas.

–Estoy intrigado.

–Me parece. Esa es la idea. Quiere ayudar a combatir el apagón, me dijo. Queremos. ¿Tú no?

El cerro se veía muy cerca. Clemente miró el paisaje cordillerano ya sin el sol: lila, azul marino, rosado. Santiago, a veces, podía ser intenso y, con unos tragos, hasta bonito a cierta hora, con cierta luz.

Josué estaba ahí, en shorts, recuerda. También Juan Pablo Norambuena. Blas se encargaba de la música. Katashi no paraba de hablar con Damián. Le conversaba cerca y se reían. Javiera Blanchard estaba lateada, pero su hermano Augusto bailaba solo con sus pantalones rojos de algodón. Había muchas chicas que estudiaban Arte, Diseño, Teatro. Clemente se fijó en las manos delgadas de Mauricio Wacquez, que fumaba elegante y no paraba de tomar copas junto con Bernardo Riquelme, al que Clemente se negó a saludar con la mirada. ¿Qué hacía Gerardo Lopehandía conversando con Martín Balmaceda Portales?

–¿Qué opinas de la radio Eclipse? –le dijo luego Tadeo Aznar.

–Me gusta. Es subversiva. Solo puede mejorar. Tocan cosas inesperadas.

–Prueba estas. Son tostadas con erizos. Me los traen frescos de Horcón. Compré una casa arriba de la playa de Cau Cau. Es una playa de hippies y nudista. Mucha marihuana y ceviche. Pasa de todo. Me dio el dato Perico Echeñique, que es tan encantador, aunque se cree poeta y no lo es.

–No sé quién es.

–Da lo mismo. He leído tu fanzine. Lucio me lo hace llegar. Admiro a Lucio y su gente. Es distinto.

–Usa mucho gel. Pero sí: entiende los tiempos y tiene olfato.

–Míralo: habla con esa gente como si hubieran sido compañeros de curso de toda la vida. Acá ustedes son apocados. Curioso, ¿no crees? Lucio no lo es. Usa el resentimiento a su favor. No intenta ser enchanting. Me gusta eso.

–Puede ser. Este es un país acotado, insular. Es un valle, al final de cuentas.

–Indeed. Hasta tu dictador se hace el simpático. Utiliza esa cosa campechana que detesto. La vez que almorzamos no paró de contarme anécdotas y tratar de caerme bien. Por favor. Es un dictador. Que se asuma. Pero to cut to the chase. Dime, Clemente: ¿podríamos hacer

cosas juntos?

–¿Como qué?

–Yo soy el poder y el dinero detrás de la Eclipse.

–Pensé que...

–Lucio es el director. Ahora lo sabes. Yo lo financio. Pocos están enterados. Es más que un hobby, creo. Es mi legado para las generaciones futuras. Deseo armar un imperio. Vamos a entrar a la etapa dos: la insurrección. ¿Te interesa?

Los de la Eclipse detestaban a radio Moscú que, en ciertos aparatos a pilas made-in-Taiwán, se podía escuchar en el dial AM. Diego Raiman, al que nadie conocía y que apareció de la nada para instalarse como brazo derecho gestor, insistía en que la radio del PC soviético y el programa *Escucha Chile*, emitido a pasos de la plaza Roja, eran «inescuchables, excepto para los que quieren que Chile sea la próxima Rumania». La misión de radio Moscú era, según el aspirante a poeta Edison Huerta, «adoctrinar, conspirar y latear». La emisora usaba, además, «una prosa inflamada y extremista» que, sin duda, surgía «de la prosa de los viejos reporteros que hicieron de las suyas en *El Siglo* y *Clarín*». En cambio, Tadeo Aznar, pensaba lo contrario: los de radio Moscú creían en algo, estaban un poco locos, eran fanáticos y partidistas. Les interesaba más «la ideología que la verdad».

–Debemos hacer lo mismo, pero al revés. Esta es una radio de convicciones de todo tipo. Odiar, amar, exagerar. Debemos sobregirarnos. En Cuba, mis padres se reían de Castro. Sus secuaces barbudos les parecían unos fanáticos. Y mira dónde llegaron. Fanático, just in case, my dear boys, viene de fan.

La cara pública de la Eclipse era Lucio, que se juntaba con los sellos, los mánagers, los publicistas, la prensa. Todos los que salían al aire en esta radio no usaban sus verdaderos nombres, sino que chapas, seudónimos creativos. Así, nadie sabía quién era quién y voces como Neón, Liminal y DJ Blast podrían circular sin ser reconocidos.

La radio partió con Lucio a cargo de todo, apoyado por Lucas Chong y los locutores. Lucio estaba feliz mintiendo, haciéndose pasar solo como un administrador de una disquería. Hasta el verano de 1986, por ejemplo, ni Josué Nilo estaba al tanto. Blas Forttes, por su lado, que era una de las estrellas de la radio, guardaba el secreto con llave. Lucas Chong usaba la tecnología para cuidar la identidad de los chicos al jugar con los graves y agudos de las voces.

El 20 de marzo, para el solsticio de invierno, la Eclipse decidió cambiar el eslogan. De «Eclipse: donde nadie nunca se eclipsa» a «Eclipse, 99.9 FM. Tu parte oscura». Ya para ese otoño, el «comité central creativo» de la Eclipse se amplió e incluía a Lucio Galdames, Josué Nilo, Lucas Chong, Valeria Rosas, el poeta Edison Huerta y el

ingeniero comercial Diego Raiman (que además estaba a cargo del espacio Kitsch FM con la chapa Neto).

Clemente ingresó a la secta a fines de junio, como asesor. Ahí se enteró de que Blas era DJ Blast. Tomás, a su vez, comenzó a colaborar y a escribir guiones después del atentado del Cajón de Maipo. Ahí, en el sótano de General Salvo, Tomás supo que Liminal era Sal-de-Frutas. Unos meses después de que Clemente partiera, Tomás debutó al aire con *Pop Boys*, su propio programa semanal, con la chapa Corazón de Poeta. Los libretos los escribía junto con Valeria Rosas, quien ya estaba estudiando Letras. Dos meses después, Rosas exigió que el programa se llamara *Pop People* y pasó a ser la coanimadora con la chapa de Sicaria. Empoderada, reclamó la presencia de más mujeres. Los chicos, después de debatirlo, aceptaron. A las pocas semanas, Bad Girl (la chapa de Pocha Ibáñez) y su programa sabatino *Labios rojos* eran lo más comentado y lo que recibía más cartas y postales.

Neón improvisa y se deja llevar. Está alterado con muchas tazas de Nescafé batido con Coca-Cola. Su voz de resaca, cañosa, flota por los aires con Philip Glass y la banda sonora de *Koyaanisqatsi* de fondo. Improvisa en el locutorio a oscuras: «Deben verla, chicos, tienen que verla. No sé lo que es. No tiene trama o actores. Es un documental que no intenta documentar. Es como un video largo, con música y sensaciones. Les estallarán todos los sentidos, y digo todos, todas sus zonas erógenas, todas las terminaciones capilares. A veces la dan, a veces regresa. Les voy a avisar, compañeros insomnes, neuras, histéricos, cuando la pasen en la Casa Constitución 80».

El programa se llama *Eclipse total* y es la última propuesta de Neón. Se emite solamente los días de luna llena, muy tarde, a veces una vez que el toque de queda ha empezado. De hecho, la noche de junio en que Tomás llegó a la plaza Bernarda Morín para ver si se encontraba con Clemente, el programa emitió su episodio número tres.

«Es la hora del espanto. Ha llegado la hora de acostarse. Acá deciden por nosotros. ¿No somos capaces de decidir? Una tía me dice: hay menos crimen, menos fiestas, menos curados. ¿De verdad creen eso? Sí, hay silencio. No hay ruido a esta hora. Pero hablaremos, hablaré. Tocaremos música, conversaremos la noche. Haré que las puntas de sus pelos se paren, se electrifiquen. Eso espero, al menos. Si están durmiendo, ustedes se lo pierden. Este programa será siempre mejor que sus sueños. ¿Cómo lo sé? Porque yo no duermo para que este programa resulte. Yo apuesto todo lo que tengo, esto es lo que soy. Acá está todo lo que me interesa. O lo que cabe en dos horas, pero calma, calma, calma. El programa sigue. Si hay luna llena, hay eclipse total».

Neón es el alter ego de Lucio Galdames.

Acoso epistolar
(mixtapes) **Tomás lo buscó** en el metro, en las micros, en exposiciones, en la facultad, en la Biblioteca Nacional. Intentó encontrar a Clemente en cines, algunos recitales y en unas fiestas. ¿Qué lugares de Santiago le gustaban a Clemente? Pero nunca estaba. Ahora pensaba todo el día en él. Su ausencia lo volvió más imprescindible, se sentía incluso más cerca ahora que estaba lejos. Quizás era porque nunca había sentido nada parecido ni menos con esa intensidad. Ni cuando llegaban los sobres de Sevilla había sentido algo así. Pasaba mojado, pero no erecto. Pensaba en él y sin embargo dejó de ser erótico. Era pena, era añoranza, era cariño.

No aparecía, había desaparecido.

Lo más probable es que estuviera escondido o aislado.

Daba un poco igual: dependía de él averiguar su paradero.

¿Se habrá escapado de vuelta a Londres o a esa ciudad de donde era?

Intentaba anotar todo mentalmente, pero se le podía ir. En una libreta forrada en un material parecido al cuero anotó: «Locaciones». Trató de recuperar las palabras. Trató de dibujarlo desnudo, a grafito, recordando las clases de artes plásticas y los consejos de Camila Matus que también se había fugado. No podía imaginarlo debajo de los abrigos que usaba. Quizás estaba circuncidado por vivir afuera.

No tenía una foto de él.

No tenía una foto de los dos.

Quizás podían ir a esos locales de fotos carnet. Tomarse una los dos

y esperar. O quizás posar en la plaza de Armas y tomarse esos retratos que tenía su abuela. Le habían dicho –¿quién?, ¿en el Campus Oriente?– que había un par de lugares que tenían esas cabinas tipo telefónicas, con cortinas negras, donde uno podía posar para cinco fotos y hasta besarse, bajarse los pantalones, sacar la lengua. Fotomatón, algo así. En los juegos Diana de San Diego, cree. En el aeropuerto, sin duda, donde algunos iban a desayunar. En el Apumanque parece. En los Delta de Ahumada, al lado de los Pac-Man, lo puede jurar.

Tomás había sido herido, eso sí. Se hizo expectativas, esperaba más. Seguía supurando, maullando, procesando la vergüenza que sintió cuando no apareció. Humillado, sí; ridiculizado. Había hecho el loco porque estaba un poco loco, loquillo, demente.

¿Dónde estaba Clemente?

¿Por qué se había desvanecido?

Pasó un mes, cinco semanas. Nada.

¿Cómo podía contactarlo?

Tomás no llegaría a vivir el futuro ni sabría que este acto de desaparecer iba a llamarse, al menos durante un tiempo, ghosting, y que no sería para nada algo anómalo. Era la forma que tenía cierta gente para cercenar vínculos de manera unilateral. Bloquear, silenciar o simplemente dejar de responder. Desaparecer como si muriera y quizás por eso le decían ghosting: el que dejaba de estar se transformaba en un fantasma; seguía circulando porque, cuando no hay cierre, todo queda en el aire.

Desaparecer sin aviso, aterrarse, darse a la fuga, esfumarse, mutar en un ánima. Dejar vistos los mensajes de WhatsApp, nada de color azul en esos dos clics modernos.

Clemente ahora es un espectro, aunque estaba vivo, y Tomás sabía dónde estaba.

Clemente, antes de desvanecerse, le había pasado la dirección de su casa. María Luisa Santander. Le gustaba el sonido de esas tres palabras. Tenía su domicilio, pero no se había atrevido a tocar el timbre. Pasó dos veces por ahí: de día, entre la bruma, mientras una mujer que al parecer vivía en la calle quemaba hojas. La segunda fue de noche y vio una luz encendida. No le pasó su fono, aunque él tenía el suyo. Se lo escribió en la carta de fan que le envió antes de que se «toparan» en la Lado B y sonara «Melt With You».

Pero, aunque tuviera su fono, llamarlo no sería fácil.

¿Qué le diría?

Le dio menos miedo o temor acosarlo usando la casilla postal del fanzine. Estuvo cuatro tardes en el Correo Central a ver si aparecía. Miró su casilla y le puso un sticker con forma de una pequeña estrella verde. Tomás lo tenía claro: Clemente nunca lo llamaría, nunca iría a

su casa. A lo más, quizás, dejaría todo en manos del destino: mismo cine, misma fiesta. Cuando se separaron, Tomás estaba, lo recuerda, algo atontado de felicidad. ¿Clemente no lo estaba? Los chicos aparecían, se juntaban, se encontraban. Dos chicos no concertaban una ida a jugar flippers a los Delta. Nos vemos por ahí, dale, ahí vemos, en una de esas. Mientras menos se decía, mejor. Se insinuaba, se era discreto, se premiaba el pudor. Eran hombres después de todo, había protocolos inquebrantables. Se encontraban no más: en el estadio, en el club, en la liga, en las fiestas, en los cumpleaños, a la entrada del cine. Se confiaba en la sincronía, en la casualidad, en los círculos.

No, algo pasó.

Algo definitivamente sucedió con Clemente.

Quizás cayó enfermo, herido, en un hospital. Por eso no llegó. ¿O fue algo político? ¿Un accidente o un asunto policial? ¿La DINA habrá leído el fanzine?

No sabía su teléfono.

¿Por qué no se pasaron el número?

Porque era un paso muy intenso: discar, contestar, qué decir. ¿Llamar en la tarde o en la noche? Hablar en medio de la noche era demasiado íntimo. Esos silencios, susurros, inflexiones. Escribir era mejor, menos riesgoso. Tomás revisó la guía de teléfonos. Había muchos Menas y pocos Fabres. Ningún Clemente Fabres. Se topó con un Tomás Fabres. Y con Clemente Mena que vivía en la calle Loreley en La Reina. Tomás revisó las páginas del mapa de Santiago de la guía. Se memorizó todo el sector alrededor de la calle donde vivía Clemente: Condell, Salvador, Seminario.

Debían toparse de nuevo.

¿Estaría enfermo?

¿Con una chica?

Un sábado al mediodía regresó hacia la Providencia profunda para volver a recorrer la calle Clemente Fabres. No podía pasar de nuevo por María Luisa Santander ni entrar a Belgrado 11 con sus huestes de chicos rojos homofóbicos antipop. Tomás se bajó en Manuel Montt y caminó varias cuadras hacia el sur hasta por fin llegar a la calle que tenía su nombre: Clemente Fabres. La recorrió entera, de oriente a poniente. Le gustó, no era igual a todas. Estaba la Embajada de Italia y sus muros, donde la gente ingresó para luego poder exiliarse. Vio caminar a dos chicos lindos, uno con gamulán, otro con jeans negros. Había una tienda de pajaritos como mascotas. La calle terminaba en una suerte de leve curva y en una plazoleta con un pequeño edificio de cuatro pisos. Se fijó que en dos balcones había unos de esos avisos rojo-y-blanco que anunciaban: «Se arrienda».

Tomás pensó: algún día viviré solo y me gustaría vivir ahí: Clemente Fabres 808 depto. 7, esquina Julio Prado.

Tomás escribe notas, poemas, anota canciones, armas listas. Le gusta inventar listas. La vida, piensa, es una suma de listas que llevan a una lista mayor.

A Tomás le gusta cómo Clemente piensa.

A Tomás le gusta cómo Clemente habla.

A Tomás le gusta cómo Clemente escribe.

A Tomás le gusta el humor de Clemente.

A Tomás le gustan las cejas y las pestañas y cómo le cae el pelo en la frente.

Le gusta su porte, su trasero, sus bototos, sus guantes, sus uñas mordidas.

Le gusta la firma de su nombre en sus notas en el fanzine.

Tomás calienta un resto de arroz con dos salchichas en el microondas. Se sentía moderno, adelantado, al apretar los botones de acero inoxidable. Había pocos de estos novedosos aparatos, pero su madre tenía un fetiche por los electrodomésticos, amaba la línea blanca. Adoraba una waflera que usaron dos veces. Le echa Malloa-dame-kétchup a las vienesas. Come de pie, con un vaso de leche con una cucharada de Nesquik frutilla. No hay nadie, hace un frío ártico, antártico. Su familia desapareció o ¿el que se fugó fue él? Nunca están en la casa, parece que se mudaron a la playa. ¿Y el trabajo de su padre? Circulan, pero Tomás ya no los ve. Le interesan poco, a veces echa de menos a su madre, pero ni tanto. ¿Se marcharon o él los exilió de su vida? Se evaporaron, como la leche Ideal. Era triste, quizás, pero ya no eran tema. ¿Qué tenía que ver con ellos? Es como si hubiesen desaparecido, sí. Gente perdida. O quizás es lo que sucede cuando uno crece. O entiende quién es. No era tan triste al final, porque él estaba contento. Lo triste era pasar amarrado a ellos y simplemente vegetar. Tomás quería nadar, no flotar. Sí: no se esfumaron; su familia salió huyendo para no tenerlo cerca. Ya no le interesaba la playa; había otros mares. Tomás prefiere a Clemente, la ciudad, el Campus Oriente, el mundillo new wave. Ellos, se dice, tampoco hacen nada por encontrarse con él. Ni siquiera hay presencia de Aníbal. ¿Qué fue de ese ser?

Tomás regresa a su cama, se cubre. Toma el micrófono conectado a la grabadora y apaga la luz. Aprieta el botón rojo. Graba cosas, pensamientos, ideas, escenas, momentos, frases, hasta que se duerme.

Le envió un sobre tamaño oficio desde el mismo Correo Central que

contenía tres posibles notas o artículos para el fanzine, además de una carta personal. Incluyó unas fotos de actores y la postal del lanzamiento con uno de los cuadros de su nueva amiga Caluga Varas Montt. En otro sobre, más grande, para no mezclar las cosas, le devolvió los dos libros que Clemente le había prestado (las crónicas de Soriano, la antología de Tom Wolfe) con una pequeña nota que decía: «¡Gracias! Me estalló la cabeza». Los libros los envió a la casilla; el sobre, a su casa.

Tomás sacó su libreta de croquis-de-arquitecto, que compraba debajo de las torres de San Borja, y comenzó a anotar canciones que tenía almacenadas en su memoria y a colocarles estrellitas a su lado. Tomás se sintió poseído. Tajaba algunas, subrayaba otras. Las contó: treinta y ocho, demasiadas. Debía grabar un casete, por ambos lados. De sesenta minutos, máximo de noventa. Un mixtape, sí, pero más que eso: era una ofrenda, una guía, un portal a su alma. Era –sin duda– una forma de decirle y expresarle cosas. Era una manera para, tangencialmente, explicarle todo lo que tenían y podrían tener en común.

Tomás terminó de grabar su cinta Maxell. Luego comenzó a llenar con un plumón de punta fina cada tema en la carátula blanca. Pensó en hacerlo con distintos colores, pero entendió que era más serio que todo fuera en negro. Decidió, primero, escribir el nombre del tema en mayúsculas procurando no salirse del espacio previamente delimitado. Pero ahora debía grabar los temas. No tenía dos decks, no tenía muchos discos: en rigor solo tenía dos: *Faith* de The Cure y *The Smiths*. En esos dos discos estaban dos de los temas que ansiaba que ingresaran a los oídos de Clemente.

Lo que Tomás hizo fue abrirle su corazón y enviarle las canciones que le gustaban y que, dentro de todo, eran algunos de los temas que lo vinculaban a él. No fue una tarea fácil pero sí fue intensa, divertida, curiosa, creativa. Llamó a Josué a la disquería y le explicó su plan. Josué le dijo que feliz, que incluso podían hacerlo ahora mismo, pero que igual tenía que cobrarle algo.

Partió un día después de clases en una micro que se iba por Los Leones hasta Providencia.

–Un poco personal, ¿no crees? Osado, agregaría.

–Es lo que aspiro a revelar, Josué.

–Dejas poco a la imaginación. Va a quedar bueno, Tomás. Me voy a hacer uno para mí.

–Yo también quiero una copia para escucharla en caso de que no sepa más de él.

–Así que no lo has visto. Raro. Es un circuito chico.

–No. ¿Ha venido para acá?

–Cero. Debe estar escondido. ¿Has ido a la Escuela de Periodismo?

–Nunca tanto. No puedo quedar como psicópata. Entre otras cosas, porque no lo soy. Es un crush. Creo que podemos hacer grandes cosas juntos. Es un chico raro, triste, encerrado, ostra. El mixtape abrirá su candado.

–O lo cerrará más. Es un poco…

–¿Qué?

–Explícito. Mucha referencia a perderse, dejarlo todo, irse.

–Confío en mí. Tampoco quiero quedar de más alternativo de lo que soy. Veo el programa de la Andrea Tessa, escucho radio.

–Estás embalado.

–No, solo que estoy sintiendo muchas cosas nuevas por primera vez de manera muy intensa.

–Eso tiene un nombre.

–No todo hay que rotularlo. Es ser joven, es creer, es compartir tus cosas. No exageres.

–No exagero. Me da como un poco de envidia, Tomás. Igual es como loco recibir un mixtape de un desconocido.

–No soy un desconocido.

–Pero te dejó marcando ocupado. Te dio filo.

–No uses esa expresión, Josué. Es de otra tribu.

–Estás sensible.

–Soy sensible. ¿Partamos la sesión? Se trata de algo urgente.

Al llegar a la casa, no pudo resistir insertar la «copia» del mixtape mezclado casi de manera profesional por Josué en su radiograbadora JVC. Pero al momento de aparecer por los parlantes el tema dos, Tomás comprendió que no siempre «la música dice más que mil palabras». Aunque Clemente entendería perfectamente las letras, todas en inglés, faltaba algo más. Lo que faltaba era algo escrito, a mano, con su letra, en una hoja de cuaderno de matemáticas. Debía, de alguna manera, correr el riesgo de ser redundante, pero eso importaba poco. Necesitaba explicarse como cuando un radio-controlador/locutor comenta lo que van a escuchar o, mejor, lo que acaban de oír «donde quieras que estés».

Tomás convocó mentalmente a Liminal, el más intelectual de todos los de la Eclipse, y del cual, a medida que iba conociendo a más gente nueva en el Campus Oriente, insistían en que era un chico que estudiaba ahí.

El casete Maxell de sesenta minutos lo rotuló R/A Vol. 1 (SANTIAGO, 1986).

Josué consideró que seis temas por lado era lo correcto, porque no todas las canciones duraban lo mismo y algunas eran en extremo

largas. Blas propuso usar una cinta de noventa minutos cuando apareció sin anunciarse. En papel diamante, Tomás escribió todo y luego recortó las hojas y las corcheteó. La idea era hacer un pequeño fanzine o plaquette.

Escribió adentro: CF:

Creo que estos temas te pueden gustar; también sé que quizás los conoces todos, pero ojalá no sea así. Y si es así, al menos no creo que tengas un mixtape así, en este orden. Las probabilidades matemáticas están a mi favor. En todo caso, si lo escuchas, piensa esto: sería + divertido escucharlo juntos. O bailarlo, tomando, fumando, no sé. O puedes caminar con él por donde quieras o llevártelo a UK, aunque creo que nos veremos antes. ¿Cómo va el nuevo número? ¿Recibiste mis colaboraciones? Espero que estés bien y creando tu fanzine que nos hace tanto bien. Acá abajo va mi teléfono. La idea es hablar, ¿no crees? Creo que sí. Te echo de menos. Espero que me recuerdes. Creo que sí. Tengo tu bufanda. Te la paso y te paso toda mi ropa, si quieres. Pero si te la devuelvo, quiero algo tuyo, que huela a ti. ¿Mal?

–TM

Lado A:

«Too Shy», Kajagoogoo (3:41) El título, como ves, lo dice todo. Y no me refiero a mí, sino a ti. Creo. O sea, lo intuyo. Lo sé. Te imagino bailando con una inmensa camisa negra rayada con el botón de arriba cerrado. Otra cosa: canciones acerca de la timidez tienden a ser tristes. Esta no. Esta, diría, celebra la timidez. Ah, el vocalista se parece mucho a la Caluga Varas Montt. ¿Fuiste alguna vez a ver la expo?

«Love & Pride», King (3:21) ¿Bailas? Esto me hace saltar de la cama. Tiene algo de jingle, no sé, te obliga a partir de una porque ¡¡¡parte de una, además!!! Y si no estoy en una pista, si estoy en el metro o caminando, siento como si todos a mi alrededor estuvieran contentos y sin problemas. La letra me mata: «Start your journey *Early or maybe later* (Get your boots on) *Look for rainbows* (It’s cloudy) *Take your hair-dryer* Blow them all away *In you, I find a story* I want to keep hearing». Eso es como un guion de una película que necesito ver. O quizás es un poema. ¿Bailemos?

«Mad About You», Belinda Carlisle (3:36) Este temilla suena a cada rato en la radio, lo sé, pero no hay que ser tan elitista. El video está bueno, aunque es quizás demasiado sofisticado y californiano glam y sí, claro, Belinda ya no es la chica rolliza y le faltan las The Go’s-Go’s. Esto es pop y la idea es vender lentes de

sol y un centro de dietas y todo es un poco años cincuenta, creo, mucha ropa negra bajo el sol. Este tema me recuerda a ti porque lo tocaron en esa fiesta del otoño, esa de ese medio departamento del parque Bustamante. Yo estaba ahí, no sé si lo sabes. Yo sé que tú sí estabas.

«Smalltown Boy», Bronski Beat (4:31) Supongo que lo sabes: pero vengo de otra parte. A veces, ante ustedes, me siento como de pueblo chico. Algunos compañeros del Instituto Nacional discriminaban a todos los que vivían «arriba» o «iban a esos colegios». El Llano, Clemente, es considerado la Providencia de San Miguel y San Miguel es como Ñuñoa, a pesar de que se ubica al sur del Matadero y la línea del tren. Pero hay de todo allá: edificios caracoles, bowling, gelaterías, colegios buenos, casonas increíbles. Da lo mismo: yo nunca me he sentido parte de algo y siempre he sido «de un pueblo chico». Vengo de otra parte. ¿Martes? El video me destroza, me llena de lágrimas. «Run away, turn away, run away, turn away, run away / Pushed around and kicked around, always a lonely boy».

«If You Leave», OMD (4:25) Los OMD cantan como si el mundo se fuera a acabar y a veces eso sucede cuando alguien se enamora y simplemente es joven: «We've always had time on our sides / Now it's fading fast *Every second, every moment* We've got to, we've gotta make it last». Así es: el tiempo no es para siempre, no tenemos todo el tiempo, tú además te vas.

«In Between Days», The Cure (4:14) Había pensado no colocar nada de The Cure, pero ¿por qué no? Amo el video. Quizás más que la canción. No puedo separarlos. Yo bailo así por él o por ellos. Tienen otros temas, pero este es triste-alegre y bailable. «Come back, come back *Don't walk away* Come back, come back / Come back today». A buen entendedor, pocas palabras. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lado B:

«Reel Around the Fountain», The Smiths (5:59) ¿Qué puedo decir que otros poetas no hayan dicho? Quizás la tocaron en la fiesta de graduación a la que fui con una chica llamada Ghislaine y ella se encontró con unas amigas y yo me puse a caminar solo por el caracol vacío del Hotel Galerías en el centro y llegué al techo y comenzó a sonar este tema. Era para bailar lento. Me sentí solo, aunque tampoco tenía onda con Ghislaine. Ni la conocía. Pero

pensé que también es romántico estar solo, no tener a nadie, no ser igual a todos. Que es mejor conectar con uno bien que conectar a medias con alguien que no te conmueve.

«Disorder», Joy Division (3:29) A veces siento demasiado, a veces quisiera sentir +. El desorden lo conozco bien, pero ¿cómo será el orden si realmente lo sientes tuyo? El mes pasado, en el cine Tobalaba, fui a ver una cinta francesa de un director joven llamado Olivier (muy tímido, estaba ahí, la presentó, era un festival de cine nuevo francés) con el actor cool de moda llamado Wadeck y la verdad es que la amé y es acerca de una banda y es sobre el desorden y se llamaba *Désordre*. Quise robarme el afiche pero no pude.

«When You Look at Boys», Lotus Eaters (4:04) Solo te diré esto: gracias a este tema conocí el fanzine vía Josué en la Lado B. Lo escuché una vez al azar en la Eclipse y no lo alcancé a grabar, me llevó por un rabbit hole y terminé ingresando al mundo de *ropa/americana*. Fíjate en la voz. Me parece sensual. Y audaz, además de tierna. *Loveislove*. Al parecer, hay cosas que solo se pueden decir en canciones, o poemas, o fanzines, o cartas, o cuentos.

«Melt With You», Modern English (4:11) ¿Qué te puedo decir que ya no sepas? Y, además, el que sabe inglés bien eres tú. Porque en inglés suena distinto. La tocaron ese día en la disquería antes de irnos. ¿Lo recuerdas? No quiero quedar como un Mark Chapman. Leí en el fanzine tu nota acerca del asesino de Lennon y, no sé, me llama la atención que te identificaste con él, lo que no es malo, supongo. Sentí que era tu doppelgänger. Eso me pasa contigo: me pareces mi doble, pero mejor. «You've seen the difference and it's getting better all the time *There's nothing you and I won't do* I'll stop the world and melt with you». ¿Entiendes?

Una tarde extremadamente helada y oscura, Tomás llegó de la universidad tarde, hambriento. Había tenido una clase acerca de novelas de caballería. En la mesa del teléfono del pasillo, encontró un sobre amarillo con su nombre escrito con una letra que se parecía a la que usaba Caluga. Era una letra new wave, moderna, escrita a mano.

Era, lo supo de inmediato, de Clemente.

Decía: Tomás Mena y su dirección, Rómulo Pena 1422, pero además tenía estrellas y puntos y debajo de Chile, un subrayado que parecía una suma de volcanes o letras V al revés. Todas las letras O (en Tomás, en Rómulo, en Llano, en Santiago) estaban rellenadas con la tinta negra del plumón. Lo había escrito con cuidado. Olió el sobre,

pero solo aspiró el aroma del papel y de la tinta. Daba igual: Clemente había tocado este sobre acolchado amarillo, quizás su saliva había ayudado a mojar el pegamento.

Tomás miró el techo trizado y gritó: –¡Existo! ¡Existe! ¡Existimos!

Tomás entonces miró el sobre por el otro lado y venía un timbre estampado en tinta púrpura: #R/A. El corazón le comenzó a palpitar a velocidad rándom. Corrió por las escaleras saltándose varios escalones, tiró su abrigo y la bufanda a la cama y abrió con cuidado el sobre.

Sintió las pelotitas de aire comprimido.

Había una nota adentro en papel kraft escrito a mano con una pluma fuente.

Gracias por los envíos, T.
Procesándolos.
Acá va el gesto de reciprocidad.
Enjoy.
Later.
C.

Era un casete TDK, muy pulcro. La portada tenía un par de rayas lindas como las del sobre. Clemente había escrito en el lomo: lado A + lado B = mixtape 4, Thomas 86.

En cada portada, decía A-side y *B-side*.

Tomás abrió la caja y sacó el casete. Con cuidado leyó el cartón blanco con los títulos y los artistas. La letra de Clemente era pulcra, no cometió error alguno. Esto lo había hecho pensando en él, para él. Había gastado un tiempo enorme y ahora estaba en sus manos. Antes de insertarlo en la radiograbadora, se sentó en la cama a leer el tesoro que estaba adentro: *A-side* –«Cheree», Suicide –«Slave to Love», Bryan Ferry –«Touch and Go», The Cars –«Brass in Pocket», The Pretenders –«The Killing Moon», Echo and the Bunnymen –«Mad World», Tears for Fears *B-side* –«Forest Fire», Lloyd Cole and the Commotions –«Temptation», Heaven 17

–«Coney Island Baby», Lou Reed –«Orbitando», Los Encargados –«Forever Young», Alphaville –«Melt With You», Modern English Tomás no conocía muchos de los temas: el de The Pretenders, el de The Cars, quizás. Seguro que sí. Había visto el video de «Slave to Love» con las guapas chicas ambiguas art decó cantando la voz de Ferry como si fueran muñecas de un ventrílocuo. Había al parecer más americanos que ingleses, pensó. Se acordaba de esa canción de Alphaville cuando caminaba por las disquerías de la galería Santiago Centro después de clases.

Empezó por el lado B y escuchó los primeros acordes de «Forest Fire».

De inmediato, quiso ponerse a llorar de pena, de emoción, de algo que lo conmovía. Era más fuerte y bello y triste y resumía todo lo que sentía. Era, como comentó el profesor Hagel en Letras, distímico: triste o depresivo, pero daba placer al mismo tiempo. La fabulosa sensación de sentir alegría que producen las canciones tristes, las películas que terminan mal, los finales que no resultan. Clemente era, tal como lo suponía leyéndolo, un romántico. A new romantic. Lo de «Melt With You» era, sin duda, un llamado, un grito, un guiño. Clemente tenía bajo esa coraza irónica un corazón de poeta.

No era un mixtape: era una señal, era una codificación.

Iba a escucharlo hasta comprenderlo todo.

Pero esto no podía vivirlo solo.

Tenía que contárselo a alguien.

Bajó la escalera. Aníbal miraba *60 Minutos* en la tele del living.

–Estás alterado –le dijo–. ¿Viste que te llegó un sobre fleto? ¿De tu novio? ¿Crees que no cacho?

–Es de una revista de rock, caníbal. Quieren que haga una reseña de un grupo nuevo. Y no: no cachas nada. No te cachas ni a ti mismo.

–Maricón.

–Así es. ¿Y tú? Yo al menos sé lo que me gusta. Y quién soy.

Tomás discó el número de la Pocha. Se lo sabía de memoria. La voz ronca de cigarrillos y pitos y vodka y el tonillo cuico apareció luego de un rato.

–¿Dormías?

–Creo. Quizás. ¿Quién es?

–Tomás. ¿Con quién dormías?

–No dormí nada. Se fue. Lo conoces.

–¿Quién? Dime de inmediato.

–El pendejo de Augusto Blanchard.

–Es lindo. Colorín.

–Es bi. Aunque no creo.

–Tampoco, Pocha. Pero...

–Pero ¿qué?

–Ha pasado algo demasiado importante. Me tienes que ayudar. Creo que mi vida va a cambiar. O acaba de cambiar, hueona.

–A ver: respira. Y cuéntame con lujo de detalles.

Tomás se sentó en el suelo del pasillo y se cubrió con una manta que estaba en el sillón del living. No quería que nadie en la casa lo escuchara. Le resumió todo lo de los mixtapes y las cartas o notas. Le explicó que Clemente aún no le enviaba su número de teléfono y que, la verdad, estaba confundido y...

–Él lo está, tú no. Tú sabes lo que quieres.

–Tampoco tanto, Pocha. No sé nada.

–¿Te gusta?

–Me gusta estar con él y... Eso. No te metas.

–Tú me llamaste.

–Chuta. Sí, es cierto. Pero... Sí, yo creo que gustar queda corto.

–Mira... Desde mi mirada distante, crítica, imparcial y ajena, creo que este chico Clemente puede embriagar, pero a la larga intoxica, baby. Me carga un poco. Por lo que me cuentas es un chico sumamente raro y denso y, no sé, espero que no sea divo.

–Pero...

–Le gusta hacerse el distante o jugar. Además, quizás no es tan neura. Sabe que para qué comenzar algo, lo que sea, darling, si igual se va a ir a fin de año.

–A lo mejor es eso. Y le gusta estar solo.

–Nadie quiere estar solo. Esa es su parte teatral. Dicho eso, amigo, me parece clave no mezclar las cosas, aunque esa sea la meta final: acércate por lo del fanzine, la música, quizás escríbete algo acerca de una de las bandas del casete, no sé, no cacho tanto. Pero creo que debes cuidarte y no hacerte caldo de cabeza.

–Puede ser, sí.

–Te va a herir el chico británico.

–¿Entonces qué hago?

–O lo sacas de tu mente y buscas nuevos amigos y sales con los que ya tienes. O...

–¿O...?

–Lo enfrentas, baby. Fóllatelo.

–¿Cómo? ¿Otra carta? ¿Un casete con grabaciones de mi voz? Lo había pensado.

–No, tienes que ir a verlo. Tocarle el timbre o quedarte en frente de su casa, en la vereda, hasta que salga. Acoso. O en una plaza. Sé estratega. Dile lo que tienes que decirle.

–¿Y qué es eso exactamente?

–Que él te necesita más que tú a él. Tú ya te encontraste. El perdido es él. Disculpa lo sincera. ¿Te quedó claro?

–Sí.

–¿Cuándo lo vas a ir a ver, entonces?

–Este sábado. Dan su película favorita a la medianoche en el Normandie.

–Otra idea: bésalo y se la chupas y que acabe en tu boca. Eso arma un cierto lazo.

–Dale.

–Y si te va mal, pasas por el departamento y nos curamos. Ponemos unos discos como para cortarse las venas y nos reímos, ¿entendido?

–Entendido. Igual me da nervios.

–Entonces eso es lo que tienes que hacer, Tomás. Ya, me agotaste. Me daré una tina. Estoy pasado a ese Augusto Blanchard. Besos, cariño.

El ansia
(la noche señalada) **Tomás camina con** un walkman por el parque de El Llano. Parece otro. Es otro. Se ha duchado, afeitado y producido. Anda muy wave, pero tampoco tanto: tiene menos rulos y no se pintado con rímel ni estilizado con gel. Pero el peinado moderno raro lo hace sentir mejor, distinto, nuevo. Está mejor, cómodo, embalado. Se gusta. Y procesa, quizás por primera vez, que puede tener ganas, hambre. Es más que lindo, simpático, tierno. No es un suvenir, es un depredador en celo. Quiere piel, fluidos, lengua. Tomás exhibe su nueva ropa usada y una pareja de vecinos mayores cruza la calle. No lo reconocen. Quizás se asustaron. Tomás piensa en Caluga y Rebeca, en sus asesorías, comentarios y complicidad. En cómo lo vistieron y desvistieron, pulieron y recortaron, podaron y encremaron, como si fuera un maniquí. Tomás recuerda atento el culo redondo de Martín Portales Balmaceda y su semen espeso y su aroma intenso. Siente que ya sabe suficiente para pasar la noche o una semana con Clemente. Más que tener sexo, y eso quiere, desea verlo dormir, desea sentir sus pies bajo unas sábanas, necesita tocar su espalda con la punta de sus dedos.

Mira los afiches en las paredes: recitales auspiciados por gaseosas,

consignas del Frente. El nuevo abrigo negro largo le da peso, onda, estilo. Fluye. Se ha producido entero y se siente alternativo, ambiguo, distinto, misterioso. Tomás se acerca a la estación de metro El Llano, pero no, hay que puro caminar, seguir: el abrigo se luce y el leve viento lo mece. Decide continuar a la otra estación, rumbo al norte, hacia la silueta iluminada de los edificios más altos del centro que se divisan. Perros ladran, se nota el aroma al Matadero, a fruta en descomposición.

Avanza varias cuadras hasta que desciende al interior de la estación Franklin.

Le gusta el sonido de sus bototos militares al tocar la vereda.

Saca de su bolsillo una pequeña grabadora. Mira una inmensa publicidad de Advance: muy poca nicotina, muy poco alquitrán. Baja las escaleras, inserta el boleto, espera el tren, llega uno, se sube en el último vagón. Se ubica en uno de esos asientos individuales.

Dos tipos como de su edad, sin onda, lo miran como si fuera un extraterrestre. Sabe que lo pelan, comentan, analizan, disectan, descueran. Rarito, escucha. Extraño. No debe ser de acá. Es una rica sensación ser visto como otro. Se acuerda de los chicos que escuchaban una misma canción, esos chicos con walkman. Quizás no salen de noche.

Aprieta el botón rojo y graba.

> Ideas para poemas: los casetes que le grabo a Clemente, los abrigos de Clemente, la alegría de los chicos new wave del under capitalino, esos guantes sin dedos. Cosas que me gustan de él («What I Like About You» de The Romantics que son tan románticos). Otra cosa: si nunca aparece, si me insulta, igual ya tengo buenos recuerdos suyos. El verdadero amor al final es platónico.

La voz de una mujer cachonda anuncia la estación Los Héroes, línea 1, combinación.

Apaga la grabadora.

El baño de Clemente, muy de noche. O no tan de noche, pero parece muy de noche. Es sábado: se nota en el aire, se siente por el ruido de la ciudad. No hay toque de queda los sábados y se nota la circulación, la vida. Clemente lleva muchos días encerrado, sin bañarse, peludo, rancio, recluso, confinado. Irá, al menos, al cine. Eso. Salir, ventilarse, ver gente, aunque sea gente que odia, detesta. Luego verá con quién se topa, de qué fiestas tendrá información. Todo se sabe, se avisa, se dice, te cuentan a veces.

Vemos un solo color: un azul gélido que inunda el espacio.

Recorremos el inmenso baño. La tina, el bidé, el lavamanos de mármol esmaltado. Vemos productos Wella, en especial el gel New Wave. También un tinte azul Koleston sin abrir arriba del botiquín. Champú/bálsamo todo-en-uno Olapón, natural como su belleza, de almendras y quillay. Vemos el cuerpo desnudo de Clemente por partes. Pies en el suelo, pantorrillas duras, vientre, ombligo con pelitos, manos contra los azulejos, la curva de su espalda, su trasero de durazno, su prepucio arrugado. Se ve más frágil así, sin ropa.

Mejor haber extirpado a Tomás de su mundo. Su mixtape lo revela de cuerpo entero: no tiene filtro, no piensa nada dos veces, es pura impulsividad.

Sonido del agua brotando del grifo de la tina.

Vemos entonces la mano tocar el agua, tibia, caliente, hirviendo. Vemos mucho vapor y la tina se llena. Vemos el jabón Le Sancy verde, calidad que dura más. Vemos (de espaldas) a Clemente recortarse el vello púbico y cómo este cae en el agua del WC. Vemos a Clemente ingresar a la tina y hundirse en el agua celeste. Vemos a Clemente peinarse el pelo hacia atrás. Vemos su cara en el espejo que está frente a la tina.

Prueba peinados con su pelo mojado y su peineta. Se sale de la tina y se acerca al lavatorio. Clemente usa los implementos heredados de su abuelo para afeitarse. Prepara la crema apretando el tubo de Williams en un pomo de loza. Le echa agua y la revuelve con el hisopo. Saca una navaja de barbero del botiquín. Comienza a afeitarse el rostro. Lo miramos, de espalda, de cuerpo entero.

Se corta la mejilla.

–Hueón torpe.

Vemos sangre entre la espuma y los pelos en el agua del lavatorio.

La Biblioteca Nacional se alza oscura e inmensa al lado del cerro. Tomás sale del metro y sube las escaleras de la biblioteca y mira el inmenso letrero del cine Santa Lucía al otro lado de la Alameda: *Los exploradores* de Joe Dante.

Tomás sonríe.

Camina con su abrigo, busca el paso subterráneo de Lira y desciende. Está oscuro, pasan autos, la pasarela es angosta y el hedor es a amoníaco, orina, heces. El pasadizo está rayado con consignas y números de teléfono. Está en penumbras: lleno de hombres, mayores casi todos, con sus penes duros, que se alejan de él, pero lo acosan con la mirada puesto que no se atreven a insinuarle nada. Es un chico de abrigo y bototos que se siente un actor del este europeo en Santiago luego de rodar una cinta de terror distópica. Por sus tímpanos entra a todo volumen el mixtape que le envió Clemente. The Pretenders («Brass in Pocket») da paso a The Psychedelic Furs («The Ghost in

You»).

Tomás se desvía por la callecita Guayaquil para luego ingresar a Quito. Esas calles le encantan porque tienen algo coherente, sensual y curvo en sus edificios. Le parece un buen set si algún día le filman un guion que aún no ha escrito. Por Quito entra a Diagonal Paraguay para luego pasar debajo de las modernistas y retro torres de San Borja. Camina precipitado rumbo a los letreros luminosos de neón que parecen de otra ciudad. Se acuerda de la fiesta del otoño. Aún faltan, piensa, unas semanas para que comience el invierno, pero ya parece invierno. ¿Habrá en el mismo departamento una fiesta para celebrar el día con la noche más larga del año?

Caluga debe saber: está conectada. Ella le dijo, al pasar, fumando en la calle Huérfanos bajo un farol durante el ajetreo de su inauguración: –Hay que estar rodeados de excéntricos porque así te sientes normal.

Tomás también quiere un departamento.

¿Vivir con Clemente en su casa? Debe ser grande. ¿O arrendar un departamento? ¿Con quién? Necesita trabajar. Puede hacerlo: ¿el otro año? ¿En una pizzería? No, mejor: en una librería y recomendar lo que le gusta. Tomás lo decide: quiere un cuadro de Caluga, de esos que parecen un poco cómics. La admira. Es su pintora favorita. Le dirá que desea posar para ella, desnudo, como lo hacía con Camila Matus.

En el parque Bustamante, Tomás se detiene bajo los árboles.

Fuma marihuana, de la que le pasó la Pocha, que siempre tiene, enrolados, listos, como si fueran cigarros importados. Se sienta en un escaño. Se proyecta que pasa levitando por entre las medias Monarch, se interna entre la champaña Valdivieso, choca con las copas, ve la luna llena, brillando, arriba de la cordillera nevada.

¿Está volado o es capaz de llevar su imaginación más allá?

El parque parece pacífico, Santiago simula una ciudad tranquila, aunque nadie realmente camina o deambula. Mira sus manos: hay más color, más neón, de pronto se pone azul, verde, rosado. Los neones lo tiñen. Esto, le parece, algo de suerte. Saca el mixtape y coloca otro que dice: These bototos were made 4 walking escrito con su letra de imprenta.

Comienza a sonar Philip Oakley y Giorgio Moroder: «Together in Electric Dreams».

Tomás abre su abrigo y parece un vampiro, un superhéroe, un cóndor. Tomás salta escaños, baila con el grifo del agua. Empieza «Enola Gay» de los OMD.

Baila solo, en el parque, de noche, bajo los neones, feliz, sonriendo.

Clemente ya transformado: una camisa de satín azul y una angosta corbata imitación seda. Un vestón negro con chapitas. Guantes verde-

botella sin la punta de los dedos por donde escapan sus uñas negras. Bototos regalones. Bufanda teatral larguísima marengo oscuro, que puede dar varias vueltas por su cuello. Se mira en un espejo inmenso al otro lado del salón. Esboza una sonrisa malvada. Se saca la corbata y la lanza al suelo. Se deja la camisa blanca marfil y cierra el botón del cuello superior. Se ve más jugado, casi atractivo, cree. Lo que es raro, porque casi siempre se detesta, se avergüenza, se cancela y se esconde. Aunque si fuera honesto, sabe que pocas personas en el planeta se ven mejor que él. No se da cuenta que tiene algo de las facciones de algún modelo privilegiado del pintor Henry Scott Tuke, que una vez vio durante una larga tarde en la Tate Gallery cuando se escapaba en el tren a Londres. Quedó mareado, embriagado y, al mirar el óleo *Summer Dreams,* presintió que quizás se estaba mirando en un espejo o que una vez existió un cierto chico parecido a él que dormía siestas en verano.

En el escritorio, vemos el sobre enviado por Tomás abierto: el mixtape, la carta, los artículos para el fanzine tipeados. La iluminación favorece a Clemente. En su cutis pálido rebota la luz azulina del televisor donde Wadeck Stanczak y Juliette Binoche están besándose y sufriendo bajo la mirada acechante y erotizada de André Téchiné.

Clemente prefiere estar con disfraz que desnudo. Es de esos. Saber disfrazarse es clave. Ama su camisa blanca. Con uniforme eres otro. No te ven, te confundes. Se va a la ventana. Lía un cigarrillo de tabaco y lo fuma mientras se imagina que escucha una narración en off de una película rodada por Tomás acerca de él.

¿Se toparán? ¿Ha llegado la hora?

Mira su reloj. Mejor partir, salir, deambular.

No sabe qué hará, pero sí sabe que quiere estar en la función de medianoche y luego borrarse. Mañana ya será otro día menos que padecer acá.

Tomás siente su piel sudada por todo lo que ha caminado esta noche. Estamos en la estación del año más oscura, poca luz, mucha noche, demasiada noche y oscuridad, neblina y contaminación, miedo y pena, temor, siempre temor. El invierno en Santiago puede ser feroz. Hace frío siempre, más adentro de las casas que afuera, incluso. Todo huele a estufa y a eucaliptus o a cáscara de limón quemándose, al aroma intenso y casi adictivo de la parafina azul, el hielo que se cuela por todos lados, la escarcha de la mañana, los vidrios de los autos con los parabrisas blancos, las sábanas heladas, los guateros. Esos calzoncillos largos que pican, esos guantes que no sirven, esos calcetines húmedos secándose al lado de las estufas después de regresar en la liebre, la micro, el metro. Tomás recuerda cuando se largaba a llover por días y días y el Mapocho se vengaba. El río de

mierda pasaba a ser un afluente del Amazonas enrabiado que arrasaba Fitos 600, tarros de basura, catres de bronce, refrigeradores, campamentos. El río crecía y bajaba de los Andes y pasaba por encima de los puentes ahogando a los niños pelusas y a los chicos malos abandonados que vivían debajo de ellos.

La calle María Luisa Santander está sumida en la neblina. La recorre, aterrado; su corazón entra en taquicardia. Está en la calle donde vive él. Hace frío. El frío duele, corta, seca. A veces se pone Crema Lechuga en las manos que le saca a su abuela. Tomás ve el vapor de su respiración difuminarse en la atmósfera, pero aún suda: está demasiado abrigado con ese calzoncillo largo arriba del slip celeste. Esos dos calcetines, esa camiseta de manga larga Mota está toda mojada. Siente adrenalina. Nada se compara con la adrenalina, no hay droga así o quizás esas químicas o de diseño que dicen que toman en Europa para bailar, para ser feliz, para tocar a otros. Pero la adrenalina te pone alerta; te sientes demasiado vivo, no se te va una, quedas electrificado. Tomás se siente un detective, que mira, recorre, reconoce. Pero sabe que no es uno. Es otra cosa. Husmea, acecha. Es un stalker pop: no quiere matar, no quiere violentar, solo quiere... Qué quieres, se dice.

Se aleja hacia Condell con sus inmensos árboles.

Mejor otro plan, sí. Definitivamente. El plan B. Saca de su bolsillo el mapa que había arrancado de la gruesa guía telefónica. Mira la plaza Bernarda Morín que ha coloreado de rojo para que resalte. Decidió delimitar el cuadrante del barrio donde vive la presa que desea emboscar y para ser más preciso y, bajar las probabilidades de fallar, clavó la aguja del compás, donde él creía que estaba la casa de Clemente y trazó una circunferencia para visualizar las posibles rutas que el chico del fanzine podía tomar rumbo a la noche sabatina.

Ahí esperará, acechará, hará hora.

No hay que abusar de la suerte: ya recorrió dos veces la calle mirando la casa con el muro pintado de blanco. Adrenalina, de nuevo; vértigo. ¿Y si abría la puerta? Sí: caminar por la calle donde él vive. No había droga que pudiera darte lo mismo. ¿Daba para un poema? ¿Para un cuento para el taller de Wacquez? Reflexiona: si Clemente no pasa por la plaza, quizás decide irse por Condell y acortar hacia plaza Italia por las calles de los obispos rumbo al Normandie. Puede ser. Entonces lo verá a la salida de la función. Tomás cree que es altamente probable que vaya al cine esta noche. Hoy, además, hay una fiesta en Matucana. Hoy puede ser. Si no, ya lo ha decidido, le dejará una nota debajo de la puerta: «Llámame». O quizás: «Estaré en El Cuervo tomando». O: «Búscame en Casa Constitución 80 que hoy es Noche-de-Nerds».

Cuando Clemente salió de la casa, dos minutos después de que Tomás doblara hacia el norte por la calle Condell, sintió un frío espeso, la neblina densa. Aun así, la noche estaba más tibia que la temperatura interior de su casa. Como era de esperar: no había nadie caminando, nadie al parecer estaba despierto. La neblina era espesa, pegote, salivosa. Las pisadas de Clemente rebotaban en la noche. Sus Dr. Martens sonaban al tocar el cemento. Le gustaba mirar cómo sus bototos pisaban las viejas baldosas de las veredas levantadas por las gruesas raíces de los antiguos plátanos orientales. Clemente aún les temía a esos árboles que tapaban el cielo y formaban verdaderos túneles sacados de esos dibujos oh-so-strange de Edward Gorey que leía cuando era un niño bilingüe recién trasplantado a Birmingham. Santiago a veces le parecía un libro ilustrado de terror gótico donde todo podía pasar y donde a nadie le parecía tan curioso lo que sucedía. Sobre todo, de noche: esos silencios, esos gritos, esos autos oscuros, esos cuerpos lanzados al río.

Tomás llega a su destino: la plaza Bernarda Morín y es mejor de lo que se imaginaba. Los árboles son increíbles, le gustan esas bancas para leer. Le recuerda a El Llano, pero con menos casonas abandonadas. Se parece y no se parece a la plaza Nicomedes Guzmán, que está cerca de su casa. Nunca lo he leído, pero sabe que deberá leerlo, se supone que para su curso de Criollismo y Realismo Social, en segundo año.

Tomás mira las mansiones con mansardas y todo le parece inglés, por eso el sector le remite a Clemente. Tomás se percata de que no es como todas las plazas, que tiene algo como privado, escondido, es como una suerte de secreto urbano. Tomás siente cosas por estar tan cerca de donde vive Clemente, en la calle paralela a su casa. El nervio es tremendo porque es probable que aparezca o quizás no, pero ya estar cerca lo hace vibrar: intensamente, dementemente, clementemente, incontrolablemente.

Tomás percibe una energía extraña. Se siente observado. ¿Son los de la inteligencia? ¿Un mendigo? ¿Un vecino paranoico? Hay un cuerpo vivo cerca. Nota el aliento del otro: está tibio, es de alguien cuyo corazón palpita. La sangre de Tomás, de pronto, se hiela. Con cuidado, levanta lentamente los ojos del libro de Anne Rice que no podía leer por la oscuridad y lo ve. Ve sus ojos. Es Clemente y la luna llena está detrás de él. Parece una estrella de una cinta alemana de los años treinta que nunca han exhibido en el Instituto Goethe. Anda todo de negro, como lo esperaba. Se ve distinto de noche. Algo ha cambiado. Su piel blanca le parece de papel diamante opaco. Tiene los ojos delineados con rímel y sombra gris en los párpados, lo que lo hace parecer un mapache en plan de combate. Anda con un gorro de

lana como los que usan los polacos del movimiento Solidaridad cuando aparecen en la tele.

–Eres tú. Pensé que eras un vampiro.

–¿Cómo sabes que no lo soy? Salgo de noche, soy nocturno, el insomnio me altera el sueño y mis sueños. Ahora dime: ¿qué haces acá?

–Leo.

–¿Me estás siguiendo?

–Leo –le responde Tomás sin dejar de intentar leer.

–¿Con esta luz? ¿Really?

–Really, sí.

–Lo veo poco probable, Tomás Mena. Es imposible leer con esta luz.

–Hacía hora. Mataba el tiempo, Clemente. ¿Acaso nunca lo has hecho? ¿Algún problema con eso? Me gusta esta plaza.

–Es *mi* plaza, es *mi* barrio.

–¿Incluso de noche?

–Siempre.

–¿Crees que eres dueño de todo?

–No.

–«Mi plaza, mi barrio», uf. Qué van a ser tuyos: no paras de odiar esta ciudad y echar de menos Inglaterra. Te leo. Se te filtra. Subrayo tus editoriales. Te cacho; te muestras, Demente. Te revelas.

–Me oculto. No me digas Demente. Me llamo Clemente.

–Demente. Te diré Demente. ¿Puedo?

–Sí. No. Mejor que no.

–Regrésate entonces.

–Lo haré pronto. Te lo dije. Me quedan solo unos meses acá. No te preocupes que ya dejaré tu paisito con vista al mar –Me preocupas, Clemente. Eres raro. Eres un dañado. Hieres. Todo te da miedo, no te entregas.

–¿Entregas? Menos mal que estudias Letras, hueón.

–No porque seas lindo...

–No soy lindo.

–No porque seas tímido, raro y sensible te da derecho a creer que esta ciudad donde estás de paso te pertenece, Clemente. A todos nos han herido. Sobre todo a chicos como nosotros.

–Eso parece una frase publicitaria: «Chicos-como-nosotros».

–Yo casi entré a Publicidad, no se lo he dicho a nadie, pero mi familia quería que fuera a una universidad de verdad. Tradicional.

–Insisto: ¿qué haces acá? Tú no eres de aquí.

–Vine por ti. Sé que me necesitas. Tú tampoco eres de aquí y juntos podemos ser más. ¿Qué dices?

–Estás loco.

–¿Tienes algún problema con eso?

Luna llena sobre Santiago (una remembranza)

Estos. Dos. Estos dos, así nos decían: estos dos. Esos dos. Ha pasado mucho tiempo (han pasado tantos años, décadas incluso) y sigo recordándonos así: nosotros dos.

Sigo recordándolo.

Llevo todos estos años recordándolo, porque no se puede escribir sin recordar.

La historia de los dos. De nosotros. De nosotros dos, sí. De él, de mí, de lo que pudimos ser. Por unos meses, definitivamente fuimos.

Eso es lo que me regresa: esas caminatas, esas conversaciones, su piel mojada después de sus tinas en mi casa de María Luisa Santander, su aroma al amanecer.

Lo recuerdo en plural y con muchos detalles.

No paro de pensar en Tomás.

No puedo desprenderme, no me deja arrancarlo de mi memoria y hasta de mi presente.

Ahora lo entiendo: si no lo revivía para despedirme bien, si no lo transformaba en ficción, entonces no iba a dejar de acosarme. Tomás quería ser un personaje (era uno, sin duda) y siempre quiso formar parte –transformarse en el eje– de una narrativa. Andaba por la vida como si lo estuvieran filmado, como si fuera el protagonista de algo mayor.

Ahora, con este libro, definitivamente lo es.

Hay tanto que no supe de él o de su entorno, pero creo que lo he devuelto a la vida. Por fin ya existe y por fin pude terminar este, mi primer libro.

Quizás es hora de empezar a cerrar esta narración y comenzar a separarme de él.

A veces los comienzos son finales y los finales, comienzos.

Voy a cerrar donde empezamos: en la plaza Bernarda Morín.

Tomás se entiende mejor como un coprotagonista porque lo fue. Fabulado se potencia, pienso. Creía en la ficción más que nadie que he conocido. Desde luego, más que los artistas y escritores. Tomás consumía pop, veía la vida desde ese prisma, necesitaba historias, canciones, televisión, cine.

Creo que le gustaría esto.

Eso espero.

Es hora de empezar a desprenderme de él, entonces.

El futuro ya llegó y debo enfrentarlo limpio, sanado, optimista.

Quería estar lejos de «mi país». Necesitaba recuperar lo que sentía que había perdido. Quería recuperar todo lo que no pude vivir conectado a Belgrado 11 o a un país bajo las botas militares. Era justo la época del madchester madness y quise sacarle provecho. En Inglaterra, tenía claras algunas cosas: no debía regresar bajo ninguna circunstancia. No recordar era clave. Olvidarme de que era de acá, borrar esas noches heladas del toque de queda. Estaba justo en el epicentro cultural del mundo ese noviembre del 91. Mánchester ardía de felicidad, de libertad, de baile, de creatividad. Y ahí estaba como uno más, como un local, cero vestigios de lo que me tocó padecer allá tan lejos en el fin del mundo.

Hasta que la Pocha me despertó en medio de la noche.

–¿Estás solo? –me preguntó.

No lo estaba. A mi lado dormía un raver de Estonia.

–Tenemos que hablar –me dijo.

De inmediato entendí que eran malas noticias. Lo eran. Algo se trizó en mí, algo me hizo ahogarme en culpa. No esperaba que sucediera algo así. Pensé que lo tratarían mejor. A Tomás había que cuidarlo, tratarlo con delicadeza. Me creí, quizás, el cuento de la democracia: que las cosas podrían cambiar. Se tendría que caer primero la cordillera antes de que las cosas llegaran a cambiar. Solo una invasión podría alterar el estatus. No volví de inmediato a Santiago, pero de alguna manera ya no estaba del todo allá en Mánchester. Nunca pude estar del todo lejos, algo me hizo estar atento y conectado al país que lo mató y del que tuve el privilegio de huir antes de que fuera demasiado tarde. Así al menos lo sentí. Eventualmente, vine un par de veces, pero siempre terminaba convenciéndome de que este país no daba ni para vacaciones. Se notaba la ausencia de Tomás. Pero algo inexplicable me hizo quedarme acá. Ahora, más de tres décadas después, mientras las temperaturas aumentan, el caos reina y el autoritarismo se expande, estoy en mi departamento de Santiago cerrando estas últimas páginas.

Acá estoy entonces. Tuve la mala idea de regresar.

¿A qué?

Muchas noches me despierto y me cuestiono: ¿a qué regresaste?

¿Qué hago acá si él ya no está?

Tengo pasaporte británico y sigo detenido aquí, desmoralizado.

Años y años de pantofobia, días y días de anhedonia, todos esos inviernos distímicos. ¿Qué me ata a este lugar? La extraña de mi madre está enterrada en el Elqui. Mi progenitor se esfumó en medio de la burocracia de la Concertación y no es tema, me aburre profundamente, una vez lo vi en un cóctel de la British Council, me levantó la mano y desapareció hacia el patio.

¿Será por qué, de alguna manera, acá yo siento que lo mataron?

¿Ahora me podré ir?

Me escribía a altas horas de la noche chilena (¿dormía?, ¿qué estaba consumiendo?) y me insistía en que le enviara columnas o despachos. «Hey, Demente-en-Madchester». Así me saludaba en sus sobregirados faxes. «Necesito info y color y prosa acerca de las raves y de The Hacienda». Le parecía ideal para la revista que estaba editando para la Telefónica. Quería algo mío de los Happy Mondays («los odio, pero acá gustan») y The Charlatans. Amaba a James («no paro de cantar "Sit Down"»). Me contaba que «acá ahora se podía conseguir ácido» y se iba a bailar a la Oz («algo es algo, esto es Santiago bajo Aylwin, qué se puede esperar»). Yo gozaba de mi vida en Mánchester donde no todo era política. A veces me pasaba bailando a solas en esos galpones reciclados que en ese momento estaban en la mira del mundo. Tomaba éxtasis, mucha agua, y conocía chicos de Pakistán, Nepal y la India, además de escoceses, irlandeses y locales. Escribía en el *Manchester Evening News* y era corresponsal de *La Tercera*. Dictaba, a comienzos de los noventa, una clase acerca de pop en América Latina.

Estaba contento, pleno, libre y, sobre todo, lejos.

Solamente pude escribir de Tomás luego de que pasara mucho tiempo, mucha agua, luego de que yo fuera otro, de que el país dejara de ser lo que era.

Lo convoqué entonces cuando llegó la oscuridad después de la revolución.

Lo recreo, lo vuelvo a la vida, lo hago mío y me despido.

Llegué caminando a la plaza Bernarda Morín. Pude no pasar por ella. No quedaba exactamente en el camino, pero tampoco era desviarse. Era tomar la ruta más poética. Me gustaba pasar por ahí, entrar por Salvador para luego salir por Condell. Me calmaba mirar las ventanas de las casas grandes que daban a la plaza y fisgonear hacia adentro.

Jamás pensé que Tomás iba a estar ahí. Tampoco me sorprendió.

Él tenía eso: armaba escenas, montaba entradas, intentaba subrayarlo todo para hacerlo más dramático. Cómo hubiera gozado con Instagram, con la tecnología que le permitiría de alguna manera modificar su existencia, controlar la mirada de los otros, editar el mundo tal cual es para que fuera mejor, más cercano al filtro con que Tomás lo veía.

Intuí que lo podía ver esa noche.

Por algo me produje.

Pero esperaba topármelo en la función de medianoche o, quizás, en una fiesta posterior.

A veces me pregunto: cómo estábamos al tanto, cómo nos comunicábamos, cómo se podía funcionar sin nada digital o móvil. Pero se podía y todo era más romántico: una llamada, una carta, un encuentro fortuito.

Esa noche de luna llena Tomás apareció entre los árboles. Leía bajo la luz plateada. Había mucha luminosidad que se colaba entre las ramas. Veía mi sombra. Decidí que, más allá de cierta resistencia coqueta, me iba a rendir. Me intrigaba, quería estar con él, quizás necesitaba a alguien para soportar mis últimos meses en la ciudad. Llevaba mucho tiempo solo, a la deriva. O así lo recuerdo.

Todas estas páginas, toda esta historia, son eso: recuerdos.

No todo es una transcripción de lo que ocurrió, pues sucedió hace mucho tiempo. Pero es como lo recuerdo, como lo he vuelto a sentir. Esa noche de otoño, quizás, antes de que comenzaran los peores meses, empezó formalmente nuestro corto lazo que, sin embargo, sigue marcándome como si hubiera sido el vínculo más importante que tuve. Fue lo que tenía que suceder. El terror debe sufrirse acompañado. El final estaba a la vista, pero la caída iba a ser sangrienta, feroz, obscena.

¿He tenido otro lazo más intenso?

Tal vez, sí. O quizás no tanto. Pero nunca volví a tener algo a esa edad, nunca me enredé en algo tan impredecible y musical, nunca he vuelto a vivir como en una comedia romántica. Hubo otros, otro. Hubo algunos de los que ni me acuerdo. Han pasado muchos años (décadas) donde no ha habido nadie. Pero, sea lo que sea, algo me queda claro: con Tomás no alcanzamos a vivir nada malo entre nosotros. Todo fue una aventura, hasta el miedo, hasta el asombro de los estados de sitio. Los atentados, los chicos quemados, las personas secuestradas y degolladas en medio de la noche. Vivimos ese año en peligro y sería mentira no reconocer que eso aumentó la adrenalina, tal como lo fue vivir un romance prohibido. Eso de jugar a esconderse y verse, a mostrarse en público sin miedo, incluso para provocar: bañarse sin ropa en playas llenas de gente, besarse en heladerías, tomarse la mano en una micro, hacer el amor en su pieza rodeado de

su familia que estaba atenta a cada ruido.

Me enfrentó. Sentí que, por primera vez, me ponían límites y alguien se interesaba verdaderamente en mí.

Tomás era joven, era nuevo, era ansioso y, mirando hacia atrás con lo que sé ahora, con todas sus cartas y faxes, con su extraña sintaxis y obsesión por crear palabras nuevas o usar extranjeras, no me extrañaría si eventualmente hubiera sido diagnosticado de bipolar, como sostenía la Pocha, pero no creo. Era especial, qué duda cabe. Particular. Distinto.

Un personaje: por eso enganché. Nunca he buscado chicos, he perseguido historias.

¿Qué escondía, qué no sabía, qué no supe yo?

¿Era su vida más oscura?

¿Ocultaba más de lo que he escrito?

Creo que sí.

Creo que no quise o no fui capaz o sentí que no hacía falta bucear narrativamente dentro de las tinieblas en las que estaba sumergido. Quizás por eso su fascinación con la luz, su necesidad de construir su propia realidad, su imperioso afán por fabular y vivir como si estuviera en una película. Tomás era un fan y no aceptaba que nadie viviera sin fanatismo, histeria, pasión y algo de locura.

Solo pensar en él me hace sentir como si estuviera empezando mientras me acerco, paso a paso, a los sesenta. Me cuesta imaginar que Tomás ya habría cumplido cincuenta y seis.

Esto también es parte de su encanto: nunca envejeció, nunca tuvo que madurar.

No alcancé a leer su novela que se quemó, la que yo he intentado recrear, imaginarme cómo pudo haber sido. Solo conversé de ella con Javier Jara, una vez que pasé por Nueva York. Ya habían bombardeado las torres. Fuimos a Brooklyn, a una fiesta con chilenos, puros latinoamericanos perdidos que, de seguro, terminaron tan mal o prematuramente muertos como Jara. El publicista con la cicatriz seguía ansioso y, me di cuenta, seguía siendo amigo de Augusto Blanchard. Esto me impactó y me asqueó. Incluso era padrino de una de las tantas hijas del colorín opus gay. Javier me dijo que la «novela era puro romance y muy pop» y que lo hizo llorar, aunque estaba drogado cuando la leyó. Mientras mirábamos la bahía y la estatua de la Libertad desde Red Hook, Javier se acordaba de que la novela era acerca de dos amigos que son «medio new wave». Toda la acción se desarrollaba «por Santiago Poniente». Uno se a va a ir y va a abandonar al protagonista.

«No cambió los nombres, de eso me acuerdo», me comentó. «Tú

quedabas como un raro, pero bien».

También me contó que la madre de Tomás llamaba a cada rato a su hijo y que él siempre le colgaba. Las pocas veces que hablaron le recriminaba: «No soy tu mascota, apostaste por mi padre y perdiste. No te vengas a hacer la madre del año porque no lo eres».

También me ayudaron para escribir la novela los apuntes de Josué. Fueron útiles para refrescar mi memoria y recordar detalles.

–Siempre los vi a ustedes como parte de un cómic que nadie aún dibujaba –me comentó al prestarme sus cuadernos–. Yo sabía que te ibas a ir, que debías irte, que querías irte. Jamás pensé que te ibas a quedar con él, Clemente. Yo te sentía un turista que se engancha con un local y, al irse, lo destroza sin querer porque él se queda. Era como una suerte de romance de verano, una locura de viaje. Te fuiste sin pensarlo dos veces. Te odié un poco por abandonarlo.

–Dudé si irme, pero... ¿me iba a quedar solo por él? Lo había conocido unos meses antes. Igual lloré en el avión, por si te ayuda a quitarte el enojo.

–Pero lo dejaste a la deriva, a la intemperie, digamos. Era sensible, era distinto, era frágil. Tú, además, Clemente, no querías ser parte de ningún círculo y él deseaba ser el centro de todo. Tú odiabas el país y él creía firmemente en él. Tomás se creyó el cuento porque le gustaban las historias.

Esa noche, de luna llena, terminó algo y acaso se inició otra etapa. La etapa de los dos, los meses que caminamos, la parte en que estuvimos juntos «en la aventura» como decía.

¿O era una «expedición»?

«Somos exploradores, Clemente».

Tantas cosas que no le tocó vivir, ver. No supo de iPods, iPads, de los teléfonos inteligentes. No vio *Mean Girls*, *Titanic*, *Clueless*, *Los Teletubbies*, *Dragon Ball*, *The O.C.* No alcanzó a tener Instagram, ni enviar nudes, ni tampoco audios en WhatsApp. No conoció las boy bands, los unicornios, el K-pop, Tik Tok, YouTube, Taylor Swift.

¿Cómo serían las playlists de Tomás Mena?

Estoy convencido de que el mundo de ahora es el que necesitaba Tomás.

Lo quedé mirando ahí en la plaza, en la oscuridad, pero bajo la luz de la luna.

–¿Todo bien?

–Piola. ¿Tú?

A todos nos han dañado, nadie es tan especial y esta parte, este

cierre, no va a estar escrito en plural ni en tercera ni siquiera en segunda persona. No sé lo que Tomás estaba sintiendo, pero sé lo que sentía yo. Sé lo que recuerdo, las emociones vuelven. Ahora, rearmando esta escena, entiendo más de lo que sentí esa noche de finales de mayo (¿comienzos de junio?) de ese lejano 1986.

Estaba tan helado que cada vez que hablaba exhalaba humo.

–Quizás en el futuro haya distintas maneras de ser quienes somos, Clemente. Confidence, ten confianza en lo que vendrá. Podremos estar juntos, a nadie le importará y, si nos van a mirar en la calle, será con ternura.

–No creo. Lo dudo. Siempre viviremos en las sombras –le dije, desconfiado.

–Cada vez que estés con otro, igual vas a estar conmigo. No te voy a olvidar ni tu a mí.

–¿Cómo? No entiendo a veces lo que me dices.

–Yo tampoco. Lo importante es expresarse, aunque ni uno se entienda. ¿No crees?

–Me gusta entender.

–A veces basta sentir.

Recuerdo algo que Tomás me dijo hacia el final de nuestra expedición, en diciembre, después de la Navidad, caminando por el parque Forestal. Yo no quería una despedida, deseaba simplemente decir: «Nos vemos».

–Siempre te voy a esperar; siempre voy a estar aquí. Quiero que sepas eso.

¿Qué significaba eso, cuántos lo han dicho, qué implica eso de verdad?

Pero, en definitiva, aquel que se dedicó a esperarlo toda una vida fui yo.

–Vine por ti.

–¿Cómo?

–Sé que me necesitas. Tú tampoco eres de aquí y juntos podemos ser más. ¿Qué dices?

–Estás loco.

–¿Tienes algún problema con eso?

–La verdad es que sí. No necesito que me salves.

–¿Dije eso? Dije: me necesitas, Clemente. Yo ya lo tengo claro, sí te necesito.

–¿Qué te pasa?

–¿Tanto miedo? Confianza. A veces hay que confiar, Demente.

–No me digas Demente, Tomás.

–¿Seguro?

–Seguro.

–Ok. ¿Me necesitas?
–La verdad es que no.
–No te mientas.
–Me gusta estar solo. No necesito a alguien, a nadie.
–Quiero que hagamos cosas juntos, que la pasemos bien.
–Tengo un pasaje de British Caledonian para diciembre.
–Por eso mismo: aprovechemos el tiempo. Por eso estoy acá.
–Siguiéndome.
–Soy tu mitad perdida. Te ves en mí, ves una parte de ti. Sé jugar.
–No quiero jugar.
–Pero debes.

Me acuerdo de que sopesé, por un instante, que Tomás era un poco stalker, como Mark Chapman, el asesino de Lennon y el fan de Salinger. O el gordito raro que estaba enamorado de Jodie Foster y quiso matar al presidente Reagan.

–¿Por qué habría de seguirte? –me dijo Tomás directo–. Este es un país libre.

–¿De verdad crees eso? ¿De verdad? Esto es serio. Yo soy serio. No estamos en una cinta gringa. Se nota que no has viajado. Perdona lo blunt, lo franco. ¿Tú crees que estamos en un país libre?

–Está mal, pero se puede vivir si uno es piola.
–Te falta mundo, pendejo. Te falta.
–¿Qué me falta?
–Ene. Harto.

–¿Te parezco aspiracional? ¿Eso? Mi familia es pinochetista, quizás sapa por el lado de mi abuela, no le gustan los líos. ¿Algún problema con eso? Yo soy distinto a ellos.

–Entonces quiebra con tu familia. Nunca serás nadie si no sabes quebrar con los que te han herido o si eres capaz de herir a otros.

–No soy así, no fui criado de esa manera. Pero ellos son ellos, yo soy yo.

Entonces, creo, hice un ademán de irme; lo cancelé con un snap de mis dedos.

–Me das pena. En serio. A veces me pareces creepy, Tomás.
–No sé lo que significa eso. ¿Raro?
–Peor: extraño de manera enfermiza. Como...
–¿Como tú?

–A ver... Última oportunidad, Tomás. Hace frío, no tengo mucha paciencia. Responde. ¿Qué *haces* aquí? Este es *mi* territorio. ¿O me equivoco? ¿Somos vecinos acaso?

–Estamos en la misma vereda de las cosas...

–Calla. Basta con la poesía. You try too hard. Se te nota mucho el intento de parecer mágico. Creo que has cruzado una línea.

–Tú la estás cruzando, porque me estás hiriendo. Me estoy llenando

de...

–¿Llenando de qué?

–De pena.

–Lo siento, pero... Creo que es mejor que te vayas tal como llegaste, solo.

–Me gustaría salir a caminar esta noche contigo, pero veo que te complica.

Entonces Tomás se levantó y se me acercó tanto que sentí su calor, su aroma.

–Voy a contar hasta cinco para que me pidas perdón o al menos digas: empecemos de nuevo. Y dale: este no es un país libre, pero fíjate que contigo me siento libre y creo que tú, Clemente, también. Uno. Dos. Tres.

–Perdón.

Entonces casi nos besamos.

Nos miramos fijamente. Tenía los ojos de un venado.

Nadie circulaba por la plaza ni por las calles que daban a ella. Parecía muy tarde, pero no podían ser más allá de las once de la noche. La ciudad antes era más silenciosa y parecía que había más bruma. El otro día pasé por el barrio. Se mantiene como antes, pero sin duda se ha gentrificado. Hay algunos edificios nuevos, bajos, lindos. Existe ahora un café que sirve chai y brownies veganos frente a la plaza. Muchas de las casas tipo inglesas ahora son oficinas, sedes, ONG. La Embajada de Francia sigue en Condell y, no sé bien cómo, el aburrido sector denominado El Vaticano Chico, con sus familias de empleados públicos y sus abuelos jubilados, ahora es un epicentro de gente joven y sus espaciosos departamentos aparecen en las redes sociales. Veo pasar a un chico de shorts, las piernas tatuadas, el pelo teñido. Me percato de que está hablando solo, pero luego veo que anda con audífonos. ¿De qué hablará?

Tomás hablaba solo, a veces. O se contestaba cuando yo no lo hacía. Anotaba todo. Me enviaba notas, crónicas extrañas para el fanzine. Me costaba entender y entenderlo, pero luego comprendía todo y me gustaba. Se saltaba los verbos, mezclaba los tiempos, se olvidaba de los sujetos. Sus mensajes eran indescifrables, ininteligibles, incomprensibles. Pero tenían onda.

> Mañana de septiembre: «Hey, tú, me voy, no soy un chico que se queda a moler la palta al desayuno, hay mañanas que bebo Coca-Cola».

> Viaje a la costa: «Empapado, masticando charqui sin polera, volando por la ruta me calma».

Pileta: «Tus brazos definidos, definían la traza del nadar. llegaste al borde, contaste mentalmente tragabas cloro. tu pelo mojado como un puñal en plena hora mágica. recordé a los fantasmas de los chicos polacos rubios nadando mientras bombardeaban. dejaron el agua llena de semen que son como peces sumergidos. quizás era tu misterio el que me calentaba. cuesta nadar hacia ti, te mueves en la quietud del movimiento y cuando te recuestas te imito. separo mis piernas y miras mi espalda y sigo mojado».

Al principio pensé que eran impublicables, muy personales, muy biográficos, pero fue Tomás quien me dijo: «Es un fanzine». Luego me explicó: «Cuando yo llegue a los medios, escribiré lo que quiera y a mi modo».

Tomás me envió un memo escrito a mano para potenciar *ropa/americana*:

«C: no definir todo al público, jugar con cierto misterio de poeta, nunca hablar de que nos falta un brazo o de lo que nos falta porque a aquellos que me interesan les falta algo. ¿Por qué? Que la gente imagine. Inventar una parte de lo que vemos o no vemos. No somos periodistas ni novelistas ni documentales obsesionados con lo feo, la realidad ya existe. Para qué copiarla y copiarla mal. Es importante no definir todas las acciones. Ejemplo: si un poeta-reportero pop boy chico fanzine recuerda a un tal Tadeo en una crónica acerca de *Betty Blue*, decir: el chico de la playa se parecía a Tadeo en El Quisco. No explicar dónde lo conoció, si es su novio o su amigo de colegio, un orange crush, solo lo está recordando como un chico del verano que tuvo onda y sintió algo y fracasó, pero eso es algo literario, es material, da para algo. Nada en el fanzine llega a puerto. Hablemos de qué se siente al ver tal peli o escuchar determinado disco. Y eso es de todos, es universal, les pasa a las chicas, les sucede a los chicos enemigos sensibles».

No lo entendía, pero él parece que sí se entendía.

¿Hacía falta comprenderlo, descifrarlo?

No, no había manera de que yo pudiera escribir como Tomás. Solo pude, quizás, recordar algo de su voz, sus conversaciones, recrearlo desde mí y no intentar hacer una mímica. Lo intenté en el primer borrador de la novela, pero Allegra, quien fue la primera en leerlo, me dijo:

–Disculpa, pero no entiendo nada. Más que poético o romántico, me frustra. No puede ser en primera persona, menos en la voz de Tomás. Debes domar ese mar, calmar esa tormenta, porque nos vas a hacer naufragar.

Lo entendí. Su voz era imposible de replicar.

Decidí entonces escribir desde más lejos, con algo de distancia.

–**Te puedo llevar** donde necesites ir mientras estés acá. Te acompaño. Necesitas un partner, un socio. Tú partes, yo llego. Yo te ayudo a abrir las ramas para despejar el camino.

–No necesito guía. Esto no es una expedición.

–Todo es una expedición, Clemente, pero entiendo. Te entiendo.

–Tú no me entiendes.

–Tú no te entiendes. Lee las señales. Las estrellas se conectan y se estrellan.

–No necesito ayuda. No necesito a otro. No quiero a otro. Nunca he tenido a otro. No vas a ser tú. Of all the people in the world, it's not going to be you.

–Quién sabe. Ten cuidado de herirme, soy un cometa, un superhéroe disfrazado de chico joven alternativo.

–No te cansas, veo. Te tienes fe.

Caminé hacia la otra banqueta de piedra blanca y me senté. Tomás me imitó.

–Partamos de nuevo –me dijo.

–Me asusta la gente. No puedo querer a todos los que me odian.

–Lo sé. Soy de los tuyos.

–No creo. Somos pocos.

–No creas. Estamos en todas partes.

–¿Quiénes exactamente?

–Tú y yo. Y los que comulgan como nosotros.

–Tú no odias, Tomás.

–Pero podría. Dime a quién odiar, Clemente, y lo haré hasta arder.

–No quiero nada íntimo.

–Esto es íntimo, Clemente. Uno siempre busca amigos. Calma, basta. Vayamos de a poco.

Entendí que debía callar y escuchar el ruido de las hojas. Luego de un momento largo, me acuerdo, Tomás habló:

–Voy a ir al trasnoche del cinearte Normandie. Por eso estaba acá.

–Yo también.

–Dan *37.2 grados*.

–Lo sé.

–Esperaba que estuvieras en esa función.

–Iba a estar ahí, sí. Voy a estar, de hecho, ahí.

–Vi *Diva* casi sin sonido en el cine de Llolleo. Es del mismo director.

–Sí sé. Yo tengo un afiche de *Diva* en mi pieza. Y el disco, claro.

–Luego la vi de nuevo en un trasnoche del Normandie.

–Sí sé. Te vi.

–Yo también te vi. Andabas con un abrigo verde jaspeado y zapatos cafés con cordones amarillos, con lentes.

–Así es. Parecías reportero.

–Puedo serlo. Es más: lo soy. Me gusta ir al cine solo.

–Lo sé. Como yo. Tenemos mucho en común.

–Mira, me caes bien. Pero...

–Pero...

–No quiero arriesgarme a echarte de menos. ¿Tienes pitos?

–No, hoy no. Me fumé el último para estar preparado para ti.

–Al Normandie hay que entrar volado y con doble calcetín por el frío.

–Me gustan tus Dr. Martens.

–Gracias.

–¿Te llegaron tus libros? Te los envié por correo.

–Recibí todo, gracias.

–¿Y el mixtape?

–Sí, Tomás. Yo también te envié uno.

–Lo sé. Lo tengo aquí.

–No todo hay que subrayarlo, Tomás. Me gusta tu corbata.

–Es de la calle Bandera. Bitter Lemon es un gran local. Me pasaron cosas ahí que debo contarte. Tengo tanto que compartir contigo. Hace frío. Tomé mucho té antes de salir.

Tomás se levantó y buscó un sitio más oscuro. Luego se dio vuelta, vio dónde caía la luz de la luna y se bajó el cierre. Tenía debajo un calzoncillo largo, blanco. Sacó su pene. Estaba algo duro, crecido. La luna brillaba tan fuerte que proyectó una sombra. Lo miré. Me gustó, era tierno, era lindo, era un aliado. Cuando vio mis ojos, Tomás se corrió el prepucio y comenzó a orinar con algo de desorden, sin dejar de mirarme, sin reírse, sin comentar. Con esa luz arriba suyo, parecía uno de los chicos que anhelaba e idolatraba. En pocos meses era otro y no solo se veía mejor: me quedó claro que cada vez se tenía más confianza. Eso siempre me atraía: los que creen en sí mismos y se tienen fe. Luego se sacudió, secó sus dedos en su bufanda y se subió el cierre. Fue la primera vez que vi ese pene y durante los próximos meses lo vi muchas veces más: en su pieza de la casa con sus padres al lado, en la piscina de la abandonada Embajada de Polonia, en mi tina, en mi cama, en paseos, en el Cajón del Maipo.

–Te tengo una bufanda. Nunca te la voy a devolver.

–Lo sé.

Se acercó a mí. Yo seguía sentado.

–Yo creo en la sincronía. Te esperaba. Te esperaba mucho antes de conocerte. Necesitas apoyo con el fanzine.

Silencio.

–Igual me parece romántico –le dije sin mirarlo.

–¿Sí?

–Sí.

–Te voy a pasar mi teléfono. Soy muy bueno hablando, Clemente. Puedo hablar horas.

Era cierto: a partir de ese día conversamos horas y a veces hasta tuvimos sexo telefónico.

Me levanté y me acerqué. Él estaba sacando su walkman de la mochila. Lo encendió. Puso un auricular en su oreja. Sonrió.

–Ven.

Fui.

Nos tomamos la mano. Sentí electricidad, también sentí paz.

–Escucha.

Me pasó el otro auricular. Lo coloqué en mi oído. Tuvimos que acercarnos mucho. Rozarnos. Sentí su calor, su barba. Sonaba, por cierto, el tema que nos unió. La misma canción que escuchó, me gustaría creer, al momento de chocar y estallar.

Luego nos besamos, con lengua. Corto. Preciso. Intenso.

–Esto es un tráiler –me dijo, alejándose–. Later, más tarde. Quiero ver cómo te duchas.

Quede con un sabor dulce, inesperado.

–Tengo sabor a Centella, lo sé.

–¿A qué?

–A un helado, Clemente. A verano. Se nota que no has pasado veranos acá. Tienes mucho que aprender de este país. Aunque no lo creas, Chile es bien pop y bien entretenido. Dale una oportunidad. No siempre va a ser así.

Lo besé para que se callara y porque quería más sabor a Centella. Le palpé las nalgas bajo su pantalón. Los dos estábamos duros. Me estaba descontrolando. Sentía mucha conexión.

–De a poco, ¿ya?

–Ya.

Yo estaba acostumbrado a tener el control, a mantenerlo, pero esa noche Tomás dirigía.

–Para que lo sepas: soy sonámbulo. Camino durmiendo. Si me despiertas de golpe y estoy soñando algo malo, me matas. Pero si ando soñando algo que me gusta, te voy a sonreír, me haces una leche con plátano y me vuelvo a acostar. Ando sin piyama.

–No lo vas a necesitar.

–¿Tu casa es fría?

–Estoy contento –le respondí sin procesarlo, sin pensarlo, sin sopesar las consecuencias.

–También. ¿Vamos?

–Vamos.

Agradecimientos Las novelas, a diferencia de las películas, se hacen a solas. O eso dicen. Por lo tanto, creo, cuestan más. Dicho esto, nadie puede hacer nada realmente sin ayuda. Las historias son colectivas y surgen de una suerte de plural. Hay gente que te inspira, que te cuenta cosas, que te pule. Sería imposible hacer algo completamente solo.

Gracias, entonces, a todos los que me apoyaron en este desafío emocional de volver a la novela. A **Felipe Gana**, mi editor-agente-amigo, que leyó esto antes de que fuera algo coherente. Lo bombardeé con magma hirviendo y tuvo la paciencia de esperar a que esa roca volcánica fuera expulsada y se enfriara para comenzar a entenderla, editarla y ayudarme a comprender en lo que estaba inmerso. Tuvo que leer anexos, esquirlas y capítulos que ninguno de los dos sabía bien qué eran. Hablamos y hablamos y seguimos hablando. Desde la reedición de *Enrique Alekán*, entiendo a Gana como un «entrenador alfa obsesivo» de boxeo que me motiva y entrena, pero, sobre todo, que me ataja y pega de vuelta y nos hace a todos mejores. A **Cristián Opazo**, por todo el rímel, todo el gel, toda la complicidad pop y por ser el primero en leerme y hacerme entender que los otros no tenían necesariamente la razón y que la academia no implica Alcatraz. *Ciertos chicos* nació, sin quererlo, de un proyecto en conjunto (el documental *Un nuevo estilo de baile*) y de conversaciones eternas y claves. A **Arturo Iglesias Barroso**, por llegar en el momento justo desde el exterior y, como un superhéroe, creer en el big bang y en las películas, en la posibilidad de crear y pasarla bien. Sin tus llamadas, tu contención y apoyo incondicional todo sería más complicado. Molas, macho, mil gracias, socio y aliado.

Gracias, gracias, gracias, también a **Gloria Mulet** (la de «Pelando a Rocío»), por la información vintage y por leerlo todo (sí, todo) en voz

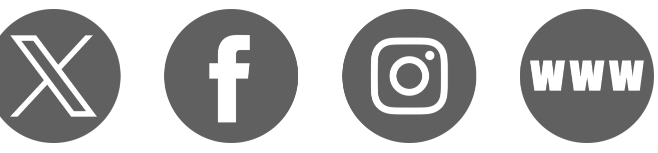
alta, vía larga distancia, y opinar sin filtro; a **Paula Léniz**, por ayudarme a recuperar mi voz cada martes: creo que ahí surgieron estos recuerdos que dieron parte a esta trama. A los Planeta por invitarme a regresar a casa: **Josefina Alemparte**, que lee con ojo de lince y hace todas las preguntas y comentarios necesarios; a **Ignacio Rebolledo**, por la palabra atómica y por toda su energía e input centenial-instagramer-pop. A la inspirada **María Jesús Contreras**, por la portada y las portadas. A Tusquets por la colección. A **Gabriel Sandoval**, por reaparecer. A **Mariano Valerio**, por la data ochentera porteña. A **Karen Monsalve** y su equipo, por su apoyo entusiasta, desprejuiciado y moderno.

A la Fundación Fuguet, work in progress aún, pero al menos existe. A **Luis Felipe Merino**, por defenderme. A **Roxana Osorio**, por ayudarme a organizar mi caos. A **Matías Rivas**, por la charla e input mental cotidianos. A **Fernando García Regodeceves**, línea a tierra, mejor amigo nuevo, cierto chico recuperado, cómplice a full, familia. A **Esther Malquichagua**, por cuidarme y estar atenta. A la energía de los actores **Diego Gabarró** y **Yanko Camilo Rojas**, que una vez fueron la base de un guion que nunca se rodó, pero que sirvió de primera versión de esta historia. Lo mismo va para la inspiración de **Santiago** y **Cristóbal (Chogui) Rodríguez** y toda la etapa *Cola de mono*. Gracias a algunos de mis lectores parciales: **Daniel Flores Sáez**, que me ayudó a entender lo que estaba haciendo («es muy pop, sigue»); **Sebastián Arriagada**, mi editor cinematográfico, con quien filmamos el documental y casi hicimos la película de dos chicos new wave; **Camila Matta** y sus consejos; **Sergio Paz** y sus recuerdos; **Martín Deus**, mi cónsul en Buenos Aires; **Carlos Onetti** en Madrid; **Paco & Manolo** en Barcelona; **Cristián Heyne** (as always) + **Ignacio Varas** (la comunidad WeWork); **Pepi Viera-Gallo** aliada desde la «Zona» y sus caminatas clever. A la Escuela de Literatura Creativa de la Diego Portales por la confianza de años (**Álvaro Bisama**, **Marcela Aguilar, Kurt Folch**) y por dejarme ser como soy. A mis alumnos que leen y escriben, ya sea mangas, novelas gráficas, sagas, graban discos e inventan sus propios cánones.

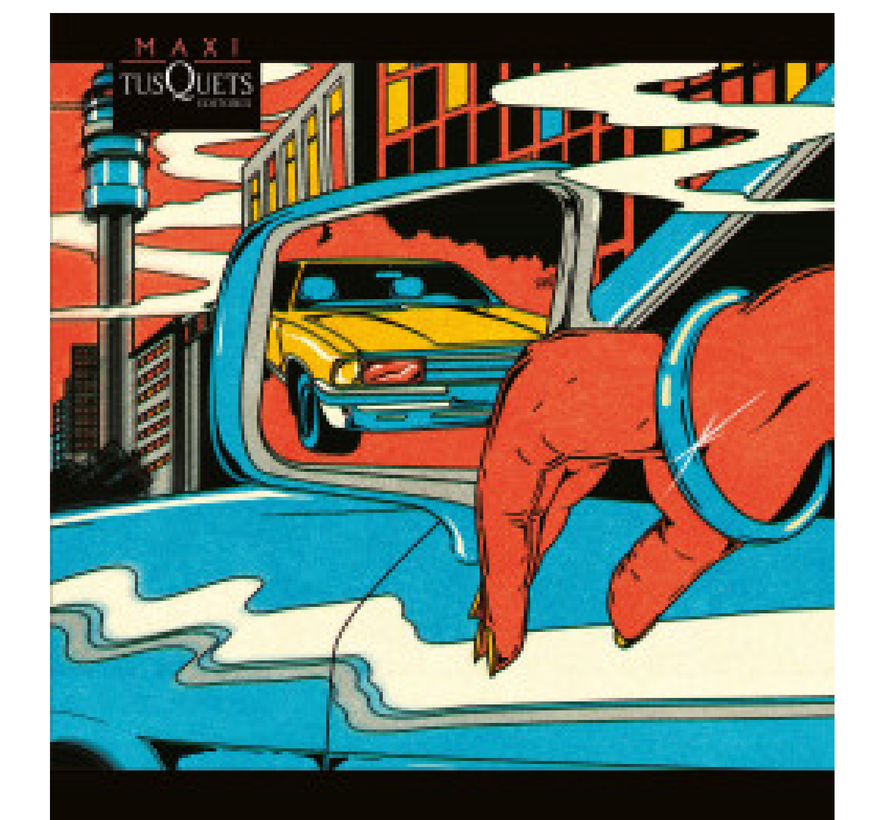
Gracias a todos los aliados de paso, extraños íntimos y tipos random que me escucharon y me contaron cosas que me inspiraron. Gracias entonces a Dallas, Phoenix, Tempe, Sedona, Palm Springs, Flagstaff, Rancho Cucamonga, El Segundo, Termas de Cauquenes, Madrid, Mánchester, Buenos Aires y Santiago de Chile.

Encuéntranos en...





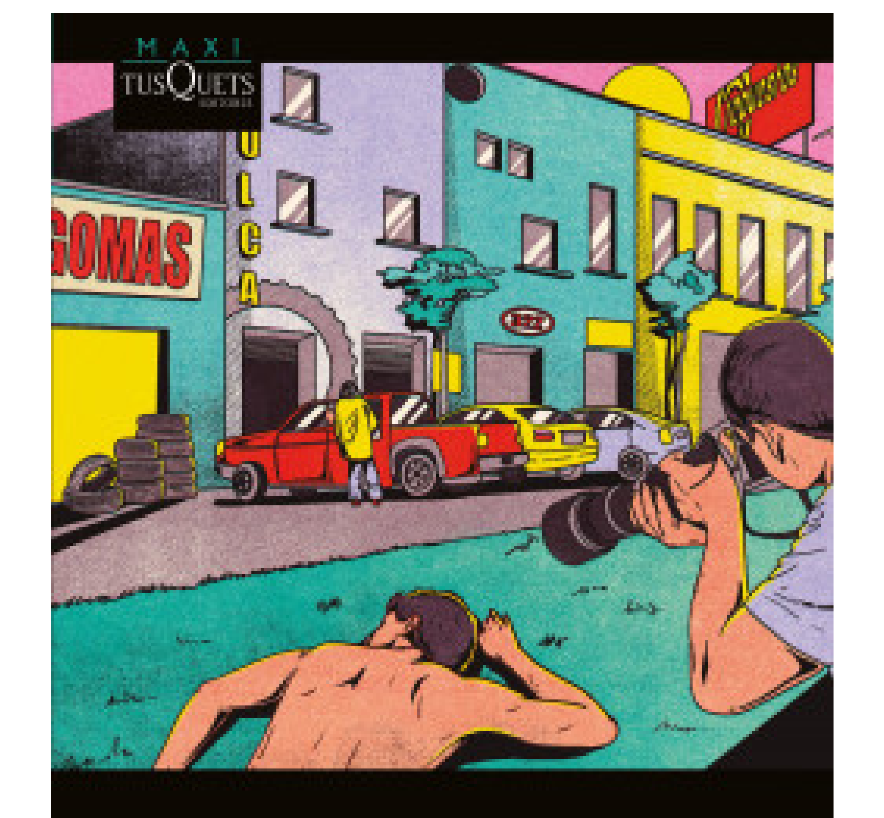

Otros títulos de la colección



ALBERTO FUGUET

Sobredosis

(Deambulando por la orilla oscura)



ALBERTO FUGUET

Tinta roja



ALBERTO FUGUET

Mala onda